


# *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*

**DONALD KAGAN**

**TURNER**  
**FONDO DE CULTURA ECONÓMICA**





## *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*

es un estudio de la hostilidad entre los pueblos que descubre nuevas perspectivas sobre la naturaleza de la guerra y de la paz a través del análisis de cinco *casus belli*: la guerra Atenas-Esparta, la segunda guerra púnica, las dos guerras mundiales y la Crisis Cubana de los Misiles de 1962. Donald Kagan, historiador experto en las guerras de la Antigüedad clásica, analiza los motivos que estuvieron en el origen de los conflictos armados de la historia al observar cómo incidentes sin importancia –que por sí solos no justificaban una declaración de guerra– degeneraron en peligrosos enfrentamientos y fueron la causa de millones de muertes. Su penetrante examen pone de manifiesto el carácter anárquico de los sistemas mundiales de poder y la importancia capital del factor humano; es decir, de quienes ostentan dicho poder. Una lección de historia.

**“Humano e incisivo, Kagan demuestra cómo, repetidamente, las medidas tomadas para evitar las guerras las han provocado.”**

***The New Criterion***

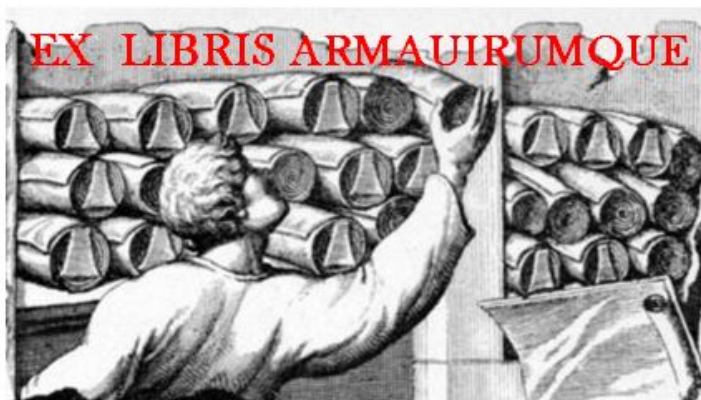
**“Esta notable obra de Kagan es actual, profunda e indispensable.”**

**George Shultz**

# *Sobre las causas de la guerra*

**DONALD KAGAN**

**TRADUCCIÓN DE JOSEFINA DE DIEGO**



# *y la preservación de la paz*

**TURNER  
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA**

Primera edición en castellano, abril de 2003  
Primera edición en inglés, 1995  
Titulo original: *On the Origins of War and the Preservation of Peace*

Todos los derechos reservados.  
No está permitida la reproducción total o parcial de la obra  
ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método  
sin la autorización escrita de la editorial.

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de la Dirección General  
del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación, Cultura y Deportes.

Copyright © 1995 by Donald Kagan  
*Published by arrangement with Doubleday, a division of The Doubleday Broadway  
Publishing Group, a division of Random House, Inc.*

Copyright © en lengua castellana:  
Turner Publicaciones, S.L. para España  
Fondo de Cultura Económica para América Latina

Diseño de la colección: Enric Satué

Turner Publicaciones, S.L.  
Rafael Calvo, 42  
28010 Madrid

Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227  
México, D.F. 14200

ISBN España: 84-7506-587-2  
Depósito legal: M-17703-2003  
*Printed in Spain*

*Para Bob y Fred,  
que tanto me han enseñado y  
seguirán enseñando a muchos otros.*



## ÍNDICE

Prefacio.....	13
Introducción.....	15
<b>I La Guerra del Peloponeso 431-404 a. C.</b> .....	27
Los poderes hegemónicos y sus alianzas.....	31
<i>Esparta y la Liga del Peloponeso</i> .....	31
<i>Atenas y su imperio</i> .....	34
El origen de la rivalidad.....	39
La paz.....	42
Poniendo a prueba la paz.....	45
La crisis.....	48
La crisis se expande.....	52
La decisión de ir a la guerra: Esparta.....	61
La decisión de ir a la guerra: Atenas.....	68
El estallido de la guerra.....	76
Las causas de la guerra.....	77
<b>II La Primera Guerra Mundial 1914-1918</b> .....	85
El surgimiento de Alemania y el desafío al Viejo Orden.....	87
Las potencias europeas.....	89
<i>Alemania</i> .....	89
<i>Francia</i> .....	90
<i>Gran Bretaña</i> .....	92
<i>Rusia</i> .....	97
<i>Austria-Hungría</i> .....	98
<i>Italia</i> .....	102
La era de Bismarck.....	103
El carácter de la paz.....	117
Poniendo a prueba la paz.....	121
<i>El “nuevo rumbo” de Alemania</i> .....	121
<i>La reacción de Gran Bretaña</i> .....	142
El camino hacia la guerra.....	145
<i>La primera crisis marroquí</i> .....	146
<i>La Triple Entente</i> .....	151

	<i>La carrera naval</i> .....	153
	<i>La crisis de Bosnia</i> .....	158
	<i>Agadir: la segunda crisis marroquí</i> .....	167
	<i>La misión de Haldane</i> .....	174
	<i>Las guerras balcánicas</i> .....	177
	La crisis final.....	182
	Las causas de la guerra.....	202
<b>III</b>	<b>La Guerra de Aníbal: la Segunda Guerra Púnica 218-201 a. C.</b> .....	213
	La naturaleza de los adversarios.....	214
	<i>Roma</i> .....	214
	<i>Cartago</i> .....	225
	Las causas de la Primera Guerra Púnica.....	228
	La paz.....	231
	Poniendo a prueba la paz.....	235
	La ascensión de Aníbal.....	239
	La crisis.....	241
	Las causas de la guerra.....	248
<b>IV</b>	<b>La Segunda Guerra Mundial 1939-1945</b> .....	253
	El fin de la Primera Guerra Mundial.....	253
	La paz.....	257
	Poniendo a prueba la paz, 1919-1933.....	269
	<i>Las indemnizaciones y la crisis del Ruhr de 1923</i> .....	274
	<i>Los acuerdos de Locarno</i> .....	278
	<i>La caída de la República de Weimar</i> .....	293
	El camino hacia la guerra.....	305
	<i>Hitler en el poder</i> .....	305
	<i>La crisis abisinia</i> .....	316
	<i>La remilitarización de la Renania</i> .....	324
	<i>Desde la Renania hasta Viena</i> .....	333
	<i>El rearme británico</i> .....	335
	<i>Los planes de Hitler</i> .....	350
	<i>El Anschluss</i> .....	352
	<i>Munich</i> .....	356
	Las causas de la guerra.....	380
<b>V</b>	<b>La Crisis Cubana de los Misiles</b> .....	385
	La Guerra Fría.....	385
	Jruschov llega al poder.....	394
	Castro y Cuba.....	399



Jruschov <i>versus</i> Kennedy .....	404
<i>Bahía Cochinos</i> .....	404
<i>La reunión cumbre en Viena</i> .....	412
<i>El Muro de Berlín</i> .....	423
<i>Sonando los misiles</i> .....	431
<i>Misiles a Cuba</i> .....	438
<i>La crisis</i> .....	452
<i>La decisión</i> .....	466
Las causas de la crisis .....	489
Conclusiones .....	491
Notas .....	501
Índice onomástico y temático .....	535

## PREFACIO

**L**as raíces de este libro se pueden encontrar en un seminario que impartí junto con el profesor del Hobert College, Walter A. Ralls, en el verano de 1967, a un grupo de estudiantes brillantes de un curso avanzado, en el Telluride House, en la Universidad de Cornell. Analizamos algunas de las crisis sobre las que aquí escribo. Esa experiencia me estimuló para idear una serie de conferencias que llamé “Estudios históricos sobre las causas de la guerra”, que desarrollé primero en la Universidad de Yale durante la primavera de 1970 y que he impartido en varias ocasiones desde entonces. A través de los años, los estudiantes me han hecho saber que estaba en la obligación de llevar al papel mis pensamientos y ahora, finalmente, lo he hecho. He profundizado, en este cuarto de siglo, en la literatura especializada, y como resultado de esto he modificado muchos de mis criterios anteriores. He aprendido también de las preguntas y de los escritos de varias generaciones de estudiantes extraordinarios. Tengo una deuda especial con una serie de alumnos, graduados prominentes que se han desempeñado como maestros en el curso; varios son ahora profesores distinguidos en su propio campo, otros son abogados y doctores. No podría nombrarlos a todos, pero les debo mucho. También quiero dar las gracias a Walter Ralls, cuya mente activa y enseñanzas magistrales me indicaron un modelo y me ayudaron a comenzar. Agradezco a Victor D. Hanson de la Universidad de Fresno State, a mi colega Henry A. Turner y a Williamson Murray que me hayan corregido ciertos errores en algunos capítulos mediante una lectura cuidadosa. No tienen responsabilidad de los errores que puedan subsistir. También recibí la ayuda valiosa de dos historiadores en ciernes, mis hijos Bob y Fred, a quienes dedico este libro. Los consejos de Bob, derivados de su experiencia en la elaboración y ejecución de la política exterior estadounidense y de su aguda comprensión de las relaciones internacionales, fueron inapreciables. Los conocimientos de Fred de la historia de Rusia y de la Unión Soviética y su dominio del idioma ruso fueron de igual valor. Les estoy agradecido y me siento orgulloso de lo que han alcanzado. Una vez más, se lo debo todo a la paciencia y al apoyo de mi esposa Mirna.

En 1987 desarrollé algunas de mis ideas en un artículo titulado “Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, Tercera Guerra Mundial”, en la revista *Commentary*. Mi gratitud a los editores de la revista que me permitieron adaptar el artículo para usarlo en algunas partes de este trabajo.

Me queda reconocer, por su apoyo más concreto, a la Universidad de Yale, que me proporcionó un año de permiso para trabajar en este proyecto, al Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Behavioristas de la Universidad de Stanford, que me otorgó una beca durante ese año, y al Instituto Hoover, que me ofreció amablemente su hospitalidad durante mi estancia en Palo Alto.

HAMDEN, CONNECTICUT

## INTRODUCCIÓN

**E**l desplome de la Unión Soviética puso fin a la peligrosa rivalidad existente entre las grandes potencias que amenazaron la paz y la seguridad del mundo durante casi medio siglo. Para muchos, la victoria del Oeste sobre el Este, del mercado libre sobre las economías planificadas, de la democracia sobre las dictaduras comunistas, promete una nueva era de seguridad, prosperidad y paz. Muchos confían en una paz posible y duradera con la victoria de una economía de mercado libre, su expansión a través de todo el mundo, y en la revolución de las comunicaciones, pues creen que el incremento de los viajes y las relaciones comerciales mutuamente ventajosas harán que la guerra sea indeseable o imposible. Otros tienen la esperanza de que el desarrollo de la democracia permita la existencia de un mundo más pacífico, ya que, en los tiempos modernos, los Estados democráticos no se han enfrentado unos con otros. Algunos confían en el nuevo equilibrio de poder, más favorable a las fuerzas que se encuentran satisfechas con el lugar que ocupan en el mundo y, por tanto, están más interesadas en la paz. Otros se consuelan al pensar que las armas nucleares evitarán que las grandes potencias se involucren en conflictos de gran envergadura. Incluso se ha sugerido que el triunfo del concepto occidental del liberalismo económico y político y la derrota del comunismo han provocado el fin de la historia y, con ello, el fin del peligro de grandes confrontaciones bélicas entre los Estados modernos.<sup>1</sup>

En un momento así, realizar un estudio sobre los orígenes y las causas de las guerras puede parecer fuera de lugar. Sin embargo, un vistazo rápido a la historia sugiere otra cosa. No es la primera vez que nuevas condiciones e ideas han logrado que muchos lleguen a pensar que estaba por alcanzarse un nuevo proyecto de paz duradera, y sin embargo, en los dos últimos siglos, más frecuente que las predicciones sobre el fin de las guerras ha sido la guerra misma. Las antiguas teorías sobre lo obsoleto de las guerras eran iguales que las de ahora. En 1792, el científico inglés Joseph Priestley creía que “los tratados comerciales actuales entre Inglaterra y Francia, y entre otras naciones que en un momento fueron hostiles entre sí, muestran que la humanidad comienza a sensibilizarse con lo absurdo de las guerras y anuncian una etapa nueva e importante con relación al mundo en general, al menos en Europa”.<sup>2</sup> Thomas Paine expresó un criterio similar en su escrito *The Rights of Man* (*Los derechos del hom-*

bre), que apareció el mismo año. “Si el comercio pudiera desarrollarse con la extensión universal de que es capaz, exterminaría el sistema de la guerra.”<sup>3</sup> Paine creía, al igual que Montesquieu y Kant, que la sustitución de las repúblicas por monarquías garantizaría una paz duradera. Aplicó esta teoría a la nueva república que estableció la Revolución Francesa: “Cuando se cambió la forma de gobierno en Francia, los principios republicanos de paz, prosperidad y economía nacional surgieron con el nuevo gobierno; y ocurrirá lo mismo en el caso de otras naciones”.<sup>4</sup>

El Congreso de Viena hizo posible un siglo pacífico, hasta entonces desconocido para las naciones europeas. Una generación después, muchos europeos, especialmente los súbditos de la reina Victoria, pusieron todas sus esperanzas en la llegada del nuevo siglo. En 1848 John Stuart Mill alabó las ventajas del comercio, que estaba “logrando aceleradamente que la guerra se hiciera obsoleta, al fortalecer y multiplicar los intereses personales, lo que actuaba en contra de ella... [L]a gran amplitud y el rápido aumento del comercio internacional... [son] la garantía principal para la paz del mundo”.<sup>5</sup> Los liberales contemporáneos, como Richard Cobden, combinaron un elevado idealismo romántico con un moralismo evangélico para presentar al libre comercio, del cual eran partidarios, como el antídoto contra la guerra:

Si no estuviera convencido de que el asunto [del libre comercio] incluye un profundo principio moral e implica la mayor revolución moral que haya alcanzado la humanidad, no tomaría partido de la forma en que lo hago. ¡Libre comercio! ¿Qué es? Romper las barreras que separan a las naciones; detrás de esas barreras anidan sentimientos de orgullo, venganza, odio y celos, barreras que cada cierto tiempo se trasponen para cubrir de sangre a países enteros.<sup>6</sup>

Hombres como él y como John Bright combinaron su confianza en el poder pacífico del comercio con la convicción de que el incremento de la democracia ayudaría, también, a poner fin a la guerra. Pensaban que los pueblos querían la paz; sólo las clases altas buscaban la guerra y obtenían beneficios de ella. Cuando el pueblo gobernaba, había paz.<sup>7</sup>

El desarrollo de la tecnología convenció a muchos de que las guerras futuras serían desastrosas para cualquier líder racional y para cualquier país. A finales del siglo, Iván Bloch, un empresario polaco que había organizado el abastecimiento por ferrocarril para el ejército ruso en la guerra contra Turquía en 1877-1878, publicó un estudio monumental. En él describía lo que podría esperarse de una guerra futura bajo las nuevas condiciones. A partir de consideraciones políticas y análisis de la última tecnología militar y de los nuevos desarrollos económicos, el libro de Bloch, *La guerre future; aux points de vue*

*technique, économique et politique*, concluía que la guerra moderna sería, no sólo fútil, sino también suicida. El último volumen, traducido al inglés, se titulaba *Is War Now Impossible? [¿Es ahora imposible la guerra?]*, y la respuesta era, sencillamente, sí, al menos con relación a los grandes Estados: “Las dimensiones de los armamentos modernos y la organización de la sociedad han hecho que su ejecución sea imposible económicamente”. El alcance, la velocidad del disparo y la precisión del armamento moderno impedirán que se efectúen batallas decisivas. El punto muerto en el campo de batalla produciría “una matanza enorme, a una escala tan terrible, que haría imposible que la batalla pudiera decidirse”. Entonces ocurriría “un largo período de un incremento continuo de la presión sobre las necesidades materiales de los combatientes, [un] desplazamiento completo de la industria y una restricción severa de todas las fuentes de abastecimiento con que cuenta la comunidad para soportar la carga aplastante. Ése es el futuro de la guerra; no la lucha sino la hambruna, no la matanza de hombres sino la bancarrota de las naciones y el descalabro de toda organización social”.<sup>8</sup>

En los años anteriores al surgimiento de la Primera Guerra Mundial se expresaron, con frecuencia, opiniones similares a las de Mill, Bright, Cobden y Bloch. En la primera década del siglo XX, Norman Angell argumentó que el desarrollo de unas condiciones distintas había logrado que la guerra no tuviera sentido. Para hacerla imposible, sólo había que enseñarle a todo el mundo las nuevas realidades. Angell dio por sentado que las naciones van a la guerra principalmente para obtener ganancias económicas, pero el capitalista sabe, dijo, “que las armas, las conquistas y las luchas por las fronteras no sirven a sus fines y pueden muy bien derrotarlos”. Económicamente, no había nada más que pudiera ganarse a través de la guerra y la conquista. “Si el crédito y el contrato comerciales se alteran en un intento de confiscación, la riqueza dependiente del crédito se socava, y su desplome arrastra al conquistador; por lo que si la conquista no quiere lastimarse a sí misma, debe respetar la propiedad del enemigo y, en ese caso, se convierte en algo económicamente fútil.”<sup>9</sup>

Es una característica especial del mundo occidental moderno, opuesta a otras civilizaciones y al mundo occidental premoderno, creer que los seres humanos pueden cambiar y controlar el entorno físico y social, e incluso la naturaleza humana, para mejorar las condiciones de vida. La revolución en la ciencia y en la tecnología, desde el siglo XVI, ha estimulado la creencia de que la naturaleza puede dominarse con ese propósito y la revolución intelectual que esto provocó en el siglo XVIII estimuló la idea de que la sociedad humana y el comportamiento de los seres humanos individuales pueden manipularse de igual forma para obtener progreso, paz y prosperidad. Al igual que los elementos de la naturaleza, las personas y sus instituciones se consideran infinitamente maleables, al requerir solamente inteligencia, buena voluntad y

determinación para mejorarlos y perfeccionarlos. Por esto no resulta sorprendente que los hombres de la Ilustración y sus descendientes llegaran a albergar estas expectativas.

Sin embargo, en el mismo año en que Paine se aseguró de que los principios republicanos traerían paz y prosperidad, la nueva república francesa entabló guerras con sus vecinos, y Francia, Gran Bretaña y Europa se habían enfrascado en una guerra general devastadora que duraría más de dos décadas. El Congreso de Viena estableció una paz verdadera y sólida, pero las esperanzas de Mill, Bright y Cobden se frustraron a mediados del siglo. La democracia y la guerra demostraron que podían ser compatibles cuando el pueblo británico apoyó con entusiasmo la participación de su país en la Guerra de Crimea. Cuando la Primera Guerra Mundial estalló en 1914, se acogió también con gran entusiasmo popular, en los países democráticos, al igual que en todas partes.

La Primera Guerra Mundial fue mucho más horrible y destructiva que lo que Bloch y sus contemporáneos imaginaron. Sin embargo, esa experiencia aterradora no impidió el estallido de una guerra todavía más desastrosa, sólo dos décadas después. Los optimistas descendientes de los partidarios del libre comercio y de la democracia en el siglo XIX centraron sus esperanzas en la Sociedad de Naciones, la culminación aparente de los sueños de los gobiernos de todo el mundo que se refería al pensamiento de Kant en el siglo XVIII. La nueva organización, sin embargo, no trajo la paz ni mediante un mayor entendimiento internacional ni mediante una seguridad colectiva. Los sucesores temerosos de Angell y Bloch contemplaron los nuevos peligros que acarreaban los bombardeos aéreos, creyeron que significaría el fin de la civilización si ocurría otra guerra y confiaron en que la amenaza prevendría su estallido. Pero no todas las naciones y sus líderes compartieron este nuevo terror, y no se pudo impedir la Segunda Guerra Mundial.

Durante los dos últimos siglos, los optimistas y los pesimistas han pronosticado el fin de la guerra, con diferentes argumentos. Se han equivocado. Al creer y desear el progreso, olvidan que la guerra ha formado parte persistente de la experiencia humana desde antes del nacimiento de la civilización.<sup>10</sup> En 1968 Will y Ariel Durant calcularon que de los primeros 3.421 años de civilización, sólo en 268 no habían ocurrido guerras.<sup>11</sup> Desde la Edad de Piedra, hace al menos diez mil años, una sucesión de ejércitos organizados pelearon unos contra otros y construyeron fortificaciones para protegerse y proteger a su pueblo de los ataques de otros ejércitos.<sup>12</sup> Las primeras civilizaciones de Egipto y Mesopotamia añadieron elementos nuevos y eficaces a las técnicas militares. Desde un inicio se enfrascaron en guerras, al igual que sucedió con las culturas pertenecientes a la Edad de Bronce y de Hierro en el mundo entero. La primera obra literaria en la tradición occidental, *La Ilíada*, de Homero, trata sobre una larga y cruenta bata-

lla, y sobre los hombres que intervinieron en ella. Los himnos rigvédicos de la antigua cultura de la India narran la historia del dios guerrero, Indra, que destruyó las fortificaciones de sus enemigos. Las primeras civilizaciones de China se asentaron con ejércitos equipados con lanzas, arcos compuestos y carruajes para la guerra. En el siglo VI a. C. el filósofo griego Heráclito señaló que *polemos pater penton*, “la guerra es el padre de todas las cosas”. Los filósofos antiguos como Platón y Aristóteles dieron por sentado, como una condición natural duradera del hombre, su tendencia a emprender guerras. Estaban convencidos de que el hombre era por naturaleza codicioso y agresivo, y que los gobiernos y las leyes existían para frenar estas tendencias. Como no imaginaron un gobierno de una amplitud mayor que la que poseían las ciudades-Estado individuales, asumieron que la guerra era inevitable para la humanidad.

A los griegos de la antigüedad, arruinados por las guerras constantes, les interesaba investigar sus causas. El “Padre de la Historia” comenzaba su recuento de esta forma: “Lo que ha descubierto Herodoto de Halicarnaso mediante sus investigaciones se publica aquí, para que las grandes y maravillosas proezas realizadas, tanto por los griegos como por los bárbaros, no se borren con el tiempo de la memoria de la humanidad, *especialmente las razones por las que lucharon unos contra otros*” [cursivas del autor].<sup>13</sup> Tucídides, que escribió poco después de Herodoto sobre otra guerra, buscó sus causas en aspectos más pragmáticos. Confiaba en la utilidad de su historia “para aquellos que deseen tener una comprensión clara de los sucesos del pasado y de los del futuro que, por la naturaleza humana, se repetirían igual o en forma parecida”. Por eso se dedicó a escribir, con mucho detalle, sobre las batallas entre Atenas y el Peloponeso y las razones que tuvieron para romper su tratado: “*para que nadie tenga que volver a buscar nunca más la causa de una guerra tan grande entre los griegos*” [cursivas del autor].<sup>14</sup>

El estudio cuidadoso sobre las causas de la guerra disminuyó durante los siglos siguientes, quizá debido a que ocurrían con tanta frecuencia que se asumieron como algo inevitable y, para muchos, deseable. En nuestro siglo,\* el impacto y las consecuencias destructivas de la Primera Guerra Mundial provocaron un nuevo interés en el tema y, sin duda, el estudio más completo e intenso sobre las causas y orígenes de la guerra se hizo a partir de ella. Por supuesto, en esta era moderna, los académicos y los aficionados han tratado de encontrar las causas de la guerra más allá de la curiosidad de Herodoto. Creen, con razón, que la amenaza de una catástrofe provocada por la guerra moderna hace que la comprensión de sus orígenes sea una tarea ineludible. Sólo así pueden aplicarse políticas adecuadas que intenten impedir la.



\* Siglo xx. [N. del T.]



¿Cuánto ha comprendido el mundo moderno sobre las causas de la guerra? La respuesta, creo, es que no lo hemos hecho tan bien como los griegos de la antigüedad. Ha sido una característica de nuestro tiempo buscar las causas y orígenes de la guerra en fuerzas impersonales: la monarquía, la aristocracia y el espíritu militarista de una época anterior que los acompaña; las reversiones atávicas de la era moderna; la lucha de clases; el imperialismo; la carrera armamentista; los sistemas de alianzas, etc. Sin embargo, la caída de la monarquía y de la aristocracia no ha provocado el fin de la guerra en la era moderna. Las luchas de clases son, al menos, tan viejas como las antiguas ciudades-Estado; en algunas ocasiones se han visto involucradas en los orígenes de las guerras, pero, generalmente, no ha sido así. El imperialismo es, al menos, tan viejo como el antiguo Egipto, Mesopotamia, China, la India, Persia, Grecia y Roma, pero han existido imperios sin guerras y guerras sin imperios. Los sistemas de alianzas son frecuentes en la historia; las carreras armamentistas lo son menos. Algunas veces contribuyen al surgimiento de una guerra, o a su intensidad y duración pero, al menos, a menudo ayudan a prevenirlas. Típicamente, no son las causas sino los síntomas, reflexiones o efectos de los elementos básicos.

Los estudiosos modernos más sabios que analizan las guerras han llegado a la conclusión de que éstas ocurren por una razón fundamental: la competencia por el poder. Éste es el punto de vista de un destacado historiador de la guerra moderna: “En 1914 muchos alemanes, y en 1939 casi todos los británicos, encontraron justificación para ir a la guerra, no por ningún motivo que hubiera podido resolverse mediante negociaciones, sino para mantener su poder. Quedaron tan aislados, tan impotentes, sin ningún poder que defender que tuvieron que aceptar una posición subordinada dentro de un sistema internacional dominado por sus adversarios”.<sup>45</sup> Para muchos, en el mundo moderno, la palabra *poder* tiene un sonido desagradable. Parece implicar la capacidad de imponer la voluntad de uno sobre otro, generalmente utilizando la fuerza. El poder se considera como algo intrínsecamente dañino. Sin embargo, ésta es una concepción excesivamente restringida. En sí mismo el poder es neutral. Es la capacidad de alcanzar objetivos deseados, y éstos pueden ser buenos o malos. Es también el medio de resistir las demandas y compulsiones de otros. En este último sentido, el poder es esencial para la obtención y conservación de la libertad. En el Reino del Cielo, nos han hecho creer, los seres humanos no necesitarán poder, pero en el mundo en que vivimos es consustancial al hombre, y la lucha por alcanzarlo, inevitable. Este punto de vista es básico para dos escuelas de pensamiento de las ciencias políticas modernas que estudian las relaciones internacionales: los “realistas” y los “neorrealistas”. Los primeros creen que todos los Estados y todas las naciones aspiran a tener el mayor poder posible, como algo que se pretende no por lo que puede proporcionar,

sino por sí mismo. El deseo de poseerlo se parece al pecado original, algo sin atractivos, deplorable y condenable, pero ineludible. Los "neorrealistas" explican el comportamiento de los Estados desde el punto de vista de sus relaciones internacionales, de una forma menos dura y censurable como la búsqueda, no de la autoridad en sí misma ni del control, sino de la seguridad que, a su vez, necesita del poder. La visión realista es sombría porque no contempla formas para detener la búsqueda ilimitada de poder y los conflictos que esto produce; sólo considera la conquista de todo por una única fuerza, o el mantenimiento de una paz frágil a partir del temor recíproco. La visión neorrealista es menos aterradora porque deja abierta la posibilidad de que los sistemas y los pueblos puedan encontrar alguna solución que permita adaptar y controlar el poder de manera que pueda proporcionar seguridad para todos sin tener que enfrascarse en una lucha interminable por alcanzarlo, aunque no puede afirmarse que algún sistema haya podido, de momento, satisfacer estas esperanzas.

Los realistas no aclaran los usos que los Estados desean darle al poder que adquieren. Los neorrealistas sugieren que los Estados lo buscan, fundamentalmente, para conservar las cosas buenas que poseen, en paz y con seguridad. La mayoría de los estudiosos modernos que analizan este aspecto asumen que los Estados lo quieren para alcanzar objetivos prácticos y tangibles tales como la salud, la prosperidad, la seguridad y la libertad, y para protegerlos de interferencias externas. Pero la variedad de fines que lleva a los pueblos a la lucha es más amplia y no siempre es tan práctica. Todos los propósitos de las guerras, dice otro estudioso de sus causas,

son sólo diferentes aspectos del poder. El orgullo nacionalista, la insistencia por desarrollar una ideología, la protección de los familiares en tierras contiguas, el deseo de territorios y del comercio, la venganza de una derrota o de un insulto, las ansias de un poderío nacional más fuerte o de la independencia, el deseo de establecer alianzas; todo esto representa poder, en diferentes envolturas. Los objetivos conflictivos entre naciones rivales son siempre conflictos de poder.<sup>16</sup>

La lista, sin embargo, no incluye solamente variedades de poder sino también las razones para lograrlo.

En el siglo V a. C., creo, Tucídides proporcionó una explicación más clara, profunda, elegante y comprensible de por qué los pueblos organizados en Estados tienen tendencia a promover guerras. También consideraba la guerra como una competencia armada por el poder. Sin duda, se anticipó a los realistas modernos en el famoso Diálogo de Melos. En él, presenta al portavoz ateniense tratando de convencer a los sitiados melinos para que se rindan ante el poderío de Atenas. No existe un debate moralizador, porque, tanto en la tierra como

en el cielo, la búsqueda ilimitada del poder es algo natural: “por necesidad de su naturaleza [los seres humanos] gobiernan tanto como su poder se lo permite”<sup>17</sup> y también explicaba por qué lo buscaban. En la lucha por el poder, ya sea por lograr una cantidad racional o por el impulso insaciable de obtener el mayor posible, Tucídides encontró que los pueblos van a la guerra por razones de “honor, temor e interés”.<sup>18</sup>

Me he dado cuenta de que estos tres motivos resultan los más esclarecedores para entender las causas de las guerras a través de la historia y me referiré a ellos con frecuencia en este trabajo. Que los Estados se lancen a las guerras por temor y por interés es algo que no sorprenderá al lector moderno, pero que lo hagan por razones de honor puede parecer extraño. Si entendemos el honor como fama, gloria, renombre o esplendor, podría pensarse que sólo fuera aplicable en las épocas remotas. Si, en cambio, asumimos su significado como deferencia, estima, justicia, consideración, respeto o prestigio, encontraremos que resulta, también, un motivo importante para las naciones modernas. El honor, entendido así, es bueno en sí mismo, pero también posee una importancia práctica en la competencia por el poder. Cuando está en declive, lo pierde de igual modo el poder del Estado y viceversa. El poder y el honor mantienen una relación recíproca. Resulta obvio que cuando crece el poder de un Estado, el respeto y la deferencia que lo caracterizan tienden a crecer también. Pero lo contrario también es cierto: aun cuando su poder material parece ser inmutable, en realidad declina si, de alguna manera, estas actitudes hacia él varían. Esto sucede con más frecuencia cuando a un Estado comienza a fallarle su voluntad de utilizar su poder material. El lector posiblemente se sorprenderá al constatar —en los momentos que estudiamos aquí, y creo que en muchos otros casos— el papel insignificante que juegan las consideraciones de utilidad práctica y de beneficios materiales, e incluso las propias ambiciones de poder, como detonadores de las guerras, y el papel decisivo que a menudo juegan las consideraciones sobre el honor.

¿Cuál es, entonces, el mejor método que nos puede llevar a entender cómo y por qué se lanzan a la guerra los Estados y las naciones? Si están en juego el honor, el temor y el interés, resulta esencial tener una idea de las distintas formas en que se consideraron y se relacionaron estos elementos unos con otros, porque pueden variar en sociedades y momentos diferentes. Los conocidos versos del poeta de la antigüedad griega, Arquíloco, presentan las dos posibilidades fundamentales: “el zorro sabe muchos trucos, el erizo sólo uno;/un truco grande”. Los filósofos y la mayoría de los especialistas en ciencias sociales son los erizos; buscan explicar un amplio rango de fenómenos particulares a partir de la generalización más sencilla. Pero en el mundo de los asuntos humanos, muy complicado por la presencia de las voluntades individuales y de ideas particulares sobre la existencia o no del honor, sobre qué es el interés, e

incluso sobre lo que debe temerse, las explicaciones extremadamente generales no son ni útiles ni posibles. Los historiadores deberían ser, en primer lugar, zorros, y utilizar todos los trucos que estén a su alcance para explicar la mayor cantidad de aspectos particulares de la forma más precisa y convincente posible. Entonces, deberían tratar de encontrar ejemplos reveladores a partir de las experiencias humanas más variadas, para sustentar generalizaciones de una amplitud diversa. No deberían buscar el gran truco que lo explicara todo, sino las generalizaciones más pequeñas, que deben comprobarse por otros análisis de las evidencias y por nuevas experiencias humanas, a medida que vayan surgiendo, que todavía puedan resultar interesantes y útiles. Creo que el historiador que escoja este camino combinado, principalmente el del zorro, sin olvidar al erizo, obtendrá los mejores resultados.

Muchos historiadores han examinado las causas de guerras específicas, algunos con gran éxito, sin tratar de hacer observaciones más amplias basadas en el estudio de diferentes guerras. Algunos escritores, por otro lado, han utilizado los ejemplos históricos como fuente principal para su comprensión de las causas de la guerra en general, pero ninguno, hasta donde sé, ha examinado cuidadosamente los orígenes de varias guerras a partir de algún detalle que pudiera iluminar la cuestión global. Esto es lo que se intentará hacer aquí. El método que se utilizará será a partir de la historia narrativa comparada. Es un estudio sobre las causas de la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la Segunda Guerra Púnica (218-202 a. C.) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). El último estudio es sobre la Crisis de los misiles en Cuba, en 1962, un acontecimiento excepcional que hizo pensar a muchos que existía una amenaza seria de guerra, pero la crisis terminó sin desarrollarse. Se incluye porque fue, aparentemente, el momento en que más cerca se encontró el mundo de una guerra entre grandes potencias en la era nuclear. Se ha afirmado con frecuencia que las analogías establecidas a partir de conflictos internacionales que ocurrieron antes de la invención del armamento nuclear no pueden aplicarse en la era nuclear, que la existencia de este tipo de armamento, con su capacidad sin precedentes para destruir, crea una "disuasión mínima" que es suficiente para prevenir una guerra a gran escala. El estudio de la Crisis de los misiles en Cuba, por tanto, es esencial para poner a prueba aseveraciones como ésta, de la mejor manera que podamos. Recientemente se publicaron, por primera vez, documentos vitales para su comprensión, y se revelaron aspectos importantes que han clarificado cuestiones generales sobre las causas y los orígenes de las guerras. El nuevo material ha cambiado mi propio juicio e interpretación de la crisis y ha acentuado mi convicción de que un análisis sólido de las relaciones internacionales y de los orígenes de las guerras en las épocas antiguas son todavía relevantes para nuestro propio mundo.

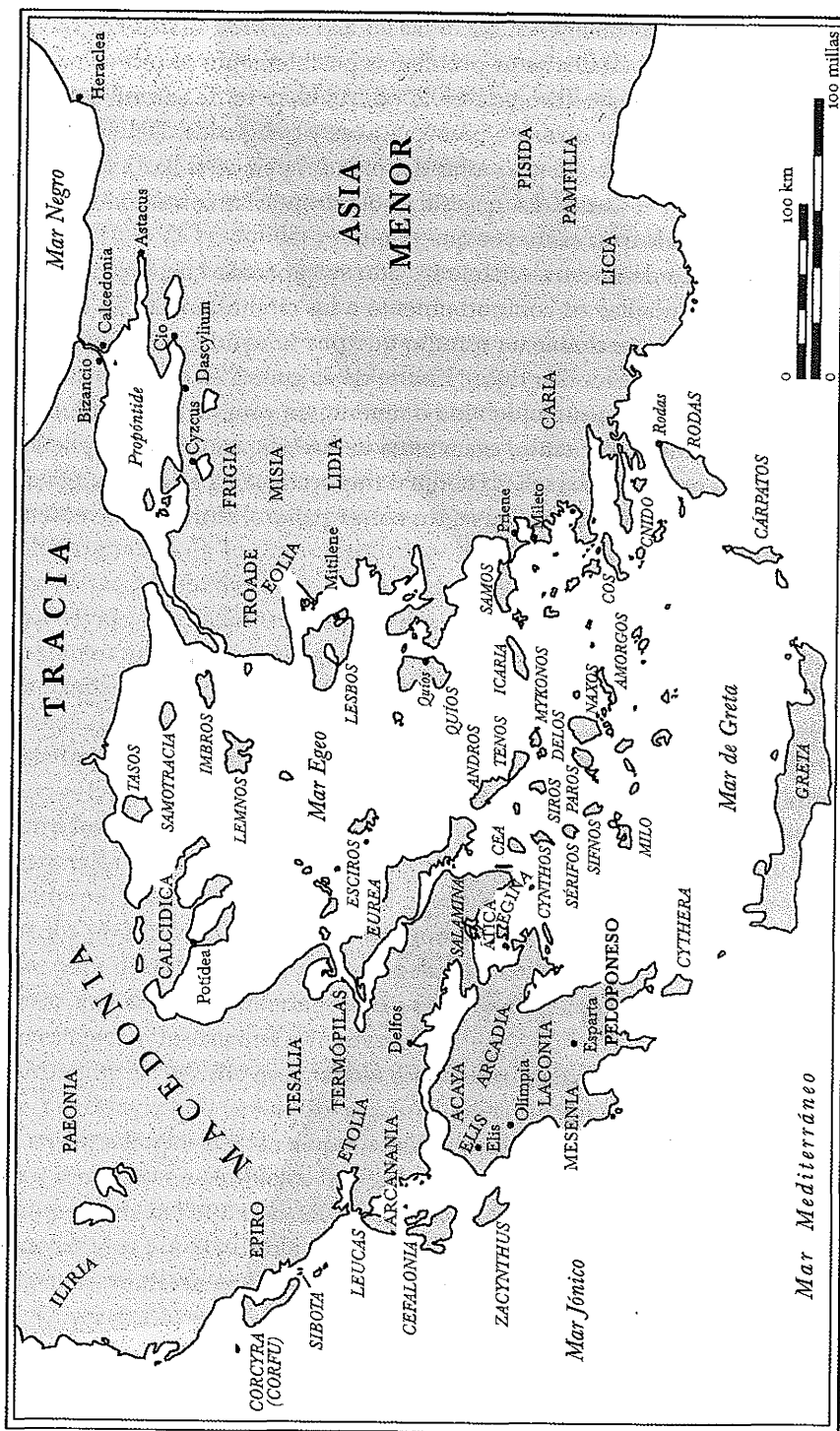
En cada estudio se considerarán, al menos, las siguientes preguntas: ¿cómo eran el carácter y los objetivos de los contrincantes? ¿Cómo tomaba sus decisiones sobre política exterior cada Estado? ¿Cuál era la configuración del sistema internacional? ¿Qué clase de paz se rompió? ¿Qué hizo que los Estados se lanzaran a la guerra? ¿Cómo y por qué tomaron la decisión de pelear? ¿Cuáles eran las opciones reales y, más importante, cuáles pensaban ellos que eran las opciones reales? Trato de responder estas preguntas en cada caso mediante una narrativa analítica que pretende proporcionar un relato interesante e instructivo.

Debo explicar por qué escogí estas guerras, entre todas las que han ocurrido en la historia de la humanidad. Todas se relacionan con la experiencia del mundo occidental, en parte porque es el mundo que mejor conozco y al que tengo acceso, en su idioma original, mediante sus textos y estudios. Además las escogí porque estoy interesado en el estallido de las guerras entre Estados que pertenecen a un sistema internacional, como el que tenemos hoy en día. Los griegos y los romanos de la era republicana vivían en ese tipo de mundo, y así ha vivido Occidente desde los tiempos del Renacimiento. Muchos otros pueblos han vivido sin Estados o en grandes imperios en donde los únicos grandes conflictos armados fueron guerras civiles o intentos de defender un reino contra bandas de invasores. Dentro de la experiencia occidental he tratado de seleccionar ejemplos de períodos históricos diversos que incluyan una variedad de Estados existentes en sistemas internacionales de características disímiles. Cada caso se ha escogido, también, porque ha generado un debate intenso e instructivo entre los académicos que los han estudiado. Debido a que existen muy pocos materiales sobre el período antiguo, comparado con lo que existe del período moderno, las explicaciones de las guerras de la antigüedad serán más cortas, menos profundas y detalladas, aunque pienso que hay suficiente información que hará posible discusiones provechosas. Hubiera sido viable, por supuesto, hacer una selección diferente, pero creo que las aquí mostradas permiten una investigación instructiva e interesante.

Mientras se escribe esta página estalla una guerra civil en el antiguo Estado de Yugoslavia que ya ha provocado la intervención de las fuerzas armadas de la OTAN, a la que Rusia se opone públicamente. Los propios rusos se encuentran inmersos en conflictos fronterizos con pueblos que anteriormente formaban parte de la Unión Soviética. Polonia, Checoslovaquia y Hungría se sienten amenazados por el posible resurgimiento del poder ruso y por esto buscan, con urgencia, ingresar en la OTAN, algo a lo que los rusos se oponen enérgicamente. Corea del Norte, que posiblemente ya tiene armas nucleares o, al menos, la capacidad para producirlas, tiene ubicada gran cantidad de tropas en la frontera con Corea del Sur. Esto implica una amenaza de guerra si los Estados Unidos insisten en exigir la inspección de los emplazamientos nucleares y la

prohibición de las armas nucleares. No todas las crisis graves, afortunadamente, provocan una guerra. Todos estos problemas posiblemente se resuelvan de manera pacífica cuando este libro esté en la imprenta, pero de ser así, seguramente serán sustituidos por otros no menos graves y peligrosos. Debe quedar claro que amenazas a la paz, iguales a las del pasado, persisten hasta nuestros días y continuarán en el futuro. La necesidad de afrontarlas con sabiduría, en una era de armas nucleares, es mayor que nunca.

El secreto del éxito de nuestra especie ha sido su capacidad de aprender de la experiencia y de adaptar su comportamiento a las circunstancias. El objetivo de este libro es proporcionar un estudio que pueda ayudar a realizar este esfuerzo. El sabio chino Sun Tzu dijo: "El arte de la guerra es de importancia vital para el Estado. Es un asunto de vida o muerte, un camino que conduce a la seguridad o a la ruina. Por tanto, es un tema de investigación que no puede, de ninguna manera, descuidarse".<sup>19</sup> De igual importancia es el arte de evitar la guerra, y tampoco puede descuidarse, sin correr peligro, el intento de entender sus orígenes y causas.



La Grecia clásica.

# I

## LA GUERRA DEL PELOPONESO 431-404 A. C.

**D**urante casi tres décadas, a finales del siglo V a. C., los atenienses y sus aliados combatieron contra los espartanos y los suyos, en una guerra terrible que cambió, para siempre, el mundo griego y su civilización. Medio siglo antes, los griegos habían resistido un asalto del poderoso Imperio Persa logrando preservar su independencia y libertad al retirar su ejército y sus naves de Europa y arrebatárles las ciudades griegas ubicadas en las costas de Asia Menor. Se inició un período glorioso, de crecimiento y éxitos. En particular, prosperaron los atenienses: aumentó su población y establecieron un imperio que les proporcionó riqueza y gloria. Su joven democracia alcanzó la madurez y se extendió para conceder, incluso a las clases más bajas de ciudadanos, derechos políticos, oportunidades y poder; su nueva constitución se expandió y llegó a enraizarse, también, en otras ciudades griegas. Fue un tiempo de un desarrollo cultural extraordinario, posiblemente único, por su originalidad y fecundidad, en toda la historia del mundo. Poetas dramáticos como Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes elevaron la tragedia y la comedia hasta un nivel que no ha sido nunca superado. Los arquitectos y escultores crearon los edificios de la Acrópolis, en Atenas, Olimpia, y a través de todo el mundo griego, e influyeron enormemente el curso del arte occidental llegando su efecto hasta nuestros días. Filósofos materialistas, como Anaxágoras y Demócrito, utilizaron la razón humana por sí sola para buscar una comprensión del mundo físico. Los pioneros de la moral y de la filosofía política, Protágoras y Sócrates, hicieron lo mismo en el reino de las relaciones humanas. Fue una época de gran progreso, prosperidad y confianza.

El conflicto terminó con todo esto. Tucídides nos dice que comenzó su historia cuando se inició la guerra

porque creía que sería una de las guerras más grandes y notables que hubieran ocurrido hasta entonces, y creía esto porque las dos potencias se encontraban muy bien preparadas, en todos los aspectos, para la guerra, y al ver que el resto de los pueblos helénicos tomaban partido por una u otra, al instante, o planeaban hacerlo. Porque ésta fue la conmoción más grande que sacudió a los helenos, extendiéndose también hasta algunos de los lugares habitados por los bárbaros; uno podría decir que, incluso, alcanzó a gran parte de la humanidad. (1. 1.2)<sup>1</sup>



La guerra fue un verdadero baño de sangre en la historia griega. Destruyó la vida y la propiedad; intensificó la hostilidad entre clases y entre distintas facciones; dividió internamente a los Estados griegos desestabilizando las relaciones entre ellos y, finalmente, debilitó su capacidad para resistir las invasiones externas. La victoria de Esparta frenó, también, la tendencia al desarrollo de la democracia. Cuando Atenas era poderosa y floreciente, su constitución democrática tenía un efecto magnético sobre otros Estados, pero su derrota fue el punto de giro en el desarrollo político de Grecia, que la apartó de la democracia y la llevó por el camino de la oligarquía.

La guerra fue un suceso trágico, un punto de giro importante en la historia, el final de un período de confianza y esperanza, el comienzo de una época más sombría. Fue una guerra de una brutalidad sin precedentes que violó, incluso, el código rudo que, previamente, había imperado en las batallas griegas, rompiendo el débil barniz que separa la civilización de la barbarie. Al prolongarse la guerra, la ira, la frustración y el deseo de venganza se incrementaron, lo que provocó un aumento de las atrocidades tales como la mutilación y el asesinato de los prisioneros, la muerte por sed, hambre e insolación al lanzarlos a los pozos, y al mar para que se ahogaran. Bandas de merodeadores mataron a niños inocentes en edad escolar. Se destruyeron ciudades enteras, asesinaron a los hombres, vendieron como esclavos a las mujeres y a los niños. En la isla que ahora se llama Corfú, la facción victoriosa de una guerra civil, provocada por una lucha mayor

iba al santuario de Hera y persuadía a unos cincuenta hombres a someterse a juicio, y los condenaba a muerte. La masa de suplicantes, que se había negado a hacerlo, al ver lo que estaba sucediendo, se mataron unos a otros en el suelo consagrado; algunos se ahorcaron en los árboles y otros se autodestruían como podían. Durante siete días se dedicaron a asesinar a aquellos conciudadanos que consideraban sus enemigos... La muerte se propagó con furia y tomó diferentes formas; y como generalmente sucede en momentos así, no hubo límites para la violencia; los padres asesinaron a los hijos y los suplicantes fueron arrastrados del altar o asesinados sobre él. (3.81.2-5)

Muy pronto la violencia se expandió y como consecuencia se desplomaron las costumbres, las instituciones, las creencias y el comportamiento que hacen posible la vida civilizada:

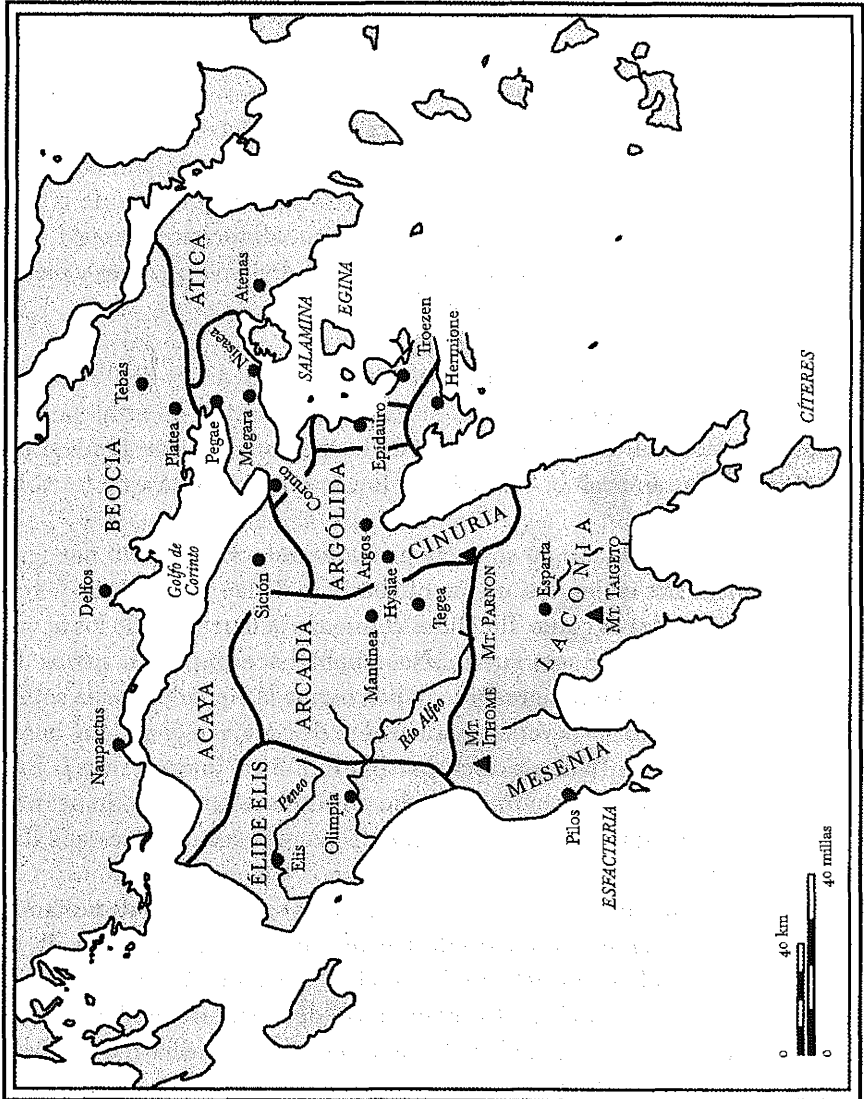
Después, podría decirse, se convulsionó todo el mundo helénico, surgieron batallas en todas partes, promovidas por los jefes populares que querían traer a los atenienses, y por los oligarcas, que querían introdu-

cir a los espartanos... Las palabras cambiaron sus significados originales y adoptaron las nuevas acepciones que se les daban. La audacia temeraria se consideró la virtud de un aliado leal; la duda prudente, una cobardía engañosa; se pensaba que la moderación encubría un comportamiento indigno de los hombres... La violencia frenética se convirtió en el atributo de la hombría; las intrigas cautelosas, un medio justificado de autodefensa. El partidario de medidas extremas era siempre confiable; su adversario, un hombre sospechoso... La religión no se tenía en cuenta por ningún bando; pero se elogiaba la utilización de frases bellas al servicio de fines dudosos. Así, se enraizó en los países helénicos toda clase de injusticia, justificada por la situación de crisis. La sencillez de la antigüedad, donde se estimaba tanto el honor, desapareció y fue motivo de burla; la sociedad se dividió en grupos y nadie confiaba en nadie. (3.82.1, 8; 3.83.1)

Ése fue el conflicto que inspiró las observaciones mordaces de Tucídides sobre el carácter de la guerra “como si fuera un maestro de escuela que hace que las características de la mayoría de las personas caigan al nivel de sus actuales circunstancias” (3.82.2). ¿Qué fue lo que provocó esta terrible guerra?

“Epidamno es una ciudad que se encuentra a tu derecha, cuando navegas en el Golfo Jónico. Los taulentios, un pueblo bárbaro de la raza de Iliria, viven cerca de allí” (1.21.1). Así es como Tucídides comienza la narración de los acontecimientos que condujeron a la guerra. Necesitaba hacerlo porque pocos de sus compatriotas griegos hubieran sabido dónde estaba la ciudad, ni nada sobre ella, al igual que muy pocos europeos sabían algo de Sarajevo cuando el heredero del Imperio Austro-Húngaro fue asesinado allí en junio de 1914. Era uno de esos lugares remotos, sin importancia en sí mismos, en donde ocasionalmente ocurre algo que desata una cadena de eventos secuenciales que llevan a la catástrofe.

La ciudad llamada Dirraquio por los romanos y Durazzo por los italianos modernos es actualmente el poblado de Durrës en Albania. Estaba muy al norte de la ruta normal de navegación de Grecia a Italia, ni muy rico, ni estratégicamente situado, ni tampoco formaba parte del sistema de alianza que dividió a Grecia cuando sus problemas comenzaron a enturbiar las aguas a mediados de la década de 430.<sup>2</sup> Nadie hubiera podido predecir que una pelea interna en esta remota ciudad en los límites del mundo helénico conduciría a la devastadora y terrible Guerra del Peloponeso<sup>3</sup> que merece, desde la perspectiva de los griegos del siglo V, considerarse como una guerra mundial, en igual medida que la Gran Guerra de 1914-1918 lo fue para los europeos de su tiempo.



El Peloponeso.

## LOS PODERES HEGEMÓNICOS Y SUS ALIANZAS

## ESPARTA Y LA LIGA DEL PELOPONESO

En vísperas de la Guerra del Peloponeso, Grecia estaba dividida en dos grandes alianzas las que, durante casi medio siglo, se habían tratado con recelo e, incluso, habían peleado entre sí. La organización más antigua la dirigía Esparta, un Estado diferente del resto. Siglos atrás, los espartanos habían conquistado a sus vecinos, llamados *perioikoi*, a quienes convirtieron en subordinados, y a otros, los ilotas, los llevaron a una condición de esclavitud de Estado o servidumbre. Los ilotas cultivaban la tierra y proporcionaban los alimentos a los espartanos, mientras que los *perioikoi* manufacturaban los productos necesarios y se ocupaban del pequeño mercado que los espartanos requerían y permitían. Esta ocupación los liberaba del trabajo duro que los hombres, normalmente, tenían que realizar, dejándoles tiempo libre para dedicarse al entrenamiento militar.

A los ilotas se los custodiaba celosamente y se los trataba con severidad. Eran más numerosos que sus amos espartanos en una proporción de diez a uno, aproximadamente, y, como dijo un ateniense que conocía muy bien Esparta, “se comerían, con gusto, a los espartanos vivos” (Jenofonte, *Hellenica*, 3.3.4-11). A cada rato se rebelaban y ponían en peligro la existencia de los espartanos y de su Estado. Para enfrentar este desafío, y para fortalecer su capacidad militar, los espartanos subordinaban al individuo y a la familia a las necesidades del Estado. Sólo se les concedía el derecho de vivir a los infantes físicamente perfectos; a la edad de siete años separaban a los niños de sus casas para entrenarlos y endurecerlos en escuelas militares, hasta la edad de veinte años. De los veinte a los treinta vivían en barracas, ayudando en el entrenamiento de los jóvenes. Podían casarse pero sólo podían visitar a sus esposas a escondidas. A los treinta el varón espartano se convertía en un ciudadano completo, un “igual” (*homoios*). Comía en un comedor público con catorce compañeros. Cenaba con sencillez, generalmente una sopa oscura que horrorizaba a los otros griegos. Se exigía el servicio militar hasta los sesenta años. Todo el sistema estaba diseñado para producir soldados cuya fuerza física, entrenamiento y disciplina garantizaran que fueran los mejores del mundo.<sup>4</sup>

En el siglo VI, los espartanos desarrollaron un sistema de alianzas permanentes para salvaguardar su peculiar comunidad de peligros internos y externos. A los aliados se les exigía que enviaran contingentes de soldados, a solicitud de los espartanos, y que sirvieran bajo sus órdenes. La alianza convirtió a Esparta en la primera gran potencia en la historia clásica griega. Académicos modernos llaman a la Alianza Espartana la Liga del Peloponeso, y el término se ha hecho tan común que resulta difícil utilizar otro, pero no fue tanto una liga como una

organización amplia, que agrupaba a Esparta, por un lado y, por el otro, a un grupo de aliados relacionados con ella mediante tratados establecidos por separado.<sup>5</sup> Cada Estado juraba tener los mismos amigos y enemigos, contaban así con la protección de Esparta y el reconocimiento de su integridad y autonomía. El lenguaje de los tratados era ambiguo con relación a asuntos importantes: no aclaraba si eran los aliados o los espartanos los que decidían cuáles eran los amigos y los enemigos que iban a tener en común y si los aliados estaban obligados a ayudar a los espartanos, tanto en las guerras ofensivas como en las defensivas. La realidad, no la teoría, proporcionaba el principio interpretativo.

Cuando Esparta se sentía fuerte y segura podía mandar. Los espartanos ayudaban a sus aliados cuando les convenía o cuando era inevitable y obligaban a los otros a incorporarse cuando era necesario y posible. La alianza completa se convocaba solamente cuando los espartanos lo decidían, y sólo se conocen unas cuantas reuniones. Las reglas que realmente eran efectivas se imponían teniendo en cuenta la realidad geográfica, política o militar, y revelan tres categorías discernibles, aunque informales, de aliados. Una de ellas estaba constituida por los Estados que eran tan pequeños y se encontraban tan cerca de Esparta que se podían controlar fácilmente. Una segunda categoría de aliados, que incluía Megara, Elis y Mantinea, eran más fuertes, se encontraban más lejos, o ambas cosas, pero eran tan poderosos y se encontraban tan distantes que podían escapar, en última instancia, al castigo. Tebas y Corinto eran los únicos Estados del tercer grupo, porque eran Estados tan poderosos y estaban tan lejos que su independencia casi nunca estuvo en peligro y su política exterior se subordinaba, con muy poca frecuencia, a los intereses espartanos.<sup>6</sup>

Una vez establecido su liderazgo en el Peloponeso, el poder y el prestigio que les otorgaba su alianza no hizo a los espartanos audaces y agresivos. A pesar de la gran superioridad militar que adquirían por su entrenamiento y disciplina incomparables, y de las fuerzas que le proporcionaba su alianza, en general, eran reacios a ir a la guerra; mientras más lejos se encontraba el objetivo, mayor era su renuencia. La causa principal de su reserva era el temor a que los ilotas se aprovecharan de las largas ausencias del Ejército espartano para rebelarse. Tucídides señaló que “la mayoría de las instituciones entre los espartanos se establecieron para defenderse de los ilotas” (4.80.3) y Aristóteles dijo que los ilotas “parecen estar esperando que ocurran desastres para atacar a los espartanos” (*Politics* 1269a).

Argos presentaba otro problema para los espartanos. Un Estado grande, potencialmente fuerte y populoso al noreste de Esparta, no era miembro de la Alianza Espartana. De hecho, los dos Estados tenían una larga historia de enemistad y guerras. Los espartanos siempre temieron la unión de un Argos rejuvenecido con otros enemigos y especialmente que los argivos ayudaran a los ilotas en alguna de sus rebeliones.

La seguridad contra las rebeliones ilotas y las ambiciones argivas dependían, en gran medida, de la fiabilidad en la Alianza Espartana. Cualquier cosa que amenazara la integridad de la Liga del Peloponeso o la lealtad de algunos de sus miembros era, en potencia, un peligro mortal para los espartanos. Cuando los persas invadieron Grecia en 480, sin embargo, la alianza se encontraba sólidamente consolidada por la hegemonía espartana, y los espartanos eran los indicados para liderar a todos los Estados griegos que desafiaron y derrotaron a los “bárbaros”.

La constitución política de Esparta era también diferente a la de los demás Estados griegos. Los teóricos la consideraban como una “constitución combinada” porque contenía elementos monárquicos, oligárquicos y democráticos. La asamblea, compuesta por todos los hombres espartanos mayores de treinta años, era el elemento democrático. El Gerusia, un consejo formado por veintiocho hombres mayores de sesenta, elegidos entre un número pequeño de familias privilegiadas,<sup>7</sup> representaba el principio oligárquico. El elemento real consistía en la existencia de dos reyes en lugar de uno. Los cinco éforos representaban un cuarto elemento anómalo.

Los dos reyes gobernaban de por vida, dirigían los ejércitos espartanos y ejercían funciones religiosas y judiciales importantes. A menos que fueran extremadamente incompetentes, contaban con gran prestigio e influencia. Sus opiniones sobre asuntos relacionados con la guerra y la paz eran de gran peso, pero con frecuencia sucedía que los dos reyes no estaban de acuerdo, y se formaban facciones afines a cada punto de vista. El Gerusia estaba a la par de los reyes, como la corte suprema del país, y era la corte en la que los propios reyes eran juzgados. Parece que no participaban formalmente en la elaboración de la política exterior, pero el prestigio que poseían debido a sus conexiones familiares, edad y experiencia, en una sociedad que veneraba este tipo de cosas, y la honra de su elección, debe de haberles proporcionado una gran influencia extraoficial.

El éforo se inventó en el siglo VI, principalmente para que ejerciera control sobre los reyes. En el siglo V, sin embargo, el papel de los éforos era más complejo y de gran importancia especialmente en los asuntos de política externa. Sólo ellos podían convocar a la asamblea y la presidían. Ocupaban puestos en el Gerusia, eran sus funcionarios ejecutivos y tenían el derecho de acusar de traición a los reyes. Recibían a los emisarios extranjeros, negociaban tratados y ordenaban expediciones, una vez que se hubiera declarado la guerra. Se los ha considerado como ministros de política exterior de Esparta.<sup>8</sup>

Las decisiones formales sobre los tratados, las relaciones internacionales, la guerra y la paz pertenecían a la asamblea, pero sus poderes reales eran limitados. Generalmente había poco o ningún debate; cuando ocurría, se limitaba a los reyes, los miembros del Gerusia o los éforos. El espartano común parece no haberse expresado nunca. La votación se realizaba, usualmente, por aclamación.

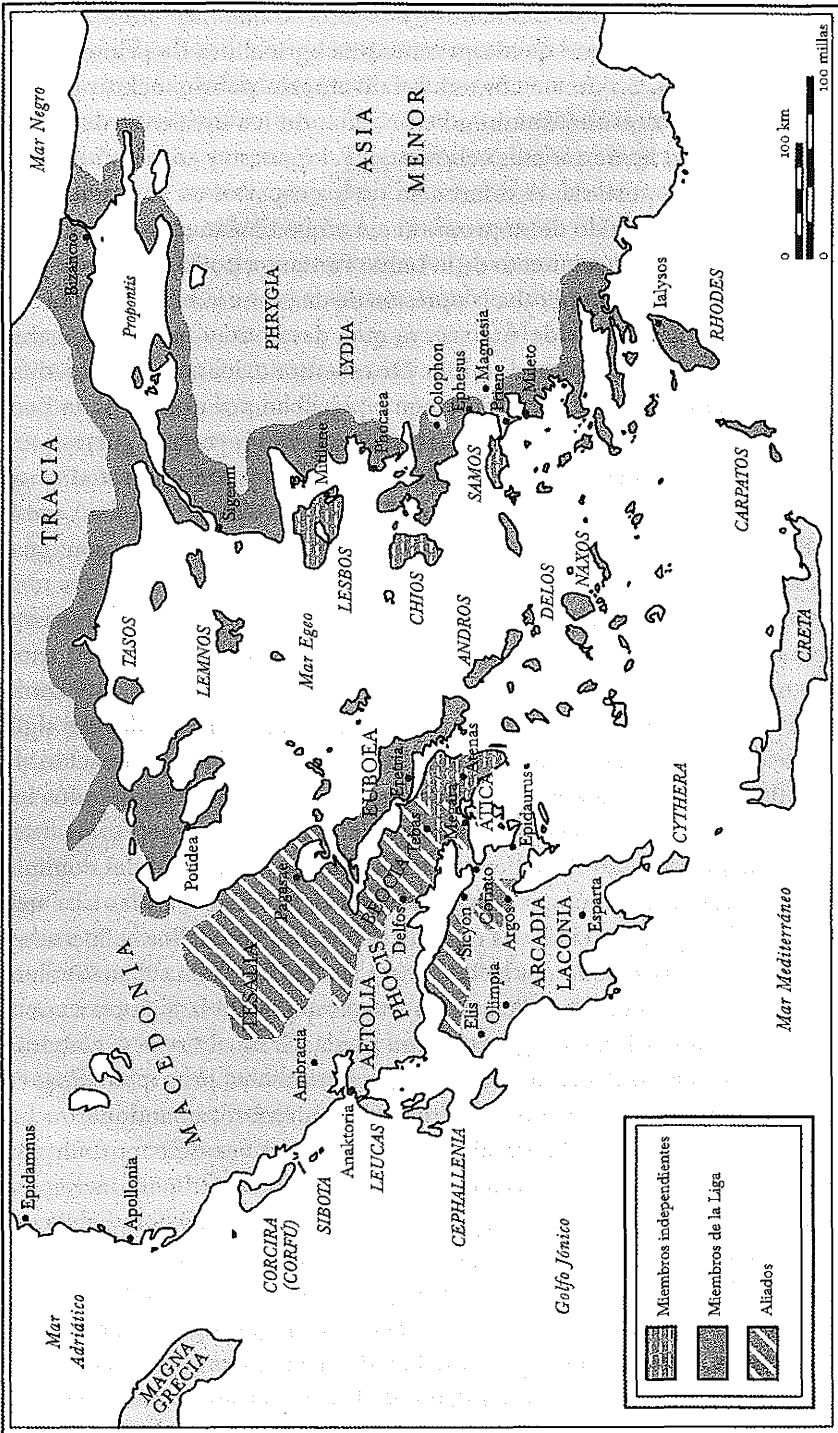
mación, el equivalente de un voto oral; no eran frecuentes ni las divisiones ni contar los votos. En muchas ocasiones, las resoluciones sobre los asuntos que se presentaban a la asamblea deben de haber sido inevitables, pero cuando el liderazgo se dividía, el dictamen final debe haberlo tomado la asamblea, “el órgano de los guerreros y ex guerreros-colectivos”.<sup>9</sup>

Durante tres décadas desde su establecimiento, ésta fue la constitución de Esparta. No sufrió cambios por alteraciones de las leyes, golpes de Estado o revoluciones. Una estabilidad así hubiera podido garantizar una política exterior sólida, especialmente si se compara con la inestabilidad que proporcionaba la constitución democrática de Atenas. En teoría, y a menudo en la práctica, los atenienses podían adoptar una política un día y cambiarla al día siguiente, o aceptar el plan de un líder y encargar su ejecución a otro. Las realidades ocultas en la constitución formal de Esparta, sin embargo, revelan la posibilidad de una inestabilidad similar. Los conflictos entre los reyes, entre los éforos y los reyes, entre los propios éforos, y los que ocurrían a consecuencia de la rotación anual del comité de éforos, de hecho, podían debilitar la vigilancia de Esparta sobre su alianza. Un aliado podía tratar de desarrollar sus propios intereses y su política aprovechándose de las divisiones internas de Esparta y de la paradoja inherente a esta situación. El potente Ejército espartano y su control sobre la alianza otorgaban a Esparta un poder enorme, pero si lo utilizaban contra un enemigo fuerte que se encontrara fuera del Peloponeso corrían el riesgo de enfrentar una sublevación de los ilotas o un ataque argivo. Si no lo usaban cuando se lo solicitaban sus aliados más importantes, se arriesgaban a que desertaran y a que se disolviera la alianza, que era la base de su seguridad. En la crisis que condujo a la guerra, la capacidad de decisión de Esparta se vería afectada por estas dos dificultades.

#### ATENAS Y SU IMPERIO

En las Guerras Persas, los atenienses jugaron un papel tan importante como el de los espartanos y, antes de que pasara mucho tiempo, se encontraron al frente de una alianza de Estados griegos que, primero, se separaron de la Alianza Espartana, para después reincorporarse. Para comprender la situación y naturaleza del Estado ateniense cuando entró en la Guerra del Peloponeso, es conveniente considerar ese Estado como una “Democracia Imperial Ateniense”, otorgando cabal significado a cada elemento del nombre.

Atenas tenía una historia excepcional que la ayudó a conformar su naturaleza mucho antes de que se convirtiera en una democracia y de que adquiriera un imperio. Era el poblado principal de la región conocida como Ática, una pequeña península triangular que se extendía al sudeste de la Grecia central. Ática tiene un área de alrededor de mil seiscientos kilómetros cuadrados, pero



El Imperio Ateniense alrededor de 450 a. C.



la mayoría de ese territorio es montañoso y rocoso, lo que hace imposible los cultivos. Muy poco de lo que queda permite una agricultura de primera calidad, por lo que Ática, en sus inicios, era relativamente pobre, incluso para el estándar griego. Esto resultó una bendición, cuando los invasores del norte arrasaron y ocuparon las tierras más valiosas del Peloponeso y consideraron que no valía la pena conquistarla. A diferencia de los espartanos, los atenienses sostenían que habían surgido de su propio suelo y que habían vivido en el mismo lugar desde antes del nacimiento de la Luna. Por tanto, podían seguir su propio camino, sin el peso que implicaba la opresión de una clase inferior inconforme.

Otro secreto del gran éxito de Atenas era que, desde muy temprano, había unificado a toda la región bajo su dominio. De este modo, los atenienses, a diferencia de los tebanos, quienes constantemente peleaban por el control de Beocia en la frontera norte de Ática, no perdían su tiempo en reyertas y guerras con los pueblos vecinos. Ática estaba unificada totalmente y con éxito: todas sus comunidades formaban parte de la ciudad-Estado de Atenas, todos sus habitantes, allí nacidos, eran libres y considerados ciudadanos atenienses con iguales derechos.

La ausencia de fuertes presiones, internas y externas, puede explicar la razón por la cual la historia de Atenas, en sus comienzos, se desarrolló de forma pacífica y no violenta. Esto ayuda a comprender su aparición en el siglo V como la primera democracia en la historia de la humanidad. Para mediados del siglo la constitución democrática había alcanzado, básicamente, la culminación de su desarrollo, que implicaba la participación completa y directa de todos los ciudadanos adultos hombres en su propio gobierno.

El poder y la prosperidad de la democracia ateniense dependían del dominio de su gran imperio marítimo, que se centraba en el Mar Egeo, en las islas que allí se encontraban y en las ciudades costeras. Comenzó como "los atenienses y sus aliados" (académicos modernos la llaman la Liga de Delos), una alianza voluntaria de Estados griegos que le solicitaron a Atenas que fuera la guía para continuar la guerra de liberación y venganza contra Persia. Gradualmente se convirtió en un imperio bajo las órdenes atenienses y que funcionaba, principalmente, en beneficio de Atenas. Con los años, casi todos los miembros abandonaron sus flotas y decidieron entregar dinero al tesoro común, en vez de contribuir con sus propios barcos y hombres. Los atenienses usaron el dinero para incrementar el número de sus barcos y para pagar a los remeros para que permanecieran junto a sus remos ocho meses al año, por lo que la Armada ateniense se convirtió, sin dudas, en la mayor y mejor flota que jamás se hubiera visto. En vísperas de la guerra sólo dos islas, Lesbos y Quíos, que tenían a unos 150 miembros de la Liga, poseían sus propias flotas y disfrutaban de una autonomía relativa. Incluso ellos no se atrevían a desafiar las órdenes de los atenienses. Durante los años de la Guerra Fría fue una costumbre comparar el conflicto entre los espartanos

y sus aliados, y los atenienses y los suyos, con la rivalidad existente entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, generalmente de forma engañosa.<sup>10</sup>

La ganancia imperial de Atenas era lo suficientemente grande y producía un excedente considerable, más allá de las necesidades de la Armada. Los atenienses lo utilizaban para sus propios objetivos, que incluían el gran programa de construcciones que embelleció y glorificó su ciudad, le dio trabajo a su pueblo y le proporcionó la posibilidad de acumular grandes fondos de reserva. La Armada protegía los buques mercantes en su próspero comercio alrededor del Mediterráneo y en zonas más alejadas. También dio acceso a los atenienses a los campos de trigo de Ucrania y a los peces del Mar Negro, con lo que podían complementar su insuficiente abastecimiento de comida e, incluso, reponerlo totalmente, con el empleo del dinero imperial, si la guerra los obligaba a abandonar sus propios campos. Una vez que completaran la muralla que rodeaba su ciudad y enlazarla, mediante grandes muros, con sus puertos fortificados en el Pireo como hicieron a mediados de siglo, los atenienses serían invulnerables.

El soberano en Atenas, que tomaba todas las decisiones políticas con relación a los asuntos externos e internos, militares y civiles, era la asamblea. Todos los ciudadanos varones podían ser electos para asistir, votar, hacer proposiciones y participar en los debates. La asamblea se reunía, al menos, cuarenta veces al año, al aire libre, con vista al mercado, al lado de la Acrópolis. A comienzos de la guerra, se eligieron alrededor de cuarenta mil atenienses, pero la asistencia, en pocas ocasiones, excedía a los seis mil. Éste era el grupo que tenía que aprobar los tratados de paz y las declaraciones de guerra. Cualquier decisión estratégica que se tomara tenía que proponerse, analizarse y debatirse abiertamente frente a miles de personas, la mayoría de las cuales tenía que aprobar cada detalle de cada acción. Los objetivos y propósitos de cada expedición se aprobaban por la asamblea: el número y tipo específico de barcos y de hombres, los fondos que se emplearían, los comandantes que dirigirían las fuerzas y las instrucciones específicas para esos comandantes. El Consejo de los Quinientos, escogido por sorteo por la ciudadanía ateniense, preparaba las cuentas para la consideración de la asamblea pero se subordinaba, totalmente, al conjunto mayor.

Los puestos más importantes en el Estado ateniense, entre los pocos que se ocupaban por elección y no por sorteo, eran los de los diez generales. Debido a que estaban al frente de divisiones del Ejército ateniense y de flotas de barcos en la batalla, tenían que ser hombres militares; debido a que tenían que elegirse por un término de un año, y podían reelegirse sin límite, tenían que ser políticos. En el siglo V, la mayoría de los generales estaban capacitados en ambas direcciones, aunque algunos estaban más especializados en uno de los dos campos. Estos hombres podían, y de hecho lo hacían, imponer disciplina militar durante las campañas, pero no eran muy poderosos en la ciudad. Al menos diez veces al año tenían que, oficialmente, enfrentar las quejas sobre su conducta

en el puesto y, al final de sus mandatos, tenían que presentar un informe completo de su comportamiento en el cargo, desde el punto de vista militar y financiero. En cada ocasión, podían ir a juicio si los acusaban y podían ser fuertemente castigados si los encontraban culpables.

Los diez generales juntos no formaban un gabinete o un gobierno. Algunas veces, sin embargo, un general obtenía tanto apoyo político e influencia que se convertía, de hecho y no por ley, en el líder de los atenienses. Ése fue el caso de Cimón durante diecisiete años, entre 479 y 462, período en el que parece que fue electo general cada año, dirigió las expediciones importantes y persuadió a la asamblea ateniense para que apoyara sus políticas internas y en el exterior. Después de la partida de Cimón, Pericles alcanzó un éxito similar por un período todavía más largo.

Pericles fue una de esas personas singulares que marcan con su sello su tiempo. Un aristócrata ateniense, primero fue un reformador político democrático y, después, el líder de la democracia ateniense. Personalmente estuvo al frente de ejércitos y de barcos, negoció tratados, seleccionó a los escultores y arquitectos que embellecieron la Acrópolis y contaba entre sus amigos y asociados a los artistas, poetas, filósofos e historiadores más prominentes de su época. Resulta difícil encontrar a otro líder político que haya jugado un papel tan directo y versátil en la conducción de la vida de su pueblo. Durante tres décadas antes de la guerra se cree que ocupó el puesto de general cada año, asistió a la elección de algunos de sus asociados, condujo las campañas que entendió eran necesarias y ganó el apoyo de los atenienses por sus proyectos de política interna y externa. Es importante destacar, sin embargo, que nunca tuvo, oficialmente, más poder que el resto de los generales y que nunca trató de alterar la Constitución. Estaba sujeto al escrutinio que garantizaba la Constitución y requería el voto; en la asamblea pública e incontrolable, para poder realizar cualquier acción. No siempre obtenía lo que quería y, en algunas ocasiones, sus enemigos persuadieron a la asamblea para que actuara en contra de sus deseos, pero una descripción precisa del gobierno ateniense en vísperas de la guerra sería que era una democracia conducida por su primer ciudadano. Pericles era influyente, no porque tuviera algún poder oculto o contara con el apoyo de las fuerzas armadas, porque no tenía ninguna de las dos cosas. Los atenienses siguieron su conducción debido a su prestigio de hombre inteligente, sabio, capaz, honesto y patriota; a su notable talento para los discursos públicos; a la popularidad y al éxito de sus programas y liderazgo. Tucídides lo presenta en la historia como "Pericles, hijo de Jantipo, el hombre más destacado en Atenas en aquella época y el más hábil con la palabra y la acción" (1.139.4). No sería correcto ir tan lejos como Tucídides y afirmar que Atenas, en los tiempos de Pericles, aunque era una democracia de nombre, se estaba convirtiendo en el país de su primer ciudadano; de hecho (2.65.7), se mantuvo como una democracia en todos sus aspectos, pero en la crisis principal

que condujo a la guerra, cuando se adoptaron las estrategias para combatirla, y durante el segundo año, los atenienses, invariablemente, siguieron el consejo de su gran líder. Bajo el liderazgo de Pericles, la democracia ateniense tuvo la capacidad de decidir por ella misma sus programas y sus aliados, sin influencias foráneas, y de mantener sus decisiones coherentemente.

### EL ORIGEN DE LA RIVALIDAD

La rivalidad entre Atenas y Esparta se desarrolló en las décadas posteriores a las Guerras Persas, cuando la Liga de Delos aumentaba sus éxitos, riquezas, poder y se transformaba, gradualmente, en el Imperio Ateniense. Desde el principio, existió una facción en Esparta, recelosa y resentida por el incremento del poder ateniense. Los espartanos se opusieron al deseo de los atenienses de reconstruir sus murallas después de que se marcharon los persas. Cuando los atenienses rechazaron sin vacilación sus puntos de vista, los espartanos no presentaron una queja oficial, “pero, secretamente, estaban muy amargados” (1.92.1). Ya en el año 475, el resentimiento había crecido tanto que se presentó una proposición en el Gerusia para lanzarse a la guerra en contra de los atenienses para destruir su nueva alianza y obtener el control del mar.<sup>11</sup> Después del debate no se aceptó el plan, pero el suceso pone de manifiesto que continuaba existiendo una facción antiateniense en Esparta. Años más tarde, algunos de los aliados de Esparta los criticaron por su aislacionismo y lentitud en cortar de raíz el crecimiento ateniense, por no realizar sus funciones de preservar la paz y mantener el equilibrio de poder antes de la guerra, pero esa crítica era injustificada. En los primeros años del poder ateniense, el recuerdo de su reciente colaboración en la gran guerra contra Persia por la independencia de Grecia no favorecía un conflicto. Los atenienses continuaron su guerra justa en contra de Persia y por la libertad de los griegos. Los espartanos, sin embargo, pronto tendrían que desviar su atención hacia problemas locales más cercanos, que tomaron la forma de guerras dentro del Peloponeso. En el momento en que no se pudo ignorar más el peligro que representaba Atenas, su poder se estaba desmoronando y la capacidad de los espartanos para sobreponerse era cuestionable.

No hubo dificultades durante dos décadas, pero en 465, los atenienses sitiaron la isla de Taso y se encontraron con una fuerte resistencia. Los tasiotes enviaron un mensaje a los espartanos, pidiéndoles ayuda para que invadieran Ática. En una decisión secreta, desconocida para los atenienses, hicieron la promesa y, nos cuenta Tucídides, “se proponían cumplirla” (1-101.1-2).<sup>12</sup> No pudieron hacerlo, sin embargo, porque ocurrió un terrible terremoto en el Peloponeso y los ilotas iniciaron una gran revolución. Incapaces de retirar a los rebeldes de su fortaleza en la montaña, los espartanos pidieron ayuda a sus aliados. Los atenienses respondieron al lla-

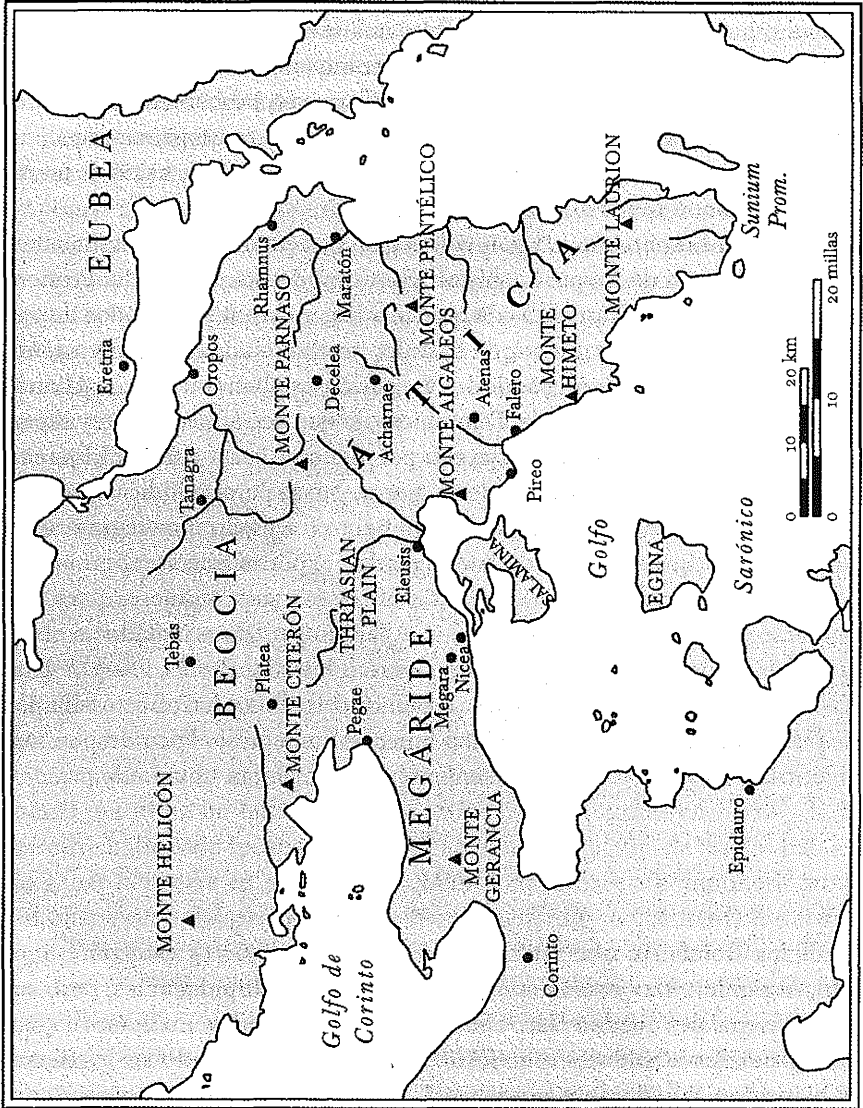
mado, pues se encontraban comprometidos con los espartanos bajo los términos de la Alianza Griega contra Persia, jurada en 481 y que se había concebido, específicamente, para ayudar, con su destreza y armamentos, cuando los sitiaban. A los atenienses les pidieron que se fueran antes de que pudieran demostrar su capacidad, sólo a ellos entre todos los aliados, con el falaz argumento de que ya no se los necesitaba. Tucídides reporta el verdadero motivo: “los espartanos temían la audacia y el espíritu revolucionario de los atenienses, y pensaban que si ellos [los atenienses] se quedaban, podían persuadirlos de que cambiaran de bando... Fue con motivo de esta expedición que pelearon por primera vez, abiertamente, los espartanos y los atenienses” (1.102.1-3).

El incidente, que refleja claramente el recelo y la hostilidad que sentían muchos espartanos, provocó una revolución política en Atenas y, después, una revolución diplomática en Grecia. El rechazo, considerado como un insulto, del ejército ateniense por parte de los espartanos trajo como consecuencia la caída del régimen pro espartano de Cimón, que había logrado mantener relaciones amistosas entre las dos potencias desde las Guerras Persas. El grupo antiespartano, que no quería que se enviara ayuda al Peloponeso, sacó a Cimón de Atenas, se retiró de la antigua alianza con Esparta e hizo una nueva alianza con el viejo y implacable enemigo de Esparta, Argos (1.102.4; Plutarco, *Cimón* 17.2).<sup>43</sup>

Pronto, el deterioro de las relaciones entre Esparta y Atenas fue en aumento. Cuando los ilotas sitiados no pudieron resistir mucho más, los espartanos les permitieron abandonar el Peloponeso mediante una tregua, con la condición de que no regresaran nunca. Los espartanos seguramente pensaron que se dispersarían sin causar daños, pero los atenienses los agruparon en una zona estratégica, en la costa norte del Golfo de Corinto, en la ciudad de Naupacta, lugar que Atenas había adquirido recientemente, “debido al odio que ya sentían contra los espartanos” (1.103.3).

Después, los atenienses hicieron algo que irritó aún más a los espartanos. Dos aliados de Esparta, Corinto y Megara, se encontraban en guerra por sus fronteras. Megara estaba perdiendo. Los espartanos decidieron no inmiscuirse, por lo que los dirigentes de Megara propusieron separarse de la Alianza Espartana para unirse a Atenas, a cambio de que los ayudaran a enfrentar a Corinto. El incidente pone de manifiesto cómo la desavenencia entre Atenas y Esparta creó una nueva inestabilidad en el mundo griego. Mientras que los dos Estados hegemónicos estaban en buenos términos, cada uno tenía la libertad de relacionarse con sus aliados como quisiera; los miembros insatisfechos de cualquiera de las dos alianzas no tenían a dónde dirigirse. Ahora, sin embargo, los Estados disidentes podían buscar el apoyo del rival de su líder. En cierta medida, la existencia de la rivalidad estimuló la disidencia.

Megara, situada en el límite occidental de Atenas, tenía una gran importancia estratégica. Su puerto occidental, Pegae, permitía el acceso al Golfo de Corin-



Ática y sus alrededores.

to, al que los atenienses sólo podían llegar a través de una ruta larga y peligrosa, que le daba la vuelta a todo el Peloponeso. Nisaia, su puerto oriental, descansaba en el Golfo Sarónico, desde donde el enemigo podía atacar al puerto de Atenas. Todavía más importante, el control ateniense del acceso a la montaña, en el territorio de Megara, posible, únicamente, si se tenían buenas relaciones con Megara, haría muy difícil, o imposible, una invasión del Ejército peloponesio a Ática. Una alianza con Megara traería, como consecuencia, muchas ventajas, pero también provocaría la guerra contra Corinto y, probablemente, contra Esparta y la Liga del Peloponeso. Los atenienses aceptaron a Megara en su alianza, “y fue, fundamentalmente, con motivo de esta acción, que nació el fuerte odio de Corinto contra los atenienses” (1.103.4).

Esto, aunque los espartanos no se involucraron directamente durante muchos años, fue el principio de lo que los historiadores modernos llaman “la Primera Guerra del Peloponeso”. Duró más de quince años, incluyendo períodos de tregua e intervalos de acción y, de vez en cuando, involucró a los atenienses desde Egipto hasta Sicilia. Terminó cuando los megarienses abandonaron la Alianza Ateniense y regresaron a la Liga del Peloponeso, lo que permitió que el rey espartano Pleistoanax pudiera llevar al Ejército peloponesio hasta Ática. El Ejército ateniense salió resueltamente a defender su tierra, y todo parecía indicar que ocurriría una batalla decisiva, pero a último momento los espartanos regresaron a casa sin combatir. Los escritores de la antigüedad explican este comportamiento al afirmar que Pericles había sobornado al rey y a sus consejeros para que suspendieran la batalla y, al principio, los espartanos estaban irritados con los comandantes, a los que castigaron severamente (Plutarco, *Pericles*, 22-23).<sup>14</sup> Una explicación más lógica es que Pericles se reunió con ellos y les ofreció una paz en unos términos aceptables, lo que hizo innecesaria la pelea. Poco después, en cualquier caso, los espartanos y los atenienses acordaron un tratado de paz.

## LA PAZ

La Paz de los Treinta Años se ratificó en el invierno de 446-445. No conocemos su texto, ni siquiera una reseña completa de todas sus estipulaciones, pero sus elementos esenciales quedan claros en el relato de Tucídides. En la única cláusula territorial, los atenienses estuvieron de acuerdo en abandonar las tierras que habían adquirido durante la guerra. A cambio de esto, los espartanos concedieron lo que equivalía al reconocimiento oficial del Imperio Ateniense, porque Esparta y Atenas prometieron ratificar los juramentos a sus aliados. El mundo griego se dividió oficialmente en dos, mediante una disposición que le prohibía a los miembros de cada alianza cambiar de bando, un intento obvio por prevenir que se repitiera una guerra como la anterior, que comenzó, pre-

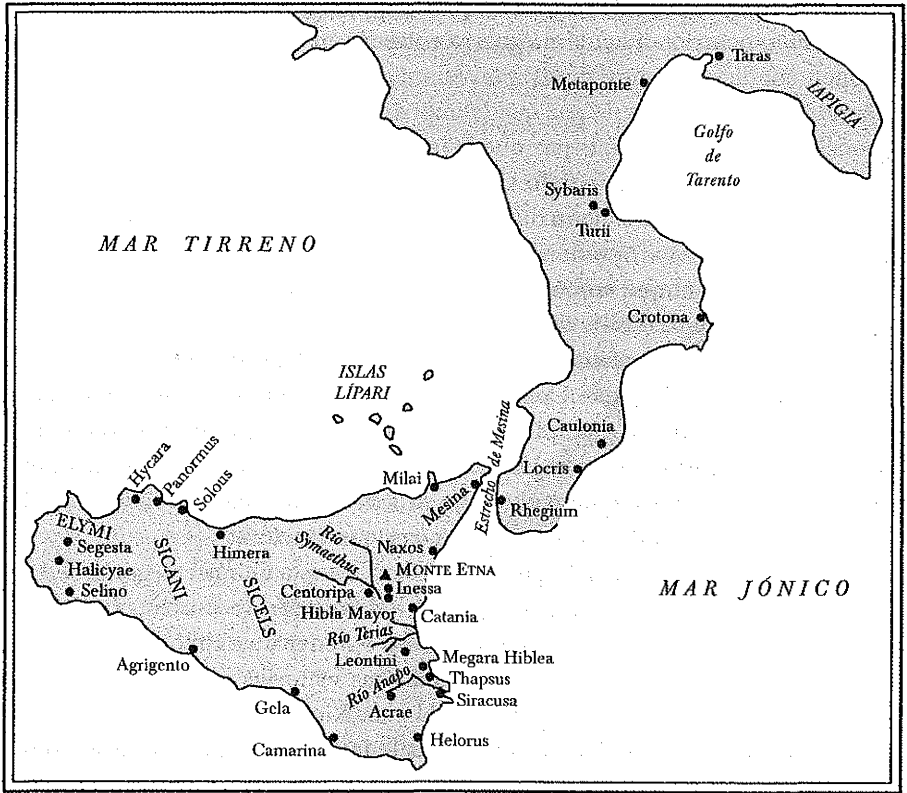
cisamente, cuando Megara lo hizo. Una cláusula con vistas al futuro permitía que los neutrales se unieran a cualquiera de los dos bandos, un punto sensible y, aparentemente, inocente que traería como consecuencias muchos problemas insospechados. La disposición más novedosa e interesante exigía que ambas partes sometieran sus futuras discrepancias a un arbitraje obligatorio, lo que parece ser el primer intento en la historia de mantener una paz continua mediante un mecanismo de este tipo.

No todos los tratados de paz son iguales. Algunos se realizan al final de una confrontación bélica en donde una de las partes queda destruida o derrotada totalmente, como ocurrió en la última guerra entre Roma y Cartago (149-146). Otros imponen condiciones muy duras a un enemigo que ha sido derrotado pero no destruido. Ése fue el tipo de paz que le impuso Prusia a Francia en 1871 o, como se considera comúnmente, la paz que le impusieron a Alemania en Versalles en 1919. Esta clase de tratado, con frecuencia, es la semilla para el estallido de otra guerra, porque humilla y llena de rabia al perdedor sin eliminar su capacidad de venganza. Un tercer tipo de tratado pone fin a un conflicto, generalmente un conflicto largo, en el que ambos se han dado cuenta de los costos y peligros de la guerra y de las virtudes de la paz, aunque no exista un vencedor en el campo de batalla. La Paz de Westfalia en 1648 que dio fin a la Guerra de los Treinta Años y los acuerdos con los que el Congreso de Viena concluyó las guerras napoleónicas en 1815 son buenos ejemplos de esto. Un tratado de este tipo no busca la destrucción o el castigo, sino la garantía de que no se renueve la guerra. El éxito de esta clase de paz requiere el reflejo preciso de la situación política y militar y que se base en el deseo sincero de hacer que funcione.

La Paz de los Treinta Años de 446-445 pertenece a esta última categoría. Durante una guerra prolongada, las dos partes habían sufrido muchas bajas y se habían enfrentado a peligros. Ninguna podía obtener una victoria decisiva; la fuerza marítima no había podido continuar sus victorias en tierra y la fuerza terrestre había sido incapaz de vencer en el mar. Ninguna de las dos había podido ganar la guerra en el elemento que más le favorecía e imponerle su voluntad al enemigo. La paz, por tanto, fue un acuerdo que contenía los elementos esenciales para el éxito. Reflejaba con precisión el equilibrio de poder entre los dos rivales y sus alianzas. Comprometía a las dos partes a mantener el *status quo* con relación a cada cual y a sus aliados. Al reconocer la hegemonía espartana en el continente y la de Atenas en el Egeo, aceptaba el dualismo que dividía al mundo griego y proporcionaba esperanza para una paz duradera.

Como cualquier tratado, éste contenía también elementos para una posible inestabilidad. En cada Estado, las facciones minoritarias estaban insatisfechas. Algunos atenienses favorecían la expansión del imperio y a algunos espartanos les molestaba compartir la hegemonía con Atenas. Otros, incluyendo a algunos de los aliados, temían la ambición ateniense porque estaban convencidos





Sicilia y el sur de Italia.

de que la existencia misma de un imperio naval ateniense poderoso amenazaba la independencia del resto de los griegos. Los atenienses advertían este recelo y temían que los espartanos y los aliados no estuvieran totalmente comprometidos con la paz y que simplemente estuvieran esperando una oportunidad favorable para reanudar el conflicto. Algunos espartanos estaban frustrados por la forma en que terminó la guerra porque pensaban que estaban muy cerca de la victoria cuando el rey Pleistoanax retiró a su ejército de Ática sin combatir. Los corintios seguían molestos con Atenas por su interferencia en contra de Megara; la propia Megara estaba gobernada ahora por oligarcas que habían masacrado una guarnición ateniense para obtener el control de su ciudad, y sentían mucha hostilidad hacia Atenas, al igual que los atenienses hacia ellos. Beocia, y especialmente su ciudad principal, Tebas, también se encontraba bajo el control de los oligarcas que estaban incómodos por la instauración de regímenes democráticos en sus tierras durante la Primera Guerra Peloponesia.

Cualquiera de estas razones o todas ellas juntas podían, algún día, amenazar la paz, pero los hombres que estuvieron de acuerdo con ella, hartos y muy cautelosos por la guerra, tenían la intención de preservarla. La cláusula de arbitraje no era un fórmula convencional, sino una idea desconocida y nueva. Su aceptación sugiere que ambos lados deseaban, realmente, la paz, y estaban dispuestos a buscar vías diferentes para evitar las guerras en un futuro. Para hacer esto cada parte necesitaba aquietar las sospechas y establecer la confianza; en cada Estado, los amigos de la paz tenían que mantenerse en el poder y no dejar espacio a sus adversarios que favorecían la guerra; cada Estado necesitaba controlar cualquier tendencia de sus aliados por fomentar la inestabilidad. Cuando la paz se ratificó, fue razonable pensar que todo esto era posible.

#### PONIENDO A PRUEBA LA PAZ

En cinco años, la paz se puso a prueba dos veces, la segunda de forma más enérgica. En el 444-443, Esparta y Atenas recibieron una solicitud de antiguos ciudadanos de la colonia de Síbaris, recientemente restablecida, al sur de Italia, algunos de ellos atenienses, que se habían unido individualmente. Diezmados por peleas y guerras civiles, los sibaritas le pidieron ayuda a la Grecia continental para fundar una nueva colonia en un lugar llamado Turii, muy cerca de ahí. Esparta no contaba con población suficiente que le permitiera enviar colonizadores y ya había manifestado su desinterés (Diodoro 12.10.3-4). Los atenienses estuvieron de acuerdo en ayudar, pero de una forma inusual. Mandaron mensajeros por toda Grecia, solicitando pobladores para la nueva colonia. No iba a ser, sin embargo, ateniense, sino una colonia panhelénica. Esta era una idea totalmente nueva, sin precedentes. ¿Por qué la concibieron Pericles y los atenienses?

Algunos académicos consideran que los atenienses eran expansionistas sin límites y ven la fundación de Turii como parte de un ininterrumpido crecimiento imperial, lo mismo en el oeste que en el este. Pero, aparte de Turii, los atenienses, en el período comprendido entre la Paz de los Treinta Años y la crisis que desencadenó la Guerra del Peloponeso, no buscaron ni aliados ni territorios, por lo que la prueba de la paz fue la propia Turii. En esa colonia, los atenienses constituían solamente una de las diez familias de la ciudad, y el grupo mayor eran los peloponesios, por lo que Atenas no hubiera podido controlar el lugar para sus propósitos. La historia inicial de la ciudad, además, muestra que Atenas nunca intentó dominarla. Acabada de fundarse, Turii inició una guerra contra una de las pocas colonias de Esparta, Taras. Turii perdió y los ganadores hicieron un trofeo por la victoria y pusieron una inscripción en Olimpia para que todos los griegos que se congregaran allí la vieran: “Los de Taras ofrecieron una décima parte del botín que le arrebataron a los de Turii y se lo ofrecieron al Zeus Olímpico”.<sup>15</sup> Si los atenienses hubieran querido que Turii fuera el centro del Imperio Ateniense en el oeste, debían haber emprendido alguna acción, pero no lo hicieron, y permitieron que la colonia espartana hiciera alardes de su victoria en el lugar público más congregado de Grecia.

Una década más tarde, en medio de la crisis que condujo a la guerra, surgió una disputa en Turii, relacionada con su posesión. El asunto se resolvió en Delfos, donde los sacerdotes declararon que Apolo era el fundador de la colonia. Por tanto, el carácter panhelénico de Turii se reafirmó, la conexión con Atenas se negó y, de nuevo, Atenas nada hizo, aun teniendo en cuenta que el Apolo de Delfos simpatizaba con Esparta y que la colonia podía resultar de utilidad para los espartanos en caso de guerra. Sin dudas, los atenienses consideraban a Turii como una colonia panhelénica y la trataban, consistentemente, de esta manera.

¿Cómo se pueden explicar las acciones de los atenienses? Si no tenían interés en el oeste y no deseaban provocar a Estados del Peloponeso, como Corinto, que tenía colonias e intereses en esa región, simplemente podían haberse negado a tomar parte en la formación de Turii. Una inactividad de este tipo no hubiera pasado inadvertida, pero al inventar la idea de una colonia panhelénica y al situarla en un área fuera de la esfera de influencia ateniense, Pericles y los atenienses podían estar enviando una señal diplomática. Turii quedaría como la evidencia tangible de que los atenienses, al rechazar la oportunidad de establecer su propia colonia, no tenían ambiciones coloniales en el oeste y seguirían una política de panehelenismo pacífico. La recepción y el poder de persuasión de ese mensaje se pondrían pronto a prueba.<sup>16</sup>

En el verano del año 440 estalló una guerra entre Samos y Mileto por el dominio de Priena, un pueblo que se encontraba entre los dos. La isla de Samos era autónoma, un miembro autorizado de la Liga de Delos, el más poderoso de los únicos tres aliados que no pagaban tributo y poseía su propia Armada. Mileto también

había sido, desde el principio, miembro de la Liga, pero se había rebelado en dos ocasiones y había recibido su castigo. Una vez sometido, perdió su flota y lo obligaron a pagar tributo y a aceptar una constitución democrática. Cuando los milesios solicitaron ayuda, los atenienses no se pudieron negar, porque el líder de la alianza no podía apartarse y dejar que un miembro poderoso impusiera su voluntad sobre un aliado ateniense desamparado. Los atenienses les pidieron a los samios que sometieran su pelea a un arbitraje, pero se negaron. Atenas no podía tolerar este desafío a su liderazgo y a su autoridad. El propio Pericles dirigió una flota contra Samos, sustituyó a la oligarquía dominante por un gobierno democrático, impuso una indemnización considerable, tomó rehenes como garantía para un buen comportamiento y dejó una guarnición ateniense para cuidar la isla.<sup>17</sup>

La rapidez de la reacción ateniense sorprendió a los líderes de Samos, pero no estaban dispuestos a aceptar su derrota. Pasaron del desafío a la rebelión. Algunos de ellos persuadieron a Pissuthnes, el sátrapa persa en Asia Menor, para que los ayudara a enfrentarse a Atenas. Les permitió contratar a un ejército mercenario en su territorio y se robó a los rehenes de la isla en la que los tenían los atenienses, y de esta forma dejaron libres a los rebeldes para que continuaran. Con su ejército mercenario, los rebeldes sorprendieron y derrotaron al gobierno democrático y a la guarnición ateniense en Samos. En un acto de desafío supremo, enviaron la guarnición capturada y a otros oficiales atenienses al sátrapa persa.

Las noticias de estos acontecimientos provocaron más dificultades en el imperio. Bizancio, una ciudad importante, localizada en un punto que interrumpía la ruta hacia el grano que tenían que tomar los atenienses por el Mar Negro, también se rebeló. Mitilene, la ciudad principal de la isla de Lesbos y otros aliados autónomos que poseían una fuerza naval, sólo esperaba el apoyo de Esparta para unirse a la rebelión.<sup>18</sup> El peligro para Atenas era grave. Estaban presentes dos elementos que, más tarde, causarían la derrota de Atenas en la Gran Guerra del Peloponeso: revueltas en el imperio y apoyo Persa. Todo dependía de Esparta porque, sin su intervención, se derrotarían las rebeliones y los persas se retirarían. Por otra parte, la decisión de Esparta dependía de Corinto porque, en el caso de una guerra contra Atenas, los corintios serían los aliados más importantes y participarían con una flota.

La prueba para la paz y para la política ateniense, desde su conclusión, estaba a la vista. Si esa política, especialmente en el oeste, Esparta y Corinto la consideraban agresiva y ambiciosa, éste era el momento de aprovechar esta "oportunidad incomparable... de atacar sorpresivamente a Atenas mientras que su poder en el mar estaba seriamente comprometido".<sup>19</sup> Los espartanos convocaron una reunión de la Liga del Peloponeso para demostrar que se tomaban el asunto con seriedad. Según los corintios, fueron ellos los que intervinieron para decidir el asunto, al decir: "No votamos en contra de ustedes cuando los otros pelopo-

nesios dividieron su voto con relación a si debían o no ayudar a los samios". Se tomó la decisión de no atacar a los atenienses, que se encontraron, entonces, libres para aplastar la rebelión samia y para evitar un levantamiento general apoyado por Persia y una guerra que hubiera podido destruir el Imperio Ateniense.<sup>20</sup>

¿Por qué los corintios, cuyo odio por Atenas se remontaba a dos décadas y que fueron los que más instaron para que se desencadenara la guerra en la crisis final, intervinieron para salvar la paz? La explicación más plausible es que habían recibido y comprendido la señal que los atenienses habían enviado con su acción en contra de Turii. Ciertamente, se hubieran exacerbado si hubieran creído que formaba parte de una nueva expansión ateniense en las regiones occidentales, tan importantes para Corinto. Deben haberse sentido lo suficientemente tranquilos, por su inclusión como una colonia panhelénica, para estar a favor de la paz en el 440. La crisis samia provocó una amenaza peligrosa de guerra pero, al evitarla, se fortalecieron las perspectivas de paz. Desde el acuerdo de 446-445, las dos partes habían mostrado moderación y se habían negado a buscar beneficios que pudieran poner en peligro la paz. Las perspectivas para el futuro eran alentadoras cuando una disputa en una ciudad remota creó problemas nuevos e inesperados.

#### LA CRISIS

En Epidamno, donde comenzaron los problemas, gobernaba la aristocracia, pero peleas internas en contra de la facción democrática y la guerra contra tribus vecinas no helénicas de Iliria habían debilitado a la ciudad y el control de los aristócratas. Cuando los demócratas comenzaron a dominar y expulsaron a sus enemigos de la ciudad, los aristócratas derrotados se unieron a los de Iliria y atacaron su ciudad natal. Como Epidamno había sido fundada por Corcira (actualmente Corfú) unos dos siglos antes, los demócratas que quedaban en la ciudad enviaron un mensaje al país natal, solicitando ayuda para terminar la guerra. Los corcirios, a quienes les había ido bien con su política de mantenerse apartados de la hermandad de las colonias corintias, así como de otras alianzas, se negaron. Epidamno, desesperado y sitiado, recurrió a Corinto y le propuso convertirse en una colonia corintia como pago por su ayuda. Esto no fue una sorpresa, porque Corinto había fundado a Corcira y, como era la costumbre, había designado al creador de la ciudad, fundada por su propia ciudad hija. Fue, sin embargo, una acción peligrosa, porque a diferencia de los cálidos lazos que unían a Corinto con sus otras colonias, las relaciones entre Corinto y Corcira eran malas. Durante siglos, las dos ciudades habían tenido problemas y habían combatido, a menudo para obtener el control de alguna colonia que reclamaban como suya.

Los corintios, a pesar de eso, aceptaron con entusiasmo, sabiendo muy bien que de esta forma irritarían a los corcirios, hasta el punto de llevarlos a la guerra. Enviaron a una guarnición grande para fortalecer la facción en la ciudad e invitaron a muchos a permanecer como colonizadores permanentes en la colonia restablecida, pero los mandaron por una vía terrestre más difícil “por temor a que los corcirios se los impidiera si los enviaban por mar” (1.26.2). Los estudiosos han buscado, en vano, una razón más tangible, práctica y material, para explicar una decisión así,<sup>21</sup> pero Tucídides da otra explicación, basado en otros argumentos. En parte, los corintios aceptaron la peligrosa oferta porque decidieron rechazar el reclamo de Corcira de ser la ciudad principal de Epidamno, pero

al mismo tiempo, también, por el odio que les tenían a los corcirios, porque no le prestaron ninguna atención a los corintios aun cuando eran sus colonizadores. En los festivales habituales no les concedieron los privilegios acostumbrados, ni dejaron que los corintios comenzaran los sacrificios iniciales, como hacían las otras colonias, sino que los trataban con desprecio. (1.25.3-4)

La decisión corintia, sin dudas, formaba parte de la batalla constante por las colonias en disputa, una forma de competencia imperial muy común entre los Estados europeos a finales del siglo XIX. Hace tiempo que ha quedado claro que muchos de los imperios europeos no eran rentables desde un punto de vista material, y que las razones prácticas que se esgrimían para apropiarse de ellos eran más excusas que verdaderas justificaciones. Los motivos reales eran, a menudo, psicológicos e irracionales, y no tanto económicos o prácticos, o sea, procedían de cuestiones de honor.<sup>22</sup> Los Estados que buscaban afirmar o reclamar su estatus entre las grandes potencias de su tiempo, en ocasiones, recurrían a la rivalidad imperial y al conflicto que generalmente engendraba.

Así sucedió con los corintios. Corinto había sido un Estado rico y poderoso cuando Atenas y Esparta todavía no eran fuertes. En el siglo VI Esparta creció y se convirtió en un poder dominante en el Peloponeso, a la cabeza de una liga poderosa de aliados y se le concedió el honor de dirigir la resistencia griega ante la invasión Persa en 480-479. Desde las guerras persas, Atenas se había convertido en el líder de su propia alianza y se encontraba a la par de Esparta. Los corintios habían visto que el prestigio de Atenas disminuía, al comparar a las dos superpotencias, pero estaban decididos a construir una esfera de influencia en el noroeste griego para compensar el prestigio perdido en otros lugares. Esto les provocó un conflicto con Corcira, cuyo poder e influencia habían crecido mientras declinaban los de Corinto. Corcira se mantuvo alejada de las guerras internas y foráneas que perturbaron a Grecia en el siglo V, e hizo bien en hacerlo. Los corcirios habían adquirido una flota de 120 barcos de guerra, sólo supe-

rada por la de Atenas. Durante años retaron la hegemonía corintia en el noroeste.<sup>23</sup> Además de estos agravios, añadieron la ofensa que implicaba el desdén público hacia Corinto en los festivales comunes, que se efectuaban habitualmente entre ellos y las otras colonias corintias. Estos insultos en público deben de haber sido el colmo para los corintios. Deseosos de pelear, utilizaron la excusa que les ofreció Epidamno. Era una cuestión de respeto y de prestigio, o sea, de honor.

Los corintios no estaban obligados a intervenir en Epidamno, mas cuando sabían que si se involucraban podría significar la guerra con Corcira. Debido a que los corcirios se habían mantenido apartados, ninguno de sus intereses se vio amenazado, ni disminuyó su poder o su prestigio. Aprovecharon la ocasión para molestar y humillar a su colonia insolente. Si eso implicaba la guerra, pues era mejor, porque les podía proporcionar una oportunidad para aplastar a Corcira para siempre. En la tríada de motivos de Tucídides, los corintios actuaron para acrecentar su honor, tomando la iniciativa porque se presentó el pretexto.

Los corcirios ya habían mostrado su falta de interés con relación a quién ganaría la guerra civil en Epidamno, pero la intervención de Corinto cambió sus opiniones. Enviaron una flota a Epidamno y expusieron sus demandas: la facción que se mantenía en Epidamno debía liberar a la guarnición y a los colonizadores que había mandado Corinto y aceptar de nuevo a los aristócratas exiliados. Esto no era una propuesta de negociación, era un ultimátum, presentado con un lenguaje insolente cuyos términos eran inadmisibles; si Corinto los aceptaba, le traería problemas, y la facción de Epidamno no podía aprobarlos porque no le proporcionaría seguridad.

La arrogante confianza de Corcira descansaba en su superioridad naval. Además de Atenas, Corcira era el único Estado que mantenía una flota poderosa en tiempos de paz. Aunque Corinto era un Estado comercial vigoroso, no contaba con buques de guerra. Los corcirios, por tanto, no dudaron en enviar su ultimátum, ni tampoco dudaron, cuando se lo rechazaron, en lanzarse a la acción. Ellos, también, por no haber mostrado interés en Epidamno, actuaron en defensa de su honor. Enviaron cuarenta barcos para sitiar la ciudad, mientras que los exiliados de Epidamno y sus aliados de Iliria la cercaban por tierra. Al confiarse en la correlación de fuerzas, a comienzos de la pelea, los corcirios cometieron un gran error. Corinto era rico, se adaptaba a las circunstancias, era iracundo y decidido. Era un aliado de Esparta y miembro de la Liga del Peloponeso. En el pasado, los corintios en más de una ocasión habían utilizado esas alianzas para su propio beneficio, y esperaban hacer lo mismo contra Corcira.<sup>24</sup> Los corcirios debían haber sido capaces de prevenir el peligro, pero ellos, también, eran iracundos.

Corinto respondió con fuerza, anunciando la fundación de una colonia completamente nueva en Epidamno e invitando a que se unieran colonizadores de toda Grecia. Muchos aceptaron y los enviaron a Epidamno, con la compañía de treinta barcos de guerra y tres mil soldados. De diferentes ciudades lle-

gó ayuda adicional, a petición de Corinto, para abastecer a los barcos y contribuir con dinero. Muchos de ellos, incluyendo los Estados más grandes de Megara y Tebas, eran miembros de la Liga Espartana, pero los propios espartanos no brindaron ayuda. Incluso si los espartanos hubieran enviado una fuerza simbólica, esto hubiera intimidado a los corcirios, pero no contamos con pruebas de que se les hubiera solicitado. Quizá ya habían expresado su desaprobación por la expedición corintia.

La fuerza de la acción corintia y el tipo de ayuda que logró hizo que la confianza de los corcirios se debilitara, por lo que optaron por la diplomacia, como forma de salir del problema. Enviaron negociadores a Corinto “con embajadores espartanos y de Sición, a quienes ellos habían invitado” (1.28.1). Primero, los corcirios repitieron sus exigencias de que los corintios se retiraran de Epidamno. Al no lograrlo, Corcira estaba dispuesta a someter la disputa a un arbitraje de cualquier Estado peloponesio mutuamente aceptable o, si los corintios lo preferían, al oráculo de Delfos. Detrás de este ofrecimiento de solución pacífica a la pelea había una amenaza. Si los corintios se negaban e insistían en la guerra, Corcira se vería forzada a buscar amigos en otra parte. La referencia era inequívoca: si era necesario, los corcirios buscarían la alianza con Atenas.

No hay razón para dudar de la sinceridad de los corcirios cuando buscaban un acuerdo negociado o mediante arbitraje. Habían subestimado la fuerza latente de Corinto y no querían tener que sufrir por ese error. Al mismo tiempo, no tenían por qué temerle al arbitraje. Cualquier Estado peloponesio que ellos aceptaran como árbitro estaría bajo la influencia de Esparta y no tenía muchas posibilidades de ponerse totalmente del lado de Corinto. El oráculo de Delfos se encontraba dominado por Esparta (1.112.5; 1.118.3). Un árbitro así recomendaría la restauración del *status quo* anterior, con instrucciones de que las facciones en guerra se reconciliaran y que se retiraran los de Iliria. Esto dejaría a Epidamno en manos nativas y obligaría a los corintios, sus colonizadores, y a sus aliados a retirarse, lo que sería de gran agrado para los corcirios. Pero cualquier decisión que obligara a los corintios a retirarse —y cualquier árbitro insistiría en eso— sería satisfactoria. Los de Corcira, sin embargo, no aceptarían la humillación de rendirse ante los corintios. Más bien, buscarían una alianza con Atenas para lanzarse a la batalla.

Un incidente sin importancia en un lugar remoto del mundo griego había provocado una crisis que ahora amenazaba en convertirse en una amenaza mayor. Mientras que el asunto sólo concernía a Epidamno y Corcira, el problema era simplemente local, porque ninguno pertenecía a ninguna de las alianzas internacionales que imperaban en Grecia. Cuando Corinto intervino, sin embargo, y comenzó a involucrar a miembros de la Alianza Espartana, compulsando a Corcira a que le pidiera ayuda a Atenas, se crearon las condiciones para una gran guerra.

Los espartanos habían previsto el peligro; ésta fue la razón por la que estuvieron de acuerdo con los negociadores de Corcira y brindaron su apoyo para



que se llegara a un acuerdo pacífico. Los corintios no se someterían. Un rechazo rotundo, bajo los ojos de los espartanos, hubiera sido embarazoso, pero hicieron una contraoferta que no era seria: si los corcirios retiraban sus barcos y a los de Iliria, los corintios tendrían en consideración la proposición de Corcira. Eso hubiera dejado a las fuerzas corintias en Epidamno, en donde podían obtener una ventaja estratégica al reforzar su control de la ciudad, obtener abastecimientos y prepararse para enfrentar un Estado de sitio. Aunque la proposición corintia no era, abiertamente, sincera, los corcirios, incluso en ese momento, no cancelaron las negociaciones. Ofrecieron una retirada mutua de las fuerzas, o una tregua, mientras que los dos bandos negociaban en el lugar. Los corintios se negaron, declararon la guerra y enviaron una flota de setenta y cinco barcos junto con dos mil hombres de infantería a Epidamno. En el camino los interceptó una fuerza de ochenta barcos corcirios y fueron totalmente derrotados en la batalla de Leucimnos. El mismo día, Epidamno tuvo que rendirse ante los sitiadores corcirios. Corcira gobernó el mar y la ciudad en disputa. Para aumentar la humillación corintia, no pudieron impedir que la flota corciria arrasara y quemara el territorio de sus aliados en el oeste.

#### LA CRISIS SE EXPANDE

El primer error de cálculo de los corintios, con relación a su poderío y el de Corcira, los condujo a una derrota en tierra y en mar, y les produjo una gran humillación. Su segundo error, relacionado con una situación diplomática en un área mucho más grande, o sea, la Hélade, traería consecuencias mayores y fatales. Los corcirios habían advertido que, si los presionaban mucho, buscarían nuevos aliados, y quedaba claro que se referían a los atenienses. Los espartanos estaban tan alarmados con la posibilidad que apoyaron la proposición de Corcira de un acuerdo negociado, pero los corintios no se intimidaron. Su respuesta ante la derrota fue emplear los dos años siguientes preparándose para la venganza. Construyeron una flota inmensa, más grande que las anteriores, y contrataron a remeros con experiencia, de diferentes lugares, incluso provenientes del Imperio Ateniense. Los atenienses no se opusieron, lo que puede haber acentuado la opinión de los corintios de que la idea de los corcirios de obtener ayuda de Atenas no era realista.

Los corcirios estaban muy atemorizados por la determinación corintia y por su preparación. Además de su propia riqueza y poderío, Corinto podía lograr el apoyo de, al menos, algunos de sus compañeros miembro de la Alianza Espartana, incluso hasta de la propia Esparta, mientras que Corcira era neutral y no tenía aliados. Los corintios habían lanzado la apuesta y dijeron que Corcira estaba alardeando. Por tanto, Corcira envió un embajador a Atenas para solicitar

su alianza y ayuda contra Corinto. Cuando los corintios lo supieron, ellos, también, enviaron embajadores a Atenas “para impedir que se añadiera la flota ateniense a las fuerzas corciras porque esto impediría su victoria” (1.31). La crisis, hasta este momento reducida a un conflicto entre Corcira y Corinto, estaba a punto de alcanzar un nivel más alto y peligroso, al incluir a una de las grandes potencias y a alianzas del mundo griego.

Es difícil para el lector moderno imaginar la escena en el Pnyx, en el verano del año 433 cuando la asamblea ateniense se reunió para escuchar a los embajadores corciris. Los mismos hombres que tendrían que luchar en cualquier guerra que surgiera escucharon las palabras de los embajadores, debatieron los puntos y tomaron las decisiones mediante sus propios votos. No es fácil imaginar un pacto debatido y aprobado de forma más abierta, para decirlo con palabras de Woodrow Wilson. Los corciris enfrentaron una tarea difícil al tratar de convencer a los atenienses para que se les unieran en su conflicto con los corintios. No existía una amistad previa entre ellos y Atenas no les debía nada. Ningún interés ateniense estaba en juego. Más aún, desde el 445, los atenienses se habían dedicado a desarrollar una política de paz y conciliación con Esparta y sus aliados. ¿Por qué tenían que entrar en una alianza que los conduciría a una guerra contra Corinto y, posiblemente, contra la Liga del Peloponeso?

Los corciris defendían el derecho moral de su causa y la legalidad de la alianza que proponían, ya que la Paz de los Treinta Años permitía, expresamente, que se realizara una alianza con un neutral.<sup>25</sup> Sin embargo, como la mayoría de los pueblos, los atenienses estaban más interesados en asuntos de seguridad e interés, y los corciris estaban preparados para darles todo tipo de satisfacciones: “Tenemos la Armada más poderosa, con excepción de la vuestra”, una fuerza que se añadiría al poderío ateniense. “En todas las épocas, son pocos los que han recibido, al mismo tiempo, tantas ventajas, y son pocos los que, cuando solicitan una alianza, le ofrecen a aquellos que se la piden tanta seguridad y honor como el que esperan recibir” (1.33.1-2).

La razón más poderosa, sin embargo, fue el miedo. Los atenienses necesitaban de la alianza tanto como los que se la proponían, y la necesitaban enseguida, porque los corciris aseguraban que una guerra entre Atenas y la Liga Espartana ya se estaba fraguando y era inevitable. “Si alguno de ustedes piensa que no sucederá, es un error y no ve que los espartanos desean entrar en la guerra porque no les tienen miedo, y que los corintios tienen gran influencia sobre ellos y son vuestros enemigos” (1.33.3). Ya que la guerra no se podía evitar, Atenas debía aceptar la alianza corcira.

Hay tres flotas dignas de tener en cuenta en Grecia, la vuestra, la nuestra y la de los corintios; si los corintios nos dominan primero, verán

que dos de ellas se convierten en una, y tendrán que luchar, al mismo tiempo, contra las flotas corciras y peloponias; si nos aceptan, combatirán contra ellos con nuestros barcos, además de con los vuestros. (1.36.3)

La misión del vocero corintio no era más fácil. Corinto fue el primero en intervenir en Epidamno y había rechazado todas las ofertas para una solución pacífica, incluso en contra del consejo de sus aliados. Lo único que los corintios podían hacer era recordarle a los atenienses los favores que les hicieron en el pasado y desprestigiar a los corciris. Contaban con un argumento más sólido sobre la legalidad de un tratado ateniense con Corcira. Técnicamente, la Paz de los Treinta Años permitía una alianza ya que Corcira no formaba parte de ningún bloque, pero sin duda violaba el espíritu del tratado y el sentido común: “aunque en el tratado se dice que cualquiera de las ciudades no enroladas pueden unirse al bando que deseen, la cláusula no esta concebida para aplicarse a aquellos que se unen a un bando con la intención de agredir al otro” (1.40.2). Nadie que hubiera negociado o hubiera estado de acuerdo con el tratado hubiera podido imaginar la aprobación de una alianza por una de las partes y que la otra permaneciera neutral en una guerra. En todo caso, los corintios aclararon su posición: “si se unen a ellos, tendremos que incluirlos a ustedes en nuestra venganza contra ellos” (1.40.2-3).

En esto radicaba el argumento de mayor peso de los corciris que, en todo caso, la guerra era inevitable, por lo que los atenienses no podían permitir que la flota corcira cayera en manos corintias. Los corintios respondieron negando que la guerra *fuera* inevitable. Les recordaron a los atenienses favores anteriores que habían recibido de Corinto, especialmente sus servicios durante el levantamiento de Samos cuando contribuyeron a disuadir a Esparta y a la Liga del Peloponeso de que atacaran a Atenas en un momento de grave peligro. Consideraban que en esa ocasión habían confirmado el principio fundamental que regía las relaciones entre las dos alianzas, el principal para mantener la paz: la no injerencia, por parte de cada bando, en la esfera de influencia del otro.

Las circunstancias nos han situado bajo el principio que nosotros mismos le expresamos en Esparta, que cada parte debía castigar a sus propios aliados. Ahora les exigimos lo mismo a ustedes: que no nos agraven con vuestro voto, ya que los ayudamos con el nuestro. Páguennos de igual forma, al saber que éste es el momento crucial en que la ayuda es la máxima amistad y la hostilidad es el enemigo mayor. No acepten a los corciris como aliados en contra de nuestros deseos, no los ayuden a hacer daño. Si hacen lo que les pedimos, se estarán comportando correctamente y estarán sirviendo a vuestros propios intereses de la mejor forma. (1.43)

El argumento corintio no era totalmente válido. Corcira no era un aliado corintio, como lo había sido Samos de Atenas, e incluso la interpretación más libre del tratado no impedía que Atenas ayudara a un neutral que fuera atacado por Corinto. Atenas se encontraría sobre terreno legal firme al aceptar la proposición de Corcira. Pero los corintios tenían razón desde un punto de vista más profundo: no habría una paz duradera si cada parte escogía ayudar a Estados no alineados a ir a la guerra con el otro.

El comportamiento de los atenienses desde el año 445 y durante toda la crisis deja claro que deseaban evitar la guerra. Resulta difícil imaginar que se unieran a otro Estado neutral en conflicto con un aliado de Esparta, pero Corcira era especial. Su derrota y la transferencia de su armada hubieran creado una flota peloponesia lo suficientemente poderosa como para retar la supremacía naval ateniense, de la cual dependía el poder, la prosperidad, la supervivencia misma de Atenas y su imperio. La situación ateniense se parece a la que enfrentó Gran Bretaña a principios del siglo XX. Cuando Alemania, como veremos, comenzó a construir una armada grande y de calidad para desafiar la supremacía británica en el mar, los británicos, que preferían vivir en un “espléndido aislamiento” del continente, cambiaron completamente una vieja política centenaria y se alinearon con sus enemigos tradicionales, Francia y Rusia. Al igual que muchos Estados cuya seguridad depende del control sobre el mar, Gran Bretaña estaba dispuesta a lanzarse a una guerra grande y peligrosa para defender su superioridad naval.

El problema ateniense era todavía más difícil porque se vieron amenazados con un cambio mortal en el equilibrio de poderes de un golpe, casi de la noche a la mañana. Los corintios parecen no haberse percatado, no así sus aliados espartanos. Todo parece indicar que se sentían confiados en que Atenas rechazaría la alianza, posiblemente, incluso, que se unirían a los corintios en contra de Corcira, como tuvieron la audacia de sugerir (1.40.4). ¿Por qué se equivocaron tanto? Para ellos Corcira era simplemente un asunto local. Los persuadieron de que los atenienses querían la paz y no tenían ambiciones en la región y creyeron que Atenas respondería de acuerdo con su comportamiento amistoso en el conflicto con Samos. En la búsqueda de sus intereses estrechos, intensificado por una prolongada exasperación e ira debido a la humillación que les provocó un Estado más débil, que no pertenecía al mundo de las grandes potencias, ignoraron o subestimaron el significado de su acción para el equilibrio de poder en el sistema internacional. No se aseguraron de que los atenienses se mantuvieran aparte antes de hacer la guerra con Corcira. En cambio, ignoraron el peligro y se precipitaron hacia delante, esperando y asumiendo que todo saldría bien. Corinto no sería el último Estado en la historia que dejara que la pasión estuviera por encima de la prudencia.

Los atenienses enfrentaron la decisión más difícil. Si aceptaban la alianza corcira, implicaría, con seguridad, la guerra contra Corinto y, más tarde o más

temprano, posiblemente la guerra contra Esparta y sus aliados. Si se negaban, corrían el riesgo de enfrentar una victoria corintia y la captura de la flota corcira y, como consecuencia, que ocurriera un cambio en la correlación de fuerzas en el mar. En el caso de una guerra futura contra los peloponesios, y una paz duradera era bastante improbable, eso amenazaría seriamente la seguridad ateniense. Casi todos los debates en la asamblea ateniense terminaban en un solo día, pero el debate sobre la alianza corcira duró dos días. El primer día las opiniones favorecían una negativa. Podemos asumir que hubo intensas deliberaciones durante la noche, y el segundo día surgió un nuevo plan. En vez de decidir por una solución definitiva, ofensiva y defensiva, como era costumbre en la alianza griega (*symmachia*), la proposición fue hacer una alianza que fuera sólo defensiva (*epimachia*), la primera de su tipo en la historia griega. Existen muchas razones para pensar que el autor fue el innovador Pericles. A través de toda la crisis pudo configurar la política ateniense, y Plutarco nos dice que fue Pericles quien “persuadió al pueblo de que enviara ayuda a los corcirios, que se encontraban peleando con los corintios, y de que se unieran a una isla vigorosa con un poderío naval” (*Pericles*, 29.1)

Tucídides dice que los atenienses votaron por el tratado porque creían que la guerra con los peloponesios era inevitable y querían ganar una ventaja estratégica antes de que comenzara. Éste es un elemento importante en su interpretación, pero de ninguna manera implica que tenga razón.<sup>26</sup> Sin dudas, todos los atenienses que se opusieron al tratado no estaban de acuerdo con esto. Es probable que se inventara una alianza defensiva como la mejor opción posible, porque los atenienses no querían, de ningún modo, provocar una guerra con los peloponesios. El peligro para Atenas era remoto y problemático. ¿Por qué, se preguntarían muchos, debía Atenas arriesgarse a ir a la guerra por ayudar a Corcira? Pero la acción de Atenas también es consistente con la adopción de una política dirigida, no hacia la preparación de una guerra sino a desalentarla, a mitad de camino entre las opciones desagradables de rechazar a los corcirios y, por tanto, arriesgar que su flota pasara a manos de los peloponesios, y aceptar una alianza ofensiva que, probablemente, provocaría una guerra no deseada. Su comportamiento posterior indica que escogieron esta política intermedia de moderación y disuasión y que se aferraron a ella mientras pudieron.

La alianza defensiva fue un mecanismo diplomático preciso y astuto, que tenía la intención de lograr que los corintios recapacitaran sin llegar a la guerra. Para cumplir con su nuevo compromiso, los atenienses enviaron una flota a Corcira, pero de los cientos de barcos de guerra que poseían, sólo mandaron diez. Si la intención era combatir y derrotar a los corintios, Atenas hubiera podido enviar doscientos barcos de guerra. Junto con los corcirios, una fuerza de ese tamaño hubiera podido forzar a los corintios a que reconsideraran la situación o hubiera garantizado una aplastante victoria y probablemente la destrucción de la

flota enemiga. La pequeña flota que finalmente enviaron no pudo tener gran efecto, una vez comenzada la batalla; tenía un significado más simbólico que militar, quería demostrar que Atenas deseaba negociar y detener a los corintios. La selección de Lacedemonio, el hijo de Cimón, como uno de los comandantes es también significativa. Era un soldado de caballería experimentado, pero no conocemos nada de su experiencia naval. Su propio nombre, que puede traducirse como "espartano", es una prueba de los fuertes vínculos de su padre con los líderes de la Liga del Peloponeso. La selección no fue una coincidencia; tenía la intención de destruir la suspicacia espartana con relación a su misión.

Aún más sorprendentes fueron las órdenes que recibieron los comandantes atenienses. No debían comenzar a menos que la flota corintia se lanzara contra la propia Corcira o contra alguna de sus posesiones con el propósito de desembarcar. "Estas órdenes se dieron con la intención de no romper el tratado" (1.45.3.). Unas órdenes así son la pesadilla de cualquier comandante naval. En la confusión de una batalla en el mar, ¿cómo se puede tener la certeza de cuáles son los propósitos del enemigo? La precaución y la paciencia pueden prevenir una intervención oportuna; una reacción rápida a lo que pudiera ser un amago o una maniobra mal entendida podría conducir a incumplir las órdenes. En el último caso podría resultar beneficioso si la decisión crucial la tomaba Lacedemonio, el hijo de Cimón.

La política, con todas sus dificultades, fue un esfuerzo por lograr lo que se conoce en el argot común como "disuasión mínima". Con sus acciones, los atenienses expresaron que si Corinto se abstenía de atacar a Corcira y de apoderarse de su flota, no había necesidad de una guerra. La presencia de una fuerza ateniense demostró su determinación de impedir un cambio en el equilibrio del poderío naval; su pequeño tamaño demostraba que los atenienses no tenían la intención de reducir o destruir el poder corintio. Si el plan funcionaba, los corintios regresarían en sus barcos a casa sin pelear, y la crisis pasaría. Incluso si los corintios se decidían por la lucha, los atenienses tendrían todavía la esperanza de mantenerse fuera de la batalla. Quizá los corcirios podrían ganar sin la ayuda ateniense, como hicieron en Leucimnos. Quizás algunos atenienses esperaban que "los dos bandos se desgastaran lo más posible combatiendo uno contra otro, de tal modo que lograsen que Corinto y sus aliados se debilitaran en el caso de que fuera necesario ir a la guerra con ellos" (1.44.2). De las dos formas, los atenienses podían mantenerse fuera de la pelea.

Las flotas corintias y corciras se enfrentaron en la batalla de Sibota, en septiembre de 433. La pequeña escuadra ateniense no detuvo a los corintios, lo que sí hubiera podido hacer una flota más grande. Hay una diferencia considerable entre pensar que nuestras acciones pueden tener consecuencias desagradables en algún momento, en el futuro, y el hecho de comprobar la presencia de fuerzas descomunales ante nuestros ojos que acarrearán una destrucción inmediata. Ocho ciudades aliadas habían ayudado a Corinto en la batalla pre-

via, en Leucimnos. Sólo dos, Elis y Megara, estaban en Sibota. Las otras pueden haber desistido por la anterior derrota de Corinto o por la nueva alianza corciria con Atenas. También es posible que Esparta hubiera tratado de persuadir a sus aliados para que no participaran en el conflicto. Con 150 barcos, 90 suyos y 60 de las colonias y los aliados, los corintios atacaron 110 barcos de guerra corcirios mientras que los atenienses se mantuvieron apartados.

Pronto, sin embargo, los corintios empezaron a dominar y los atenienses no pudieron seguir alejados.

Cuando los atenienses vieron a los corcirios presionados, comenzaron a ayudarlos sin reservas. Al principio se contuvieron de realizar un verdadero ataque a los barcos enemigos, pero cuando quedó claro que se estaba abriendo una brecha y que los atenienses estaban en peligro, entonces, finalmente, cada hombre participó, y no se hicieron más distinciones. La situación se había desarrollado hasta el punto en que los corintios y los atenienses tuvieron, necesariamente, que combatir entre sí. (1.49.7)

Mientras que las flotas corcirias y atenienses se preparaban para defender la isla, los corintios, que ya habían lanzado su ataque, se retiraron. Vieron aproximarse una fuerza de veinte barcos de guerra atenienses, que había sido enviada para reforzar el contingente original. Cuando los diez primeros habían zarpado, se inició un debate en Atenas porque se consideró insuficiente. Los adversarios de Pericles criticaron su plan por ser demasiado sutil y quedarse entre dos aguas: “les dio muy poca ayuda a los corcirios al enviarles diez barcos, y un gran pretexto para que sus enemigos protestaran” (Plutarco, *Pericles*, 29.3). Insistieron en mandar refuerzos, pero el contingente, relativamente pequeño, sugiere que se llegó a un acuerdo.

En el calor de la batalla los corintios no podían saber con precisión cuán grande era la nueva escuadra ateniense. Incluso si hubieran podido contar los barcos, no podían saber que no eran los primeros de otros que estaban por llegar. La noche cayó sin que hubiera más pelea. Al día siguiente, reforzados por treinta barcos atenienses que no habían sido dañados, los corcirios iniciaron la batalla, pero los corintios se negaron. Temían que los atenienses consideraran la escaramuza del primer día como el comienzo de una guerra contra Corinto y buscaran la oportunidad de destruir la flota corintia, pero los atenienses les permitieron zarpar y marcharse. Cada bando negó meticulosamente su responsabilidad en el incumplimiento del tratado. Corinto no podía ganar una guerra contra Atenas sin contar con el apoyo de Esparta y sus aliados. Pero los espartanos habían tratado de disuadir a Corinto; si a los corintios los culpaban por romper el tratado, no podían pretender ganar su apoyo. Los atenienses, por otro lado, tuvieron cuidado de no darle a Esparta un motivo para entrar en la guerra.

Corcira y su flota se habían salvado sólo por la llegada de fuerzas adicionales. Los atenienses no habían impedido la batalla ni habían destruido la capacidad de los corintios para pelear. La “disuasión mínima” había fracasado. Los corintios zarparon, y la mayoría de su flota quedó intacta. En su camino a casa, atacaron a Anactorión, una colonia que se disputaban con Corcira, sin tener en cuenta lo que Atenas pudiera pensar o hacer. Frustrados y molestos, querían de todos modos que los espartanos y sus aliados alcanzaran sus propios objetivos y que se vengaran de sus enemigos.

Ahora estaba claro para los atenienses que debían prepararse para la guerra, al menos contra Corinto, aun cuando trataron de evitar que se involucraran los espartanos y sus otros aliados. Incluso antes de la batalla de Sibota, los atenienses habían interrumpido su gran programa de construcciones para conservar el dinero que necesitarían en caso de guerra. Al finalizar el combate se enfrascaron en una serie de misiones diplomáticas y en expediciones militares para reforzar su posición en el noroeste griego, Italia y Sicilia.<sup>27</sup> El ejemplo más claro de la preparación de Atenas para la guerra contra Corinto fue el ultimátum que entregaron en el invierno a Potídea, una ciudad en el norte Egeo, después del enfrentamiento con Sibota. Los potideatas eran miembros de la Alianza Ateniense y, al mismo tiempo, colonizadores de Corinto, excepcionalmente cercanos a la ciudad principal. Al conocer que los corintios estaban planeando la venganza, los atenienses temieron que pudieran unirse al rey hostil de la vecina Macedonia para provocar una rebelión en Potídea. De ahí podría expandirse a otros Estados y causar serios problemas en el imperio.

Quizás en el mes de junio del año 432, sin que hubiera habido ninguna provocación en particular, los atenienses ordenaron a los potideatas que derribaran las murallas que los protegían por la parte del mar, que despacharan a los magistrados que anualmente recibían de Corinto y que entregaran a los rehenes. Esta acción separaría a la ciudad de la influencia corintia y la pondría en manos de Atenas. El objetivo del ultimátum era desalentar una rebelión e impedir que Corinto ganara nuevos aliados y extendiera el área de conflicto. Una vez más, la acción ateniense debía interpretarse como una respuesta diplomática ante un problema inminente, una solución moderada ante situaciones extremas. Si no se actuaba, podría desencadenarse la rebelión; si se enviaba una fuerza militar para obtener el control físico de Potídea, se podría salvar a la ciudad de Atenas, pero sería un acto provocativo. Lanzar un ultimátum era un asunto de regulación imperial, algo que estaba perfectamente permitido por la Paz de los Treinta Años.

Los potideatas enviaron un embajador a Atenas, para oponerse al ultimátum, y se enfrascaron en deliberaciones que duraron todo el invierno. Al fin, los atenienses se sintieron recelosos y le ordenaron al comandante de una expedición que previamente habían enviado a Macedonia “tomar rehenes de los potideatas, derribar sus murallas y vigilar las ciudades cercanas para que no se rebelaran”



(1.57.6). Las sospechas de los atenienses eran justificadas; al mismo tiempo, los potideatas habían enviado varios mensajeros a Atenas y secretamente mandaron otro embajador a Esparta. Apoyados por los corintios, les pidieron ayuda para su rebelión. Los magistrados espartanos, probablemente los éforos, prometieron invadir Ática si Potídea se enfrascaba en una insurrección. ¿Qué fue lo que provocó que Esparta cambiara tan radicalmente de política?

Durante ese mismo invierno (próximo al ultimátum de Potídea, pero no queda claro si fue antes o después) los atenienses dieron otro paso. Emitieron un decreto en donde se ordenaba la expulsión de los megarienses de los puertos del Imperio Ateniense, y del ágora, su plaza de mercado y centro cívico. Los embargos económicos se utilizan a veces en el mundo moderno como armas diplomáticas, como formas de coerción casi al borde de la guerra. En el mundo de la antigüedad no conocemos de otro embargo que se haya aplicado en tiempos de paz.<sup>28</sup>

Esto fue, sin dudas, otra de las innovaciones de Pericles, porque sus contemporáneos consideraban que la guerra había estallado a consecuencia del decreto, y lo culpaban por emitirlo; lo defendió enérgicamente hasta el final, incluso cuando parecía ser la única razón de la cual dependía que hubiera guerra o paz. ¿Por qué el líder ateniense introdujo el decreto y él y la mayoría de los ciudadanos atenienses lo aprobaron y lo apoyaron decididamente? Los académicos lo han interpretado de diferentes maneras: como un acto de imperialismo económico, como un mecanismo para provocar deliberadamente la guerra, como un desafío a la Liga del Peloponeso, como un intento de obligar a que los espartanos violaran el tratado e, incluso, como la primera acción de la guerra.<sup>29</sup> La versión oficial fue que el decreto se creó porque los megarienses cultivaron en tierra sagrada, tierra reclamada por los atenienses, su usurpación ilegal de las fronteras y el refugio que ofrecían a los esclavos fugitivos (1.139.2). Las teorías modernas no resisten un examen detallado,<sup>30</sup> y las quejas de los antiguos son un simple pretexto. El propósito del Decreto de Megara debía interpretarse como una intensificación moderada de una presión diplomática que trataría de impedir que la guerra se expandiera hasta los aliados corintios. Los corintios sólo podían tener éxito si los otros peloponesios, especialmente Esparta, intervenían en la lucha. Corinto había desafiado los deseos espartanos al rechazar una paz negociada. Megara había hecho lo mismo al enviar ayuda a Corinto en Leucimnos y también a Sibota aun cuando la mayoría de los otros Estados peloponesios se habían abstenido y no habían recibido castigo. Con el tiempo, otros Estados se unirían a los corintios en otro encuentro con Atenas; si una cantidad suficiente de sus aliados daba ese paso, los espartanos sólo podrían mantenerse alejados a riesgo de perder su liderazgo en la alianza y su propia seguridad. Pericles y los atenienses decidieron castigar a los megarienses con la intención de evitar una ayuda futura a Corinto.

Una vez más, la acción ateniense debía verse como un paso intermedio. Si no hacían nada podría ser un incentivo para que, más adelante, Megara ayudara a Corinto y podría facilitar que otros Estados se le sumaran. Atacar a la ciudad por cualquier medio militar implicaría una ruptura del tratado y haría que Esparta se lanzara a la guerra contra Atenas. El embargo no pondría a Megara de rodillas ni provocaría grandes daños. Causaría un malestar general a la mayoría de los megarienses y dañaría significativamente a los hombres que prosperaban mediante el comercio con Atenas y su imperio, algunos de ellos, sin dudas, miembros del consejo oligárquico que gobernaba la ciudad. El castigo podría persuadir a Megara para que no se involucrara en futuros problemas y sería una advertencia para otros Estados con los que se comerciaba de que no eran inmunes a las represalias atenienses, incluso en un período de paz formal.

A pesar de su intención moderada, el Decreto de Megara no estaba exento de riesgos. Los megarienses reclamarían sin falta a los espartanos, que podrían sentirse obligados a ir en su ayuda, pero había razones para dudar que responderían. Una vez más, la medida se había elaborado para que no se violaran los términos del tratado, que no decía nada sobre comercio o sobre relaciones económicas. Además, Pericles era amigo personal de Arquídamo (2.12.4), el único rey en Esparta en aquella época (Pleistoanax había sido enviado al exilio en 445). Sabía que Arquídamo favorecía la paz y podía esperar que su amigo de la realeza comprendería sus intenciones pacíficas y los propósitos limitados del tratado y que ayudaría a que los otros espartanos así lo entendieran. Tenía razón con relación a Arquídamo pero subestimó las pasiones que habían irrumpido en otros espartanos gracias a la combinación de elementos que habían tenido lugar a partir de la alianza con Corcira.

#### LA DECISIÓN DE IR A LA GUERRA: ESPARTA

Entre los que estaban indignados y alarmados se encontraban, al menos, tres de los cinco éforos, la mayoría necesaria para cumplir el ofrecimiento que se había hecho a los mensajeros potideatas de invadir Ática. Era una promesa secreta, que no había sido aprobada por la asamblea espartana y no se respetó en la primavera del año 432. Ni su rey ni la mayoría de los espartanos estaban todavía listos para combatir, pero una facción con influencia deseaba que cambiaran de opinión.

Estimulados por la promesa de los éforos, los potideatas iniciaron la rebelión, y la fuerza ateniense que se envió para prevenir un alzamiento fue muy pequeña y arribó muy tarde. Rápidamente, los corintios se aprovecharon de la nueva situación. No se atrevieron a mandar una expedición oficial, que hubiera sido una violación formal del tratado. En cambio, organizaron cuerpos de "volun-

tarios” comandados por un general corintio, que dirigió una fuerza de mercenarios corintios y peloponesios para ayudar a los potídeatas. La respuesta de los atenienses fue hacer la paz con Macedonia para liberar a las fuerzas que peleaban allí y utilizarlas contra Potídea. También enviaron refuerzos desde Atenas. En el verano del año 432, un contingente considerable de hombres y barcos rodeó la ciudad, comenzando un sitio que duró más de dos años y costó una gran cantidad de dinero.

Los atenienses asediaban una ciudad defendida por corintios y otros peloponesios, sin importarles su estatus informal, y los atenienses agredieron e insultaron a los megarienses con el embargo, por lo que los corintios ahora tenían otros motivos de queja, aparte de los suyos, para lograr exacerbar a los espartanos en contra de Atenas.<sup>31</sup> Alentaron a todos los Estados que estaban descontentos con Atenas para que presionaran a los espartanos. Pero a pesar de la promesa de los éforos, no pudieron obtener un voto en la asamblea para realizar la guerra contra Atenas. Finalmente, en julio del 432, los éforos convocaron una reunión de la asamblea espartana. Invitaron a cualquier Estado aliado que tuviera querellas contra Atenas a expresarlas. Es la única ocasión conocida en la que los aliados fueron invitados a hablar, no en una reunión de la Alianza Espartana, sino en la Asamblea espartana. La explicación más plausible a este acontecimiento único es que los éforos belicosos no creyeron que podrían lograr, sin ayuda, el apoyo de la mayoría de los espartanos, por lo que invitaron a los extranjeros iracundos para que los secundaran.

Muchos hablaron, los más vehementes fueron los megarienses, pero los corintios fueron los más efectivos. Enfrentados ante el hecho de que los atenienses habían sido cuidadosos en respetar el contenido del tratado, conscientes de que su acuerdo en Epidamno había creado la crisis y que su comportamiento posterior, en contra de los deseos de los espartanos, había avivado las llamas de la guerra, se extendieron lo menos posible en los detalles. Su estrategia consistía en persuadir a Esparta de que su tradicional política de precaución y reticencia para lanzarse a la lucha era desastrosa ante el poder dinámico de Atenas, y su táctica era dibujar una clara distinción entre las características de los dos pueblos.

Nunca han considerado qué clase de hombres van a combatir, y cuán distintos son de ustedes. Son revolucionarios, hacen planes con rapidez y los llevan a efecto, mientras que ustedes preservan lo que tienen, no inventan nada nuevo, y cuando entran en acción, ni siquiera terminan lo necesario. También, se entregan más allá de sus posibilidades, se arriesgan más de lo que la sabiduría aconseja, y tienen esperanzas en medio de los peligros, mientras que ustedes tienen la costumbre de hacer menos de lo que vuestro poder les permite, desconfían de sus opiniones más sólidas y piensan que serán destruidos por cualquier peligro.

Además, ellos no vacilan, ustedes todo lo posponen; ellos siempre están de viaje, ustedes permanecen en casa; ellos piensan que cuando se alejan del hogar algo pueden ganar, mientras que ustedes temen perder lo que poseen. Cuando conquistan al enemigo, lo acosan, y si los vencen, tratan de conservar la mayor cantidad de territorio posible. Aparte de esto, ponen sus cuerpos al servicio de la ciudad, como si pertenecieran a otras personas, al mismo tiempo que mantienen sus opiniones para utilizarlas para el bien de ella. Y cuando han urdido un plan y no pueden llevarlo a cabo con éxito, sienten que les han arrebatado su propiedad; cuando han adquirido lo que se propusieron lo consideran como algo muy pequeño comparado con lo que obtendrán en el futuro.

Si sucede que fracasan en un intento, se esperan con uno nuevo, para compensarse por la pérdida. Porque para ellos es lo mismo tener esperanzas que tener, ya que una vez que han inventado un proyecto lo llevan a cabo con gran rapidez y obtienen lo que quieren. Y de esta forma viven todas sus vidas en el peligro; son los hombres que menos disfrutan sus bienes porque siempre están ocupados en obtener cosas y porque piensan que su único descanso es cumplir con su deber y también porque consideran la paz tranquila como un desastre mayor que la actividad dolorosa. Como resultado, uno estaría en lo cierto al decir que su naturaleza consiste en no encontrar paz para ellos ni permitírsela a los demás. (1.70)

Las dos mitades de la comparación son exageradas. Los espartanos no se hubieran podido convertir en los líderes de la gran alianza que condujo a los griegos a la victoria sobre los persas si eran tan indolentes como los pintaban. Independientemente de lo que se pudiera pensar sobre la descripción que los corintios hacían de los atenienses, ésta no se ajustaba a su comportamiento desde que comenzó la Paz de los Treinta Años. Atenas había actuado de total acuerdo con su contenido, como los propios corintios reconocieron cuando contuvieron a sus aliados en el momento de la rebelión de Samos. La conducta conflictiva de Atenas en el último año fue claramente una reacción a acciones iniciadas por Corinto. La táctica corintia era decir lo menos posible acerca de acontecimientos recientes, concretos. Por el contrario, describían la personalidad del ateniense, que surgía ineludiblemente de sus instituciones, como la del tipo que hacía imposible la coexistencia pacífica, sin considerar las soluciones de cualquier crisis específica. Prejuicio, desconfianza y miedo se utilizaban para oscurecer los hechos de la historia actual y así conducir a los espartanos hacia la guerra.

Los corintios concluyeron con una amenaza: los espartanos debían ayudar a Potídea y a sus otros aliados e invadir Ática, "a menos que traicionen a sus

amigos y familiares con sus peores enemigos y nos empujen al resto de nosotros hacia otra alianza” (1.71.4). La amenaza no tenía sentido; no existía otra alianza a la que pudieran recurrir, pero aun así tuvo su efecto. La seguridad de Esparta y su forma de vida descansaba, en grado considerable, en la integridad de su alianza, por lo que incluso la sugerencia de posibles deserciones que podrían conducir a la disolución era algo alarmante.

El siguiente orador fue un miembro de la embajada ateniense quien, dice Tucídides, “coincidía que ya había estado presente en otros asuntos” (1.72.1). No se nos dice cuáles eran esos “asuntos” y parece claro que era un simple pretexto para que los atenienses presentaran sus puntos de vista. Para Pericles y los atenienses era importante no enviar un vocero oficial a una asamblea espartana que diera respuesta a las quejas, porque eso le concedería a Esparta el derecho de juzgar el comportamiento ateniense en vez de someter las desavenencias a un arbitraje, como exigía el tratado. Al mismo tiempo, querían influir en el debate. Intervinieron para evitar que Esparta cometiera el error grave de ceder ante los argumentos de sus aliados; mostrar que Atenas había ganado su poder justamente y que éste era impresionante. Atribuyeron el crecimiento de su imperio, no a la ambición, y lo explicaron como una respuesta a una serie de necesidades impuestas por los reclamos del miedo, del honor y a un interés razonable —los espartanos podían entender esos asuntos pues ejercían un poder similar—. Su tono no era conciliatorio sino de negocios y concluían insistiendo en el contenido preciso del tratado: el sometimiento de todas las desavenencias al arbitraje. Sin embargo, si los espartanos se negaban, “trataremos de vengarnos de aquellos que comenzaron la guerra cuando ustedes señalaron el camino” (1.78.5).

Algunos académicos han interpretado el discurso como deliberadamente provocativo, hecho con la intención de lograr que los espartanos violaran su juramento y comenzaran la guerra. Un punto de vista así, común en nuestro tiempo, da por sentado que los intentos de apaciguar la ira, de explicar las diferencias con benevolencia, de hacer concesiones, son las únicas formas de alcanzar la paz. Algunas veces, sin embargo, la mejor forma de prevenir la guerra es mediante la disuasión, al enviar un mensaje de fuerza, confianza y determinación. Esta política puede ser especialmente efectiva cuando le deja a la otra parte una salida decorosa, como contemplaba la cláusula de arbitraje para los espartanos. El mejor testigo contemporáneo, por lo menos, nos dice que la guerra no era el objetivo de los atenienses: “deseaban mostrar con claridad que su ciudad era fuerte, querían hacerles un recordatorio a los más viejos de lo que ya sabían y a los jóvenes de lo que ignoraban, creyendo que con sus argumentos los espartanos se decidirían por la paz en vez de por la guerra” (1.72.1).

De esta forma los atenienses depositaron sus esperanzas de paz combinando la disuasión con la honorable alternativa para la guerra —el arbitraje—. Esa esperanza puede haber sido razonable, pues los reyes espartanos, tradicional-

mente, influían en las decisiones relacionadas con la paz y con la guerra, y en 432, el único rey en Esparta era Arquídamo, un amigo personal de Pericles, “un hombre que tenía reputación de ser prudente y sabio” (1.79.2) que pronto mostraría su oposición a la guerra. Después de que los extranjeros hablaron, se retiraron. Los aliados ofendidos habían tenido éxito en despertar fuertes sentimientos en contra de Atenas que la respuesta ateniense no logró apaciguar. En un ambiente hostil, ante una asamblea espartana confiada en que Atenas podría ser derrotada fácilmente en una guerra rápida, el rey respaldó la valoración que tenían los atenienses de sus fuerzas. El poder de Atenas era mayor que el que Esparta estaba acostumbrada a enfrentar, y de un tipo diferente. Una ciudad amurallada, con mucho dinero, un imperio naval y dominio del mar... podía acometer la guerra de una forma totalmente nueva para Esparta. Más bien él temía “que transferiremos esta guerra a nuestros hijos” (1.81.6).

Los ánimos de la asamblea estaban tan exaltados que Arquídamo no pudo, simplemente, decidir a favor del ofrecimiento de Atenas, por lo que propuso una alternativa moderada. Los espartanos debían enviar una delegación a Atenas para presentar una queja oficial, sin comprometerse todavía a ningún tipo de acción. Al mismo tiempo, debían prepararse para el tipo de guerra que realmente enfrentarían si fracasaban las deliberaciones. Debían solicitar barcos a los bárbaros (principalmente los persas) y a los griegos. Si los atenienses ofrecían satisfacciones no habría necesidad de guerra. Si no lo hacían, habría suficiente tiempo para pelear cuando los espartanos estuvieran mejor preparados, *en dos o tres años*.

Estas sugerencias hubieran complacido a los atenienses. Independientemente del resultado de los debates, un aplazamiento tan grande aplacaría, sin dudas, el ardor espartano y permitiría que pasara la crisis. Por esta razón no fueron bien recibidas por los corintios, otra de las partes querellantes, y por los que en Esparta deseaban la guerra. Cualquiera oportunidad de salvar a Potídea requería una acción rápida. Ninguna forma de arbitraje o de negociación satisfaría a los corintios. No procuraban un acuerdo de reivindicación, deseaban tener la libertad de aplastar a Corcira de una vez por todas, pretendían vengarse de los atenienses, o sea, lograr la destrucción de su imperio. Los partidarios de la guerra en Esparta habían llegado a la misma conclusión y muchos de los espartanos estuvieron de acuerdo. Individualmente, los casos de Corcira, Potídea y Megara no eran decisivos pero, al analizarlos todos juntos seleccionando momentos de la historia de los últimos cincuenta años, parecen confirmar la descripción corintia de la arrogancia de los atenienses y del peligro que representaba el aumento de su poder. La respuesta a Arquídamo y a los atenienses del belicoso éforo Estenelaidas, por tanto, pudo ser breve y aguda:

No entiendo los argumentos extensos de los atenienses. Se tienen en gran consideración, pero no niegan que están procediendo mal con nues-

tros aliados y con el Peloponeso... Si somos sabios no permaneceremos inactivos mientras que dañan a nuestros aliados... Otros tendrán mucho dinero, barcos y caballos, pero nosotros tenemos buenos aliados que no debemos traicionar por los atenienses. Tampoco debemos someternos a juicios de tribunales o acusaciones verbales, porque no nos han agredido con palabras. En vez de eso, debemos vengarnos rápidamente con todas nuestras fuerzas. Y no permitir que nadie nos diga que debemos dedicar tiempo a examinar si hemos actuado mal; más bien dejar que aquellos que consideran hacer daño reflexionen por un largo tiempo. Así que voten por la guerra, espartanos, en una forma digna de Esparta. No dejen que los atenienses se fortalezcan más, no traicionen a vuestros aliados, y permitánnos, con la ayuda de los dioses, marchar contra aquellos que nos hacen mal. (1.86)

Entonces los éforos solicitaron que se llevara a votación la cuestión de si los atenienses habían violado el tratado de paz. Al afirmar que no podía saber cuál bando se había expresado con mayor clamor, pero "con la intención de que se mostraran más decididos para la pelea al expresar abiertamente sus opiniones" (1.87.2), exigió una votación. Una amplia mayoría votó que Atenas había roto la paz; era un voto por la guerra.

¿Por qué los espartanos decidieron llevar a cabo lo que sería una guerra larga y difícil en contra de un adversario excepcionalmente poderoso, sin enfrentar un peligro inminente ni buscar un beneficio tangible, sin que fueran provocados por una agresión directa? ¿Qué pudo lograr disolver la mayoría espartana, generalmente conservadora, que favorecía la paz, dirigida por el respetado y prudente rey Arquidamo? Tucídides explicó que los espartanos votaron por la guerra, no porque los argumentos de sus aliados les hubieran convencido, "sino porque temían que los atenienses podían hacerse muy poderosos al ver que la mayor porción de Grecia ya estaba en sus manos" (1.88). Así explicó, en general, el origen del conflicto: "Creo que la verdadera razón, de la que menos se habla, fue el crecimiento del poder ateniense, que atemorizaba a los espartanos y los forzó a ir a la guerra" (1.23.6). Por eso se lanzaron a una guerra preventiva para impedir que sucedieran acontecimientos que amenazaran el futuro.

Pero el poder de Atenas no creció en los doce años que transcurrieron entre la paz y la batalla de Sibota, ni tampoco su política era agresiva, como incluso reconocieron los corintios en 440. El único incremento del poder ateniense fue la alianza con Corcira en 433, que respondía a una iniciativa corintia tomada en contra del consejo espartano. Las pruebas demostraban que los atenienses habían actuado a regañadientes y para defenderse, buscando sólo prevenir que los corintios provocaran un cambio mayor en el equilibrio del poder. No

representaban una amenaza inmediata a Esparta. Pero, como ha señalado un estudioso perspicaz de la historia de las guerras, éstas normalmente han surgido “de casi una superabundancia de racionalidad analítica. Sociedades sofisticadas no reaccionan simplemente a amenazas inmediatas... Su inteligencia les permite valorar las implicaciones que un acontecimiento que esté sucediendo en cualquier parte del mundo, aunque esté muy lejos, pueda tener para su propia capacidad, para de inmediato ejercer influencia, finalmente, quizás para sobrevivir”. Todo tipo de suceso puede “precipitar o fortalecer una tendencia, poner en movimiento una marea que cuando se retire, con su estruendo melancólico, nos despoje de nuestros amigos e influencias y nos deje aislados en un mundo dominado por adversarios profundamente hostiles a nosotros y a todo lo que defendemos”.<sup>32</sup>

Así sucedió con los espartanos. Se atemorizaron cuando pensaron que “el poder de los atenienses comenzaba a hacerse sentir y a influir en sus aliados. Entonces la situación se hizo insostenible, y los espartanos decidieron que debían tratar con todas sus fuerzas de destruir ese poder, si podían, y lanzarse a la guerra” (1.118.2). Los tres elementos de la explicación de Tucídides justifican el análisis ateniense de los motivos que se estaban considerando en las relaciones entre los Estados (1.75.3): temor, honor e interés. El interés propio más profundo de los espartanos les exigía mantener la integridad de la Liga del Peloponeso y su liderazgo en ella. Su honor, el concepto que tenían de ellos mismos, dependía del reconocimiento de ese liderazgo y del mantenimiento de su peculiar forma de gobierno, cuya seguridad, a cambio, dependía de las mismas cosas. Desde el punto de vista de aquellos que votaron por la guerra, todo esto se arriesgó a partir del nuevo comportamiento ateniense. Temieron que el creciente poder de Atenas enojaría aún más a sus aliados hasta el punto que se dedicaran a alcanzar sus propios intereses, lo que implicaría la disolución de la Liga y comprometería la seguridad de Esparta. Los espartanos sintieron la necesidad de exponerse a los grandes riesgos que significaba una guerra preventiva para conservar una alianza que ellos habían creado precisamente para salvarlos del peligro. La habían fundado para ayudar a sus propios intereses pero comprendieron que para preservarla tenían que servir a los intereses de sus aliados, incluso si estos amenazaban su propia seguridad. No era la última vez que el líder de una alianza se encontrara bajo la dirección de aliados menores para alcanzar objetivos que no hubiera escogido por sí mismo.

La amenaza de los corintios de separarse en 432 y unirse a otros aliados resentidos puede haber convencido o no a los espartanos pero, junto con las quejas de los aliados en contra de las acciones recientes de Atenas y de la descripción terrorífica que los corintios hicieron de la personalidad fundamental de los atenienses, renacieron viejas sospechas y surgieron temores de un futuro en que el poder y las intenciones de Atenas pudieran poner en riesgo la superviven-



cia de Esparta, por lo que la votación de los espartanos fue que los atenienses habían roto la paz.

A pesar de eso, los militares no tomaron ninguna iniciativa. En cambio, los éforos convocaron una reunión de la Alianza Espartana para que se efectuara una votación oficial sobre la decisión de ir a la guerra, pero los aliados no se reunieron hasta agosto. No todos los miembros asistieron; se presupone que aquellos que permanecieron en casa se oponían a su propósito. Los corintios presionaron fuertemente y los otros Estados resentidos repitieron sus quejas. De los presentes, la mayoría (no una gran mayoría, como reporta Tucídides, referida al voto puramente espartano) votó por la guerra. Entre los aliados, por tanto, podemos deducir que no todos pensaban que la guerra era inevitable; no todo el mundo pensaba que era justa; no todo el mundo pensaba que sería fácil y exitosa; no todo el mundo pensaba que era necesaria.

El voto a favor de la guerra abrió las puertas para una invasión a Ática que hubiera cumplido la promesa hecha a los potideatas sólo unos meses más tarde. Los simples preparativos para la agresión no necesitaban más que unas semanas, y septiembre y octubre proporcionarían un buen clima, tanto para combatir como para dañar las propiedades, si los atenienses se negaban a pelear. Aunque la cosecha ateniense de granos se había recolectado hacía tiempo, todavía se podían perjudicar significativamente las vides, los olivos y las granjas que estaban fuera de las murallas. Si los atenienses se decidían a pelear, como esperaban los espartanos, una invasión en septiembre les daría suficiente razón para hacerlo.

Todo esto se argumentó para avanzar de inmediato hasta Ática, pero los espartanos y sus aliados no se lanzaron a una acción militar en casi un año. Incluso entonces, fueron los tebanos, al atacar a los aliados de Atenas, los plateos, sin consultar a Esparta, los que comenzaron las hostilidades en marzo del año 431. En el ínterin, además, los espartanos enviaron no menos de tres misiones a Atenas, de ellas, al menos una parece haber sido sincera (1.126-139).<sup>33</sup> La larga demora y el intento en la negociación sugieren que después de que pasó la excitación del debate, los argumentos cautelosos y comedidos de Arquídamo surtieron efecto y le devolvieron a Esparta su estado de ánimo conservador. Quizá todavía podría evitarse la guerra.

#### LA DECISIÓN DE IR A LA GUERRA: ATENAS

La primera misión espartana exigía que los atenienses "ahuyentaran la maldición de las diosas" (1.126.2-3), refiriéndose a un acto sacrílego cometido dos siglos antes por un miembro de la familia materna de Pericles, con el que lo asociaban estrechamente. Los espartanos pensaron obtener concesiones de los ate-

nienses con mayor facilidad si se desterraba a Pericles, pero no tenían muchas esperanzas de lograr su exilio. En cambio, esperaban que lo culparan por los problemas de Atenas y eso lo desacreditara porque “por ser el hombre más poderoso de su tiempo y el líder de su Estado, se opuso a los espartanos en todo y no permitió que los atenienses se rindieran sino que los condujo a la guerra” (1.126.3). Pericles siempre había rechazado que se hicieran concesiones sin arbitraje; después de que los espartanos y sus aliados votaron por la guerra, pensó que las futuras negociaciones eran simples maniobras tácticas dirigidas a socavar la resolución ateniense.

Los esfuerzos realizados por los espartanos en la guerra política y psicológica, sin embargo, sugieren que ellos creían que había suficiente oposición en Atenas en contra de Pericles y su gobierno para que sus intentos valieran la pena. Pericles, no obstante, tenía experiencia y conocía el arte de la propaganda política. Preparó una respuesta ateniense que exigía, a cambio, que los espartanos expiaran no una sino dos viejas violaciones religiosas al expulsar a las personas que debían ser desterradas. El primer sacrilegio tenía que ver con la muerte de ilotas que habían buscado refugio en un templo, y llamaba la atención sobre un hecho: los espartanos que pretendían llevar a cabo la guerra bajo la consigna “libertad para los griegos” gobernaban despóticamente sobre una gran cantidad de griegos en su propia tierra. El segundo recordaba las hazañas de un rey espartano que atacó a los persas a traición y después tiranizó a sus compañeros griegos.

Sin inmutarse ante este rechazo, los espartanos enviaron mensajeros portadores de varias demandas, pero finalmente se centraron en una: “proclamaron públicamente y en el lenguaje más claro que no habría enfrentamiento si los atenienses retiraban el Decreto Megariense” (1.139.1). Esta exigencia refleja claramente que se llegó a un arreglo e indica un cambio en el clima político de Esparta desde la ocasión en que se votó por la guerra. Plutarco dice que Arquídamo “trató de resolver las quejas de los aliados pacíficamente, para suavizar su ira” (*Pericles*, 29.5) pero ni él ni sus adversarios tenían el control en sus manos. Si Arquídamo hubiera tenido el dominio hubiera podido someter las quejas a arbitraje; si los que eran partidarios de la guerra hubieran llevado la ventaja, hubieran podido terminar las negociaciones después del envío de la primera embajada. Arquídamo, en apariencia, era lo suficientemente enérgico como para forzar la continuación de las negociaciones, pero sus adversarios podían exigir concesiones sin arbitraje. El acuerdo aún rechazaba el arbitraje pero reducía las demandas a una.

Ésta no era una concesión simple por parte de los espartanos, porque significaba una traición a los intereses corintios. Por otro lado, al apoyar y proteger a los megarienses sin someterse a arbitraje, los espartanos demostraron su poder y fiabilidad como líderes de la alianza y, de este modo, aislaban a Corin-

to. Si los corintios amenazaban con la secesión en esas circunstancias, Arquídamo y la mayoría de los espartanos estaban preparados para dejar que lo intentaran. Quizás había llegado el momento de demostrarle a Corinto quién era el líder de la alianza. Los espartanos habían hecho un esfuerzo serio, arriesgándose, para evitar la guerra. La decisión ahora estaba en manos de Atenas.

A pesar de la moderada posición espartana, Pericles se mantuvo inflexible. No aceptaba otra cosa que no fuera el arbitraje, como se establecía en el tratado, pero el ofrecimiento espartano de llegar a un acuerdo persuadió a muchos atenienses. Al abandonar sus otras exigencias, los espartanos hicieron ver que Atenas iría a la guerra sólo como consecuencia del Decreto Megariense, originalmente, una simple maniobra táctica y, sin dudas, algo por lo que no valía la pena pelear. Pericles no podía ignorar el apremio por una respuesta. Los cargos oficiales que, aparentemente, habían provocado el embargo, se plasmaron ahora en un decreto formal y se enviaron a Megara y a Esparta como defensa de la acción de Atenas. “Este decreto lo propuso Pericles y contenía una justificación humana y razonable de esta política”, dice Plutarco (*Pericles*, 30.3). Como respuesta a repetidas solicitudes de los espartanos, Pericles explicó su rechazo a rescindir el embargo al referirse a una ley ateniense poco conocida que le impedía descolgar la tablilla en la que estaba inscrito el decreto. Los espartanos respondieron: “No la descuelgan, no le dan la vuelta a la tabla, porque no hay ninguna ley en contra de eso” (*Pericles*, 30.1). Ciertamente, la historia refleja lo que debe haber significado una gran presión para ceder, para anular el decreto y evitar la guerra, pero Pericles se mantuvo firme y conservó a la mayoría de su lado.

Al fin, los espartanos enviaron una misión con un ultimátum: “los espartanos quieren paz, y la tendrán si le dan a los griegos su autonomía” (1.139.3). Esto equivalía a una exigencia para que se disolviera el Imperio Ateniense, y Pericles hubiera deseado que se realizara el análisis en la asamblea ateniense, para centrarse en ese requisito, obviamente inaceptable, pero sus adversarios pudieron establecer los términos del debate. Los atenienses “decidieron dar una respuesta después de haberlo considerado todo definitivamente” (1.139.3). Muchos hablaron, algunos argumentaron que la guerra era necesaria, otros que “el decreto no debía considerarse un obstáculo para la paz y que debía eliminarse”.

La defensa que hizo Pericles de su política descansaba en lo que podía parecer un tecnicismo legal. Los espartanos se habían negado sistemáticamente a someterse a arbitraje, como exigía el tratado. En cambio, buscaron imponer su punto de vista por la fuerza o mediante amenazas. “Quieren resolver sus querellas con la guerra en vez de con el análisis, y ahora están aquí, ya no pidiendo sino exigiendo... Sólo una negativa rotunda y clara de estas demandas les dejará claro que deben tratarlos a ustedes como iguales” (1.140.2,5). Pericles estaba dispuesto a ceder en cualquier punto específico. Si los espartanos se hubieran sometido al

arbitraje, Pericles hubiera tenido que aceptar la decisión y estaba dispuesto a hacerlo. Lo que no podía aceptar era la interferencia espartana directa en el Imperio Ateniense en Potídea y Egina o en la política comercial e imperial ateniense, como aparecía en el Decreto Megariense. Esto implicaría aceptar que la hegemonía ateniense en el Egeo y el control de todo su imperio dependía de la tolerancia espartana. Si los atenienses cedían ahora ante las amenazas, abandonarían sus reclamos de igualdad y podrían ser víctimas de un chantaje futuro. Pericles aclaró esto cuidadosamente en su discurso ante la asamblea:

Que ninguno de ustedes piense que va a la guerra por una pequeñez si no anulamos el Decreto Megariense, cuya cancelación ellos ofrecen especialmente como una forma de evitarla y no se reprochen, más tarde, que han ido a combatir por algo insignificante. Porque esta “pequeñez” contiene la afirmación y la prueba de vuestra resolución. Si transigen ante ellos se les exigirá inmediatamente otra entrega que será mayor, ya que habrán hecho vuestra primera concesión por temor. (1.140.5)

Para muchos espartanos y para algunos atenienses, también, debe haber sido tan difícil de entender por qué los atenienses estaban dispuestos a pelear por la nimiedad de un decreto como más tarde a los alemanes y a los británicos debe haberles resultado incomprensible por qué Gran Bretaña estaba dispuesta a luchar en 1914 por un “trozo de papel” que garantizaría la neutralidad belga. Pero en ambos casos la aparentemente trivial fuente de debate enmascaraba las importantes consideraciones políticas y estratégicas. En su alegato, Pericles se negaba a hacer concesiones, con argumentos muy similares a los esgrimidos por Churchill y otros en la década de 1930. ¿Estaba justificado?

Las desavenencias del momento eran importantes sólo como parte de la pelea entre los dos bandos. La única demanda no negociable de Esparta no contenía ningún elemento de importancia estratégica o material. Si los atenienses hubieran retirado el Decreto Megariense, la crisis, probablemente, se hubiera olvidado. Evitado ese peligro, muchas circunstancias podrían haber estimulado una continuación de la paz. La traición de Esparta a Corinto seguramente hubiera provocado un enfriamiento entre los dos Estados, posiblemente una escisión que hubiera alejado a los espartanos de su conflicto con Atenas. Otros acontecimientos podían surgir en el Peloponeso que desviarán la atención hacia otros asuntos, como había sucedido en el pasado. Mientras más durara la paz, más posibilidades existían de que todo volviera al *status quo*. Ya que esto es sólo especulación, se puede sugerir que una guerra entre Atenas y Esparta no era inevitable si la actual crisis podía superarse.

Por otro lado, había una facción en Esparta, existente al menos durante medio siglo que, celosa y desconfiada de los atenienses, era implacablemente hostil a

Atenas. Una concesión ateniense podría haber calmado los temores de una mayoría de los espartanos, por un tiempo, pero los enemigos de Atenas estarían siempre ahí. La flexibilidad en 431 podría conducir a una línea de acción más rigurosa en crisis futuras. La concesión, de hecho, podría estimular una mayor intransigencia espartana y hacer que en el futuro la guerra tuviera más posibilidades.

Estas eran las consideraciones fundamentales de Pericles, pero su decisión se basaba también en la estrategia que había formulado para emprender el conflicto bélico. La estrategia no es sólo una cuestión de planes militares, como puede ser la táctica. Como señaló Clausewitz, es la continuación de la política, por otros medios, y tiene un propósito político. Los pueblos y los líderes recurren a la guerra para obtener sus objetivos cuando otros medios han fracasado, y escogen una estrategia que consideran los llevará a alcanzar sus metas a través de las armas. Antes de que estalle, sin embargo, diferentes estrategias pueden tener efectos diversos en la propia decisión de emprender o no el combate. En la crisis de 432-431 tanto Esparta como Atenas concibieron estrategias que, sin darse cuenta, contribuyeron a que sobreviniera la guerra.

El patrón normal de enfrentamiento entre los Estados griegos era que una falange marchara hacia el territorio enemigo y allí se encontrara con la falange opositora. Los dos ejércitos chocarían y, en un solo día, se decidiría el asunto.<sup>34</sup> Ése era el estilo de lucha con el que los espartanos habían organizado su Estado, su forma de vida y les había proporcionado seguridad, poder y la admiración de los griegos. A pesar de las advertencias del rey Arquídamo, es así como la mayoría de los espartanos y sus aliados esperaban que se desarrollara la guerra contra los atenienses. Dado que sus fuerzas sobrepasarían considerablemente las de los atenienses, tenían razones para sentirse confiados si los atenienses respondían de la manera habitual, y la mayoría de los espartanos no dudaba de que lo harían. De no ser así, los espartanos tenían la certeza de causar en uno, dos o tres años grandes estragos en el territorio ateniense. Entonces, tendría lugar la batalla decisiva que buscaban, o la rendición ateniense. Así pensaron los espartanos a principios de la guerra y también el resto de los griegos (7.28.3).<sup>35</sup> La confianza en esa estrategia ayudó a los espartanos a decidirse por la guerra. Esa estrategia ofensiva auguraba una victoria rápida y segura, el plan adecuado para un Estado que se sentía inconforme con la situación existente y deseaba forzar un cambio. Si hubieran sabido que necesitarían enfrascarse en una guerra larga, difícil, costosa, de resultados inciertos, como les advirtieron Arquídamo y los atenienses, hubieran tomado otra decisión.

¿Qué sucedió con la estrategia que Pericles les sugirió a los atenienses? Él entendía las consecuencias probables de una guerra tradicional, de la misma forma en que los espartanos, por lo que diseñó una estrategia novedosa que sólo era posible debido al tamaño y las características excepcionales del poder ate-

niense. Era un poderío naval que permitía a los atenienses gobernar en un imperio que les proporcionaba dinero con el que podían mantener su supremacía en el mar y obtener lo necesario mediante el comercio o la compra. Sus tierras y cosechas podían ser atacadas, pero Pericles había convertido a Atenas en una isla al construir grandes murallas que conectaban a la ciudad con su puerto y su base naval en el Pireo. De la forma en que se desarrollaba la guerra de sitio griega en esa época, estas murallas eran invulnerables cuando se defendían, por lo que los atenienses podían moverse con seguridad dentro de ellas y permitir que arrasaran sus campos pues podían usar los ingresos del imperio para satisfacer sus necesidades y mantener su flota. Si los atenienses optaban por retirarse dentro de sus murallas, los espartanos no podrían ni alcanzarlos ni derrotarlos.

Pericles concibió una estrategia que los atenienses emplearon mientras que estuvo vivo. Era fundamentalmente defensiva, aunque contenía algunos elementos ofensivos. Pericles dijo que “si los atenienses permanecían quietos, cuidaban su flota, no intentaban extender su imperio en tiempos de guerra y, por tanto, no ponían en peligro su ciudad, prevalecerían” (2.65.7). En concreto esto significaba que los atenienses debían rechazar la pelea en tierra, abandonar el campo y retirarse tras sus murallas mientras que los espartanos arrasaban sus campos en vano. Mientras tanto, la Armada ateniense efectuaría una serie de ataques comandos en la costa del Peloponeso, que no tenían la intención de provocar un daño serio sino molestar y hostigar al enemigo y mostrarles cuánto destrozo podían hacer los atenienses si así lo decidían. La estrategia consistía en demostrar que los espartanos y sus aliados no podían, de ninguna forma, derrotar a Atenas y agotarlos psicológicamente, no física o materialmente. Las divisiones naturales dentro de la flexible organización de la Alianza Espartana, como la que existía entre los Estados costeros más vulnerables y los más seguros del interior, les impondría batallas costosas. Pronto sería obvio que los peloponesios no podían ganar y que se negociaría una paz. Totalmente desacreditada, la facción guerrera espartana perdería poder ante los hombres que, razonablemente, habían mantenido la paz desde 446-445. Entonces Atenas podría encaminarse por una era de armonía fundada con mayor firmeza en el reconocimiento del enemigo de su incapacidad para derrotarla.

Era una estrategia con muchos aciertos, si se comparaba con la estrategia tradicional de confrontación entre falanges de infantería, pero tenía serios inconvenientes y confiar demasiado en ella ayudó a provocar el fracaso de la maniobra diplomática de disuasión de Pericles. Su principal punto débil fue su falta de credibilidad. Los acontecimientos demostrarían que Pericles era capaz de persuadir a los atenienses de adoptar su estrategia y de atenerse a ella mientras fuera el líder, pero pocos espartanos, y sin dudas, pocos griegos, lo creerían hasta que lo vieran ocurrir. Los atenienses tendrían que tolerar los insultos

y acusaciones de cobardía que les hacía el enemigo a través de las murallas. Eso violaría toda la experiencia cultural griega, la tradición heroica que colocaba el coraje en la guerra sobre el pináculo de las virtudes griegas. Sin embargo, la mayoría de los atenienses vivían en el campo y tenían que mantenerse pasivos mientras sus cosechas eran destruidas, sus árboles y viñedos dañados, sus hogares saqueados y quemados. Ningún griego que hubiera tenido al menos una oportunidad de resistir hubiera aceptado nunca hacer eso, y los atenienses, unos diez años antes, se habrían lanzado a la lucha antes que permitir la devastación. A pesar de las crudas advertencias de Arquidamo, los espartanos y los peloponesios, lógicamente, no creyeron que los atenienses aplicarían la estrategia ortodoxa que adoptaron. En vez de eso, confiaron en un tipo de guerra convencional, que ganarían fácil y rápidamente. El poderío ateniense y sus advertencias, por tanto, no los detuvo.

Una segunda debilidad en la estrategia de Pericles fue que era inverosímil: iba en contra de la costumbre y la cultura griegas por lo que era muy difícil de ejecutar. Sería arduo persuadir a los atenienses de que fueran a la guerra con una estrategia de este tipo, y más aún convencerlos de seguirla una vez comenzada la guerra. En vísperas de la contienda, Pericles dijo a los atenienses, “si yo pensara que los podía persuadir, les diría que salieran y dejaran que se perdieran [sus campos y casas] y le demostraran a los espartanos que no flaquearían ante ellos para salvar estas cosas” (1.143.5). Pero, por supuesto, no podía convencerlos. Cuando los espartanos invadieron, los atenienses estaban “desanimados e iracundos por haber tenido que abandonar las casas y templos que siempre habían sido suyos, reliquias ancestrales de una política antigua, al enfrentar un cambio en su forma de vida e incluso que cada hombre tuviera que abandonar su propia *polis*” (2.16.2). Cuando los invasores se acercaron, los atenienses se molestaron aún más y muchos, especialmente los jóvenes, insistieron en salir a pelear. Se dirigieron con furia hacia Pericles “porque no los condujo a la batalla, y lo responsabilizaron de todos sus sufrimientos” (2.21.3). Finalmente, se vio forzado a utilizar su extraordinaria influencia para impedir que se reuniera la asamblea, “temiendo que si la gente se agrupaba cometerían el error de actuar llevados por la ira y no a partir de un razonamiento” (2.22.1).

La dificultad de la misión de Pericles fue reconocida por un destacado historiador militar que colocó al líder ateniense “entre los generales más grandes en la historia del mundo”, por su capacidad de imponer a un pueblo libre la estrategia difícil, impopular pero necesaria del agotamiento.<sup>36</sup> Sólo Pericles podía hacerlo, pero ya estaba cerca de los 65 años. Si la crisis pasaba sin llegar a un acuerdo esencial y el conflicto resurgía otra vez cuando Pericles hubiera muerto, la estrategia no sería posible, y la alternativa era la derrota segura. Estos pensamientos pueden muy bien haber hecho más intransigente la diplomacia de Pericles.

Visto desde una perspectiva adecuada, en la que una estrategia militar se juzga como parte de una serie de mecanismos con los que un Estado busca alcanzar su objetivo, la estrategia ateniense tenía, todavía, otra falta. A primera vista podría parecer que era especialmente apropiada: Atenas tenía propósitos defensivos y también una estrategia defensiva. Pero dado que el objetivo más deseable era evitar la guerra mediante la disuasión, la maniobra defensiva no era adecuada. El objetivo de la disuasión es provocar un temor tal en el enemigo que lo lleve a renunciar a la lucha, pero la estrategia de Pericles atemorizaba muy poco a los espartanos, aun cuando creyeran que los atenienses la llevarían a cabo. Supongamos que los atenienses se negaban a pelear. El único costo para los espartanos sería el esfuerzo que tendrían que realizar para marchar hasta Ática durante más o menos un mes y causarles el mayor daño posible. Supongamos que los atenienses desembarcaran en el Peloponeso: a menos que construyeran fuertes no podían hacerles mucho daño. Si construían fuertes alejados de las costas los podían cercar y morirían de hambre. Si los construían en las costas, les podían cortar el paso e impedir que causaran daño. Nada de esto sería ni doloroso ni costoso para los espartanos.

Individuos más perceptivos podrían pensar que con el tiempo la capacidad de los atenienses de perjudicar, al menos a los Estados costeros, mediante ataques e interfiriendo su comercio, mientras que Esparta no podía protegerlos, podría erosionar el liderazgo espartano en la alianza y provocar desercciones peligrosas, lo que justamente ocurrió en 421. Pero muy pocos podían haber concebido esa posibilidad en un futuro incierto. Menos aún, si es que hubieran podido preverlo, podían haber imaginado la estrategia adoptada por los atenienses después de la muerte de Pericles: la construcción de una fortaleza amurallada inexpugnable en Pilos, en la costa de Mesena, el país de los ilotas, y la toma de la isla de Cíteres, al otro lado de la costa del Peloponeso.

La primera acción proporcionó un lugar donde los ilotas pudieron huir y aterrorizar a los espartanos con una reacción temeraria que los condujo a su derrota, a la captura de muchos prisioneros espartanos y al quebranto de su determinación. Los ilotas, usando a Pilos como base, realizaron varios ataques que fueron muy efectivos y aterradores porque conocían el territorio y hablaban el dialecto local. Los espartanos

nunca se habían visto expuestos a este tipo de guerra depredadora y, cuando los ilotas comenzaron a desertar, temieron que el movimiento revolucionario crecería entre los habitantes del territorio y se preocuparon mucho. Aunque no querían mostrar su alarma a los atenienses, continuaron enviándoles emisarios con la intención de recuperar Pilos y a los prisioneros. (1.42.3)



La captura de Cíteres provocó más pánico:

En espera de incursiones del mismo tipo en sus costas, los espartanos, que no los superaban, de ninguna manera, en poderío, enviaron tropas a diferentes lugares del país, formadas por infantería pesada que pudieran ser útiles a los puntos amenazados y, generalmente, se mantuvieron a la defensiva. Después de la ocupación de Pilos y Cíteres y del surgimiento, en cada parte, de una guerra cuya rapidez desafiaba la precaución, vivieron con el temor constante de que estallara una revolución interna... Aparte de esto, su mala suerte reciente, que se repetía una y otra vez sin que lo pudieran impedir, los había desequilibrado totalmente, siempre estaban temerosos de enfrentar otro desastre... y ya casi no se atrevían a salir al campo porque pensaban que todo lo hacían mal, pues al ser nueva para ellos la sensación de adversidad, habían perdido toda la confianza en ellos mismos. (4.55)<sup>37</sup>

Si los espartanos hubieran imaginado una estrategia y unos resultados así lo hubieran pensado mejor antes de enfrascarse en la guerra, pero eso no formaba parte del plan de Pericles o de su transmisión a través de las advertencias de Arquídamo. Sin una amenaza ofensiva conminatoria, creíble y obvia, la estrategia diplomática de disuasión de Pericles se arruinaba y estaba condenada al fracaso.

Si lo hubiera sabido, Pericles podría haber buscado una política más conciliatoria, no hubiera impuesto el Decreto Megariense, o lo hubiera retirado, como le pidieron los espartanos, aceptando los riesgos de problemas futuros. Pero Pericles confiaba en el éxito de su estrategia defensiva, por lo que se mantuvo firme. Convenció a los atenienses de que adoptaran su propio lenguaje en la respuesta a los espartanos: "No harían nada bajo obligación, pero estaban preparados para resolver las quejas mediante el arbitraje, de acuerdo con el tratado, sobre la base de igualdad recíproca" (1.145.1).

## EL ESTALLIDO DE LA GUERRA

Los espartanos no enviaron más emisarios pero, incluso entonces, no avanzaron. En marzo de 431 los tebanos atacaron Platea, una ciudad que tenía buenas relaciones con Atenas, ya fuera como una medida preventiva, asumiendo que la guerra era inminente, o como un golpe que impidiera que los espartanos se rehusaran. Los espartanos no pudieron contenerse más y lanzaron su invasión en mayo. Aún en el último momento Arquídamo, al frente del ejército invasor, envió un mensajero a Atenas con la esperanza de que los atenienses

se rendirían cuando vieran al ejército en marcha. Pero los atenienses expulsaron al emisario de su ciudad:

Lo echaron sin escucharlo y le ordenaron mantenerse fuera de sus fronteras ese mismo día. En el futuro, los espartanos tendrían que retirarse de su propio territorio si querían enviar una embajada. Cuando llegó a la frontera y estaba a punto de partir, los increpó diciendo estas palabras: "Este día será el comienzo de muchos males para los griegos". (2.12.1-4)

Entonces los espartanos irrumpieron en el territorio ateniense, comenzando la guerra que, como había pronosticado Arquídamo, heredarían sus hijos.

### LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Tucídides consideraba que la guerra era el resultado inevitable del crecimiento del Imperio Ateniense, de su ansia insaciable de expansión y del temor que provocaba en Esparta, y su interpretación es la que ha prevalecido entre los académicos modernos.<sup>38</sup> En su época, sin embargo, era una nueva explicación que intentaba imponerse a un punto de vista diferente que tenía una amplia aceptación. Muchos en Atenas pensaban que la guerra podía haberse evitado si los atenienses no hubieran invocado el Decreto Megariense o lo hubieran retirado cuando lo solicitaron los espartanos. Como Pericles apoyaba el decreto y fue el hombre que con más fuerza se opuso a su rechazo "lo consideraron el único responsable de la guerra". El poeta humorista Aristófanes explicó las acciones de Pericles de dos maneras diferentes, quizá para reflejar dos tipos de ataques difamatorios que lanzaron sus adversarios, o quizá los inventó con propósitos de comicidad. En cualquiera de los dos casos, estas explicaciones se tomaron con seriedad por los escritores de la antigüedad y se convirtieron en parte de la tradición. Según una historia narrada en *Los acarnenses* representada en 425, unos atenienses se robaron a una prostituta megariense, y los megarienses respondieron robándose tres de la casa de Aspasia, la concubina de Pericles. La respuesta de Pericles fue promulgar una ley "que exigía que los megarienses abandonaran nuestras tierras, nuestro mercado, nuestro mar y nuestro continente. Entonces, cuando los megarienses estaban, lentamente, muriendo de hambre, suplicaron a los espartanos que eliminaran la ley de las tres rameras. Nos negamos, aunque nos lo pidieron varias veces. Y de ahí vino el choque de escudos".<sup>39</sup> Aspasia no tenía una casa de citas y el incidente de las repetidas violaciones parece ser una parodia de la historia de los orígenes de la guerra troyana, como la contó Homero y de las guerras persas tal y como las narró Herodoto.

Es difícil pensar que esta explicación fuera aceptada por muchos, pero la segunda, la que Plutarco llamó “la peor acusación de todas”, era más plausible. En los años previos a la guerra los adversarios políticos de Pericles, frustrados por su incapacidad de derrotarlo en las elecciones o en los debates de la asamblea, lanzaron una serie de acusaciones en los tribunales, primero en contra de sus colegas más cercanos, después en contra suya. A su amigo, el filósofo Anaxágoras y a su concubina, Aspasia, los inculparon de violaciones religiosas. A él y a su amigo Fidias, el gran escultor que diseñó los templos en la Acrópolis y creó la gran estatua de oro y marfil de Atenas en el Partenón, los acusaron de robar los fondos públicos. Los propósitos de los ataques fracasaron y Pericles mantuvo su posición preeminente. Cuando la guerra estalló, pocos años después, sus enemigos relacionaron estos acontecimientos y la explicación que dieron fue que había comenzado la guerra para desviar la atención de sus problemas políticos internos. Así fue la historia, como la contó Diodoro de Sicilia, un compilador de la historia desde el primer siglo a. C.:

Pero Pericles, conociendo que durante las operaciones de la guerra la turba respeta a los nobles debido a la necesidad urgente que tiene de ellos, mientras que en tiempos de paz no hacen más que lanzar falsas acusaciones en contra de esos mismos hombres porque no tienen nada que hacer y están envidiosos, llegó a la conclusión de que, para su propio beneficio, sería bueno involucrar al Estado en una gran guerra, para que la ciudad, por la necesidad que tenía de contar con su capacidad y preparación como general, no prestarían atención a las imputaciones en su contra y no tendrían ni ocio ni tiempo para escudriñar cuidadosamente los resultados del manejo de los fondos.<sup>40</sup>

Aquí tenemos una temprana afirmación, quizá la primera, de lo que los académicos alemanes que investigaban las causas de la Primera Guerra Mundial llaman el *Primat der Innenpolitik*, la elaboración y ejecución de una política exterior para tratar los asuntos internos. No obstante, en el caso de Pericles, es obviamente absurdo, aunque en la antigüedad se consideró seriamente y, al menos, también así lo aceptó un académico moderno.<sup>41</sup> Una de las razones por las que Tucídides escribió su historia fue para disipar estas explicaciones simplificadas, y muchos historiadores, desde entonces, han aceptado su análisis.<sup>42</sup>

El argumento aquí, sin embargo, es que el poder ateniense no creció entre 445 y 435; que el apetito imperial de los atenienses no era insaciable pero que, bajo el liderazgo de Pericles, se satisfizo completamente; que los espartanos, como Estado, no le temían tanto a Atenas como para procurar la guerra, al menos hasta que la crisis estuvo muy avanzada. Existían buenos motivos para pensar que los dos Estados hegemónicos y sus aliados habían alcanzado un

entendimiento y podían vivir uno al lado del otro en paz, indefinidamente, por lo que no fueron las causas subyacentes las que provocaron el enfrentamiento, sino la crisis inmediata.

Es cierto que la guerra no hubiera ocurrido sin la presencia de algunas condiciones preexistentes. Si Atenas no hubiera tenido una historia expansionista y no hubiera existido un sentimiento hostil de Esparta hacia Atenas, Corinto no hubiera podido provocar el conflicto entre las dos potencias. Pero las tensiones y los recelos existen en muchas relaciones internacionales; queda por demostrar que pueden hacer estallar la guerra. Quizá la Primera Guerra del Peloponeso fue algo inevitable debido al crecimiento del poder ateniense, pero aquella batalla larga, costosa e inconclusa había enseñado a las dos partes a contenerse, y el tratado final reflejaba la realidad y la voluntad de paz. La situación entre 445 y 435 no era intrínsecamente inestable.

La guerra estalló dentro de una estructura internacional particular que los científicos políticos llaman "bipolar" y los teóricos consideran que las estructuras ayudan a explicar el surgimiento de las guerras. El problema es que no están de acuerdo en su significado, unos piensan que los sistemas bipolares son más peligrosos que los multipolares, otros piensan que lo son menos.<sup>43</sup> En el mejor de los casos, las teorías generales explican "la deprimente repetición de la guerra a través de los milenios",<sup>44</sup> no explican por qué suceden algunos conflictos en particular. Esto no es muy convincente. Podemos pensar que la bipolaridad o la multipolaridad favorece el estallido de las guerras, pero observamos que cada sistema, en ocasiones, conduce a la guerra y otras veces no. Lo que deseamos saber es por qué y cuándo sucede alguna guerra en particular y, si es posible, qué podemos extraer de valor de esta experiencia.

Para aprender lo que se pueda debemos intentar un análisis histórico de los acontecimientos que condujeron a la guerra. A cada paso queda claro que las decisiones no estaban predestinadas, aunque las opciones se ampliaban mientras que cada determinación excluía otras. Cualquier aseveración de que la guerra era inevitable después de la Paz de los Treinta Años en 446-445 no surge de la evidencia sino que debe ser impuesta a priori. La paz logró imponerse hasta la guerra civil en Epidamno. Ese litigio no estaba necesariamente relacionado con el resto del mundo y no debía haber afectado la situación internacional. La decisión corintia de intervenir no era ni predeterminada ni necesaria para el bienestar de los corintios, su seguridad e incluso su prestigio. Si se hubieran mantenido apartados, no hubiera habido ni crisis ni guerra, pero se aprovecharon de la oportunidad para humillar y vengarse de los odiados corciris. Esa solución puede considerarse irracional o simplemente un error de cálculo de consecuencias aceptables, pero similar a muchas otras a través de la historia en que la pasión inspirada por viejos odios y por el honor herido es la causa de acciones peligrosas. Los corintios entendieron que su maniobra podía muy

bien implicar una guerra contra Corcira, pero no desistieron. Estaban influidos por la forma en que entendían la estructura de las relaciones internacionales. Su comprensión optimista fue que la Paz de los Treinta Años había dividido a los griegos en dos discretas esferas de influencia y que los atenienses no retarían a los peloponesios en aguas occidentales. Los corcirios, neutrales y aislados, podían disuadirlos de retar a Corinto al saber su asociación con la Alianza Espartana. De no ser así, Corinto, con la ayuda de sus aliados, podía derrotar a Corcira. No temían la intervención ateniense. Confiaban en que una guerra contra Corcira sería local y terminaría en victoria. Su estímulo no era ni el interés ni el miedo sino el honor, la determinación de vengarse del desaire de los corcirios y elevar su prestigio entre los Estados griegos.

Si hubieran planeado una guerra contra otro Estado neutral sus cálculos hubieran sido correctos, pero Corcira era excepcional. El tamaño de su armada la convertía en un adversario temible y hacía que cualquier amenaza a su independencia reclamara la atención de Atenas. Los aliados de Corinto, Esparta y Sición percibieron el peligro y trataron de persuadir a los corintios. Pero se aferraron a su interpretación equivocada y terca de la verdadera situación, a pesar de las advertencias de sus amigos, y la crisis se hizo más intensa. Corinto emprendió un amplio programa de construcción naval. Más adelante, en la historia, esta situación se repetiría: fue una carrera armamentista donde sólo una de las partes se desarrolló, porque los corintios estaban decididos a cambiar la correlación de fuerzas a su favor para poder derrotar a Corcira.

La alternativa a la que se enfrentaban los atenienses en 433 era sombría. No tenían interés en Corcira y ningún deseo de pelear contra Corinto, pero sabían que una decisiva victoria corintia sobre Corcira podría entregar su flota al enemigo para crear una fuerza naval capaz de cambiar la supremacía ateniense en el mar y, por tanto, su seguridad. Una guerra contra Corinto no sería bienvenida pero sí tolerable, aunque podría conducir a una guerra general entre las alianzas, algo que los atenienses deseaban evitar. Es difícil entender cómo los atenienses pudieron, simplemente, rechazar la solicitud de Corcira. En vez de eso, escogieron una política ingeniosa dirigida a tomar un camino intermedio que frustraría los objetivos corintios sin provocar una guerra general. La respuesta ateniense surgió a partir del miedo, una reacción común entre potencias tradicionales a cambios súbitos desfavorables en el equilibrio de poder, real o potencial.

El resultado fue guardar las distancias en la batalla de Sibota. Los corintios no estaban aplacados, ni derrotados ni persuadidos. En su lugar, adoptaron una política dirigida a molestar y debilitar a los atenienses y, también, que provocara una guerra general. Los atenienses continuaron su política moderada encaminada a la disuasión: la respuesta a las intrigas corintias dentro del Imperio Ateniense fue el ultimátum a Potídea; la respuesta al apoyo constante de Mega-

ra a Corinto fue el Decreto Megariense. La política fue demasiado débil o demasiado fuerte. No impidió que los potideatas se rebelaran o trataran de involucrar a Esparta en la pelea, ni tampoco obligó a los megarienses a detener sus actividades antiatenienses. Por otro lado, no persuadió a los espartanos de las intenciones pacíficas de los atenienses, estimulando, más bien, la propaganda corintia y el temor espartano. En la reunión de la asamblea espartana en el verano de 432, el vocero ateniense mantuvo la misma política mediadora; advirtió sobre el poder y la decisión de los atenienses y se ofreció a llevar a arbitraje todas las quejas, tal como lo exigía el tratado. Estas políticas sutiles son siempre formas difíciles y poco fiables de alcanzar la disuasión.

Los espartanos se enfrentaron a un problema igualmente difícil. Antes de las acciones atenienses en el invierno de 433-432, la mayoría de los espartanos no quería la guerra; desde el comienzo de la crisis, Esparta había tratado de contener a los corintios y de impedir que sus aliados se involucraran. Incluso después de que los atenienses promulgaron el ultimátum potideata y el Decreto Megariense, la mayoría belicosa en el consejo de los éforos fue incapaz de lograr que los espartanos mantuvieran su promesa de invadir Ática para apoyar la rebelión en Potídea. El influente rey Arquídamo argumentó hábil y enérgicamente a favor de la paz, pero los iracundos y astutos corintios, decididos a vengarse de los corcirios y de los atenienses, fueron demasiado para él. Agruparon a todas las partes agraviadas y se reunieron en la asamblea para que los ayudaran a convencer a los espartanos del continuo peligro que representaba Atenas y su imperio.

La pelea de Corinto con Corcira no era de la incumbencia de Esparta. La rebelión que Corinto tuvo que provocar en Potídea no tuvo importancia para Esparta y las condiciones del tratado permitían, sin lugar a dudas, que los atenienses hicieran lo que quisieran en su propio imperio. La amenaza de Corinto de retirarse de la Alianza Espartana debió interpretarse como algo evidentemente falso. El Decreto Megariense, sin embargo, era más difícil. Como una medida reguladora del comercio en el Imperio Ateniense, al igual que la alianza con el Estado neutral de Corcira, estaba permitido por el tratado, pero, como la alianza, tenía un aspecto imprevisto que ocasionó problemas. La alianza corciria era con un Estado que ya se encontraba en guerra con un aliado espartano, y el Decreto Megariense era un medio de ejercer fuerte presión sobre otro aliado espartano. ¿Podrían los espartanos hacer valer y conservar el liderazgo de su alianza —la garantía de su seguridad— si no defendían a sus aliados del nuevo armamento empleado por los siempre ingeniosos atenienses? Los espartanos debieron aceptar el arbitraje como un mecanismo para proteger a sus aliados y correr el riesgo del descontento. En vez, la descripción aterradora de los corintios los persuadió a votar por la guerra. Ellos, también, reaccionaron por temor a amenazas futuras a su tranquilidad.

Tan difícil era su decisión que el desacuerdo continuó por algún tiempo y los espartanos ofrecieron la paz sólo si los atenienses retiraban el Decreto Megariense. Muchos atenienses hubieran querido aceptar, pero Pericles había llegado a una conclusión y podía convencer a la mayoría de los atenienses para que lo apoyaran. Para él, el voto espartano había logrado que la guerra fuera inevitable. Cualquier cosa que no fuera un acuerdo de arbitraje anularía la esencia del tratado de paz: igualdad entre las grandes potencias. La insistencia en que Atenas debía retractarse, incluso en ese punto, bajo amenaza de guerra, era inaceptable. Todo lo que restaba por hacer era aferrarse al principio fundamental, levantar la moral ateniense y esperar porque su nueva estrategia obligara a los espartanos a razonar y garantizar una paz más duradera. Los atenienses rechazaron la proposición espartana y pusieron fin a futuras deliberaciones.

Si los corintios se dejaron llevar por la pasión de vengarse y los espartanos por los celos y el miedo, los atenienses deben de haber padecido un cálculo excesivo. La diplomacia de Pericles dependía de que los espartanos comprendieran la intención de la respuesta de los atenienses —respuestas moderadas a las provocaciones— que no tenía el propósito de incitar la guerra o desafiar el liderazgo espartano, sino evitar la guerra y preservar el *status quo*. Contaba con deliberaciones igualmente frías, primero de parte de los corintios, después de parte de los espartanos, pero el fervor demostró ser más fuerte. Sus decisiones no se deben ver como errores de cálculo, porque eso implica un simple error de juicio. En ambos casos la pasión por el honor, en la forma de venganza para los corintios, para los espartanos en la forma de ayudar a sus aliados, y también para los espartanos la pasión del miedo, fue más fuerte que el interés, entendido razonablemente. No sería la última vez que los Estados se lanzaran a la guerra dominados por esas pasiones.

La paz no se mantiene por sí sola. Después de la Primera Guerra del Peloponeso, la responsabilidad de sustentarla recayó sobre los líderes de las dos grandes coaliciones griegas, Esparta y Atenas. La política abierta deliberada de contención de los atenienses tuvo su recompensa cuando los corintios ayudaron a disuadir a los espartanos de ir a la guerra durante la rebelión de Samos y, en otra ocasión, cuando los espartanos trataron de apaciguar el conflicto entre Corinto y Corcira. Cuando los esfuerzos de Esparta fracasaron, el peso cayó con más fuerza sobre los atenienses.

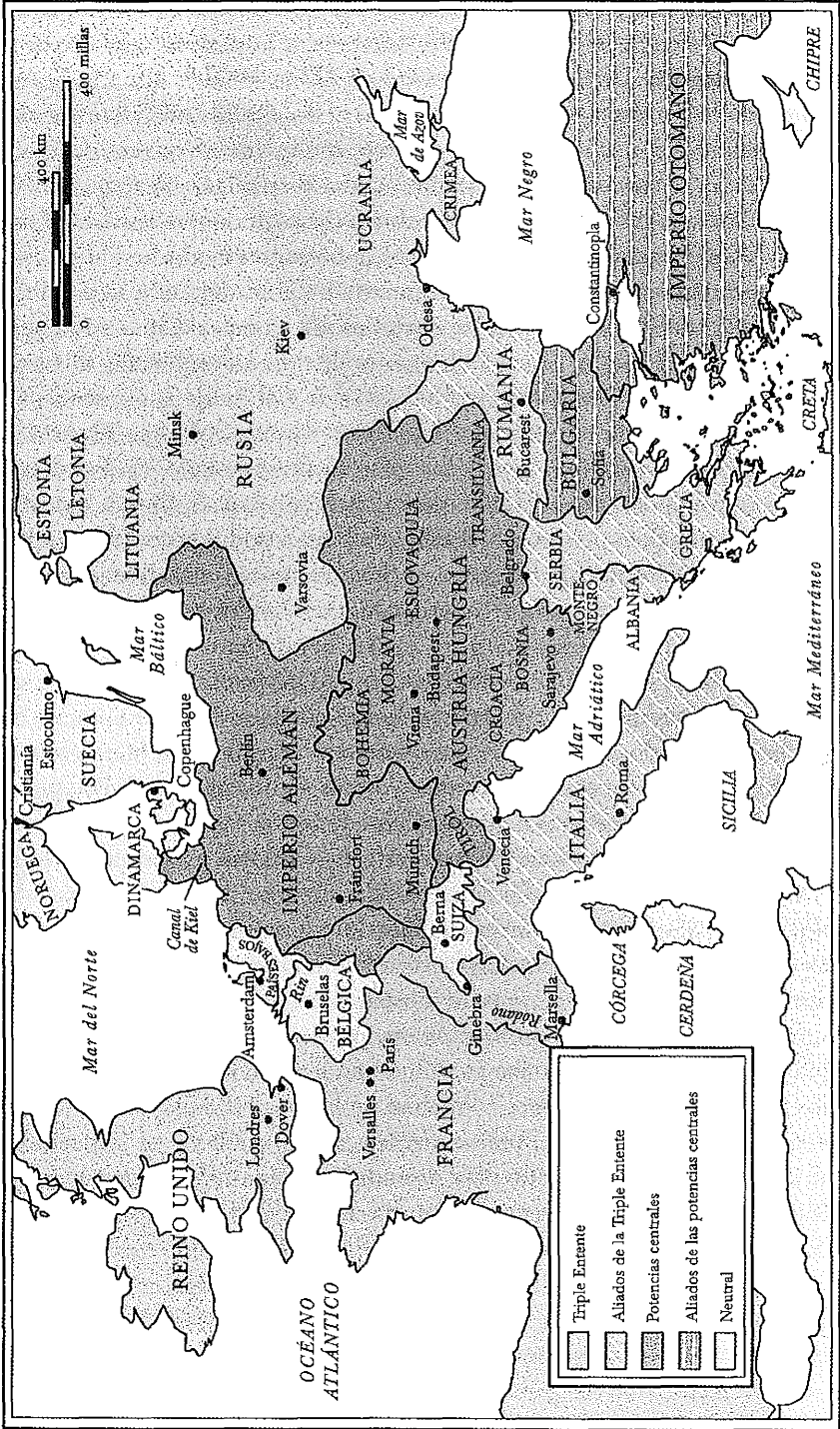
El problema que enfrentaban los atenienses era muy difícil y los recursos que disponían eran muy limitados. Necesitaban desalentar a los corintios para que no crearan una crisis peligrosa, y así evitar el temor y la cólera de los espartanos, porque carecían del poder militar para persuadir a Esparta eficazmente. Al final, no lograron hacerlo y, además, atemorizaron y encolerizaron a los espartanos. Uno de los errores atenienses radica en no considerar adecuadamente el papel que juegan pasiones como el miedo y la ira en las decisiones

importantes. Una política de disuasión puede funcionar aun cuando reinan las pasiones, pero para que sea efectiva debe compensar la pasión con la pasión, el miedo con el miedo. La mejor oportunidad de Atenas de desanimar a Corinto hubiera sido llegar a un acuerdo mayor y más claro. Quizás una alianza completa ofensiva y defensiva, tal como la proponían los corcirios, hubiera convencido a los corintios de que Atenas estaba dispuesta a responder. No queda claro ni mucho menos de que esto hubiera conseguido que Esparta entrara más pronto en la guerra. Si los atenienses hubieran enviado una armada a Sibota en lugar de diez barcos, eso seguramente hubiera detenido la batalla y hubiera obligado definitivamente a los corintios a renunciar a sus esperanzas de venganza contra Corcira. Si eso hubiera conducido a una batalla, el resultado hubiera sido la destrucción de la flota corintia y el fin de sus amenazas a Corcira. Un desenlace de este tipo no debía haber provocado que Esparta se involucrara en el conflicto; más bien debía haberla amedrentado. En todo caso, el resultado no pudo ser peor. Más tarde, si los atenienses hubieran enviado inmediatamente una flota poderosa a Potídea, hubieran podido prevenir la rebelión y enfrentar a sus enemigos ante un hecho consumado desalentador y no ante una insurrección viva y prometedora, con los rebeldes sitiados clamando por la guerra.

Cuando la política moderada de Pericles no pudo desanimar a Corinto, no obstante, ya no se pudo disuadir a Esparta. Los atenienses, simplemente, no tenían suficientes soldados para ofrecer una amenaza ofensiva que fuera creíble. Ya no resultaría hablar de ataques por mar y bases fortificadas en el Peloponneso. La mayoría de los espartanos no tenían la imaginación para entender la amenaza que el uso hábil de mecanismos de este tipo podría proporcionarles a ellos y a sus alianzas. Sólo el desafío de un ejército superior podría haberlos detenido y los atenienses no tenían forma de hacerlo. Su política, por tanto, no era consecuente con su capacidad estratégica. Si lo hubieran entendido mejor, hubieran desistido del Decreto Megariense e intentado un acercamiento más conciliatorio, ya que su capacidad de persuasión era insuficiente y no poseían ninguna estrategia que les pudiera garantizar la victoria en la guerra. Pericles y la mayoría de los atenienses, sin embargo, confiaban en las posibilidades de la estrategia nueva, no puesta a prueba, que su armada, sus murallas y su imperio les permitía seguir. Contaban con ello para disuadir a sus enemigos de ir a la lucha y, cuando eso fracasara, para lograr la victoria. Entonces llegó la guerra.







Europa en 1914.

## II

### LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL 1914-1918

**L**a Primera Guerra Mundial, al igual que la Guerra del Peloponeso, fue la culminación terrible de un período extraordinario en la historia de una gran civilización. En el siglo posterior al Congreso de Viena, a partir del cual se dio fin a las Guerras Napoleónicas en 1815, los europeos experimentaron un crecimiento sin precedentes en su bienestar personal y material; en la riqueza y grandeza de sus logros culturales; en la comprensión, dominio y explotación de sus recursos naturales; en su poder para influir y controlar a personas y naciones en el resto del mundo, y en el prestigio que todo esto les proporcionó.

Aunque hubo críticos y disidentes, el estado de ánimo general de los europeos a finales del siglo XIX era de confianza y de esperanza:

Pensaban que la humanidad había progresado en ilustración, en bondad, en razón, hasta el punto en que lo viejo podría incorporarse de forma útil y pacífica a lo nuevo. Comprendieron que los medios para alcanzar una opulencia incalculable se encontraban a su alcance. Creyeron que con la abundancia, el planeta lograría tener, finalmente, una civilización de progreso perpetuo y paz, guiado por la luz de la exactitud del conocimiento que rápidamente se revelaba a la humanidad... Bajo el sol de lo que vagamente se conocía como "ciencia" todas las cosas se iluminarían: sabrían los secretos del universo, erradicarían la superstición, descubrirían la naturaleza de la existencia del hombre, encontrarían los medios para crear un mundo más rico y más sabio...

Esto no se ponía en duda; se estaba construyendo un nuevo mundo... Las ideas modernas triunfaban en todas partes. Europa se organizaría pronto sobre bases racionales, sus simetrías políticas y sociales reflejarían la armonía de la naturaleza y del universo.<sup>1</sup>

La Gran Guerra, como la llamaron sus contemporáneos, destruyó ese estado de ánimo y el mundo que lo había engendrado. Destruyó cuatro imperios y convirtió al Imperio Austro-Húngaro de los Habsburgo en una colección de pequeños Estados, inseguros y recelosos entre sí; restringió el Imperio Otomano a una Turquía afianzada en Europa y reducida al Asia Menor; una Alemania disminuida al tamaño de la siempre problemática República de Weimar y vio

el surgimiento de una Unión Soviética en lugar de la dinastía de los Romanov. Al poner fin a la era de la monarquía y la aristocracia europeas, hizo retroceder, también, la tendencia hacia gobiernos limitados y constitucionales y hacia la democracia, dando lugar a una tiranía comunista en Rusia y proporcionando las condiciones para el surgimiento de regímenes autocráticos y totalitarios en Italia, Alemania, España y en otros Estados europeos.

La guerra aceleró la decadencia del poder de Europa comparado con el del resto del mundo: dañó considerablemente su posición económica relativa, comenzó el proceso que pondría fin a su colonización de tierras extranjeras y fomentó el desarrollo de Rusia y los Estados Unidos, las dos superpotencias enormes del futuro que controlarían su destino. Elevó los costos en vidas humanas de las guerras a nuevos niveles aterradores e introdujo horrores desconocidos en conflictos previos. Mató casi al doble de las personas que habían muerto en todas las guerras de los dos siglos anteriores, que incluían las guerras de la Revolución Francesa y Napoleón y la Guerra Civil Americana. Winston Churchill describió esta característica en un lenguaje parecido al de Tucídides:

La Gran Guerra que acabamos de pasar se diferencia de todas las guerras de la antigüedad por el inmenso poder de los combatientes y de sus espantosos medios de destrucción, y se diferencia de todas las guerras modernas por la absoluta crueldad con que se combatió. Todos los horrores de todas las épocas se reunieron, y no sólo los ejércitos sino también poblaciones completas se vieron inmersas en ellos. Los Estados poderosos y cultos involucrados consideraron, con razón, que su misma existencia estaba en peligro. Alemania, después de desatar el caos, trató de contener el terror; pero la siguieron, paso a paso, las naciones desesperadas y ansiosas de venganza que había invadido. Cualquier ultraje contra la humanidad o contra la ley internacional se respondía con represalias, generalmente a una mayor escala y duración. Ninguna tregua o parlamento mitigaba los enfrentamientos de los ejércitos. Los heridos morían en el frente de batalla; los muertos se descomponían en la tierra. A los barcos mercantes y a los que funcionaban como hospitales los hundían en el mar y todos los que iban a bordo quedaban abandonados a su suerte, o los asesinaban mientras nadaban. Se hacían todos los esfuerzos para obligar a que las naciones se rindieran por hambre, sin tener en cuenta edad o sexo. La artillería destruía ciudades y monumentos. Se lanzaban bombas desde el aire indiscriminadamente. El gas venenoso ahogaba o quemaba a los soldados. Se proyectaba fuego líquido sobre sus cuerpos. Los hombres caían del aire envueltos en llamas, o se apagaban, a menudo lentamente, en las oscuridades del mar. La fuerza de combate de los ejércitos estaba limitada, solamente, por la edad de los

combatientes de sus países. Europa y gran parte de Asia y de África se convirtieron en un vasto campo de batalla en el que, después de años de combate, no sólo se desbandó y retiró el ejército sino que se destruyeron muchas naciones. Cuando todo terminó, sólo la Tortura y el Canibalismo fueron los dos únicos recursos que los civilizados y científicos Estados cristianos no utilizaron: y éstos eran de utilidad dudosa.<sup>2</sup>

Otra vez debemos preguntarnos, ¿cómo pudo suceder una guerra así?

### EL SURGIMIENTO DE ALEMANIA Y EL DESAFÍO AL VIEJO ORDEN

El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono del Imperio Austro-Húngaro, fue asesinado en la capital bosnia de Sarajevo, no muy lejos del antiguo pueblo de Epidamno, donde comenzó la crisis que dio lugar a la Guerra del Peloponeso. El asesinato también condujo a una crisis que provocó, en menos de seis semanas, la Primera Guerra Mundial. Al igual que en el conflicto de la antigüedad, sin embargo, sus raíces se remontaban a medio siglo antes, cuando emerge un nuevo poder, cuya fuerza y dinamismo había retado al viejo orden, desafiándolo a encontrar un nuevo equilibrio. El viejo orden europeo, que descansaba en la estabilidad entre las cinco grandes potencias de Austria, Francia, Gran Bretaña, Prusia y Rusia, había sido establecido en Viena en 1815, como forma de impedir el dominio de un solo Estado sobre toda Europa, lo que casi llegó a lograr Napoleón Bonaparte. Las grandes potencias acordaron hacer concesiones y trabajar juntas en el Concierto de Europa para defender el nuevo equilibrio. El sistema se diseñó para mantener la independencia de los Estados principales más que para preservar la paz, pero un objetivo generalmente daba lugar a otro, y entre 1815 y 1914 Europa fue pacífica, como no lo había sido nunca en siglos anteriores.

La amenaza principal al nuevo orden fue la poderosa fuerza del nacionalismo que se desencadenó durante la Revolución Francesa. Rebeliones exitosas trajeron la independencia a Grecia y a Bélgica, sin sacudir los cimientos del sistema, mientras que otras en Polonia, Italia, Alemania y Hungría fueron sofocadas en la primera mitad del siglo. Incluso la Guerra de Crimea (1853-1856), la primera que ocurría entre las grandes potencias europeas desde 1815, aparentemente dejaba al sistema intacto. La unificación de Italia (1859-1861), no obstante, creó una nueva nación que ambicionaba unirse al círculo de las grandes potencias, y la unificación de Alemania, que concluyó en 1871, provocó una situación internacional totalmente nueva.

La unificación alemana se llevó a cabo por Prusia, bajo el liderazgo de Otto von Bismarck, y se realizó a la fuerza. En una serie de campañas relámpago, los

prusianos derrotaron a Dinamarca (1864), Austria (1866) y Francia (1870-1871). El 18 de enero de 1871, en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles construido por Luis XIV, el rey Guillermo de Prusia fue coronado Emperador de Alemania, el Segundo Reich; el primero había sido el Santo Imperio Romano fundado por Carlomagno. De pronto, el centro de Europa lo ocupaba una nueva nación que, de forma rápida y sucesiva, había derrotado a dos de los otros cuatro miembros constituidos del Concierto de Europa. Su población era mayor que la de los otros, con excepción de Rusia; su pueblo estaba bien instruido y era trabajador; sus recursos, especialmente el hierro y el carbón, necesarios para producir el acero, se habían incrementado considerablemente al adquirir de Francia la Alsacia-Lorena; y su espléndido sistema educacional y su excelente preparación técnica y científica le proporcionó una gran ventaja en las nuevas industrias químicas y electrónicas, en proceso de expansión. Por último, los alemanes acababan de demostrar que tenían el ejército más poderoso de Europa.

Sin dudas, el nuevo Imperio Alemán tenía sus dificultades. Desde el principio enfrentó la hostilidad de una Francia que todavía era rica, poderosa pero amargamente resentida por su derrota. Muchos franceses clamaban por venganza, ansiosos por recobrar sus antiguas provincias. La anexión de la Alsacia-Lorena aumentó el considerable número de súbditos no alemanes que se habían incorporado al imperio de forma incorrecta y, en cierto grado, sin desearlo. La mayor desventaja de Alemania provenía de su geografía. Sin la protección del mar, como las islas de Gran Bretaña, o vastas extensiones de tierra, como Rusia, Alemania se encontraba en el centro de Europa, rodeada de enemigos potenciales, especialmente situada entre una Francia hostil y una Rusia poderosa, que no tenía forma de defender las fronteras del este del país y no poseía fronteras para defender sus nuevas conquistas en el oeste.

Estas dificultades, de ninguna manera, pesaron más que las ventajas de Alemania. Ya en 1816 Adolf Ludwig Heeren había previsto el poder que dispondría una Alemania unida y el problema que esto le crearía a Europa:

Si este Estado fuera una gran monarquía con una unidad política fuerte, equipado con todo la fuerza material que tiene Alemania —¿cómo pueden contar con una existencia segura los vecinos de Alemania?—. ¿Por cuánto tiempo un Estado así podría resistir la tentación de obtener la hegemonía en Europa, de acuerdo con su posición y supremacía? La aparición de una monarquía sin restricciones en Alemania se convertiría, en poco tiempo, en la tumba de la libertad en Europa.<sup>3</sup>

Si, no obstante, los temores que inspiraba este nuevo y sólido arribo se podían mitigar y se lograba establecer un nuevo equilibrio de poder, las ventajas

alemanas inherentes seguramente la consolidarían como la autoridad dominante en Europa. La aparición del nuevo imperio había sacudido el viejo sistema internacional. El desafío de Alemania y de Europa era crear uno nuevo en el que encajara cómodamente.

## LAS POTENCIAS EUROPEAS

### ALEMANIA

La Constitución del Imperio Alemán se ha descrito como

un documento torpe e ilógico. Creó un gobierno imperial sin suficientes organismos administrativos que le dieran algún significado, un Estado federal al que se le prohibía ser verdaderamente federal por la posición especial de uno de sus miembros, y un sistema parlamentario basado en el sufragio universal que resultaba ineficaz por las limitaciones impuestas a su responsabilidad.<sup>4</sup>

Teóricamente, el cuerpo gobernante era el Bundesrat, la Cámara Alta legislativa, cuyas delegaciones se nombraban y controlaban por los dirigentes de veinticinco Estados que constituían el imperio. El tamaño de cada delegación se determinaba por el tamaño y poder de cada Estado. Prusia dominaba el Bundesrat, por su prestigio y superioridad y también por los privilegios especiales recogidos en la Constitución. No se podía efectuar ninguna reforma en la esfera militar sin la aprobación de Prusia, y Prusia poseía un poder de veto efectivo con relación a otros cambios. El rey de Prusia era el emperador alemán y el ministro presidente de Prusia era, generalmente, también, el canciller alemán. El rey, a través de su control de los asuntos exteriores de Prusia, al final disponía de diecisiete votos prusianos en el Bundesrat.

El Reichstag, la Cámara Baja del Parlamento imperial, elegido mediante el sufragio universal de hombres mayores de veinticinco años y, más bien, representativo del pueblo y no de los Estados, tenía mucho menos poder que la Cámara Alta. En la mayoría de las ocasiones, trataba solamente los asuntos que le presentaba el Bundesrat o el gobierno. El kaiser nombraba al canciller, que ejecutaba sus deseos. El Reichstag podía criticar o expresar la desconfianza que tenían en él, pero sólo el kaiser podía despedirlo, y sólo el canciller podía despedir a sus ministros de Estado.

El poder más importante que tenía el Reichstag era su control del presupuesto, pero incluso aquí su fuerza era limitada. El presupuesto militar se sometía a votación por un período de siete años (después fueron cinco), privando a la

Cámara Baja del control regular y directo del punto más importante. Así y todo, su poder sobre los fondos le proporcionaba al Reichstag la capacidad de interferir en el gobierno y de tratar de expandir sus propios poderes. En ocasiones esto preocupaba bastante al gobierno, lo suficiente como para contemplar la posibilidad de un golpe de Estado para reducir o destruir sus poderes, pero nunca escogieron realizar una acción tan drástica. Ni el Bundesrat ni el Reichstag, en todo caso, influían tanto en la elaboración de la política exterior ni en sus instrumentos militares y diplomáticos.

La Constitución depositó estas responsabilidades directamente en las manos de un solo hombre, el Kaiser. Era el comandante supremo de las fuerzas armadas; sólo él tenía el privilegio de concebir la política exterior y de hacer la paz o la guerra. Sin dudas, ningún hombre podía desempeñar esas responsabilidades por sí solo, ni estaba exento el kaiser de presiones que influían en sus decisiones, sin embargo, sería un error ignorar el grado de libertad que disfrutaban el kaiser y sus funcionarios designados para tomar las decisiones más críticas para su nación y su pueblo. Un académico llama, acertadamente, al Imperio Alemán, "una monarquía autocrática con algunos adornos parlamentarios... No es una exageración decir que [en asuntos exteriores] la Constitución del Reichstag concedía a la Cámara de Hohenzollern una posición casi absolutista".<sup>5</sup>

#### FRANCIA

En 1875, una serie de leyes fundamentales habían establecido un régimen republicano en Francia que duró hasta que Alemania derrotó a Francia en 1940. La Tercera República, como se la llamó, tenía posiblemente la Constitución más democrática de todos los Estados europeos. La Legislatura convocaba a la Asamblea Nacional en esas pocas ocasiones en las que se agrupaba como una unidad, formada por dos cámaras: la Cámara de Diputados, cuyos miembros se elegían mediante el sufragio universal masculino por un término de cuatro años, y el Senado, cuyos trescientos miembros se elegían indirectamente, por un término de nueve años. Las dos cámaras eran aparentemente iguales pero, de hecho, la Cámara de Diputados, elegida directamente, era la más democrática y poderosa. Los ministerios y los gobiernos necesitaban una mayoría en la Cámara para ganar el nombramiento, y no obtener allí un voto de confianza los eliminaba. Las dos cámaras se unían como la Asamblea Nacional para elegir al presidente de la República, quien estaba en el cargo por un término de siete años. En la práctica generalmente era sólo el representante titular del Estado, un testaferro para las ceremonias. Después de 1877, ningún presidente disolvió la Cámara y cuando, en 1924, un presidente fue más allá de los precedentes establecidos restringiendo su participación en políticas partidistas, la Cámara lo obligó a renunciar.

El verdadero Poder Ejecutivo residía en el Gabinete de Ministros. Las decisiones reales se hacían a partir de negociaciones entre los líderes de los partidos y los ministros eran responsables ante la Cámara. El sistema político francés consistía en una multiplicidad de partidos, que iba desde los anarquistas y marxistas hasta los monárquicos de lealtades diversas. Todos los gobiernos, por tanto, se componían de coaliciones y se podían disolver por desacuerdos con relación a un amplio rango de asuntos. Entre 1890 y 1914 Francia tuvo cuarenta y tres gobiernos y veintiséis primeros ministros. En este caos aparente, sin embargo, existía un sorprendente grado de estabilidad. Nunca se presentó la situación en que un ministro escogiera disolver la Cámara y convocara a nuevas elecciones en vez de renunciar. La Cámara gobernaba.

La mayoría de los gobiernos se formaban a partir del núcleo del espectro político, y no era inusual que los políticos se cambiaran de un partido a otro. La caída de un gobierno y su reemplazo por otro significaba generalmente una remodelación de los cargos del Gabinete, en donde las mismas personas ocupaban diferentes puestos, o se incorporaban ministros de gobiernos anteriores después de permanecer apartados por un breve tiempo. Una consecuencia del cambio continuo de ministros fue el incremento del poder y la importancia de los funcionarios permanentes. En la política exterior y militar esto proporcionó un elemento significativo de estabilidad, aunque el cambiante sistema político hacía a veces difícil mantener las políticas durante un período de tiempo. La Tercera República era una democracia burguesa con un gobierno y un programa exterior más abiertos que en otros países a la influencia de los partidos, la prensa y la opinión pública en general. Un régimen así es cauteloso con las iniciativas en política exterior, y es más propenso a reaccionar que a actuar.

Mientras que segmentos de la opinión francesa continuaban reclamando la devolución de la Alsacia-Lorena, muchos franceses perdieron interés porque el proyecto, con el paso del tiempo, se iba haciendo menos prometedor e impracticable. En los años entre 1871 y 1914 la principal preocupación de la política exterior francesa era protegerse de un ataque alemán, el nuevo imperio del este cuyas ventajas de población y en la producción industrial seguían aumentando. Francia tenía una baja tasa de natalidad, por lo que su población se mantuvo estable, mientras que Alemania creció rápidamente durante este período. En 1914 los alemanes del imperio sumaban más de sesenta millones, comparado con sólo cuarenta millones de franceses. Mientras que la industria alemana crecía a pasos agigantados, adelantándose y, en algunas áreas incluso, sobrepasando a Gran Bretaña, el hogar de la Revolución Industrial, Francia se mantuvo fundamentalmente como un país agrícola. Todavía en 1914 más de la mitad de la población vivía en áreas rurales, y su producción industrial se encontraba muy rezagada en comparación con la de Ale-



mania. Una de las razones que explican esto es que una gran porción de la considerable riqueza de Francia se había invertido en el extranjero, mientras que la mayor parte de la inversión de capital alemán se efectuó en sus propias industrias. Quizás entre una tercera parte y la mitad de los ahorros franceses podían utilizarse para inversiones fuera del país, lo que en ocasiones fue útil para la política exterior aun cuando redujo la potencial fuerza industrial francesa.

Los franceses estaban muy orgullosos de su historia, del poder y la grandeza que habían disfrutado en los siglos que transcurrieron entre el reinado de Luis XIV y el Imperio napoleónico. A pesar de su derrota ante los alemanes, emplearon las décadas subsiguientes para expandir su imperio colonial. Desde Argelia, que habían ocupado en la década de 1830, se movieron hacia el este hasta Tunisia. Ampliaron su dominio en el África occidental y ecuatorial y más tarde se desplazaron al este, hacia Egipto; adquirieron la isla de Madagascar en África oriental y establecieron un nuevo imperio en Indochina, en Asia. Todo esto le proporcionó beneficios tangibles a Francia y estimuló su sentido de grandeza, pero también le provocó fricción con los italianos, que tenían sus propias ambiciones en África, y exacerbó la antigua rivalidad con los británicos. Cuando Alemania se interesó en adquirir colonias, el Imperio Francés en África se convirtió en una importante manzana de la discordia.

#### GRAN BRETAÑA

Gran Bretaña, el reino insular que incluía Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales, era, formalmente, una monarquía constitucional pero, de hecho, era un gobierno parlamentario que avanzaba rápidamente hacia la democracia. La reina Victoria, Eduardo VII y Jorge V eran más bien testaferros que reinaban pero no gobernaban. El verdadero elemento ejecutivo en la Constitución era el Gabinete, seleccionado teóricamente por el monarca pero que, en realidad, lo escogía el partido que tenía la mayoría en la Cámara de los Comunes. Dirigido por el primer ministro, designado por el partido, el Gabinete nombraba funcionarios, supervisaba la administración e introducía las leyes en el Parlamento. A cambio, era responsable ante el Parlamento. Podía ser expulsado del cargo por un voto de no confianza o si no lograba que se aprobara un aspecto importante de la legislación. La mayoría de las veces, el Parlamento estaba dividido entre los dos partidos más importantes, los conservadores y los liberales. Cuando el partido dirigente no obtenía un voto decisivo, podía renunciar y permitir al otro partido que tratara de formar otro Gabinete o podía disolver el Parlamento e imponer nuevas elecciones para determinar qué partido podría integrar el nuevo gobierno.

El verdadero soberano de Gran Bretaña era el Parlamento, dividido en dos cámaras: los Lores y los Comunes. Durante todo ese período, los Comunes dominaron, pero hasta 1909 la Cámara de los Lores tenía el derecho de retardar o incluso bloquear cualquier legislación propuesta por los Comunes. En ese año a los Lores se les retiró ese derecho, y los Comunes gobernaron sin obstáculos. La Cámara de los Comunes se eligió por el voto popular, por un término de seis años, que podría reducirse si el Gabinete la disolvía para celebrar nuevas elecciones. El proyecto de reformas del siglo XIX había ampliado el sufragio considerablemente, pero privó a un tercio de los hombres británicos del voto. Los dos partidos más importantes eran dirigidos por las clases más altas y ricas: aristócratas, industriales, financieros, la mayoría de los cuales se habían educado en las escuelas públicas elites y, después, en Oxford o Cambridge. Una sorprendente cantidad de ministros eran hombres con intereses culturales y se habían destacado como escritores, historiadores y filósofos. Su formación les inculcó la idea de que las ventajas que disfrutaban como elite los obligaba a servir al pueblo.

Los ministros de Relaciones Exteriores británicos tenían un alto grado de autonomía.<sup>6</sup> Los designados eran siempre hombres decididos, ricos, experimentados y respetados. Generalmente se mantenían en el cargo por largo tiempo y, al ser reelegido su partido después de una derrota, a menudo regresaban a la misma posición. El primer ministro, por supuesto, necesitaba estar informado, apoyar a su ministro de Relaciones Exteriores y así, también, hacían algunos miembros seleccionados del gabinete de ministros, pero el Gabinete, como un todo, no era un instrumento efectivo de vigilancia. El Parlamento, por supuesto, tenía aún menos influencia y control sobre la política exterior. Incluso durante los debates parlamentarios y en períodos inciertos, el ministro de Relaciones Exteriores podía ocultarle cosas al Parlamento si así lo deseaba. El Parlamento sólo tenía que aprobar aquellos tratados que involucraban acuerdos financieros o la cesión de territorio en tiempos de paz, y muchos de ellos ni siquiera se debatían.

Puede parecer algo paradójico que en un país donde el gobierno parlamentario y la responsabilidad del gabinete se encontraban tan enraizados [sir Edward] Grey [ministro de Relaciones Exteriores 1906-1916] disfrutara de más libertad que su homólogo germano. Mientras que en Berlín, el Kaiser y el Canciller, los jefes del ejército y de la marina, políticos, industriales y agricultores, todos ejercían su influencia, en Gran Bretaña estas presiones se canalizaban por caminos conocidos que dejaban a Grey sorprendentemente libre.<sup>7</sup>

En las dos décadas que antecedieron a 1870, Gran Bretaña aventajó mucho al resto del mundo en poderío económico e industrial. Su papel precursor en

la Revolución Industrial la llevó a ocupar un lugar de asombrosa preeminencia.<sup>8</sup> Ya en 1860 producía el 53% del hierro mundial y la mitad de su carbón y lignito. Fabricaba y consumía mucha más energía que cualquier otro país. Con sólo el 2% de la población mundial su comercio representaba una quinta parte de la totalidad y dos quintas partes de la compraventa de productos manufacturados. La tercera parte de los barcos que transportaban todos estos productos alrededor del mundo, además, eran británicos. A esto hay que añadir que no sólo era el primer país productor y comerciante del mundo, sino también su líder en las finanzas y los seguros. Entre 1870 y 1875, las inversiones británicas en el extranjero alcanzaron la increíble cifra de 75 millones de libras anuales y rindieron un amplio ingreso que se volvía a invertir regularmente. Junto con la elevada entrada obtenida mediante los elementos tangibles del comercio de materias primas y bienes manufacturados, los británicos disfrutaban también de la mejor parte de las llamadas ganancias invisibles logradas a partir de la navegación, los seguros y el banco. Al hacerse menos agrícola y más industrial, Gran Bretaña comenzó a depender de las importaciones, no sólo del algodón y otras materias primas para sus fábricas, sino incluso de la comida que necesitaba para su supervivencia. Para los británicos insulares esto implicaba que era preciso mantener el control del mar para su comercio y conservar el mundo sin grandes guerras, lo que podría interferir con su abastecimiento de alimentos y del ingreso que recibían mediante el comercio y sus actividades complementarias.

Esas urgencias se manifestaron por la posición británica como gobernante del mayor y más populoso imperio de la historia de la humanidad. Incluía colonias de diversos tipos en todos los continentes habitados; el sol, como decía el refrán, nunca se ponía en el Imperio Británico. Todavía se discute si el colonialismo europeo resultaba rentable para las potencias imperiales, pero no cabe duda de que Gran Bretaña era la que más se beneficiaba. A diferencia de la mayoría de las potencias coloniales, los británicos importaban gran cantidad de recursos naturales y desarrollaban un alto porcentaje de su comercio con sus colonias. Más singular aún, el Imperio Británico contaba con áreas autónomas, como Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica, gobernadas por emigrantes procedentes de Gran Bretaña que se sentían tan leales a la madre patria que estaban dispuestos a unirse a ella, en el mar y en la tierra, en tiempos de guerra. La joya en la corona imperial británica, como decía otro refrán, era el inmenso subcontinente asiático de la India. Con una población de unos trescientos millones contenía, quizás, el 80% de los súbditos del imperio y le proporcionaba una porción considerable de sus ganancias.

Todas las ventajas que procedían del intercambio con otros países y las utilidades que provenían del imperio dependían del acceso libre a los recursos natu-

rales y mercados, y éstos, a su vez, de la libertad en los mares y la ausencia de guerras importantes. En el pináculo de su poder en las décadas de la mitad del siglo XIX es notable constatar el poco dinero y esfuerzo que Gran Bretaña necesitaba gastar para poder mantener estas condiciones deseadas. El costo de sus servicios armados durante estos años fue sólo del 2 al 3% del producto nacional bruto, una cifra muy baja, comparada con otras naciones, por no mencionar al imperio mayor del mundo. El Ejército británico era el más pequeño entre las potencias europeas: en 1880 sumaba menos de un cuarto de millón de hombres, menos de la mitad del de Francia y algo mayor que la cuarta parte del de Rusia.<sup>9</sup> No eran tropas preparadas para pelear contra los ejércitos europeos o para defender las islas que conformaban el país de una invasión, sino una fuerza de policía imperial —y una fuerza muy pequeña, incluso para ese propósito—.

Gran Bretaña logró escapar de las cargas pesadas que implicaban los gastos para la defensa en parte porque el equilibrio de poder alcanzado en Europa antes de la Guerra Franco-Prusiana impidió que surgiera algún desafío serio para sus intereses desde el continente. Los británicos también contaban, para la seguridad de sus islas y de su imperio, con la gran superioridad de su armada. Incluso aquí, al no ser Europa una amenaza, los británicos pudieron reducir su tamaño sin perder la garantía de su predominio sobre cualquier posible combinación de las flotas de otras naciones.

Esta feliz situación hizo que los británicos pudieran continuar con su tradicional hostilidad hacia los ejércitos regulares, que se remontaba, al menos, al siglo XVII, y les permitió eludir la carga de los reclutamientos militares que soporaban las potencias continentales. Las ideas liberales que prevalecían reflejaban la guerra como una locura, con pocas posibilidades de acontecer en un mundo en que, cada vez más, imperaba el comercio libre, la prosperidad, las formas británicas de pensamiento, y consideraban cualquier gasto del dinero público, más allá del mínimo necesario, como un despilfarro improductivo. “A pesar de que la economía británica a mediados del período victoriano estaba muy desarrollada... probablemente se ‘movilizó’ menos que nunca por conflictos, desde la época de los primeros Estuardos.”<sup>10</sup>

Retrospectivamente queda claro que la posición económica británica, aunque todavía era sin discusión la más fuerte del mundo, había comenzado a decaer con relación a otras naciones. Entre 1885 y 1913 la producción industrial británica aumentó en un 2,11%, pero la alemana se incrementó en un 4,5% y la de los Estados Unidos en un 5,2%. En 1906, los estadounidenses habían sobrepasado a Gran Bretaña en la producción de carbón y hierro, tanto Alemania como los Estados Unidos superaban a Gran Bretaña en la producción de acero.<sup>11</sup> Para finales del siglo, la producción industrial británica había decrecido con relación a la producción mundial y había sido superada por los Estados Unidos. La de

Austria y Rusia crecían, y la de Alemania se había multiplicado casi en dos veces y media desde 1860, acercándose a los niveles de Gran Bretaña.

Incluso a mediados del siglo, y a pesar de la retórica imperialista de baja intensidad, el Imperio Británico había crecido considerablemente, según un estimado, a un ritmo de aproximadamente 160.000 kilómetros cuadrados al año entre 1815 y 1865.<sup>12</sup> La defensa de todo este territorio, que se extendía desde Hong Kong y Singapur hasta Aden y las Islas Malvinas, implicó una carga para los recursos británicos. La última parte del siglo, sin embargo, vio lo que se ha llamado el “nuevo imperialismo”, en el que las naciones europeas trataron de establecer colonias donde fuera posible y competían entre ellas para lograr ese privilegio. La preocupación británica por la seguridad de la India condujo, por un lado, a acentuar el antagonismo con Rusia, que se estaba expandiendo al sur, hacia la frontera con India, provocando conflictos con Persia, Afganistán y el Tíbet. Cuando el Canal de Suez se construyó, los británicos sintieron la necesidad de controlarlo y de asegurar el resto de la ruta marítima a la India a través de Gibraltar y del Mediterráneo. Esto provocó tensión con las naciones del Mediterráneo, especialmente con Francia, y otra vez con Rusia, cuya flota los británicos querían retener, a toda costa, en el Mar Negro.

Los intereses británicos en China provocaron nuevas tensiones con Rusia, pero también con Japón, Francia, Alemania y los Estados Unidos. Gran Bretaña tenía inversiones y colonias en las Indias Occidentales y Sudamérica, causante de fricción con los Estados Unidos. La carrera por dividir a África ocasionó más problemas cuando el deseo de los británicos de conectar su protectorado egipcio con su colonia en Sudáfrica a través del ferrocarril “del Cabo al Cairo”, de norte a sur, entró en conflicto con el deseo francés de expandir su Imperio Africano Ecuatorial del oeste al este. También condujo a un conflicto con Alemania cuando los alemanes experimentaron un arranque repentino de actividad en la década de 1880.

Estos nuevos peligros y responsabilidades se impusieron poco después de la unificación de Italia, además la aparición del poderoso y nuevo Imperio Alemán interrumpió el viejo y seguro equilibrio de poderes europeo. Los británicos habrían preferido aferrarse a su política favorita conocida como “el aislamiento espléndido”, pero con el tiempo las nuevas circunstancias hicieron que este aislamiento no resultara tan espléndido. La competencia económica creó rencor; intensificó las rivalidades coloniales que se trasladaron a las relaciones europeas. La aparición, una vez más, de un nuevo Estado que pudiera tener el poder de controlar en el continente si así lo desease hizo que no pudieran ignorarse por más tiempo las cuestiones vitales del equilibrio de poder que habían obligado a los británicos a guerrear en Europa, desde el reino de Luis XIV hasta la derrota de Napoleón.

## RUSIA

En 1871 el Imperio Ruso fue la última de las monarquías absolutas que no se vio afectada por la ola de constitucionalismo que había alterado, en un grado u otro, a regímenes tan conservadores como el de Prusia y el de los Habsburgo. El zar era el autócrata de todas las Rusias, gobernaba por derecho divino, no tenía que someterse a inspecciones legislativas o leyes humanas y era responsable sólo ante Dios. La derrota en la Guerra Ruso-Japonesa y la revolución resultante en 1905 forzaron al zar Nicolás II, último de la dinastía Romanov, a aceptar una Constitución y el establecimiento de una legislatura nacional elegida popularmente, conocida como la Duma. Al decaer la revolución, los poderes y proyectos de la Duma fueron rápidamente reducidos. Se ha dicho que la Duma era algo parecido a una sociedad de debate, y que al ser un lugar en donde la opinión pública podía divulgarse y amplificarse mediante la prensa, lograba influir en los ministros del zar e incluso en el propio zar.

La introducción de la Constitución y de la Duma, aún así, no alteró significativamente el gobierno autocrático ruso. Como le dijo el zar a un enviado alemán en la corte rusa en 1908: “Yo soy el amo aquí”. La Duma, dijo Nicolás, puede ser una válvula de escape útil ‘donde todo el mundo puede expresar sus opiniones y en las que uno puede obtener consejos e incluso apoyo’ pero en lo concerniente a decisiones políticas importantes, ‘yo soy quien decide’”.<sup>13</sup>

El Imperio Ruso se extendía por Eurasia, desde las fronteras de Alemania y Austria en el oeste hasta el Océano Pacífico en la costa este de Siberia. Para finales del siglo XIX era la mayor potencia de Europa, tanto en área como en población, y como imperio mundial sólo era superado por los británicos. Rusia se quedó rezagada, sin embargo, con relación a los adelantos técnicos e industriales del siglo XIX. A mediados del siglo, menos del 8% de la población vivía en pueblos y ciudades, y en toda Rusia sólo se habían construido mil kilómetros de ferrocarril. El analfabetismo era grande y las perspectivas de mejoras educacionales disminuían debido al dominio del oscurantismo de la Iglesia Ortodoxa Rusa y del gobierno reaccionario.

Impactados por la derrota en la Guerra de Crimea de 1853-1856 y por la aparición de un nuevo y poderoso Imperio Alemán en la frontera occidental, los zares y sus gobiernos establecieron reformas significativas que proporcionaron un progreso real. El transporte y las condiciones para viajar, sin embargo, eran muy primitivos todavía en la mayoría de Rusia, el sistema ferroviario muy atrasado con relación al de otras grandes potencias e ineficiente para el desarrollo comercial e industrial y sus necesidades militares; la producción industrial de Rusia iba muy rezagada respecto de la de Gran Bretaña y Alemania. A pesar de los grandes progresos alcanzados en la educación, la proporción de maestros de escuela en correspondencia a la población en general era la más

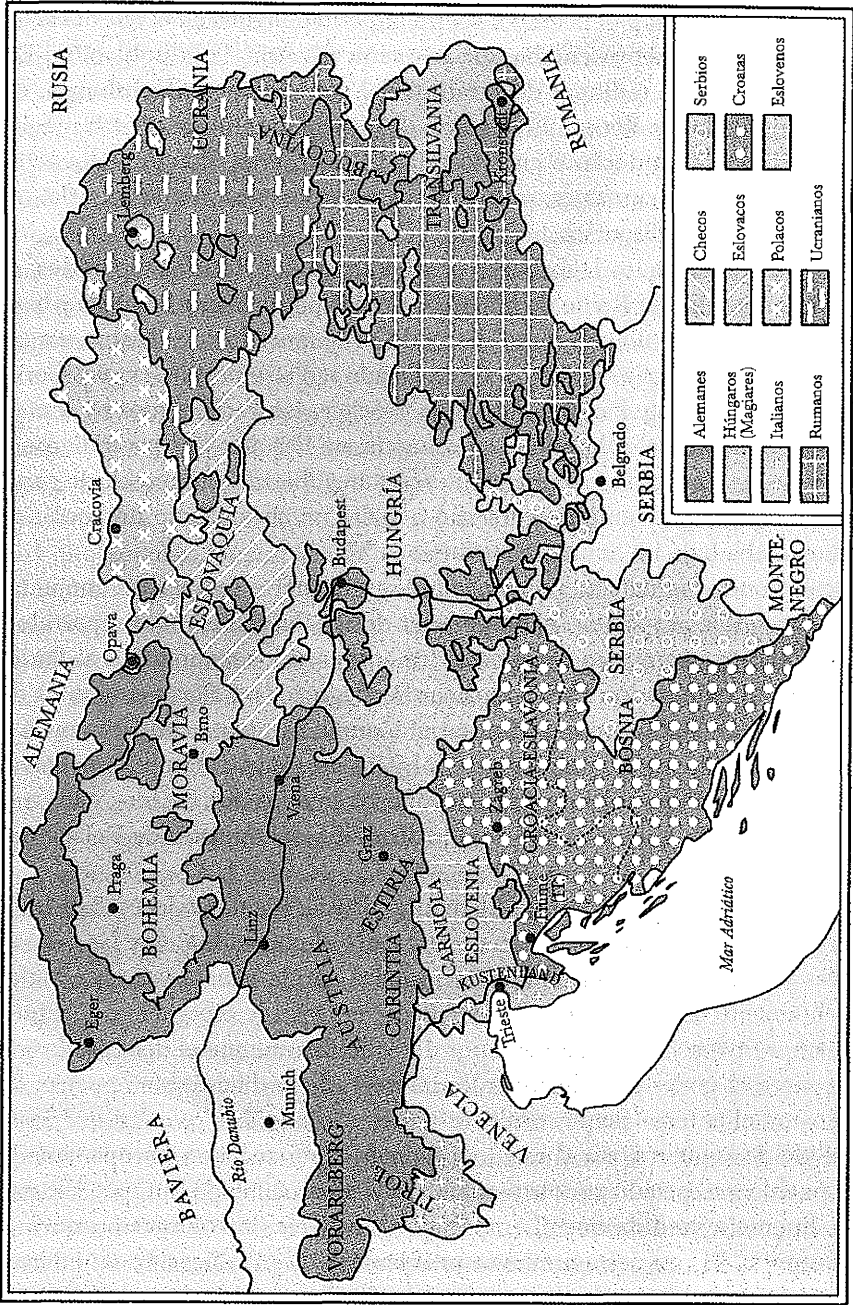
baja entre los Estados principales, incluyendo a Italia y Japón, y la tasa de alfabetismo era sólo del 30%.<sup>14</sup>

Los rusos también enfrentaron problemas internos especiales que les preocupaban. Las minorías étnicas formaban parte de la población de todas las potencias europeas, pero en 1897, sólo el 45% de los súbditos del zar formaban parte de la Gran Rusia. Los intentos por "rusificar" a algunas de estas minorías causaron tanto malestar que "en 1914 Petersburgo tenía buenas razones para temer que surgieran problemas en Finlandia y en Polonia, en caso de una guerra".<sup>15</sup> El nacionalismo ucraniano era lo suficientemente fuerte como para obtener estímulo y apoyo de los austríacos, algo que atemorizaba y molestaba a los gobernantes rusos. Además temían el posible desarrollo de un movimiento panislámico a lo largo de la inmensa frontera sur que se extendía desde el Cáucaso hasta China. Aunque esta preocupación, posiblemente, era exagerada, fue una de las razones para que Rusia mantuviera fuerzas militares importantes a lo largo de la frontera asiática central, a un costo considerable, sobre un presupuesto ya tenso. Además de sus problemas con las minorías étnicas, a los rusos los amenazaba la hostilidad de muchos de su propio pueblo, especialmente la intelectualidad, la creciente militancia de sus trabajadores industriales urbanos y un movimiento socialista relativamente peligroso y revolucionario.

Nada de esto hizo que los rusos desistieran de la búsqueda, con diferentes grados de energía, de una política imperial y exterior expansiva a lo largo de las fronteras de su extensa nación. Presiones sobre Manchuria, Corea y China les provocaron conflictos, principalmente, con Japón y Gran Bretaña. Los progresos en el Tíbet, Persia y Afganistán condujeron a graves diferencias con Gran Bretaña. Los esfuerzos tradicionales de Rusia para ganar el control de la ruta marítima entre el Mar Negro y el Mediterráneo, "los Estrechos", como se llamaba a los Bósforos, el Mar de Marmora y los Dardanelos, provocó antagonismo, no sólo con el vacilante Imperio Otomano, sino también con Gran Bretaña, Francia y Austria. Los intentos —como la nación eslava más poderosa y como "la Tercera Roma", sucesora de Bizancio, y como el hogar y paladín de la cristiandad ortodoxa— para ayudar a liberar a los eslavos cristianos de los Balcanes y para afianzar su liderazgo allí provocó conflictos con los turcos y con los austríacos e incluso con los italianos, que tenían sus propias ambiciones balcánicas. El surgimiento de un Estado alemán poderoso, finalmente, colocó un nuevo desafío cuyas características no se habían determinado todavía.

#### AUSTRIA-HUNGRÍA

En la Edad Media la familia alemana de los Habsburgo comenzó a forjar un gran imperio en Europa Central, desde las fronteras de Rusia y Rumania en



Nacionalidades dentro del Imperio Habsburgo.



el este, hasta los Alpes y el Adriático en el oeste. A principios del siglo XX era el tercer Estado más grande en Europa, después de Rusia y Alemania. Era único entre las grandes potencias por ser un imperio políglota en el que la nacionalidad gobernante representaba una pequeña minoría de la población. De los más de cincuenta millones de súbditos del emperador de Habsburgo, en 1910, sólo alrededor de doce millones eran alemanes; diez millones eran magiares, el pueblo preponderante en Hungría. El resto eran checos, eslovacos, polacos, ucranianos, rumanos, serbios, croatas, eslovenos, italianos, eslavos, musulmanes y otros dispersos.

En 1867 el reino de los Habsburgo se dividió en dos Estados separados, el Imperio de Austria y el Reino de Hungría, unidos por una sola bandera y bajo la autoridad de un solo soberano, llamado el emperador de Austria en un Estado y rey de Hungría en el otro. Cada Estado tenía su propia lengua, Constitución, funcionarios y Parlamento. En la práctica, los Parlamentos no tenían poder y eran ineficaces. "Mientras que Austria, en los años que precedieron a la guerra de 1914, contaba, nominalmente, con un gobierno parlamentario constitucional, en realidad tenía un gobierno que era un absolutismo democrático que funcionaba bajo un 'manto constitucional'."<sup>16</sup>

Las cuestiones de finanzas, política exterior y la guerra se trataban conjuntamente. Para estos propósitos, el emperador designaba ministros compartidos. Ni los ministros nacionales aislados ni los compartidos respondían al Parlamento, sólo al emperador. Para coordinar los negocios regulares conjuntos de la Monarquía Dual, el Consejo Ministerial Común se reunía con frecuencia y trataba, principalmente, la política exterior y los presupuestos militares y navales. Estaba compuesto por los primeros ministros de los dos Estados y los tres ministros comunes, generalmente bajo la dirección del ministro de Relaciones Exteriores.<sup>17</sup>

Al igual que los emperadores de Alemania y Rusia, Francisco José (1848-1916) conservaba el control de la política exterior, era el comandante de las fuerzas armadas y tomaba las decisiones relacionadas con la guerra y la paz. Independientemente de la Constitución que, teóricamente, le otorgaba esta autoridad, siempre pensó que gobernaba por derecho divino, que el deber le exigía que ejerciera su poder para defender los intereses de su dinastía y su pueblo, de acuerdo con el criterio que él considerara más acertado. En los años anteriores al estallido de la guerra, era el estadista de más experiencia en Europa, amado por su pueblo y respetado por otros monarcas y gobernantes de Europa. Aun así, especialmente a medida que el emperador envejecía, la conducción normal de los asuntos, la respuesta a nuevos problemas y la planificación de iniciativas recaían inevitablemente en sus ministros, fundamentalmente en el ministro de Relaciones Exteriores. Tanto Francisco José como su ministro de Relaciones Exteriores, además, tenían que aceptar el hecho de que gobernaban una doble

monarquía. Técnicamente, ninguna mitad podía vetar una decisión importante, como una declaración de guerra, pero ya que el éxito dependía de ganar todo el apoyo material y moral de ambos Estados, sería una locura desastrosa proceder sin el apoyo de los dos primeros ministros. Dado que los dos Estados enfrentaban de forma diferente cuestiones importantes, esto en ocasiones provocaba desacuerdos perjudiciales, demoras e incluso, a veces, conducía a la paralización.

La derrota de Austria a manos de Prusia en 1866 la sacó del lugar que ocupaba como el más poderoso de los Estados germánicos, totalmente fuera de Alemania, y la dejó aislada en un acuerdo político en el que los alemanes eran una minoría diferente cuya posición privilegiada se desafiaba directa y constantemente. Durante la mayor parte de su largo reinado, Francisco José desarrolló una política cautelosa y conservadora, haciendo énfasis en los acuerdos y en evitar la guerra. Ese programa se complicó por la decadencia y posterior disolución del Imperio Otomano en Europa. El surgimiento de Serbia y Montenegro, inicialmente bajo el gobierno otomano, como los Estados eslavos independientes en los Balcanes, estimuló un movimiento yugoslavo (eslavo del sur) que amenazaba con separar a los croatas, serbios y otros eslavos del sur de la monarquía de los Habsburgo, y se les unieron con Serbia y Montenegro para formar un gran Estado yugoslavo. El reino de Rumania fungió como un imán para los rumanos en el imperio, principalmente en Transilvania, en donde vivían, desdichados, bajo el gobierno magiar.

La nueva Italia unificada tenía una atracción similar para los italianos que vivían en Tirol, Trieste, Istria y Dalmacia, gobernados por los Habsburgo. Estos aspectos crearon conflictos con los Estados que tenían una cantidad significativa de su grupo étnico dentro de la Monarquía Dual, con el Imperio Otomano y con Rusia. Las ansias rusas de beneficiarse de la debilidad de Turquía para lograr el control de los Estrechos y la posición que asumían como libertadores y protectores de los eslavos a menudo los enfrentó con Austria-Hungría, lo que implicaba una amenaza enorme.

Al intensificarse las peleas étnicas dentro de la Monarquía Dual, y al crecer y multiplicarse los peligros del exterior, muchos pensaron que, después de la muerte inminente del Imperio Otomano, Austria-Hungría lo sucedería como el "hombre enfermo de Europa", cuya padecimiento podría conducirle a un destino similar. A pesar de estos problemas, sería un error pensar que Austria-Hungría estaba aniquilada. Su valor e importancia para la estabilidad de Europa se conocía desde hacía mucho tiempo. En 1848 el estadista checo Frantisek Palacky insistió en la importancia "para toda Europa y, sin dudas, para toda la humanidad y para la propia civilización" de preservar el Imperio Habsburgo: "En verdad, si el Imperio Austríaco no hubiera existido durante años, sería necesario, en el interés de Europa, en el interés de la propia humanidad, crearlo a

toda velocidad".<sup>18</sup> Con una clarividencia notable pronostica las consecuencias de una Europa sin el imperio: "Traten de imaginar a Austria dividida en varias repúblicas y en repúblicas miniaturas. ¡Qué bien le vendría una situación así a Rusia para implantar una monarquía universal!".<sup>19</sup>

Dado por sentado que se deseaba la supervivencia del imperio, ¿era posible? Con todos sus problemas, el Imperio Habsburgo mantenía una vitalidad considerable. Para Edvard Benes, otro checo que escribió sesenta años después que Palacky y sólo unos años antes que estallara la guerra, en cualquier caso, el fin del imperio parecía algo inconcebible: "La gente a menudo ha hablado de la disolución de Austria. No lo creo en absoluto. Los lazos históricos y económicos que unen a la nación austríaca entre sí son tan fuertes que no permitirán que esto suceda".<sup>20</sup> En la típicamente cínica observación vienesa de que la situación del imperio era "sin esperanzas pero no grave" había sabiduría e ingenio. No existía una solución por el momento para resolver los problemas de la monarquía que proporcionara una aceptación unánime, pero no hay razón para estar seguros de que sin la extraordinaria presión de la Gran Guerra no hubiera podido continuar.

#### ITALIA

No fue hasta 1861 que Italia surgió como un país unificado en el mundo moderno y no tomó posesión de la ciudad de Roma, su antigua y moderna capital, hasta 1870. La nueva nación era una monarquía constitucional con una legislatura bicameral.

Normalmente, la elaboración y conducción de la política exterior descansa en las manos del ministro de Relaciones Exteriores y en la burocracia profesional. Diputados individuales podrían lograr algo a través de su influencia personal o de sus relaciones, pero "el debate en la Cámara nunca decidió abiertamente la política exterior sobre la base de las divisiones partidarias".<sup>21</sup> El sistema le otorgaba mucho poder al primer ministro, por lo que no debe sorprender que, a menudo, en tiempos de crisis, asumiera el control de los asuntos exteriores.

Italia era una gran potencia sólo en la medida en que ella misma así lo declaraba y porque las potencias verdaderas tenían la cortesía de permitirse. A pesar de su unificación formal, era todavía un país profundamente dividido por la geografía, la historia y la tradición. Como dijo un destacado líder italiano poco después de su unificación, "hemos hecho a Italia; ahora debemos hacer italianos".<sup>22</sup> En 1870 tenía una población de sólo 26 millones. En 1910 había crecido a unos 35 millones, todavía inferior a los 40 millones de Francia y muy por debajo de los 50 millones de Austria-Hungría y los 65 millones de Alemania.

La economía de Italia no podía mantener, siquiera, a esa cantidad de personas y cada año millones de italianos abandonaban el país para encontrar trabajo temporal en el extranjero o para emigrar y establecerse, fundamentalmente, en los Estados Unidos.

A pesar de estos problemas Italia, desde el principio, trató de actuar como si fuera una gran potencia. El hecho de que algunos italianos todavía vivieran bajo el dominio de los austríacos en el Trentino, en Trieste y en otras partes proporcionaba a sus líderes un objetivo inmediato: la restauración de la *Italia irredenta*, la irredenta Italia. Pero más allá de eso, los recuerdos de la grandeza de la antigua Roma y los mitos de glorias reprimidas presionaban a los gobiernos italianos a buscar una política exterior activa entre las potencias europeas y, después, imperios coloniales en el extranjero. El primer objetivo condujo a fricciones con Austria, los otros a peleas con Francia por la competencia en los proyectos imperiales en África, y todos ellos la llevaron a involucrarse en una guerra terrible que tenía muy poco que ver con los problemas y necesidades fundamentales de Italia:

En un último análisis, Italia entró a la Primera Guerra Mundial deliberadamente porque, si no lo hacía, hubiera implicado admitir que sus pretensiones de ser una gran potencia eran falsas y, por tanto, se comprendía que sus aspiraciones de liberalismo, parlamentarismo y una monarquía centralizada constitucional eran también falsas.<sup>23</sup>

#### LA ERA DE BISMARCK

La unificación de Alemania realizada por Bismarck bajo el liderazgo de Prusia fue un logro sorprendente. Su capacidad para consolidar el lugar de la nueva y amenazada entidad en un sistema europeo conmocionado por su surgimiento y de crear un nuevo orden internacional en el que Alemania pudiera vivir en paz y prosperidad puede haber sido aún más notable. Durante las dos décadas, después de 1871, en las que se mantuvo en el poder, no hubo guerras entre las grandes potencias. Incluso después de que fue destituido en 1890 por el nuevo emperador alemán Guillermo II, tuvo que pasar otro cuarto de siglo para que su sucesor pudiera deshacer y revertir sus políticas y de esta forma distorsionar el sistema que había creado hasta el punto de provocar una gran guerra.

El segundo gran logro de Bismarck se basaba, en parte, en la fuerza de su poder industrial y militar, que le otorgó a sus programas solidez y respeto. Pero la historia tiene muchos ejemplos de un Estado que alcanza una posición preponderante mediante el poderío de las armas y entonces, sólo por su com-

portamiento amenazador, atemoriza a los otros y los lleva a formar coaliciones hostiles que recurren a la guerra para restaurar un equilibrio más satisfactorio. Son pocas las excepciones. Pericles, como hemos visto, llegó a la conclusión que el Imperio Ateniense era suficientemente grande y que sus intereses estarían mejor resguardados a través de la consolidación y la paz. Augusto, el primer emperador romano, llegó a una conclusión similar, poniendo fin a siglos de expansión romana. Bismarck les hace compañía, como uno de esos líderes raros de Estados poderosos que escogieron limitar sus ambiciones. Su decisión puede haber sido aún más notable, porque Pericles y Augusto aceptaron estos límites sólo después de haber sido controlados por derrotas militares, mientras que la Alemania de Bismarck era invencible y única en su poderío cuando escogió buscar la paz en vez de la expansión.

Uno de sus principales objetivos era la necesidad de convencer a las otras potencias de que Alemania era lo que él afirmaba repetidamente: una potencia "saturada" que tenía que volcarse hacia sí misma para reafirmar, en paz, lo que había ganado entre guerras rápidas.<sup>24</sup> Lo que más temía era que Francia se lanzara en una guerra de revancha en la que las otras potencias se unirían en vez de contemplar el desarrollo creciente de Alemania. Un aspecto de su respuesta fue tratar de curar las heridas de Francia provocadas por la derrota y ayudar a los franceses a olvidar. "Deseo", le dijo al embajador francés en 1884, "alcanzar un punto en el que ustedes perdonen Sedan [la batalla decisiva de la Guerra Franco-Prusiana] como han perdonado Waterloo".<sup>25</sup> Ése fue también el período en el que Bismarck estimuló a los franceses a que se centraran en la expansión de su imperio colonial como una forma de desviar hacia otra parte sus energías y pensamientos.

En la década de 1870, sin embargo, la guerra era muy reciente y los recuerdos amargos que provocó eran demasiado vivos como para olvidarse con zalamerías. Por un tiempo, al menos, Alemania debía contar con su propia fuerza y, para incrementarla mientras aislaba a Francia, Bismarck recurrió a las grandes potencias conservadoras orientales, Austria y Rusia. Prusia tenía lazos de amistad con Rusia que se remontaban a su camaradería en la victoria sobre Napoleón. La nueva Alemania y Rusia compartían el interés común de evitar la independencia de Polonia ya que ambos habían obtenido beneficios por su división y ambos eran monarquías conservadoras que deseaban resistir las fuerzas del republicanismo, la democracia y el socialismo. Bismarck estaba especialmente ansioso de acercarse a Rusia, pues una alianza entre Rusia y Francia era la coalición continental más peligrosa para Alemania.

Aun así, Bismarck no deseaba confiar solamente en Rusia, en donde crecían los sentimientos paneslavistas y antialemanes, por lo que quería, también, acercarse más a Francia. Como lo dijo un diplomático alemán, "sólo cuando cabalgábamos fuimos tan altos como el gigante ruso. Austria debía haber sido

nuestro caballo".<sup>26</sup> Bismarck había tenido la precaución de mantener buenas relaciones con Austria desde la victoria de Alemania en 1866. Impuso términos generosos al no ocupar ningún territorio y no exigir indemnización. A pesar de eso, Austria quedó apartada por su derrota en la guerra, pero la victoria de Prusia sobre Francia en 1871 hizo que la posición de Austria entre su enorme rival del Este y el nuevo gigante de Europa Central fuera muy peligrosa de sostener. Los magiares que gobernaban en Hungría odiaban y temían a los rusos y les preocupaba quedar atrapados en un mar de eslavos. Buscaban la protección de Alemania, y los alemanes de Austria, al aceptar las nuevas circunstancias, también estaban dispuestos a acercarse al Imperio Alemán.

Mediante cuidadosas maniobras políticas, se formó en 1873 la Liga de los Tres Emperadores. Un acuerdo vago e inocuo, sin embargo, comprometía a Guillermo I de Alemania, Alejandro II de Rusia y a Francisco José de Austria-Hungría a consultarse entre sí para que "el mantenimiento de la paz en Europa [pudiera] asegurarse y, de ser necesario, se hiciera respetar, en contra de cualquier ataque, proveniente de cualquier sitio".<sup>27</sup> A Bismarck le gustaba decir que en un mundo de cinco potencias "trata de ser un *trío*"<sup>28</sup> y a pesar de su carácter no obligatorio, la nueva liga reunió a los tres imperios conservadores y parece haber dejado a Francia sin amigos. Su defecto mayor y más obvio fue que Rusia y Austria continuaron con serias desavenencias que podían conducir a conflictos y la Liga no hizo nada por solucionarlos.

Bismarck le había impuesto a Francia una fuerte indemnización de guerra para mutilar su economía por un largo período y así mantener a los franceses controlados, mediante el ejército de ocupación, hasta que pagaran.<sup>29</sup> Sin embargo, en septiembre de 1873 habían pagado toda la suma y el Ejército alemán tuvo que retirarse. Después de recobrar su independencia, Francia creó un ministerio que, para alarma de los alemanes, parecía estar encaminado a recuperar la monarquía, el poderío militar francés, las provincias y la gloria perdidas. Cuando el nuevo régimen promulgó una ley para aumentar la capacidad del Ejército francés, el Estado Mayor General alemán se alarmó y comenzó a hablar de una guerra preventiva. Bismarck no deseaba la guerra, pero probablemente quería atemorizar a los franceses para que redujeran su armamento. Es posible que tuviera la esperanza de forzar una amistad con Francia, o al menos una alianza, impresionándola con el poderío alemán. Contando con el apoyo de Rusia y Austria, quizás el de Gran Bretaña,<sup>30</sup> aprobó una campaña de prensa en 1875 que incluía un artículo titulado "¿Está cerca la guerra?", en el que se daba a entender que muchos alemanes que ocupaban altos cargos pensaban que sí. Este intento, más bien obvio, de intimidación, fue utilizado por el ministro de Relaciones Exteriores francés para sugerir que Bismarck estaba planeando una guerra contra Francia y para buscar el apoyo de Gran Bretaña y de Rusia. Estos dos Estados, que de ninguna manera eran amis-

tosos entre sí, aunaron sus esfuerzos y enviaron a Berlín mensajes diplomáticos de advertencia.

Bismarck había sufrido una derrota diplomática que nunca olvidó, pero aprendió de la experiencia. Décadas más tarde sus sucesores tratarían de lograr sus objetivos, incluso de ganar aliados, con la amenaza de la fuerza. Bismarck se percató de que la nueva Alemania no podía utilizar esas tácticas. Su poder era demasiado grande y los otros Estados no permitirían que se desarrollara más. No consentirían que Francia se debilitara más, ni tolerarían su destrucción sin ofrecer resistencia. Incluso enemigos tradicionales se unirían para alcanzar ese propósito. También comprendió que no se podría construir la seguridad de Alemania sobre la débil base de la Liga de los Tres Emperadores.

La crisis oriental que agitó las aguas entre 1875 y 1878 acentuó esa debilidad. En el verano de 1875 estallaron rebeliones en Herzegovina y Bosnia que pronto se extendieron hasta Bulgaria. Los apoyó Serbia, que aspiraba a ser la Cerdeña de los Balcanes, la punta de lanza de una nueva nación yugoslava, y también Montenegro. Es muy cierto que “una vez que los eslavos de los Balcanes se ponían en movimiento, el gobierno ruso no se atrevía a dejarlos fracasar; Austria-Hungría no se atrevía a dejarlos triunfar”.<sup>31</sup>

La constante expansión de Rusia la había llevado hasta el Mar Negro en el siglo XVIII; de ahí en adelante buscó obtener el control de los Estrechos y el acceso desde y al Mediterráneo. Los tratados que gobernaban los Estrechos en 1875 le prohibían a Rusia enviar barcos de guerra al Mediterráneo pero autorizaban al Sultán de Turquía a permitir que buques extranjeros navegaran en el Mar Negro, que era lo peor que le podía suceder a Rusia.<sup>32</sup> La esperanza de dominar los Estrechos, por tanto, era una razón para que Rusia se involucrara en los Balcanes.

Desde la caída de Constantinopla en 1453, además, Moscú se proclamaba como la “Tercera Roma” y los zares rusos como los líderes y protectores de la cristiandad ortodoxa. En ocho guerras contra Turquía habían ganado mucho territorio y la agradecida devoción de los cristianos eslavos en los Balcanes, que esperaban que ellos los liberaran. “Incluso más antigua que el deseo de asegurar la custodia de los Estrechos era la aspiración, más sentimental, de... recuperar el control de Constantinopla y colocar la cruz cristiana en la iglesia de Santa Sofía, así como ayudar a los cristianos oprimidos de los Balcanes en su lucha por la libertad.” En las dos décadas anteriores a estas rebeliones, la delgada sección de la capa superior de la sociedad rusa, que constituía una parte significativa de la opinión pública, había recibido la fuerte influencia del movimiento conocido como paneslavismo. Una mezcla de misticismo y nacionalismo, en varios proyectos, planteaba la liberación de todos los pueblos eslavos y balcánicos y su organización para reunirlos en una gran confederación bajo el liderazgo ruso. El gran obstáculo para alcanzar el objetivo no era tanto la des-

moronada Turquía como el “germanismo”, representado principalmente por Austria. El paneslavismo, por tanto, era un desafío, no sólo para la supervivencia del Imperio Otomano sino también para el Imperio Austro-Húngaro. En 1875, el ministro de Relaciones Exteriores de Austria-Hungría le dijo al Consejo de la Corona que “Turquía mantiene el *status quo* de los pequeños Estados balcánicos e impide sus aspiraciones... Si Bosnia-Herzegovina quedara en manos de Serbia o de Montenegro, o si se formara allí un nuevo Estado... entonces nos arruinaríamos y adoptaríamos el papel del ‘hombre enfermo’”.<sup>33</sup>

Los británicos también estaban alarmados ante la perspectiva de la desintegración del Imperio Otomano y de un crecimiento del poder ruso que también les permitiera controlar los Estrechos. Si se dejaba que los asuntos siguieran su curso, las tres potencias interesadas podrían ser lanzadas a la guerra, arrastrando con ellas al resto de Europa.

Debido a todas sus ambiciones y preocupaciones, tanto Rusia como Austria temían las consecuencias de una pelea, por lo que los dos rivales prefirieron cooperar. Los emperadores de Rusia y de Austria se reunieron secretamente en el Reichstadt, en donde acordaron no intervenir en la lucha e hicieron planes imprecisos sobre la división de la Turquía europea si los turcos eran derrotados. Pero los turcos se negaron tercamente a desplomarse y en abril de 1877 Rusia, seguida rápidamente por Rumania, le declaró la guerra a Turquía. Después de un comienzo lento, el Ejército ruso derrotó a los turcos y estaba a punto de tomar Constantinopla. Las claras advertencias de Austria y Gran Bretaña persuadieron a los rusos, que se detuvieron antes de llegar e hicieron la paz con los turcos.

Como resultado, se firmó el Tratado de San Estéfano, que fue un duro golpe para las potencias europeas. Turquía no fue eliminada en absoluto de Europa. Serbia, Montenegro y Rumania obtuvieron el reconocimiento de su total independencia y recibieron, además, territorios adicionales. Rusia ganó Dobrudja, que después intercambió con Rumania por Besarabia, que habían perdido durante la Guerra de Crimea, y tierras en la región del Cáucaso al este del Mar Negro. El punto más álgido fue la creación de una Bulgaria grande, que se extendía desde el Mar Negro casi hasta el Adriático y desde el Danubio hasta el Egeo. No sin razón las potencias, especialmente Austria, temían que el nuevo Estado, creado por el Ejército ruso y programado para ser ocupado por las tropas rusas durante dos años, se convirtiera en su satélite, como le pasaría a los otros Estados balcánicos independientes. Los austríacos también estaban molestos porque consideraban que en el Reichstadt se les había prometido la adquisición de Bosnia y Herzegovina, y en el tratado pasó a Turquía, y porque sus esperanzas de poner en marcha un ferrocarril desde Viena hasta Saloniki en el Egeo se verían frustradas por la creación de una Bulgaria tan extensa.

Los británicos expresaron su preocupación en cuanto a que los nuevos acuerdos amenazaban su control en el Mediterráneo oriental, que ahora era más



importante que nunca pues la apertura del Canal de Suez había creado una ruta más corta hacia la India. Se unieron a los austríacos para rechazar el Tratado de San Estéfano y exigieron la celebración de una conferencia internacional para considerar sus términos. Los rusos se opusieron a este plan, pero su ejército estaba desgastado por la fuerte resistencia turca y temían que ocurriera una coalición que los humillara otra vez, como había sucedido en la Guerra de Crimea. El primer ministro británico Disraeli envió una flota a los Dardanelos y la amenaza de una guerra en contra de Gran Bretaña y Austria obligó al zar a rendirse.

Todo este tiempo Bismarck y Alemania se habían mantenido al margen, a pesar de la presión de los rusos. Habían pedido a los alemanes que los ayudaran a contener a Austria mientras ellos aplastaban a los turcos, como muestra de gratitud por la cordial neutralidad de Rusia durante las guerras de Prusia contra Austria y Francia en 1866 y 1870. Bismarck se negó. Alemania no tenía ningún interés en aprovecharse de los Balcanes. En un discurso en el Reichstag el 7 de diciembre de 1876 dijo su famosa sentencia: "Todos los Balcanes juntos no se pueden comparar con los huesos saludables de un mosquetero pomeranio", y sus acciones demostraron que estaba dispuesto a cumplir lo que decía. Estaba, de hecho, de acuerdo en ayudar a Rusia a lograr sus objetivos en el Cercano Oeste, pero sólo con el consentimiento de Austria y sin guerra. Rechazaba, fundamentalmente, un conflicto bélico que destruiría a Austria como gran potencia y, como consecuencia, el equilibrio de poderes.<sup>34</sup>

Para evitar una guerra, Bismarck se propuso como mediador, el término que usó fue "negociador honesto", e invitó a las potencias a resolver los asuntos en una conferencia internacional. Los británicos insistieron en que los rusos hicieran concesiones antes de tomar parte en la conferencia. Los rusos estaban renuentes a dejar que los beneficios que habían obtenido mediante la sangre y la fuerza de las armas se juzgaran y disminuyeran a través de una conferencia de otras potencias. A su embajador en Londres, Gorchakov, el ministro de Relaciones Exteriores, le aclaró que el honor de Rusia estaba en juego: "Lo que se analiza aquí ya no son cuestiones de interés sino, más bien, de amor propio y prestigio... Después de una guerra sangrienta y victoriosa no podemos concebir rebajar la dignidad de Rusia ante la reputación de Inglaterra, ni siquiera de manera formal".<sup>35</sup> Finalmente, sin embargo, la resistencia cesó. En junio de 1878, bajo la presidencia de Bismarck, los diplomáticos europeos más importantes se reunieron en el Congreso de Berlín, "sin dudas, la reunión diplomática más distinguida ocurrida entre el Congreso de Viena de 1814-1815 y la Conferencia de Paz de París de 1919".<sup>36</sup>

A los rusos los forzaron a aceptar correcciones importantes en el Tratado de San Estéfano. Los británicos adquirieron Chipre, que pertenecía a los turcos, la llave para la seguridad de Suez, y el derecho de llevar su armada a través

de los Estrechos hasta el Mar Negro. Disraeli regresó con gloria, afirmando que traía “paz con honor”.<sup>37</sup> Austria ganó el derecho de ocupar y administrar Bosnia y Herzegovina y el acuerdo, no declarado pero aceptado por todos, de que se los podría anexar cuando quisiera y proteger el *sanjak* (distrito) de Novibazar, el área que separaba a Serbia de Montenegro. La gran Bulgaria se dividió en tres secciones; sólo la parte más al norte se convirtió en Bulgaria, un principado autónomo que pagaba un tributo anual al sultán turco.

A los rusos les permitieron mantener sus conquistas en el Cáucaso y Besarabia. Podían reclamar el honor de haber alcanzado la independencia total de Montenegro, Rumania y Serbia, de haber obligado a los turcos a mejorar el tratamiento que daban a los cristianos y a pagar una indemnización de guerra. Objetivamente, eso era un logro tremendo y era mucho más de lo que Rusia había buscado al iniciarse la guerra: “Rusia había ido a la guerra por razones de orgullo nacional y por su sentimiento paneslavo, no para alcanzar algún objetivo práctico; y el congreso fue un golpe a su prestigio, más que un revés en su política”.<sup>38</sup> Por esta razón, no reprocharon las limitaciones de su propio ejército sino que centraron su resentimiento en Bismarck; el zar llamó al Congreso de Berlín “una coalición europea en contra de Rusia bajo el liderazgo del príncipe Bismarck”.<sup>39</sup>

Una descripción así era totalmente injusta. Bismarck había sido un verdadero “negociador honesto” y sus esfuerzos habían proporcionado a Rusia mejores beneficios de los que hubiera podido alcanzar, ya fuera por negociaciones separadas con Austria y Gran Bretaña o librando una guerra contra ellos, algo que, en todo caso, estaba fuera de discusión. El Congreso de Berlín fue un gran momento para la nueva Alemania. En 1856 a Prusia apenas se le permitió asistir a la Paz de París que dio fin a la Guerra de Crimea. En 1878 fue el centro de la diplomacia, un elemento esencial para resolver las disputas entre las grandes potencias y para preservar la paz en Europa. Bismarck, exclusivamente por los intereses de Alemania, quería mantener la paz, evitar una recreación de la coalición de Crimea que provocaría la alianza de Francia con Austria y Gran Bretaña y evitar incluso una guerra que podría resultar victoriosa para Alemania. Sabía que otra guerra entre Rusia y Gran Bretaña o Austria involucraría a Alemania y temía que Francia se aprovechara de la oportunidad para anular la Guerra Franco-Prusiana. “El tratado de Frankfurt hizo que una reconciliación entre Francia y Alemania fuera imposible; por tanto, una guerra en el Cercano Oriente se generalizaría.”<sup>40</sup> Como Bismarck, al igual que Pericles antes que él, estaba dispuesto a limitar las ambiciones de Alemania y a conservar lo que se había alcanzado, en vez de ponerlo en peligro y enfrentarse a nuevos riesgos, su política fomentaba la causa de la paz europea. “El congreso de Berlín demostró que el nuevo equilibrio de poder, centrado en Alemania, había surgido. Ninguno de los estadistas en Berlín esperaba que el acuerdo

fuera duradero, y se hubieran asombrado si les hubieran dicho que después del congreso seguirían treinta y seis años de paz europea.”<sup>41</sup>

Pero Europa todavía no había concebido un sistema que permitiera, de forma consistente, solucionar pacíficamente las disputas. Podría parecer que el éxito en Berlín anunciaba un regreso al Concierto de Europa, ajustado a las nuevas realidades, pero las tensiones que surgieron del congreso eran demasiado grandes para permitirlo. Los rusos estaban iracundos y profundamente resentidos con Alemania, y a Bismarck le hubiera gustado revivir la Liga de los Tres Emperadores, pero se dio cuenta de que era imposible. Por tanto, tomó un camino que se dirigía finalmente a la construcción de un nuevo sistema que intentaría mantener la paz a través de un grupo de alianzas.

En octubre de 1879 negoció la Alianza Dual con Austria, que duraría hasta la Primera Guerra Mundial. Para persuadir a su emperador, Guillermo I, que era muy pro ruso, de la necesidad de una coalición así, Bismarck declaró que le atemorizaba la hostilidad rusa hacia Alemania, pero lo que realmente temía era la realización de su pesadilla: una alianza franco-rusa con Alemania en el medio. Es también posible que desde el principio concibiera que la Alianza Dual fuera sólo el primer paso en la formación de una nueva Liga de los Tres Emperadores que tranquilizara a Austria y previniera su asociación, otra vez, con Francia y Gran Bretaña, como ocurrió en la Guerra de Crimea: “Quiero cavar una zanja entre ella y las potencias occidentales”.<sup>42</sup> El tratado pedía asistencia mutua en caso de que algún Estado fuera atacado por Rusia y solicitaba neutralidad amistosa si alguno era agredido por cualquier otra potencia.

Esta alianza fue la piedra angular del sistema bismarckiano que preservaba al Imperio Alemán al mantener la paz en Europa. Los convenios anteriores entre las potencias se habían realizado para lograr propósitos específicos y con una duración limitada, generalmente con motivo de una guerra en particular, no en tiempos de paz con la intención de preservarla. La Alianza Dual se renovó sistemáticamente hasta noviembre de 1918, cuando los dos imperios fueron destruidos: “el primer acuerdo permanente en tiempos de paz entre dos grandes potencias desde el fin del *ancien regime*”.<sup>43</sup>

La alianza fue elogiada por sus contemporáneos<sup>44</sup> pero después de la Primera Guerra Mundial se criticó por alentar la separación entre Austria y Rusia y estimular la alianza ruso-francesa que contribuyó a provocar esa guerra. Bismarck, sin embargo, la utilizó como un instrumento para *prevenir* el conflicto entre Austria y Rusia. En varias ocasiones le recordó a Austria su carácter defensivo y se negó a apoyar a los austríacos en sus ambiciones balcánicas o en peleas con los rusos. Es un error responsabilizar a Bismarck por el cambio de sus políticas a manos de los ministros que lo sucedieron y del nuevo emperador que lo destituyó.<sup>45</sup>

Bismarck posiblemente confiaba en que el poderoso conflicto ideológico entre Rusia y Francia ayudaría a mantener a las dos naciones separadas. Rusia fue

el ejemplo principal, partidaria del absolutismo en Europa, y Francia fue la madre del republicanismo. La Alianza Dual provocó resultados muy satisfactorios para Bismarck, aunque no lo hubiera esperado o planeado así. Preocupados por la posibilidad de quedar apartados por la diplomacia de Bismarck y temiendo un ataque británico a través de los Estrechos, los rusos buscaron un arreglo con la nueva coalición en vez de tratar de reconciliarse con Francia. Se acercaron a Bismarck para tener un acercamiento sólo con Alemania, pero él insistió en la renovación de la Liga de los Tres Emperadores, incluyendo a Austria. El tratado se firmó en junio de 1881, por un período de tres años. Los austríacos se negaron a hacerlo más largo, como prefería Bismarck, pero no insistió considerando que “cuando Austria haya usado esa franela cerca de su piel por tres años, ya no podrá desecharla sin correr el riesgo de agarrar un resfriado”.<sup>46</sup>

Al igual que en la Alianza Dual, los términos eran secretos. La cláusula principal garantizaba que cada Estado mantendría una neutralidad benévola si alguno entraba en guerra con un cuarto poder, protegiendo a cada uno de los peligros de una alianza hostil. Una segunda estipulación agradaba a los austríacos al reconocer su derecho a anexarse a Bosnia y a Herzegovina cuando lo entendieran conveniente. Les hubiera gustado retener su especial conexión con Alemania, “pero no era razonable suponer que Bismarck se atara nunca a las ruedas del carruaje de la política austríaca”.<sup>47</sup> El tratado agradaba a los rusos porque los amparaba contra un ataque naval en el Mar Negro y acordaba impedir que Turquía recobrara su poder en los Balcanes. Bismarck no había instigado estas alianzas, pero pronto se dio cuenta de sus valores y trabajó arduamente para que se concluyeran, porque entendió a fondo las ventajas que traerían para Alemania. Uno no debe perder de vista, dijo,

la importancia de ser uno de los tres en el ajedrez europeo. Ése es el objetivo invariable de todos los gabinetes y sobre todo del mío. Nadie desea estar en la minoría. Todos los políticos se limitan a esta fórmula: tratar de ser uno de los tres, mientras que el mundo esté gobernado por el equilibrio inestable de las cinco potencias.<sup>48</sup>

Las ventajas de la nueva alianza fueron: unir a las tres monarquías conservadoras, preservar la paz entre Rusia y Austria, evitarle a Alemania el peligro de verse involucrada y, la más atractiva de todas, prevenir una alianza entre Francia y Rusia. La debilidad en la nueva Liga de los Tres Emperadores fue la continuación de la rivalidad entre Austria y Rusia en los Balcanes pero, como observó un agudo estudioso de este período, “el tratado ayudó a suavizar este antagonismo. Por tanto sirvió no sólo a los intereses de las tres partes, sino a la causa de la paz general”.<sup>49</sup>

En 1882 los italianos también trataron, muy al principio, de buscar una alianza con Bismarck. En los años previos, los franceses se habían apoderado de Túnez, hecho que provocó en los italianos el temor a quedar absolutamente excluidos de las colonias del norte de África. Consciente del peligro potencial que existía entre Austria e Italia, Bismarck le dijo al embajador italiano: “la puerta que conduce a nosotros debe buscarse en Viena”.<sup>50</sup> Aunque eso significaba que los italianos debían desistir de sus esperanzas de restaurar la *Italia irredenta* en el Imperio Austríaco, se unieron a Alemania y a Austria en mayo de 1882 para formar la Triple Alianza. Esto, también, fue un tratado secreto durante tres años y tenía la intención de ser defensivo. Prometía ayuda si Francia atacaba a Italia o a Alemania o si Austria o Alemania eran agredidas por dos potencias. Aquí, igualmente, la iniciativa no la tomó Bismarck, quien insistió en que la alianza propuesta no debía ser bilateral sino que debía agrupar en una tría a dos Estados con desavenencias significativas. Años más tarde, Italia y Austria tratarían de utilizar la Triple Alianza con propósitos agresivos, pero para Bismarck fue siempre defensiva, “nuestra Liga de Paz”,<sup>51</sup> y siempre se interpuso en el camino de las ambiciones de sus aliados.

En octubre de 1883, Rumania se unió al sistema, al firmar acuerdos de asistencia mutua con Austria y Alemania, siempre que, si Rumania o Austria eran atacadas, los otros dos Estados la ayudarían. Los pactos eran secretos y se extendían durante cinco años, pero fueron renovados hasta que estalló la guerra. Para complacer al emperador alemán, el nombre de Rusia no se usó, pero los tratados se dirigían, claramente, hacia Rusia. Al solicitar a los austríacos que aceptaran estos convenios, Bismarck expuso su interpretación principal: “Con excepción de Rusia y Francia, no existe ningún Estado en Europa hoy en día que no esté interesado en el mantenimiento de la paz. El eje firme para la cristalización de cualquier proyecto de este tipo [la extensión de lo que Bismarck llamaba la Liga de la Paz a Rumania y luego, quizás, a Serbia y Turquía] será siempre nuestra propia y permanente Alianza Dual”.<sup>52</sup>

Estos acuerdos diplomáticos dejaron aislada a Francia, y su decisión de buscar una expansión colonial intensificó muy pronto esa condición. La aventura tunisina había aislado a Italia. Entonces, en 1882, una disputa sobre el control de Egipto dañó las relaciones de Francia con Gran Bretaña durante las dos décadas siguientes. Bismarck no utilizó la disputa egipcia como forma de alejar a Francia de Gran Bretaña, pues no era su objetivo. Cuando la separación sucedió espontáneamente, sin embargo, les brindó a los británicos un apoyo moral y político significativo: “Se puede decir que Bismarck mantuvo el terreno para los ingleses y que ha hecho posible la ocupación de Egipto”.<sup>53</sup> Estas políticas establecieron buenas relaciones con los británicos y ayudan a explicar por qué el ministro de Relaciones Exteriores, lord Salisbury, consideró la destitución de Bismarck del cargo en 1890 como “una calamidad enorme cuyos efec-

tos se sentirán en toda Europa".<sup>54</sup> La consecuencia, en todo caso, dejó a Francia más aislada que nunca y a Alemania aliada, o en buenos términos, con las otras potencias europeas.

Bismarck podía cumplir con ese papel tan productivo porque, a diferencia de muchos estadistas de la época, valoraba poco la expansión colonial. Había comparado las colonias alemanas con abrigos de cibelina sobre las espaldas de nobles polacos que no llevaban camisas debajo<sup>55</sup> y durante la década de 1870 resistió firmemente las presiones para que las adquiriera. Un elemento clave en su política de ayudar a los franceses a olvidar su derrota en 1870-1871 y la pérdida de la Alsacia-Lorena fue estimularlos para que obtuvieran nuevas colonias en África y Asia. Le dijo al embajador francés en el Congreso de Berlín que "la pera tunicia está madura y ya es hora de que ustedes la recojan". En 1881 instruyó al embajador alemán en Francia para que indicara que "Francia puede tener la certeza de que nunca nos opondremos a su justificada política de expansión en el Mediterráneo".<sup>56</sup> No hay razón para dudar de su sinceridad cuando le contestó a alguien que lo presionaba para que buscara colonias para Alemania: "Su mapa de África está muy bien, pero mi mapa de África está aquí en Europa. Aquí está Rusia y aquí está Francia y aquí estamos, en el medio. Éste es mi mapa de África".<sup>57</sup>

A pesar de esa actitud, Bismarck desarrolló una serie de acciones en 1884-1885 que le proporcionaron a Alemania colonias en Togo, Camerún, África Suroccidental y Oriental, y en varias islas del Océano Pacífico. Los académicos no se ponen de acuerdo sobre el propósito y significado de este cambio de política,<sup>58</sup> pero lo que parece estar claro es que la aventura colonial de Bismarck fue una breve aberración debido a la poca importancia que siempre le había otorgado. No se sabe si dijo la verdad a un miembro del Ministerio de Estado prusiano al comentar: "Todo este asunto de las colonias fue una farsa, pero lo necesitamos para la elección",<sup>59</sup> o si tenía otras razones más complicadas, pero abandonó futuras aventuras coloniales. En octubre de 1889 le dejó bien claro al cónsul general alemán en Zanzíbar que "ya había sido suficiente el asunto de las colonias",<sup>60</sup> y a pesar del costo político resistió nuevas presiones de los partidarios del coloniazaje. Los intentos, en todo caso, de vincular a Bismarck con el desenvolvimiento ulterior que tomaría la agresiva ambición colonial son infundados. Cuando les dijo a los colonialistas entusiastas que la posición de Alemania en Europa era su mapa de África, "esta afirmación definió la enorme diferencia entre él y sus sucesores en el reinado de Guillermo II. Sólo pensaba en términos continentales; ellos imaginaban que Alemania podría regresar a la 'política mundial' antes de haber asegurado su dominio en Europa... Bismarck no se distrajo nunca con los asuntos coloniales".<sup>61</sup>

En 1885 surgió otra crisis en los Balcanes que puso a prueba, seriamente, el nuevo sistema de alianza de Bismarck. Los rusos habían sido los patrocinadores

dores de la independencia de Bulgaria y esperaban poder influir en la nueva nación, especialmente cuando los búlgaros escogieron a Alejandro de Battenberg, el sobrino de la zarina, como su gobernante. Sin embargo, el príncipe Alejandro demostró ser demasiado independiente para los gustos rusos, y esto lo hizo más popular con los búlgaros. En 1885, una revolución en Rumania Oriental le permitió a Alejandro unirla a Bulgaria, restituyendo dos tercios de la "Gran Bulgaria", desmantelada por el Congreso de Berlín. Luego derrotó a un ejército serbio que atacó buscando compensación. Los rusos, temiendo perder toda su influencia en Bulgaria, auspiciaron una conspiración que intentaba reemplazarlo por un monarca que fuera sumiso a Rusia. Los búlgaros resistieron y escogieron como su gobernante a Ferdinando de Saxe-Coburg, un príncipe germano que tenía relaciones cordiales no con Rusia, sino con Austria.

En 1886 los rusos, los austríacos y los búlgaros se estaban preparando para la guerra, la nueva Liga de los Tres Emperadores estaba a punto de destruirse y Bismarck se enfrentaba a un grave problema. Desde su punto de vista, "Alemania se encontraba entre Austria y Rusia como un hombre entre dos perros fieros que se arrojarían uno sobre el otro tan pronto como los soltaran".<sup>62</sup> No podía permitir que derrotaran a Austria, pero si se ponía, claramente, del lado de Austria y, de esta forma, impedía la guerra, corría el riesgo de entregar a Rusia a una Francia, en ese momento, bajo la influencia del general Boulanger, un nacionalista ferviente que se había pronunciado abierta y efusivamente sobre la necesidad de recuperar Alsacia y Lorena. Alemania se enfrentaba con la posibilidad de una alianza entre una Rusia descontenta y resentida y una Francia revanchista.

Para tratar con Francia, Bismarck le exigió al Reichstag un incremento del Ejército alemán. La elevación en la cantidad de tropas no era tan importante como la retórica que Bismarck utilizó en la acalorada campaña electoral que su solicitud demandaba. Mientras que desechaba cualquier idea de atacar a Francia, advertía sobre los peligros inherentes al acercamiento y las ambiciones de Boulanger y de los nacionalistas franceses. Al mismo tiempo, concertó una renovación de la Triple Alianza, aumentando la preocupación de Francia sobre la participación italiana en una guerra alemana contra Francia. Este ejercicio de disuasión a través de medios militares, políticos y diplomáticos fue eficaz. Los franceses pronto perdieron interés en el *boulangisme* y en una alianza rusa.

En el Este, Bismarck tenía que apoyar los reclamos de Rusia sin permitirles mucho éxito y así evitar que Austria fuera a la guerra. Adoptó una línea dura con Austria, haciendo énfasis en el hecho de que Bulgaria integraba la esfera de influencia rusa mientras que los Balcanes orientales formaban parte de la de Austria y aclarando muy bien que Alemania no pelearía con Rusia para

alcanzar los objetivos austríacos en los Balcanes. Como los magiares eran los partidarios más agresivos de la guerra contra Rusia, Bismarck dijo: “No tenemos ninguna intención de dejar que la alianza nos sujete a la cola del cometa húngaro y, en vez de eso, deseamos establecer un orden normal de dimensiones calculables”.<sup>63</sup>

Para proteger a Bulgaria y, de este modo, satisfacer a Austria, emprendió algunas maniobras complicadas. Aprovechándose de las propuestas italianas, Bismarck renovó y fortaleció la Triple Alianza, asegurando la defensa del *status quo* en los Balcanes. Los italianos, sin embargo, eran un débil eslabón incapaz de detener las ambiciones rusas, por lo que también los urgió a que buscaran el apoyo de Gran Bretaña y de Austria. Bismarck, ansioso de que Gran Bretaña controlara a los rusos y protegiera a los austríacos, trabajó duro y eficazmente entre bastidores. El resultado fue el Acuerdo del Mediterráneo, concluido en marzo de 1887 en donde las tres potencias acordaban mantener el *status quo* en el Mediterráneo, el Adriático, el Egeo y el Mar Negro. Italia prometió ayudar a Gran Bretaña en Egipto, como respuesta al apoyo británico a los objetivos italianos en Libia. Las últimas estipulaciones estaban dirigidas a Francia pero, para Bismarck, el logro más importante fue que, ahora, Gran Bretaña protegería a Austria en contra de las ambiciones rusas de una forma en que Alemania no podía. “Al hacer a Gran Bretaña un socio de la Triple Alianza [el Acuerdo del Mediterráneo] auguraba ser una contención para las aventuras de los franceses y de los rusos.”<sup>64</sup>

Después Bismarck comenzó a mejorar las relaciones con los rusos, concluyendo en junio de 1887 el acuerdo secreto, por tres años, que se conoce como el Tratado de Reaseguro. Cada parte prometió permanecer neutral si la otra iniciaba una guerra, excepto si Alemania atacaba a Francia o Rusia a Austria. Alemania reconoció “la influencia preponderante y decisiva” de Rusia en Bulgaria y ambas partes acordaron no permitir cambios territoriales en los Balcanes sin un acuerdo previo. En un “protocolo suplementario muy secreto” Alemania prometió, si Rusia se veía forzada a tomar el control de los Estrechos y de Constantinopla para defender la entrada al Mar Negro, “conceder su benévola neutralidad y su apoyo moral y diplomático a las medidas que Su Majestad entendiera debían tomarse para controlar la llave de su imperio”.<sup>65</sup>

Aquí, al igual que antes, los rusos estaban más temerosos por el peligro de aislarse del sistema de Bismarck, que molestos por su apoyo inadecuado a sus objetivos. El nuevo tratado liberaba a Alemania de la amenaza de una alianza franco-rusa y del riesgo inmediato de una guerra entre Rusia y Austria. El Tratado de Reaseguro, más que ninguna otra parte del sistema de Bismarck, ha sido tema de discusión y objeto de crítica. La objeción principal es que era inconsistente con la Alianza Dual y, por tanto, traicionaba a Austria. Pero Bismarck le había aclarado muchas veces a los austríacos que consideraba que Bulgaria



y los Balcanes orientales formaban parte de la esfera de influencia de los rusos y que no pelearía allí por las ambiciones de Austria.

Una queja más justificada es que Bismarck estaba engañando a Rusia y a Inglaterra. Al respaldar el Acuerdo del Mediterráneo supervisaba los objetivos rusos en el Este. Sólo unos meses antes concluyó un pacto en el que estimulaba a Rusia a alcanzar esos mismos fines. Unos meses después de eso, cuando el malestar de los rusos con el nuevo gobernante búlgaro amenazó otra vez con provocar una guerra en los Balcanes, Bismarck alentó de nuevo un convenio entre Austria, Gran Bretaña e Italia para controlarlos. El Segundo Acuerdo del Mediterráneo<sup>66</sup> repetía su apoyo al *status quo* y mencionaba específicamente a Bulgaria y a los Estrechos, y esa advertencia condujo a Rusia a abandonar sus actividades búlgaras, “probablemente con algunas reflexiones amargas sobre las desventajas de tener un aliado que se llevara con su mano izquierda lo que había entregado con la derecha”.<sup>67</sup> Un estudioso prominente de estas negociaciones argumenta, en defensa de Bismarck, que estos acuerdos se tomaron, no para proteger los intereses especiales alemanes, sino para ayudar a otros a proteger los suyos. Ni tampoco el ajuste hizo otra cosa que dejar el campo libre a Rusia para que lograra sus metas sin una oposición alemana directa; no podían esperar que el compromiso pusiera fin a la resistencia austríaca y británica.<sup>68</sup> Incluso así, los rusos no tenían ninguna razón para esperar que los alemanes trabajarían entre bastidores para ayudar a frustrar sus deseos. Si se puede defender esta duplicidad, quizá sea de esta manera: “lo que Bismarck había hecho realmente era establecer una especie de equilibrio de poder, un sistema en el que la coalición mediterránea controlaría a los rusos y en el que se preservaría la paz en Europa”.<sup>69</sup>

Los rusos no eran los únicos frustrados. Junto con Alemania se encontraban aquellos que no buscaban la paz sino una confrontación con Rusia. En la Oficina del Exterior, Friedrich von Holstein instó a los austríacos a actuar con mano dura en el caso de Rusia con relación a Bulgaria y lo apoyó el general Alfred von Waldersee del Estado Mayor General. Waldersee estaba a favor de una guerra preventiva contra Rusia y trató de que el general Helmut von Moltke actuara a espaldas de Bismarck y usara su influencia con el emperador para sostener esa política. Bismarck confrontó a los generales directamente y forzó a Moltke y a los otros a retractarse y a negar todo propósito de intromisión en la política exterior. Indirectamente, también, instruyó al emperador del carácter puramente defensivo de la Alianza Dual. A su embajador en Viena le escribió: “No puedo evitar tener la impresión de que el objetivo de ciertos círculos militares en Viena es distorsionar nuestra alianza... Ambos debemos cuidar que el privilegio de aconsejar políticamente a nuestros monarcas no se nos vaya, de hecho, de las manos, y pase a los generales del Estado Mayor”.<sup>70</sup> Este fue uno de los muchos modelos que los sucesores de Bismarck no quisieron, o no pudieron, emular.

## EL CARÁCTER DE LA PAZ

La conclusión del Tratado de Reaseguro y del Segundo Acuerdo del Mediterráneo dio forma final a los esfuerzos continuos de Bismarck para preservar la seguridad alemana al mantener la paz entre las grandes potencias. Esta paz fue la base sobre la que comenzó el camino para la guerra en 1914. ¿Cuán segura era? A.J.P. Taylor, quien no puede considerarse, de ninguna manera, un admirador sin sentido crítico, señala la conclusión del sistema de Bismarck comparando el mundo que él formó con el de sus sucesores:

Los agitados días europeos habían terminado; no volverían otra vez hasta que una de las Potencias se sintiera lo suficientemente fuerte como para desafiar el equilibrio que se había establecido en el Congreso de Berlín.

Esa potencia sólo podía ser Alemania. Desde 1871, Bismarck había seguido una política de contención. Su motivo había sido siempre el miedo, no la conquista. La nueva Alemania sólo estaba consciente de su fuerza; no veía peligros ni reconocía obstáculos. Los exploradores, científicos y capitalistas alemanes se expandieron por todo el mundo. Los alemanes estaban en todas partes —en los Balcanes, en Marruecos, en África Central, en China— y en donde no estaban, allí deseaban estar. Mientras viviera Guillermo I, Bismarck podría mantener el control de las riendas. Su sistema estaba condenado, una vez que un emperador representativo de la nueva Alemania estuviera en el trono. Bismarck en el puesto había sido la seguridad de paz para las grandes potencias, aunque fue una paz organizada por Alemania. Ahora las potencias tenían que buscar otras garantías y, en última instancia, en contra de la propia Alemania.<sup>71</sup>

La conducción y la diplomacia de Bismarck fueron objeto de críticas en su momento, especialmente después de que el kaiser Guillermo II lo destituyó y cambió su política. Como hemos visto, había fuerzas poderosas que presionaban para lograr un cambio, para desarrollar programas más ambiciosos y, desde el punto de vista de Bismarck, más peligrosos, que iban desde posiciones coloniales enérgicas hasta las que abogaban por prevenir la guerra con Rusia. “Todo el mundo aquí está, realmente, a favor de la guerra”, dijo el crítico Holstein en 1888. “Con la casi única excepción de Su Excelencia, que ha hecho todo lo que ha podido por mantener la paz.”<sup>72</sup> La contención, la satisfacción por el *status quo*, la determinación de continuar manteniendo el equilibrio de una potencia con relación a la otra sin alcanzar un acuerdo permanente y satisfactorio que pudiera elevar el poder y la gloria de Alemania, incluso al costo de la guerra, parecían cosas difíciles de llevar a cabo y pasadas de moda.

Pensar en la guerra como una posibilidad de la política internacional penetró en las conciencias de la generación posterior a Bismarck, con fuerza creciente. Una nueva emoción tomaba fuerza, una emoción que percibía el *status quo* como inadecuado y buscaba, como soluciones finales, lo que se había declarado inevitable.

La política pragmática de Bismarck no era nada popular en la Alemania contemporánea. En cambio, la *Weltpolitik* proclamada enseguida por Guillermo II encontró la aprobación entusiasta tanto de los gobernantes como de los gobernados.<sup>73</sup>

La generación que se formó a partir de los recuerdos de las guerras de la Revolución Francesa y las de Napoleón, y que atesoraba las bendiciones de la paz, había desaparecido y fue reemplazada por una nueva que estaba convencida de que el cambio y el progreso eran la misma cosa. No es necesario admirar la personalidad de Bismarck, sus opiniones políticas reaccionarias o el sistema constitucional que estableció, para poder apreciar el éxito extraordinario que alcanzó en la conducción de los asuntos exteriores de Alemania en los años de 1871-1890.

Bismarck se opuso al nuevo espíritu con una tozudez que, al final, contribuyó a su caída. Para él, los intereses y la seguridad de Alemania necesitaban de la paz. Consideraba, como le escribió al ministro de Guerra prusiano en 1886, que “una campaña que siga un curso desafortunado podría, posiblemente, incluso, conducir al desplome del Reich”;<sup>74</sup> al igual que Pericles supo que una derrota en una batalla en tierra podía acabar con el Imperio Ateniense. Como Pericles en los años de 430 a. C., Bismarck trató de contener a las nuevas fuerzas para preservar lo que ya se había alcanzado. “Mientras que estuvo al frente del Estado en tiempos de paz, buscó desarrollar una política moderada y trató de conservarla a toda costa, y fue bajo su liderazgo que el Estado logró su grandeza total”.<sup>75</sup> Éste fue el juicio de Tucídides sobre el liderazgo y la política de Pericles y parece ajustarse bastante bien a la forma en que Bismarck condujo los asuntos exteriores. Ambos Estados, sin embargo, en contra de los propósitos de sus líderes, se enfrascaron en guerras que destruyeron lo que ellos habían creado. ¿Fue ésa una consecuencia inevitable para la Alemania de Bismarck? ¿Estaba su sistema condenado al fracaso?

Ése fue, sin dudas, el punto de vista de sus sucesores que lo rechazaron, según afirmaron, porque era demasiado complicado y contradictorio en sí mismo. Pero, como hemos visto, los obstáculos podían dominarse. Había una sola incompatibilidad que era necesaria debido a la tarea central de mantener la paz entre dos Estados divididos por graves conflictos. No era el sistema el que fallaba en este sentido sino las realidades subyacentes que el sistema debía controlar. Lo que era fundamental no era el logro de un arreglo especial de Esta-

dos para formar alianzas, sino la combinación del poder, el desinterés y el compromiso para la paz de los alemanes. Mientras que éstos se mantuvieran, los intereses de Alemania se avenían con los de Gran Bretaña. Juntos podían preservar la paz en Europa con o sin la alianza. No se requería el genio de Bismarck para mantener su sistema, una vez que estaba en vigor, sólo adherirse a sus objetivos y políticas en general.

Algunos estudiosos modernos que afirman que el orden no sería duradero hacen hincapié en las fuerzas sociales y económicas que, según ellos, estaban destinadas a socavarlo. La depresión que comenzó en 1873 y continuó hasta la década de 1890 puso fin al libre comercio en el continente y condujo a la implantación de aranceles de guerra, enturbiando las relaciones internacionales, especialmente entre Alemania y Rusia. Estos asuntos eran problemáticos pero transitorios y, de ninguna forma, amenazaban con el desplome del sistema. Las mismas fuerzas, se argumenta, intensificaban las corrientes expansionistas en Europa, impulsaban la búsqueda de colonias, la construcción de una flota y todo esto iba dirigido a minar los acuerdos de Bismarck. Es, por supuesto, el deber de un estadista resistir estas presiones cuando promueven políticas poco sabias o peligrosas. La capacidad de Pericles para hacerlo le ganó la admiración de Tucídides: él “disuadió a la multitud... y los condujo, en vez de dejarse conducir por ellos”.<sup>76</sup> Bismarck hizo lo mismo con un alto grado de éxito. No existe ninguna base objetiva para asegurar que sus sucesores no hubieran podido mantener su línea de acción porque, como veremos, nunca lo intentaron. En cambio, decidieron revocar sus políticas y buscaron objetivos diametralmente opuestos, al igual que hicieron los sucesores de Pericles en su tiempo.

Una crítica reciente rechaza la idea de un “sistema” completo, sugiriendo que el trabajo de Bismarck no fue nada más que un “sistema de medidas provisionales” precario y quebradizo, una serie de respuestas a las crisis, que no proporcionaban soluciones a largo plazo, sin perspectiva y sin futuro.<sup>77</sup> Sin dudas es acertado corregir un viejo punto de vista que le concedía a Bismarck créditos excesivos por tener una gran previsión y por crear conscientemente un orden planificado de antemano y ejecutado consistentemente. Su trabajo *fue* un sistema de medidas provisionales y ¿qué desarrollo de la política exterior en un período comparable no lo es? ¿Cuáles eran las alternativas posibles? Para los contemporáneos las soluciones favoritas eran la expansión territorial, colonización extranjera o prevenir guerras que, en retrospectiva, no parecían atractivas. Los críticos modernos sugieren que el desmantelamiento del sistema social, económico y político de Alemania hubiera proporcionado una mayor igualdad y democracia. Dejando a un lado la cuestión de si se hubiera podido poner en práctica, al menos un académico duda que hubiera ayudado:

[U]na parlamentarización interna, en correspondencia, en algunos aspectos, con la época, hubiera, posiblemente, estimulado la tendencia a la expansión externa en vez de controlarla... Como se desprende por las fuerzas y debilidades, oportunidades y limitaciones, estabildades y susceptibilidades de la política exterior alemana en la época de Bismarck, en cierto sentido, no había alternativa para el “sistema de medidas provisionales”.<sup>78</sup>

En el “Diálogo de Melos”, Tucídides reporta la siguiente afirmación de un vocero ateniense en 416, después de más de una década de la muerte de Pericles: “Creemos en el reino de los dioses y, de los seres humanos, sabemos con certeza que, por necesidad de su naturaleza, se extreman en su gobierno tanto como su poder se los permite”.<sup>79</sup> Esa era la voz de la nueva generación que Pericles había tratado de contener, que quería buscar nuevas glorias y expandir su imperio. Su vocero más eficaz fue Alcibiades, el pupilo de Pericles, que diseñó y apoyó la gran expedición siciliana de 415-413, y que contribuyó en gran medida a la desastrosa derrota de Atenas. Según su punto de vista, un Estado grande y dinámico como Atenas no podía mantenerse tranquilo: “Deben entender que al dejarse llevar por la inacción, el Estado, como cualquier otra cosa, se agotará y decaerá toda su capacidad, mientras que cada nueva pelea le proporcionará un experiencia distinta y lo acostumbrará a defenderse, con palabras y acciones... Una ciudad que no es pasiva por naturaleza no podría escoger una forma más rápida de arruinarse que si, de pronto, adoptara una política así”.<sup>80</sup> Estos son puntos de vista sorprendentemente similares a muchos que se expresaron en Alemania en las dos décadas anteriores a la Gran Guerra, de un conflicto inevitable y conveniente, de ambiciones imposibles de limitar, de *Weltmacht oder Niedergang* (poder mundial o decadencia).<sup>81</sup>

¿Es cierto que no puede haber límites a las ambiciones de poder, o que al menos algunos tipos de Estados que alcanzan la condición de gran potencia mediante políticas agresivas y dinámicas no pueden, en su madurez, reprimir y controlar las fuerzas que han desatado y poner límites a su crecimiento y deseos? De ser así, Pericles y Bismarck pueden verse como dos viejos que tratan infructuosamente de consolidar los logros de su juventud tratando de detener un torbellino.

En el caso de Bismarck, al menos, debemos recordar que la paz por la cual trabajó duró un cuarto de siglo después de que lo destituyeron del cargo, lo que no es poco tiempo en estos casos. Como veremos, además, hubo que hacer esfuerzos extraordinarios y rechazar de forma completa y premeditada sus objetivos para provocar una guerra, incluso en ese momento. Por tanto parece cuestionable decir que su sistema fue un fracaso y culparlo por la guerra

que sucedió luego de su muerte. Es bueno recordar que poco después de su destitución Bismarck

podía sentirse satisfecho por el hecho de que su red de alianzas se encontraba todavía en buena forma y que, sin dudas, se había fortalecido por la asociación de Gran Bretaña con los miembros más jóvenes de la Triple Alianza. No se vislumbraban nuevos problemas en Europa. Los belicistas en Francia y los paneslavistas en Rusia se eclipsaban, y la atención de todas las potencias se dirigía cada vez más hacia los problemas de la expansión territorial y la explotación colonial en áreas muy alejadas del centro de Europa.<sup>82</sup>

## PONIENDO A PRUEBA LA PAZ

### EL "NUEVO RUMBO" DE ALEMANIA

Mil ochocientos ochenta y ocho fue el año de los tres emperadores en Alemania. En marzo murió el anciano Guillermo. Su hijo Federico III falleció después de estar sólo noventa y nueve días en el trono y, el 15 de junio, el hijo de Federico, Guillermo II, se convirtió en kaiser. A diferencia de su padre, que delegaba en Bismarck para que condujera el Estado y sus asuntos y en raras ocasiones interfería, el joven kaiser estaba decidido a gobernar su imperio. Incluso después de que los desaires y fracasos lo hicieron más inseguro, continuó desempeñando un papel destacado y a menudo determinante en las decisiones políticas, diplomáticas y militares. No es posible, por tanto, entender el comportamiento de Alemania en los años de 1888 a 1914 sin tener en cuenta las ideas y personalidad de Guillermo II.

Ya a finales del siglo XIX, cuando la monarquía constitucional se había convertido en una forma normal de la realeza en Europa, el joven kaiser enunció una teoría absolutista: "Considero toda mi posición y mi desempeño como algo que se me ha impuesto desde el cielo, y que he sido llamado al servicio de un Ser Superior, a quien tendré que dar cuentas más tarde".<sup>83</sup> Era un militarista apasionado, le gustaban los uniformes, se rodeaba de un séquito militar y compartía la ética del soldado prusiano. Sus oficiales militares y navales podían acercarse con mayor facilidad que su canciller. Cuando se sentía frustrado o cuando las cosas iban mal, estas ideas a menudo le hacían pensar y hablar sobre la posibilidad de realizar un golpe militar para abolir la Constitución y restaurar el gobierno absoluto, aunque nunca dio semejante paso.

Otra parte importante de su carácter tenía que ver con su actitud hacia Gran Bretaña. Su madre fue la hija de la reina Victoria. Guillermo llegó a odiar el

dominio que tenía sobre su padre, su preferencia por las costumbres inglesas por encima de las alemanas y su política liberal. Cuando llegó al trono, las relaciones entre ellos estaban muy mal y nunca mejoraron. Por otro lado, el kaiser estaba muy orgulloso de su linaje británico. Disfrutaba el código del caballero inglés, aunque nunca lo entendió bien, y con frecuencia se comportaba de una forma tal que provocaba risa y engorro, y reaccionaba ante esto con furia. Inglaterra ejercía una atracción poderosa pero ambigua sobre él. Quería ganar el reconocimiento, respeto y aceptación de la familia real y de la aristocracia, pero sentía celos del poder de Inglaterra, imponentemente representado por su imperio y por la armada que lo protegía. Siempre sospechó que los británicos no lo tomaban ni a él ni a su país en serio y que, por tanto, no le tenían el respeto debido, y estos prejuicios tuvieron consecuencias importantes. Como lo ha dicho un biógrafo:

Una de las características más pronunciadas —y fatales— del último kaiser era su habitual inclinación a actuar totalmente sobre la base de sus sentimientos personales. Las decisiones más trascendentales en los primeros años de su vida —la renuncia a su madre inglesa y a su país, su adhesión a la vida y escala de valores de un teniente prusiano, la puesta en marcha a mediados de la década de 1890 de un régimen interno reaccionario y su campaña, unos años después, para construir una armada gigante— se pueden seguir como actos de vanidad o de resentimiento. Esta tendencia inefable de personalizarlo todo se revela en la correspondencia del kaiser... o en sus comentarios al margen... en innumerables documentos, en los que demuestra pasión pero poco juicio.<sup>84</sup>

El joven kaiser, decidido a gobernar y no simplemente a reinar mientras que su canciller tomaba las decisiones importantes, pronto entró en conflicto con Bismarck. Los dos tenían diferencias significativas sobre la política interior y exterior, así como otras fundamentales que reflejaban la distancia generacional entre ellos. Las memorias del kaiser revelan su fuerte compromiso con las políticas navales y coloniales que un día pondría en vigor y la perspectiva muy distinta del viejo canciller. El joven Guillermo le comentó a Bismarck sobre el entusiasmo popular por la adquisición de la nueva colonia alemana en África: “El príncipe recalcó que el asunto apenas lo merecía”. Bismarck siempre tuvo la intención de, solamente, “utilizar a las colonias como objetos comerciales, o como objetos para el intercambio [más bien que] para que fueran útiles a la patria o para utilizarlos como fuentes de materia prima”. Guillermo “señaló que se debían dar pasos para *construir una flota* [énfasis en el original] a tiempo...; dado que el príncipe había desplegado la bandera alemana en el extranjero... también debía existir una armada que la respaldara”. La idea de

que una flota inglesa pudiera desembarcar en Alemania sin oposición era “intolerable para Alemania”. Para que eso fuera imposible, argumentaba, “necesitamos una armada lo suficientemente poderosa”. La respuesta sardónica de Bismarck fue “si los ingleses llegaran a desembarcar en nuestra tierra, yo los arrestaría”.

La actitud de Bismarck hacia Inglaterra era particularmente irritante:

Inglaterra, sin lugar a dudas, era una de las cinco pelotas de este juego diplomático digno de estadistas, pero era solamente una de las cinco, y él no le concedía la importancia especial que ella merecía.

Por esta razón era que, también, la Oficina de Asuntos Exteriores estaba completamente enfrascada en la interacción continental de la política, no tenía el interés necesario en las colonias, la armada o en Inglaterra, y no poseía ninguna experiencia en la política mundial. La psicología y mentalidad inglesas, como se ponía de manifiesto en la búsqueda —constante aunque disimulada con todo tipo de ropajes— de la hegemonía mundial, eran para la Oficina de Asuntos Exteriores alemana un libro sellado con siete sellos.<sup>85</sup>

Pero la razón fundamental para la desavenencia era una contienda de voluntades. Como lo dijo el kaiser, “era simplemente una cuestión de quién iba a ser el ‘mandamás’”.<sup>86</sup> En una pugna semejante, el kaiser estaba obligado a ganar, y en marzo de 1890 forzó al “canciller de hierro” a renunciar.

El nuevo canciller fue el general Leo von Caprivi, un militar respetado pero inexperto en asuntos internos o diplomáticos, que en una ocasión preguntó “qué clase de burro se atreverá a ser el sucesor de Bismarck”.<sup>87</sup> Casi inmediatamente Alemania rompió la política principal del sistema de Bismarck: la necesidad de mantener una conexión con Rusia para conseguir apartarla de Francia. Se ha sugerido que esta “primera acción de política exterior en el nuevo rumbo de la Alemania de Guillermo II fue la más crítica de todas las que se hicieron entre 1890 y el estallido de la Primera Guerra Mundial, y la que desencadenó todas las calamidades que condujeron a la catástrofe”.<sup>88</sup>

En la complicada y confusa semana en que se destituyó a Bismarck, el kaiser se reunió con el embajador ruso sin consultar a Caprivi y le dijo que Alemania estaba lista para renovar el Tratado de Reaseguro. Después le pidió a Caprivi que pusiera en marcha el proceso. Caprivi se sintió bajo el poder del funcionario de la Oficina de Asuntos Exteriores, experimentado, misterioso pero muy influyente, Friedrich von Holstein. Holstein estaba molesto con el sistema de Bismarck, era hostil a Rusia y pronto convenció a Caprivi de que sería un error renovar el tratado. Caprivi, apoyado por los funcionarios principales de la Oficina de Asuntos Exteriores y por los embajadores más impor-



tantes, le dijo al kaiser que el tratado secreto con Rusia era incompatible con las otras obligaciones que tenía Alemania con Austria, Rumania e Italia, que exponía a Alemania al chantaje ruso y que no permitía controlar eficazmente a los franceses. Sería mejor dejar que el tratado ruso expirara y buscar una política más simple y directa. Confrontado con este consejo unánime, el kaiser estuvo de acuerdo en dejar que caducara el tratado.

Los rusos recibieron la noticia como un golpe devastador y, en mayo, regresaron y ofrecieron concesiones, entre ellas, abandonar el protocolo suplementario que era el que provocaba más conflictos con la alianza austríaca e, incluso, sustituir un intercambio de notas por un tratado formal. Hans Lothar von Schweinitz, el embajador alemán en Rusia, que se había opuesto a la reanudación del tratado, ahora cambió de opinión y apoyó la proposición rusa. "No considero aconsejable rechazar otra vez la mano que el zar nos ofrece", le dijo a Caprivi. "De hecho, creo que es perfectamente posible, considerando las reducidas demandas de los rusos, concluir algo por escrito que, incluso si llega a conocerse, no podría usarse en contra de nosotros y, más aún, nos aseguraría la neutralidad rusa, al menos durante las primeras semanas de una guerra de agresión francesa."<sup>89</sup> Pero los otros se mantuvieron firmes, e inventaron todo tipo de argumentos para negarse. El 18 de junio de 1890 caducó el Tratado de Reaseguro.

Los argumentos que utilizaron los adversarios del tratado parecían tener sentido para ellos. Los rusos proclamaban que eran inalterablemente hostiles a Alemania y nada había cambiado con relación a eso en el pasado ni cambiaría en el futuro. Con el tratado o sin él, atacarían a Alemania si los franceses lo hacían. Por otro lado, un convenio alemán con Rusia siempre ponía en peligro sus alianzas con Austria, Italia y Rumania y haría imposible una unión con Inglaterra. De hecho, este razonamiento llama la atención por su incapacidad de distinguir la realidad del prejuicio y lo que era central de lo que era periférico:

Hay algo absurdo en un argumento que considera las relaciones con Rumania o incluso con Italia, en los mismos términos que las relaciones con Rusia. El planteamiento era, también, totalmente equivocado, por su incapacidad de apreciar la enorme diferencia entre una Rusia atada a Alemania, no importa con cuánta flexibilidad o desconfianza, y una Rusia aliada firmemente con Francia. Tan pronto como los estadistas rusos se dieron cuenta de que no podían esperar más de Alemania, se vieron forzados a buscar la protección de Francia y a cooperar con los franceses en las cuestiones fundamentales de la diplomacia internacional. Para Francia, la certeza del apoyo ruso, comparada con la esperanza de obtenerlo, incrementó enormemente su autoridad y amor propio en los asuntos internacionales. Francia y Rusia juntas formarían un fuer-

te bloque que equilibraría completamente la Triple Alianza. Para Alemania, la realidad de una alianza franco-rusa aumentaba el peligro de una guerra de revancha francesa.<sup>90</sup>

¿Por qué emprendieron los alemanes una acción tan singular? Cuando los argumentos que esgrimieron se pueden refutar con tanta facilidad, es razonable buscar otras explicaciones. La nueva política reflejaba los puntos de vista de los profesionales en la Oficina de Asuntos Exteriores, especialmente los de Holstein. “En vez del complicado sistema de Bismarck de pruebas y equilibrios, la administración de Caprivi intentaba construir una gran coalición de Estados con intereses similares a los de Alemania, una alianza en la que Gran Bretaña ocuparía el lugar de Rusia. En una alianza así, Rusia no jugaba ningún papel y sólo podría alterar los planes alemanes.”<sup>91</sup> Durante algunos años, a Holstein y a otros les había molestado el comportamiento de Rusia en los Balcanes y, a espaldas de Bismarck, habían presionado a los austríacos para que adoptaran una línea dura en contra de los rusos. El “nuevo rumbo” buscaba una alianza con Gran Bretaña, y una de las razones fundamentales de Holstein para rechazar el Tratado de Reaseguro era que su divulgación ofendería a Inglaterra, especialmente el protocolo suplementario que cerraba los Estrechos. Pero Holstein persistió en su oposición, incluso después de que los rusos se prepararon para renunciar al protocolo. Su hostilidad contra Rusia era visceral e iba más allá de la diplomacia racional. Aparte de eso, tenía motivos personales. Bismarck y él se habían convertido en enemigos, y Holstein estaba convencido de que una renovación del tratado haría que Bismarck regresara a la oficina, y eso significaría el fin de su propia carrera. En la primavera de 1890, sin embargo, era el único hombre con experiencia y autoridad en el cuerpo diplomático, “era el tuerto en el país de los ciegos”,<sup>92</sup> y la influencia que tenía sobre sus colegas era decisiva.

Cuando el kaiser se enteró de la oposición de los diplomáticos al tratado dijo: “bueno, entonces, no se podrá hacer, me guste o no”,<sup>93</sup> y es cierto que jugó un papel pasivo en este asunto. A lo largo de su trayectoria, no obstante, rechazó reiteradamente los consejos, de cualquier fuente, cuando no estuvo absolutamente convencido. En este ejemplo hay buenas razones para creer que su primer instinto, de renovar el tratado, fue automático, y no el resultado de un análisis cuidadoso, y la decisión de dejarlo caducar era lo que prefería en realidad. Desde mediados de la década de 1880 su malestar con Rusia había crecido notablemente. En 1887, convencido de que Francia y Rusia estaban tramando una guerra contra Austria y Alemania, le escribió a Bismarck solici-tándole que apoyara la idea de Waldersee de una guerra preventiva. El canciller le escribió a un amigo, “ese joven quiere una guerra con Rusia y le gustaría desenvainar su espada ahora mismo, si pudiera. No seré parte de eso”.<sup>94</sup> En

1889, después de llegar al trono, mantenía los mismos puntos de vista. Le prometió al emperador austríaco Francisco José, en abierto antagonismo a la política de contención de Bismarck, que apoyaría a Austria en una guerra contra Rusia, le gustara o no al canciller, y le aseguró a amigos que si Bismarck no apoyaba una guerra contra los rusos tendría que irse.<sup>95</sup> En el mismo año, el kaiser finalizó las negociaciones de Bismarck y de su banquero personal relacionadas con un préstamo grande a Rusia.<sup>96</sup> La decisión de “cortar el cable a San Petersburgo”, por tanto, no representó un cambio en las opiniones previas de Guillermo.

Parece que hubo aun otra razón para una transformación de la política, intangible y difícil de documentar, pero no menos real. Guillermo II representaba el arribo al poder de una nueva generación después del largo predominio del anterior. Guillermo I había reinado hasta que llegó a los noventa y Bismarck se había ocupado de los asuntos durante casi tres décadas. Cualquier evaluación objetiva indica que habían alcanzado un éxito extraordinario: la unificación de Alemania bajo el liderazgo prusiano, la primacía en Europa, un progreso económico enorme y el mantenimiento de la paz durante veinte años. Con todo, había descontento al darse por sentado los logros alcanzados y surgir nuevos problemas. La gente estaba cansada del gobierno de aquellos viejos, en particular del irascible y dominante canciller. Existía una gran presión, especialmente entre la nueva elite que rodeaba al joven kaiser, para que se efectuara un cambio, de cualquier índole. Desde el punto de vista del kaiser, ¿cómo podría librarse de la mano muerta del pasado y ocupar su propio lugar como líder de su pueblo si simplemente recorría los caminos cimentados por sus predecesores? ¿Qué sentido tenía destituir a Bismarck para continuar gobernado por su sistema y sus políticas?

Pero el cambio no significa siempre mejoría y el movimiento no significa siempre progreso. Una crítica aguda de la nueva política destaca sus defectos:

Lo que los sucesores de Bismarck se negaron a considerar fue el efecto que su política rusa podría tener en sus aliados o en las potencias que ellos deseaban asegurar como aliados. Estos países tenían sus propios intereses que no estaban necesariamente conectados con los de Alemania. Al dejar a Rusia a la deriva, los alemanes disminuyeron considerablemente su poder de negociación con Austria e Italia y, quizá, perdieron su palanca más eficaz para sacar a los británicos de su aislamiento. Una vez que Rusia hubiera hecho una alianza con Francia, a lo que estaba prácticamente obligada como resultado de la política alemana, los austríacos y los italianos reconocerían que, al amenazar con desertar al bloque rival, podrían hacer que Alemania pagara un alto precio por su amistad, y la lealtad de ambos se hacía menos sólida. En tanto los

británicos veían que Alemania tenía ahora que apoyar a Austria y a Italia o arriesgarse a que se desintegrara la Triple Alianza y, como consecuencia, sentían que había menos motivos que en la época de Bismarck para comprometerse con estas potencias con la intención de lograr un equilibrio del poder de Rusia en Europa Oriental y del de Francia en el Mediterráneo. Contemplantarían con satisfacción el rompimiento alemán con Rusia y el restablecimiento del balance de poder en el continente que les permitía jugar el sustancioso papel de la rueda del equilibrio. Sin dudas, no tenían el propósito de apoyar una oferta de Alemania para una dominación diplomática del continente, aunque por muchos años los alemanes estuvieron convencidos de que, algún día, los británicos les proporcionarían ese apoyo.<sup>97</sup>

La locura de la nueva política pronto se hizo patente. Los alemanes negociaron con éxito un tratado con los británicos, adquiriendo la pequeña isla de Heligoland y, en cambio, reconocieron el protectorado británico en Zanzibar además de otras concesiones coloniales significativas en África. Heligoland no tenía ninguna importancia para los alemanes que “lo celebraron, simplemente, como una muestra de prestigio nacional”,<sup>98</sup> y muchos alemanes pensaron, acertadamente, que los británicos habían obtenido, sin discusión, lo mejor del reparto. Pero Holstein y Caprivi, a quienes no les importaban mucho las colonias, consideraron que estaban en buen camino para una unión con Gran Bretaña. Los intentos por acercar a los británicos a la Triple Alianza, sin embargo, fracasaron. Cuando Italia trató de utilizar la creciente dependencia de Alemania en la Triple Alianza para ganar apoyo para sus intereses en contra de Francia, Holstein trató que los británicos le prometieran a Italia protección ante un ataque francés. Salisbury no estaría de acuerdo. Sabía que “mientras Francia le temiera a Alemania, no podría hacer nada para perjudicarnos”.<sup>99</sup> Cuando Gladstone y los liberales llegaron al poder en 1892, además, los planes alemanes para una alianza inglesa que reemplazara la rusa se desmoronaron. Gladstone favorecía a los franceses, pero acogía todavía más la vieja política de aislamiento.

Los rusos, no obstante, se afectaron mucho cuando Alemania se alejó de ellos para acercarse a los británicos y continuaron deseando y trabajando por volver a tener relaciones más estrechas con Alemania. Cuando los franceses, en mayo de 1890, los instaron a que se les unieran en un acuerdo militar contra Alemania, los rusos se negaron. Sin desalentarse, los franceses lo intentaron nuevamente, esta vez usando su gran poderío financiero como arma diplomática. En un momento en que los rusos necesitaban dinero con urgencia, los franceses lograron que la Casa de Rothschild cancelara un préstamo grande, y los rusos entendieron el mensaje. En julio de 1891, una escuadra naval proceden-

te de Francia, la madre de la revolución europea, arribó a Kronstadt, el puerto del Báltico de la Rusia zarista, el baluarte de la autocracia reaccionaria, y la recibieron con muestras de entusiasmo. En agosto las dos naciones concluyeron un acuerdo diplomático secreto. Un año después, los generales franceses y rusos negociaron un convenio militar, sujeto a aprobación posterior, que comprometía a los rusos a atacar a Alemania si los alemanes atacaban Francia, y viceversa. En octubre de 1893 la flota rusa reciprocó la visita de Kronstadt con un viaje a la base naval francesa en Toulon en donde también los recibieron con efusividad y en enero de 1894 el gobierno francés respaldó oficialmente la alianza, aprobada por el zar una semana antes. La peor pesadilla de Bismarck se había hecho realidad. "El sistema mediante el cual Alemania dirigía los asuntos de Europa" había llegado a su fin.<sup>100</sup>

Al principio, los alemanes no se alarmaron mucho por el creciente acercamiento entre Francia y Rusia. Pero a medida que los británicos permanecían fríos y el romance franco-ruso se intensificaba, Alemania se vio forzada a aceptar la posibilidad de una guerra en dos frentes.<sup>101</sup> El viejo plan de Moltke para una contingencia así había sido dividir sus ejércitos en partes más o menos iguales entre el Este y el Oeste, "listo para tomar la ofensiva tanto en el Este como en el Oeste —pero sólo como una forma de defensa—".<sup>102</sup> El ataque más fuerte sería en contra de Rusia, que en ese momento se consideraba el adversario más débil, primero, manteniendo a raya a los franceses en el oeste. Ya que, posiblemente, los rusos se retirarían para darle un buen uso militar al tamaño inmenso de su territorio, como hicieron contra Napoleón, el plan no valoraba mucho la rapidez del ataque. Si se obligaba a los alemanes a pelear contra Rusia, tenían la esperanza de disuadir o contener a los franceses mediante el incremento de sus fuerzas, pero manteniéndose a la defensiva en el frente occidental.

En febrero de 1892, el conde Alfred von Schlieffen se convirtió en el jefe del Estado Mayor, un cambio tan significativo como la investidura del nuevo emperador y su nuevo canciller.

Gracias a los preparativos diplomáticos magistrales de Bismarck y a la inmensa superioridad técnica y material del ejército prusiano-alemán, Moltke había podido comenzar todas sus guerras con grandes expectativas de éxito (podría afirmarse que de un ochenta por ciento). Ahora, de década en década, esta posibilidad había disminuido. Sólo al estudiar el despliegue de los planes de Moltke después de 1871, puede uno entender por qué Bismarck se sintió tan angustiado por el *cauchemar des coalitions*, y por qué empleó trucos tan elaborados y, al final, tan atrevidos, para evitar un conflicto con Rusia. La nueva generación de diplomáticos, arraigados en los firmes fundamentos políticos que Bismarck había creado, estaba mucho más confiada. Simplificaron su trabajo cuando, finalmente, aban-



Área del Plan Schlieffen.

donaron su "reaseguro" con Rusia y se lanzaron a toda marcha en las complejas aguas de la "política mundial" que pronto entraría también en antagonismo con Inglaterra. La misma actitud de confianza se reflejó, después de Moltke, entre la generación más joven de jefes del Estado Mayor alemán.<sup>103</sup>

Schlieffen diseñó un nuevo plan que, aunque tenía algunos cambios significativos, se mantuvo como la estrategia básica que utilizaron los alemanes cuando entraron a la guerra en 1914. Francia, a pesar de considerarse como el adversario más poderoso, podía derrotarse con rapidez si la fuerza que se utilizaba era lo suficientemente fuerte. Los planes de Schlieffen, por tanto, en todas sus variantes, necesitaban de un ataque inmediato en el oeste para acabar con los franceses antes de que los rusos pudieran traer sus efectivos para combatir en el este. Incluso una guerra que comenzara en los Balcanes, por tanto, requeriría de un ataque alemán a Francia: "aunque la perspectiva de una guerra en dos frentes provocó el plan de campaña de Schlieffen, este proyecto primero consideró la guerra en dos frentes como algo inevitable".<sup>104</sup>

A.J.P. Taylor ridiculiza el concepto de que el sistema de alianzas existente en 1914 causó la guerra al destacar que "con o sin alianzas, una guerra austro-húngara tenía que involucrar al oeste, una vez adoptado el plan de Schlieffen".<sup>105</sup> El blanco es ancho y merece que se le dispare, porque enseguida se comenzó a culpar al sistema de alianza como la causa de la guerra y esta tendencia subsiste hasta nuestros días. El 1 de agosto de 1914, Alfred Zimmermann, subsecretario de la Oficina de Asuntos Exteriores de Alemania le dijo al embajador británico en Berlín: "Todo pasó por este condenado sistema de alianzas, que fue la maldición de los tiempos modernos",<sup>106</sup> y los historiadores más influyentes y revisionistas fueron más lejos al decir que "la única causa subyacente de la guerra fue el sistema de alianzas secretas que se desarrolló después de la Guerra Franco-Prusiana".<sup>107</sup> El propósito de ambas afirmaciones es no culpar a los alemanes por la guerra que comenzó a raíz de su invasión a la Bélgica neutral. Como hemos visto, sin embargo, el sistema de alianza que surgió en 1871 mantuvo la armonía durante dos décadas, y la paz que emergió después de 1890, muy diferente de la anterior, sobrevivió otro cuarto de siglo antes de derrumbarse y terminar en una guerra general. Ambos sistemas no fueron las causas de la hostilidad sino los resultados de objetivos y políticas más esenciales, buscados por las potencias europeas, por lo que es importante exponer el vacío que encierran estas aseveraciones.

Aun así, el argumento de Taylor no da respuesta al asunto que se discutía en 1892. El plan de Schlieffen se adoptó en respuesta a la alianza que surgía entre Rusia y Francia, una alianza que Bismarck se había empeñado en evitar, con éxito, durante mucho tiempo y que, prácticamente, se le había impuesto a los

rusos por el nuevo rumbo diplomático seguido con terquedad por los alemanes después de 1890. Quedó claro inmediatamente que la nueva estrategia requería un ejército mayor, y el Reichstag estaba obligado a aprobar fondos para un aumento considerable. Bismarck y otros críticos se apresuraron a destacar el fracaso de la nueva política que había reunido a Francia y a Rusia “mientras perseguía la quimera de una alianza con Gran Bretaña, una potencia notoriamente poco confiable que ahora tenía la clara intención de usar la Triple Alianza para sus propios propósitos sin entregar nada a cambio”.<sup>108</sup>

El kaiser abandonó Gran Bretaña muy molesto y trató de conciliarse con los rusos. Hizo un gran esfuerzo e irritó mucho a los conservadores agrícolas, que eran los partidarios más fuertes de la monarquía, al apoyar el acuerdo comercial de Caprivi de 1893, que era muy favorable a los rusos. Este cambio drástico obtuvo, además, el respaldo de Holstein, que ahora estaba “dispuesto a entregar Rumania, Bulgaria, Turquía y los Estrechos y a concluir una alianza con Rusia con o sin la aprobación de Austria”.<sup>109</sup> A pesar de los méritos que podía tener este *volte-face*, ya no era posible. Rusia estaba comprometida con la nueva coalición francesa y recelosa de los alemanes, aun cuando obtuviera beneficios por las bajas tarifas.

Paul Hatzfeld, el embajador de Alemania en Londres, evaluó perfectamente la falta de constancia y firmeza en la política exterior de su país en 1894. Si sólo, dijo, los alemanes aprendieran “a sentarse tranquilos y esperar, las tórtolas asadas volarían a sus bocas; sin embargo, de todas formas, frustraron sus propios intereses por ‘vacilaciones histéricas incesantes’”.<sup>110</sup> El gobierno se dedicó, entonces, a buscar popularidad y prestigio al involucrar a Alemania en disputas coloniales. Al kaiser le agradó la idea porque las colonias se estaban haciendo populares entre elementos del pueblo alemán. También le resultó atractiva porque esta política provocaría, sin dudas, conflictos con Gran Bretaña, la más grande de las potencias coloniales y, por tanto, contrarrestaría la nueva reputación del régimen de ser demasiado complaciente con los británicos. A Holstein le gustaba el plan porque vio en él una oportunidad de molestar a los británicos y, de este modo, demostrarles que les convenía unirse a Alemania y a la Triple Alianza. A pesar de su propia apreciación sobre los peligros de la hiperactividad de Alemania, Hatzfeld apoyó esta política, señalando diferentes formas en que podían usarse las colonias para presionar a los británicos: “Mediante su tratado con el Congo, el Gabinete inglés nos ha entregado un arma nueva que nos prueba las desventajas de nuestra hostilidad... Esta es, por tanto, la manera en la que podemos ejercer presión y, quizá, lograr que los ingleses entren en razón”. El kaiser estaba encantado con el consejo y comentó, “¡espléndido! Corresponde totalmente con mis opiniones y nuestra política se desarrollará como se recomienda aquí”.<sup>111</sup> Esta curiosa idea de ganar amigos y aliados a través de la intimidación siguió atrayendo a Holstein y a su



*protégé* Bernhard von Bülow, último ministro para Asuntos Exteriores y canciller. Su interpretación equivocada del carácter británico provocaría muchos problemas.

En 1894 los alemanes desafiaron o pelearon con Gran Bretaña por Samoa, el Congo, Sudán, Marruecos, Turquía y las colonias portuguesas de África. La destitución de Caprivi como canciller y su sustitución por el príncipe Chlodwig zu Hohenlohe-Schillingsfürst no interrumpió el modelo a seguir. En 1895, a pesar de que no poseían intereses en el Lejano Oeste, intervinieron en la culminación de la guerra de Japón con China, debido al temor infundado de que, si no actuaban así, los británicos obtendrían nuevos beneficios en la región.<sup>112</sup> Los alemanes no siempre se equivocaban al actuar de esa forma ante estas desavenencias, pero sus tácticas desagradables y la aparente falta de motivos confundían y molestaban a los británicos, sin que repercutiera en algo importante para Alemania. En junio de 1894 el secretario de Asuntos Exteriores británico le escribió a su embajador en Berlín: "si esto continúa puede tener consecuencias a largo plazo y es difícil entender qué ventaja esperan obtener con una política así".<sup>113</sup> Pero los alemanes no percibían que su política y conducta estaban provocando hostilidad en Inglaterra, "ni parecían comprender que esta política había dañado seriamente la posibilidad de un compromiso final entre Gran Bretaña y la Triple Alianza, un acuerdo que, inicialmente, había significado el principal objetivo de la diplomacia alemana". En cambio, Holstein reprendió a Hatzfeld por haber sido demasiado moderado con los británicos y el embajador alemán le respondió indignado "usted está equivocado si piensa que estoy, de alguna manera, reacio a comportarme aquí de forma desagradable".<sup>114</sup>

El 29 de diciembre de 1895 el doctor Leander Starr Jameson, el administrador de Rhodesia de la Compañía Británica de Sudáfrica, condujo un ataque armado en el Estado independiente de los bóers en el Transvaal con la intención de provocar una rebelión entre los británicos y otros colonizadores en contra del gobierno bóer. Los británicos no apoyaron al doctor Jameson y, en unos pocos días, fue derrotado y capturado; el asunto parecía haber concluido.

El ataque de Jameson, sin embargo, irritó al kaiser. Dijo que iría a la guerra con Gran Bretaña y que convertiría el Transvaal en un protectorado alemán. Para desviarlo de estas ideas descabelladas, Marschall lo convenció de que enviara el siguiente telegrama de felicitación al presidente Paul Kruger del Transvaal:

Lo felicito sinceramente por haber tenido éxito, con su pueblo, sin solicitar la ayuda de potencias extranjeras, y por enfrentarse con sus propias fuerzas a una banda armada que irrumpió en su país para alterar la paz, por restaurar la tranquilidad y por mantener la independencia contra ataques externos.<sup>115</sup>

Cuando Holstein se opuso al telegrama, Marschall lo instó para que no interfiriera: “usted no tiene idea de las sugerencias que se hacen allí. Cualquier otra cosa es aún peor”.<sup>116</sup>

Pero el telegrama, que “probablemente... consiguió exacerbar a la opinión pública británica y alemana, una en contra de la otra”, como no lo había logrado nada antes de 1914,<sup>117</sup> fue suficientemente negativo. Su mensaje irritó a los británicos porque lo entendieron como una intervención indebida en los asuntos internos del Imperio Británico. También se molestaron por la sugerencia implícita de que Alemania era una de las “potencias extranjeras” aludida que hubiera estado dispuesta a ayudar a los bóers si hubiera sido necesario. Más allá de eso, Sudáfrica era muy importante para los británicos. Su secretario de Asuntos Exteriores recientemente le había dicho a los alemanes que era “quizás el interés más vital de Gran Bretaña porque al tener posesión de ese territorio se aseguraba la comunicación con India... [era aún] de mayor importancia para Inglaterra que Malta o Gibraltar”.<sup>118</sup> El resultado fue una gran protesta en la prensa y las primeras demostraciones públicas de sentimientos antigermanos entre el pueblo, rompieron las ventanas de los establecimientos alemanes, escribieron cartas insultantes y amenazadoras al embajador alemán, que reportó “que se desarrollaba una situación totalmente nueva... un sentimiento profundamente arraigado de amargura entre la gente, manifestado de diferentes formas... si el gobierno había perdido la cabeza o hubiera deseado, por alguna razón, la guerra, hubiera tenido a toda la opinión pública a su favor”.<sup>119</sup> En 1896, las relaciones alemanas con Gran Bretaña habían caído a su nivel más bajo. El nuevo rumbo, que buscaba un acercamiento con Gran Bretaña, había provocado el resultado opuesto y, al mismo tiempo, había creado una alianza franco-rusa. Cualquier cálculo razonable indica que las políticas del kaiser fueron un fracaso desastroso.

En Alemania, sin embargo, el telegrama del kaiser provocó una gran ola de entusiasmo popular por representar una actitud audaz con relación a la política exterior y colonial, y porque humillaba a Inglaterra. Los del gobierno, por otro lado, que comprendían sus implicaciones estaban preocupados y consternados. Holstein dijo que el telegrama era “un fósforo para encender una acumulación de material inflamable” y el agregado militar alemán en San Petersburgo declaró que “¡el kaiser tiene que estar *loco, loco, loco!*”.<sup>120</sup> Sin duda, el kaiser estaba muy molesto pero, si estaba loco, tenía un método. En 1895 estaba presionando fuertemente para lograr un incremento importante en la Armada alemana y contaba con poco apoyo en el Reichstag o en el país en general. Como lo señala un académico, “detrás de los exabruptos emocionales del kaiser, a veces se oculta un cálculo ingenioso”. Unos meses antes del ataque de Jameson, previó una crisis internacional que surgiría de las relaciones de los británicos con los bóers, al decir “debemos extraer todo el capital

que podamos de nuestros negocios, también a partir de algunas asignaciones navales para proteger nuestro comercio creciente".<sup>121</sup> Trajo a tres almirantes a la conferencia que convocó para considerar una respuesta al ataque, y "el kaiser, [almirante] Knorr y [almirante] Senden querían, sin discusión, explotar la 'maravillosa' ola de anglofobia provocada por la crisis para exigir enormes sumas del Reichstag para ampliar la Armada".

Naturalmente, los constructores de barcos, los productores de hierro y acero, los abastecedores de las necesidades de la Armada, financieros y otros hombres de negocios e industriales que se beneficiarían directamente secundaron con entusiasmo el plan del kaiser. Los nacionalistas, las organizaciones superpatrióticas como la Unión Colonial y la Liga Panalemana estaban enérgicamente a favor de las colonias y eran hostiles a los británicos. En 1895-1896 ya estaban convencidos de la idea de la armada, como lo estaban muchos intelectuales nacionalistas, escritores populares y profesores universitarios. A menudo esgrimían argumentos basados aparentemente en supuestas necesidades prácticas y ventajas, típicamente económicas. De este modo, el almirante Georg von Müller, un hombre que luchó por alcanzar el *Weltpolitik* y sus beneficios, no a expensas de la alianza con Inglaterra sino a partir de la alianza con ella, afirmó que "Europa Central (*Mittleuropa*) se está haciendo muy pequeña y la libre expansión de los pueblos que viven aquí se restringe como consecuencia de la presente distribución de las partes inhabitables de la tierra y, sobre todo, por la dominación mundial de Inglaterra".<sup>122</sup> Pero las ventajas económicas del imperialismo colonial generalmente se asumían y proclamaban pero no se demostraban. El tiempo y estudios subsecuentes han demostrado que en pocas ocasiones se obtenían ganancias a partir de la adquisición de esas colonias, mientras estuvieran sin dueños o pudieran obtenerse. "La política colonial de Alemania tenía una base económica muy estrecha. Sus partidarios eran, más bien, profesores, maestros de escuela y clérigos en vez de hombres de negocios."<sup>123</sup> Los proyectos imperiales y coloniales más grandes, tales como el ferrocarril Berlín-Bagdad, los iniciaban generalmente los políticos, que podían conseguir que los financieros invirtieran con sólo ofrecerles garantías gubernamentales.<sup>124</sup>

Tampoco queda claro que los contemporáneos estuvieran realmente convencidos o decididos a actuar por motivos económicos. La rapidez con la que Alemania aumentó su poder e influencia en el cuarto de siglo a partir de su creación había llenado las cabezas de la nueva generación, especialmente las de los intelectuales, profesionales y hombres de negocios con orgullo nacional y ambición. En una famosa conferencia en 1895, Max Weber argumentaba que Alemania necesitaba buscar poderío mundial.

Debemos entender que la unificación de Alemania fue una locura de juventud que la nación realizó en sus días de decadencia y de la que se

hubiera debido prescindir por sus gastos, si hubiera sido la conclusión y no el punto de partida para una *Weltmachtpolitik* alemana [política de poder mundial].<sup>125</sup>

Estas ideas encajaban en el marco del darwinismo social que influyó mucho en Alemania y en muchos otros lugares a finales del siglo. Transfería el concepto de la lucha por la supervivencia y el predominio de los más aptos, de la experiencia de las especies en la naturaleza, a la esfera de las naciones en el mundo.

Las observaciones de Hunold von Ahlefeld, director del Astillero imperial en Kiel eran típicas: “La ‘lucha por la supervivencia’ es furiosa entre individuos, provincias, partidos, Estados. Los últimos están enfrascados en ella, ya sea con la fuerza de las armas o por medios económicos; no hay nada que hacer con relación a esto, excepto unirnos a ella. El que no lo haga, perecerá”.<sup>126</sup>

Sólo unos meses antes de la guerra, el canciller Theobald von Bethmann Hollweg se quejaba de que “cada día Alemania ve crecer a su población a pasos gigantados; su armada, su comercio y su industria están desarrollándose como nunca antes... está obligada a expandirse de una forma o de otra; todavía no ha encontrado ese ‘lugar bajo el sol’ que le corresponde”.<sup>127</sup>

Una y otra vez, en las dos décadas previas a la guerra, los británicos trataron de encontrar una forma de adaptarse a los intereses alemanes pero les resultaba difícil entenderlos. Como lo ha señalado un académico perceptivo, los alemanes “querían *Geltung* [respeto], *Anerkennung* [reconocimiento], *Gleichberechtigung* [autoridad igual], un sinfín de objetivos, cargados de emoción y psicológicamente reveladores”.<sup>128</sup> Es difícil no comprender que el sentido de las exigencias de Alemania con relación a las colonias y al imperio mundial estaba basado, no tanto en una preocupación de “interés”, en el lenguaje de Tucídides, sino en la búsqueda del “honor”.

Entre los países europeos a finales del siglo, la definición de excelencia y de grandeza estaba definida por Gran Bretaña, cuyo poder debía ponerse a prueba si Alemania se lanzaba a buscar su destino. Incluso el historiador moderado, y ensayista influyente, Hans Delbrück,

uno de los pocos “crítico[s] de la era de Guillermo II” enfocó su atención en la centralidad de Inglaterra:

Queremos ser una potencia mundial y desarrollar políticas coloniales a gran altura. Esto es cierto. Aquí no puede haber marcha atrás. Todo el futuro de nuestro pueblo entre las grandes potencias depende de eso.

Podemos buscar esta política con Inglaterra o sin Inglaterra. Con Inglaterra significa que será en paz; en contra de Inglaterra significa: a través de la guerra.<sup>129</sup>

La grandeza de Gran Bretaña se creía que descansaba en su imperio, el cual, a su vez, dependía del control de los mares que ejercía la Armada Británica. Para ser una gran potencia se necesitaba un imperio colonial y una flota. Estas ideas tuvieron un gran impulso a partir de la publicación, en 1890, del libro de Alfred T. Mahan, *The Influence of Sea Power Upon History 1660-1783* [*La influencia del poder marítimo en la historia 1660-1783*]. Al escoger ejemplos históricos apropiados, Mahan observó que la jerarquía de las naciones era un flujo continuo y que la competencia internacional constante conducía al ascenso de algunos Estados y a la decadencia de otros. Razonaba que el poderío náutico había sido siempre el factor decisivo. Aunque queda por comprobar que su argumento sea correcto,<sup>130</sup> el libro tuvo un impacto tremendo en el kaiser. Desde su infancia había sentido un interés apasionado por la navegación, el mar y los barcos. Uno de sus primeros actos como emperador fue reorganizar la estructura de la administración marítima y el otro fue la novedad de designar a un oficial naval como uno de sus ayudantes. Le encantó que la reina Victoria lo elevara al rango de almirante británico y los bombardeó, a ella y a los oficiales navales británicos, con críticas y consejos que no fueron muy bien apreciados. Leyó el libro de Mahan en 1894, se lo aprendió de memoria y ordenó que todos los oficiales navales alemanes lo estudiaran.<sup>131</sup> Pero como ha dicho un biógrafo “en el fondo, su actitud con relación a la flota formaba parte de su relación de amor-odio con el país de su madre. Quería una armada porque los ingleses tenían una, porque era característico de las potencias mundiales tenerla, porque era una forma de obligar a los ingleses a que le prestaran atención”.<sup>132</sup> Otro ofrece una explicación similar:

[L]a flota alemana era para él, no tanto un ingrediente calculado de la política exterior sino el emblema romántico de la gloria Hohenzollern... Una armada representaba para él una oportunidad magnífica para humillar a los enemigos de Alemania y provocar respeto y riquezas tanto para el gobernante como para el pueblo. Sin la armada el Kaiser sabía que no podía emprender ninguna acción efectiva, ni en el Atlántico ni en el Pacífico, y que esta impotencia conduciría ineluctablemente a un deterioro humillante del prestigio de Alemania así como del suyo propio. Él, por tanto, tiene que tener una flota.<sup>133</sup>

La dedicación del kaiser a la Armada “fue lo único constante en una vida que, por lo demás, se destacó por sus vacilaciones... el único asunto en el que el kaiser era inflexible en sus opiniones”,<sup>134</sup> y esto era muy importante, porque

Alemania en la década de 1890 se encontraba muy lejos de emprender un amplio programa de construcción naval. Ya en enero de 1896, el almirante Senden se quejaba de que “el rey y el kaiser no cuentan con mayoría en el gobierno, ni en el Bundesrat ni en el Reichstag... Todo el país desconoce el propósito y la función de la Armada. Debemos lograr el apoyo total del Reichstag y del país”.<sup>135</sup> Los años en los que se desarrolló la política de construir una gran flota de acorazados para desafiar la supremacía británica en el mar, 1897-1900, fueron también los de mayor poder político de Guillermo II. “Desde 1897 hasta que Bülow llegó a la Cancillería en octubre de 1900, el kaiser Guillermo II fue su ‘propio canciller... En esos tres años [él] tuvo una posición semejante a la de un primer ministro moderno o un presidente.”<sup>136</sup> Sin su fuerte determinación, su descubrimiento y apoyo constante a Alfred von Tirpitz, el genio de la propaganda y la política, que pudo convencer a la nación y a los políticos, hay poca razón para creer que Alemania hubiera lanzado su gran programa naval.

Aprovechándose de la excitación posterior al ataque de Jameson, el kaiser presionó al almirante Friedrich von Hollmann, el secretario de Estado de la Oficina de la Armada del Reich y al canciller Hohenlohe para presentar un proyecto sobre la Armada, inmediatamente, ante el Reichstag, argumentando que “no volveremos a tener otra vez una oportunidad tan favorable de demostrarle al país que la Armada no puede continuar en su estado actual”<sup>137</sup>, pero no encontraron apoyo y el proyecto tuvo que posponerse hasta la próxima sesión. El kaiser estaba furioso y Hollmann le dijo a Hohenlohe que “el kaiser espera encontrar un canciller del Reich que planteará demandas navales fundamentales, disolverá el Reichstag si es necesario y ejecutará un *coup d'état*”.<sup>138</sup> Lo que Hollmann no sabía era que el kaiser también lo iba a reemplazar, porque Guillermo II estaba decidido a construir una gran flota alemana capaz de desafiar a los británicos en el control del mar.

En junio de 1897, Alfred Tirpitz fue nombrado secretario de Estado de la Armada Imperial, un honor extraordinario para el hijo de una familia de clase media. Estaba convencido de que el futuro de Alemania se decidiría en el mar, de que Gran Bretaña era el enemigo principal de Alemania, el obstáculo para lograr sus objetivos como potencia mundial, y de que los acorazados eran el único instrumento para combatir el poder británico. Sus habilidades y vitalidad le ganaron la admiración de sus superiores; cuando Senden contempló la enorme tarea de obtener apoyo público y político para un programa naval llegó a la conclusión de que “un hombre enérgico, con una amplia visión como secretario de Estado debe provocar un cambio, quizá Tirpitz”.<sup>139</sup> Inmediatamente Tirpitz convirtió a la Oficina de la Armada en un gran centro de propaganda. “Utilizando las técnicas de los anuncios modernos, Tirpitz llevó [su] mensaje a todas las clases y a todas las edades a través de la palabra impresa, de conferencias, de la visita de jóvenes oficiales a las escuelas y de la visita de oficiales de rango

superior a los políticos, y mediante invitaciones al pueblo para que subieran e inspeccionaran las embarcaciones navales.”<sup>140</sup> Utilizó fondos públicos y persuadió a hombres de negocio a contribuir con fondos privados para fundar y respaldar la Liga Naval, lo que se convirtió en un arma de divulgación poderosa y efectiva, y se ganó el apoyo de otras organizaciones nacionalistas. Con una extraordinaria habilidad, no vista antes, para ganar el favor de políticos y de comités parlamentarios, en abril de 1898 Tirpitz pudo introducir una sección en una ley que otorgaba cuatrocientos millones de marcos para nuevas construcciones navales con la intención de fortalecer a la Armada de Alemania con diecinueve acorazados y un número proporcionado de cruceros, torpederos y otras embarcaciones. Dos años más tarde propuso un Proyecto Suplementario que planificaba la construcción del doble de esos acorazados en un período de algunos años. Los acorazados y los cruceros pesados se reemplazarían automáticamente cada veinticinco años, los cruceros ligeros, cada quince.

Este era el comienzo del gran programa marítimo de Alemania que pronto provocó temor y recelo en Gran Bretaña, una carrera naval de una magnitud y costos sin precedentes, una revolución diplomática que vio la aparición de dos bloques de poder antagónicos y que, casi todos los académicos estarían de acuerdo, fue de vital importancia para el inicio de la guerra. ¿Con qué propósito se emprendió? Durante un cuarto de siglo los académicos han debatido la afirmación de que los objetivos principales del *Weltpolitik*, imperialismo colonial y, especialmente, la construcción de una gran armada, no se tomaron, fundamentalmente, por consideraciones de política exterior, *Aussenpolitik*, sino por motivos internos sociales, económicos y políticos, *Innenpolitik*.<sup>141</sup> La que sigue es una exposición de esa tesis:

La política naval de Tirpitz no era otra cosa que un plan ambicioso para estabilizar el sistema político prusiano-germano y paralizar la presión por un cambio. La Armada actuaría como un centro de atención para las fuerzas sociales divergentes que el gobierno esperaba captar hacia un *Sammlung* [grupo o agrupación] conservador en contra de la “Revolución”. Se hicieron promesas de un gran futuro político económico con el objetivo de mantener a los grandes terratenientes, los militares y la burocracia en sus posiciones claves dentro de la estructura de poder.

La idea de una armada grande... tenía el poder de “reavivar el patriotismo de las clases y de colmarlos, otra vez, de sentimientos de lealtad y de amor por el Emperador y el Reich”. El peligro de un sistema parlamentario genuino o incluso del desplome de la monarquía bajo el impacto de una agitación revolucionaria desaparecería de una vez por todas...

La decisión de construir una gran flota de guerra representaba una estrategia para una crisis política interna diseñada para contribuir a la super-

vivencia del sistema político prusiano-alemán: con la ayuda de la Armada, la monarquía quería echar abajo el *status quo* internacionalmente para preservarlo en casa.<sup>142</sup>

La política resultante se conoce como “imperialismo social”.

De una forma más seria y académica esta teoría recuerda la versión de los escritores de la antigüedad del *Primat der Innenpolitik* en el siglo V a. C., es decir, que Pericles comenzó la guerra para resolver problemas internos en Atenas,<sup>143</sup> pero tampoco hay muchas pruebas que lo puedan demostrar. Los críticos han mostrado que el autor de *Sammlungspolitik* consideraba que la construcción de una flota era una amenaza para el éxito de su plan de unir los partidos no socialistas, y que los objetivos de Tirpitz tenían poco que ver con las consideraciones políticas internas.<sup>144</sup> Pero la refutación más impresionante se encuentra en el curso de los acontecimientos, desde 1898 hasta 1914. “En vez de actuar como un centro integrador, la Armada se convertiría en una fuerza causante de divisiones.”<sup>145</sup> El enorme costo de la Armada, que continuó creciendo año tras año, creó problemas internos profundos que, de otra manera, no hubieran aparecido. Requería la imposición de nuevos impuestos, lo que provocó conflictos entre los grupos más importantes que apoyaban la monarquía y el *status quo* interno e hizo que fuera muy difícil gobernar y, en ocasiones, se hizo imposible. Para 1905, “la idea de una monarquía, basada en el prestigio de un kaiser popular y una flota poderosa, no había logrado interesar a la mayoría de los alemanes. Bajo la superficie trémula del optimismo de la Alemania de Guillermo II y de una prosperidad creciente resurgió el viejo temor de la Revolución”. Ya en 1903, el kaiser habló de “una revolución que se avecinaba y que sería derrotada por el Ejército”.<sup>146</sup> En 1905, el propio Tirpitz temía incrementar el tamaño de la Armada. Sabía que ninguna mayoría en el Reichstag lo apoyaría y que una disolución y nuevas elecciones serían peligrosas. “El déficit en el presupuesto y la necesidad de aumentar los impuestos, [la inflación general de los precios (escasez de carne y el efecto de los tratados comerciales [es decir, de las altas tarifas agrícolas])], advirtió Tirpitz, posiblemente convertirían a las elecciones en un fiasco y debilitarían el prestigio interno y externo de la monarquía.”<sup>147</sup> Para 1908 no se pudieron evitar nuevas tarifas conflictivas.

La rivalidad anglo-alemana se había convertido en un problema interno alemán de primer orden. Mientras más crecía el movimiento en espiral de las armas, más poderoso se hacía el coro de aquellos que argumentaban que una continuación de la carrera armamentista era financieramente intolerable... El programa naval de Tirpitz polarizó la opinión pública interna al desatar la dinámica contenida en la peculiar constitución financiera. Cada vez más y más la gente empezó a sospechar que



la Armada estaba causando lo contrario de lo que se esperaba que hiciera: en vez de integrar a la sociedad alemana sobre la base del *status quo*, era una fuerza que dividía y desbarataba ese *status quo*.<sup>148</sup>

En julio de 1909 sustituyeron al canciller Bülow por Bethmann. “La situación interna era un verdadero desastre y así como la política alemana sobre armamentos navales era responsable del aislamiento del país, también, gracias al ambicioso programa naval de finales de siglo, esa confusión reinó en casa.”<sup>149</sup> Si los objetivos de la *Weltpolitik* y la construcción de una armada grande eran internos, ¿por qué el kaiser y sus consejeros no los abandonaron, cuando el plan no estaba funcionando? De hecho, nunca consideraron la retirada; a pesar del costo y del problema causado por la Armada, avanzaron implacablemente.

El nuevo canciller quería detener la carrera naval, pero el kaiser, airadamente, apoyó a Tirpitz. El aumento de los impuestos sobre el hombre común, que soportaba las consecuencias más duras del costo de la Armada, fue una gran ayuda para el crecimiento de los socialdemócratas. Para 1912, los socialistas habían alcanzado una estupenda victoria electoral que los convirtió en el partido más grande del Reichstag y el gobierno no podía contar con una coalición conservadora confiable. La constatación de este problema político interno se presentó pronto y se repitió varias veces. Fue lo suficientemente grave para hacer que el kaiser considerara, en más de una ocasión, un golpe de Estado. La única explicación plausible para estas acciones es que la política naval se desarrollaba, no a partir de consideraciones nacionales sino para buscar el poder y la gloria, por el *Aussenpolitik*, a cualquier costo, corriendo el riesgo de provocar alteraciones en casa y la guerra mundial en el exterior.

Es sólo con estos objetivos en mente que se pueden entender los propósitos del kaiser y de Tirpitz para la Armada alemana. En su forma final establecida, el plan concebía una armada de sesenta acorazados que se repondrían automáticamente cada veinte años sin necesidad de una nueva aprobación del Reichstag. Ya en 1897, Tirpitz expuso su planteamiento básico. “Para Alemania, el enemigo más peligroso en la actualidad es Inglaterra. Es también contra el que tenemos que tomar, urgentemente, una serie de medidas relacionadas con la fuerza marítima como un factor de poder político.” No tenía sentido intentar atacar el comercio británico en alta mar. “Nuestra flota debe construirse para que pueda desplegar su mayor potencial militar entre Heligoland y el Támesis... La situación militar contra Inglaterra exige la mayor cantidad de acorazados posibles.”<sup>150</sup> La flota se utilizaría contra la Armada Real y la batalla decisiva tendría lugar en el Mar del Norte. Como lo ha expresado un académico, “Tirpitz veía su flota de combate como si fuera un cuchillo, reluciente y listo, a sólo unas pulgadas de la vena yugular del enemigo más seguro de Alemania”.<sup>151</sup>

En un lenguaje menos dramático, la flota de combate alemana tenía como fin la disuasión. La amenaza de esta arma haría que Inglaterra tuviera una posición más conciliatoria, le impediría interferir en los intereses alemanes, la obligaría a quitarse del camino del nuevo *Weltpolitik* de Alemania. “La flota de guerra de Tirpitz se usaría como una palanca mediante la cual las ganancias del extranjero y los éxitos necesarios para garantizar el crecimiento continuo de Alemania en el mundo exterior y para satisfacer al kaiser y al público alemán se extraerían de aquellos imperios ‘agonizantes’ que los británicos probablemente tratarían de proteger de la ocupación alemana. Era un atajo para llegar al *Weltpolitik*.”<sup>152</sup>

La flota británica, por supuesto, era mayor incluso que la que Tirpitz había planeado públicamente. ¿Cómo podían pensar los alemanes que atemorizarían a los británicos con una armada inferior? La respuesta es la “teoría del riesgo” que asumía que Inglaterra no podía pagar o hacer funcionar una flota que contara con más de noventa acorazados. Ya que la creencia general era que una fuerza naval de ataque necesitaba, al menos, una ventaja de tres a dos para vencer, Tirpitz calculó que los alemanes tendrían buenas oportunidades de ganar, especialmente porque creía que tenían mejores barcos, entrenamiento y estructura de dirección. Pero la flota británica, con su necesidad de proteger el Mediterráneo y sus responsabilidades imperiales en todo el mundo ante cualquier acontecimiento, no podría concentrar sus fuerzas contra Alemania. Incluso una victoria de Inglaterra en una batalla tan decisiva, sin embargo, sería muy costosa, dejándola vulnerable frente a sus otros enemigos navales, Francia y Rusia. Ante esta perspectiva estaban forzados a buscar un arreglo con Alemania o, al menos, no interferir con su *Weltpolitik*.

Si éste era en realidad el plan de Tirpitz, estaba lleno de premisas cuyas falsedades se harían obvias pronto. En caso de guerra, una flota británica no necesita tomar la ofensiva; la posición geográfica de Gran Bretaña le permitía bloquear a Alemania desde lejos y mantener a la flota alemana controlada sin arriesgarse a un ataque. Para que los alemanes pudieran lograr alguna ventaja con su armada debían ser ellos los que atacaran y, por tanto, necesitaban una fuerza numérica superior. Gran Bretaña, además, era más rica que Alemania y estaba mejor preparada para sostener una carrera armamentista en el mar ya que, como isleños, se las arreglaban con sólo un pequeño ejército mientras que el de Alemania, mucho más grande, contaba con recursos limitados. El plan también suponía estabilidad en la situación internacional pero, ¿por qué debía Gran Bretaña utilizar sus barcos para defender colonias lejanas en vez de traerlos a casa cuando estaban amenazados con una daga dirigida a sus entrañas?

El propio Tirpitz notó con preocupación una posible debilidad. En los años en que la flota se estaba construyendo pero todavía no era lo suficientemente fuerte para resistir una agresión ¿no se sentirían los británicos tentados de lan-

zar un ataque preventivo para destruirla en el puerto? Ese temor se basaba en un precedente histórico. En 1807, en tiempo de paz, durante una tregua de las Guerras Napoleónicas, un almirante británico sitió la flota neutral danesa en el puerto de Copenhague para impedir que cayera en manos francesas cuando se acabara la guerra. Tirpitz y muchos alemanes vivían en un terror constante de que pudiera ocurrir un ataque así durante el “período de más peligro”, antes de que se terminara de construir la flota. En 1904, de hecho, sir John Fisher, el primer lord del mar británico, le sugirió al rey Eduardo VII que debían “copenhaguear” la flota alemana antes de que se hiciera muy fuerte. “Por Dios, Fisher”, respondió el rey, “¡debes estar loco!” y nunca se elaboró ningún plan al respecto, sin embargo, “la creencia de que ‘Fisher se aproxima’ llegó a causar verdadero pánico en Kiel en 1907, y padres precavidos no enviaron a sus hijos a las escuelas durante dos días”.<sup>153</sup>

La mayoría de los otros errores en la teoría del riesgo y en los planes establecidos por Tirpitz resultan lo suficientemente obvios como para que surja la pregunta de si no los pudo ver. Si no lo hizo, él y los que apoyaban su plan parecen ser, no sólo fanáticos peligrosos sino también tontos. La alternativa es creer que su verdadera intención era diferente, y existen pruebas persuasivas aunque no concluyentes que sostienen la opinión de que, en última instancia, Tirpitz planeó construir una flota lo suficientemente grande que pudiera derrotar la Armada Real en una batalla decisiva en el Mar del Norte. Tanto la madre del kaiser como Holstein dijeron que fue el deseo de toda la vida de Guillermo II tener una armada mayor y más fuerte que la de los británicos, y otros escucharon a Tirpitz proclamar el mismo objetivo. “Cuando alcanzara el tamaño que Tirpitz y el kaiser *idealmente* deseaban que tuviera, esta flota se usaría para barrer el control naval británico de los mares.”<sup>154</sup>

#### LA REACCIÓN DE GRAN BRETAÑA

Los comienzos de la nueva política naval no llamaron mucho la atención en Gran Bretaña, aun cuando ocurrieron en un período de considerable hostilidad. Las heridas provocadas por el telegrama de Kruger todavía estaban frescas. En una visita al kaiser, Cecil Rhodes explicó el resultado del ataque de Jameson y el telegrama de Kruger:

“Mire”, dijo Rhodes, “yo era un muchacho travieso, y usted trató de pegarme con un látigo por ser un muchacho travieso, pero *usted* lo hizo directamente, dijeron: ‘no, si esto no es asunto de nadie, es *nuestro* asunto’. El resultado fue que Su Majestad se molestó mucho con los ingleses, y a mí nunca me dieron latigazos”.<sup>155</sup>

El estallido de la Guerra Bóer (1899-1901) puso estos sentimientos en carne viva. Aunque el kaiser se comportó correctamente y con precaución, la prensa alemana y la opinión pública favorecían abiertamente a los bóers y eran muy hostiles a Gran Bretaña. También existía un gran resentimiento por parte de los británicos en contra de la creciente competencia, que afectaba a sus productos, de las florecientes industrias alemanas, su comercio y navegación. Los ingleses todavía eran los primeros en el mundo en estas actividades, pero su posición relativa estaba declinando.<sup>156</sup> La prensa utilizó mucho esta rivalidad comercial, y la opinión pública se manipuló fuertemente por políticos como Joseph Chamberlain, que quería reemplazar la política tradicional británica del libre comercio por otra de tarifas y preferencias imperiales. Con el tiempo, este sentimiento se fue apagando; para 1909, el embajador alemán le pudo decir a su canciller que “el comercio y la industria de Alemania ya no se encuentran en el primer plano de los temores británicos”.<sup>157</sup> A finales del siglo, sin embargo, todavía era fuerte.

Incluso antes de la Guerra Bóer, sin embargo, la situación que enfrentaba Gran Bretaña en todo el mundo resultaba amenazadora. En 1898, Alemania y Rusia desafiaron la integridad del territorio de China y amenazaban los intereses británicos allí; Francia presionaba hacia el oeste, en el Sudán, buscando, aparentemente, el control del Alto Nilo; los rusos lo hacían en Asia Central y varias naciones se peleaban por el estatus de Turquía. La tensión de las responsabilidades mundiales estaba resultando muy grande. Salisbury decidió que la Armada Británica no podía seguir protegiendo a los Estrechos y cambió el centro de su atención, del Mediterráneo oriental hacia el Nilo. También se consideró sin sentido ejercer el poder en el hemisferio occidental, enfrentados al poder creciente de los Estados Unidos. Los británicos tuvieron que abandonar su viejo patrón naval, que los comprometía a mantener una flota al menos tan grande como las dos armadas más poderosas y cercanas, y limitar sus acciones a las flotas conjuntas de Francia y Rusia. En la Conferencia Colonial, en 1902, Joseph Chamberlain describió a su país como “el cansado Titán tambaleándose bajo el orbe vastísimo de su destino”.<sup>158</sup> El aislamiento de Gran Bretaña ya no era tan espléndido. La diplomacia debía acompañar al recorte de los gastos si Gran Bretaña quería cumplir con las obligaciones pendientes.

Fracasó un intento de llegar a un acuerdo con Rusia, por lo que los ingleses buscaron a Alemania. Hicieron concesiones en África y Samoa para establecer un clima amistoso. Lo que ellos deseaban fundamentalmente era la ayuda alemana para resistir la expansión rusa en el Lejano Oriente. Entre 1898 y 1901 hicieron varias propuestas de cooperación, pero los alemanes se mostraron indiferentes. Sentían que Gran Bretaña estaba débil y en decadencia, que estaba obligada a regresar con una oferta más agradable, y era sólo cuestión de esperar. Se desecharon como fantásticas las insinuaciones de que los britá-

nicos podrían buscar aliados en otros lugares. “En mi opinión”, le dijo el canciller Bülow a su embajador en Londres, “no tenemos que preocuparnos por esas posibilidades remotas”.<sup>159</sup> En el fondo, no existía una base para la alianza. La política alemana, tan recientemente adoptada, estaba dirigida al desafío y la competencia con Gran Bretaña, no a la cooperación, y la opinión pública era hostil en ambos países. “Una alianza alemana no estuvo nunca en la esfera de las políticas útiles. Los intereses británicos y alemanes no se enlazaban; no existía un *quid pro quo*.”<sup>160</sup>

El intento fallido tuvo su costo. El kaiser y su gobierno estaban molestos con los británicos y el tratamiento de las negociaciones y las discusiones en la prensa avivaron el sentimiento antibritánico en Alemania. Los ingleses no estaban menos irritados. El primer ministro, lord Salisbury dijo sobre el kaiser que “existe el peligro de que se esté volviendo loco”. Se intensificó la opinión en la Oficina de Asuntos Exteriores de que Alemania estaba predispuesta, pescando en río revuelto, y tratando de arrancarle algo a Gran Bretaña a la más mínima oportunidad. Thomas Sanderson, subsecretario permanente en la Oficina de Asuntos Exteriores y partidario de Alemania se quejó con sus colegas de la creciente hostilidad hacia Alemania. Cada vez que se mencionaba estaba obligado a “demostrar que la conducta del gobierno alemán había sido amigable en algunos aspectos materiales. Se les tiene una fuerte antipatía y la impresión de que, en cualquier momento, nos engañarán”.<sup>161</sup>

El fracaso de las negociaciones con Alemania condujo a Inglaterra a concluir un tratado con Japón en enero de 1902 en el que cada uno prometió ayudar al otro si las otras dos potencias los atacaban en el Lejano Oriente. Para los británicos “prevenía cualquier alianza japonesa con Rusia y añadía una barrera ante un avance de los rusos”. Su efecto inmediato fue confirmar el aislamiento británico del continente europeo al poner fin a la necesidad de buscar el apoyo alemán para defender sus intereses en China. Su valor como forma de limitar las responsabilidades imperiales y dejar disponible los recursos para los asuntos europeos sólo quedó claro más tarde. Aún así, la amenaza de una Armada alemana se hacía más obvia. El primer lord del Almirantazgo, lord Selborne, escribió: “Estoy convencido de que la gran armada alemana se está construyendo, cuidadosamente, para entrar en guerra con nosotros. Sir F. Lascelles [embajador en Alemania] está también convencido de que al decidir sobre una política naval no podemos ignorar, sin correr peligro, el odio maligno del pueblo alemán o la intención manifiesta de la Armada alemana”.<sup>162</sup> El patrón de dos potencias limitado a Francia y a Rusia, por tanto, ya no era adecuado y el costo hizo que la idea de construir un patrón de tres potencias no se tuviera en cuenta. Como resultado, “miembros de la Oficina de Asuntos Exteriores y del público en general comenzaron a argumentar que la única alternativa que quedaba era un acercamiento a Francia, quizá, también, a Rusia”.<sup>163</sup>

Cuando Bülow desechó la idea de una alianza británica con Francia o con Rusia tenía a la historia de su parte. Durante la segunda mitad del siglo XIX los británicos habían tenido conflictos con los rusos, desde los Balcanes hasta el Lejano Oriente, y a finales del siglo su antagonismo era más fuerte que nunca. Francia, por supuesto, era el enemigo tradicional de Gran Bretaña. Desde la Guerra de los Cien Años hasta la rivalidad entre Francis I y Enrique VIII, la pelea con Luis XIV y sus sucesores, la larga lucha contra la Revolución y Napoleón, los británicos habían combatido a los franceses. Cuando finalizaba el siglo se mantenían como enemigos coloniales, desde África hasta el Lejano Oriente. Como lo dijo frecuentemente lord Palmerston, sin embargo, "Inglaterra no tiene amistades ni enemistades eternas sino sólo 'intereses eternos'". De estos intereses constantes, los fundamentales eran tres: dominio de los mares, especialmente la zona que rodea las islas británicas; control de los Países Bajos y sus puertos en el canal inglés; y prevenir que Europa estuviera a disposición de una sola potencia. Al concluir el siglo no existía la posibilidad de que Francia o Rusia amenazaran algunos de estos intereses. Nadie todavía preveía ninguna amenaza por parte de los dos últimos, pero Alemania estaba surgiendo como un peligro contra el interés principal: el control de los mares.

#### EL CAMINO HACIA LA GUERRA

Este fue el contexto en el que Gran Bretaña terminó su distanciamiento con Francia, aunque el motivo principal para la Entente Cordiale de 1904 no fue la situación en Europa. En 1898 una fuerza bajo el mando del coronel Jean-Baptiste Marchand que avanzaba desde el Congo para garantizar las reclamaciones francesas en Sudán, en la parte norte del Nilo, se encontró con una fuerza británica superior bajo el mando del general Horatio Kitchener en Fashoda. El enfrentamiento armado y la posibilidad de una guerra entre Gran Bretaña y Francia se pudo evitar cuando el nuevo ministro de Asuntos Exteriores francés Théophile Delcassé no apoyó a Marchand y le ordenó que se retirara. Delcassé, que ocuparía el puesto hasta 1905, el período más largo para un ministro del Exterior en la historia de la Tercera República, había llegado a la oficina con la intención de arreglarse con los británicos.<sup>164</sup> Los colonialistas franceses, Delcassé entre ellos, estaban ansiosos por ganar el control de Marruecos. Obtuvo la aprobación italiana para satisfacer esas ambiciones a cambio de permitirles libertad de acción en Libia, y buscó también el apoyo de Gran Bretaña. La ascensión del rey pro francés Eduardo VII facilitó las cosas y el estallido de la Guerra Ruso-Japonesa en febrero de 1904 hizo que se discutiera con urgencia, porque ninguno quería que sus aliados los arrastraran hacia una guerra. En abril de 1904 los viejos adversarios firmaron una serie de acuerdos coloniales

que se conocieron como la Entente Cordiale. Gran Bretaña le entregó a Francia algunos territorios de África para poner fin a una disputa sobre derechos de pesca en Terranova y los dos Estados resolvieron desavenencias con relación a Siam y Nuevas Hébridas. Lo más notable de todo, cada parte le concedió libertad de acción a la otra en Marruecos y Egipto, respectivamente. El acuerdo no era, de ninguna manera, una alianza, y sólo trataba cuestiones coloniales. Cada Estado era libre de llevar una política independiente, “pero lo más importante fue el espíritu de la Entente Cordiale. Al sustituir la fuente principal de fricción entre las dos potencias con una nueva cordialidad, se presagiaba una unión aún más estrecha”.<sup>165</sup>

#### LA PRIMERA CRISIS MARROQUÍ

Delcassé deseaba seguir presionando con su plan para completar el control de Francia sobre Marruecos. En enero de 1905 una delegación francesa fue a Fez para proponer una serie de reformas que tendrían el efecto de convertir a Marruecos en un protectorado francés. La Convención de Madrid de 1880 apoyaba la independencia de Marruecos y el principio de “puerta abierta” a todas las naciones que desearan hacer negocios allí. Alemania, como uno de sus signatarios y garantes, tenía el derecho de que la consultaran, pero Delcassé ignoró a los alemanes, probablemente temiendo que se opusieran a su plan. Sin dudas, pensó que, si les presentaba a los alemanes un hecho consumado, tendrían que aceptarlo ante el consentimiento de las otras potencias.

Esto resultó ser un error. Los alemanes estaban molestos y decididos a explotar la situación. Ya que no se les solicitó sobre los planes franceses en Marruecos, se comportaron como si nada hubiera sucedido, tratando a Marruecos como un país soberano y en espera de que Francia les hiciera una propuesta con relación a la protección de sus intereses comerciales allí y una compensación por las ventajas que Francia había obtenido. Cuando el tiempo pasó y no recibieron ninguna propuesta, Bülow persuadió al kaiser, en contra de su voluntad, que se detuviera en Tanger durante su recorrido por el Mediterráneo, a finales de marzo de 1905. Allí el kaiser reafirmó los derechos de igualdad que Alemania tenía en Marruecos, su defensa del libre comercio y su apoyo a la independencia marroquí “y sin rodeos le dijo al cónsul francés que él sabía cómo defender los intereses alemanes en Marruecos y esperaba que los franceses reconocieran esta realidad”.<sup>166</sup> Había desatado una crisis internacional.

No queda nada clara la intención de los alemanes. Algunos han pensado que Holstein, uno de los que moldeó la política alemana en Marruecos, tenía como objetivo la guerra contra Francia.<sup>167</sup> En este asunto, Holstein estaba de acuerdo con Schlieffen, a quien le preocupaba que el proyecto de buscar una

política mundial antes de que estuviera asegurado el control de Alemania en el continente fuera un error peligroso. Schlieffen ya había creado el espectro de una Alemania rodeada por enemigos que, cada vez más, acosaban a sus líderes, hasta 1914, y pensaba en una guerra preventiva:

Estamos rodeados por una coalición enorme, estamos en la misma posición de Federico el Grande antes de la Guerra de los Siete Años. Ahora podemos escapar del lazo... [A]hora podemos resolver la situación con nuestro enemigo más implacable y peligroso, Francia, y estaríamos totalmente justificados.<sup>168</sup>

Si un plan como éste hubiera, realmente, tenido en cuenta el tiempo no se hubiera podido escoger otro mejor. Rusia había experimentado, tanto una derrota militar como una revolución nacional, en 1905, y no estaba en condiciones de pelear. La Armada y el Ejército francés tampoco estaban listos y Gran Bretaña no se había decidido, todavía, a defender a Francia en ningún aspecto. Ni Bülow ni el kaiser, sin embargo, querían la guerra. Pueden haber intentado interrumpir la nueva entente anglo-francesa mediante presiones diplomáticas, ganar prestigio al desplegar su poder, obtener compensaciones diplomáticas o, simplemente, pescar en río revuelto a ver qué podían agarrar.

Delcassé trató de aplacar a los alemanes al ofrecerles mantener la política de puertas abiertas como protección al comercio alemán en Marruecos. Pero los alemanes insistieron en convocar una conferencia internacional que analizara el asunto marroquí. Holstein y Bülow confiaban en que el despliegue de voluntad y poder de los alemanes conmocionaría a la Entente y, de acuerdo con la curiosa lógica de la diplomacia alemana en este período, incluso obligaría a los franceses a acercarse más a Alemania. “Los franceses”, dijo Holstein, “sólo considerarán acercarse a nosotros cuando vean que la amistad con los ingleses no es suficiente para lograr que Alemania consienta que los franceses se apoderen de Marruecos”.<sup>169</sup> Él y Bülow también confiaban en que una conferencia se desarrollaría a favor de Alemania. “No se concibe”, escribió el canciller, “que los resultados de las conversaciones sean que una mayoría le entregue Marruecos a Francia”.<sup>170</sup>

Al exigir el diálogo les salió el tiro por la culata. Delcassé había preparado bien el camino y las potencias rechazaron aceptar una conferencia sin la aprobación de Francia. Entonces los alemanes recurrieron a la intimidación. Aunque no hicieron preparativos militares, hablaron sobre la guerra e insistieron en la renuncia de Delcassé. El primer ministro de Francia, Maurice Rouvier, temía un ataque de Alemania y creía que la destitución de Delcassé despejaría el camino para mejorar las relaciones con Alemania, algo que él favorecía. El 6 de junio de 1905, obligaron a Delcassé a renunciar. El mismo día, para recompensar el triunfo diplomático, el kaiser elevó a Bülow al rango de príncipe.



Los alemanes, sin embargo, todavía no reconocían el control francés sobre Marruecos y continuaron insistiendo en una conferencia y, en julio, Rouvier tuvo que aceptarla. La conferencia internacional sobre Marruecos, la primera de ese tipo celebrada en dos décadas, tuvo lugar en Algeciras, España, de enero hasta abril de 1906. Para sorpresa y desaliento de los alemanes, sólo dos de las trece naciones que asistían, Austria-Hungría y Marruecos, apoyaron su posición. La conferencia reafirmó la independencia e integridad de Marruecos, pero socavó esa afirmación verbal a través de sus medidas más prácticas. Le dio el control de la policía a Francia y a España y le concedió a Francia la posición dominante en el banco nacional, lo que garantizaba el control económico del país.

La aventura marroquí de Alemania había terminado en una humillante derrota. Los franceses habían obtenido más de lo que querían y los alemanes no recibieron nada a cambio. Al presionar con sus demandas atemorizaron, irritaron y aislaron a los franceses, vieron la no-confiabilidad de Italia como un aliado que se revelaba públicamente y, en vez de desintegrar la Entente, la hicieron más fuerte. Lord Lansdowne lo consideró como un acuerdo estrictamente colonial; cuando los franceses insistieron en lograr un apoyo británico en mayo de 1905, sólo expresó que los dos países

debían continuar tratándose uno a otro con la más absoluta confianza, mantenerse informados de todo lo que supieran, y debían, lo antes posible, discutir de antemano cualquier contingencia en la cual, en el curso de los acontecimientos, pudieran verse confrontados.<sup>171</sup>

Percibió la caída de Delcassé como una prueba de la debilidad de Francia y se preocupó por su utilidad como socio, pero continuó ofreciendo a los franceses apoyo moral.

Cuando los liberales ganaron el control del gobierno en diciembre de 1905, sir Edward Grey, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, sintió la necesidad de hacer más. Grey era un caballero inglés del norte del país al que le gustaba caminar por el campo y observar a los pájaros. Para muchos, parecía “un simple pescador, más contento con sus patos que con el cargo”.<sup>172</sup> Pero también era un hombre de sólidos principios y comprometido con sus creencias de tendencias más bien tradicionales. Se había dedicado con fervor a la idea de un “Concierto de Europa” y, a pesar de su comportamiento suave y tolerante, no era un hombre que se pudiera intimidar. Los liberales eran el “partido de la paz” británico, comparados con los conservadores, y algunos miembros del Gabinete eran pacifistas declarados. Grey, por otro lado, era un “liberal imperialista”, que había apoyado la política del gobierno conservador en la Guerra Bóer, cuando los liberales radicales se oponían. Prometió continuar la línea general que llevó Lansdowne pero, a diferencia de él, consideraba a Alemania como

el problema más grave de Gran Bretaña. Ya en 1903 dijo que Alemania era “nuestro peor enemigo y mayor peligro. No dudo de que existan muchos alemanes que tengan buenas intenciones hacia nosotros, pero son la minoría; y la mayoría nos detesta tan intensamente que la amistad de su emperador o de su gobierno no nos puede ser, realmente, útil”.<sup>173</sup> Durante la crisis, además, estuvo de acuerdo en que Francia no se podía abandonar sin correr peligro, a menos que el equilibrio europeo se alterara y permitiera que Alemania ganara un control efectivo del continente.

Al mismo tiempo, sabía que los radicales pacifistas, que tenían mucho poder en el partido, en el Parlamento y en el Gabinete, se oponían a cualquier acción que comprometiera anticipadamente a Gran Bretaña a una acción militar. En parte, su respuesta consistió en consultarle poco al Gabinete y callar ante el Parlamento y el público. Para los demás, siguió una política muy tortuosa que, en ocasiones, parecía comprometerse con una mano y renegar de ese compromiso con la otra. Así, le dijo al embajador alemán en enero de 1906 que “el pueblo británico no toleraría que Francia se involucrara en una guerra con Alemania debido al acuerdo anglo-francés y en ese caso cualquier gobierno inglés, ya fuera conservador o liberal, se vería forzado a ayudar a Francia”.<sup>174</sup> Sin embargo, a finales de ese mismo mes, le dijo al embajador francés que no esperara que el pueblo británico se arriesgaría a ir a una guerra para darle a Francia el control de Marruecos. Si lo que parecía era que Alemania estaba provocando una guerra con Francia para romper la Entente, dijo, la opinión pública, sin dudas, estaría a favor de los franceses, pero no estaba seguro que ese sentimiento fuera suficiente para superar “la gran reticencia que existía ahora entre nosotros para involucrarnos en una guerra”.<sup>175</sup> Para los franceses esto debe haber sido de una ambigüedad insoportable, pero evasivas similares caracterizaron los pronunciamientos y la política de Grey hasta que comenzó la guerra. No contribuyeron a alcanzar medidas firmes y bien coordinadas que pudieran consolidar amigos o que funcionaran como advertencias para disuadir a los enemigos.

Incluso si los franceses creían en la fiabilidad del compromiso británico, se mantenía la pregunta, ¿qué podía hacer Gran Bretaña para ayudar a Francia si la atacaba Alemania? La Armada británica no resultaría de gran ayuda en un tipo de guerra rápida, al estilo de las victorias prusianas, como generalmente se esperaba. Como señaló Rouvier durante la crisis, “no podría ir sobre ruedas”.<sup>176</sup> A principios de 1905, los británicos contaban sólo con su Armada para proteger sus propias islas y su Armada, risiblemente pequeña teniendo en cuenta los patrones continentales, era fundamentalmente una fuerza y una guarnición política imperial, en su mayoría prevista para defender a India. Desde la crisis “abocada a la guerra” de 1875 los británicos no habían tenido ninguna razón para siquiera pensar en utilizar su Armada en el continente, pero la crisis marroquí fue el primer paso con el que se comenzó el alejamiento del con-

tro por todos aceptado de la escuela del “agua azul” que descansaba totalmente en la Armada para la defensa de Gran Bretaña y hacia un compromiso continental que colocaría una fuerza expedicionaria británica para defender a Bélgica y a Francia en el continente europeo.

En el curso de la crisis, el Estado Mayor General consideró la posibilidad de un ataque alemán a través de Bélgica y una respuesta adecuada de Gran Bretaña:

Un ejército eficaz de 120.000 hombres podría tener el efecto de prevenir éxitos alemanes importantes en la frontera franco-alemana y provocar que Alemania, derrotada en el mar, se sintiera también impotente en tierra. Esto casi aseguraría una paz rápida y, desde el punto de vista británico y francés, satisfactoria.

Este acercamiento “iba a conformar la planificación militar británica hasta el estallido de la guerra”.<sup>177</sup> En enero de 1906 Grey autorizó las conversaciones entre los Estados mayores generales británicos y franceses. Después de consultar con el rey y con el primer ministro, las mantuvo en secreto del resto del Gabinete (no lo sabrían hasta 1911) con el cuestionable argumento de que no representaban asuntos de política ya que insistió en que eran “sólo provisionales y sin compromiso” pero en realidad las ocultó porque temía la reacción de la mayoría radical. Grey insistió en que la decisión le dio mayor libertad de acción, “de tener la libertad de ir a ayudar a Francia así como la libertad de mantenernos apartados”. Comparó las conversaciones a los encuentros “entre el Departamento de Incendios de Londres y Acueductos Metropolitanos”,<sup>178</sup> como el presidente americano Franklin D. Roosevelt, en vísperas del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, explicaría el Programa de Préstamo-Arrendamiento de ayuda a Gran Bretaña: prestarle una manguera de jardín a un vecino cuya casa estuviera en llamas. Ambos eran símiles cómodos que tenían la intención de aplacar o conciliar los peligros de compromisos adoptados sin consultas ni aprobación oficiales.

En ambos casos, como también sucedió con la política de Pericles antes de la Guerra del Peloponeso, fue un intento de encontrar un camino intermedio que protegiera los intereses británicos y la seguridad sin hacer una alianza sólida o comprometerse a pelear. Los críticos, más tarde, culparían a Grey, ya fuera por ser demasiado atrevido o demasiado tímido, pero lo que está claro es que su decisión hizo que Gran Bretaña se comprometiera con una nueva política y con una nueva estrategia que, básicamente, guiaría las acciones británicas hasta el comienzo de la guerra. Los británicos habían llegado a la conclusión de que su propia seguridad estaba atada al destino de Francia, que “si Alemania derrotaba a Francia por segunda vez... provocaría un engran-

decimientos de Alemania hasta el punto de que resultaría perjudicial para toda Europa y, por tanto, Gran Bretaña, por sus propios intereses, tendría que prestarle a Francia su apoyo activo si estallaba una guerra de este tipo".<sup>179</sup> Un historiador de la diplomacia europea ha caracterizado bien el cambio y su significado:

Aunque los franceses aceptaron la afirmación de Grey de que "ningún gobierno británico se comprometería nunca con una hipótesis", las conversaciones fueron el sustituto de una alianza —y en cierta manera, más determinantes—. Una vez que los británicos previeron entrar en una guerra continental... estaban obligados a tratar la independencia de Francia como el factor decisivo. El Equilibrio de Poder europeo, que no se había tenido en cuenta durante cuarenta años, volvió a dominar la política exterior británica. Siguió un cambio de énfasis fundamental... en tiempos de Salisbury, Gran Bretaña realizó acuerdos con potencias europeas para defender su imperio; ahora hizo concesiones fuera de Europa para fortalecer el Equilibrio de Poder... El conflicto de Marruecos fue una crisis de verdad, un punto de giro en la historia europea. Sacudió la larga paz bismarckiana.<sup>180</sup>

#### LA TRIPLE ENTENTE

El secretario privado de Grey escribió que "debemos ir a Algeciras, decididos a respaldar a los franceses y ver que nada les suceda", y eso fue exactamente lo que hizo Grey, apoyando con firmeza a Francia, todo el tiempo.<sup>181</sup> Un acuerdo con el aliado de Francia, Rusia, fue un complemento natural a esta política, y Grey pronto hizo todo por lograrlo. Durante una década los británicos habían pensado llegar a algún acuerdo con los rusos como una forma de aliviar la tensión de sus responsabilidades imperiales. Incluso después de que Japón los derrotara, se mantuvieron como los principales rivales de Gran Bretaña en Asia Central y como una posible amenaza a India. La continua expansión rusa en dirección al sur, hacia la frontera con India, llevó al gobierno de ese país a exigir mayores incrementos en soldados y armamentos que serían difíciles de satisfacer. La alternativa era aliviar la presión por medios diplomáticos.

Desde la perspectiva rusa, la derrota a manos de los japoneses y la revolución interna que la había acompañado produjo un sentido de debilidad aterrador. La piedra angular de la política rusa era la alianza con Francia, que los protegía de los peligros de un ataque alemán y, mediante préstamos emitidos por banqueros franceses les proporcionaba los fondos esenciales necesarios para la recuperación militar y el desarrollo económico. Al acercarse más a los ingle-

ses, los franceses trataron de incluir a sus aliados rusos, pero no era fácil establecer amistad entre Rusia y Gran Bretaña. Aparte de la tradicional rivalidad, la mutua desconfianza entre la madre del gobierno parlamentario —la patria del liberalismo— y una de las autocracias más reaccionarias, así como la alianza británica con Japón; todavía estaba fresco el recuerdo del incidente de Dogger Bank. En 1904 la flota rusa que salía hacia el Lejano Oriente, al confundir unos barcos de pesca británicos, a la altura de Dogger Bank, con unos buques de guerra japoneses, les disparó, y casi provocan la guerra. Para aprovechar la hostilidad que este hecho desató, los alemanes trataron de hacer una alianza con Rusia, primero en 1904 y, otra vez, en el verano de 1905. Su esperanza era incluir a Francia en el acuerdo, también, tener una alianza continental alineada en contra de una Inglaterra aislada. El segundo intento, llevado a cabo por el kaiser solo, sin el conocimiento de su canciller o de sus expertos en la Oficina de Asuntos Exteriores, dio como resultado el Tratado de Björkö, firmado por el zar Nicolás II, también sin el conocimiento de sus expertos. Estos últimos pronto persuadieron al zar de que era inconsistente con la alianza francesa y con los intereses rusos en general, y lo convencieron para que se retirara. Si lo obligaban a tomar una decisión, el gobierno ruso “optaría por París y no por Berlín”.<sup>182</sup>

Después de más de un año de discusiones difíciles y complicadas, los rusos y los británicos firmaron un convenio el 31 de agosto de 1907, en el que llegaron a acuerdos con relación a Persia, Afganistán y el Tíbet con la intención de poner fin a todas las fricciones coloniales. No lograron todo el éxito que esperaban, porque se reanudaron desavenencias y peleas que se extendieron hasta el comienzo de la guerra, pero la frágil entente se mantuvo, porque la situación europea así lo requería. Como los rusos entendieron que tenían, de todas formas, que aferrarse a Francia, tuvieron que enfrentar la enemistad de los alemanes, en cuyo caso, no podían darse el lujo de una Inglaterra hostil. Para los británicos, por otro lado, la entente con Rusia, además de aliviar presiones en la frontera con India, les permitía vigilar a Alemania, lo que contribuía a preservar el equilibrio de poder en Europa. Durante mucho tiempo, Grey había deseado tener buenas relaciones con Rusia. En medio de la crisis con Marruecos dijo que “una entente entre Rusia, Francia y nosotros, sería algo absolutamente seguro. Si es necesaria para vigilar a Alemania, entonces debería hacerse”.<sup>183</sup> Los británicos sabían que su asociación con Rusia separaría más a Alemania, pero el cálculo que habían hecho de la fuerza y los propósitos de Alemania los convenció de que era mejor arriesgarse. El punto de vista de los líderes militares británicos era que “los objetivos, ambiciosos y declarados de Alemania son tales que, si persisten en ellos, estarán obligados a entrar en una colisión armada con nosotros más tarde o más temprano y, por tanto, un poco más o menos de enemistad por su parte no es un asunto de gran importancia”.<sup>184</sup>

El propio Grey no pensaba que un enfrentamiento armado fuera inevitable, ni tampoco abandonó la idea de la conciliación. El corazón de su política, sin embargo, aunque el término todavía no se usaba mucho, era la disuasión, y la nueva "Triple Entente" era fundamental para esa política.

La entente anglo-rusa fue el último paso en la destrucción del nuevo rumbo tomado por Holstein y Bülow a favor del kaiser. En vez de intimidar a Gran Bretaña para que aceptara con complacencia los objetivos globales de Alemania, la construcción de una flota amenazadora había provocado una revolución diplomática y una nueva alineación, inconcebible para los alemanes. En vez de abrir el camino a alta mar y a la *Weltpolitik*, la nueva política dejó a los alemanes con un solo aliado, el Imperio Austro-Húngaro lleno de problemas. Cada vez más, hablaban de ser las víctimas del *Einkreisung*, rodeados por sus enemigos. El problema, sin embargo, fue provocado por la propia Alemania. De acuerdo con los alemanes, lo que los cercaba "se describe mejor como una política reactiva de contención; en efecto, Alemania 'se había apartado' de la gran reunión de poderes".<sup>185</sup> A partir de sus propios esfuerzos desacertados, los alemanes habían puesto en su contra la fórmula de Bismarck de ser siempre unos de los tres Estados en un sistema de cinco.

#### LA CARRERA NAVAL

Ya que la nueva política de Alemania no estaba dando resultados, ni en sus objetivos externos ni internos, hubiera sido razonable cambiarla e, incluso, revertirla. Un acuerdo naval con Gran Bretaña, por ejemplo, habría aliviado mucho la tensión, pero el kaiser no lo iba a hacer. En los siguientes años la carrera naval se intensificaría en gran medida y jugaría un papel fundamental en el aislamiento de Gran Bretaña y en el fortalecimiento de la Triple Entente. Durante los primeros años, cuando Alemania comenzó la construcción de su flota, muy pocos en Gran Bretaña le prestaron atención, pero pronto la alarma llegó a niveles populares. A comienzos de 1871, una gran cantidad de novelas de suspenso que describían guerras imaginarias en las que los franceses invadían Inglaterra ganaron gran popularidad. En 1906, el libro de William Le Queux, *The Invasion of 1910* [*La invasión de 1910*] empezó a aparecer, por capítulos, en el *Daily Mail*. Describía una invasión en la que un ejército alemán brutal arrasaba y triunfaba fácilmente. Vendió un millón de copias y causó una profunda impresión. Tampoco escapó a la atención de la Oficina de Asuntos Exteriores, donde sir Francis Bertie afirmó que "los alemanes tienen la intención de empujarnos hacia el agua y robar nuestras ropas".<sup>186</sup>

En 1904 los conservadores comenzaron a responder al programa alemán al proponer la construcción, anualmente, de cuatro grandes buques armados. En

octubre del mismo año la promoción del almirante sir John Fisher a la posición de Primer Lord del Mar dio un gran impulso al crecimiento y mejoramiento de la Armada Británica. Se cambió la ubicación de la flota para concentrarla en aguas europeas, se intensificaron los entrenamientos de artillería y otras técnicas de combate, se retiraron de servicio los barcos anticuados, se revolucionaron las técnicas de reclutamiento y las formidables habilidades de Fisher, relacionadas con la política y la publicidad que, en algunas mentes, se igualaban a las del británico Tirpitz, se pusieron en acción, lo que le proporcionó el apoyo necesario para la construcción de una gran flota.

La innovación más conocida de Fisher fue la introducción de un nuevo tipo de barco de guerra, HMS *Dreadnought* (acorazado), y su decisión de basar el poderío y la seguridad naval de Gran Bretaña en una flota compuesta por estos grandes y veloces acorazados armados con grandes cañones, todos del mismo calibre. Después de la guerra, Tirpitz afirmó que fue un error de Fisher introducir el *Dreadnought*, porque liquidó la primacía numérica de Gran Bretaña y le dio a sus competidores la oportunidad de comenzar de nuevo, sólo algo retrasados con relación a los británicos. Pero Fisher no tenía mucho donde escoger. Los japoneses habían destruido la flota rusa en Tsushima con barcos que eran más veloces y tenían cañones más grandes que los de sus adversarios y se sabía que ellos, los rusos y los estadounidenses, estaban planeando o construyendo barcos más grandes y más rápidos basados en el nuevo modelo. Los adelantos generales en la tecnología naval, aparte de la rivalidad alemana, requerían el cambio.

La introducción del *Dreadnought*, sin embargo, fue un golpe terrible para los planes de Tirpitz; a la carrera armamentista cuantitativa, Fisher había añadido un elemento cualitativo muy costoso: "La noticia de este nuevo barco no sólo hizo obsoletos todos los acorazados que había construido recientemente, sino que dio al traste con sus cálculos de fabricación y diseño durante cierto tiempo. Y, cuando decidió consolidar los acorazados (*dreadnoughts*) alemanes, el costo fue atroz".<sup>187</sup>

Este fue uno de los momentos críticos en que los alemanes tuvieron que decidir si continuaban la carrera después de que la mayoría de las suposiciones subyacentes en el plan de Tirpitz habían sido socavadas por los acontecimientos, cuando el costo de la construcción naval se estaba convirtiendo en una severa carga para la estabilidad del sistema político y para la propia corona, o reducir el programa naval y tratar de alcanzar un acuerdo con Inglaterra. La decisión iba a ir más lejos. En 1906, Tirpitz presentó un proyecto naval suplementario que incluía la construcción de seis nuevos cruceros, que se cambiarían por acorazados *dreadnoughts*, y la prolongación del tiempo de tres acorazados anuales por siete años adicionales, entre otros aumentos costosos.<sup>188</sup>

En Gran Bretaña, el Partido Liberal se había dedicado a realizar cortes en los gastos de Defensa como parte de su plan de aumentar los desembolsos

en servicios sociales. Estaban contentos con Fisher quien, al eliminar los buques anticuados y concentrarse primero en las fuerzas marítimas, había ahorrado dinero. La reacción de los liberales al incremento en la construcción naval alemana fue buscar un acuerdo de limitación armamentista y unilateralmente reducir el propio programa británico a sólo tres acorazados para 1907-1908 en vez de los cuatro originalmente planificados. Entonces, los radicales en el Gabinete persuadieron al gobierno de que retrasara, incluso, el comienzo de éstos “como un gesto a la próxima Conferencia de Paz de La Haya”.<sup>189</sup> Los alemanes rechazaron la idea de las conversaciones de desarme; en cambio, en noviembre de 1907 anunciaron un nuevo complemento a la Ley Naval que proporcionaba la fabricación de cuatro acorazados (*dreadnoughts*) anuales en vez de los tres programados para los años 1908-1909 a 1911-1912 y redujeron el tiempo de reposición, de veinticinco a veinte años. Como más tarde diría el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Harold Brown, de la carrera de los misiles con la Unión Soviética, “nos hemos dado cuenta de que cuando nosotros construimos armas, ellos las construyen. Cuando paramos, ellos, sin embargo, continúan construyéndolas”.<sup>190</sup> En 1908 el comentario del kaiser sobre un informe del embajador demostró su determinación de continuar su política naval a cualquier costo:

No deseo una buena relación con Inglaterra al precio del desarrollo de la Armada de Alemania. Si Inglaterra ofrece su mano como prueba de amistad sólo con la condición de que limitemos nuestra Armada, será una impertinencia sin límites y un flagrante insulto al pueblo alemán y a su emperador... La Ley [de la Armada] se llevará a cabo hasta sus últimos detalles; ino importa si a los británicos les gusta o no! Si quieren guerra, la pueden comenzar, ino les tememos!<sup>191</sup>

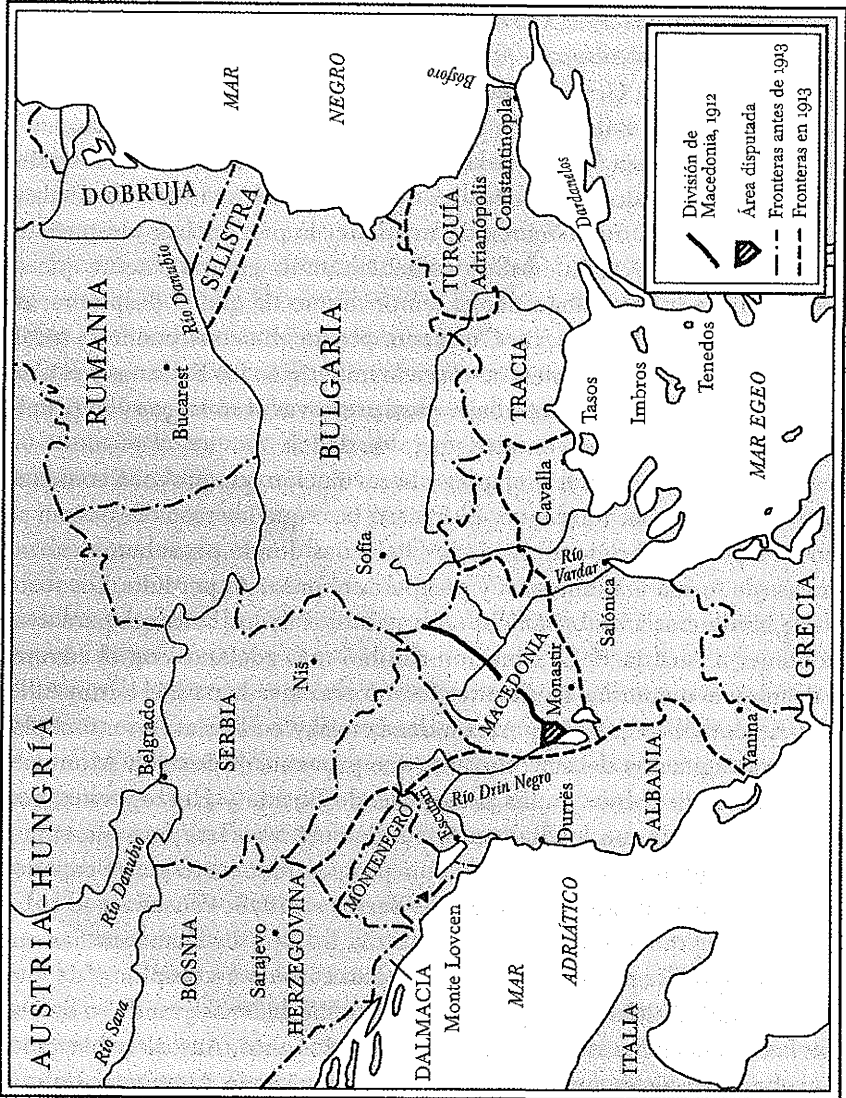
Entre 1908 y 1912 la rivalidad naval dominó la relación entre los dos países y también jugó un papel importante en los debates políticos internos en Inglaterra. La disputa sobre el significado del rápido crecimiento naval de Alemania y la respuesta correcta que debía darse dividió a la opinión pública británica, a los dos partidos más importantes y al propio partido gobernante, el Liberal. Algunos minimizaron la importancia de la Armada alemana y no creían que hacía falta una respuesta británica. En 1910, por ejemplo, *The Economist* afirmó que “la flota alemana que ha provocado tanto pánico es, en gran medida, imaginaria, y el supuesto peligro se debe totalmente al hecho de que el Almirantazgo inventó el *Dreadnought* y alentó la impresión de que este tipo de barco había desbancado a todos los otros”.<sup>192</sup> Eyre Crowe, de la Oficina de Asuntos Exteriores, por otro lado, pensaba que este tipo de comentario aumentaba los problemas de Gran Bretaña: “Mientras más hablamos



de la necesidad de economizar en nuestros armamentos, más se convencerán los alemanes de que estamos cansados de pelear y que ellos ganarán si van a la guerra".<sup>193</sup>

Los años de 1908 y 1909 vieron una amenaza naval en Gran Bretaña. Aparecían advertencias frecuentes en la prensa de una "bomba" en la forma de un ataque alemán por sorpresa a la flota y de una invasión. El kaiser empeoró las cosas cuando concedió una entrevista a un inglés que prefirió mantenerse en el anonimato, publicada en el *Daily Telegraph* en octubre de 1908. "Ustedes, ingleses", dijo, "están locos, locos como una cabra" por pensar que la Armada alemana atacaría a Gran Bretaña. El kaiser era amigo de Inglaterra y quería disuadir a la mayoría de los alemanes que sentían hostilidad hacia Inglaterra, pero la suspicacia inglesa hizo difícil su tarea, dijo, entre otros comentarios indiscretos e irritantes. "Nunca", dijo Grey, "desde que estoy en el cargo, la opinión con relación a Alemania ha estado tan atenta y tan a la defensiva como ahora".<sup>194</sup>

Los extremistas que apoyaban el programa naval insistían en incluir ocho nuevos acorazados en el presupuesto de 1909: "¡Queremos ocho y no esperaremos!" era su consigna. El Primer Lord del Almirantazgo propuso seis, dividiendo al Gabinete Liberal. Los "economistas", dirigidos por David Lloyd George y Winston Churchill, opinaban que con cuatro sería suficiente. Grey amenazaba con renunciar a menos que se aprobaran los seis. Herbert Asquith, el nuevo primer ministro, encontró una fórmula aceptable: se comenzaría enseguida la construcción de cuatro barcos y la de los otros cuatro se realizaría más adelante, ese mismo año, si el comportamiento de Alemania lo justificaba. El debate en el Parlamento causó gran alarma en el país y circularon rumores con relación a que los alemanes estaban incrementando secretamente su capacidad para fabricar acorazados y utilizándola para acelerar el crecimiento de su flota. Finalmente, en julio de 1909, llegaron noticias de que los austríacos y los italianos estaban construyendo acorazados por lo que se tomó la decisión de hacer los cuatro restantes. En palabras de Churchill: "El Almirantazgo había exigido seis barcos: los economistas plantearon cuatro: y finalmente nos comprometimos con ocho".<sup>195</sup> Años más tarde Churchill insistió acertadamente en que los argumentos de sus adversarios se habían exagerado y sus temores habían sido excesivos, "pero, aunque el canciller de Hacienda y yo teníamos razón en el sentido estrecho, estábamos absolutamente equivocados con relación a las mareas profundas del destino. El crédito mayor le corresponde al primer lord del Almirantazgo, Mr. McKenna, por la forma resuelta y valiente con la que combatió el asunto y el apoyo que le brindó a su partido en esta ocasión".<sup>196</sup> Esta opinión la comparte el principal historiador naval del período: "Si no se hubiera aprobado en 1909 el contingente de cuatro barcos, en enero de 1915, la Gran Flota hubiera tenido sólo veintiún acorazados a su disposición para



La crisis de los Balcanes 1908-1913.

pelear contra los veinte de Alemania. En una palabra, fue el contingente de cuatro acorazados de 1909 lo que le proporcionó a la Armada su escaso margen de seguridad en los primeros meses críticos de la guerra".<sup>197</sup>

#### LA CRISIS DE BOSNIA

El gran debate naval en Gran Bretaña ocurrió en el contexto de una seria crisis internacional en los Balcanes. A pesar de sus problemáticas ambiciones y suspicacias mutuas, Rusia y Austria-Hungría no sólo evitaron conflictos militares sino que, a cada rato, en las décadas de 1870 y 1880, se unían en alianzas como parte del sistema de Bismarck de mantener la paz. Incluso después de la destitución de Bismarck, ya en 1897, se habían unido en una entente que se mantuvo hasta 1908. Se produjo por el temor mutuo de que el desplome, en apariencia inminente, del Imperio Otomano, provocaría consecuencias incalculables que amenazarían los intereses de cada imperio en los Balcanes y el Cercano Oriente. Cada uno prefirió trabajar para preservar el *status quo* y su propia posición antes que arriesgarse en otro juego de dados.

La derrota de Rusia a manos de Japón y la revolución que provocó comenzó a cambiar la situación en 1905-1906. El fracaso hizo que los rusos desviarán su atención de Asia y la dirigieran hacia los Balcanes donde pensaban alcanzar sus intereses de forma más enérgica y recuperar el prestigio perdido. Los rusos trataron de involucrar a los británicos en los asuntos de los Balcanes para ayudar a contener a Austria.<sup>198</sup> La situación cambió más adelante con el advenimiento de un nuevo ministro de Asuntos Exteriores en cada país, el barón Alois Lexa von Aerenthal en Austria y Alexander Izvolsky en Rusia. Aerenthal planeó manejar la agitación del sur esloveno, que provenía de Serbia y Montenegro y provocaba disturbios en las provincias de Bosnia y Herzegovina, con acciones más atrevidas en los Balcanes. Su idea era anexarse formalmente a Bosnia y a Herzegovina, nominalmente bajo protectorado turco pero ocupados por Austria-Hungría desde el Tratado de Berlín en 1878. Pensaba que si las provincias se integraban oficialmente a Austria, los serbios abandonarían sus esperanzas de apoderarse de ellos en el supuesto caso de un desplome de Turquía y, también, desistirían de su proyecto de una "Serbia más grande" o de una Yugoslavia basada en los serbios. Con el paso de los años, Austria había ganado la aprobación teórica para anexarse las provincias de Alemania, Italia y Rusia. Aerenthal estaba ansioso por demostrar la independencia y vitalidad de Austria, aunque no deseaba interrumpir la entente con Rusia y contaba con su debilidad actual para obtener su aprobación.

Izvolsky estaba ávido de mejorar las relaciones en todas las direcciones para proporcionar a una Rusia, seriamente quebrantada, tiempo para recuperarse de

sus fracasos recientes. Negoció la entente con Inglaterra en 1907 pero también un acuerdo con Alemania para mantener la paz en el Báltico y fue cuidadoso con los austríacos al asegurarles que continuaría su cooperación. Rusia “no se encontraba en la posición de desafiar a nadie y la exigencia de [el primer ministro] Stolypin de veinte años de paz para aplastar la revolución interna tenía fuerza de ley en la Oficina de Asuntos Exteriores”.<sup>199</sup> Al mismo tiempo, Izvolsky estaba alerta ante cualquier oportunidad de alcanzar, a través de la diplomacia, una ventaja y restaurar el prestigio de Rusia.

Lo que desencadenó la acción fue la rebelión de los Jóvenes Turcos que se apoderaron de Constantinopla en julio de 1908. El movimiento Joven Turco era liberal, exigía una Constitución al sultán, hablaba de democracia pero, más que eso, era un movimiento nacionalista. Sus líderes deseaban infundir nuevas fuerzas a Turquía y recuperar el control de lugares como Bulgaria, Creta, Macedonia, Bosnia y Herzegovina. En agosto proliferaban rumores de que los turcos estaban planeando apoderarse de Bosnia y de Herzegovina. Como respuesta, la población católica de esas provincias exigió que se garantizara una Constitución y la anexión a Austria. El 19 de agosto el gobierno austríaco decidió anunciar la anexión de las dos provincias en la primera oportunidad conveniente. También estuvieron de acuerdo en retirarse del *sanjak* (distrito) de Novibazar, un corredor que iba por el sudoeste de Bosnia, que separaba a Serbia de Montenegro, considerado militarmente indefendible, y que podía presentarse como una concesión a Turquía.<sup>200</sup> Aerenthal intentaba proceder sin consultar a las otras potencias, solamente informándoles de su acción pocos días después de realizada.

Rusia, sin embargo, requería un tratamiento diferente, no simplemente por su interés especial en los Balcanes, sino porque el propio Izvolsky había planteado el problema de la anexión en una nota enviada anteriormente. Izvolsky vio que las circunstancias podrían impulsar a los austríacos a anexarse las provincias. Sabía que Rusia no estaba en condiciones de impedirlo y esperaba, en cambio, obtener una compensación en la forma de un cambio de estatus en los Estrechos. En vez de prevenir el envío de acorazados rusos al Egeo, como generalmente se hacía, quería libre acceso para los rusos mientras se lo impedía a todos menos a las naciones fronterizas con los Estrechos y el Mar Negro. La Guerra Ruso-Japonesa había demostrado la gran desventaja de tener una flota encerrada en el Mar Negro en tiempos de guerra y un reciente cierre del paso, realizado por Turquía durante unos meses, le había ocasionado un daño terrible a la economía de Rusia, porque muchas de sus exportaciones, especialmente el grano de Ucrania, utilizaban esa ruta. Era perfectamente entendible, por tanto, que los rusos estuvieran ansiosos por revisar las normas establecidas para el paso por los Estrechos, uno de los objetivos más deseados de Nicolás II. La reciente entente con Gran Bretaña, además, prometía elimi-

nar la barrera más importante para alcanzar ese fin. Izvolsky, por tanto, obtuvo el permiso del zar para sugerir la compensación.

A mediados de septiembre de 1908 Aerenthal e Izvolsky se encontraron en Buchlau, el Estado de Bohemia del conde Leopold Berchtold, el embajador de Austria en Rusia.<sup>201</sup> Aunque hubo discusiones acaloradas, estuvieron de acuerdo en ciertos puntos: Austria se anexaría las provincias y se retiraría del *sankjak*; Bulgaria se independizaría completa y formalmente de Turquía; los austríacos apoyarían los reclamos de Rusia en los Estrechos y ayudarían a persuadir a Alemania para que, también, los aceptara. Aunque Izvolsky, consciente de los fuertes sentimientos paneslavos en la Duma, la prensa y otros círculos poderosos en Rusia, había propuesto concesiones y compensaciones, tanto para Serbia como para Montenegro, no se otorgaron. Consideraciones sobre el momento oportuno tendrían más tarde gran importancia, pero parece que no hubo un pronunciamiento claro al respecto. No había dudas, sin embargo, de que el anuncio de la anexión se haría previo a la asamblea de las delegaciones austro-húngaras, a principios de octubre. Izvolsky continuó su recorrido por las capitales occidentales, buscando apoyo para el plan de los Estrechos, esperando, sin duda, que Aerenthal le advertiría antes de proclamar la anexión.

Sin embargo, incluso previo a la noticia, las cosas empezaron a salir mal. El 2 de octubre, los detalles del acuerdo de Buchlau se revelaron, por primera vez, al Consejo de Ministros ruso. La Constitución rusa dejaba los asuntos exteriores totalmente en las manos del zar y de su ministro del Exterior. Además, Izvolsky sabía que a Stolypin y a otros ministros influyentes les gustaba la idea de cooperar con Austria, así que no vislumbraba problemas. Estaba muy equivocado, porque Stolypin y los otros estaban consternados por lo que entendieron como una traición a la causa eslava y de indiferencia en el asunto de los Estrechos. Con motivo de sus violentas críticas, el zar negó, mintiendo, tener algún conocimiento de las actividades de Izvolsky, y sus adversarios enviaron un mensaje al ministro del Exterior en el que denunciaban su acuerdo y le ordenaban revertir su política. Tenía que rechazar la anexión por ser una violación del Tratado de Berlín y exigir una conferencia internacional para revisarlo. Izvolsky mandó un telegrama desafiante como respuesta en el que señalaba que nada podía detener la anexión ya que incluso sus críticos no estaban preparados para luchar: una denuncia vacía no tenía valor. Sería mejor consentir y buscar una compensación valiosa. La prensa rusa, sin embargo, lo atacó, a él y al acuerdo, y el zar lo abandonó, incluso cuando le permitió continuar buscando apoyo para la apertura de los Estrechos.

Otras sorpresas fueron el anuncio que hizo Bulgaria de su independencia de Turquía el 5 de octubre, y la noticia de la anexión de Bosnia-Herzegovina al siguiente día, sin advertencia previa. Aerenthal había estimulado a los búlgaros, con la esperanza de desviar la atención de la anexión, pero negó saber

sus intenciones cuando los británicos le preguntaron. Al ocurrir las dos acciones casi simultáneamente, todo el mundo pensó que formaban parte de un complot austríaco para desmembrar lo que quedaba del Imperio Otomano. Los británicos, particularmente, estaban molestos, porque habían depositado grandes esperanzas en los Jóvenes Turcos, por su conocido liberalismo y porque sus sentimientos pro británicos auguraban la primacía de Gran Bretaña en Turquía a costa de Alemania. Durante el resto de la crisis, que iba en aumento, se comportarían con suspicacia y hostilidad hacia Aerenenthal y apoyarían enérgicamente los intereses turcos.

Izvol'sky supo de la anexión en París y se indignó. Su política no fue reconocida ni por su gobierno ni por la opinión pública rusa y se sintió traicionado porque Aerenenthal actuó sin advertirle, antes de que Izvol'sky pudiera alcanzar la parte de su acuerdo, y temía que Aerenenthal pudiera revelar los detalles de su trato, mostrando su complicidad en la anexión y su disposición de someter los intereses de Serbia y Montenegro para alcanzar su propósito. Mientras duró la crisis trabajaría por salvar lo que pudiera denunciando la acción de Austria, exigiendo una conferencia internacional y buscando la revisión del acuerdo de los Estrechos y compensación por Serbia y Montenegro. La entente austro-rusa estaba muerta y fue reemplazada por una amarga hostilidad que duraría hasta el estallido de la guerra.

Izvol'sky podía lograr que Gran Bretaña y Francia aceptaran asistir a una conferencia convocada por él, pero estaba seriamente decepcionado por el comportamiento de estos socios de la entente. Los franceses querían la ayuda austríaca en una disputa que tenían con los alemanes en Marruecos y dejaron claro que los rusos podrían esperar poco apoyo de su parte. Varios líderes británicos, incluido lord Grey, habían dicho en diferentes ocasiones que no se opondrían al deseo de Rusia de ganar acceso a los Estrechos pero, como respuesta a la solicitud de Izvol'sky, Grey se negó. No deseaba humillar más a los turcos e insistía en que los rusos debían esperar hasta que llegara un momento, más tarde, no especificado, en el que se pudiera volver a plantear el asunto. Se interpuso en el camino de Izvol'sky de otra manera también. Izvol'sky habría esperado que la compensación por Serbia y Montenegro, necesaria para aplacar el alboroto en Rusia, se le podría arrancar a Turquía, pero una vez más Grey no lo aceptaría. Incluso, a medida que la crisis se agudizaba y la amenaza de guerra parecía real, insistía en dos cosas: en que se compensara a los serbios y en que la compensación viniera a expensas de Austria, no de Turquía. Es posible que la crisis hubiera podido terminar mucho antes, con menos recelo y hostilidad si Grey no hubiera escogido jugar un papel tan importante en acontecimientos tan alejados de casa, si hubiera estado de acuerdo en permitir que los rusos pudieran presentar su reclamación sobre los Estrechos y permitir compensación para los serbios a costa de los turcos. Estaba, sin embargo, furioso con

Aerenthal, a quien consideró un tramposo y un mentiroso, impaciente por dar su apoyo a los rusos en el asunto de la compensación serbia para demostrar la solidaridad de la entente, pero decidido a buscar la oportunidad turca al defender los intereses de los Jóvenes Turcos. Como se vio, sus esperanzas en los Jóvenes Turcos resultaron equivocadas y así lo admitió con tristeza años más tarde: "aquellos que conocían bien a Turquía nos advirtieron que los 'jóvenes' turcos eran muy parecidos a los 'viejos' turcos pero era tan agradable satisfacer la gran esperanza que no presté atención a estos consejos. El resultado destruyó las esperanzas y subrayó las advertencias".<sup>202</sup> Uno puede simpatizar con los sentimientos y preocupaciones de Grey y, sin embargo, encontrar fallos en su política. Por muy desagradable que fuera el trato entre Rusia y Austria, la anulación de acuerdos internacionales, pisotear las reclamaciones de Turquía, Serbia y Montenegro, los intereses de Gran Bretaña, y también los de Europa, sitúa la paz en los Balcanes, y eso se hubiera logrado mejor con la continuación de la entente entre Rusia y Austria. Grey debió entender eso y conformarse con los cambios que, por comprensión mutua y mediante su propia aceptación eran, en todo caso, inevitables. En cambio, sin interés directo en los asuntos, como lo admitió, y sin intención de comprometer las fuerzas y recursos británicos a sus propósitos, ayudó a impedir un resultado pacífico. No fue la última vez en que la ambigüedad de sus políticas causarían problemas.

Los alemanes también fueron sorprendidos con la anexión y la primera respuesta del kaiser fue de indignación porque no se lo dijeron con anterioridad y por la amenaza que representaba para sus intereses en Turquía. Pero Bülow argumentó que Alemania no podía darse el lujo de abandonar a Austria:

Nuestra posición, sin dudas, sería peligrosa si Austria perdiera la confianza y se retirara. Mientras permanezcamos unidos, formamos un bloque que nadie atacará a la ligera. En los asuntos relacionados con Oriente, sobre todo, no podemos ponernos en contra de Austria que tiene intereses más cercanos y más fuertes que nosotros. Una negativa o una actitud reticente en la cuestión de la anexión de Bosnia y Herzegovina no se perdonaría.<sup>203</sup>

El jefe del Estado Mayor de Austria, Franz Conrad von Hötzendorf, que había sido por mucho tiempo partidario de una guerra preventiva en contra de Italia y Serbia para establecer y salvaguardar el predominio de Austria en la región, aprovechó la oportunidad de comenzar conversaciones militares con su homólogo en Alemania, Helmut von Moltke (el más joven). En enero de 1909 preguntó qué haría el Ejército de Alemania si Austria invadía Serbia y, en respuesta, los rusos atacaban Austria. Moltke replicó: "eso sería la *casus foederis* para Alemania... Tan pronto como Rusia se movilice, Alemania también lo hará, con todo

su ejército".<sup>204</sup> En menos de una semana el kaiser le aseguró al emperador Francisco José que "los intereses de Austria-Hungría están muy cerca de los nuestros y sus enemigos son también los nuestros".<sup>205</sup>

Moltke también destacó las implicaciones estratégicas del apoyo alemán. Si surgía una guerra a partir del conflicto austro-húngaro en los Balcanes, no se limitaría a esa región. El plan de Schlieffen implicaba que si Alemania ayudaba a Austria en contra de Rusia, se asumiría que los franceses se levantarían para apoyar a sus aliados rusos y los alemanes atacarían en el oeste. Una guerra balcánica, por tanto, provocada por la decisión estratégica de Alemania, significaría, inevitablemente, una guerra en todo el continente, y la intromisión en Bélgica, contemplada en el plan, probablemente involucraría también a Gran Bretaña. El kaiser y el canciller recibieron una detallada información de los contactos de Moltke con Conrad y no estuvieron de acuerdo. La crisis bosnia reveló cuán profundamente había rechazado el nuevo gobierno los programas de Bismarck. Había insistido en realizar alianzas tanto con Rusia como con Austria para lograr un control sobre los dos Estados que con mayor posibilidad podían desencadenar una guerra europea, pero el nuevo rumbo los enfrentó con Rusia. Bismarck había insistido en la poca importancia que tenían para Alemania las cuestiones de los Balcanes y del Cercano Oriente; estuvo al tanto de las aventuras austríacas y dejó bien claro que Alemania estaba obligada a defender a Austria sólo si era atacada. El nuevo curso hizo que Alemania hiciera suyas las peleas de Austria en los Balcanes, no se opuso a un ataque austríaco a Serbia y prometió ayuda militar si los austríacos lo hacían: "En efecto, Moltke había cambiado su tratado de 1879, de un tratado defensivo a uno ofensivo, y colocó a su país a merced de los aventureros de Viena".<sup>206</sup>

La crisis se alargó hasta finales de marzo de 1909. A pesar de la presión, sobre todo por parte de Gran Bretaña, Aehrenthal, firmemente respaldado por Alemania y confiado en que Rusia no pelearía porque no podía, se negó a hacer concesiones. No estaría de acuerdo con una conferencia internacional a menos que sus acciones se aprobaran con antelación, tampoco concedería ninguna compensación ni a Turquía ni a Serbia. En enero, finalmente, Austria consintió en hacer un pago a los turcos y ese aspecto de la crisis disminuyó. El problema serbio era más difícil. Inmediatamente después de la anexión, la prensa serbia lanzó enérgicos ataques contra Austria, el gobierno apoyó la formación de una organización nacionalista, antiaustríaca, llamada *Narodna Odbrana* (Defensa Nacional) y movilizó al Ejército serbio. A Conrad se le dio permiso para reunir fuerzas adicionales y para hacer que el ejército de la Monarquía Dual se encontrara en un estado de alta disposición combativa. Enseguida y a través de toda la crisis, presionó para que se realizara un ataque militar a Serbia que la borrara del mapa y diera fin a la amenaza que representaban para el imperio los eslavos del sur. Dada la incapacidad y el poco deseo que mostra-



ban las potencias de la Triple Entente para combatir y la abrumadora superioridad militar de Austria con relación a Serbia y Montenegro, había pocas dudas del resultado.<sup>207</sup> Francisco José y Aerenthal, sin embargo, se oponían tanto a los gastos como a los riesgos de la guerra. Aerenthal intentaba eliminar la amenaza serbia humillando a Serbia y, después, a través de mecanismos económicos, someterla al poder austríaco. A finales de febrero insistió en que Serbia aceptara la anexión, pusiera fin a manifestaciones antiaustríacas y prometiera vivir en paz con Austria a cambio de algunas concesiones económicas. El 15 de marzo, los serbios se negaron, “en una nota que se consideró, tanto por Londres como por San Petersburgo, como insolente e inaceptable”.<sup>208</sup>

En este punto, incluso Aerenthal estaba listo para ir a la guerra. El embajador británico en Viena trató de encontrar una forma de salir del punto muerto pero Grey negó rotundamente el resultado de sus esfuerzos. Finalmente, los rusos se desplomaron. Aterrorizado ante la perspectiva de un ataque austríaco que sometería y, posiblemente, eliminaría a Serbia, mientras que los rusos lo contemplaban indefensos, Izvolsky solicitó una mediación de Alemania que le proporcionara una salida con dignidad. En vez de eso, los alemanes respondieron “con una brutalidad que la situación no requería”.<sup>209</sup> A su embajador se le dijo que exigiera la aceptación inmediata de los reclamos de Austria y que le dijera a Izvolsky “que esperamos una respuesta —sí o no; consideraremos cualquier respuesta evasiva, condicional o poco clara, como una negativa—. Entonces nos retiraremos y dejaremos que las cosas tomen su curso. La responsabilidad de futuros acontecimientos caería, así, exclusivamente sobre M. Izvolsky”.<sup>210</sup> Enfrentados a este ultimátum, los rusos capitularon, y a los británicos se los obligó, de mala gana, a abandonar sus objeciones. A Serbia se lo forzó a rendirse totalmente: tuvo que reconocer que no se habían violado ninguno de sus derechos, aceptar la anexión, reducir su ejército a los niveles anteriores a la crisis, desarmar y dar de baja a los voluntarios y “vivir a partir de ese momento en un espíritu de buena vecindad”.<sup>211</sup>

La crisis había terminado. Bülow afirmó que había “roto en pedazos el cerco”.<sup>212</sup> El kaiser se jactó de que Alemania había apoyado a su aliado “como un príncipe azul” y los alemanes y los austríacos se felicitaron por su éxito, pero habían ganado una victoria pírrica. Si Aerenthal quería evidenciar la fuerza e independencia de Austria, la decisiva intervención de Alemania demostró lo contrario. Si el objetivo principal de la anexión era terminar el problema que representaba Serbia por ser un centro hostil para la agitación yugoslava, fue un fracaso. Los serbios resolvieron sus peleas con Montenegro y los dos Estados fortalecieron sus lazos políticos y militares con Rusia. Tenían ansias de venganza por lo que, a pesar de sus promesas, intensificaron la propaganda antiaustríaca, autorizaron y apoyaron el trabajo de *Narodna Odbrana* y el de otras organizaciones más extremistas que llevaron a cabo actividades terro-

ristas dentro del imperio. “A partir de aquí, el camino conducía directamente a Sarajevo.”<sup>213</sup>

La consecuencia más importante de la crisis fue su efecto en los rusos, que estaban decididos a que, nunca más, se les volviera a humillar de esa forma. Incluso durante el momento crítico Izvolsky le respondió a Aerenthal, ante su amenaza de utilizar la fuerza, con la advertencia de que “la Cuestión Oriental no se puede resolver sin un conflicto... Quizá no estallará en cuatro o cinco años, pero es inevitable”.<sup>214</sup> En abril de 1909 el embajador alemán en San Petersburgo, Rusia, reportó que

nuestros enemigos rusos y de otros países aquí han acuñado la consigna: Alemania ha usado la debilidad actual de Rusia y el deseo general de Europa de que exista paz para humillar a Rusia y obligarla a capitular ante el barón Aerenthal mediante la torpe amenaza de que, de otra manera, ella impondría su voluntad mediante la fuerza de las armas. Este comentario, por el momento, no deja de tener efecto. La leyenda de que Alemania la amenazaba con “mano dura” encuentra credibilidad en amplios círculos y, por lo pronto, ha logrado levantar sentimientos en contra nuestra, incluso en círculos generalmente favorables a nosotros.<sup>215</sup>

Conrad, todavía ansioso por realizar una guerra preventiva en contra de Serbia, le advirtió a su emperador que: “Rusia no puede aceptar ni aceptará este fracaso diplomático —pero en cambio llevará a sus fuerzas armadas al nivel en que se encontraban antes aunque sea sólo por razones de prestigio—”<sup>216</sup>, y tenía razón. Para evitar una nueva humillación se propusieron reforzar la Triple Alianza, pero se esforzaron aún más por fortalecer sus fuerzas militares. La Duma aprobó un gran incremento de los fondos para el ejército en 1908, elevó la cantidad en 1909, mantuvo el alto nivel por dos años más y lo aumentó después en 1912 y 1913. El Ejército ruso se preparó para la acción, reorganizando sus planes de movilización, mejorando su despliegue y abastecimiento, entrenando a las tropas y modernizando sus armas y equipamiento. Para 1910 un reporte del Estado Mayor prusiano decía que “la reorganización le ha proporcionado al Ejército ruso una estructura más unificada y un mejor abastecimiento de artillería de trayectoria curva y tropas técnicas; y, en su conjunto, un incremento significativo en su preparación militar”; el servicio de inteligencia austríaca llamó a los cambios “una formulación tan vasta y radical de reformas en el ejército que difícilmente se hubieran podido lograr en otro lugar”.<sup>217</sup> En la crisis final que culminó con la Primera Guerra Mundial los funcionarios civiles y militares alemanes a menudo pensarían y hablarían de sus temores con relación al poderío militar creciente de Rusia, que llevó a algunos de ellos a buscar una guerra preventiva antes de que fuera demasiado tarde para que Alemania

tuviera una oportunidad y a otros a aceptar la guerra con resignación sobre la misma base. Tendrían, principalmente, que culparse por "ignorar la buena norma diplomática que sugiere que a los enemigos derrotados se les debe proporcionar un puente dorado por el que se puedan retirar con honor"<sup>218</sup> durante la crisis bosnia.

Al insistir en alcanzar sus fines mediante la amenaza abierta de utilizar la fuerza, pero sin el costo y el riesgo de la guerra, Aerenthal cometió otro error muy común en la historia. Así como la intervención ateniense contra Corinto y su embargo en contra de Megara enfureció a sus objetivos sin dejarlos impotentes y quedaron irritados y potencialmente peligrosos, así el tratamiento austro-alemán a Serbia y a Rusia tuvo el mismo efecto. Una respuesta delicada a la solicitud de Izvolsky de una retirada digna hubiera podido tener un efecto conciliatorio, pero incluso un ataque efectivo a Serbia, con todo sus gastos y peligros, hubiera sido mejor que el terrible paso intermedio que se tomó, que dejó a los rusos molestos y cada vez más preparados para buscar venganza. Parecía que ambas partes habían aprendido lecciones de la crisis, pero estaban peligrosamente en conflicto. Los austriacos y los alemanes sabían que al mantenerse juntos, con la amenaza del uso de la fuerza, habían logrado sus objetivos y obligado a los serbios y a los rusos a retirarse. En la crisis final de 1914 algunos de sus líderes esperaban el mismo resultado. Los rusos estudiaron la misma experiencia, pero extrajeron diferentes conclusiones:

En 1914 Austria, otra vez, amenazó con emplear una acción unilateral en contra de Serbia y el 29 de julio Alemania intervino en Petersburgo para exigir que los rusos cesaran sus preparativos militares y, de esa forma, capitularan ante la presión de Austria. La furiosa negativa de Sazonov ante la demanda de Pourtalès [el embajador alemán en San Petersburgo] reflejaba cuánto le había dolido a los círculos gobernantes rusos su primera humillación en marzo de 1909 así como mostraba su determinación de no arrodillarse ante Alemania por segunda vez.<sup>219</sup>

La crisis bosnia fue un paso crucial en el camino hacia la guerra. Al poner fin a la entente austro-húngara, el sustituto de los dos imperios había evolucionado en lugar del sistema de Bismarck para mantener la paz, produjo una situación en la que los futuros problemas balcánicos siempre los encontrarían en conflicto. Debido al apoyo firme y brutal que dio a sus aliados y al adoptar la estrategia del plan de Schlieffen, Alemania estimuló al nuevo sistema que surgía para que realizara asociaciones competitivas y garantizó que una guerra entre dos Estados cualquiera los enredaría a todos. Los académicos todavía se preguntan: ¿cómo fue posible que una disputa balcánica condujera a una guerra mundial? El resultado de la crisis bosnia es una parte importante de la respuesta.

## AGADIR: LA SEGUNDA CRISIS MARROQUÍ

La crisis bosnia exaltó las rivalidades europeas hasta un nuevo nivel de intensidad. Es difícil no coincidir con la opinión de que “la crisis bosnia le mostró a Europa, por primera vez, la sombra de una guerra general”<sup>220</sup> porque entre 1909 y 1911 las potencias, sin lugar a dudas, retrocedieron, como si se hubiesen asustado con esa sombra. Los alemanes renunciaron a su promesa de apoyar incondicionalmente a Austria y Bethmann Hollweg, el nuevo canciller que sustituyó a Bülow en julio de 1909, trató de llegar a una distensión con los británicos. Los austríacos abandonaron sus métodos agresivos y regresaron otra vez a la diplomacia y cada miembro de la Triple Entente trató de conciliarse con los alemanes. Llegaron a un acuerdo con los alemanes sobre los ferrocarriles rusos al norte de Persia y el ferrocarril alemán de Bagdad, que preocupó a Gran Bretaña. Los británicos trataron de alcanzar un acuerdo naval y político con Alemania. Los franceses habían abandonado a su aliado ruso durante la crisis bosnia, y una importante facción en Francia buscaba un pacto con Alemania. Parecía que la Triple Entente se estaba desmoronando, pero regresó a la vida a partir de la reacción de Alemania ante las ambiciones de Francia en Marruecos.

En abril de 1911, Francia envió un ejército a Fez, sitiado por los miembros de una tribu insurgente. La situación de Marruecos estaba, realmente, llegando a la anarquía, pero los franceses actuaron sin consultar ni a Alemania ni a España, y la ocupación prolongada de Fez también fue más allá de lo permitido por la Ley de Algeciras y el acuerdo franco-alemán de 1909. Estaba claro que los franceses intentaban usar el incidente como un pretexto para convertir a Marruecos en su protectorado, presentando el asunto como un hecho consumado. Fue una acción imprudente y arriesgada llevada a cabo por los elementos colonialistas en el gobierno francés y la crisis se expandió rápidamente. Alfred von Kiderlen-Wächter, el secretario de Estado alemán en la Oficina de Asuntos Exteriores desde 1910 tenía el plan de utilizar el golpe francés en Marruecos para ganar concesiones territoriales en otros lugares de África, quizás en el Congo. Advirtió a los franceses que una ocupación que durara mucho tiempo en Fez violaría el acuerdo de Algeciras, pero después no dijo nada más durante un mes, aproximadamente. Sir Arthur Nicolson, el nuevo subsecretario permanente en la Oficina de Asuntos Exteriores adivinó correctamente su propósito: “Espero que Alemania tenga en cuenta que, en ese tiempo, Francia estaría hasta el cuello con relación a los asuntos árabes y que habrá llegado el momento para Alemania de intervenir y reclamar su precio”.<sup>221</sup>

Kinderlen estaba buscando el éxito, tanto en la conducción de su política exterior como en los asuntos internos, a la luz de la desorganización de la Triple Entente, que parecía haber dejado aislados a los franceses, especialmente en

una disputa colonial en la que estaban evidentemente equivocados. Parece que concibió parte de su plan para impresionar a los franceses con la fuerza y la determinación de Alemania, como un paso preliminar a un acuerdo. "Sólo tenía que adoptar una actitud dura y Francia pagaría; cuando la opinión en ambos países se satisficiera y se lograra una reconciliación duradera."<sup>222</sup> La otra parte tendría que revertir la derrota diplomática en Algeciras y elevar el prestigio alemán. Por consiguiente, dejó claro que Alemania esperaba compensación: "traigánnos algo de París", le dijo al embajador francés el 21 de junio. A su propio pueblo le explicó: "Es necesario dar golpes en la mesa. Sin embargo, el único objetivo de esto es obligar a los franceses a negociar".<sup>223</sup>

El objetivo interno era detener la corriente que corría fuertemente en contra del gobierno y de los grupos políticos que lo apoyaban. En 1909, las exigencias del programa naval habían llevado a Bülow a intentar una reforma en los impuestos totalmente impopular para los conservadores agrícolas. El resultado fue la destrucción del "bloque Bülow", la última versión del *Sammlung* de los partidos "respetables" en contra de los socialistas. El fracaso garantizó la destitución de Bülow del cargo, aisló a los grupos comerciales e industriales y dejó que la escena política se dividiera en tres grupos: conservadores, partidos intermedios y los socialdemócratas. Adolph Wermuth, secretario de Estado del Tesoro del Reich, le escribió a Tirpitz "que la estructura interior del Reich, sus capacidades de defensa y su prestigio interno demandan, no sólo una contención, sino una enérgica reducción de [nuestro] gasto... [De otra manera] el desarrollo terminará, ineludiblemente, en el desplome total de nuestras finanzas y de todas las actividades que resulten de ellas".<sup>224</sup> *Weltpolitik* y el programa naval no habían proporcionado una unión segura de los partidos no socialistas que pudiera proteger a la monarquía y al viejo orden. En cambio, había provocado una crisis económica y un desastre político al quebrantar las fuerzas políticas amistosas y acelerar el rápido crecimiento de los socialdemócratas. Si estas políticas se hubieran tomado para alcanzar objetivos internos, sus defensores debían haberlas abandonado cuando se hizo obvio —como sucedió al menos ya en 1909— que estaban teniendo el efecto contrario.

El nuevo canciller, Bethmann, entendió la situación y buscó obtener un acuerdo con Inglaterra que incluyera las limitaciones de la Armada alemana, pero Tirpitz se le opuso y pudo contar, en última instancia, con el apoyo del kaiser. En 1911 Tirpitz introdujo otro proyecto naval suplementario muy caro que aumentó la carrera armamentista y la crisis interna. En julio de 1910 Albert Ballin, el director administrativo de las líneas navieras hamburgo-estadounidenses y amigo del Kaiser, escribió: "estamos en medio de una revolución hoy en día por el hecho de que los Socialdemócratas que han regresado al Reichstag mediante elecciones especiales, están de acuerdo en que un gran cambio se está llevando a cabo".<sup>225</sup> Él y otros esperaban que el éxito de algunos pro-

gramas extranjeros ayudaran a cambiar la corriente y, de cierta forma, esto también fue un motivo para Kiderlen.

El 1 de julio de 1911, la cañonera alemana *Panther* zarpó de Agadir, un puerto marroquí en el Océano Atlántico. La respuesta de Francia fue confusa, debido a divisiones dentro del gobierno. La Oficina de Asuntos Exteriores estaba dominada por jóvenes agresivos dispuestos a desafiar a Alemania. El primer ministro Joseph Caillaux, por otro lado, estaba firmemente comprometido a lograr un acercamiento con Alemania, a pesar de estar decidido a entregar Marruecos a Francia. Tampoco confiaba en que Rusia y Gran Bretaña proporcionarían apoyo militar en contra de Alemania. Su idea era realizar negociaciones secretas con los alemanes, hacer concesiones excluyendo a Marruecos y llegar a un acuerdo general pacífico. Ya que esto estaba mucho más cerca de la dirección que buscaba Kiderlen, hay razón para pensar que una aproximación menos belicosa hubiera podido lograr compensaciones aceptables para Alemania sin una crisis. Lo que quería Kiderlen, sin embargo, era un éxito visible, una demostración del poder alemán, un gesto de respeto y ganar en prestigio, y eso requería una intimidación abierta.

Al saber del “salto de la Pantera” el antialemán ministro de Asuntos Exteriores francés, Justin de Selves, sin inmutarse por la desaprobación de Caillaux, le pidió a los británicos que respondieran enviando un barco de guerra a Mogador, un puerto cerca de Agadir. La reacción de Gran Bretaña fue complicada. La Oficina de Asuntos Exteriores, profundamente recelosa de Alemania, vio la acción alemana como una amenaza a la Entente para obligar a Francia a ponerse al lado de Alemania, y destruir el equilibrio de poder en Europa. Eyre Crowe, el experto en la Oficina en asuntos germanos y su miembro más antialemán, manifestó su punto de vista enérgicamente:

Alemania tiene mucho en juego. Si se admiten sus demandas, ya sea en el Congo o en Marruecos o —lo que pienso que tratará de hacer— en ambas regiones, implicará, definitivamente, el sometimiento de Francia. Las estipulaciones que se exigen no son las que un país, que tenga una política exterior independiente, pueda aceptar. Los detalles de las condiciones no son tan importantes ahora. En todo caso, es una prueba de fuerza. Conceder no significa pérdida de interés o de prestigio. Significa derrota, con todas sus inevitables consecuencias.

Nicolson especificó cuáles serían esas consecuencias: el desplome de “nuestra política desde 1904 de preservar el equilibrio y, consecuentemente, la paz en Europa”.<sup>226</sup> Querían que Grey enviara una cañonera a Marruecos.

Al otro lado del espectro estaba el Gabinete, dirigido por los liberales radicales, especialmente por los lores Loreburn y Morley. Partidarios del aislacio-

nismo y el desarme, tenían la tendencia a simpatizar con Alemania y de oponerse a la sólida ayuda de Francia y Rusia, especialmente en asuntos coloniales. A diferencia de los funcionarios de la Oficina de Asuntos Exteriores y de Grey, estaban recelosos y poco interesados en los asuntos del equilibrio de poder, confiando en que lo razonable y la contención preservarían la paz. En ésta, a diferencia de la primera crisis marroquí, el Gabinete jugaba un papel importante. Se reunieron el 4 de julio y le dieron instrucciones a Grey sobre la política británica: cumplirían con las obligaciones del acuerdo con Francia de 1904 al brindar sólo apoyo diplomático; sugirieron enérgicamente que los franceses debían ofrecer algo a los alemanes; estaban preparados, incluso, para entregar a los alemanes un puerto comercial no fortificado en Marruecos.<sup>227</sup>

Grey se mantuvo entre los dos extremos. Apoyaba tercamente a los franceses y estaba muy consciente de la cuestión sobre el equilibrio de poder, pero le interesaba mucho lograr que los franceses hicieran concesiones coloniales. La pregunta era, como otras veces, ¿qué querían los alemanes? La respuesta llegó el 15 de julio: exigían casi todo el Congo francés a cambio de reconocer el protectorado de Francia en Marruecos. Esto parecía tan desmedido que los franceses pensaron que la demanda se hacía con la intención de romper los convenios. El Gabinete británico, dominado por los radicales, apoyó a Grey en la política de presionar a los franceses para que hicieran algunas concesiones que agradaran a Alemania. La Oficina de Asuntos Exteriores, alarmada, lo presionó para que respaldara con firmeza a los franceses. Nicolson argumentó que los británicos tenían que “decidir si se mantendrían fieles a su acuerdo con Francia... o si dejarían que Alemania se arreglara con Francia”.<sup>228</sup>

Tratando de abrirse paso entre Escila y Caribdis, Grey sugirió que Gran Bretaña propusiera una conferencia internacional si las conversaciones franco-alemanas fracasaban, como todo parecía indicar. Para forzar el regreso a las negociaciones quería añadir la amenaza de que, si Alemania se negaba a asistir, “daremos pasos para asegurar y proteger los intereses británicos”.<sup>229</sup> Eso era demasiado fuerte para los radicales, que temían que Gran Bretaña estuviera encaminándose hacia la guerra. Insistían en que Grey le dijera a los franceses que presentaran contrapropuestas y que Gran Bretaña no consideraría la insistencia de Alemania de obtener una parte de Marruecos como una razón para combatir.

La suavidad de esta posición era demasiado para Grey, que temía que la inacción de los británicos podría terminar con la Entente y llevar a Francia a las manos de Alemania. También comenzaba a sentirse muy molesto por lo que consideraba una excesiva participación del Gabinete en el manejo de los asuntos exteriores. Sondeó al primer ministro Asquith para que advirtiera a los alemanes de que el fin de las negociaciones con Francia provocaría la intervención británica en Marruecos; incluso ahora consideraba enviar un acora-

zado británico. Como lo ha descrito un académico: “Estas demandas marcaron un punto de giro en el acercamiento de Grey a la crisis marroquí. A su política de contención con Francia, a partir de ahora, añadió una de rígida severidad hacia Alemania”.<sup>230</sup> Por un lado, los británicos entregaron el mensaje del Gabinete el 20 de julio. Los franceses se sorprendieron y alarmaron por lo que entendieron como una deserción de los británicos, un golpe a la Entente, cuyas “consecuencias podrían ser muy graves”. Al día siguiente, por otro lado, Grey persuadió al Gabinete de que le dejara adoptar una política más dura con los alemanes, dejando claro que si las negociaciones franco-alemanas fracasaban, Gran Bretaña insistiría en participar en cualquier decisión que se tomara sobre Marruecos.

Esa misma noche, 21 de julio de 1911, Lloyd George, un importante miembro radical del Gabinete, uno de los “economistas” en el debate naval de 1908-1909, con reputación de ser pro alemán, pronunció un discurso en la Mansion House (residencia del alcalde) en Londres que terminaba de la siguiente manera:

Creo que es esencial para los intereses más altos, no solamente de este país, sino del mundo, que Gran Bretaña, a cualquier precio, mantenga su prestigio entre las Grandes Potencias del mundo... Haría grandes sacrificios por preservar la paz. Creo que nada justificaría una interrupción de los buenos propósitos internacionales, a no ser cuestiones de la mayor trascendencia nacional. Pero si nos obligaran a enfrentar una situación en que la paz sólo pudiera garantizarse renunciando a la posición, grande y benéfica, que Gran Bretaña ha ganado durante siglos de heroísmo y logros, al permitir que se trate a Gran Bretaña, cuando sus intereses se vieran afectados profundamente, como si no tuviera importancia en el Gabinete de las naciones, entonces digo enfáticamente que la paz, a ese precio, sería una humillación intolerable, que un gran país como el nuestro no debe soportar.<sup>231</sup>

Hasta nuestros días, no se sabe quién tuvo la idea de ese discurso y cuál era el propósito de Lloyd George. Todo parece indicar, sin embargo, que contaba con el apoyo de Grey, Asquith y Churchill; este último era un radical que estaba dispuesto a emplear una línea dura y se habían escogido algunos periódicos que le darían un sesgo antialemán.<sup>232</sup> El discurso logró todos los objetivos de Grey; “acalló con eficacia la dirección de la política exterior del Gabinete, alarmó a los alemanes y dio garantías a los franceses”.<sup>233</sup>

El ataque de los *Panther* a Agadir se recibió con exaltación por Alemania. “¡Hurra! Una hazaña”, decía uno de los periódicos, y existía un gran entusiasmo con el proyecto, encabezado por los grupos nacionalistas, los partidarios del programa naval y por los colonialistas, patrocinados por el gobierno. El frene-



sí se convirtió en una situación delicada para el régimen cuando el apoyo británico a Francia y su resistencia ante los reclamos de Alemania demostró ser mayor que el esperado. Mientras que la crisis se alargaba, se escucharon protestas que pedían la guerra si Alemania no recibía lo que merecía. "Para mediados de agosto, Kiderlen tuvo que admitir que no podía seguir controlando los ánimos que había despertado. La aventura de Agadir comenzó a afectar al gobierno del Reich igual que como había ocurrido con la primera crisis marroquí".<sup>234</sup> En septiembre, la prensa alemana hablaba constantemente sobre una guerra con Gran Bretaña.

La perspectiva de una guerra, aunque fuese victoriosa, atemorizó a Kiderlen. "Después de la victoria de 1870, tuvimos que pagar con el sufragio universal. Otro triunfo nos proporcionará un régimen democrático."<sup>235</sup> El kaiser y el canciller estaban igualmente en contra, también Tirpitz. Él sabía que la Armada alemana no podía enfrentarse a la británica y se mantendría, para su humillación, en la bahía, o la destruirían en caso de una guerra. "Prefería la continuación de la Guerra Fría contra Gran Bretaña, que lo ayudaría en su proyecto naval." En su opinión, "la iniciativa de Agadir, cualquiera que fuese su resultado, será una propaganda naval muy útil".<sup>236</sup> Una situación delicada, de hecho, sería mejor que un éxito.

Aunque continuó la agitación y el sobresalto de la guerra alcanzó su punto más alto en septiembre, la política de Grey de contención hacia Francia y de firmeza con relación a Alemania ayudó a lanzar la negociación hasta una conclusión pacífica. En noviembre, Francia y Alemania estuvieron de acuerdo en ceder a Alemania una parte pequeña y sin valor del Congo, a cambio de que abandonara Marruecos.

En Alemania la respuesta a las consecuencias de Agadir fue hostil. Había mucho disgusto con relación al papel desempeñado por Gran Bretaña, especialmente por el discurso en la Mansion House, se hablaba con frecuencia en los círculos colonialistas y militares de la necesidad de la guerra, que se consideraba como algo inevitable. Bethmann Hollweg y el kaiser fueron objeto de ataques virulentos en el Reichstag y en la prensa. Un periódico se refería al kaiser como "*Guillaume le timide*, el cobarde valiente". El acuerdo marroquí se mencionaba, repetidamente, como el segundo Olmütz, una referencia a cuando Prusia se echó atrás en una confrontación con Austria en 1850, que se consideró por muchos como una terrible humillación. Un periódico liberal describió la reacción en el Reichstag al discurso del canciller en defensa del acuerdo:

Quizá las personas puedan retornar al pasado en el instante en que el canciller de Alemania, durante un debate sobre asuntos exteriores, se encontró con un estado de ánimo entre los representantes del pueblo similar al que Herr von Bethmann se encontró hoy; regresaron, pero en vano.

El único precedente se encuentra en Prusia; cuando Manteuffel... [explicó su política para rendirse] después de volver de Olmütz.<sup>237</sup>

La experiencia haría más difícil, tanto para el canciller como para el kaiser, recomendar mesura o evitar una confrontación en el futuro.

Por el lado de la Triple Entente el resultado de la crisis era ambiguo. Por una parte, la entente entre Gran Bretaña y Francia se había mantenido y había frustrado los intentos de Alemania de dividirla y de intimidar a Francia para obtener concesiones más importantes. Las conversaciones militares británicas y francesas, que comenzaron en la primera crisis marroquí, se intensificaron en la segunda. Bajo el decidido liderazgo del nuevo director de operaciones militares, muy pro francés, el general Henry Wilson, se hicieron planes para enviar una fuerza expedicionaria británica al continente poco después de un ataque a Francia y, en forma limitada, coordinado con los franceses. En un discurso en el que defendía su política después que terminó la crisis, Grey aclaró ante la entente el compromiso de Gran Bretaña, denunciando a los partidarios del “aislamiento espléndido” y demostrando su orgullo por haberse mantenido al lado de Francia:

Confío en el hecho de que atravesar, durante los últimos siete meses, muy unidos a Francia, por un clima diplomático muy severo, sin perder ni por un momento contacto unos con otros, influirá para que se perpetúe en Francia y aquí la confianza en nuestra mutua buena fe y buena voluntad, nuestra intención de mantenernos en contacto.<sup>238</sup>

Por otro lado, la naturaleza exacta del compromiso británico no estaba nada clara. La Armada no tenía planes de desembarcar el Ejército en el continente y rechazaba la idea enérgicamente. El nombramiento de Churchill como primer lord del Almirantazgo comenzó a cambiar esa situación, pero no detuvo la disputa entre aquellos que favorecían un acuerdo continental y los que estaban en contra. A Grey y a Asquith los obligaron a repetir una y otra vez que no se habían comprometido a pelear junto a Francia en caso de que fuera atacada, que Gran Bretaña había quedado totalmente con las manos libres. Aún así, la oposición de los radicales dentro y fuera del Gabinete, a Grey y a su política, fue fuerte durante la crisis y se incrementó cuando terminó. Los radicales en el Gabinete se espantaron al saber que las conversaciones militares con los franceses habían estado ocurriendo desde 1906 e insistieron en que se limitaran y se ejerciera mayor control en el Gabinete. Incluso comenzó un movimiento para dar mayor control sobre la política exterior a la Cámara de los Comunes, y una campaña que afirmaba que “Grey se debe ir” tuvo que tenerse en cuenta seriamente.

Con insistencia, a través de toda la crisis, los franceses le habían preguntado a Grey qué haría Gran Bretaña en caso de que estallara una guerra por causa de Marruecos. El secretario del Exterior siempre evadió una respuesta directa y presionó a los franceses para que continuaran el diálogo e hicieran concesiones. Durante la crisis Grey dijo que su política era “brindarle a Francia un apoyo tal que impidiera que cayera bajo el control real de Alemania y se distanciara de nosotros”,<sup>239</sup> pero en ningún momento aclaraba qué tipo de apoyo estaba dispuesto a dar, cuánto ni en qué circunstancias lo daría. Algunos líderes franceses no sólo ponían en duda el compromiso de los británicos sino su capacidad de aportar una contribución significativa teniendo en cuenta el pequeño tamaño de su ejército. En 1909 el general Wilson le había preguntado al mariscal Ferdinand Foch cuál sería la fuerza militar británica más pequeña que pudiera servir de ayuda práctica a Francia si Alemania la atacaba. “Un simple soldado raso”, replicó Foch, “y nos aseguraríamos que lo mataran”.<sup>240</sup> En 1911 algunos líderes franceses dudaban que los efectivos que Gran Bretaña pudiera enviar para vengar a ese mítico soldado fueran suficientes. Ninguno tenía razón para estar absolutamente seguro de que, incluso, llegaron a enviarlo.

#### LA MISIÓN DE HALDANE

El miedo a la guerra durante la crisis de Agadir provocó un agudo incremento de las críticas, especialmente de los radicales, sobre la política exterior de Grey. Se oponían a un acuerdo que pudiera comprometer a Gran Bretaña incluso a “apoyar la diplomacia francesa en cualquier controversia futura, mediante el peso de las fuerzas armadas de este país, o por otra acción diplomática que pudiera implicar una asistencia de este tipo como último recurso”.<sup>241</sup> Las personas que sostenían esta opinión “deseaban, como mínimo, que se abandonara, o al menos se erosionara, la Triple Entente”,<sup>242</sup> y también pedían un arreglo con Alemania. Grey, igualmente, quería mejores relaciones con Alemania, pero insistía en preservar la supremacía de Gran Bretaña en el mar y tener la libertad de apoyar a Francia contra un ataque alemán que conduciría a un dominio alemán del continente, por lo que no estaba totalmente optimista sobre las perspectivas de un acuerdo. Las consideraciones políticas, sin duda, lo presionaron a reanudar las conversaciones con los alemanes, pero él estaba muy contento de hacerlo.

Las críticas que hacían los radicales y algunos conservadores a Grey y a su política estimularon a Bethmann Hollweg, quien se consoló con estas “declaraciones pro alemanas”, a tratar otra vez de obtener su fin principal, el debilitamiento de la Entente,<sup>243</sup> y llegar a un pacto con Gran Bretaña. Perseguía tres objetivos: alcanzar una alianza política con los británicos que, al menos, los

mantuviera neutrales en caso de una guerra con Rusia y Francia; reducir los gastos de tal manera que se pudiera evitar el incremento de los impuestos y por tanto no perturbaran, más adelante, la escena política interna; y controlar la carrera armamentista, que era la barrera más importante para alcanzar los dos primeros objetivos. El primer paso era tratar de detener el plan de Tirpitz para un nuevo proyecto naval suplementario muy caro destinado a tener efecto en 1912, cuando la actual ley permitiera reducir el ritmo de construcción de cuatro a dos *dreadnoughts* anualmente. El nuevo plan mantendría el ritmo de cuatro barcos; también haría imposible llegar a un acuerdo con Gran Bretaña o equilibrar el presupuesto sin nuevas contribuciones.

Durante la crisis de Marruecos, Bethmann objetó enérgicamente el nuevo proyecto, y logró posponer una decisión, para gran disgusto del kaiser quien, en privado, dijo molesto: "Si el canciller no quiere cooperar, debe marcharse, yo tengo que ser mi propio Bismarck".<sup>244</sup> Mediante mecanismos elaborados, Bethmann estimuló al Ejército para que presentara una solicitud de incrementos militares como una forma de reducir la Armada. El Ejército fue receptivo, como no lo había sido en el pasado, cuando se había opuesto a la expansión del Ejército para poder defender el dominio de la aristocracia sobre el cuerpo de oficiales. El apoyo de Bethmann y la crisis de Agadir ayudó a cambiar su opinión. Aquellos alemanes que vieron el acuerdo como una capitulación lo criticaron, en parte, por una supuesta debilidad militar. Los propios generales comenzaron a creer en la posibilidad de una guerra en contra de una Triple Entente que crecía de forma impresionante y en la necesidad de un ejército más grande si querían ganar esa guerra. Al final, el plan Bethmann se revirtió; el apoyo del kaiser a Tirpitz y la política naval eran muy fuertes, y los dos proyectos, el del Ejército y el de una Armada reducida se aprobaron en mayo de 1912.

A principios de ese año, sin embargo, Bethmann todavía tenía esperanzas de detener el proyecto de la Armada y de lograr un acuerdo con Gran Bretaña. Primero invitaron a Churchill, después a Grey, pero el Gabinete decidió enviar a lord Haldane, secretario de Estado para la Guerra, un liberal imperialista cercano tanto a Grey como a Asquith, y conocido por sus buenas relaciones con Alemania. Tirpitz, apoyado por el kaiser, destruyó de antemano todas las posibilidades de éxito. A Bethmann lo obligaron a establecer la condición de que el nuevo incremento naval de Tirpitz, que no se había hecho público todavía, se incluyera como parte de la Armada alemana ya existente en las discusiones navales. Como si esto no fuera suficiente, Tirpitz anunció públicamente el nuevo plan suplementario el mismo día que Haldane arribó a Berlín. Incluso el líder radical en el Gabinete, lord Morley, dijo que los miembros del gobierno británico se considerarían unos "idiotas" si hacían concesiones en esas circunstancias.<sup>245</sup> Aparte de los problemas marítimos, no había posibilidades de un acuerdo, porque los alemanes insistieron en una neutralidad "bené-

vola” de los británicos como condición mínima para cualquier arreglo. No estaban preparados para abandonar sus aspiraciones navales, pero querían que los británicos se apartaran de su camino en el continente. Los alemanes querían “eliminar a Gran Bretaña del equilibrio de poder”. Tirpitz dijo que Gran Bretaña debería “renunciar a las ententes existentes y nosotros debíamos ocupar el lugar de Francia”, pero seguía sin reducir su programa naval, porque contaba con la flota alemana para obligar a Gran Bretaña a ponerse de parte de Alemania y mantenerse allí.<sup>246</sup> Ésta era también la opinión del kaiser. Después del fracaso de la misión de Haldane, se aferró al enfoque que había caracterizado su política desde el principio: “le he demostrado a los ingleses que, cuando tocan nuestro armamento, muerden en el granito. Quizá de esta forma he incrementado su odio pero he ganado su respeto, lo que los inducirá, a su debido tiempo, a concluir las negociaciones, y esperamos que sea en un tono más modesto y con resultados más felices”.<sup>247</sup>

Aunque los británicos rechazaron las demandas alemanas, las conversaciones en sí mismas preocuparon a los “halcones” en la Oficina de Asuntos Exteriores y a los franceses. Como era su costumbre, Grey rehusó ofrecer garantías firmes. Su política siempre fue defender el equilibrio de poder en Europa, pero rechazó aceptar la proposición del primer ministro francés, Poincaré, de declarar que Inglaterra y Francia “cooperarían si fuera necesario para mantener la estabilidad europea”. Lo más que podría decir a un Nicolson ansioso era: “aunque no podemos comprometernos bajo cualquier circunstancia a ir a la guerra con Francia en contra de Alemania, tampoco nos comprometeremos con Alemania a no ayudar a Francia”.<sup>248</sup>

De hecho, la revelación de la actitud y de los planes de Alemania forzó a los británicos a dos cosas: a continuar la carrera naval y a acercarse a Francia. En marzo de 1912, Churchill, ahora primer lord del Almirantazgo, anunció un incremento en la construcción marítima y, todavía más importante, la retirada de la mayoría de la flota del Mediterráneo, de Malta hacia las Islas británicas y el resto a Gibraltar. Los franceses entendieron la insinuación; en septiembre desplazaron su flota, de Brest a Toulon. Sin tener ningún acuerdo formal, Gran Bretaña ahora dependía de Francia para proteger el Mediterráneo y Francia dependía de Gran Bretaña para la defensa de sus costas en el norte. A la luz de estos acontecimientos, los franceses volvieron a tratar de obtener garantías más seguras por parte de Gran Bretaña, solicitando que se acordara que, en caso de una amenaza de ataque, los dos países “considerarían la situación y buscarían la forma de asegurar, juntos, el mantenimiento de la paz y de eliminar cualquier intento de agresión”. Incluso en ese momento, el Gabinete británico suavizó el lenguaje y añadió un preámbulo declarando que “las consultas entre expertos no son, y no deben considerarse, un compromiso que obligue a cualquiera de los dos gobiernos a la acción en una contingencia que no ha surgido y pue-

de que no surja nunca".<sup>249</sup> Los acuerdos prácticos, sin embargo, no se podían ignorar. "Ningún observador objetivo podía negar que la obligación de Gran Bretaña de defender a Francia de una agresión era ahora más fuerte de lo que había sido, y que Alemania era responsable de esto."<sup>250</sup>

#### LAS GUERRAS BALSÁNICAS

La segunda crisis marroquí tuvo una consecuencia que ninguno de los principales participantes había imaginado. Los italianos se aprovecharon de la tensión de los franceses al declarar la guerra a Turquía e invadir Libia. En el transcurso de un año habían obligado a los turcos a cederles Libia y las Islas Dodecaneso. Esta renovada evidencia de la debilidad turca envalentonó a los Estados balcánicos y atemorizó a los rusos. Durante la guerra contra Italia, los turcos cerraron los Estrechos por un tiempo, temiendo un asalto italiano. La importancia de obtener su control pronto se hizo más evidente que nunca por los peligros que implicaba. Los rusos se centraron en los turbulentos Estados balcánicos, temiendo un ataque austríaco y con la ambición de aprovecharse del desplome de Turquía. A través de sus embajadores en Belgrado y Sofía lograron la difícil tarea de unir a Serbia y a Bulgaria en una alianza. Los rusos lo entendieron como una unión defensiva en contra de las ambiciones de Austria y Alemania, pero los nuevos aliados tenían otras ideas. Los búlgaros ansiaban agredir a Turquía para sacarla totalmente de Europa y anexarse todo lo que ganaran a lo largo de la costa del Egeo y hacia el interior, hasta llegar a Constantinopla. Los serbios estaban dispuestos a ayudar con la esperanza de que Bulgaria, entonces, los apoyaría en un ataque a Austria, lo que les proporcionaría el resto de los Balcanes turcos, que estaba habitado, en su mayoría, por albaneses. Grecia se unió pronto a la alianza, ansiosa por no perder la oportunidad de desmembrar a Turquía. Junto con Montenegro, que también quería eliminar a Turquía de Europa, esto constituyó la Liga de los Balcanes.

A pesar de sus diferencias, ni Austria ni Rusia deseaban que las arrastraran hacia una guerra en los Balcanes en ese momento y, de igual forma, las otras potencias buscaron preservar la paz, pero el 8 de octubre de 1912, Montenegro declaró la guerra a Turquía; en diez días sus aliados hicieron lo mismo. La acción de la Liga de los Balcanes marcó una nueva fase en la historia europea. Como dijo un diplomático francés: "Por primera vez en la historia de Oriente, los Estados pequeños han adoptado una posición tan independiente de las Grandes Potencias que se sienten capaces de actuar totalmente sin ellos e, incluso, llevarlos a remolque".<sup>251</sup>

Para sorpresa general y gran consternación de los austríacos, los ejércitos de la Liga derrotaban rápidamente a los turcos cada vez que se enfrentaban. El

ministro de Asuntos Exteriores austríaco, el conde Leopold von Berchtold, adoptó una actitud cautelosa ante la formación de la Liga de los Balcanes. Sólo estaba preparado para mantenerse firme en dos puntos: la independencia de Albania y el cierre del acceso de Serbia al Adriático. La política oficial era que se debía contener a Serbia: "Una Serbia a la que se le niegue el acceso libre al mar todavía sería dependiente, la soberanía albanesa ayudaría a asegurar la política de Viena".<sup>252</sup> No queda nada claro, sin embargo, que el hecho de impedir el acceso de Serbia al Adriático la hubiera hecho dependiente. Es más probable que Berchtold, consternado por las victorias serbias pero sin estar dispuesto a ir a la guerra, necesitaba "restaurar el 'prestigio' de la monarquía",<sup>253</sup> y escogió esta forma para lograrlo. Las rápidas victorias de la Liga, sin embargo, resquebrajaron la resistencia turca y pusieron en peligro la estrategia de contención cuando los montenegrinos tomaron la ciudad albanesa de Escutari y el Ejército serbio llegó a la ciudad albanesa de Durazzo (Durrës) en el Adriático. Los rusos apoyaron la posición de Serbia e incrementaron sus fuerzas en Galitzia, en la frontera austríaca. Los austríacos aumentaron sus efectivos en Galitzia y Bosnia-Herzegovina, y la guerra parecía posible.

En noviembre, sin embargo, los turcos derrotaron a los búlgaros en una batalla decisiva y las conversaciones de paz comenzaron en Londres en diciembre. El principal interés de los rusos era que Bulgaria no se apropiara de Constantinopla; en el mejor de los casos, las ambiciones de Serbia eran secundarias. Los rusos retiraron el apoyo intransigente a las reivindicaciones de Serbia y la tensión disminuyó momentáneamente. Los líderes militares austríacos, respaldados por su heredero forzoso, Francisco Fernando, ejercieron presión para que se emprendiera una acción militar que terminara, de una vez y por todas, con la amenaza de Serbia y Montenegro. Estaban convencidos de que Rusia no pelearía para entregarle a Serbia un puerto en el Adriático, que era exactamente lo que el diplomático ruso, Sergey Sazonov, le había dicho a los serbios.<sup>254</sup> Berchtold continuó oponiéndose a la guerra, en gran medida debido a la postura de Alemania. Cuando los consultaron, los alemanes aseguraron a los austríacos su apoyo total pero, de diferentes formas, les hicieron llegar el mensaje de que se oponían a la guerra y buscaban una solución diplomática en una reunión de las grandes potencias. Bethmann Hollweg pronunció un discurso matizado en el Reichstag que, en los momentos en que prometía respaldo para Austria, arrancó ovaciones entusiastas, pero Berchtold captó el mensaje subyacente: "Bajo una inspección más detallada, hay una presión diplomática conminatoria sobre San Petersburgo y una advertencia paternal a Viena para que permanezca tranquila sin protestar".<sup>255</sup> El emperador Francisco José se puso del lado de la paz, y su palabra fue decisiva.

A pesar de una tensión prolongada, la conferencia obtuvo buenos resultados. Austria hizo algunas concesiones a Serbia, pero Gran Bretaña y Rusia acep-

taron la posición austríaca con relación a Escutari y Durazzo. Gran Bretaña y Alemania trabajaron para lograr un acuerdo pacífico, cada uno conteniendo a su socio. Los británicos estaban ansiosos por tener mejores relaciones con Alemania y con Austria. Bethmann quería aprovechar la oportunidad para alejar a Inglaterra de la Entente y le dijo a Berchtold: “tenemos que buscar una nueva orientación para la política británica si queremos superar esta crisis sin peleas”.<sup>256</sup> En marzo, los rusos y los austríacos dieron de baja a gran cantidad de sus tropas y la crisis parecía que había llegado a su fin. Sin tener en cuenta a las grandes potencias, sin embargo, Serbia y Montenegro continuaron con sus demandas. Apremiados por los rusos, los serbios se retiraron, pero el rey Nikita de Montenegro se mantuvo firme y, al final, se apoderó de Escutari. Esto, en definitiva, fue demasiado para los austríacos, para quienes el consentimiento significaría una pérdida de prestigio terrible y peligrosa. Incluso István Tisza, el primer ministro húngaro que generalmente se oponía a la intervención militar, le dijo a Berchtold que el asunto se reducía a saber “si Austria-Hungría era un ‘poder viable’ o si había caído en una ‘decadencia risible’”.<sup>257</sup> Berchtold y todo el mundo decidieron convocar a las reservas que quedaban y enviar un ultimátum a Montenegro. Nikita estuvo de acuerdo en abandonar Escutari y los serbios estuvieron de acuerdo en retirarse de Durazzo. La Primera Guerra Balcánica había terminado. Una vez más, una conferencia, incluso con el apoyo unánime de las potencias, había humillado a Austria, pero la amenaza de una acción militar había tenido éxito.

Después de su gran victoria sobre Turquía, los aliados rompieron filas. Los serbios se apoderaron de toda Macedonia y se negaron a entregarle a Bulgaria la parte prometida. En junio de 1913, los búlgaros, acto seguido, atacaron a Serbia y a Grecia, pensando que podrían imponer su voluntad en sus dos antiguos aliados. Estaban equivocados. Fue peor que cuando los rumanos se aprovecharon del momento de ganar control sobre Dobrudja y atacaron Bulgaria desde el norte. En la Paz de Bucarest concluida en agosto, a Bulgaria le habían arrebatado casi todo lo que había ganado en la primera guerra. Turquía obtuvo Adrianople, una importante ciudad al norte del Mar Egeo, y un poco de autoestima. Rumania obtuvo Dobrudja. Grecia y Serbia fueron los vencedores y se negaron a que las grandes potencias inspeccionaran el acuerdo.

El resultado fue un desastre para Austria. Serbia había adquirido una gran cantidad de territorio, un millón y medio de nuevos súbditos y una nueva confianza e independencia. Austria contaba con Turquía y Bulgaria como un contrapeso para las ambiciones Serbias, pero fueron derrotados y no cumplieron con ese propósito. Serbia había demostrado que era capaz de actuar con una determinación independiente y agresiva que hacía caso omiso de las grandes potencias y que resultaba todavía más difícil de controlar por parte de los rusos. A los serbios los había humillado el ultimátum austríaco y ansia-



ban, con rencor, una venganza. Las filas de la Mano Negra, una sociedad secreta dedicada a la unificación de los eslavos del sur, se incrementó con militares irritados: la ambición y la hostilidad de Serbia eran obvias. Serbia y Montenegro rodeaban ahora las provincias austríacas de Bosnia y Herzegovina, y se hablaba de que se unirían en un solo país. Después de eso, muchos eslavos tenían la esperanza de que el próximo paso sería la separación de Bosnia-Herzegovina, Dalmacia y otros territorios eslavos del sur de Austria-Hungría y la formación de un Estado yugoslavo. En Bucarest en 1913, el primer ministro de Serbia Nicola Pashitch le dijo a su aliado griego: "se ganó el primer combate; ahora tenemos que preparar el segundo contra Austria".<sup>258</sup> Cada vez más, los austríacos veían a los serbios como una amenaza para la existencia del imperio.

Las relaciones entre Austria y Alemania fueron difíciles durante la crisis. A pesar de sus palabras tranquilizadoras, los alemanes no habían respaldado con energía a los austríacos, sino que los detuvieron, lo que llevó a Berchtold a quejarse de que ellos podrían muy bien pertenecer a la Entente, por todas las cosas buenas que la alianza alemana había hecho por ellos. El dominio de Serbia era fundamental para Austria, pero los alemanes se negaron a aceptarlo. La lección que Berchtold y sus colegas aprendieron de las guerras de los Balcanes fue que la diplomacia no funcionaría en contra de Serbia, sólo la amenaza de fuerza o su uso; que aun cuando los alemanes contuvieron a los austríacos, dudaban de su decisión y capacidad. Los austríacos contaban con la ayuda alemana para impedir que los rusos tuvieran un encuentro con Serbia o para combatirlos en caso de una guerra general. Por un lado, los ponía nerviosos recibir la protección que necesitaban; por otro lado, sentían la necesidad de actuar con fuerza y decisión para garantizar ese apoyo.

A Berchtold y a sus colegas los habían criticado por su conducta en estos años: "Al convertir los problemas en cuestiones de prestigio, lo que hacía imposible llegar a un acuerdo, el ministro, necesariamente, tenía que acentuar sus presiones si el otro partido no aprovechaba la oportunidad. El prestigio político, uno de los objetivos diplomáticos más peligrosos y satisfactorios, había reemplazado al interés político".<sup>259</sup> El hecho es que mucho de lo que estaba sucediendo en Europa desde que Alemania se lanzó en su "nuevo rumbo" era prestigio político. *Weltpolitik* y el programa naval, lejos de representar para Alemania ventajas económicas, desde el punto de vista económico o político, nacional o extranjero, eran de poco o de ningún valor o, con más frecuencia, gravemente perjudiciales.

Pero el kaiser y Tirpitz, y las fuerzas nacionalistas que convocaron y estimularon, querían poder y la autoridad que les proporcionaría; las razones para obtener una ventaja práctica se basaban, principalmente, en la racionalización. La Armada alemana de acorazados era, después de todo, lo que decía Churchill,

“una flota de lujo”. Aunque fue una de las causas principales de la guerra, no tuvo una participación significativa en los combates y nunca fue de gran utilidad para Alemania. Las colonias que adquirieron fueron de poco o de ningún valor intrínseco. La búsqueda de reconocimiento, respeto y asociación a través de la intimidación sólo provocó miedo y resistencia. Las dos crisis marroquíes fueron creadas para buscar reputación, y ésa fue también la razón del ultimátum, excesivamente duro e innecesario, de la crisis bosnia. Los alemanes se aferraron a sus programas incluso después de que estos métodos, sin lugar a dudas, habían fracasado y, además, habían provocado graves peligros, internos y externos. Éstas fueron las políticas que crearon el sistema de alianza que antecedió a la guerra y la carrera armamentista en tierra y mar. Habían separado a Austria de Rusia y causaron una colisión entre las dos naciones en los Balcanes. Fue la unión de estos elementos lo que hizo que el desplome del Imperio Otomano y la decadencia del Imperio Habsburgo fuera, en vez de un problema local o regional, al que Europa se hubiera podido ajustar sin necesidad de ir a una guerra grande, el gatillo que desataría una guerra mundial. Por tanto, resulta difícil culpar a Berchtold y a sus colegas “por creer que, en cierto momento, valía la pena luchar por prestigio —uno de los grandes lugares comunes de su época y de cualquier época—”.<sup>260</sup>

En el siglo XIX los británicos habían asistido a Austria cuando contuvieron a Rusia, y en un ensayo muy conocido se los ha criticado por abandonar esa útil actividad. “Gran Bretaña socavó la posición de Austria antes de la guerra... y la ayudó en su destrucción durante la guerra, en un rapto de quedarse en blanco. El punto básico es que todo el mundo vio la amenaza central al sistema europeo en la decadencia de Austria y nadie hizo nada.”<sup>261</sup> Es absolutamente cierto que Gran Bretaña, fundamentalmente, no defendió a los austríacos. Grey se negó a hacerlo, incluso cuando lo conminaron a utilizar el apoyo británico como una palanca para alejarlos de la alianza alemana. Su negativa se debió a que pensaba que los alemanes se habían imbuido en el pánico del aislamiento que ellos mismos habían creado, que la deserción de su único aliado confiable los podría conducir a la guerra. El hecho es que los británicos consideraban, *no* la decadencia de Austria, sino el peligro de Alemania, como la amenaza mayor, una conclusión muy razonable. Bajo el kaiser, la Armada alemana era un puñal en la garganta de Gran Bretaña, y su ejército, una amenaza mortal para los Estados de Europa en cuya independencia confiaba Inglaterra; juntos, representaban el escollo más serio para la seguridad de Gran Bretaña desde Napoleón. En estas circunstancias, no es lógico esperar que los británicos procuraran fortalecer al único aliado verdadero de Alemania. Sin dudas, es todavía más sorprendente que no trataran de convertir a la Entente en una verdadera alianza, contener la amenaza con más eficiencia e impedir los desafíos al *status quo* y a la seguridad de Gran Bretaña.

La consecuencia de las guerras de los Balcanes colocó a Austria ante un problema para el cual no tenía una solución satisfactoria. Berchtold y los otros no tenían otra alternativa que buscar una política de prestigio; eran muy débiles para hacerlo de otra forma. Darse cuenta de la inseguridad de Austria había estimulado a los serbios y a los montenegrinos a desafiar su política en los Balcanes. Si se fracasaba en cambiar esa percepción, esto podía conducir perfectamente a la desintegración del imperio. El temor a un desarrollo así, utilizando la tríada de Tucídides una vez más, convirtió una política de prestigio (honor) en una de intereses, como se había hecho tan frecuentemente a lo largo de la historia. Desde el punto de vista de la supervivencia austríaca, Conrad puede haber tenido razón en impulsar un ataque militar decisivo en contra de Serbia en 1908-1909, cuando los rusos eran muy débiles para pelear y se hubiera podido aplastar a Serbia. Después de eso, una política así ya no fue segura. Al hacerse evidente este hecho, resultaron más tentadoras las provocaciones de los serbios, y más difícil una respuesta moderada por parte de Austria. La próxima crisis de los Balcanes no terminaría pacíficamente.

#### LA CRISIS FINAL

Los meses que siguieron a las Guerras de los Balcanes fueron problemáticos y tensos, si acaso, pero no se sentía la amenaza de una guerra mayor. Los austríacos, a pesar de todas sus dificultades y temores, buscaban fórmulas diplomáticas para resolver sus problemas. Los rusos, también, continuaron sus maniobras diplomáticas en los Balcanes y buscaron acercarse a sus socios de la Entente. Los británicos siguieron trabajando para mejorar las relaciones con los alemanes, negociando acuerdos amistosos con ellos con relación al ferrocarril de Bagdad y el futuro de las colonias africanas de Portugal. El ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sazonov, podía pensar que "la paz del mundo estará segura sólo cuando la Triple Entente se convierta en una alianza defensiva sin cláusulas secretas. Entonces el peligro de una hegemonía alemana terminará al fin y cada uno de nosotros podrá, en definitiva, dedicarse a sus propios asuntos: los ingleses buscarían una solución a sus problemas sociales, los franceses se pueden hacer ricos, protegidos de cualquier peligro externo, y nosotros podemos consolidarnos y trabajar en nuestra reorganización económica",<sup>262</sup> pero Grey era de otra opinión. En 1914, Gran Bretaña tenía desavenencias más graves con Rusia, fundamentalmente a causa de Persia, que con Alemania. En 1913 Churchill había propuesto un receso naval, que fue rechazado por los alemanes, pero Bethmann y las necesidades del Ejército alemán habían puesto, de todas formas, un freno al crecimiento de la Armada. Los británicos habían ganado la carrera en el mar y no había más negociaciones para enturbiar las aguas. Grey quería continuar su polí-

tica amistosa con Rusia, y estaba preparado para defender a Francia si Alemania la atacaba, pero rechazaba la idea de los convenios: "No podía entender un pacto como seguridad para la paz; como la mayoría de los ingleses, consideraba que todas las alianzas eran un compromiso para la guerra".<sup>263</sup> Para complacer a Francia y asegurar la buena voluntad de Rusia, obtuvo permiso del Gabinete para sostener conversaciones sobre la Armada con Rusia, que nunca se concretaron en un acuerdo. Grey se aferró a lo que él consideraba como una política de mantener "carta blanca".

Los franceses, aunque les preocupaban las relaciones de Gran Bretaña con Alemania, estaban agradecidos por la ayuda de Gran Bretaña a Rusia. En todo caso, los propios franceses no estaban pensando en la guerra. En el verano de 1913 habían aprobado la Ley de los Tres Años que extendía el servicio militar de dos a tres años con vistas a incrementar el tamaño del Ejército francés a los niveles de los recientes crecimientos en el Ejército alemán. Sin embargo, las elecciones en la primavera de 1914 dieron paso a una legislatura cuya mayoría se oponía. La victoria del ala izquierda obligó a Poincaré, ahora presidente de la República, a nombrar a René Viviani, un izquierdista, como primer ministro. Los socialistas, que se habían desempeñado muy bien en la elección, siempre se oponían a las relaciones estrechas con la Rusia autocrática y buscaban acercarse más a Alemania. Como lo describió un estudiante francés de estos años: "durante 1913 y 1914, a Francia le interesaba más Siria que Bosnia, y estaba más preocupada por alcanzar un acuerdo con Alemania sobre el futuro del Imperio Otomano que apoyar a su aliado, Rusia, en el Cercano Oriente".<sup>264</sup>

La situación en Alemania era compleja y ha sido el tema de mucha controversia. En diciembre de 1912, en medio de la crisis balcánica, los británicos habían quebrado los sueños alemanes cuando lord Haldane le dijo al príncipe Lichnowsky, el embajador alemán en Londres "que Inglaterra, si nosotros atacáramos a Francia, se lanzaría, incondicionalmente, en su ayuda, porque Inglaterra no podía permitir que se alterara el equilibrio de poder en Europa".<sup>265</sup> Furioso, el kaiser convocó una reunión el 8 de diciembre a la que invitó a sus funcionarios militares principales, pero no invitó ni al canciller ni al secretario de Asuntos Exteriores.<sup>266</sup> Denunció a los británicos y también la política de Bethmann de querer acercarse a ellos e insistió en una guerra inmediata en contra de Francia y Rusia. "Austria", dijo, "debe tratar enérgicamente a los eslavos extranjeros [los serbios], si no lo hace así perderá el control de los eslavos en la monarquía austro-húngara". Moltke, el jefe del Estado Mayor del Ejército, dijo: "pienso que la guerra es inevitable y, mientras más pronto, mejor". El kaiser y los otros estaban a favor de una campaña de prensa que preparara a la nación para la guerra. Tirpitz se oponía a la idea de combatir teniendo en cuenta que a la flota le faltaban dieciocho meses para estar preparada, pero Moltke replicó que "la Marina no estaría lista ni siquiera en ese tiempo y el Ejér-

cito se vería en una posición muy desventajosa, porque los enemigos se están armando más fuertemente que nosotros, ya que nuestro dinero está muy inmovilizado".<sup>267</sup> Estos sentimientos se impusieron en la reunión y algunos académicos creen que éste fue el comienzo del plan para la guerra que estalló en 1914.<sup>268</sup> Este punto de vista tiene poco respaldo. Un concilio que excluía al secretario de Asuntos Exteriores y al canciller no era ni oficial ni autorizado. Tampoco eran oficiales ningunas de las sugerencias que se emitieron. No hubo campaña de prensa; Alemania contuvo a los austríacos y trabajó con los británicos para una solución pacífica en la crisis de los Balcanes. No existió ninguna declaración de guerra entre Francia o Rusia. El almirante Von Müller, cuyo diario es nuestra fuente de información sobre la reunión, destaca el fracaso en tomar una decisión y dice que "el resultado fue prácticamente cero".

Se argumenta que esto fue sólo una "guerra pospuesta",<sup>269</sup> que se llegó a un acuerdo cuyo plan consistía en prepararse para la guerra en 1914. Los acontecimientos que ocurrieron en esos meses intermedios, el comportamiento de Alemania en la crisis final y la inmensa cantidad de documentación disponible no hacen ninguna referencia a un proyecto de guerra preconcebida, tampoco respalda esa interpretación. Bethmann y Alemania continuaron tratando de trabajar con Gran Bretaña para preservar la paz. Ya en junio de 1914 el canciller le escribió a Lichnowsky, su embajador en Londres: "Si los dos actuamos juntos como garantes de la paz europea la que, mientras sigamos este objetivo de acuerdo a un plan común, ni las obligaciones de la Entente ni de la Triple Alianza podrán impedir, se podrá evitar la guerra".<sup>270</sup> No hay razón para dudar de su sinceridad.

Lo que no equivale a decir que las fuerzas que impulsaban a Alemania hacia la hostilidad no eran poderosas. El kaiser era emotivo e impulsivo y no debemos olvidar nunca que tenía la autoridad constitucional de diseñar la política exterior y declarar la guerra. Moltke y muchos otros militares estaban realmente a favor de lo que veían como una campaña preventiva. Contemplaban la fortaleza de Rusia como una terrible amenaza, al recuperarse de su debilidad inicial. Creían que, para 1917, el poderío militar ruso sería capaz, con la ayuda de Francia, de derrotar a las Potencias Centrales y temían que los rusos usarían ese poder en contra de Alemania. Sus puntos de vista no se pueden pasar por alto a la ligera y jugaron un papel importante en la crisis final. Tampoco se olvidaba el esfuerzo de Alemania por incrementar su pujanza, influencia y prestigio. Sin discusión, el fracaso de la política de Tirpitz había debilitado el apoyo para un programa naval y la *Weltpolitik* pero, para muchos alemanes, estos fueron reemplazados por el objetivo de expandir la autoridad política y económica y el interés de Alemania al sudeste, a través de los Balcanes y hacia el Imperio Otomano. En los años de 1912-1914 la idea de una *Mittleuropa* obtuvo un respaldo considerable. Por lo menos, significaba una unión aduanera

dominada por Alemania; en las mentes de los imperialistas más extremistas significaba un Imperio Alemán desde el Mar del Norte hasta el Golfo Pérsico; para algunos, incluso, era sólo el comienzo sobre el cual se debía establecer la base del poder alemán en el continente como el primer paso hacia la *Westpolitik*. Una política pacífica de vivir dentro las actuales fronteras de Alemania y de rechazar el uso de la fuerza para extender su dominio e influencia tendría que aplacar estas fuerzas que el nuevo rumbo había estimulado tanto, pero no queda claro que no se hubiera podido hacer.

La dificultad radicaba en que la idea de imponer la disuasión había llegado tarde. Para 1912 la política alemana había creado la Entente, que buscaba una política que podríamos llamar de contención y los alemanes la llamaban *Einkreisung*, envolvimiento. Se encontraron asociados con una Italia débil y poco confiable y una Austria-Hungría decrepita. Si no apoyaban a la Monarquía Dual en sus peleas en los Balcanes, que siempre podía provocar una guerra con Rusia, se alinearían con la Entente o, lo que era más probable, se desplomarían. En ambos casos dejaban a Alemania sola y rodeada por enemigos cada vez más peligrosos. El problema preocupaba a los alemanes que a menudo querían verse libres de su carga austríaca, pero hacerlo significaría abandonar las esperanzas de una expansión hacia el sudeste, como el embajador austríaco en Constantinopla señaló enseguida, proponiendo la alternativa: “o se abandonan los Bósforos y las posiciones alemanas en el Cercano Oriente o se marcha al lado de Austria en las buenas y en las malas”.<sup>271</sup> Incluso aquellos que no estaban interesados en la expansión estaban conscientes de que el desplome de la Monarquía Dual traería como consecuencia el control ruso de los Balcanes y llevar su poder, tanto al sur como al este de la frontera de Alemania. Para muchos líderes alemanes, entonces, algún apoyo a Austria, que significaba arriesgarse a tener una guerra con Rusia —lo cual, a su vez, implicaba el riesgo de enfrentar una confrontación general— era inevitable. Para algunos, como Moltke, esto representaba una guerra preventiva. Para otros, como Bethmann, recordando uno de los comentarios más famosos de Bismarck, la guerra preventiva era como “suicidarse por temor a la muerte”. Su proposición fue trabajar con Inglaterra. La mejor consecuencia sería liberar a Gran Bretaña de la Entente, lo que permitiría la preservación de la paz sin perjudicar los intereses de Alemania. Al fracasar en esto podría lograr la promesa de la neutralidad británica; en ese caso, confiaba en la victoria de Alemania en contra de sus adversarios continentales. Aquellos que creían que era cómplice de un plan para la guerra, preventiva o agresiva, y que sus conversaciones sobre la paz y sus intentos de colaborar con Gran Bretaña eran falsos o utilitarios, con el propósito de garantizar la victoria y no para preservar la paz, olvidan muchas pruebas de lo contrario. Bethmann consideraba la posibilidad de una confrontación europea general no como una oportunidad sino como una calamidad en la que la monarquía y las instituciones

conservadoras que él apreciaba desaparecerían. Específicamente rechazaba la idea de una guerra preventiva. Para él, la decisión del conflicto bélico, cuando se tomó, fue “un riesgo calculado”, “un salto en la oscuridad” que asumió a regañadientes y con temor. El problema era que la situación que había evolucionado desde 1890 sólo había dejado opciones peligrosas.

Aun así, el enfrentamiento no era inevitable en la primavera de 1914. Ninguna de las grandes potencias lo deseaban. El canciller alemán trabajaba para eludirlo. Un observador tan independiente como el embajador ruso estaba seguro de que “el gabinete de Berlín no comparte las opiniones de los círculos beligerantes de Alemania que, según me han dicho, desean provocar una confrontación bélica inmediata con Rusia y preferiría tratar, por todos los medios posibles, de reconciliar nuestros intereses antes de dar un paso decisivo”. Aunque estos “círculos beligerantes” se quejaban de las políticas de Bethmann, el embajador no dudaba que “el gobierno alemán es lo suficientemente fuerte como para poder frenar las tendencias belicistas de los chovinistas alemanes”.<sup>272</sup>

El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando y su esposa fueron asesinados en Sarajevo, la principal ciudad de Bosnia. Los asesinos, jóvenes bosnios, fueron arrestados enseguida; se pensó que era muy probable que estuvieran trabajando para grupos nacionalistas con vínculos en Serbia. En Viena, importantes funcionarios civiles y militares pidieron que se atacara a Serbia pero Berchtold estaba cauteloso. Sabía que el emperador Francisco José no deseaba la guerra y que el primer ministro húngaro Tisza se opondría; además, no estaba nada seguro de cuál sería la actitud de Alemania.

La policía pudo identificar a todos los conspiradores y establecer las conexiones entre algunos de ellos y funcionarios serbios. Pruebas posteriores demuestran que el complot estaba organizado y apoyado por miembros de la Mano Negra y *Narodna Odbrana*, incluyendo al jefe y, al menos, otro miembro de la inteligencia militar serbia. Antes del asesinato, el gobierno serbio supo cómo se transportarían los asesinos armados, desde Serbia hasta Bosnia, pero nunca alertaron al gobierno austriaco. Aunque el Estado serbio no fraguó el complot, algunos de sus funcionarios sí estaban involucrados.<sup>273</sup> La prueba disponible en ese momento no fue conclusiva, pero los austriacos no dudaron de la complicidad serbia y actuaron en consecuencia.

Al día siguiente del asesinato, Berchtold consideró la demanda de Conrad para movilizarse en contra de Serbia al estar de acuerdo en que era hora “de resolver la situación Serbia” pero en lugar de ello sugirió plantear una serie de exigencias que Conrad desechó por ser demasiado apropiadas pero sin un resultado útil.<sup>274</sup> Cualesquiera que hayan sido las inclinaciones personales de Berchtold, sabía que una decisión de ir a la guerra contra Serbia necesitaba del apoyo alemán. Incluso Conrad, el más agresivo de los halcones austriacos, insistió en obtener el apoyo de Alemania antes de actuar.<sup>275</sup> El 4 de julio, por

tanto, Berchtold envió a su joven *chef du cabinet*, el conde Alexander Hoyos, a Berlín, con dos documentos que debía presentar al gobierno alemán. El primero era el memorándum que ya se había preparado, donde se resumían los planes diplomáticos de Austria para los Balcanes, reelaborado para la ocasión, y el segundo era una carta privada de Francisco José para Guillermo II. El memorándum solicitaba el auxilio de Alemania para lograr que Rumania volviera a tener relaciones confiables con la Alianza Dual y tratar de incorporar a Bulgaria a la Triple Alianza y, de esta forma, aislar a Serbia. El memorándum original era más duro por las referencias a la agresividad de Rusia y Francia y por un párrafo muy fuerte al final. En la carta, Francisco José culpaba del asesinato a los rusos y al paneslavismo serbio. Escribió que “la banda de agitadores criminales en Belgrado” debe ser castigada, pero ni en la carta del emperador ni en el memorándum se utilizó nunca la palabra “guerra”. Juntos, argumenta un estudioso, los dos documentos “podían haber dejado pocas dudas en Berlín de que, esta vez, Viena actuaría”.<sup>276</sup> ¿Pero cómo? era una pregunta razonable. Los desafíos en el pasado reciente no habían provocado una acción militar, e incluso, bajo el impacto inmediato del asesinato, los austríacos no habían mencionado claramente la posibilidad de un enfrentamiento para buscar el apoyo de los aliados. Algunos estudiosos consideran que Berchtold, y el régimen austríaco en general, ya habían decidido combatir contra Serbia y estaban buscando la aprobación de Alemania. Aunque la realidad parece indicar que los austríacos le estaban comunicando a los alemanes su determinación de actuar, pero esperaban la reacción alemana antes de decidir qué característica tendría.

La primera reacción de los alemanes, antes de la misión de Hoyos, se correspondió con la política de restricción que habían seguido durante las guerras de los Balcanes. Alfred Zimmerman, subsecretario de Estado, que estaba al frente de la Oficina de Asuntos Exteriores en ese momento, “no se mostró beligerante y ejerció una influencia pacificadora en todos los círculos”.<sup>277</sup> El 30 de junio, el embajador alemán en Viena, conde Heinrich von Tschirschky, informó que aprovechó todas las oportunidades “para advertir, de forma discreta pero decidida y firme, que no se dieran pasos demasiado precipitados. Primero que todo, tienen que estar seguros de lo que quieren hacer porque hasta ahora sólo he escuchado opiniones indefinidas”.<sup>278</sup> Lo que Tschirschky todavía no sabía era que el kaiser estaba en un estado de ánimo muy diferente. Al margen del informe del embajador apuntó algunos comentarios. Cerca del deseo de Berchtold de tener un encuentro final con los serbios, escribió:

*Ahora o nunca.* Con relación a los esfuerzos de Tschirschky por controlar al kaiser, anotó: *¿Quién lo autorizó a atacar de esa forma? ¡Eso es muy estúpido! No es cuestión suya, porque lo que Austria planea hacer en este caso es asunto exclusivamente de ella. ¡Más tarde, si los planes no salen bien, se dirá que*



*Alemania no lo quería! ¡Esperemos que Tschirschky sea tan amable como para abandonar esta estupidez! ¡A los serbios se los debe eliminar ya y rápido!*

El 5 de julio, el embajador austríaco en Berlín, el conde Ladislaus Szögyény-Marich, almorzó con el kaiser en su palacio en Potsdam. El kaiser leyó los documentos y explicó con cautela que no podía responder sin consultar al canciller, pero después del almuerzo cambió de tono. Ahora dijo que “no dudaba que Herr von Bethmann Hollweg estaría de acuerdo con él” en que Austria “podría, en esta oportunidad, al igual que en las demás, confiar en el apoyo total de Alemania”. En el caso de que condujera a una guerra entre la Monarquía Dual y Rusia, Szögyény informó en su telegrama a Berchtold: “podemos estar convencidos de que Alemania, nuestro aliado más fiel, estará de nuestro lado”. Pero el kaiser enfatizó la necesidad de una maniobra rápida: “esta iniciativa no debe demorarse... [S]i habíamos reconocido realmente la necesidad de una acción bélica contra Serbia, él [kaiser Guillermo] lamentaría si no aprovechamos este momento, que está totalmente a nuestro favor”.<sup>279</sup>

Esa misma tarde el kaiser se reunió con Bethmann, Zimmermann, el ayudante del kaiser, Hans von Plessen y dos funcionarios militares, Moritz von Lyncker y Erich von Falkenhayn. El kaiser leyó rápidamente, en voz alta, los documentos austríacos e informó de su conversación. Al siguiente día, Bethmann y Zimmermann se reunieron con Szögyény y Hoyos y ratificaron formal y constitucionalmente el compromiso del kaiser. ¿Por qué el kaiser actuó con tanta rapidez y fuerza? Era, por supuesto, un hombre impetuoso que a menudo hablaba sin pensar mucho, para después arrepentirse y retractarse de lo que había dicho. Durante la crisis balcánica hizo algunos pronunciamientos parecidos que nunca se llevaron a efecto. Conrad refiere una conversación en la que el kaiser le aseguró apoyo en una guerra contra Serbia en 1913, concluyendo que, “al final, surge una situación en la que una Gran Potencia debe desenvainar la espada”. En un informe realizado más o menos en el mismo momento en que Berchtold expresó el deseo de que los serbios debían rendirse antes de que la guerra fuera necesaria, el kaiser comentó: “¡Esto sería muy lamentable! ¡Ahora o nunca! ¡Ya es hora de que las cosas allá se arreglen y se recupere la calma!”<sup>280</sup> Pero eso era sólo palabrería. En Potsdam en 1914 William estableció una política formal que se ratificó constitucionalmente.<sup>281</sup> En parte, su comportamiento fue una reacción por el asesinato de un personaje de la realeza, algo que lo impresionó mucho. El archiduque y el kaiser, además, habían tenido mutuas relaciones cordiales. Aparte de eso, el kaiser estaba muy consciente de su reputación de evadir los combates. Podemos conjeturar que las recientes acusaciones de que era *Guillaume le Timide* lo hicieron más belicoso y con deseos de demostrar su coraje. El 6 de julio habló con el industrialista Alfred Krupp: “Esta vez”, le aseguró varias veces a Krupp... ‘no me acobardaré’. Era casi paté-

tico, pensó Krupp, ver cómo Guillermo trataba de demostrar que no era un cobarde".<sup>282</sup> En un plano más práctico, parece claro que creía que una postura firme de Alemania impediría la intervención rusa, y permitiría que el asunto se localizara y que los austríacos pudieran derrotar a Serbia sin interferencia. Consideró que el Ejército ruso no estaba listo todavía para la guerra y que Nicolás II, sobre quien siempre pensó que podría ejercer una influencia personal, estaría reacio a pelear, teniendo en cuenta los regicidios. En ese caso, podría demostrar firmeza a sus críticos y lealtad a su aliado sin gran riesgo.

¿Pero por qué Bethmann cambió tan drásticamente el rumbo y se alejó de la moderación que había empleado en 1913 para que se aprobara la guerra en 1914? La respuesta más simple es que tenía pocas alternativas. Aunque anteriormente había mantenido puntos de vista diferentes a los de su jefe, y los había defendido enérgicamente, y, en ocasiones, con éxito, no existían antecedentes para la situación en la que se encontraba en Potsdam. El kaiser, básicamente, se había comprometido, junto con su canciller, con un embajador extranjero. Bethmann podía poner al kaiser en una situación embarazosa si rechazaba respaldar su compromiso.<sup>283</sup> Más allá de eso, sólo podemos especular, con un poco de ayuda, a partir de las anotaciones en el diario de Kurt Riezler, su joven ayudante y consejero.<sup>284</sup> Estas anotaciones revelan a un hombre agobiado por la pena y el miedo al porvenir. Su principal temor era Rusia: "el futuro pertenece a Rusia, que crece y nos aplasta igual que una enorme y aterradora pesadilla". Al mismo tiempo, veía la decadencia de Austria como algo muy grave, por lo que no podía mostrar, otra vez, debilidad. Si no actuaba correctamente, podría provocar la deserción de Austria de la alianza alemana, o su desplome. Sin embargo, "una acción en contra de Serbia puede conducir a la guerra mundial". Era pesimista con relación a esta confrontación. Se gane o se pierda, sin embargo, "el canciller espera de una guerra, no importa cómo termine, una revolución de todo el orden existente".

A pesar de eso, creía que la acción era más peligrosa que la inacción. Todavía tenía esperanzas de que se pudiera evitar la guerra. Quizá Rusia y Francia podrían impedirlo, como lo habían hecho en el pasado. En ese caso, Austria se fortalecería en los Balcanes e, incluso, la Entente podría desintegrarse. Si llegaba a producirse una guerra continental, pensaba que Alemania podría ganar, terminar con el peligro que representaba Rusia y atravesar el círculo cerrado que limitaba la expansión económica alemana y amenazaba su política mundial. Si Gran Bretaña peleaba junto a Francia y a Rusia, no obstante, pensó que Alemania podría perder. Un elemento difícil en su política durante la crisis, por tanto, sería mantener a Gran Bretaña neutral, pero estaba consciente del peligro. Riezler escribió que "el canciller piensa que soy demasiado joven para no sucumbir ante la fascinación de lo desconocido, el encanto de lo desconocido, el gran movimiento. Para él la acción es un salto en la oscuridad y, por tanto, el deber más serio".<sup>285</sup>

Quizás, al final, se sentía estimulado por su éxito reciente con los británicos, y esto podría conducirle a contar con ellos para contener a los rusos y permitir que los austríacos castigaran a Serbia. En los días siguientes al asesinato, los sentimientos en todas las capitales europeas eran muy hostiles a los serbios. La mayoría de los periódicos británicos, de hecho, culpaban a los “insostenibles serbios”.<sup>286</sup> En todo caso, aceptó su riesgo calculado y dio su aprobación formal.

La respuesta alemana a la interrogante austríaca ha quedado en la historia como “el cheque en blanco” que implica que se dejaba a Austria llenar la cantidad, o sea, decidir qué hacer y cómo. Así es como lo presentan los documentos oficiales alemanes, pero existen razones para pensar que esto subestima la cantidad de instrucciones emitidas por los alemanes. Los que estaban involucrados parece que han tenido serias dudas sobre la intención de los austríacos y de cuán capaces eran de llevar a cabo una acción fuerte. En su informe a Moltke, escrito justo después del encuentro del 5 de julio con el kaiser y Bethmann, el general Falkenhayn parecía estar convencido de que Austria no emprendería ninguna acción militar. Los documentos austríacos no lo convencieron de que “el Gobierno de Viena haya tomado ninguna determinación sólida... [N]i tampoco ningún documento habla de la necesidad de una guerra, más bien ambos explican una acción política enérgica, como la conclusión de un tratado con Bulgaria, para el cual les gustaría tener la certeza del apoyo del Reich alemán”. Falkenhayn pensó que Bethmann “parece tener muy poca fe, igual que yo, de que el gobierno austríaco estuviera siendo honesto”. Le dijo a Moltke que no debía acortar sus vacaciones: “Sin duda no se llegará, bajo ninguna circunstancia, a una decisión en las próximas semanas. Pasará mucho tiempo para que se concluya el tratado con Bulgaria”.<sup>287</sup>

El canciller, por tanto, y la Oficina de Asuntos Exteriores, presionaron a los austríacos para que actuaran con rapidez, en parte, sin dudas para aprovecharse del malestar general que se sentía en las capitales de Europa, pero también para asegurarse que los famosos ineptos austríacos actuarían. El 4 de julio Tschirschky, obviamente, ya sabía las opiniones del kaiser, y quizás hasta conocía sus anotaciones al margen. A través de un periodista alemán había enviado un mensaje a la Oficina de Asuntos Exteriores austríaca en el que les aseguraba un apoyo alemán total y añadía que “mientras más pronto Austria-Hungría comience la acción, mejor. Ayer hubiera sido mejor que hoy, y hoy sería mejor que mañana”.<sup>288</sup> El 8 de julio, Tschirschky le comunicó a Berchtold sus instrucciones desde Berlín: “hacer énfasis aquí que Berlín espera que la monarquía emprenda acciones contra Serbia y que Alemania no entendería que dejáramos pasar la oportunidad sin dar un golpe... Por otras declaraciones del embajador puedo ver que Alemania interpretaría cualquier compromiso de nuestra parte con Serbia como una confesión de debilidad, que tendría repercusiones sobre nuestra posición en la Triple Alianza y la política

futura de Alemania".<sup>289</sup> Esto era más que un cheque en blanco. Como dice uno de los historiadores más importantes sobre las causas de la guerra, los alemanes le proporcionaron a Austria "incentivo y coraje para tomar medidas en contra de Serbia".

¿Hubieran actuado los austríacos sin la presión alemana? Incluso un académico que hace hincapié en la acción independiente de Austria y que cree que Berchtold quería atacar a Serbia, responde: "probablemente no".<sup>290</sup> La razón es que István Tisza, el primer ministro húngaro, se mantuvo como una barrera impresionante en contra de la guerra. Sin su aprobación, nada podría suceder, y él se oponía enérgicamente a la guerra. Sin la presión de Alemania no lo hubieran podido convencer. En el Consejo Ministerial del 7 de julio, todo el mundo se le enfrentó, pero se mantuvo firme, y amenazó con vetar las iniciativas para iniciar la guerra. Durante una semana Austria no pudo hacer nada mientras que el primer ministro se mantuviera firme. Finalmente, la preocupación de que no actuar en contra de Serbia podría estimular a los rumanos que vivían en Hungría a provocar disturbios, más la presión alemana, convenció al reacio Tisza.<sup>291</sup>

Después de que Tisza finalmente cedió, se celebró un segundo Consejo Ministerial el 19 de julio para llevar a cabo la política acordada por la mayoría en la reunión anterior y para realizar otros planes. Austria-Hungría enviaría un ultimátum culpando a Serbia por el asesinato, en donde se le exigía que se convocara un comité conjunto serbio-austríaco para investigarlo, que Serbia admitiera públicamente su responsabilidad y una promesa de buen comportamiento futuro. A los serbios se les daría cuarenta y ocho horas para responder y se esperaba que rechazaran las demandas. A continuación vendría la guerra. El ultimátum se entregaría específicamente el 23 de julio en la tarde, después de que finalizara la inminente visita de Poincaré y Viviani a Rusia, para que los aliados no pudieran planear una respuesta en conjunto. Mientras tanto, los funcionarios alemanes y austríacos se fueron de vacaciones, y todo el mundo se comportó como si no estuviera a punto de suceder algo grave y peligroso.

Es importante reconocer que este plan era un compromiso. Conrad y otros habían argumentado a favor de una guerra inmediata. Si eso hubiera sido posible, Austria hubiera podido aprovecharse de la desaprobación general hacia Serbia; si se podía realizar un ataque que provocara una victoria rápida, Europa podría enfrentarse ante un hecho consumado que disgustaría a la Entente pero por el que seguramente no discutiría. Generalmente es más fácil persuadir a un país de ir a la guerra para prevenir un desarrollo no deseado que deshacer uno. Un resultado de este tipo es lo que los alemanes esperaban alcanzar cuando presionaron a los austríacos a actuar. Tisza prefería que no hubiera guerra sino intentos diplomáticos. Esto tenía sus desventajas, pero evitaría la guerra. Los partidarios de la posición que realmente se adoptó asumieron que un ataque rápido sería demasiado provocativo y deseaban que un acercamiento más

deliberado, que incluyera una diplomacia fingida, pudiese persuadir a la Entente a aceptar el castigo de Serbia. El problema con este camino intermedio era que la demora permitía que el impacto del asesinato se esfumara y se reemplazara por el del ultimátum austríaco, desviando la furia hacia Austria y ganando simpatías para Serbia, sin retirar a Serbia del panorama.

La posición oficial alemana fue decir que desconocían los planes de acción de Austria, el ultimátum y sus contenidos; los historiadores revisionistas aceptaron esa opinión durante años, aunque el informe de Hans von Schoen, el encargado de negocios bávaros en Berlín, publicado poco después de la guerra, demuestra lo contrario.<sup>292</sup> A los alemanes se les informó detalladamente lo que estaba sucediendo, incluso los términos del ultimátum y, por supuesto, no protestaron. Su principal preocupación era que Viena no actuara con suficiente rapidez, o que se abstuviera de hacerlo. Al escribir a su primer ministro en Munich, el encargado bávaro informó que el gobierno alemán quería que Austria actuara en contra de Serbia, incluso a riesgo de una guerra con Rusia, “pero si ellos realmente se ponen a la altura de las circunstancias en Viena, es algo todavía dudoso para Mr. Von Jagow y Mr. Zimmermann”. Zimmermann fue más lejos, al referirse a Austria como al “hombre enfermo de Europa”. Pensaba que no se esperaba el apoyo incondicional de Alemania, “que es casi penoso para las siempre tímidas e indecisas autoridades en Viena no ser aconsejadas por Alemania a que fueran cautelosos y se autocontuvieran”. Schoen también informó que a Berlín le hubiera gustado que los austríacos actuaran con más rapidez, para que los serbios no tuvieran tiempo de hacer una contrapropuesta, iniciar las discusiones diplomáticas, permitir la intervención de otras naciones y, por tanto, eliminar la oportunidad de lanzar una guerra.

El ultimátum se entregó en Berlín, a las 6 pm del 23 de julio y a las 9 am del siguiente día a las otras capitales europeas. Grey lo llamó “el documento más formidable que un Estado le haya dirigido a otro Estado independiente”, y Sazonov exclamó, “*C'est la guerre européenne*”.<sup>293</sup> No estamos bien informados sobre la discusión en Serbia. La respuesta serbia aceptó nueve de las diez demandas y atenuó, incluso, el rechazo de la pendiente, que requería la participación austríaca en la investigación, dentro de Serbia. Fue un triunfo diplomático que ganó un amplio apoyo y cambió la opinión en contra de los austríacos, como revelan las anotaciones del kaiser: “Una actuación brillante para un tiempo limitado de sólo 48 horas. ¡Esto es más de lo que uno hubiera podido esperar! Un gran éxito moral para Viena; pero con él, se reducen todos los argumentos a favor de una guerra”.<sup>294</sup> No obstante, las observaciones del kaiser, escritas el 28 de julio, estaban muy alejadas de los acontecimientos y no estaban a tono con la política austríaca y alemana.

Después de conocer que los serbios habían rechazado el ultimátum, Francisco José ordenó una movilización parcial del ejército en contra de Serbia que

debía ocurrir el 28. Los austríacos no planeaban declarar la guerra hasta el 12 de agosto, la primera vez que sus tropas estarían en disposición de pelear, pero el 25 los alemanes los presionaron para que comenzaran algún tipo de operación militar inmediatamente, ya que “cualquier demora en el comienzo de las operaciones militares puede significar que existe el peligro de que las grandes potencias interfieran. Nos han advertido con urgencia que procedamos sin tardanza y coloquemos al mundo ante un *fait accompli*”.<sup>295</sup> El acalorado Conrad no entendía por qué había que declarar la guerra dos semanas antes de que su ejército estuviera listo para pelear, pero los alemanes estaban ansiosos por utilizar “la ventana de la oportunidad” para iniciar la campaña local antes de que los ofrecimientos de mediación se hicieran embarazosos e irresistibles. Como dijo Berchtold, “la situación diplomática no durará tanto”.<sup>296</sup> El 28 de julio, Austria-Hungría le declaró la guerra a Serbia y al siguiente día sus barcos que estaban en el Danubio dispararon sobre Belgrado. Técnicamente, la ofensiva local había comenzado.

El interés de Europa por la crisis se había reavivado con fuerza el 24 cuando llegaron noticias del ultimátum. Gran Bretaña, Francia y Rusia trataron de extender el tiempo límite y sugirieron una mediación entre Viena y Belgrado o Viena y San Petersburgo, pero los austríacos y los alemanes lo rechazaron o lo desestimaron. La noticia golpeó a Sazonov como una granada, y acusó a los austríacos de comenzar un conflicto general: “Están incendiando Europa”, dijo.<sup>297</sup> A partir de la crisis bosnia, los rusos habían evitado movilizar sus fuerzas, incluso al precio de retiradas embarazosas. En 1909 habían aceptado el ultimátum alemán; durante las guerras balcánicas se habían negado a respaldar a Serbia o a Montenegro a pesar de las amenazas austríacas. Incluso cuando se puso al frente del Ejército turco en Constantinopla al general alemán Otto Liman von Sanders, un seri peligro a sus intereses en los Estrechos, el gobierno ruso permitió que se llegara a un compromiso, con fuerte crítica en la prensa. Al saber del ultimátum, sin embargo, Sazonov enseguida pensó que Austria y Alemania intentaban atacar a Serbia y que Rusia no podría mantenerse apartada. En julio de 1914 Rusia no estaba lista para combatir. Una ola de huelgas había devastado su industria, lo que hizo temer una revolución. Si las consideraciones internas influían en la política exterior, debían haber argumentado con energía en contra del riesgo de una guerra. Los preparativos militares y navales de Rusia estaban atrasados. Sus finanzas estaban menos preparadas para soportar una guerra de lo que habían estado diez años antes. Sazonov, además, tenía serias dudas sobre la fiabilidad de Gran Bretaña si estallaba la guerra.<sup>298</sup>

En el Consejo de Ministros que se reunió el 24 de julio, no obstante, Sazonov argumentó que aceptar el ultimátum convertiría a Serbia en un protectorado de las Potencias Centrales. Aceptar eso significaría abandonar “la misión histórica de Rusia [de ganar la independencia de los pueblos eslavos], la con-

siderarían un Estado decadente y tendría que, a partir de ese momento, ocupar el segundo lugar entre las potencias', perdiendo 'toda su autoridad' y permitiendo que 'el prestigio ruso en los Balcanes' 'se desplomara completamente'". Además, las concesiones no salvarían la paz, ya que las conciliaciones previas habían fracasado. "Alemania ha considerado nuestras concesiones como pruebas de nuestra debilidad y, lejos de haber impedido que nuestros vecinos usen métodos agresivos, los hemos estimulado a hacerlo."<sup>299</sup> Los otros ministros estuvieron de acuerdo y el consejo decidió solicitarle a los austríacos que extendieran el tiempo límite de su ultimátum; a Serbia "que mostrara un deseo de conciliación y que satisficiera los requerimientos del gobierno austríaco mientras que no pusieran en peligro la independencia del Estado serbio"; y pedirle al zar que permitiera una movilización parcial de las fuerzas armadas contra Austria, en caso que se necesitara. Al día siguiente, Nicolás II se reunió con el Consejo y confirmó sus decisiones.<sup>300</sup>

En este consejo ministerial, en el que nadie tenía razones para ocultar otras consideraciones, sorprende ver el papel dominante del prestigio. Los intereses materiales de Rusia en Serbia y en los otros Estados balcánicos eran insignificantes, pero en los Balcanes su poder y reputación eran más visibles y corrían más riesgo. El estado de su prestigio hacía que fuera más o menos capaz de defender a sus clientes y presionar sus demandas sobre cosas tan importantes como el acceso a los Estrechos; y más o menos atractivas como socio aliado para aquellos Estados de quien dependía para la seguridad. En ese sentido, la defensa de su prestigio *era* la defensa de un interés muy importante y el temor a perderlo el motivo más poderoso para arriesgarse en una guerra. Aquí, otra vez, la tríada de Tucídides de motivos interrelacionados nos ayuda a entender el comportamiento de Estados y sus relaciones internacionales.

La política rusa en 1914 es también sorprendentemente análoga a la de Atenas en 433-431. Los atenienses también pensaron que era necesario adelantarse ya que demorarse en hacerlo conduciría a un debilitamiento de su poder para actuar en el futuro y ellos, también, buscaron un camino intermedio entre la pasividad y la provocación. En el Consejo del 24 de julio, el influyente ministro de Economía A.V. Krivoshein "resumió el dilema de Rusia: si actuaban con demasiada fuerza, podrían provocar la guerra; si actuaban con demasiada debilidad, como había demostrado la experiencia en el pasado, sufrirían una derrota diplomática y estimularían otras demandas y 'el público no lo entendería'".<sup>301</sup> Por lo que se decidieron por la idea de una movilización parcial, un mecanismo para el cual no tenían plan, que sería un serio obstáculo para una movilización general, si llegara a necesitarse, y que no resultaría efectiva incluso para una guerra en contra, solamente, de Austria, ya que no incluía el distrito de Varsovia por temor a alarmar a Alemania. En caso de hostilidad, dejaría a Polonia sin protección ante un ataque de Austria que no tendría oposición, pero

eso no importaba, porque el Consejo sabía que “la movilización parcial únicamente contra Austria podría ser sólo un medio para apoyar la acción diplomática”.<sup>302</sup> Era como cuando los atenienses enviaron diez barcos a Corcira, lo que no tuvo ninguna importancia militar; tenía la intención de ser una señal diplomática para impedir la agresión corintia. Al igual que los atenienses, los rusos estaban buscando evitar el combate mediante la firmeza, no provocarlo, pero la señal rusa no tuvo más éxito que la ateniense.

El 26 de julio comenzó el período preparatorio para el enfrentamiento y se tomaron las medidas necesarias. Durante un par de días las conversaciones entre los embajadores alemanes y austríacos hicieron que Sazonov albergara esperanzas de obtener una solución pacífica, pero el rechazo de Austria ante la respuesta de Serbia, la declaración de guerra y el bombardeo de Belgrado lo convencieron de que las Grandes Potencias estaban decididas a invadir y destruir a Serbia. El 28 de julio, la noticia de la declaración austríaca de guerra contra Serbia convenció al zar para que autorizara una movilización parcial en contra de Austria. Al día siguiente, los alemanes advirtieron que si Rusia no se detenía, el próximo paso sería la movilización alemana y la guerra. El bombardeo de Belgrado convenció a Sazonov de que la confrontación era inevitable y de que Rusia no podía, sin correr peligro, esperar más para ordenar una movilización completa. Después de grandes dudas e incertidumbre, el zar finalmente aprobó un levantamiento general el 30, y los alemanes respondieron inmediatamente. Para los alemanes, a diferencia de los rusos, la movilización significaba la guerra.

Los alemanes, como veremos, le dieron mucha importancia a la movilización rusa, utilizándola para responsabilizar a los rusos por el comienzo de la guerra. Esa acusación no tiene base. La verdadera decisión se tomó cuando los rusos decidieron no permitir el ataque a Serbia. “Teniendo en cuenta la determinación de Austria de aplastar a Serbia y la disposición de Alemania de respaldar a Viena, incluso si la guerra con Rusia y Francia continuaba, la posición de Petersburgo logró que fuera probable un conflicto europeo.”<sup>303</sup> Se ha dicho con frecuencia que en 1914 “la movilización significaba la guerra”, pero eso sólo era cierto con Alemania. Los rusos podían mantenerse movilizados detrás de sus propias fronteras por mucho tiempo, mientras se negociaba la paz, al igual que Francia. Como dijo a sus colegas el propio Bethmann Hollweg en el Ministerio de Estado prusiano, “aunque la movilización rusa se ha declarado, sus posibilidades no se pueden comparar con las de los Estados de Europa Occidental. Las tropas rusas podían permanecer alertas durante semanas. Rusia no desea ningún enfrentamiento, pero la han obligado a tomar medidas sólo debido a Austria”.<sup>304</sup> Exclusivamente para Alemania, que debía de pelear en dos frentes y mantener su compromiso con el plan de Schlieffen, la movilización significaba la guerra.



La pregunta adecuada es: ¿debía Rusia resistir? Es difícil estar en desacuerdo con los análisis de la situación que hicieron dos diplomáticos rusos, “ambos hombres moderados sin tendencias paneslavistas”. Uno dijo que si Rusia cedía “nuestro prestigio en el mundo eslavo y en los Balcanes se extinguirá para siempre” y el otro escribió que aceptar el poder alemán haría que Turquía y los Estados balcánicos cayeran bajo el control de las Potencias Centrales y “traería como consecuencia la destrucción total de nuestra autoridad y de nuestro poder en el Cercano Oriente”.<sup>305</sup> Esperar que una Gran Potencia aceptara semejante derrota sin pelear era completamente irrazonable, sin embargo, ese fue la apuesta que las Potencias Centrales habían decidido tomar.

La respuesta de Francia a la crisis se tergiversó por el hecho de que el presidente Poincaré y el primer ministro Viviani estaban en el mar y muy alejados de los eventos desde el 23 al 29 de julio.<sup>306</sup> Los historiadores revisionistas han exagerado la supuesta instigación francesa de la intransigencia rusa con la esperanza de provocar una guerra que devolviera Alsacia y Lorena, pero los estudios académicos modernos la han rechazado con razón. Las pocas pruebas que existen sobre las discusiones entre Poincaré, Viviani y los rusos entre el 20 y el 23 de julio sugieren que los líderes franceses no intentaban exacerbar la situación. Repitieron el apoyo francés a Rusia y su defensa de la independencia serbia, en parte para suavizar los temores del zar sobre la fiabilidad francesa causados por la reciente victoria electoral de la izquierda, y en parte porque temían que los alemanes podrían alcanzar su objetivo de dividir la Entente.<sup>307</sup> Maurice Paléologue, el embajador francés en Rusia, se demoró deliberadamente en informar la noticia de la movilización rusa por temor a que Viviani, y posiblemente Poincaré, reaccionaran mal, pero no hay razón para pensar que hubiera habido algún cambio si se hubiera tenido la información anticipadamente. Muchos franceses hacía tiempo que habían perdido las esperanzas de una *revanche* y de recuperar las provincias perdidas, si alguna vez las habían tenido, y un estudio cuidadoso de la opinión francesa desde 1905 hasta 1914 demuestra que no había una oleada generalizada de opinión nacionalista, patriótica o *revanchiste*.<sup>308</sup>

A través de toda la crisis, el comportamiento de Francia fue reactivo y defensivo, adoptado no por ambición sino por miedo. “Francia, más que ninguna otra potencia en julio de 1914, se dejaba llevar por los acontecimientos en vez de conducirlos.”<sup>309</sup> Cuando la crisis se acercó a su clímax, los franceses se volvieron, con un temor acrecentado, hacia Gran Bretaña.

Ya el 6 de julio, el príncipe Lichnowsky, el embajador alemán, le advirtió a Grey que la crisis sería grave pues los austríacos, con el apoyo alemán, planeaban tomar fuertes medidas en contra de Serbia. Grey recordó con satisfacción el éxito de su colaboración previa con los alemanes y creyó que se los podía persuadir para que contuvieran a los austríacos otra vez si se podía mantener

bajo control a los rusos. Le aseguró a Lichnowsky que Gran Bretaña no tenía acuerdos secretos con Francia y Rusia y que Gran Bretaña quería mantener “absoluta libertad para poder actuar de acuerdo con su propio juicio en caso de que sucedieran complicaciones continentales” y el embajador le transmitió sus palabras a Bethmann.<sup>310</sup> “Continuaría con la misma política”, dijo Grey, “como lo hice durante la crisis de los Balcanes... Mientras más grande sea el riesgo de una guerra, más me adheriré a esa política”.<sup>311</sup> Le pidió a los franceses y a los rusos que aplacaran a los alemanes pero, mientras pasaba el tiempo, llegaron noticias alarmantes procedentes de Berlín y de Viena. El 16 de julio, Grey le dijo al embajador ruso que “no podemos seguir contando con que los alemanes sean siempre los conciliadores”.<sup>312</sup>

Grey sugirió entonces que Rusia y Austria trataran de resolver entre ellos el problema austríaco, pero Poincaré y Sazonov querían que el asunto de la Entente fuera como una advertencia para Viena. Grey prefería que Gran Bretaña mantuviera la distancia y no quería alejar a Alemania. Incluso el 22 de julio le informó a Lichnowsky su disposición a presionar a Serbia para que aceptara las demandas austríacas si eran moderadas. La noticia del ultimátum austríaco intensificó la sensación de la crisis. Eyre Crowe representaba la atmósfera reinante en la Oficina de Asuntos Exteriores cuando escribió que la lucha no era por Serbia “sino una pugna entre Alemania, que trataba de establecer una política dictatorial en Europa y las potencias que deseaban conservar la libertad individual”.<sup>313</sup> Grey, sin embargo, continuó confiando en personas como Bethmann y Jagow, que él pensaba que deseaban la paz, para contener a los austríacos. Solicitó a los alemanes que se le unieran para exigir una extensión del tiempo límite y propuso mediación de Gran Bretaña, Alemania, Francia e Italia, las cuatro potencias que no estaban involucradas directamente.

A pesar de sus recelos previos, Bethmann trabajó diligentemente para llevar a cabo la política determinada por Alemania en Potsdam. Rechazó una extensión de la fecha tope, el arbitraje entre Austria y Rusia así como la mediación de las cuatro potencias. Pero todavía creía que Gran Bretaña podía mantenerse fuera de la guerra continental que estaba a punto de ocurrir. Los alemanes, por tanto, se comprometieron simplemente a comunicar la proposición de mediación de las cuatro potencias de Gran Bretaña a Viena, y no la recomendaron, “porque el conflicto con Serbia era una cuestión de *prestige* para la monarquía austro-húngara...”, pero afirmaron que, en principio, apoyarían la mediación. Al comunicar la propuesta, sin embargo, Jagow le dijo a los austríacos que Alemania “asegura, de la forma más enérgica, que no se identifica con estas proposiciones”.<sup>314</sup>

La declaración de guerra de Austria y el bombardeo de Belgrado pusieron fin a la primera fase de la crisis. El ofrecimiento de Grey no había evitado la guerra pequeña y ahora se encaminaba hacia la dirección deseada por la Oficina

de Asuntos Exteriores. El 29 de julio se puso en contacto con Lichnowsky y le advirtió que Gran Bretaña no se mantendría al margen si Francia combatía. "La comunicación de Grey se recibió como un golpe demoledor y en la noche del 30 de julio, ya muy tarde, Bethmann Hollweg trató de dar marcha atrás a las ruedas de la política alemana."<sup>315</sup> Los académicos han argumentado que una manifestación clara de las intenciones de Gran Bretaña para apoyar a Francia, emitida lo antes posible hasta, incluso, el 26 de julio, hubiera podido evitar a tiempo que Alemania presionara a Austria para que declarara la guerra. De esta forma, hubiera prevenido la movilización de Rusia y, posiblemente, hubiera dado tiempo para llegar a un acuerdo negociado. En contra de esa opinión se afirma que Grey no estaba facultado para hacer una afirmación de este tipo y, sin dudas, el Gabinete se negó a llegar a un acuerdo así hasta el último momento. Pero, se ha señalado, Grey no estaba más autorizado el 29 que lo que hubiera podido estar el 26; hubiera podido hablar perfectamente en la primera fecha, antes del estallido del conflicto. No hay certeza, por supuesto, de que un pronunciamiento hecho antes hubiera disuadido a los alemanes, pero teniendo en cuenta que el kaiser había cambiado de opinión y estaba a favor de una solución pacífica, además de la severa derrota de Bethmann el 30, la idea es más que plausible. Tuvo que sobrevenir la guerra, sin embargo, para que Grey dejara de tener la ilusión de que los alemanes estaban interesados en evitarla.

Después de leer la respuesta serbia, el 28, el kaiser presentó su programa de "alto en Belgrado" para preservar la paz. Propuso que el Ejército austríaco marchara a Belgrado y se quedara allí como una garantía de que Serbia cumpliría sus promesas. Mientras tanto, Alemania se uniría al proceso de mediación.<sup>316</sup> Dado que ya Austria había decidido no anexarse el territorio serbio y a Grey le agradaba la idea de un alto en Belgrado, parecía que existía una posibilidad para una solución pacífica. Bethmann Hollweg envió la propuesta y las instrucciones al embajador alemán en Viena. A Bethmann lo habían acusado de retrasar deliberadamente el mensaje hasta que los austríacos hubieran declarado la guerra, de alterarlo, para disminuir sus aspectos más pacifistas.<sup>317</sup> Ese juicio parece ser injustamente duro. El tiempo que pasó entre la nota del kaiser, que no se envió a Bethmann sino a Jagow, y su despacho a Viena por parte de Bethmann fue menos de medio día. En el telegrama, Bethman mencionaba la necesidad de hacer concesiones en los puntos de vista, tanto de las otras naciones como del pueblo alemán, para que las Potencias Centrales no incurrieran en la responsabilidad de provocar la guerra y realmente trataba de evitar la impresión de que Alemania estaba reteniendo a Austria. Un matiz así hubiera podido ser, simplemente, prudente, teniendo en cuenta el estado de ánimo en Viena, y Bethmann, sin lugar a dudas, incluía el plan del kaiser como parte de su recomendación. Aún así, parece haber estado más interesado en actuar en esa forma que en culpar a Rusia por la guerra, ganando, por tanto, apoyo para su política

en Alemania y la neutralidad de Gran Bretaña en vez de presionar lo más fuerte posible por un cambio en la política. No podemos saber con cuánto entusiasmo actuó, pero es exagerado sugerir que saboteó el plan.

Cuando el mensaje llegó, Austria había declarado la guerra y hubiera sido difícil revertir esa acción. Además, incluso cuando Berchtold la estaba estudiando, Conrad supo a través de Moltke que si se demoraba más la movilización del Ejército austriaco ocurriría un desastre. Cuando Conrad informó esto, Berchtold alzó sus manos y preguntó “¿quién gobierna realmente en Berlín, Bethmann o Moltke?”,<sup>318</sup> lo que sugiere que él, al menos, pensó que Bethmann estaba realmente proponiendo una demora. Después de más dilaciones, dio una respuesta evasiva y la crisis continuó.

A partir de aquí, la presión de los militares alemanes sobre la política se hizo más intensa al sentirse con más fuerza los requerimientos del plan de Schlieffen. Moltke y sus colegas querían una movilización lo más rápida posible para que un ataque a Bélgica y a Francia proporcionara un éxito rápido antes que las enormes fuerzas de Rusia entraran en acción. Bethmann, por otro lado, nunca perdió totalmente las esperanzas de que Gran Bretaña se mantuviera neutral. Le interesaba mucho prevenir la oposición socialista dentro de Alemania en caso de guerra. Para que se cumplieran estos dos objetivos era necesario que los rusos aparecieran como los agresores, por lo que trató desesperadamente de demorar la decisión alemana de movilizarse hasta después de que los rusos lo hubieran hecho. Bajo gran presión, lo obligaron a aceptar el despliegue alemán para el 31 de julio al mediodía, aunque todavía esperaba que los rusos anunciaran primero su movilización general. Las tácticas de Bethmann tuvieron su recompensa: a las 11:55 los ansiosos líderes militares y políticos alemanes recibieron un telegrama desde San Petersburgo que anunciaba la movilización rusa. Ahora podían culpar a Rusia por obligarlos a iniciar el despliegue inmediatamente y, por tanto, por comenzar la guerra. Su plan funcionó, tanto a corto como a largo plazo: cuando llegó la guerra, los socialdemócratas se solidarizaron con la causa nacional y se sentían cómodos al pensar que era una guerra imperialista, impuesta a Alemania por una Rusia zarista autocrática que había sido la primera en violar la paz y, como hemos visto, después de la guerra, la acción militar rusa se convirtió en una parte importante de la causa revisionista que buscaba aligerar la parte de culpa de Alemania.

Los alemanes les exigieron formalmente a los rusos que detuvieran de inmediato todos sus preparativos para la campaña y, cuando se negaron, declararon la guerra el 1 de agosto. También le pidieron a los franceses que se comprometieran a ser neutrales en un enfrentamiento entre Alemania y Rusia lo cual, entre otras cosas, requería que Francia violara su tratado con Rusia. Si hubieran estado de acuerdo, a los franceses también se les hubiera exigido que devolvieran a Alemania sus principales fortalezas en la frontera alemana.

El primer ministro Viviani se negó, respondiendo: “Francia actuará de acuerdo con sus intereses”.<sup>319</sup> A los franceses les preocupaba muchísimo que Gran Bretaña se mantuviera apartada. Para que quedara incuestionablemente claro que, cuando ocurriera la guerra, no se pudiera acusar a Francia de agresión, ordenaron a sus tropas que retrocedieran hasta al menos diez kilómetros de la frontera alemana. Finalmente, los alemanes inventaron algunas historias sobre supuestas violaciones del territorio alemán por parte de los franceses y declararon la guerra el 3 de agosto.

Gran Bretaña no se había decidido aún. Ya el 1 de agosto, Grey todavía buscaba con el embajador alemán formas para que Gran Bretaña permaneciera neutral. El mismo día el ministro de Guerra francés le dijo esperanzado al encargado británico: “Contamos con nosotros primero y con ustedes”,<sup>320</sup> pero los franceses, posiblemente, sentían más ansiedad que esperanza. Churchill consideraba que la mayoría del Gabinete era pacífica: “Al menos, tres cuartas partes de sus miembros estaban decididos a no dejarse llevar por peleas europeas a no ser que la propia Gran Bretaña fuera atacada, lo que era poco probable”.<sup>321</sup> Dentro del Gabinete había un bloque de al menos cuatro hombres cuyos puntos de vista eran muy cercanos a los de John Burns: “Aislamiento Espléndido. No al Equilibrio de Poder. No a la incorporación a un sistema continental”.<sup>322</sup> Al conocer el ultimátum a Serbia el 24 de julio, el primer ministro Asquith le escribió a una amiga que esperaba una guerra continental que involucrara a Francia y a Alemania, así como a Austria y a Rusia, “un verdadero Armagedón”, pero se conformó pensando que “felizmente parece... que no hay ningún motivo para que seamos otra cosa que espectadores”. El 2 de agosto, sólo diez días después, escribió otra vez, explicándole los seis principios en los que creía:

1. No tenemos obligación alguna, de ningún tipo, ni con Francia ni con Rusia, de brindarles ayuda militar o naval.
2. Enviar a la fuerza expedicionaria para que ayude a Francia en este momento está fuera de lugar y no sería de utilidad.
3. No debemos olvidar los lazos creados por nuestra larga e íntima amistad con Francia.
4. Es contrario a los intereses británicos que Francia sea aniquilada como Gran Potencia.
5. No podemos permitir que Alemania utilice el canal como una base hostil.
6. Estamos obligados con Bélgica a impedir que Alemania la absorba y utilice.<sup>323</sup>

No aclaró cómo sopesó estos principios contradictorios, pero debe de haberlos tenido presentes cuando hizo su jovial observación el 24 de julio. Asquith

no era un pacifista sino un imperialista liberal cercano a Grey y a Haldane. El hecho de que él sostuviera estos puntos de vista ayuda a explicar el nerviosismo de los franceses y, también, la persistencia de Bethmann para tratar de alcanzar la neutralidad británica.

Sólo después de mucho trabajo el Gabinete decidió tomar partido. El 31 de julio estaban listos para abandonar a Francia y mantenerse totalmente fuera.<sup>324</sup> Después de una reunión del Gabinete el siguiente día, Grey le dijo a Paul Cambon, el embajador francés, que incluso si Gran Bretaña entraba en la guerra no enviaría una fuerza expedicionaria a Francia, como se había acordado en las conversaciones militares en 1912 y, a partir de entonces, no comprometería a su Armada para que defendiera la costa norte de Francia, abandonada por la flota francesa que se encontraba ahora toda en el Mediterráneo. Desesperado, Cambon preguntó si la palabra "honor" se había borrado del diccionario británico y le dijo a Nicolson: "*Il vont nous l-cher* [Nos van a abandonar]".<sup>325</sup>

Las acciones alemanas, sin embargo, comenzaron pronto a cambiar las posiciones británicas. El 2 de agosto los alemanes invadieron Luxemburgo, que era neutral, lo que llevó al Gabinete a prometer que defendería la costa francesa. Durante las discusiones del Gabinete algunos miembros no creyeron que Gran Bretaña estaba obligada a luchar, y cuatro renunciaron antes que permitir que se diera un solo paso hacia la guerra; dos de ellos más tarde retiraron sus renunciaciones. Al gobierno lo amenazaba una grave división, incluso un desplome, pero la desertión de la facción pacífica se confirmó con una carta enviada a Asquith por los conservadores. Su líder, Bonar Law, escribió: "sería fatal para el honor y la seguridad del Reino Unido titubear en brindar su apoyo a Francia y a Rusia en la coyuntura presente; y ofrecemos nuestro respaldo incondicional al gobierno y a todas las medidas que considere necesarias para lograr ese objetivo".<sup>326</sup> Así quedó claro que si los liberales se dividían, los reemplazaría un gobierno más sólido para enfrentar la guerra.

Esa misma tarde, los alemanes le presentaron un ultimátum a Bélgica que expiraría a sólo unas horas, la siguiente mañana. Asquith recibió la noticia la mañana del 3 de agosto y en poco tiempo llegó una solicitud de ayuda del rey de Bélgica. Gran Bretaña era uno de los pocos garantes de la neutralidad mediante un tratado firmado en 1839, que había sido reafirmado en 1870 por Francia, Prusia y Gran Bretaña. Incluso algunos miembros del Gabinete todavía dudaban, pero el Gabinete y el país fueron empujados hacia la guerra. Aun sin la invasión a Bélgica es difícil creer que Gran Bretaña se hubiera mantenido aparte y hubiera permitido que los alemanes derrotaran a Francia, pero la invasión permitió a los liberales permanecer en el poder y unificó la opinión en Gran Bretaña. Aquellos que no iban a enfrentarse por el equilibrio de poder y la seguridad británica podían consolarse pensando que estaban peleando por la ley internacional, la inviolabilidad de los acuerdos y la protección de los neutrales

indefensos. En la tarde del 3 de agosto, Grey envió un ultimátum a los alemanes exigiendo respeto para la neutralidad belga. Expiraba en la medianoche del cuatro, y Gran Bretaña declaró la guerra. Todavía en ese momento hubo vacilación y demora, y la decisión de enviar una fuerza expedicionaria británica a Francia no llegó sino el 6 de agosto. Todas las principales potencias estaban ahora involucradas y había comenzado la Primera Guerra Mundial.

El 3 de agosto, Grey fue al Parlamento y pronunció un discurso exponiendo la situación y cómo había sido su desarrollo. Dijo que Gran Bretaña podía mantenerse fuera de la guerra si emitía una declaración de neutralidad incondicional, pero rechazó adoptar ese rumbo:

Si de veras tomáramos ese curso de acción diciendo: “No tendremos que hacer absolutamente nada en este asunto” bajo ninguna condición —los compromisos del Tratado Belga, la posible posición en el Mediterráneo, que daña los intereses británicos, y lo que le pueda pasar a Francia si no la ayudamos— si dijéramos que todas esas cosas no significaban nada, no importaban, y decimos que nos mantendríamos apartados, deberíamos sacrificar, creo, nuestro respeto y buen nombre y reputación ante el mundo, y no deberíamos escapar a las más graves y serias consecuencias económicas.<sup>327</sup>

Años más tarde escribió que “la verdadera razón de ir a la guerra fue que, si no respaldábamos a Francia y defendíamos a Bélgica de esta agresión, nos aislaríamos, nos desacreditaríamos y nos odiarían; y sólo nos esperaría un futuro innoble y miserable”.<sup>328</sup> Grey y los británicos, sin duda, reaccionaban por miedo al temor del peligro que Alemania representaba para sus intereses más vitales, pero llegaron a entenderlos y a enfrentar sus consecuencias sólo cuando comprendieron que estaba en peligro su honor.

## LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Ninguna guerra ha provocado un debate tan largo y acalorado sobre sus causas como la Primera Guerra Mundial. La causa principal para ello, sin dudas es la famosa “Cláusula sobre la Culpabilidad de la Guerra” número 231 del Tratado de Versalles al final de las hostilidades. La cláusula atribuía toda la culpa a las Potencias Centrales y se utilizó como la base moral para lo que se consideró, por muchos, como el carácter punitivo de la paz, especialmente con relación a las evaluaciones de las indemnizaciones. Naturalmente, los alemanes se prepararon enseguida para demostrar que la responsabilidad del conflicto caía principalmente, o al menos, de igual manera, sobre los otros, y comenzó

la batalla de documentos y monografías. Las afirmaciones del presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson, y de otros, de que la guerra se había realizado por motivos nobles que excluían los intereses propios, y por asuntos de seguridad, como la autodeterminación y la democracia; que tenía que terminarse con una paz justa sin vencedores; que no era contra los pueblos sino sólo contra sus líderes —todos muertos en 1919— produjeron una airada desilusión y una ola de historias revisionistas, fundamentalmente en los Estados Unidos y Gran Bretaña. Increíblemente, llegaron a dominar la opinión bien fundamentada en esos países y, en gran medida, también en Europa, hasta que comenzó el trabajo de Fritz Fischer y sus seguidores en la década de 1960. Hoy en día, hay pocos académicos de prestigio que negarían que Alemania y Austria, pero en primer lugar Alemania, tienen la responsabilidad principal de la guerra.

En la década de 1980, sin embargo, surgió una nueva ola de revisionistas. Generalmente no tenían en cuenta los nuevos estudios académicos y parecían estar más influidos por aspectos contemporáneos de la Guerra Fría y sugieren que una mayor comprensión y flexibilidad por parte de Gran Bretaña hubiera podido evitar la confrontación bélica.<sup>329</sup> Las suposiciones centrales de los que podemos llamar los neorrevisionistas, aunque raramente lo reconocen directamente, son que la Alemania de Guillermo II no era en realidad peligrosa y que sus acciones en las dos décadas antes de 1914 no justificaban la fuerte reacción de Gran Bretaña: las intenciones de Alemania no eran inevitablemente agresivas y los alemanes no tenían objetivos que fueran, claramente, incompatibles con la seguridad de Gran Bretaña. Una explicación de este punto de vista va incluso más allá y encuentra la falta, no en la agresividad alemana sino en la reacción a ella:

La geografía y la historia conspiraron para que el surgimiento de Alemania fuera tardío, rápido, vulnerable y agresivo. El resto del mundo reaccionó aplastando a los arribistas. Si, en el proceso, el Estado alemán perdió su compostura y lo poseyó un demonio maligno, quizá la conclusión apropiada no es que la civilización era excepcionalmente débil en Alemania, sino que es muy frágil en todas partes. Y, *posiblemente, la lección adecuada no sea la necesidad de vigilar a los agresores, sino las ruinosas consecuencias de rechazar un acuerdo razonable con los arribistas*<sup>330</sup> [cursivas del autor].

La pregunta es, ¿a qué “acuerdo” hubieran podido llegar los Estados europeos con los “arribistas” alemanes que hubiera satisfecho a Alemania y proporcionado estabilidad a Europa? En realidad, ¿qué quería Alemania? A finales del siglo Alemania era la potencia militar más fuerte del mundo. También poseía la economía más sólida y dinámica del continente. En 1897, sin ninguna tra-



dición naval previa, sin ningún nuevo desafío en el mar que requiriera un cambio costoso en la política, los alemanes comenzaron la construcción de una importante flota bélica, concentrada en el Mar del Norte, donde amenazaba la superioridad naval británica, la única superioridad que tenía Gran Bretaña. Gradualmente, los británicos empezaron a alarmarse cuando se dieron cuenta de la amenaza que representaba Alemania.

En la Oficina de Asuntos Exteriores, Eyre Crowe, el experto local en Alemania, sugirió en 1907 que los alemanes podrían estar “buscando una hegemonía política general y un dominio marítimo, amenazando la independencia de sus vecinos y, en última instancia, la existencia de Inglaterra”. La preocupación sobre las intenciones de Alemania ya había hecho que Gran Bretaña abandonara su política de aislamiento y comenzara una política de entendimiento y alianzas con otros países. Las afirmaciones reiteradas del emperador alemán y muchos otros líderes dentro y fuera del gobierno confirmaban que Alemania se proponía obtener “un poder mundial”, que exigía “un lugar bajo el sol”, que “ningún asunto de política mundial podía acordarse sin el consentimiento del emperador alemán”.

En las dos crisis marroquíes los alemanes trataron de intimidar a Francia y de romper el vínculo entre Gran Bretaña y Francia. Continuaron construyendo grandes acorazados en cantidades suficientes como para destruir la seguridad de Gran Bretaña a menos que los británicos estuvieran dispuestos a desviar grandes sumas de dinero de las necesidades internas para mantener su lugar en la carrera armamentista. Todo esto convenció, gradualmente, al ministro de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey, y al gobierno liberal británico que llegó al poder decidido a reducir el armamento, que estaba lleno de aislacionistas y pacifistas, a adoptar el punto de vista sombrío de Crowe con relación a las intenciones alemanas.

Sin duda, la política de Grey tropezó con la crítica de los aislacionistas y los pacifistas dentro y fuera del gobierno y del partido. Algunos afirmaron que Alemania no representaba ninguna amenaza: los militaristas y los fabricantes de armas habían atizado el miedo a la guerra, “los mercaderes de la muerte”, que eran sus asociados. Otros pensaban que la flota británica era lo suficientemente fuerte y no necesitaba aumentarse. Muchos se oponían a la nueva construcción naval porque interferiría con el programa interno de asistencia social que los liberales se habían comprometido a realizar. Aquellos influidos por el libro de Norman Angell, *The Great Illusion* [*La gran ilusión*] pensaron que la guerra era imposible y, por tanto, consideraban que participar en la carrera armamentista era algo irracional e innecesario. A pesar de esa oposición, los británicos tomaron parte, y vencieron, en la carrera por el desarrollo naval; también conservaron y fortalecieron sus lazos con Francia y los mantuvieron con Rusia porque temían el crecimiento de la Armada alemana y los usos que podría darle.

A pesar de las pruebas disponibles en manos de Crowe, Grey y sus colegas, sus miedos estaban bien fundados. No importa con cuánta frecuencia el kaiser proclamaba sus sentimientos de amistad hacia Inglaterra y Tirpitz declaraba que la flota no tenía propósitos agresivos, la fabricación ininterrumpida de grandes acorazados concentrados en el Mar Negro y su construcción acelerada justificaba la suspicacia y el temor de los británicos, incluso sin informes confidenciales, sobre las intenciones alemanas. Los estudios académicos, por supuesto, han dejado claro que, en realidad, Gran Bretaña era el blanco de la nueva Armada alemana y que la explicación más plausible del aparentemente irracional programa naval de Tirpitz es que estaba concebido para igualarse, al menos, con la flota británica; cuando se combinara con el poderío militar de Alemania le proporcionaría a los alemanes la capacidad para cambiar el *status quo* a su favor y una desventaja, grande y peligrosa, para las otras potencias, especialmente para Gran Bretaña. Tendrían que pasar algunos años antes de que los alemanes pudieran alcanzar una paridad en el mar, pero los británicos esperaban que antes de que los alemanes estuvieran preparados para una confrontación naval, tratarían de utilizar su flota de "riesgo" para obligar a hacer concesiones.

¿Cuáles eran las concesiones que podían exigir? ¿Podría Gran Bretaña hacerlas, de forma razonable, sin poner en peligro su seguridad? ¿Un intento de entender y enfrentar los sentimientos y necesidades del nuevo imperio hubiera podido evitar el conflicto? ¿Cuáles eran, de hecho, los fines de Alemania? Fritz Fischer, apoyado ahora por muchos otros historiadores, cree que los alemanes querían conquistar y dominar el continente europeo, desde el canal inglés hasta Ucrania, explotar sus recursos económicos y utilizarlo como base para un imperio mundial.<sup>331</sup> Su prueba principal es el plan de objetivos de la guerra que presentaron poco después de que estallara en 1914, el "Programa de Septiembre", que describe la parte europea de ese proyecto.

No necesitamos aceptar la tesis de Fischer de que Alemania planeó y desató la confrontación bélica precisamente para alcanzar ese programa para creer que, al menos, algo de lo que los alemanes esperaban lograr antes de la guerra se refleja en los planes aprobados por Bethmann Hollweg sólo un mes antes de que comenzara. El principio central de esos proyectos era "salvaguardar el Imperio Alemán en el futuro previsible en el Este y en el Oeste. Por tanto, Francia debe debilitarse de forma tal que no pueda levantarse otra vez como una gran potencia. Rusia debe retirarse, lo más posible, de la frontera alemana y su dominio sobre los pueblos no rusos debe romperse".

Ya que la victoria en el Oeste parecía inminente, mientras que la situación en el Este todavía era incierta, el grueso del Programa de Septiembre se ocupaba del Oeste. Los militares decidirían si los franceses entregarían Belfort, la ladera occidental de los Vosgos, la costa desde Dunkerque hasta Boulogne y

destruir sus fortalezas en la frontera alemana; los militares enseguida decidieron que sí debían. Alemania adquiriría las minas de hierro de Briery. Un tratado comercial preferencial haría de Francia “nuestra tierra para la exportación” y a los franceses se les exigiría una indemnización que les impediría producir armamentos en, al menos, veinte años. Bélgica perdería Lieja, Verviers y, probablemente, Amberes, y se convertiría en un Estado vasallo, tendría que aceptar guarniciones alemanas en sus puertos. A esta subsidiaria belga de Alemania se le adjuntarían el Flandes francés y los puertos del canal de Dunkerque, Calais y Boulogne. Holanda sería, en apariencia, independiente, “pero, esencialmente, estaría sometida a nosotros”. Luxemburgo se incorporaría directamente al Imperio Alemán. Aparte de estas estipulaciones territoriales pero, sin duda, no menos importante, estaba el plan para establecer “una organización económica de *Mittleuropa* a través de acuerdos aduanales mutuos que incluiría a Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Austria, Polonia y, quizás, Italia, Suecia y Noruega” que garantizaría el dominio económico alemán en Europa.

Los planes para el Este no se formularon con tanta anticipación, pero las ideas que sabemos que se tuvieron en cuenta muestran que conducían naturalmente al acuerdo impuesto al nuevo gobierno bolchevique de Rusia por el Tratado de Brest-Litovsk en 1918. Privaba a Rusia de Polonia, Finlandia, los Estados bálticos, Ucrania y parte del Cáucaso. Aunque el tratado utilizaba un lenguaje sobre autodeterminación, no cabe duda de que todos estos territorios estarían bajo el control alemán, de una forma u otra.

Deberíamos recordar que Bethmann Hollweg era un moderado, en el contexto de la Alemania de Guillermo II, y que su programa no satisfizo las expectativas ni de los extremistas de derecha, tanto de civiles como de militares, ni de la mayoría de los intelectuales y políticos moderados. Una “Petición a los intelectuales”, publicada en julio de 1915 fue firmada por una gran cantidad de teólogos, maestros, artistas, escritores y unos 352 profesores universitarios; exigía un programa de anexiones que iba mucho más allá del Programa de Septiembre. Al mismo tiempo, Bethmann estaba elaborando su propio plan, el líder del Partido Centrista Católico, Matthias Erzberger, exigía la anexión de Bélgica, partes de Francia y todo el Congo, la conversión de los Estados bálticos y Ucrania en dependencias alemanas y la imposición de un proyecto de indemnización que pagaría con creces toda la deuda nacional alemana.<sup>332</sup>

El curso de la guerra demuestra que el canciller debía haber aceptado opiniones más extremas o dar entrada a líderes más extremistas. Las posibilidades son que una Alemania triunfante hubiera reclamado más de lo que se acordó en Brest-Litovsk. En cualquier caso, Gran Bretaña se hubiera tenido que enfrentar con una Europa dominada por una única potencia, mucho más poderosa y peligrosa que la España de Felipe II o la Francia de Luis XIV o, incluso, de Napoleón. Tendría el ejército más grande que hubiera existido nunca en el mundo,

recursos económicos sin precedentes para poder construir su ya imponente Armada, ahora con posibilidad de operar desde una serie de puertos del canal, más fuerte que la flota británica y reservas de mano de obra que los británicos jamás podrían alcanzar. La nueva Alemania tendría el poder de excluir el comercio británico del continente, dañando peligrosamente la economía británica. Si fuera necesario, incluso podría invadir y subyugar las Islas Británicas.

La Alemania de Guillermo II no era, simplemente, otra nación europea buscando mantener su interés nacional o incluso desarrollarlo mediante mecanismos tolerables por sus vecinos. Desde la década de 1890, la Alemania imperial era una potencia, fundamentalmente, insatisfecha, ansiosa por interrumpir el *status quo* y por alcanzar sus objetivos expansionistas, intimidando si fuera posible, mediante la guerra si fuera preciso.

Podría argumentarse que estas metas grandiosas, clara evidencia porque surgen después del estallido de la guerra, crecieron y se desarrollaron sólo a continuación de un largo período de frustración y de Guerra Fría, como consecuencia de la intransigencia británica. Si los británicos hubieran sido más comunicativos, alguien podría sugerir, se hubiera podido alcanzar un acuerdo en términos más aceptables. El resumen histórico no resistirá una afirmación de ese tipo. Como lo ha expresado un agudo estudioso del tema:

El historiador consciente de las presiones expansionistas en la Alemania imperial tiende a especular si un cambio en el tono por parte de Gran Bretaña, una mayor generosidad sobre asuntos fronterizos, hubiera provocado, realmente, alguna diferencia. Hubiera guardado las apariencias en las relaciones anglo-alemanas por unos años más, pero es difícil entender cómo gestos así hubieran podido alterar el empuje alemán elemental para cambiar la distribución existente de poder —el cual, a menos que los británicos estuvieran dispuestos a aceptar una disminución sustancial en su influencia y seguridad nacional, estaba destinado a provocar una reacción de su parte—.<sup>333</sup>

Si los británicos no hubieran podido evitar la guerra con una mayor flexibilidad, ¿no había otra forma de hacerlo? Enseguida que estalló, se acusó al gobierno británico, especialmente a lord Grey, de que los británicos hubieran podido disuadir a los alemanes de lanzarse a la guerra si hubieran hecho alianzas formales y militares con Francia y Rusia y si Grey hubiera aclarado bien el apoyo de Gran Bretaña a esos países durante la crisis y los años previos a ella. Una posible respuesta es que la acusación no es justa. Gran Bretaña y Grey, se ha dicho, explicaron bien su posición para cualquiera que quisiera ver. Haldane había aclarado, ya desde 1912, que Gran Bretaña apoyaría a Francia en caso de un ataque de Alemania y la noticia le había provocado al kaiser una rabieta.

Los despliegues mutuamente dependientes de las flotas británicas y francesas hicieron todavía más obvio que Gran Bretaña no podía abandonar a Francia. El embajador alemán en Londres informó reiterada y correctamente a Berlín las intenciones de Grey. Finalmente, la garantía de Gran Bretaña a Bélgica, que se remontaba a 1839 y se reafirmó en 1870, debía haberle dejado claro a los alemanes que los británicos no se mantendrían al margen cuando invadirían Bélgica, como les exigía el plan de Schlieffen.

Con todo, esa argumentación tenía algunas fallas. Grey, y el Gabinete británico aún menos, nunca aceptaron totalmente las implicaciones de su propia política. Después de abandonar el “aislamiento espléndido”, se aferraron, no obstante, a la idea de “manos libres”. Hasta el último momento negaron firmemente que tuvieran un compromiso con Francia, se sentían libres de actuar o no y así se lo comunicaron a los franceses y también a los alemanes. Casi hasta el final, Grey se negó a abandonar la esperanza de que podría trabajar con Alemania para reducir cualquier crisis que pudiera surgir, para gran alarma de sus asociados franceses y rusos. Hasta los últimos días previos a la guerra, Grey discutió con los alemanes lo que habría que hacer para mantener a Gran Bretaña neutral; la mayoría del Gabinete consideraba que no habría que brindar ayuda a los franceses; muchos pensaban que Gran Bretaña no necesitaba ir a la guerra si invadían Bélgica; e incluso, después de que se aceptó la idea de la confrontación, muchos pensaron que Gran Bretaña no debía enviar un ejército al continente. Los amigos de Gran Bretaña y sus enemigos, hasta el último momento, no estaban seguros de qué harían los británicos, pero *los propios británicos tampoco lo sabían*. En esas circunstancias no era sorprendente que incluso un hombre tan cauteloso y conservador como Bethmann estuviese dispuesto a aceptar el gran riesgo que provocaría la guerra. “Grey había seguido el rumbo equivocado en julio. Había deseado, hasta el mismo final que, al no ponerse de parte de ninguno, demoraría la adopción de medidas extremas... Grey exageró su capacidad de desarrollar un ‘comportamiento flotante’. Aunque nunca intentó abandonar a sus amigos, al tratar de mediar entre los grupos de poder, puede haber estimulado a Bethmann a confiar, en última instancia, en su neutralidad.”<sup>334</sup>

Sin embargo, no existe razón para confiar en que la declaración más nítida de las intenciones británicas, mantenida con firmeza por un período de tiempo, hubiera tenido éxito en persuadir a los alemanes, porque los británicos no fueron capaces de ejecutar las acciones necesarias para lograr que la disuasión fuera efectiva. Fortalecer la flota y tener nuevos amigos no fue suficiente para impedir que los alemanes trataran de cambiar el equilibrio de poder a su favor, aun si significaba ir a la guerra, porque ni esa acción ni ambas juntas garantizaban el fracaso del plan de Alemania de lograr una victoria rápida en un enfrentamiento en tierra en el Oeste, seguida de otro triunfo rápido en tierra contra

Rusia. La flota británica no podía hacer nada para prevenir estas victorias y cualquier tipo de bloqueo que les pudiera imponer tendría poco efecto en una Alemania que controlaba los recursos de toda Europa. Lo único seguro que podría disuadir a cualquier líder alemán que no estuviera loco era la certeza de la presencia en el frente occidental, poco después del estallido de la guerra, de un ejército lo suficientemente grande que hiciera imposible una victoria rápida, un ejército de un tamaño como el que los británicos finalmente enviaron, demasiado tarde para impedir la guerra pero justo a tiempo para evitar la derrota.

Los británicos, por supuesto, durante mucho tiempo se habían opuesto a mantener un ejército grande en tiempos de paz y se negaron al reclutamiento forzoso de sus escasas fuerzas armadas regulares, como habían hecho las potencias continentales. Después de la Guerra Franco-Prusiana, un liberal obstinado como John Stuart Mill estaba a favor del reclutamiento militar, pero parece haber sido una voz aislada. Después de la Guerra Bóer, un ministro para la Guerra presentó el tema del alistamiento, pero lo atacaron por todas partes. A finales del siglo, una idea así era uno de esos “pensamientos inimaginables” que no formaban parte de las discusiones serias sobre política. Sólo después del estallido de la guerra y de la muerte de cientos de miles de soldados británicos, la idea del reclutamiento forzoso se entendió como algo posible y necesario, y se llevó a efecto, demasiado tarde para lograr la disuasión.

Los alemanes hacía tiempo que conocían el significado que tenía la impotencia militar británica. Sabían que su Ejército era una pequeña fuerza voluntaria, con el objetivo de servir como policía colonial y no para el servicio continental. El hecho de que los británicos no tuvieran reclutamiento también implicaba que no contaban con una reserva entrenada que pudiera enviarse rápidamente al frente occidental. El propio Schlieffen suponía que los británicos intervendrían en una guerra continental, pero no le preocupaba esa posibilidad. En un apéndice a su plan preparado en 1906 analizaba la posibilidad de una fuerza expedicionaria británica de 100.000 hombres, que pensaba podría desembarcar en Amberes. Allí, dijo, “quedarán encerrados... junto con los belgas”.<sup>335</sup> Schlieffen, por tanto, pensaba que era más seguro no tener en cuenta al Ejército de Gran Bretaña en sus cálculos estratégicos y sus sucesores hicieron lo mismo. Esto es lo que explica la disposición de Alemania de continuar, incluso cuando ya se conocía que Gran Bretaña combatiría.

Ninguna paz se mantiene por sí misma. Después de la Guerra Franco-Prusiana, Bismarck consideró que convenía a los intereses de Alemania ejercer la contención y mantener la paz de Europa. Durante veinte años bajo su dirección Alemania aceptó el gran peso de conservar la armonía al sustentar una poderosa fuerza militar, utilizándola para ayudar a evitar la guerra. Cuando Guillermo II y sus ministros abandonaron ese papel y se convirtieron en la amenaza

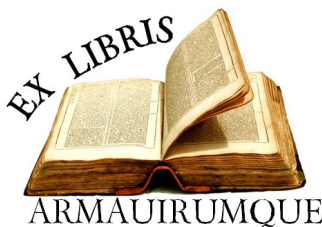
principal para el *status quo* y la paz de Europa, la única potencia capaz de ocupar su lugar y de controlar el movimiento hacia la guerra era Gran Bretaña. A regañadientes, despacio y, al final, inadecuadamente, los británicos asimilaron parte de esa carga. Asumieron suficiente responsabilidad para evitar que los derrotaran por un escaso margen, pero no como para impedir la guerra. El general Henry Wilson llamó a Grey “un hombre ignorante, inútil, débil, absolutamente incapacitado para ser el ministro de Asuntos Exteriores de ningún país más grande que Portugal. Un hombre que desconocía totalmente que la política y la estrategia van una al lado de la otra”.<sup>336</sup> La primera acusación es totalmente injusta. Grey podía mantener y fortalecer el sistema de ententes que era esencial para la seguridad y de ganar la carrera naval sin la cual hubieran conquistado a Gran Bretaña. Era capaz de hacerlo a pesar de un Gabinete y de un partido que a menudo se oponían y trataban de reducir sus programas principales. No era débil, como pudieron darse cuenta reiteradamente los alemanes, para su consternación.

La segunda acusación, sin embargo, es más justificable. Su decisión de alcanzar un rumbo intermedio, la política de “manos libres”, era cada vez más imprudente y peligrosa, ya que las políticas de Alemania hacían que la guerra fuera más probable y una disuasión efectiva más necesaria. La entente con Francia, fortalecida por la crisis marroquí, conversaciones militares y acuerdos navales, significaba que Inglaterra tendría que ir a la guerra si Francia era atacada por Alemania y que Gran Bretaña tendría que enviar un ejército al continente, pero Grey y los británicos nunca asumieron totalmente lo que eso significaba. Era muy desagradable pensar en eso y el precio de enfrentarlo, muy alto. La lógica podría conducir a la conclusión de que los acuerdos británicos y su seguridad requerían el reclutamiento de un ejército grande, pero su capacidad para apreciarlo estaba socavada por el hecho de que Gran Bretaña no tenía ninguno y no estaba dispuesta a adquirirlo. En la década anterior a la guerra, muchos ingleses lo propusieron, pero ninguno de los dos partidos lo apoyó. En el mundo liberal de la Inglaterra de Eduardo, incluso más allá de las diferencias partidarias, los ejércitos se relacionaban con la agresión, la opresión y la maldad, y el servicio militar obligatorio se consideraba una violación intolerable de la libertad individual. Un radical llegó a llamar a los partidarios del reclutamiento como “integrantes de una conspiración encubierta para militarizar el país y socavar sus libertades civiles”.<sup>337</sup> El poder naval, por otro lado, se veía como defensivo y al servicio de la paz. Grey y Gran Bretaña, por tanto, se aferraron a la teoría de Mahan sobre el control marítimo y se negaron a considerar seriamente el compromiso continental. “Ni Grey ni sus consejeros comprendieron los peligros del papel europeo respaldado por una armada poderosa pero por un ejército pequeño.” Hay muchas explicaciones para esta ceguera; la de tipo moral no se debe pasar por alto. “Si la Oficina de Asuntos Exteriores conti-

nuaba aceptando las doctrinas del capitán Mahan sin sentido crítico, era porque el poderío naval estaba vestido con el ropaje de la rectitud.”<sup>338</sup> Por tanto, al igual que Pericles y los atenienses, Grey y los británicos buscaron programas que ponían demasiado énfasis en la importancia de la Armada y subestimaban la del Ejército.

Supongan, sin embargo, que los británicos habían estudiado su problema con claridad, honestidad y coraje entre 1898 y 1914. Supongan que habían enfrentado el hecho de que sólo la garantía de un Ejército británico grande y bien entrenado que pudiera ayudar a Francia en caso de un ataque podría hacer que fuera obviamente imposible una victoria alemana en el Oeste. Supongan que se habían tragado la amarga píldora de introducir el reclutamiento, y en tiempo de paz, para colmo. Hubiera significado ir en contra de una tradición honorable y cómoda; hubiera sido costoso y hubiera puesto en tensión a la economía británica en un momento en que había una fuerte presión para que se efectuaran desembolsos internos, hubiera sido entrar en conflicto con la gran ética libertaria que era vital para el carácter británico —pero el resultado hubiera sido la presencia de un ejército permanente y una gran reserva entrenada, en 1914—. Eso hubiera provocado que el plan de Schlieffen o cualquier otro posible plan alemán para la guerra fuera obviamente absurdo y estuviera condenado al fracaso. Cualesquiera que fueran las ambiciones e intenciones alemanas, un rumbo de las acciones así podría obligar a Alemania a abandonar su desafío temerario e innecesario para la estabilidad de Europa con un beneficio incalculable para ella y para el mundo. Por muy dolorosos que hubieran sido esos sacrificios, le hubieran evitado a Gran Bretaña y a Europa más de cuatro terribles años de guerra, bajas espantosas y la rápida pérdida del lugar que ocupaba en el mundo.

A diferencia de los atenienses, los británicos tenían la capacidad de tomar todas las medidas necesarias para mantener la paz mediante la disuasión, aunque con un gran desembolso monetario y a costa de su forma tradicional de vida. Para alcanzar ese propósito, sin embargo, se necesitaba que dieran un paso que no estaban dispuestos a dar, incluso a contemplar y confrontar. Su negación para ajustar su capacidad estratégica a su política socavó su habilidad para llevar a cabo esa política. El entendimiento no reconocido, quizá de manera inconsciente, de la distancia entre sus objetivos y su capacidad para alcanzarlos condujo a Grey y a los británicos a buscar un rumbo medio indeciso que hizo que la paz fuera más difícil de mantener.

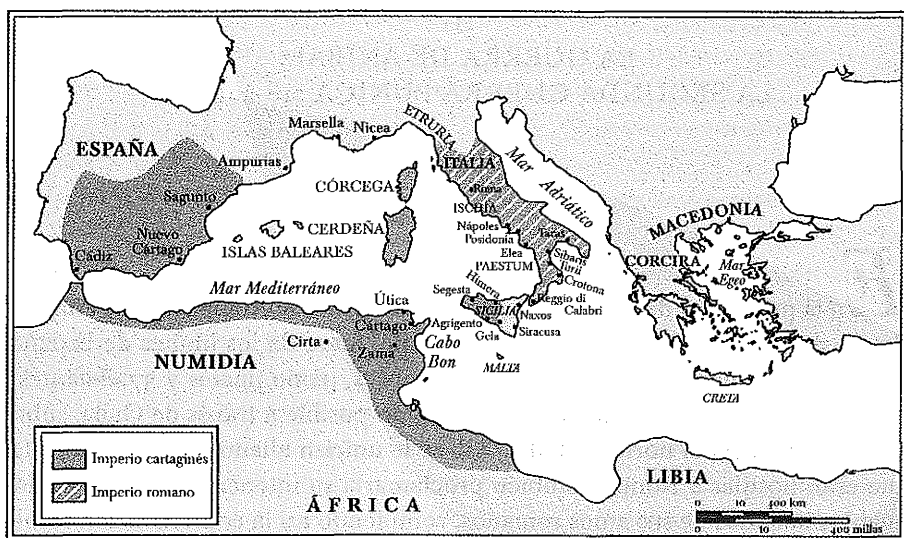




III  
LA GUERRA DE ANÍBAL:  
LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA 218-201 A. C.

**E**n la primavera del año 218<sup>1</sup> el general cartaginense Aníbal, hijo de Amílcar Barca, de veintiséis años, condujo un ejército, fuera de los límites de España, formado por una infantería de 50.000 hombres, 9.000 jinetes y 37 elefantes.<sup>2</sup> Su plan más audaz era marchar lo más rápido posible a través de Galia, sobre los Alpes y hacia el norte de Italia. Allí se le unirían aliados de la Galia celta, que eran hostiles a Roma. También proclamaría su intención de liberar a los pueblos italianos de sus amos romanos, rompiendo así la confederación romana, sumando más aliados a su causa. Esto le permitiría derrotar a Roma, incrementar considerablemente el poder de Cartago y vengarse de la derrota y la desgracia que sufrieron los cartaginenses un cuarto de siglo antes.

En noviembre Aníbal llegó al norte de Italia con una reducida fuerza de infantería de 20.000 hombres y 6.000 jinetes, cifra irrisoria que no serviría para desafiar los enormes ejércitos con los que contaba Roma.<sup>3</sup> En dos años derrotó a los ejércitos romanos en tres batallas importantes, la última en Cannas, en donde murieron casi 70.000 romanos y se tomaron alrededor de 20.000 prisioneros.<sup>4</sup> El fracaso provocó la desertión de casi todo el sur de Italia y un pánico tan grande entre los romanos que los hizo recurrir a los sacrificios humanos, una práctica que el historiador Livy lamentaba, al considerarla “totalmente ajena al espíritu romano”.<sup>5</sup> Durante años el ejército de Aníbal se desplazó libremente, haciendo estragos por casi toda Italia ya que ningún ejército romano se atrevió a enfrentársele. Desde la antigüedad hasta los tiempos modernos, muchos han pensado que hubiera podido ganar la guerra si hubiera marchado inmediatamente a Roma después de Cannas. De cualquier forma, los romanos se vieron obligados a pelear durante dieciséis años en Italia, España, Grecia y África, lo que les causó bajas espantosas y un daño económico terrible antes de que pudieran imponerse. La guerra de Aníbal fue la mayor y más peligrosa de todas y se vieron forzados a combatir para lograr la conquista del Mediterráneo y el establecimiento de un imperio que duraría otros setecientos años y que por poco interrumpe ese desarrollo antes de que hubiera realmente comenzado. Para los cartaginenses representó el fin de su poderío y la posibilidad de que un imperio asentado en África, en vez de en Europa, gobernara todo el Mediterráneo. Un poco más de medio siglo después de la guerra, también significó la destrucción física de Cartago y el abandono de su escenario. Como lo señaló el historiador griego de las Guerras



El área del Mediterráneo occidental durante el ascenso de Roma.

Púnicas, que escribió cuando no había pasado medio siglo de la Guerra de Aníbal: “¿Puede alguien ser tan indiferente o indolente que no le importe saber mediante qué medios y bajo qué forma de gobierno fue conquistado casi todo el mundo habitado y cómo quedó bajo el dominio de una sola ciudad, la ciudad de Roma, y que eso, también, ocurrió en menos de cincuenta y tres años?”<sup>6</sup> La historia de las causas de la guerra que dio lugar a ese proceso es digna de nuestro estudio.

## LA NATURALEZA DE LOS ADVERSARIOS

### ROMA

En sus comienzos, Roma era una pequeña ciudad-Estado en el Río Tíber, en el centro de Italia. Poseía pocas ventajas naturales: sin defensas, suelos ricos, metales valiosos o útiles, ni puertos excelentes. Alcanzó su poderío basada en su pueblo, formado por campesinos tenaces y soldados fuertes y decididos, en sus instituciones sociales y su Constitución republicana. Muchos de los elementos que contribuyeron al éxito de Roma se conformaron antes de que se fundara la República romana, cuando los reyes gobernaban Roma. Los romanos eran muy conservadores y atribuían su triunfo a que mantuvieron firmes sus *mos maiorum*, las costumbres de sus ancestros, que se remontaban al período real.

La tradición sitúa la fundación de Roma a mediados del siglo VIII a. C. Ya en el siglo VI Roma estaba bajo el dominio de los etruscos, un pueblo del norte

más civilizado y sofisticado. Conducido por sus reyes etruscos, el Ejército romano, equipado y organizado como una falange griega, obtuvo el control de la mayor parte del territorio de Lacio, en donde estaba situada Roma. Lograron este éxito a partir de un orden político y social eficiente que otorgaba a los gobernantes facultades extraordinarias, tanto en la vida pública como privada.

Los romanos entregaron a sus reyes el poder abrumador del *imperium*, el derecho de dar órdenes y de hacerlas cumplir mediante multas, arrestos, castigos corporales e incluso la muerte. Pero los reyes electos necesitaban la ratificación del Senado y el *imperium* debía aprobarse formalmente a partir del voto del pueblo en la asamblea. El carácter fundamental del gobierno romano ya estaba claro: a los funcionarios ejecutivos se les otorgaba un gran poder, pero tenía que aceptarlo el Senado y, en última instancia, provenía del pueblo. Apparentemente, el Senado no tenía poder ejecutivo ni legislativo, se reunía únicamente cuando lo convocaba el rey y sólo podía aconsejarlo. Realmente, su autoridad era grande, porque los senadores, al igual que el rey, estaban en el cargo de por vida. El Senado, por tanto, tenía una continuidad y experiencia y, al estar formado por los hombres más poderosos del Estado, no podía ser tomado a la ligera.

En la temprana Roma, para tener la ciudadanía se requería que ambos padres fueran romanos. Todos los ciudadanos estaban organizados en la tercera sección del gobierno, una Asamblea compuesta de treinta grupos. Sólo se reunía cuando el rey la convocaba; él determinaba la agenda, hacía propuestas y autorizaba, si acaso, a otros oradores. En la mayoría de los casos, la Asamblea se convocaba para escuchar y aprobar. El voto no era individual sino por grupo; una mayoría dentro de cada grupo acordaba su voto y las decisiones se hacían por la elección mayoritaria de los grupos. El voto en grupo fue característico de todas las asambleas romanas en el futuro.

El centro de la vida romana era la familia. Al frente de ella se encontraba el padre, cuyo poder y autoridad dentro de la familia se parecía al poder y la autoridad que disfrutaba el rey dentro del Estado. Contaba con extensos poderes sobre sus hijos, análogos a los del *imperium* en el Estado, porque tenía el derecho de venderlos como esclavos e incluso decidía sobre su vida y su muerte. El poder del rey era más limitado en la práctica que en la teoría, al igual que el del padre. El privilegio de disponer de sus hijos se veía limitado porque tenía que consultar con la familia, la opinión pública y, sobre todo, la tradición. Su esposa no se podía divorciar a no ser que se señalaran graves ofensas e incluso entonces debía ser juzgada por un tribunal compuesto por los familiares del marido. La mujer romana tenía una posición respetada y era la responsable central en los asuntos de la casa. El padre era el sacerdote principal de la familia. Ejercía su función en oraciones diarias dedicadas a los muertos que reflejaban la adoración a los ancestros, fundamental para la familia romana y el Estado.

La Clientela era una de las instituciones romanas más importantes. El cliente era “un inferior que se entregaba, por la costumbre o por sí mismo, a la protección de un extranjero más poderoso que él, y tenía que prestar algunos servicios y obligaciones a cambio de este favor”.<sup>7</sup> Los romanos se referían a los clientes como personas que contaban con *fides*, o confianza de su patrón, por lo que la relación siempre tenía implicaciones morales. El patrón le garantizaba a su cliente protección, tanto física como legal; le daba ayuda económica a través de la concesión de tierras, la oportunidad de laborar como un agricultor arrendatario o como un labrador en las tierras del patrón o simplemente como trabajador temporal. A cambio, el cliente pelearía por su patrón, trabajaría su tierra y lo apoyaría políticamente. Estas obligaciones mutuas se hacían cumplir mediante la opinión pública y la tradición. Cuando se codificaron las costumbres antiguas a mediados del siglo V a. C., una de las doce tablas de la ley declaraba: “Maldito será el patrón que ha defraudado a su cliente”. A principios de la historia de Roma, los patrones eran ricos y poderosos, mientras que sus clientes eran pobres y débiles. Pero a medida que pasó el tiempo no fue inusual para miembros ricos y poderosos de las clases altas convertirse en clientes de hombres aún más poderosos, principalmente por razones políticas. Debido a que la relación patrón-cliente era hereditaria y autorizada por la religión y la costumbre, iba a jugar un papel muy importante en la vida de la República romana. También conformó profundamente la concepción romana del honor, tanto en las relaciones internas como externas.

La sociedad romana estaba dividida en dos por una distinción clasista basada en el nacimiento. La clase alta estaba compuesta por los patricios, los hombres ricos que controlaban el monopolio del poder y las influencias. Sólo ellos podían conducir las ceremonias religiosas en el Estado, sentarse en el Senado u ocupar un cargo y formaban una casta cerrada al prohibir los matrimonios fuera de su propio grupo. Los plebeyos deben de haber sido, originalmente, los hombres pobres y dependientes que eran pequeños agricultores, trabajadores y artesanos, los clientes de la nobleza.

A medida que Roma y su población crecían en diferentes formas, las familias que eran ricas pero que no se encontraban en el círculo privilegiado obtuvieron su ciudadanía. Desde tiempos muy remotos, por tanto, hubo plebeyos ricos, y la incompetencia y la mala suerte deben de haber dado lugar a algunos patricios pobres. La línea que dividía las clases y el monopolio de las ventajas permanecía firme, sin embargo, la lucha de los plebeyos por ganar la igualdad se desarrolló durante más de dos siglos de historia republicana.

La tradición romana nos cuenta que la República reemplazó a la monarquía en Roma, bruscamente, en el año 509 a. C. como resultado de una revolución provocada por el comportamiento intolerable de los últimos reyes y dirigida por las familias nobles. La Constitución republicana era una acumulación de

preceptos y costumbres no escritos que se habían ganado el respeto y se habían convertido en ley con el tiempo. El conservatismo romano les impedía, incluso después de la expulsión de los reyes, retirarle a sus magistrados principales los grandes poderes que ejercían los monarcas. Eligieron dos patricios para el cargo de cónsul y los dotaron con el *imperium*. Como los reyes, los cónsules dirigían el ejército, tenían deberes religiosos y fungían como jueces —pero su poder estaba limitado legalmente e institucionalmente, así como por la costumbre—. El inmenso poder del Consulado se concedía por sólo un año y no de por vida. Cada cónsul podía impedir cualquier acción de su colega simplemente negándose a sus propuestas, y la jerarquía religiosa de los cónsules se compartía con otros. Incluso el *imperium* estaba limitado porque, aunque los cónsules tenían dominio absoluto sobre la vida y la muerte al dirigir un ejército, dentro de los sagrados límites de la ciudad de Roma, los ciudadanos tenían el derecho de apelar a la asamblea popular en todos los casos relacionados con la pena de muerte. Además, después de su año en el cargo, los cónsules pasarían el resto de sus vidas como miembros del Senado. Tendría que ser un cónsul muy imprudente para no solicitar el consejo del Senado o que no lo respetara cuando hubiera un acuerdo general.

Todos los controles sobre los actos consulares se hacían con la intención de prevenir la iniciativa, la acción rápida y el cambio, pero esto era lo que demandaba una República aristocrática. Un Consejo dividido y el corto tiempo en el cargo crearon problemas importantes sólo en la esfera militar. Los romanos trataron de resolver las dificultades al enviar un solo cónsul al campo de acción o, cuando esto era imposible, al permitir a los cónsules el mando exclusivo en días alternos. En crisis graves, los cónsules, con el asesoramiento del Senado, podían nombrar a un único hombre, el dictador, para que dirigiera y podían retirarle su favor. El tiempo en el cargo del dictador se limitaba a seis meses, pero su propio *imperium* era válido, tanto dentro como fuera de la ciudad, sin apelaciones. Estos mecanismos funcionaron bastante bien en los primeros años de la República, cuando las batallas de Roma tenían lugar cerca de casa, pero las guerras de mayor duración y adversarios más sofisticados pusieron al descubierto la debilidad del sistema y requirió cambios significativos. Esas largas campañas provocaron la invención del procónsul, en el año 325 a. C., cuando se prolongó el tiempo de servicio del cónsul en el campo de acción. La introducción del cargo de pretoriano también contribuyó a designar comandantes para la gran cantidad de campañas que desarrollaba Roma. Su función principal era judicial, pero también tenían *imperium* y fungían como generales. Para finales de la República existían ocho pretorianos, cuyo tiempo de servicio anual, al igual que el de los cónsules, podía extenderse para acciones militares cuando fuera necesario. Al principio, los cónsules clasificaban a los ciudadanos de acuerdo con su edad y propiedad, que eran las bases para la

ciudadanía y la asignación al Ejército, pero después de mediados del siglo v se eligieron dos censores para desempeñar estas obligaciones.

El Senado era el único cuerpo deliberativo permanente en la República romana. Sus miembros eran patricios importantes, con frecuencia cabezas de clanes y patrones de muchos clientes. El Senado pronto obtuvo el control de las finanzas y de la política exterior. Su recomendación oficial se escuchaba con atención, tanto por los magistrados como por las asambleas populares. La asamblea del centuriado era el cuerpo legislativo y electivo más importante en los primeros años de la República. En cierto sentido, era el Ejército romano actuando con una capacidad política, y su unidad básica era la centuria, teóricamente, cien guerreros clasificados de acuerdo con sus armas y equipamiento. Debido a que cada hombre se equipaba a sí mismo, la organización se dividía en clases, de acuerdo con la riqueza. Las reglas del juego concedían grandes ventajas a los ciudadanos más viejos y acaudalados, y los votos de los romanos más jóvenes y pobres sólo se tenían en cuenta cuando una votación era muy cerrada.

Las leyes y la Constitución de los primeros tiempos de la República reflejaban con claridad la estructura de clase del Estado romano porque le entregaban a los patricios, prácticamente, un monopolio de poder y privilegio. Los plebeyos tomaban parte de una campaña para lograr una igualdad política, legal y social, y este intento, que tuvo éxito después de dos siglos de esfuerzo intermitente, se conoce como "Lucha de las Órdenes". La fuente principal del éxito plebeyo era la necesidad que se tenía de su servicio militar. Roma se encontraba en guerra casi todo el tiempo y los patricios estaban obligados a convocar a los plebeyos para defender el Estado. Según la tradición, los plebeyos, molestos por la negativa de los patricios ante sus demandas, se retiraron de la ciudad y acamparon en el Monte Sagrado. Allí formaron una asamblea tribal plebeya y eligieron a tribunos plebeyos para que los protegieran del poder arbitrario de los magistrados. Declararon que el tribuno era intocable y sacrosanto, y cualquiera que lo atacara era maldito y podía ser condenado a muerte sin juicio. Como una extensión de su derecho a proteger a los plebeyos, el tribuno ganó la facultad de vetar cualquier acción de un magistrado o proyecto de la asamblea romana o del Senado. La asamblea plebeya votaba en grupo, y el dictamen de la asamblea abarcaba a todos los plebeyos. Trataron que sus decisiones comprometieran a todos los romanos, pero no pudieron hacerlo hasta 287 a. C.

El siguiente paso consistió en que los plebeyos lograran el acceso a las leyes y, en el año 450 a. C., las Doce Tablas codificaron la costumbre romana antigua en toda su severidad y simplicidad. En el 445 a. C. los plebeyos ganaron el derecho de casarse con los patricios. El premio principal fue el consulado. Los patricios no se sometieron fácilmente pero, al menos, en 367 a. C. leyes nuevas garantizaron que, como mínimo, un cónsul podía ser un plebeyo. En poco tiem-

po, los plebeyos ocuparon otros cargos, incluso el de dictador y censor. En el año 300 a. C. los admitieron en los cleros más importantes, la última barrera religiosa para alcanzar la igualdad. En el 287 a. C., los plebeyos completaron su triunfo al asegurar que se aprobara una ley que garantizara que las decisiones de la asamblea plebeya tuvieran que aplicarse a todos los romanos y que requiriera la aprobación del Senado. Podría parecer que la aristocracia romana se había sometido a la presión de la clase inferior, pero la victoria de los plebeyos no trajo democracia. Una aristocracia basada estrictamente en el nacimiento había dado paso a una aristocracia más sutil pero no menos restrictiva, basada en la combinación de riqueza y nacimiento. La diferencia significativa ya no era entre patricios y plebeyos sino entre los *nobiles*—un grupo relativamente pequeño de familias acaudaladas y poderosas, tanto de patricios como de plebeyos, cuyos miembros ocupaban los cargos más altos del Estado— y el resto. Estas mismas familias dominaron el Senado, cuyo poder se hizo aun mayor. Continuó siendo el único cuerpo permanente deliberativo en el Estado, y la presión para la guerra le dio experiencia para manejar los negocios públicos. El éxito de Roma le proporcionó al Senado prestigio e incrementó su control en la política y confianza en su habilidad para gobernar. El fin de la Lucha por las Órdenes trajo paz bajo una Constitución republicana dominada por una aristocracia senatorial capaz aunque limitada. El gobierno estaba controlado por el Senado; la *comiti centuriata* votaba en asuntos relacionados con la guerra y la paz, pero en la información que se tiene no se registra ningún caso en el que el pueblo rechazara una decisión senatorial para la guerra.<sup>8</sup> Este resultado satisfizo a la mayoría de los romanos que se encontraban fuera del grupo gobernante porque Roma conquistó Italia y proporcionó muchos beneficios a sus ciudadanos.

Alrededor del año 350 a. C. los romanos habían establecido su liderazgo en el centro de Italia y su éxito en rechazar los fuertes ataques de las tribus galas aumentó todavía más su poderío y prestigio. El resentimiento de los latinos aumentó cuando Roma endureció su control sobre Lacio. En 340 a. C. exigieron independizarse de Roma o la igualdad total, y cuando los romanos se negaron comenzaron una guerra por la independencia que duró hasta el 338. Los romanos vencedores disolvieron la Liga Latina y su tratamiento a los adversarios derrotados proporcionó un modelo para el asentamiento de Italia. No destruyeron ninguna de las ciudades latinas, ni a su pueblo, ni tampoco los trataron a todos por igual. Algunos en las cercanías de Roma recibieron la ciudadanía romana completa; otros más lejos obtuvieron un estatus municipal, que les proporcionaba los derechos privados de matrimonio mixto y comercio con los romanos pero no los derechos públicos de votar y ocupar cargos en Roma. Retuvieron los derechos del autogobierno local y podían obtener la ciudadanía romana completa si se mudaban a Roma. Apoyaron a Roma en la política exterior y contribuyeron con soldados para servir en las legiones romanas.

Otros Estados también se convirtieron en aliados de Roma sobre la base de los tratados, que diferían de una ciudad a otra. A unos cuantos les concedieron los derechos privados del matrimonio mixto y del comercio con los romanos y a algunos no; a los Estados aliados siempre se les negó el ejercicio de estos derechos entre sí. A algunos, pero no a todos, se les autorizó una autonomía local. Se le quitó la tierra a unos pero no a otros, ni tampoco el porcentaje fue siempre el mismo. Todos los aliados abastecieron con tropas al Ejército, en el que combatían en batallones auxiliares bajo las órdenes de oficiales romanos, pero no pagaban impuestos a Roma.

En algunas de las tierras conquistadas, los romanos establecieron colonias, asentamientos permanentes de soldados veteranos en el territorio de enemigos recientemente derrotados. Los colonos conservaban su ciudadanía romana y disfrutaban de autonomía y, a cambio de la tierra que se les había entregado, se convertían en una especie de guarnición fija para impedir o suprimir una rebelión. Estas colonias generalmente se comunicaban con Roma mediante una red de caminos militares, construidos lo más directo posible y tan perdurables que todavía algunos se usan en nuestros días. Garantizaban que un ejército romano pudiera reforzar una colonia sitiada rápidamente o derrotar un alzamiento en cualquier momento.

El establecimiento romano en Lacio revela todavía con más claridad que antes los principios por los cuales Roma pudo conquistar y dominar a Italia durante muchos siglos. El excelente ejército y la habilidad diplomática que permitió a Roma dividir a sus enemigos ayuda a explicar sus conquistas. La reputación que tenía de castigar duramente a los rebeldes y la promesa segura de que ese castigo se efectuaría, lo que quedó indiscutiblemente claro con la presencia del ejército y de las carreteras militares, contribuyó a que hubiera pocas revueltas. Pero la parte positiva, representada por la organización que hizo Roma en los Estados derrotados, tiene, al menos, la misma importancia. Los romanos no consideraban que el estatus que se le daba a cada nueva ciudad conquistada era permanente. Los aliados leales tenían la posibilidad de mejorar su estatus, incluso de alcanzar el premio máximo, la ciudadanía romana absoluta. Al hacer esto, los romanos les dieron una participación en el futuro y en los éxitos de Roma y el sentido de ser colegas, aunque fueran subordinados, y no súbditos. El resultado, en general, fue que la mayoría de los aliados de Roma permanecieron leales aun cuando tuvieron que pasar las pruebas más difíciles.

El siguiente gran desafío a las fuerzas romanas se presentó en una serie de enfrentamientos con un pueblo fuerte de las montañas en el sur de los Apeninos, los samnitas. Algunos de los aliados de Roma se rebelaron y, enseguida, los etruscos y los galos se les unieron en la guerra contra Roma, pero la mayoría de los aliados permanecieron leales. En el año 295 a. C., en Sentinum, los romanos derrotaron una coalición italiana y ya en el año 280 eran los amos



del centro de Italia. Su poder se extendía desde el sur del Valle Po hasta las ciudades griegas del sur de Italia, que conquistaron en poco tiempo. Ya en el año 265 a. C. Roma gobernaba toda Italia y llegaba en el norte hasta el río Po, un área de 75.500 kilómetros cuadrados.

Los romanos ganaron el control de Italia mediante victorias militares, y no hay duda de que eran un pueblo guerrero. Un romano estaba obligado con el Estado a cumplir dieciséis años de servicio militar, entre las edades de diecisiete a cuarenta y seis, aunque la legislación podía extender ese período hasta veinte, y ningún romano podía ocupar un cargo público hasta que no hubiera completado diez años de servicio.<sup>9</sup> En gran medida, además, los romanos se encontraban casi siempre en campaña. En más de seis décadas antes de la Primera Guerra Púnica en el año 264, sólo estuvieron sin guerras durante cuatro o cinco años.<sup>10</sup> Muchos historiadores modernos, a pesar de eso, no describen a los romanos como personas agresivas y guerreras. El punto de vista más común ha sido que la mayoría de sus confrontaciones bélicas, especialmente antes del fin de la Segunda Guerra Púnica, fueron defensivas, llevadas a cabo para proteger su propia tierra y su seguridad y la de sus aliados y amigos, y para resguardarse de los peligros en sus fronteras.<sup>11</sup> Estas opiniones encuentran apoyo entre los propios romanos. Un orador en uno de los diálogos de Cicerón dice que “nuestro pueblo ahora ha ganado poder con relación al resto del mundo al defender a sus aliados”, y que Roma siempre había llevado a cabo sus luchas ya fuera para defender su seguridad o sus *fides*.<sup>13</sup> Como veremos, además, Polibio, aunque creía que Roma había buscado el dominio del mundo habitado, explicó su entrada en la Primera Guerra Púnica en esos mismos términos. Vieron que Cartago tenía una actitud agresiva, no sólo en África sino también en España, que había adquirido las islas en los mares del oeste de Roma: “comenzaban, por tanto, a sentirse muy ansiosos a menos que, si los cartaginenses se convertían también en los dueños de Sicilia, los consideraran unos vecinos fuertes y peligrosos”.<sup>13</sup>

Este punto de vista se ha reafirmado a partir de la solemne ceremonia religiosa que los romanos empleaban antes de ir a la guerra, al menos en los primeros siglos. Si el Senado recibía cualquier queja sobre las acciones de otro Estado, encargaba a un grupo de sacerdotes, los *fetiales*, investigar el asunto. Si existía una causa, entonces enviaban a uno o a varios de esos sacerdotes al pueblo ofendido con un *rerum repetitio*, una declaración de reivindicación y una demanda de satisfacción, recitando la fórmula “si yo, injusta o impiamente, exijo que los susodichos ofendidos se rindan, entonces no me permitan volver a mi país”. Si, después de treinta días, no se entregaba ninguna compensación, los sacerdotes retornaban y apelaban a los dioses para que tuvieran en cuenta la justeza de su causa. Cuando el Senado y el pueblo votaban, entonces, por la guerra, uno de los *fetiales* regresaba y arrojaba una lanza carbonizada en el

territorio enemigo, como forma de declarar una guerra justa. La naturaleza formal y religiosa de este proceso ha convencido a algunos académicos de que los romanos no se lanzaban a guerras agresivas o injustas.

También extendieron estas fórmulas defensivas para proteger a sus aliados y amigos, aplicando el principio interno profundamente enraizado de la clientela, basado en *fides*, hasta el campo de los vínculos entre pueblos y Estados. Un pueblo derrotado por los romanos debía rendirse incondicionalmente. Entonces los romanos les garantizaban una relación, generalmente como aliados, de una u otra forma, pero el poder derrotado debía buscar el favor de Roma desde una posición de inferioridad, al igual que en la vida privada un individuo podía tener el estatus de un cliente que trata que lo acepten en *fides* de un patrón. Cuando los romanos admitían un Estado en su alianza y *fides*, suponían que tenía que cumplir con unos deberes específicos, y esperaban fidelidad y lealtad. A cambio, adquirirían la obligación moral de proporcionarles protección. Los romanos, en ocasiones, establecían un nexo que no era tan formal como una alianza (*societas*), sino que era simplemente una “amistad” (*amicitia*). Incluso así, llegaban a considerar que esto involucraba a sus *fides* y se sentían con el derecho y, a veces, obligados, a ayudar a sus “amigos” si eran amenazados o atacados.

Un buen ejemplo del proceso sucedió en el año 298. Cuando los lucanos, un pueblo al sur de Italia, fueron agredidos por otro pueblo italiano, “pidieron a los Padres [el Senado romano] que recibieran a los lucanos en su *fides* y los defendieran de la violencia y los daños a manos de los samnitas”<sup>14</sup> y los romanos estuvieron de acuerdo. Casos similares extendieron el amparo de Roma a toda Italia. El análisis de esta situación realizado por un académico lo lleva a concluir: “Roma reclama... el derecho a extender su alianza a cualquier Estado libre y a protegerlo de sus enemigos, aun si el ataque, en realidad, precedió a la alianza. Así el principio de la ley *fetial* que prohibía las guerras agresivas fue superado y se desarrolló la forma legal que, más tarde, permitió la conquista del Mediterráneo sin que se infringiera abiertamente este principio”.<sup>15</sup>

Las relaciones de Roma con otros Estados, sin embargo, a menudo parecen ser no tanto la extensión de la ayuda sino la imposición de un negocio de protección, y hay muchas razones para creer que la considerable expansión de Roma no ocurrió en un acceso de distracción o exclusivamente en defensa del honor y la amistad. Aunque Cicerón hace énfasis en la defensa de los aliados y en el honor, como las causas de que Roma se enfrascara en tantas campañas y en las raíces de su poder, nos relata que “las guerras se llevaron a cabo en nombre de los aliados o del imperio (*de imperio*)” y que “nuestros ancestros tomaron las armas, no sólo para ser libres sino para gobernar”.<sup>16</sup> La historia completa de Roma, además, no sugiere que su preocupación por sus *fides* lograra impedir que los romanos fueran a combatir. Al contrario, a menudo fue la razón que se daba para iniciar un enfrentamiento que terminaba con el

incremento del territorio y del poder de Roma; a veces, quizás era sólo un pretexto. Tampoco las legalidades solemnes de la ley *fetial* tuvieron un efecto restrictivo. La solicitud de los romanos para la satisfacción de sus quejas generalmente se presentaba de forma tal que garantizara una respuesta negativa. Sólo sabemos de un caso en que la demanda se cumplió: era un ofrecimiento que se había hecho con la intención de que fuera rechazado y que proporcionara una razón moral y psicológicamente aceptable para ir a la guerra cuando la decisión ya se había tomado en las mentes de los romanos.<sup>17</sup> Consideraciones sobre justicia, *fides*, y especialmente de autodefensa jugaron un importante papel en las decisiones romanas de ir a la guerra, a menudo de forma decisiva, pero hubo otras también.

Es natural, en nuestra época, pensar en motivos económicos cuando buscamos explicar la expansión y el imperialismo, y no debe dudarse de que, en la larga historia del surgimiento de Roma como dueña del mundo del Mediterráneo, las intenciones de apropiarse de tierras, botines y otras formas de riquezas contribuyeron a que el pueblo romano y sus líderes se decidieran a emprender el conflicto. Lo que puede resultar sorprendente es que estos motivos no jugaron un papel significativo hasta después de las Guerras Púnicas. Sin duda, los romanos disfrutaron, desde muy temprano, los beneficios que proporcionaba la tierra conquistada y el botín, pero la prueba de que éstos fueron los motivos para la contienda, antes de las Guerras Púnicas, es escasa y circunstancial. Alguien que trata de encontrar estas razones, cuyo ojo es agudo y no está bloqueado por los sentimientos, no puede hacer una afirmación más fuerte que ésta: “Aparentemente, las opiniones que conocemos mejor sobre este período, realizadas por un aristócrata [Fabio Pictor]... al menos reconocieron que cierto tipo de ambiciones económicas estuvo entre las motivaciones de los romanos”.<sup>18</sup>

El móvil de “cierto tipo”, al que contribuyó la ganancia económica, era el fundamental, la búsqueda de *laus* y *gloria* (alabanza y gloria), el “honor”, en palabras de Tucídides, que hemos visto en acción en otra parte. Los nobles que prestaban sus servicios como magistrados y senadores colocaban esta especie de reconocimiento público en el centro de su sistema de valores. Las metas más altas, las magistraturas principales, tenían, en gran medida, un carácter militar. El éxito militar era la forma más rápida y mejor de alcanzarlos y los triunfos bélicos que un hombre pudiera obtener eran la base de la alta reputación que todo romano buscaba ganar y legar a su progenie. Un magistrado que prestara servicios como general deseaba ganar una batalla o una campaña de forma tal que hiciera que el Senado le reconociera una victoria y Polibio demuestra la gran importancia del Senado al decir que “incluso a los éxitos de los generales, el Senado tiene el poder de añadir distinción y gloria y, por otro lado, de oscurecer sus méritos y rebajar su reconocimiento. Porque estos grandes logros

se muestran ante los ojos de los ciudadanos de forma tangible a través de lo que se conoce como 'triumfos'", que tienen que ser aprobados por el Senado.<sup>19</sup> Este es un informe del triunfo celebrado por Lucio Emilio Paulo en el año 168:

El pueblo erigía andamios en el foro, en los circos, como ellos llaman a sus edificios en donde se hacen las carreras de caballos, y en otras partes de la ciudad en que se pudiera realizar mejor su espectáculo. Los espectadores se vestían con indumentarias blancas; todos los templos estaban abiertos, llenos de guirnaldas y perfumes; el acceso era libre y se mantenía despejado por numerosos funcionarios, que hacían retroceder a todos los que se aglomeraban u obstruían las avenidas principales. Este triunfo duró tres días. En el primero, en el que apenas se pudo ver todo, se expusieron las estatuas, cuadros e imágenes colosales que se arrebataron al enemigo y que fueron transportados en más de doscientos cincuenta carruajes. En el segundo se trasladó, en muchos vagones, la armadura más exquisita y rica de los macedonios, hecha de metal y acero, acabada de pulir y reluciente; sus piezas se agruparon y ordenaron expresamente con el mayor arte para que pareciera que habían caído en pedazos, despreciadamente y de casualidad... En el tercer día, temprano en la mañana, llegaban primero los trompeteros, que no tocaban como acostumbraban hacer en las procesiones o en los actos solemnes, sino como cuando los romanos querían alentar a sus soldados en el combate. Después venían jóvenes con hábitos y ornamentos bordados, que llevaban al sacrificio a ciento veinte bueyes de establos, con sus cuernos dorados y sus cabezas adornadas con lazos y guirnaldas; y con ellos iban niños que llevaban cuencos para las libaciones, de plata y oro.

Después de sus niños y sus ayudantes, llegaba el propio Perseo [el rey de Macedonia capturado], vestido todo de negro, usando las botas de su país; parecía como si estuviera atontado y privado de su razón, por la inmensidad de su desgracia. Le seguían muchos de sus amigos y familiares, cuyos rostros estaban desfigurados por la pena y que, a través de sus lágrimas y de mirar continuamente a Perseo, trataban de hacer entender a los espectadores que su gran dolor era por la suerte de su rey, y que no les importaba su propio destino.

Después, llevaban cuatrocientas coronas, todas hechas de oro, enviadas desde las ciudades por sus respectivas diputaciones a Emilio, como homenaje por su victoria. Entonces él mismo venía, sentado en un carruaje magníficamente adornado (un hombre que bien valía la pena contemplar, aun sin estas insignias de poder), vestido con un ropaje púrpura, entretejido con oro, y sosteniendo un ramo de laurel en su mano derecha. Todo el ejército, con ramos de laurel en sus manos, dividido en bandas y

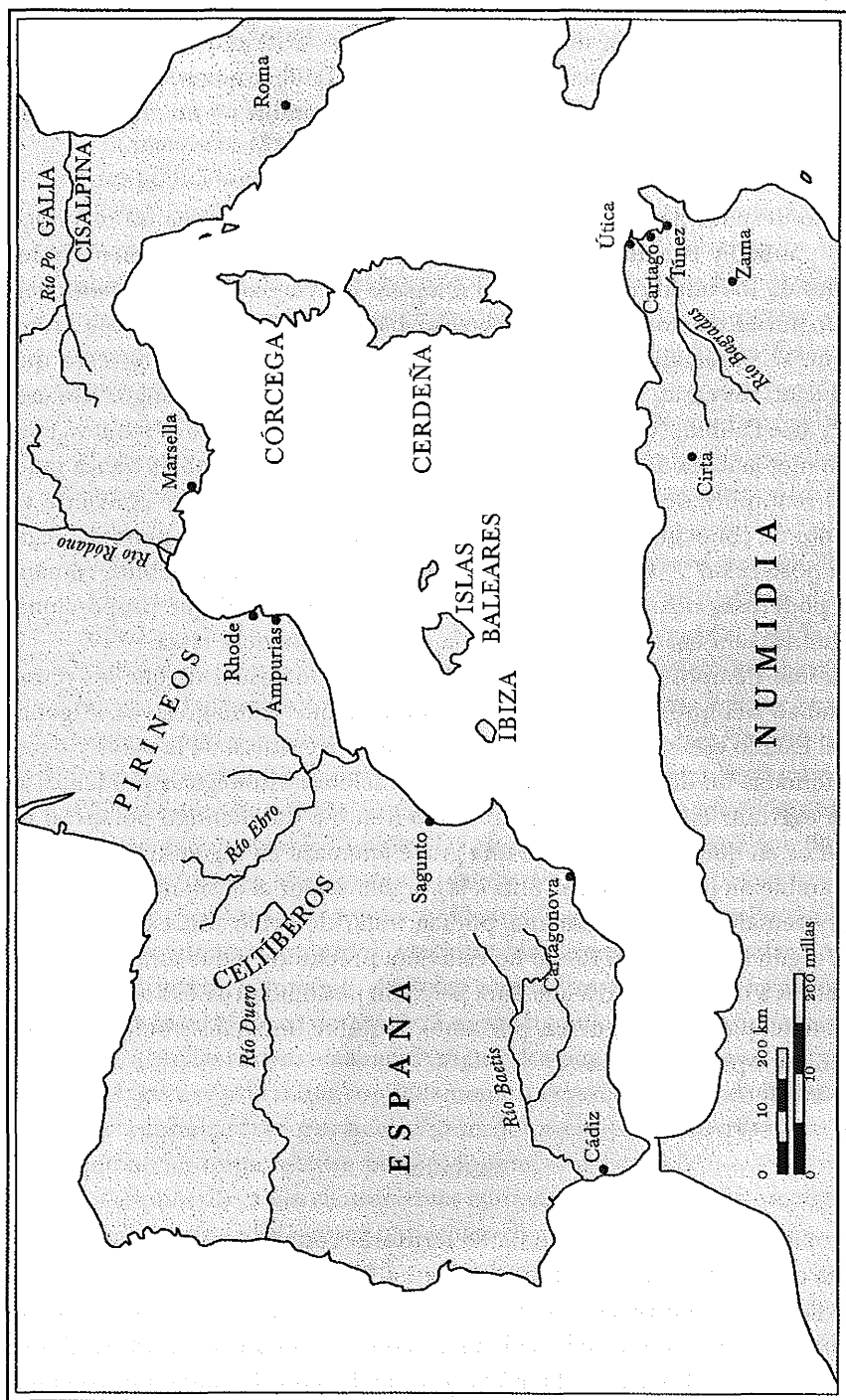
compañías, seguía el carruaje de su comandante; algunos cantaban versos, según la costumbre, mezclados con burlas; otros, entonaban canciones de triunfo y que ensalzaban las hazañas de Emilio; quien, sin dudas, era admirado y considerado feliz por todos los hombres y no era envidiado por nadie que fuese bueno.<sup>20</sup>

Incluso después de la muerte, el valor en el combate recibía un reconocimiento público y se utilizaba para fomentar esa cualidad en el futuro. En los funerales de los hombres que habían ocupado los cargos más altos, sus cuerpos eran llevados al foro y sus hazañas se alababan en discursos públicos. Hombres que se parecían a ancestros ilustres se ponían máscaras de cera que reproducían sus caras, y se vestían con las ropas propias de su rango. “De esta forma”, dice Polibio, “el recuerdo glorioso de hombres valientes se renueva continuamente; la fama de aquellos que han realizado proezas nobles nunca muere; y el renombre de aquellos que han servido bien a su país se convierte en un asunto de conocimiento general para las multitudes y forma parte del legado a la posteridad”.<sup>21</sup> Con esos incentivos, los líderes de la República romana tenían poderosas razones para no evadir las oportunidades que proporcionaba la guerra, aun cuando la justeza de la causa no estuviera clara.

Al mismo tiempo, sería equivocado llegar a la conclusión de que los romanos estaban siempre ansiosos por combatir y de que eran agresivos. Algunas veces el Estado estaba agotado por la duración y la crudeza de la pelea y necesitaba tomarse un descanso de paz. Consideraciones estratégicas prudentes se podían esgrimir en contra de un conflicto frente a un enemigo potencial en momentos en que se vislumbrara una grave amenaza en algún lugar. Por último, la ambición por el honor se unía a la vergüenza por el deshonor. Los magistrados y senadores, especialmente, podían tratar de evitar una campaña para la que, según sus criterios, Roma no estuviera preparada y que amenazara con conducirlos a una derrota o a una dura pelea sin posibilidad de éxito. Cada decisión romana para ir a la guerra, por tanto, requiere un análisis independiente sin opiniones preconcebidas.

#### CARTAGO

La apropiación por parte de Roma de territorio costero y su expansión hasta la punta de la bota italiana la llevó a encontrarse cara a cara con la gran potencia naval del Mediterráneo occidental, Cartago. A finales del siglo IX, la ciudad fenicia de Tiro había establecido una colonia en la costa del norte de África cerca de la actual Túnez, y la llamó la Nueva Ciudad o Cartago. Los romanos llamaban a los cartaginenses *poeni* o *puni*, de aquí el nombre de Guerras Púni-



El Mediterráneo occidental.

cas. En el siglo VI, la conquista de Fenicia por los asirios y los persas independizó a Cartago, lo que les proporcionó la libertad de explotar su ventajosa situación geográfica.<sup>23</sup>

La ciudad estaba situada en un lugar defendible y controlaba un puerto excelente que estimulaba el comercio. En las llanuras costeras se cosechaba, en abundancia, el grano, las frutas y los vegetales. Una llanura tierra adentro permitía la cría de ovejas. Los colonizadores fenicios conquistaron a los habitantes nativos del norte africano y los utilizaron para que trabajaran en el campo. En el siglo VI, los cartaginenses comenzaron a extender su dominio hasta incluir la costa del norte de África occidental, más allá de los Estrechos de Gibraltar y hacia el este hasta Libia. En el exterior, llegaron a controlar la parte sur de España, Cerdeña, Córcega, Malta, las Islas Baleares y el occidente de Sicilia. Los pueblos de estas regiones, aunque eran aliados originalmente, fueron todos sometidos, como lo habían sido los nativos del territorio original de los cartaginenses. Todos prestaron servicios en el Ejército cartaginense o en la Armada y pagaron tributos. Cartago obtuvo, además, grandes ganancias de las minas de España y del monopolio absoluto del comercio que impuso en el Mediterráneo occidental.

Cartago, también, era una república aristocrática, dirigida por dos magistrados que prestaban servicio por el término de un año, conocidos por sufetes (cognada de la palabra hebrea que significa jueces). El Senado de Trescientos Hombres y el Consejo de Treinta, un subcomité del Senado que incluía a los sufetes, era el gobierno efectivo del Estado. Cuando había desacuerdo dentro de estos grupos, y en algunas ocasiones inusuales, los asuntos se llevaban a la asamblea. La autoridad judicial descansaba en el Consejo de los Ciento Cuatro, escogido entre los miembros del Senado. La popular asamblea de ciudadanos disfrutaba de libertad de expresión y el pueblo elegía a los sufetes así como a los dos consejos. Al igual que en Roma, los líderes parecían proceder de un pequeño grupo de familias.

A diferencia de los nobles romanos del siglo III, cuyas riquezas provenían casi totalmente de la agricultura, la clase gobernante cartaginense tenía un gran desarrollo del comercio y de la industria, así como de la agricultura a gran escala, utilizando trabajo esclavo y métodos más avanzados. Al principio, los cartaginenses pelearon sus propias guerras, pero en el siglo III ya no combatieron más como tropas sino que prestaron servicios sólo como oficiales, a menos que la campaña fuera en África y amenazara su ciudad. Las tropas estaban compuestas por súbditos africanos, aliados y por mercenarios del resto del imperio. Cartago, a diferencia de Roma, también mantenía una armada grande y poderosa, que podía compararse en tamaño y destreza con cualquiera del Mediterráneo, con la que pudieron conservar el control sobre el Mediterráneo occidental. Para estos propósitos, los cartaginenses necesitaban mucho dinero para construir, mantener sus barcos y pagarles a sus soldados y marineros; el dinero lo obtenían mediante el

tributo de sus súbditos y en la forma de derechos de aduana provenientes de su extenso comercio. Sus motivos para ir a la guerra eran claramente económicos y comerciales, lo que no era tan común en el mundo de la antigüedad, sin embargo, al igual que los romanos, su clase dominante y los generales se dejaban llevar por consideraciones de orgullo y honor, como demostrarán las trayectorias de la familia de Amílcar Barca, especialmente su hijo Aníbal.

### LAS CAUSAS DE LA PRIMERA GUERRA PÚNICA

El primer registro que se tiene de un contacto entre Roma y Cartago es un tratado que los dos Estados acordaron en 509, el año en que los romanos expulsaron a sus reyes etruscos y establecieron la República. En aquel tiempo, el poderío romano estaba confinado a la región de Lacio en Italia central, mientras que Cartago ya era una potencia comercial importante con propiedades e intereses por todo el Mediterráneo occidental. El tratado le prohibía a los romanos embarcar hacia el sur o el oeste del Golfo de Túnez o ejecutar contratos en Libia o Cerdeña a no ser con la autorización de un funcionario cartaginense. Les permitían comerciar en la parte cartaginesa de Sicilia. A cambio, Cartago se comprometía a mantenerse fuera de Lacio. Parecía que parte de la política cartaginense consistía en impedir que Roma comerciara en su esfera de influencia, como posiblemente había estado haciendo cuando era una ciudad etrusca. La nueva República romana tenía poco interés en el comercio.

El tratado se renovó en el año 348, cuando los términos se hicieron más favorables a Cartago. Ahora a los romanos se los excluía totalmente de Libia y Cerdeña y de la porción occidental del Mediterráneo del Golfo de Túnez en la parte africana y Cartagena en la europea. En la esfera cartaginense sólo estaban autorizados a comerciar en el propio Cartago y en la Sicilia cartaginense. Ocupada en las guerras contra sus vecinos italianos, y todavía sin involucrarse en el comercio, Roma estaba dispuesta a llegar a este acuerdo a cambio de que se garantizara que el poderoso Cartago se mantuviera fuera de Lacio.<sup>23</sup>

Desde el siglo VI, Cartago había luchado por el control de Sicilia en las ciudades griegas allí, especialmente Siracusa, la más importante de todas. La muerte del poderoso déspota de Siracusa, Agatocles, en el año 289 provocó anarquía en la parte griega de Sicilia. Un grupo de los últimos mercenarios italianos de los tiranos se aprovechó de la confusión para apoderarse de la ciudad de Mesana (la moderna Messina o Mesina) justo a través del estrecho de Italia. Se llamaban a sí mismos mamertinos, por el dios de la guerra de las tribus sabelias, Mamers (el equivalente del Marte romano), y atacaron y robaron a los pueblos vecinos. Durante el mismo período, los cartaginenses aprovecharon la oportunidad de expandir su poderío en Sicilia a expensas de los griegos.



Mientras tanto, los romanos presionaban en el sur de Italia hacia una región que estaba tan poblada por ciudades griegas que la nombraron Magna Grecia. En el año 285 un grupo de ciudades griegas comenzó a solicitar la ayuda romana para protegerse de los ataques de Italia y de caudillos del exterior, tales como Alejandro de Epicuro, a través del Adriático. En el año 282 decidieron salvar a Turii de la amenaza que representaba Tarento, la principal ciudad griega del sur de Italia. Cuando una flota romana llegó a su bahía, los tarentinos atacaron y hundieron unos cuantos barcos antes de lanzar un ejército a Turii, expulsaron a la guarnición que Roma había colocado allí y saquearon el lugar. Para enfrentar la respuesta inevitable de Roma, los tarentinos mandaron a buscar a Pirro de Epiro. Uno de los principales *condottieri* del mundo helénico trajo un ejército de veinticinco mil soldados profesionales y un tipo de arma, nueva y aterradora, que los romanos no habían visto nunca antes: veinte elefantes de guerra. Derrotó a las legiones romanas en la batalla, pero tuvo grandes bajas que le ocasionaron mucho daño y no pudo desbaratar la confederación romana. Comenzó a buscar lo que esperaba fueran ganancias más fáciles de obtener y pensó que las encontraría en Sicilia, pues Siracusa, muy presionada por los cartagineses, solicitaba su ayuda.

Ansiosos por mantener a Pirro fuera de Sicilia, los cartagineses enviaron una flota a Italia en el año 279 para auxiliar a los romanos, que declinaron el ofrecimiento. Sin embargo, llegaron a otro convenio para hacer frente al nuevo desafío en el que cada parte acordó que tenía la libertad de socorrer a la otra en el caso de que fuera atacada por Pirro, y los cartagineses debían proporcionar asistencia naval, si fuera necesaria. Pirro, aún así, pronto arribó a Sicilia y ayudó a impedir una completa victoria cartaginesa. En 275 regresó a Italia, donde el Ejército romano logró controlarlo antes de que decidiera retirarse a Grecia. Cartago no había solicitado la ayuda romana en contra de Pirro en Sicilia, ni los romanos habían buscado el apoyo púnico contra él en Italia, porque ninguna de las dos partes quería tener a la otra en su dominio.

Al abandonar Sicilia, se dice que Pirro manifestó: “Le hemos dejado a los cartagineses y a los romanos tremendo refidero para pelearse”,<sup>24</sup> y los acontecimientos le dieron la razón. Desde la muerte de Agatocles, los siracusanos, poco a poco, habían sido empujados hacia la Sicilia oriental, donde se vieron hostigados por los mamertinos. Bajo el gobierno de su nuevo rey, Hiero, ripostaron el ataque, los hicieron retroceder hasta Messana y sitiaron la ciudad. Una facción de los mamertinos solicitó auxilio de los cartagineses; respondieron enviando una guarnición para proteger la ciudad y obligaron a Hiero a retirarse. Otra facción, sin embargo, había pedido la ayuda de Roma, y ofrecieron situar a su ciudad en los *fides* de los romanos. El pedido obligó a los romanos a tomar una decisión importante, porque era obvio que una respuesta positiva probablemente provocaría la guerra con Cartago, un Estado diferente y mucho más poderoso, y Roma no se había enfrentado nunca a un Estado así.

Polibio nos narra que el Senado romano se vio en un dilema. Unos años antes, Pirro había amenazado al pueblo de Regio, una ciudad griega justo a través del estrecho de Messana, y les preocupó la flota cartaginense, por lo que pidieron ayuda a Roma. Los romanos enviaron una guarnición de cuatro mil italianos de Campania para proteger a Regio, pero pronto la guarnición imitó a los mamertinos, sitió la ciudad y expulsó a sus habitantes. Tan pronto como pudieron, los romanos recuperaron Regio y la devolvieron a los ciudadanos que quedaban. A los rebeldes de Campania que sobrevivieron el ataque los llevaron a Roma donde los azotaron y les cortaron las cabezas, porque los romanos deseaban “reivindicar lo más posible su buena fe ante los ojos de los aliados”.<sup>25</sup> ¿Cómo podían tomar bajo su custodia a un grupo de bandoleros que había hecho lo mismo que provocó que los romanos ejecutaran a los renegados de Campania que habían sitiado Regio? Eso sería “una infracción de la equidad difícil de explicar”.<sup>26</sup>

Las preocupaciones por el honor, sin embargo, no eran las únicas que hacían dudar al Senado. Algunos senadores hubieran preferido avanzar más en el territorio galo al norte de Italia antes de cruzar a Sicilia. Otros pueden haberse dado cuenta lo potente que podía ser un enemigo como Cartago y cuán diferente de los anteriores que habían enfrentado. Quizá sabían cuán importantes podían ser los barcos en cualquier guerra de este tipo y cuán inferiores eran los romanos en el mar.<sup>27</sup> Para muchos senadores, no obstante, la grandeza misma del poderío púnico reclamaba la aceptación de la solicitud de los mamertinos. Polibio dice que vieron que el Imperio Púnico se extendía más allá de África hasta España y las islas que rodeaban Italia y les preocupaba que “si los cartaginenses se adueñaban también de Sicilia, se convertirían en vecinos tremendos y peligrosos, rodeándolos por todas partes y ocupando una posición que controlaría todas las costas de Italia”. Creían que, a menos que ayudaran a los mamertinos, Cartago, de hecho, lograría someter a toda Sicilia y concluía que “era absolutamente necesario no dejar que Messana se escabullera, o permitir a los cartaginenses dominar lo que sería un puente que les permitiría cruzar a Italia”.<sup>28</sup>

En el caso excepcional en que ocurrían divisiones y vacilaciones de este tipo, el Senado era incapaz de llegar a una decisión, por lo que la elección trascendental se trasladaba al pueblo en su asamblea. En su presentación pública ante la asamblea reunida para votar, los cónsules estuvieron claramente a favor de que se aceptara la solicitud de los mamertinos porque “sugirieron que individualmente [el pueblo] obtendría beneficios concretos e importantes de ello”.<sup>29</sup> Los cónsules, sin duda, vieron una oportunidad para ganar gloria y es posible que el pueblo entendiera sus promesas nada menos que como “un botín, simplemente”.<sup>30</sup> Aunque estas motivaciones privadas deben de haber influido, es probable que el motivo que propuso Polibio, a pesar de que es el más respetable y el que favorecían los propagandistas romanos, era el más básico y el que agru-

paba a la mayoría que tenía puntos de vista diferentes. Los romanos no fueron a la guerra con la intención de conquistar el Imperio Cartaginense, o incluso toda Sicilia. Como reconoce el intérprete más riguroso de los motivos de la expansión de Roma, “posiblemente deberíamos aceptar la explicación de Polibio sobre el crecimiento de las ambiciones de Roma *después* de la caída de Agrigento [en el año 262, cursivas del autor]”, cuando dice que primero decidieron expulsar a los cartaginenses de Sicilia.<sup>31</sup> Los cartaginenses eran vecinos realmente poderosos, audaces y peligrosos. Poseían una flota que dominaba el Mediterráneo occidental. Con una base en Messana podían rápidamente asaltar la costa y amenazar las ciudades de Magna Grecia. Cartago podía presentar una opción a los nuevos Estados griegos incorporados a Italia, amenazando con desunir la confederación romana. Si los romanos se negaban a ayudar a los mamertinos podría parecerle a otros, y quizás a ellos mismos, que habían retrocedido por miedo. No se habían convertido en los dueños de Italia evitando con prudencia complicaciones peligrosas, y su propia imagen, su concepto del honor, les impedía evadir esta situación fácilmente. Enfrentados al desafío de los cartaginenses con el control de toda Sicilia, atrincherados a través del angosto estrecho de Italia, no era probable que los romanos se retiraran.

La Primera Guerra Púnica fue larga, dura y se extendió hasta el año 241. Para ganarla, los romanos tuvieron que convertirse en una potencia naval, gastar sumas de dinero sin precedentes y sufrir una cantidad espantosa de bajas. Terminó con el brillante general cartaginense Amílcar Barca encerrado en su fortaleza en Sicilia occidental, el único lugar que todavía permanecía bajo el dominio de Cartago. El hundimiento de otra flota cartaginense lo forzó a rendirse, aunque se mantuvo invicto en todas las batallas en tierra, y todavía en posesión del fuerte en Lilibeo. Así finalizó lo que Polibio llamó “la guerra más larga, más continua y más terrible que hayamos conocido en la historia”. Los romanos perdieron setecientos *quinqueremes*, el nuevo modelo de barco más grande de su tipo que había reemplazado al *triremes* de la Grecia clásica, utilizado en las guerras persas y peloponesas, y los cartaginenses perdieron quinientos. Teniendo en cuenta el incremento en el tamaño del barco, llegó a la conclusión de que “nunca, en toda la historia del mundo, se habían enfrentado unas fuerzas tan grandes por el control del mar”.<sup>32</sup>

## LA PAZ

Estos enormes esfuerzos y pérdidas habían agotado también a los romanos, pero los cartaginenses, a pesar de haber sido derrotados, no estaban indefensos. Como resultado, el cónsul romano G. Lutacio Catulo le ofreció a Amílcar una paz generosa. A los cartaginenses se les pidió que abandonaran Sicilia y la prome-

sa de que no pelearían contra Hiero de Siracusa —quien se había unido a los romanos al principio de la guerra— ni con sus aliados; entregar los prisioneros romanos, y abonar una indemnización de 2.200 talentos de plata durante veinte años, suma que Cartago podía pagar.<sup>33</sup> Amílcar estuvo de acuerdo, pero el pueblo romano debía ratificar el tratado, y no lo hizo. En vez de aprobarlo, enviaron una comisión de diez hombres para que hicieran cambios y añadieron mil talentos a la indemnización —que se debía pagar inmediatamente—, acortaron el tiempo disponible para saldar el resto a diez años y le exigieron a Cartago que evacuara, no sólo Sicilia, sino también el Lípari y las Islas Égates, que se encontraban entre Italia y Sicilia. Quizá fueron incitados a realizar esta acción por los rivales celosos del cónsul, que ansiaban desacreditar sus logros, pero el pueblo romano pensó, sin dudas, que la victoria en una guerra tan larga y difícil merecía mayor recompensa.

Aun así, la revisión del tratado, aunque resultó molesto, era algo que los cartaginenses podían aceptar, especialmente a la luz de los grandes problemas que amenazaban la seguridad de su propia ciudad en África. Obligados a abandonar Sicilia, veinte mil mercenarios se reunieron y exigieron que todos los atrasos en sus salarios se pagaran inmediatamente. Cuando los cartaginenses no accedieron, los mercenarios se rebelaron y atacaron la ciudad de Túnez. Pronto, los súbditos libios de Cartago en el este y los nómadas en el oeste se unieron a la revuelta general. La llamaron “la guerra sin tregua” por la despiadada ferocidad con que se llevó a cabo. Los propios cartaginenses tuvieron que combatir en defensa de su ciudad. Después de tres años de una guerra dura, pudieron someter a los rebeldes pero quedaron agotados por el esfuerzo.

Al principio, los romanos no utilizaron estas maniobras engañosas para molestar a Cartago, a pesar de algunas provocaciones y oportunidades. Cuando los cartaginenses encontraron a algunos comerciantes italianos vendiendo provisiones a los amotinados en África, capturaron y encarcelaron a quinientos de ellos. Los romanos se molestaron pero los rescataron mediante gestiones diplomáticas, e incluso devolvieron a los cartaginenses cautivos en la guerra en Sicilia. A partir de aquí, prohibieron el intercambio con los rebeldes y permitieron el comercio con Cartago. Mientras que Cartago combatía por su vida en África, sus mercenarios en Cerdeña también se insubordinaron y se apropiaron de casi toda la isla. Cuando le pidieron ayuda a Roma, los romanos se negaron, de la misma forma en que lo hicieron cuando los mercenarios que se habían apoderado de la ciudad de Utica, cerca de Cartago, presentaron una solicitud similar.<sup>34</sup> Los romanos, sin duda, estaban disfrutando la tregua después de la larga y costosa guerra contra Cartago, sin embargo, los acontecimientos pronto demostrarían cuan fácil era despojar o dañar a los cartaginenses si así lo decidían. Las fuentes no explican por qué se detuvieron, pero a finales del año 239 es evidente que Roma no era un Estado agresivo.

Es todavía más desconcertante, por tanto, que los romanos dieran marcha atrás a su rumbo el año siguiente. Cuando los mercenarios de Cerdeña volvieron a pedir ayuda en contra de los nativos de la isla, posiblemente esperando que se efectuara una expedición cartaginense que recuperara la isla, los romanos estuvieron de acuerdo. Esta era una clara violación del tratado del año 241 y sin ningún pretexto respetable. Cuando los cartaginenses se opusieron, los romanos exigieron que entregaran Cerdeña y que pagaran mil doscientos talentos adicionales y, si no lo hacían, debían enfrentar la guerra. Los cartaginenses no tuvieron otra opción que aceptar. Los romanos reclamaron que los cartaginenses habían estado preparándose militarmente, no para recuperar a Cerdeña de manos de los mercenarios sino para atacar Roma. Polibio, generalmente a favor del punto de vista de Roma, lo descartó, acertadamente, por considerarlo un pretexto falso. “Los cartaginenses”, nos cuenta, “estaban, sin lugar a dudas, obligados por las necesidades que su posición les imponía, *en contra de toda justicia*, a evacuar Cerdeña y pagar esta enorme suma de dinero”<sup>35</sup> (cursivas del autor).

Como dijo Talleyrand del asesinato del Duc d’Enghien por Napoleón, sin embargo, “fue peor que un crimen, fue un grave error”, y Polibio describe la humillación que infligió Roma a Cartago con relación a Cerdeña como “la causa más importante de la siguiente guerra”.<sup>36</sup> La derrota en la Primera Guerra Púnica, por sí misma, provocó rencores entre algunos cartaginenses, sobre todo en su general Amílcar Barca. Nos narra Polibio:

El resultado de la guerra en Sicilia no había quebrantado el espíritu de ese comandante. Se consideraba a sí mismo como invencible; porque las tropas en Eryx que él dirigía se encontraban todavía a salvo y decididas: y aunque hasta ahora había aceptado llegar a un acuerdo, fue una concesión a las exigencias de los tiempos, provocada por la derrota de los cartaginenses en el mar. Pero nunca abandonó su firme propósito de venganza; y, si no hubiera ocurrido el motín de los mercenarios en Cartago, inmediatamente hubiera buscado y encontrado otra ocasión para comenzar un enfrentamiento, mientras estuviera en condiciones de hacerlo.<sup>37</sup>

Polibio considera la ira exasperada de Amílcar como una de las causas de la Segunda Guerra Púnica, y sustenta su punto de vista con una historia que le contó el hijo de Amílcar, Aníbal, al rey Antíoco de Siria, mucho tiempo después, en el año 195. Cuando el niño tenía nueve años, su padre “me agarró la mano derecha y me llevó al altar y me pidió que colocara mi mano sobre la víctima y que jurara que nunca entablaría amistad con Roma. Como tu política, Antíoco, es de hostilidad hacia Roma, puedes estar seguro de tener en mí uno de tus partidarios más convencidos”.<sup>38</sup>

“La Cólera de los Bárcidos” y el “Juramento de Amílcar” se convirtieron en el corazón y el alma de la tradición romana y explican los orígenes de la Guerra de Aníbal.<sup>39</sup> Fueron útiles a los intereses romanos, que querían evitar que se los culpara por la guerra, pero eso no los hace falsos. En cualquier conflicto, cada parte proclama su propia inocencia y la culpabilidad del enemigo; sin embargo, algunas de estas reclamaciones son justificadas. No necesitamos conocer los detalles de estas historias, aunque son perfectamente creíbles, para aceptar su sentido más amplio: el principal general de Cartago se sintió frustrado, molesto y, posiblemente, traicionado cuando lo obligaron a rendirse a pesar de disponer de un ejército imbatible en el campo; que le hubiera gustado mucho vengarse en una nueva guerra y que transmitió esa ira y esas ambiciones a su hijo, que estaba comprometido con él, tenía talento y era ambicioso. Se ha sugerido que “un general cartaginense en particular [Amílcar Barca] puede haber quedado con sentimientos parecidos a los que tenían muchos soldados alemanes en 1918”<sup>41</sup> y estos sentimientos, de él y de su hijo, pueden haber sido compartidos por otros.

Aun no hay razón para pensar que la mayoría de los cartaginenses sentían lo mismo cuando Lutacio les ofreció una paz razonable en el año 241. Los duros términos de Roma, sin embargo, pueden haber provocado mucho resentimiento, y su comportamiento brutal en el asunto de Cerdeña, que Polibio considera como la segunda causa de la Guerra de Aníbal, seguramente hizo que muchos cartaginenses sintieran ira y desprecio por sus conquistadores. Cuando Aníbal lanzó su cuidadoso y peligroso ataque sobre los romanos, dos décadas después, su pueblo lo apoyó con entusiasmo.

La paz que puso punto término a la Primera Guerra Púnica fue muy diferente de aquellas que dieron fin a la gran Guerra del Peloponeso o a la Primera Guerra Mundial. Cada una de aquéllas reflejaron, con mucha exactitud, la verdadera relación de poder existente entre los Estados principales. En cada caso, los Estados más importantes estaban lo suficientemente satisfechos con la situación como para desear que se mantuviera el *status quo* resultante. Después de la paz del año 445, la carga principal de mantenerla recayó en Atenas; Pericles y los atenienses estaban preparados para aceptarla. Luego de la Guerra Franco-Prusiana, Alemania, bajo el liderazgo de Bismarck, asumió esa responsabilidad. Tuvieron que suceder circunstancias inesperadas e inusuales para que, en cada caso, surgiera una guerra.

La paz que puso fin a la Primera Guerra Púnica, sin embargo, difería de éstas en todos sus aspectos cruciales. Reflejaba la relación de poder entre Roma y Cartago en el momento en que Cartago se encontraba inusualmente débil. A menos que los romanos actuaran para destruir a su enemigo o inutilizarlo permanentemente, Cartago tenía la capacidad de recuperar su fuerza y, otra vez, volver a ser un adversario temible. La paz impuesta en los años 241 y

238, por tanto, fracasó en este punto básico. También era imperfecta porque los cartaginenses estaban profundamente insatisfechos con ella, y muchos estaban decididos a anularla en la primera oportunidad que surgiera. Ya en el año 221 nos cuenta Polibio: "los cartaginenses estaban considerando vengarse de sus derrotas en Sicilia".<sup>42</sup> En estas circunstancias, le tocó a los romanos la preservación de la paz. Como veremos, sin embargo, otros intereses distrajeron su atención y confiaban, con arrogancia, que Cartago ya no representaba una amenaza. Cuando, finalmente, reconocieron el peligro, ya no sólo era demasiado tarde para eludir la guerra sino casi imposible evitar la derrota y el desastre. La paz que, en definitiva, le impusieron a Cartago en el año 238, fue del tipo más inestable: llenó de amargura a los perdedores sin privarlos de la capacidad de buscar venganza, no estableció un sistema capaz de contenerlos y los romanos tuvieron que tomarse el trabajo de hacerla efectiva.

Es tan fuerte nuestra aspiración contemporánea por la paz que tenemos la tendencia a considerarlo como un bien en estado puro, pero los acuerdos impuestos por los romanos provocan serias interrogantes. El comportamiento y la paz que le impusieron a Cartago fueron, según admite uno de sus grandes defensores, totalmente injustos. Para mantener la armonía en esas circunstancias, insistir que sus víctimas la respeten en vez de recurrir a la guerra es perpetuar una iniquidad. Debemos reconocer que la mayoría de las veces, cada vez que se ha llegado a un acuerdo internacional, se ha provocado una arbitrariedad en algún lugar y una sensación de injusticia, merecida o no, entre muchas personas. El resultado entre individuos conscientes puede ser un serio conflicto de valores básicos entre el deseo de paz y el de justicia. Es difícil ver cómo pueden evitarse estos conflictos. Nuestro estudio, sin embargo, trata de un asunto más limitado: cómo surgen las guerras y cómo se preserva la paz, aun cuando sea injusta.

#### PONIENDO A PRUEBA LA PAZ

Después de acabar con las rebeliones en África, los cartaginenses se volvieron hacia España buscando el lugar más conveniente para restaurar fuerzas y riquezas. Tenía ricas minas de plata, muchos hombres que podían prestar sus servicios en los ejércitos púnicos y todavía no era del interés de los romanos. Aun cuando los cartaginenses no hubiesen pensado en una guerra de venganza contra Roma, tenían buenas razones para querer recuperar y expandir su imperio en España. Polibio, sin embargo, nos dice que Amílcar "se dedicó a asegurar el poderío cartaginense en Iberia, con la intención de usarla como base de operaciones contra Roma". Él llama al éxito de Cartago en España la tercera causa de la guerra de Aníbal "porque fue la confianza que inspiraron sus fuerzas allí lo que los estimuló a llevarla a cabo".<sup>43</sup>

Una explicación así se ajusta a la tradición romana de una guerra de venganza planeada deliberadamente por la familia de los bárcidos desde el principio y bajo esas condiciones se sospecha, pero una vez más es plausible psicológicamente e imposible de rechazar con seguridad. Si Amílcar y otros cartagineses estaban amargados y decididos a no aceptar lo que consideraban una humillación por parte de los romanos, era aconsejable recuperar el poderío cartaginense en España, como primer paso. Era un paso obvio y atractivo, en todo caso, algo que Cartago estaba casi comprometido a ejecutar. No obstante, cualquiera que conociera historia romana y entendiera su procedimiento normal podría haber pronosticado que la recuperación del poderío cartaginense acarrearía la suspicacia de los romanos, quizá su hostilidad. Cualesquiera que hayan sido las intenciones de Amílcar y sus partidarios, por tanto, la decisión cartaginense de expandirse en España corría el riesgo de provocar otro conflicto con Roma.

En el año 237, Amílcar se embarcó con su joven hijo Aníbal y su cuñado Asdrúbal hacia España. Antes de su muerte en el año 229, logró recuperar y expandir el Imperio Cartaginense en el sur y en el sudeste de España. Los romanos, aparentemente, no se habían dado por enterados de sus actividades hasta el 231, cuando enviaron embajadores para ver qué estaba sucediendo. Amílcar los recibió con cortesía y les explicó que sus operaciones en España tenían la intención de lograr que Cartago pagara la indemnización de guerra a Roma. Ante una respuesta así, y teniendo en cuenta que Roma no tenía intereses en España, no tenían de qué quejarse y regresaron a casa.<sup>44</sup>

Si es cierto que Roma, según Dio, todavía no estaba interesada en España, y la ausencia de toda referencia sobre esto por parte de los otros escritores de la antigüedad así lo sugiere, ¿por qué los romanos enviaron, de todas formas, una embajada? Una opinión es que lo hicieron simplemente por curiosidad general, que la delicada respuesta de Amílcar no les dio motivos de queja y que la investigación “no implicaba que el Senado hubiera *hecho* algo si la *legati* hubiera encontrado algo que pudieran desaprobare”.<sup>45</sup> En el otro extremo se encuentra la idea de que los romanos habían sido advertidos por sus amigos en el Oeste, especialmente Massilia (la Marsella moderna). Los romanos habían sido amistosos con los masilienses durante siglos y podían haber concluido ya una alianza formal con ellos.<sup>46</sup> Massilia desarrollaba un extenso comercio con las tribus españolas a través de sus colonias Ampurias, Rhode y Heme-roscopión, las cuales serían amenazadas por la expansión cartaginense a lo largo de la costa. Hubiera sido del interés de Massilia advertir a los romanos sobre el crecimiento del Imperio Español de Cartago y de la amenaza que significaba para Roma. Desde este punto de vista, “los informes de sus amigos orientales condujeron al Senado a despachar una misión exploratoria que, al mismo tiempo, le indicara a Amílcar que lo estaban observando”.<sup>47</sup> Eso impli-



ca que Roma ya estaba atenta a los asuntos de España y se lanzó en una política de frenar la expansión cartaginense.

El primer enfoque no proporciona ninguna explicación, pero el último va más allá de lo que imponen los hechos. Es probable que los masilienses estuvieran alarmados y por eso le pidieron a Roma que interviniera. “Si fue así, Roma, en un gesto simbólico, difícilmente podía negarse a enviar una embajada a Amílcar”,<sup>48</sup> aun cuando no tuvieran intereses en España y no hubieran asimilado seriamente la advertencia. Incluso, no queda nada claro que, si Amílcar hubiera dado una respuesta menos satisfactoria, los romanos no hubieran actuado. Su respuesta suave, no obstante, logró eliminar la cólera de los romanos y el momento pasó sin conflicto. Los romanos, probablemente, estaban más confiados que alarmados.

Cuando Amílcar murió en el año 229, sus tropas en España eligieron a su cuñado Asdrúbal para que ocupara su lugar, y los que quedaron en Cartago confirmaron su decisión.<sup>49</sup> Asdrúbal, rápidamente, inició una campaña para castigar a la tribu que había matado a Amílcar. Mediante una combinación de varias cosas: el matrimonio con una princesa ibérica, destreza diplomática y un ejército que había crecido poderosamente, pudo expandir de modo considerable el Imperio Cartaginense en España. Fundó la ciudad de Cartago Nova (Cartagena), un puerto excelente, cerca de minas de plata valiosas, y desde allí gobernó regimiento y extendió los límites de su provincia.

En el año 226, los romanos enviaron otra embajada a la España cartaginense. Concluyeron un tratado con Asdrúbal, cuya única cláusula conocida es que él estuvo de acuerdo en “no cruzar el Iber [Ebro actual] armado”.<sup>50</sup> Académicos modernos se han enfrascado en fuertes discusiones acerca de su forma, contenido, significado y relación cronológica con otros acuerdos romanos en España con la ciudad de Sagunto, porque las pruebas son muy insuficientes y la supuesta violación de Aníbal del tratado del Ebro fue el centro de las afirmaciones subsecuentes de Roma de que Cartago inició la Segunda Guerra Púnica.

Si el informe de Polibio es correcto, el tratado sólo comprometía a Cartago y sería otro ejemplo de cómo los romanos impusieron su voluntad a los cartagineses. El lenguaje, sin embargo, inevitablemente implica una concesión romana, porque si Asdrúbal se comprometió a no cruzar el Ebro, presumiblemente podía avanzar hasta su orilla sur. Pero el límite del Imperio Español de Cartago estaba todavía bastante cerca del Ebro, por lo que la concesión implícita tendría el efecto de reconocer ese imperio y de permitir su extensión hacia el norte del río. En este territorio controlado se incluía la colonia masiliense de Heme-roscopión. ¿Por qué tenían los romanos que consentir voluntariamente a más expansiones púnicas y abandonar los intereses de su aliado sin haber sido azuzados por los cartagineses? Algunos académicos han tratado de justificar el problema geográfico al sugerir que el Ebro mencionado por los escritores de

la antigüedad no es el Ebro que conocemos, sino otro río más al sur;<sup>51</sup> sus argumentos no han convencido a muchos.

Polibio nos dice que Roma actuó porque estaba alarmada ante la creciente fuerza de Asdrúbal en España: “Descubrieron, así lo consideraron, que habían dejado adormecer sus recelos y que, mientras tanto, le habían dado la oportunidad a los cartaginenses de consolidar su poder”. Si era así, ¿por qué no atacaron a Asdrúbal, o al menos por qué no le impusieron condiciones que lo limitaran? La respuesta de Polibio es que no podían actuar porque tenían problemas más cercanos y apremiantes: “estaban casi todo el tiempo atemorizados por la posibilidad de un ataque celta”. El tratado del Ebro, por tanto, se concibió para “apaciguar a Asdrúbal con medidas delicadas y de esta forma quedar libres para golpear primero a los celtas... porque estaban convencidos de que, con enemigos así en su flanco, no sólo serían incapaces de mantener el control sobre el resto de Italia, sino que no podrían estar seguros en su propia ciudad”.<sup>52</sup>

La explicación, por supuesto, es consistente con la teoría de Polibio de una venganza, por parte de los bárcidos, en contra de Roma y, por tanto, ha sido criticada. ¿Por qué sentirían los romanos la necesidad de aplacar a Asdrúbal, que “no estaba ni alterado ni irritado”.<sup>53</sup> Los romanos no tenían intereses en España, y el peligro de que los cartaginenses se unieran a los celtas en su contra era inexistente: “Para todos los propósitos, teóricos y prácticos, el Ebro, simplemente, no estaba en el mapa de Roma en el momento del tratado”.<sup>54</sup> La respuesta, una vez más, es que fue Massilia la que advirtió sobre este asunto a los romanos y les exigió que detuvieran a Asdrúbal antes de que pudiera apoderarse de sus colonias y pusiera fin a su lucrativo comercio en España.<sup>55</sup>

Aparte del hecho de que ningún escritor de la antigüedad menciona a Massilia con relación al tratado del Ebro, estos argumentos plantean una difícil pregunta, que ya se ha señalado: ¿por qué los masilienses le tenían que pedir a los romanos que pusieran un límite en el Ebro, y abandonar así sus colonias del sur? Los que objetan las interpretaciones de Polibio no se enfrentan a este obstáculo, que parece ser un problema mayor que la propia explicación de Polibio. Su informe es coherente y persuasivo. Por algunos años, los romanos temieron un ataque de los celtas en el norte. Cuando sucedió en el año 225, el inmenso y aguerrido ejército invasor se lanzó hacia el corazón de Italia y fue derrotado después de muchas dificultades. En su preocupación poco después de la arremetida, los romanos naturalmente buscaron prevenir problemas y peligros adicionales. Es muy posible que los masilienses llamaran su atención acerca del crecimiento del poderío cartaginense en España periódicamente. Sin duda, habían tratado de atemorizar a los romanos para que actuaran mediante la amenaza de una alianza cartaginense con los celtas en el lado romano de los Pirineos.

Los romanos tenían que haber sido demasiado obtusos para ignorar que no había amor para ellos en los corazones de los cada vez más poderosos cartagi-

nenses y su líder en España. La acción aconsejable era aplacarlo en un momento peligroso y tratar con él más tarde, si fuera necesario. Esta no era una respuesta romana típica, pero se llevó a cabo en un momento de gran temor y peligro. Como volverían a hacer sólo después de su terrible derrota en Cannas en el 216, los romanos enterraron víctimas vivas para conjurar una catástrofe profetizada por una autoridad religiosa.<sup>56</sup> En circunstancias tan amenazadoras, estaban dispuestos a sacrificar algunos de los intereses de sus aliados.

La forma del tratado salvaba su orgullo, ya que tenía la apariencia, no de una concesión, sino de una orden entregada *de haute en bas*. Los romanos se podían consolar pensando que era sólo un recurso temporal; sin embargo, como lo aclara Polibio, fue un intento de apaciguamiento en un momento de debilidad y temor. El apaciguamiento es un instrumento de la política perfectamente respetable y, a menudo, útil. Puede ser efectivo cuando se aplica desde una posición de fuerza, cuando es una acción que se toma libremente con el propósito de aliviar una queja y mostrar buena voluntad. Es un mecanismo insuficiente y peligroso cuando se recurre a él por miedo y por necesidad, porque entonces no reduce el resentimiento pues muestra debilidad e induce al desprecio. El intento de los romanos a través del tratado del Ebro fue, aún más, un tipo peor de apaciguamiento, porque incluso cuando su contenido mostraba debilidad, su forma era insultante. El resultado fue que no logró ni aplacar ni detener, sino avivar y estimular, a los cartagineses. Incluso después de que pasó la emergencia celta, los romanos no tomaron medidas militares para protegerse en contra de los cartagineses en España, ni tampoco intentaron reconciliarse con ellos.

### LA ASCENSIÓN DE ANÍBAL

En el año 221, Asdrúbal fue asesinado. Como sucedió antes, el ejército eligió a un nuevo líder, Aníbal, el hijo de Amílcar Barca, y la asamblea, desde Cartago, lo confirmó unánimemente.<sup>57</sup> Aníbal está considerado por muchos como uno de los grandes generales de la historia que aprendió las lecciones de la guerra helenística a partir de la carrera de Alejandro el Grande, asimiladas y transmitidas por su padre, Amílcar. Fue un maestro de la táctica en su tiempo, al combinar la infantería con la caballería, e incluso elefantes entrenados para la guerra para realizar maniobras que, a menudo, consistían en rodear y aniquilar al enemigo. Fue un gran líder natural que podía contar con la lealtad de tropas mercenarias y con la de los aliados en los momentos más difíciles. “Sobre todo, es su carácter lo que cuenta y eso es lo que le ha dado a la guerra de Aníbal su cualidad épica y ha investido su nombre con un encanto inmortal.”<sup>58</sup> Él, también, se casó con una princesa ibérica y después lanzó una enérgica campaña

militar, resumiendo la política de su padre de conquistar mediante la espada. Rápidamente ocupó el centro de España y después comenzó a desplazarse a lo largo de la costa hasta el Ebro. Todo se desarrolló bien hasta que llegó al pueblo de Sagunto. “Nadie”, dice Polibio, “al sur del Ebro se atrevió, temerariamente, a enfrentársele, con excepción del pueblo de Sagunto”.<sup>59</sup> Su audacia se sustentaba en el vínculo que tenían con los romanos, lo que hizo que Aníbal los enfrentara con cautela. El ataque de Aníbal a Sagunto en el año 218 fue la causa inmediata de la Segunda Guerra Púnica, por lo que la naturaleza y el momento de la relación de esa ciudad con los romanos es muy importante.

Desgraciadamente, la evidencia para ambos temas es inexacta.<sup>60</sup> Parece más probable que el nexo entre Sagunto y Roma no se basaba en un tratado formal. Polibio dice simplemente que los habitantes de Sagunto “se entregaron a los *fides* de los romanos”.<sup>61</sup> No dice que llegaron a un pacto. Dado que él buscó cuidadosamente y citó todos los tratados relevantes que existían, eso sugiere claramente que no había ningún tratado. Hubiera, además, fortalecido el planteamiento de Polibio y de los romanos, esto es, que se culparía a los cartagineses de la guerra si Aníbal hubiera atacado un pueblo que fuera un aliado formal de Roma. Finalmente, si Sagunto lo hubiera sido cuando Aníbal atacó, no se habría tenido que discutir en Roma si lo defendían y, sin embargo, ese debate se realizó. Por estas razones, parece ser que Sagunto no era un aliado formal sino sólo un “amigo” y un cliente. El significado de ese punto era que Roma no estaba legalmente obligada a ir en su ayuda cuando Aníbal atacó.

La fecha del acuerdo está confusa, aunque es importante. Polibio dice que se hizo “muchos años antes de la época de Aníbal”, pero no queda claro si “la época de Aníbal” se refiere a cuando llegó al poder en el año 221, o a cuando se indispuso con Sagunto un año después, aproximadamente. Eso no es tan importante como determinar el sentido de “muchos años antes”,<sup>62</sup> porque quisiéramos saber si Roma se asoció con Sagunto antes o después del tratado del Ebro en el año 226. Si sucedió antes, es difícil explicar por qué los romanos no lo mencionaron allí. Obviarlo implicaría que Roma abandonaba a su cliente. Si, por otro lado, el acuerdo se realizó después del tratado del Ebro, en el año 224 o 223, significaría que los romanos estaban, deliberadamente, desafiando a Aníbal, en contravención del derecho cartaginense implícito de hacer lo que quisieran al sur del Ebro.

No se excluye ninguna de las interpretaciones, pero la primera es la preferible, no sólo porque se ajusta mejor al lenguaje de Polibio, sino también porque es coherente con las acciones de los participantes. Asumamos que los romanos estuvieron de acuerdo en incorporar a Sagunto a sus *fides* antes del año 226. Les deben haber pedido que resolvieran la disputa entre las facciones, como hicieron en el 220, o impedir el avance de Asdrúbal y de sus fuerzas. Los romanos hubieran aceptado la solicitud, en parte para com-

placer a sus aliados masilienses y en parte para vigilar el creciente poder de Cartago. La relación cliente-patrón no los obligaba a involucrarse, pero les ofrecía los motivos para hacerlo si lo juzgaban necesario. Era una típica asociación romana, utilizada muchas veces en el pasado, y no implica un interés romano en España *per se*.

En el año 226, los romanos, en su ansiedad, no dudaron en ignorar esta asociación para hacer el tratado del Ebro. Sagunto, sencillamente, no tenía importancia ante una inminente guerra celta. Si a los romanos les importaba algo la ciudad, deben de haber considerado que podían prescindir de ella, al igual que de las colonias masilienses al sur del Ebro. Para los cartaginenses, por otro lado, era razonable pensar que si Roma abandonaba a Sagunto, eso formaba parte de la concesión implícita en el tratado. Hubieran considerado que los saguntinos ya no se encontraban bajo la protección romana. A los saguntinos les interesaba, por otro lado, actuar como si todavía fueran amigos y clientes de Roma. Estas diversas interpretaciones facilitan la comprensión de los acontecimientos de los años 220-218.

#### LA CRISIS

En el 221 o 220 estalló una disputa entre facciones de Sagunto sobre relaciones con una tribu vecina.<sup>63</sup> Una de las facciones quería convocar a los cartaginenses para que mediaran, la otra, a los romanos. Parece que la incierta política de Roma había dado lugar a esta división interna, ya que cada parte especulaba si Roma reanudaría o no su asociación y protección. La facción romana se impuso, y los romanos llegaron y ejecutaron a los líderes del partido púnico. Los romanos no dudaron en comportarse como los patronos de Sagunto, sin tener en cuenta el tratado del Ebro. Por implicación, deben haber estado dispuestos a abandonar a los saguntinos cuando los celtas presionaron, pero libres de esa amenaza, escogieron reafirmar su patronazgo. Aníbal, aún, no emprendió ninguna maniobra. Polibio nos narra que el consejo de su padre había sido que se mantuviera alejado de Sagunto “con la intención de no proporcionar a los romanos ningún pretexto declarado para la guerra”<sup>64</sup>, y trató de seguir ese consejo.

Los triunfadores en Sagunto tenían razones para pensar que su victoria no era permanente y que su posición era precaria mientras que Aníbal y su ejército estuvieran en los alrededores y los romanos no se comprometieran abiertamente con España, con sus tropas distantes. Por eso, “siguieron enviando embajadores a Roma, en parte porque preveían lo que se aproximaba y temblaban pensando en su propia existencia y en parte para que los romanos estuvieran bien al tanto del creciente poder de los cartaginenses en Iberia”.<sup>65</sup> Durante algún tiempo,

los romanos no prestaron ninguna atención pero, finalmente, posiblemente en el otoño del año 220, enviaron embajadores “para investigar el informe”.<sup>66</sup>

Encontraron a Aníbal en Cartago Nova, de regreso de una exitosa campaña. Sus instrucciones eran claras, no solamente hacer una indagación; le dijeron “que se mantuviera lejos de Sagunto, ya que estaba bajo sus *fides*, y que no cruzara el Ebro, como se había acordado en la época de Asdrúbal”.<sup>67</sup> Los escritores de la antigüedad no dicen por qué los romanos escogieron este momento para hacerle caso a los saguntinos, ni tampoco explican cuáles eran las intenciones de Roma.<sup>68</sup> Algunos académicos piensan que enviar una embajada fue sólo un pequeño paso en la política de Roma, que no estaba realmente interesada en España.<sup>69</sup> Se dieron por enterados, al fin de cuentas, sólo después que desatendieron muchas advertencias previas, y dejaron que pasara mucho tiempo. Lo que realmente movilizó a los romanos fue la aseveración de los saguntinos de que su seguridad peligraba. Entonces, “la credibilidad de los *fides* romanos estaba en juego; y podía ponerlos en una situación embarazosa ante muchos si el resto del mundo veía que el único amigo de Roma en España se enemistaba con Aníbal, mientras que el Senado continuaba manifestándose sin interés sobre los asuntos españoles e ignoraba las implicaciones morales de su *amicitia*. Tanto las políticas prácticas como el código de conducta del Senado coincidieron en que era necesario prevenir que ocurriera una situación así”. La misión que envió el Senado tenía una mentalidad abierta y estaba preparada para aceptar las garantías de Aníbal. Los embajadores “eran lo suficientemente corteses, aun cuando estaban dotados de más con la *gravitas* romana”. Sólo le recordaron a Aníbal que Sagunto todavía se encontraba bajo protección romana y que él estaba comprometido por el tratado del Ebro de Asdrúbal. Nada más estaban exponiendo los hechos y no veían ninguna razón para que Aníbal se ofendiese: “los *legati* romanos [embajadores], naturalmente, no podían explicarle en detalle a Aníbal la delicada naturaleza de la obligación moral de Roma con Sagunto, que el Senado no tenía un interés auténtico en intervenir y que, en realidad, le estaba pidiendo a Aníbal que lo ayudara a salir de una situación difícil al permitir que el mundo viera que los *fides* funcionaban”.

Seguramente, enviar una embajada representaba un pequeño paso en el interés de Roma por involucrarse. Aníbal podía, perfectamente, interpretar mal las intenciones romanas cuando reconsideró la historia de la protección que le dio Roma a sus amigos y aliados en Italia, Sicilia y Cerdeña. Puede haber entendido las afirmaciones de Roma que protegería a Sagunto como la brecha que iniciaba una campaña para desafiar el imperio de Cartago en España, al igual que reclamaciones similares habían conducido a la expulsión de Cartago de Sicilia y de Cerdeña. Los romanos no tenían esa intención, pero fue un “malentendido trágico, aunque totalmente comprensible. De aquí en adelan-

te, Aníbal se comportó como si la guerra fuera inevitable, como si la *legati* hubiera traído un ultimátum inaceptable”.

Algunos han adoptado un punto de vista menos indulgente sobre las motivaciones de los romanos y ven la acción de Roma como un paso en una política de agresión activa en la que las riquezas españolas serían el premio. “Roma comenzó a utilizar a Sagunto como instrumento para quebrantar el poder púnico al sur del río y para debilitar el control de Cartago sobre la riqueza envidiable de España.”<sup>70</sup> Pero, debe señalarse, no existe una prueba directa que sustente tal aseveración. Incluso el crítico más categórico, que considera a Roma como un poder imperial depredador, acepta que la avaricia, de algún tipo, puede ser sólo una parte de una explicación completa sobre el comportamiento de Roma. “Esperanzas de gloria, poder y riquezas, junto con la tendencia a reaccionar con las armas ante los adversarios extranjeros, se combinaban con lo que se entendía como las necesidades de la defensa.”<sup>71</sup>

Ninguna de las interpretaciones extremas parecen ser adecuadas. Los romanos no estaban utilizando la situación en Sagunto como un pretexto para comprometerse en contra de Aníbal y su Imperio Español. No trajeron tropas ni hicieron preparaciones militares. Acontecimientos posteriores demostrarían que era inexistente un plan de agresión. Por otro lado, los romanos no estaban obligados a tomar ningún tipo de acción en defensa de sus *fides* en el año 220. Aníbal, ni había atacado a Sagunto ni los había amenazado, en ese momento. En vez de eso, habían mantenido su paz, incluso cuando los romanos se involucraron y castigaron a sus amigos de Cartago en la ciudad. Hubieran podido, perfectamente, esperar algún gesto hostil antes de sentir alguna preocupación legítima relacionada con su reputación o prestigio. Fueron ellos los que tomaron la iniciativa de causar dificultades en la parte sur del Ebro, no tanto con su arbitraje en Sagunto como por el envío de la embajada a Aníbal. La embajada no estaba realizando una investigación cortés al lanzar una advertencia severa. Por el beneficio de sus aliados, su propio prestigio y su interés por el creciente poder de Cartago en España, los romanos estaban reafirmando ostentosamente su autoridad y poniendo a prueba al nuevo líder cartaginense. Sin duda, esperaban que respondiera como lo había hecho Amílcar en el año 231, con suavidad, manteniéndose apartado de Sagunto y conceder, a través de su conducta y sus acciones, un respeto púnico hacia Roma.

Pero la situación que enfrentaba Aníbal era diferente a la que su padre había tenido que encarar una década antes. En el año 231 los romanos sí realizaron una investigación, recibieron una respuesta y se fueron a casa. No habían presentado ninguna demanda, emitido ninguna orden, amenazado, ni directa ni implícitamente. Amílcar podía continuar libremente su expansión a España. En el 220, sin embargo, a Aníbal lo acosaron con demandas, órdenes y amenazas. Si las aceptaba tranquilamente, cuando se supiera que lo había hecho, su

prestigio personal disminuiría y, también, el honor y el prestigio de Cartago en España. Eso tendría consecuencias tanto materiales como emocionales. Sagunto se estimularía para molestar a las tribus aliadas o sojuzgadas por los cartagineses, como ya podían estar haciendo,<sup>72</sup> y otros podían seguir su ejemplo, pensando que Roma los protegería. La disminución del prestigio de Cartago tendría el efecto de reducir su poder y seguridad, mientras que el Imperio Español comenzaba a desenmarañarse, socavado por la humillación que Roma le había propinado a Cartago y a su comandante español.

Incluso sin creer que los romanos estaban planeando una intervención más completa y activa en España, Aníbal tenía razones para estar alarmado. Además, si recordaba la historia de las relaciones de Roma con Cartago, podía muy bien pensar que la embajada era sólo el primer paso que llevaría a la expulsión de su ciudad y de sus fuerzas de España, como había sucedido en Sicilia. Aníbal no interpretó mal el significado de la acción de Roma. Si había algún malentendido era de parte de los romanos, que debían haber sabido lo difícil que le iba a resultar a cualquier líder púnico aceptar su mensaje insultante con tranquilidad, el cual, entre otras cosas, tenía el efecto de anular unilateralmente el tratado del Ebro, como debieron entenderlo los cartagineses, y tenían el derecho de entenderlo así. También juzgaron mal a Aníbal, quien era el que menos se esperaba que aceptara el insulto y sus implicaciones prácticas.<sup>73</sup>

Respondió a los embajadores “con todo el calor de la juventud, encendido de ardor marcial, por los éxitos recientes y su acendrado odio por Roma”.<sup>74</sup> Recordando el arbitraje de Roma en Sagunto, los acusó de estar utilizándolo como pretexto para matar a algunos de los ciudadanos más prominentes. Respondiendo con los argumentos del honor y de la *noblesse oblige* a los supuestos defensores de los *fides*, les dijo que Cartago no permitiría una acción tan traicionera “porque formaba parte de la política tradicional de Cartago proteger a todas las personas que habían sido tan injustamente castigadas”.<sup>75</sup> Ésta no era solamente la amarga respuesta de un joven airado; también establecía una nueva política y postura hacia los romanos. Equivalía a un rechazo a la subordinación y a una afirmación de igualdad. Desde su derrota en la Primera Guerra Púnica, a Cartago y a sus líderes los habían obligado a recibir órdenes de Roma o a enfrentar consecuencias inaceptables. Aníbal, ahora, se proponía iniciar un rumbo independiente, al menos en España, libre de la interferencia y de las órdenes de Roma.

Para lograr este objetivo necesitaba el apoyo del gobierno de casa, por lo que pidió instrucciones a Cartago “ya que los saguntinos, confiados en su alianza con Roma, estaban maltratando algunos de los pueblos sometidos a Cartago”.<sup>76</sup> Lo que Aníbal estaba realmente preguntando era si los cartagineses estaban preparados para arriesgarse a ir a una guerra contra Roma para defender su imperio en España. Era, sin embargo, un alto riesgo, porque el informe



de Roma no sugería que se sentaría indolentemente mientras que un Estado que había acogido en sus *fides* era atacado.

Aníbal debe de haber recibido un fuerte respaldo de los suyos, porque en la primavera del año 219, quizás en abril o en mayo, sitió a Sagunto. Polibio cuenta las razones que tuvo Aníbal para lanzar su ataque: los romanos contaban con utilizar a Sagunto como su base de operaciones y esperaban combatir en España; al tomar la ciudad, Aníbal los privaría de la base y de la posibilidad de combatir tan lejos de Italia; el miedo que inspiraba su dureza consolidaría su imperio en España. La riqueza que obtendría al arrebatarles la ciudad proporcionaría fondos para su proyectada campaña en contra de Roma, estimularía a sus tropas, que recibirían su parte, y ganaría apoyo en Cartago cuando enviara el resto del botín a casa.<sup>77</sup>

Todo esto sugiere que Aníbal ya había decidido ir a la guerra en contra de Roma, que su ataque a Sagunto no fue una de las causas del conflicto sino su primera acción y no podemos estar seguros de que Polibio y la tradición apologética romana están equivocados al hacer esa afirmación. Las probabilidades eran que un ataque a Sagunto provocaría la represalia de Roma y el comienzo de la guerra. Si, en todo caso, se iniciaba, sería mejor privar a los romanos de Sagunto y lanzar un ataque a Italia, pero aquí surge un problema. El sitio a Sagunto demoró ocho meses en completarse y no existe ninguna razón para que Aníbal pensara que podía apoderarse de la ciudad antes. Tenía razón para calcular que las noticias de la agresión provocarían que llegara, enseguida, un ejército romano a España, lo que impediría realizar su estrategia de una marcha rápida a través de la Galia hacia Italia. Emprendería una guerra en España, sin ninguna probabilidad de obtener apoyo de los celtas a través de los Pirineos, y mucho menos de interrumpir la confederación italiana de Roma. Por estas razones parece ser que él no intentaba comenzar la guerra con un sitio a Sagunto. En vez de eso, estaba poniendo en evidencia a Roma, afirmando la validez del tratado del Ebro y el derecho de Cartago de expandirse hasta el río, contando seriamente con la posibilidad de que Roma podría no responder.

Durante los ocho meses que duró el sitio, de hecho, los romanos no actuaron. Ya que hacía tan poco tiempo que habían dejado claro que Sagunto estaba bajo su protección y le advirtieron a Aníbal que no lo hiciera, ¿por qué no defendieron a su cliente? La respuesta más sencilla es que estaban ocupados en otro lugar. En el año 219 ambos cónsules estaban al frente de ejércitos en Iliria, en la costa este del Adriático, donde ciudades que se encontraban bajo la protección de Roma fueron atacadas por un tal Demetrio de Faros. Había sido cliente de los romanos, “pero había desarrollado un desdén por su poder, cuando lo vio amenazado, primero por los galos y después por Cartago”, y contaba entre sus conexiones con el poderoso reino de Macedonia para estar protegido. Este fue precisamente el tipo de preocupación que había causado

que le prestaran atención a Aníbal, pero consideraron a Demetrio como la amenaza más cercana y peligrosa por lo que enviaron a los dos cónsules a combatirlo, “convencidos de que tendrían tiempo suficiente para corregir los errores de los de Iliria y reprochar y castigar la temeridad e ingratitud de Demetrio”.<sup>78</sup> Se ha señalado, sin embargo, que Roma hubiera podido formar otro ejército, comandado por un procónsul, y enviarlo a España, al recibir las noticias del sitio, “pero posiblemente sus líderes habían supuesto, con complacencia, que sus advertencias eran suficientes”.<sup>79</sup>

Eso podría explicar la decisión inicial de enviar ambos cónsules a Iliria y ninguno a España, pero no aclara por qué no se movilizaron tropas adicionales para socorrer a Sagunto. La explicación más plausible es que había opiniones divididas dentro del Senado romano. Reclutar un tercer ejército hubiera sido un paso inusual, algo reservado para una decisión emergente, ¿pero por qué tenían que pensar los romanos que había posibilidad de una emergencia? Aníbal no poseía una flota, sin embargo, la Primera Guerra Púnica pareció demostrar que el poder naval era esencial para la victoria. Todavía los romanos no tenían idea del plan de Aníbal, audaz hasta el extremo de la imprudencia, de marchar por tierra hacia Italia. El mismo hecho del sitio, como hemos visto, lo ataba a España, y hacía suponer que habría mucho tiempo para ocuparse de él después de que los cónsules hubieran completado su campaña contra Demetrio. Algunos senadores, además, pueden haber pensado que no valía la pena esforzarse por Sagunto. Incluso si caía bajo el control de Aníbal todavía le quedaría el sur del Ebro, en donde los romanos, después de todo, le habían permitido estar. Aníbal no podría convertirse en una amenaza mayor que la que habían representado Amílcar y Asdrúbal. Había problemas más importantes cerca de casa, y mucho tiempo para ocuparse de Aníbal. En algún momento entre diciembre del año 219 o enero del 218 cayó Sagunto. La noticia no puede haber llegado a Roma después de mediados de febrero, quizás antes, y los cónsules romanos no salieron a asumir sus mandos contra Cartago hasta finales de agosto del 218.<sup>80</sup> En ese intervalo, los romanos enviaron una embajada a Cartago para presentar un ultimátum, pero independientemente del momento en que eso ocurrió, los romanos dejaron pasar un tiempo, sorprendentemente largo, antes de decidirse a actuar. Polibio insiste, con inusual firmeza y argumentos, que no hubo debate en Roma cuando llegó la noticia de la caída de Sagunto, pero el Senado envió inmediatamente la embajada a Cartago para que entregara su ultimátum. En esta ocasión puede haberse equivocado, porque aunque no se da por enterado de la demora, o no la explica, los debates se reportaron, tanto por fuentes pro romanas como pro cartagineses.<sup>81</sup> El Senado, además, tenía qué decidir qué lenguaje iba a utilizar en el ultimátum, la descripción de la ofensa y cuál debía ser la satisfacción. Todo esto requeriría discusión y, seguramente, provocaría debate. Uno de los puntos debe haber sido si se limi-

taba la respuesta a un ataque a Aníbal en España y, entonces, negociar una paz después de su derrota, o si se lanzaban a la destrucción de todo el poderío de Cartago. Los escritores de la antigüedad no reportan esa polémica, pero la última posición debe haberse impuesto, como aclara el ultimátum. Entonces el debate se centró en qué acción específica debía tomar Roma. Un destacado senador propuso declarar la guerra inmediatamente y enviar ejércitos consulares a España y a Cartago, mientras que otro más cauteloso propuso mandar una embajada exigiendo la abdicación y rendición de Aníbal.<sup>82</sup> Aníbal tenía opositores políticos en Cartago, pero era poco probable que los cartaginenses se sometieran a la demanda romana. Quizás era la misma idea que tuvieron los espartanos en el año 432 cuando exigieron expulsar a Pericles como condición para la paz.<sup>83</sup> En cada caso no se esperaba que la demanda se cumpliera, pero el plan era desacreditar su objetivo, convertirlo en el tema y en la causa aparente de los problemas de la ciudad y, por tanto, crear un desorden político y división en el campo enemigo.

Se adoptó la última proposición, por lo que los romanos enviaron una embajada a Cartago compuesta por cinco hombres distinguidos, que incluía a los dos cónsules del año anterior, a exigir la rendición de Aníbal y de su equipo.<sup>84</sup> Los cartaginenses escucharon irritados el ultimátum, pero respondieron con un razonamiento de su caso. Se basaba en la lectura del tratado, que ponía fin a la Primera Guerra Púnica, el cual nunca mencionaba España pero garantizaba seguridad a los aliados de ambas potencias. Al leer el tratado en voz alta, señalaron que Sagunto no era un aliado romano en ese momento y, por tanto, no estaba protegido. Era una interpretación plausible, pero no la única. El tratado no impedía que las partes incorporaran nuevos aliados, y difícilmente podía esperarse que cada una de ellas pudiera atacar libremente los nuevos aliados de la otra con impunidad.<sup>85</sup> Las legalidades, de hecho, no eran el asunto a tener en cuenta. Los cartaginenses, realmente, insistían en tener la libertad de hacer lo que quisieran en España. Se referían a *toda* España, porque también rechazaban la legalidad del tratado del Ebro aceptado por Asdrúbal, pues reclamaban que no había sido ratificado por el gobierno en Cartago.<sup>86</sup> Esto no tenía el propósito de ser el comienzo de la negociación sino una declaración desafiante.

Los embajadores romanos rechazaron totalmente las discusiones legales. Mientras que Sagunto todavía era libre y no había sido dañado, existía la posibilidad de hablar sobre temas legales, justificaciones y resolver el asunto mediante la discusión, pero ahora que había sido tomado a la fuerza, los cartaginenses tenían sólo dos opciones: entregar a los culpables como prueba de que sus acciones no habían sido aprobadas por Cartago, o enfrentar la guerra. Los embajadores no escucharían más argumentos; el miembro más antiguo entre ellos señaló hacia los pliegues de su toga y dijo que entre ellos se encontraban la guerra y la paz. La dejaría caer y les daría lo que ellos escogieran. El Sufete de los

cartaginenses le contestó que dejara caer lo que él quisiera. Cuando el embajador romano dijo que sería la guerra, muchos de los senadores cartaginenses gritaron juntos: "¡Lo aceptamos!".<sup>87</sup> Se había declarado la guerra.

## LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Aníbal, por supuesto, contaba con el estallido de la guerra y ya se había puesto en contacto con las tribus celtas en Galia y en el norte de Italia. Sin embargo, no partió enseguida hacia Italia. En vez de eso, abandonó Cartago Nova en la primavera, quizás en abril o mayo, cruzó el Ebro y obtuvo el control de la mayoría del territorio que se extendía desde allí hasta los Pirineos. Necesitaba que ese primer tramo de su recorrido fuera seguro pero, probablemente, estaba tratando de ocultar su intención. Si fue así, tuvo éxito, porque los romanos enviaron sus dos ejércitos al mar, a Sicilia, en su camino hacia Cartago uno, y hacia España, el otro, sólo que a finales de agosto. En septiembre, Aníbal estaba en el Ródano, y las tropas romanas, que se dirigían a España, desembarcaron en la boca del río demasiado tarde para detenerlo. Ya en octubre estaba en Italia, listo para emprender la serie de victorias en el campo que casi derrocan a Roma y que mantendría a los romanos combatiendo por más de dieciséis años.

Desde la antigüedad hasta nuestros tiempos, los historiadores han debatido sobre quién tuvo la responsabilidad del enfrentamiento. La tradición apologética romana se esforzó en culpar a Cartago, a la cólera de los bárcidos y al juramento de Aníbal. Desde esa perspectiva, es una guerra de venganza y era inevitable después del fin de la Primera Guerra Púnica en el año 241. La revisión de Polibio de ese punto de vista provoca una valoración diversa. Él, también, cree que la cólera de los bárcidos y el juramento de Aníbal deben tenerse en cuenta, pero culpa al comportamiento injusto de Roma, cuando se apoderó de Cerdeña en el año 238, de provocar el enardecimiento de los cartaginenses y lanzar a Amílcar y a sus sucesores al camino de la venganza. También vio la guerra como algo inevitable, pero sólo después del año 238.

Un estudio académico moderno, sin embargo, ha planteado interrogantes con relación a estas evaluaciones de la antigüedad. Parece ser que los romanos violaron, al menos, el espíritu del tratado del Ebro. Los apologistas romanos inventaron una cláusula en el tratado en la que se garantizaba la independencia de Sagunto y en ocasiones se expresaban como si los saguntinos se encontraran al norte del Ebro,<sup>88</sup> y por tanto, acusaban a Aníbal de romper el tratado cuando atacó Sagunto. Todo esto sugiere que los romanos se sintieron culpables con relación a su propio comportamiento. También existen dudas sobre la cólera de los bárcidos y el juramento de Aníbal el cual, si no es un invento

de los apologistas romanos, puede haber sido ideado por Aníbal para convencer al rey Antíoco de su fiabilidad en contra de Roma.

No reconocer la cólera y el juramento implica una disminución de la responsabilidad de Cartago. Es posible ver su comportamiento, totalmente, como una reacción defensiva. Después de la primera guerra, los cartaginenses sólo buscaron recuperar su seguridad y prosperidad, y ése era su único motivo para expandir su imperio en España. El fracaso de los bárcidos para construir una flota puede implicar que no tenían planes de ir a una guerra en contra de Roma. Las moderadas respuestas de Amílcar y Asdrúbal a los sondeos romanos sugieren lo mismo. Desde este punto de vista, el ataque de Aníbal a Sagunto no violó ningún acuerdo y se justificaba a partir de cualquier análisis justo que se hiciera del tratado del Ebro. En cualquier caso, era una respuesta a una provocación intolerable de Roma.

Puede argumentarse también de la otra forma. Polibio, que conocía a los cartaginenses y también las fuentes de información de los romanos y no era un simple apologista de Roma, creyó en el juramento de Aníbal, al igual que el rey Antíoco. Los cartaginenses tenían muchos motivos para odiar a Roma después de que se apoderara de Cerdeña y del incremento de la indemnización por la guerra. Los bárcidos también podían haber sentido un resentimiento especial, porque Amílcar se vio forzado a rendirse con un ejército invencible cuando el suelo cartaginense todavía no había sido conquistado. Pudieron sentirse traicionados por un gobierno local que había hecho una paz con la intención de preservar la dignidad de Cartago pero que los dejaba indefensos para impedir que los romanos le hicieran ajustes insultantes. Los cartaginenses eran un pueblo valiente con un alto sentido de su honor, acostumbrados durante siglos a gobernar a otros. El comportamiento arrogante de los romanos puede haber hecho que muchos cartaginenses, no sólo los aguerridos bárcidos, pensarán en la venganza.

La expansión del Imperio Púnico en España pudo haber tenido más de un propósito, pero fue un paso esencial hacia cualquier guerra de venganza en contra de Roma. Proporcionó dinero, soldados y un campo de batalla en el que generales hábiles podían entrenar y endurecer un ejército capaz de desafiar a los romanos. La decisión de no construir una flota no demuestra necesariamente intenciones pacíficas, porque la estrategia de Aníbal no requería ninguna. Planeó una entrada rápida en Italia, agrupando aliados en la Galia y en Italia mientras avanzaba, utilizando en su beneficio el elemento sorpresa y destruyendo la confederación romana mediante una serie de batallas rápidas, devastadoras y decisivas. Construir una flota hubiera sido un gran error porque hubiera alarmado a los romanos y hubiera provocado un ataque antes de que los cartaginenses hubieran estado listos para pelear, en España, no en Italia. Las respuestas moderadas deben verse como maniobras tácticas para posponer el

conflicto hasta que Cartago estuviera listo para la guerra. Aníbal conocía perfectamente que Sagunto estaba bajo protección romana cuando atacó, y debía haber sabido que los romanos no tolerarían su acción. Antes de que pudiera comenzar su marcha sobre Italia, necesitaba destruir la base que Roma planeaba utilizar en su contra en España. Ese ataque fue el primer acto de guerra y, sin embargo, los romanos, que se encontraban ocupados y divididos, se demoraron un año para responder, dándole tiempo a Aníbal para llevar la guerra a la tierra de ellos.

Aunque hay cierto mérito en ambas partes del argumento, es difícil que no recaiga la mayor responsabilidad sobre los romanos. No se los puede culpar por ganar la primera guerra, y el primer tratado que ofreció Lutacio fue generoso. Cuando el pueblo romano se negó a ratificarlo, sin embargo, y elevaron la indemnización, sembraron las semillas para un nuevo resquemor. Cuando pisotearon a los indefensos cartaginenses en el año 238, lo único que lograron fue más resentimiento en el futuro. Cada vez que aceptaban a Sagunto bajo su protección, provocaban más recelo y suspicacia entre los cartaginenses. Su intervención en los asuntos de esa ciudad era una violación del mismo acuerdo que le habían impuesto a Asdrúbal. Su advertencia a Aníbal fue una amenaza a la posición cartaginense en España y una provocación. Legal y moralmente, la principal responsabilidad de la guerra era de ellos.

Desde un punto de vista práctico, su política en el intervalo de las guerras es todavía más criticable. No tenemos que simpatizar con los romanos o con su postura para ver que querían la paz, porque fue la que habían establecido y respondía a sus intereses. Si hubieran querido destruir a Cartago o dañarla en menor grado, hubo muchas oportunidades en que hubieran podido hacerlo fácilmente. Ellos tenían, sin duda, la responsabilidad de mantener la paz, porque sólo ellos tenían el poder para hacerlo; en vez de eso, su política, estrecha y confusa, ayudó a provocar una guerra que casi los destruye. Al imponer una paz más dura de la que se propuso primero en el año 241 y, después, al hacer nuevamente lo mismo y apoderarse de Cerdeña en el 238, los romanos fomentaron un rencor y una hostilidad inevitables sin desarmar realmente a sus adversarios derrotados. Ésa es la forma mejor y más segura de provocar una guerra vengativa en algún momento en el futuro. Quizá los romanos debieron apaciguarse y aplacar a los cartaginenses mediante una política calculada, aunque después del año 238 puede haber sido ya muy tarde. En todo caso, los romanos no intentaron hacerlo. Tampoco dieron todos los pasos necesarios para prevenir una guerra de venganza. Permitieron que Cartago recuperara su fuerza al establecer un gran imperio en España. Presionados por peligros en todas partes, trataron de contener a Cartago a partir de su debilidad mediante el tratado del Ebro, probablemente estimulando a aquellos que pensaban en desquitarse. La asociación con Sagunto era una disposición a medias, en la que

acordaban dejar a Cartago solo y comprobar el crecimiento de su poderío. Involucraba el honor y el prestigio de Roma sin realizar el compromiso fuerte que hubiera podido hacer que los cartaginenses vacilaran. Menos aún adoptaba las medidas prácticas que hubieran desalentado la guerra. En su lugar, la relación con Sagunto molestó más a los cartaginenses y colocó la política de Roma, en un grado considerable, en manos de los saguntinos.

La advertencia a Aníbal fue otro error. Lo puso sobre aviso de que los romanos se interpondrían en su camino y le ocasionarían problemas. Sin duda, aumentó su ira y le hizo decidir que había llegado el momento de lanzar su ataque. No logró, sin embargo, impedir que se apoderara del pueblo, cuya posesión le hubiera permitido a los romanos obstaculizar la invasión de Aníbal a Italia. Recuerda el error cometido por los atenienses en el invierno de los años 433-432, cuando le ordenaron a Potídea derribar las murallas que tenían en dirección al mar.<sup>89</sup> En cada caso, si se entendía que la exigencia era necesaria, debía venir acompañada de una fuerza militar para hacerla efectiva. En vez de eso, cada exigencia provocó una fuerte reacción que le costó muy caro a los demandantes. Si los romanos pensaron que debían advertirle a Aníbal que se alejara de Sagunto, debieron enviar una guarnición al pueblo. Esto hubiera desalentado el ataque; si eso fracasaba, hubiera salvado a la ciudad; si no, la presencia de una guarnición romana sitiada seguramente hubiera hecho que viniera un ejército romano a España antes que Aníbal pudiera lanzar su ataque sorpresivo sobre Italia. Sin una guarnición, el hecho de que Roma no enviara un ejército en cuanto supo que Sagunto estaba sitiado fue otro error que le permitió a Aníbal tomar la iniciativa. Ya sea porque sus medidas incompletas y su inmovilidad las causaron la indecisión, la discordia interna, el descuido, la falta de perspectiva e imaginación, la complacencia arrogante, o todas juntas, el hecho cierto es que trajeron como consecuencia serios y costosos errores para la conservación de la seguridad de Roma y para el mantenimiento de la paz.

Cualesquiera que hayan sido las razones, en el intervalo de las guerras, Roma siguió una política mal concebida, reactiva, confusa, contradictoria y que fue la responsable de provocar una guerra bajo las condiciones más desfavorables y peligrosas. Los romanos querían impedir que Cartago aumentara demasiado su poderío y amenazara el *status quo* que convenía a sus intereses. Simultáneamente, no querían realizar un compromiso militar con España. Dadas las actitudes cartaginenses, que los propios romanos habían provocado, no era posible limitar el poderío cartaginense y, al mismo tiempo, no adoptar una acción efectiva en España. Los romanos se desentendieron y entonces tomaron decisiones inadecuadas para lograr su objetivo.

Después del año 238 era inevitable algún tipo de conflicto. Con excepción del momento de la invasión gala a Italia, los romanos podían haber aplastado al Imperio Púnico en España cuando quisieran o, al menos, hubieran podido

poner límites severos a su expansión y crecimiento. Incluso ya en el año 222, un claro compromiso militar con Sagunto podía haber desalentado la guerra y, sin dudas, hubiera prevenido otra invasión a Italia. Otra estrategia hubiera podido darle Sagunto a Cartago, pero controló el poderío cartaginense mediante una política de contención. Eso hubiera requerido colocar un ejército romano al norte del Ebro y mantenerlo allí como límite a la expansión púnica y obstaculizar así su ambición. Habría sido una novedad desagradable y costosa, pero se presentaba como una buena oportunidad para prevenir la guerra y, mejor aún, para limitarla a España, si estallaba. En su lugar, los romanos siguieron una política que era, al mismo tiempo, demasiado dura y demasiado suave, poco clara, autoengañosa y, por tanto, peligrosa. No dispuestos a comprometerse clara y firmemente a defender, al precio que fuera necesario, la paz que querían mantener, tuvieron que pagar el precio de una guerra larga, sangrienta, costosa, devastadora y casi fatal.



#### IV LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL 1939-1945<sup>1</sup>

**L**a invasión alemana a Polonia el 1 de septiembre de 1939 inició un conflicto mucho más terrible y destructivo que el que provocó la Gran Guerra de 1914-1918. Esta Segunda Guerra Mundial fue más global, porque ocurrieron violentas batallas, tanto en Europa como en África y Asia, y los pueblos de todos los continentes se involucraron, de una forma o de otra. Las bajas en los combates fueron enormes, incluso mayores que las grandes pérdidas que ocurrieron en la primera, y la agresión a los civiles no tuvo precedentes. Los bombardeos masivos aéreos a las ciudades fueron algo común y concluyeron con el uso de las nuevas y terroríficas armas nucleares contra Japón en 1945. Hitler en Alemania trató brutalmente a los pueblos conquistados y él y Stalin, en la Unión Soviética, le hicieron la guerra, en sus propios países, a poblaciones escogidas. El costo de esta guerra mundial, en vidas y propiedades, fue incluso mayor que el de la primera y trajo como consecuencia el fin del dominio europeo del mundo, colocando a las naciones que la componían en manos de dos inmensas potencias que no eran, en su mayoría, europeas.

Al igual que la guerra de Aníbal, la Segunda Guerra Mundial surgió a partir de errores en la paz que le precedió y en el fracaso de los vencedores para alterar o defender atenta y enérgicamente los acuerdos que habían impuesto. La historia de sus orígenes comienza, por tanto, en la forma en que terminó la Primera Guerra Mundial.

#### EL FIN DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

En marzo de 1918, el nuevo gobierno soviético de Rusia abandonó la guerra, librando a las Potencias Centrales, al fin, del peso que representaba un conflicto en dos frentes. Pero los alemanes habían sufrido bajas terribles, y su producción agrícola e industrial se había reducido seriamente. La desertión de Rusia de la coalición aliada, además, se equilibró rápidamente por la entrada, en su lugar, de los Estados Unidos de América. Los estadounidenses enviaron cientos de miles de tropas frescas y bien equipadas a Francia y los enormes recursos económicos del continente americano llegaron en grandes cantidades para respaldar a las extenuadas fuerzas francesas e inglesas. La respuesta alemana

fue lanzar un último ataque de todo o nada en el frente occidental ese mismo mes que provocaría una rápida victoria o el fin de la capacidad de Alemania para continuar luchando.

Los aliados evaluaron el ataque alemán y se lanzaron a la ofensiva. Antes de que pudieran penetrar el frente occidental, sin embargo, el desplome de los ejércitos de las Potencias Centrales en los Balcanes obligó a los alemanes a buscar la paz. El general Erich von Ludendorff, el eficaz comandante del Ejército alemán y virtual dictador de Alemania, le dijo a su gobierno que “la condición del ejército exige un armisticio inmediato para evitar la catástrofe”. Instó a que se acercaran al presidente Woodrow Wilson de los Estados Unidos lo antes posible para que comenzaran las negociaciones de paz sobre la base de sus Catorce Puntos. Recomendó el establecimiento de un gobierno más representativo y liberal, por una parte, porque pensaba que sólo un régimen así podría lograr una paz aceptable o unir a la nación para oponerse a una paz inaceptable y, por otra, también, para culpar de la derrota de Alemania, no a los líderes militares y a sus aliados políticos, sino a los partidos democráticos que formarían el nuevo gobierno. “Dejemos que ellos concluyan la paz que ahora tendrá que terminarse”, le dijo al kaiser, que aprobaba su posición.<sup>2</sup>

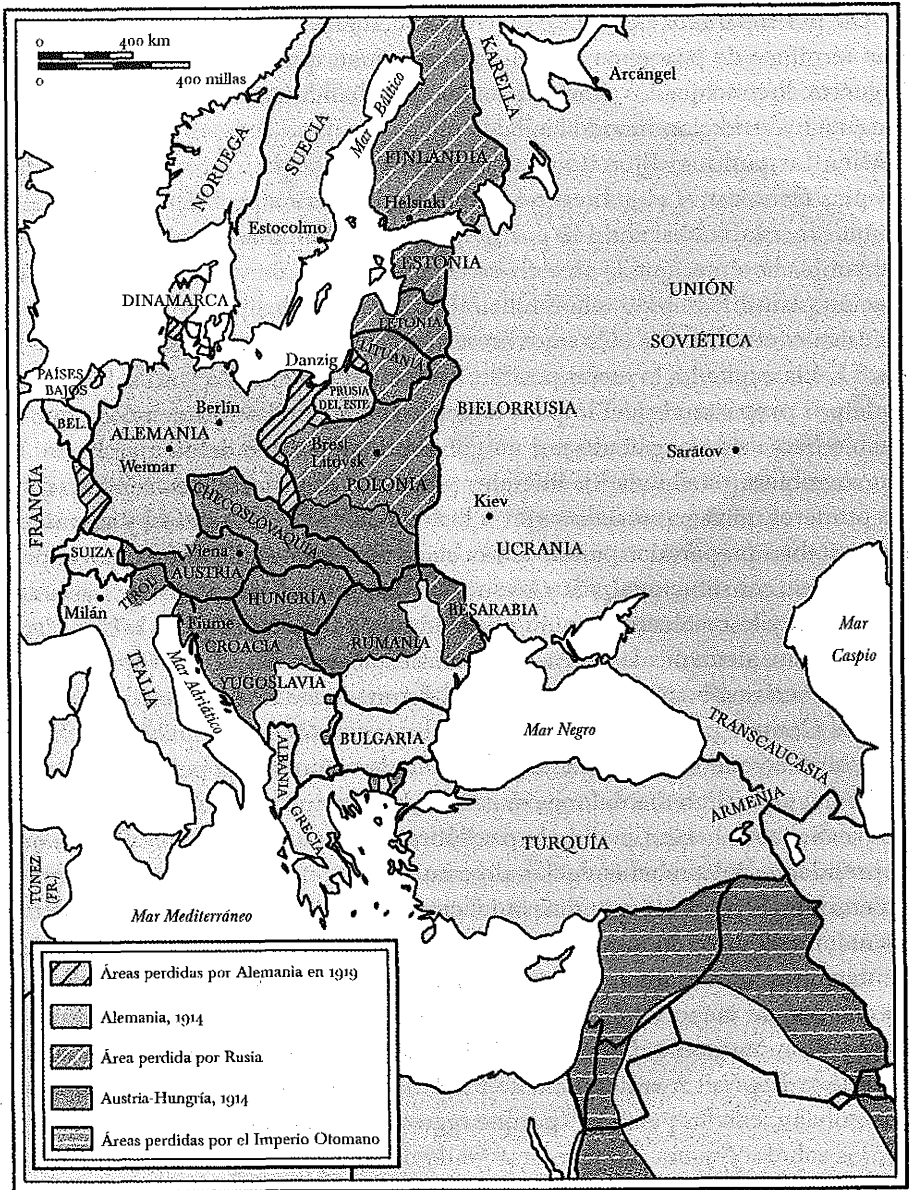
El 3-4 de octubre el nuevo gobierno solicitó un armisticio. Los aliados demoraron en responder, porque algunos no consideraban conveniente un cese al fuego y otros no aprobaban los términos en que se efectuaría, si se adoptaba. El día anterior exigió un armisticio, cuando le preguntaron si concedería una solicitud de este tipo si fuera el comandante de las fuerzas aliadas, Ludendorff respondió: “No, con seguridad, no; yo atacaría todavía con más fuerza”.<sup>3</sup> Algunos estadounidenses compartían el mismo punto de vista. El comandante de las fuerzas estadounidenses, el general John Pershing, quería marchar con sus tropas hacia Berlín. Le escribió a Foch, “debemos aprovecharnos totalmente de la situación y continuar la ofensiva hasta que obliguemos a aceptar [por parte de Alemania] una rendición incondicional”.<sup>4</sup> El primer ministro británico Lloyd George dijo en una sesión secreta de su Gabinete que “la Francia industrial había sido devastada y Alemania había escapado. Al principio, cuando podíamos azotar a Alemania, ella dijo, ‘me rindo’. La cuestión era si no debíamos continuar azotándola, de la misma manera en que ella lo hizo a Francia. El señor [Austen] Chamberlain dijo que la venganza era algo muy caro en estos días. El primer ministro dijo que no era venganza sino justicia”.<sup>5</sup> Foch y el comandante británico Douglas Haig, sin embargo, fueron más cautelosos y menos agresivos. Buscaron que los términos del armisticio impidieran que los alemanes reanudaran la guerra, cualquiera que fuese el resultado de las negociaciones de paz.

Sus opiniones fueron las que triunfaron, porque Wilson estaba de su lado. Sus Catorce Puntos nunca se aceptaron oficialmente por los aliados y todos estu-

vieron en desacuerdo con uno o más. Con la victoria a la vista estaban aún menos ansiosos de atarse a un compromiso de principios generales liberales, pero Wilson los obligó a acatarlos con la amenaza de realizar negociaciones de paz por separado. Les aclaró bien a los alemanes que los aliados no ofrecerían términos de paz generosos al régimen monárquico que había provocado la guerra. Precisó que los alemanes tenían que abandonar la monarquía o someterse a una rendición incondicional.

Mientras tanto, el Ejército alemán había tenido que retroceder hasta sus propias fronteras, y el gobierno en Berlín tenía serios problemas. La noticia de que se estaba buscando la paz golpeó a los alemanes como un rayo. Les habían hecho creer que la victoria se alcanzaría en sólo unos meses, una afirmación plausible debido a la rendición de Rusia y a los primeros éxitos de la ofensiva contra Francia sólo unos meses antes. La dictadura militar de Ludendorff había ocultado, lo mejor posible, los reverses del ejército y no había hecho nada por preparar al pueblo para la verdad. Creció el sentimiento de que el pueblo había sido engañado por un gobierno militar que debía marcharse. El nuevo gobierno incluía a los liberales progresistas, los católicos centristas y a los primeros ministros socialistas en la historia del Imperio Alemán, y sus miembros estaban preparados para avanzar hacia una monarquía democrática, parlamentaria, constitucional, pero los sucesos los tomaron por sorpresa. Las notas de Wilson y la creciente opinión popular exigían la retirada del kaiser. Cada vez más, los alemanes lo veían como un obstáculo y el 9 de noviembre, después de una revolución popular, abdicó. En un coche de ferrocarril en el bosque de Compiègne, un representante del nuevo gobierno republicano firmó un armisticio que imposibilitaba que Alemania reanudara la pelea y a las once horas del undécimo día del mes once de 1918 el armisticio se hizo efectivo.

Los alemanes habían pedido la paz sobre la base de los Catorce Puntos que el presidente Wilson había declarado como los objetivos de la guerra estadounidense, incluyendo la autodeterminación para las nacionalidades, diplomacia abierta, libertad en los mares, desarme y el establecimiento de una sociedad de naciones para mantener la paz, "una victoria sin vencedores". El pueblo alemán, en su mayoría, desconocía que su ejército había sido derrotado y se estaba desmoronando. Ningún soldado pisó suelo alemán. El canciller socialista de la República recientemente fundada dio la bienvenida a los soldados que volvían, con las palabras "porque regresan invencibles del campo de batalla, los saludo",<sup>6</sup> y era una creencia generalizada que Alemania había, voluntariamente, depuesto sus armas sólo cuando Wilson hizo una oferta de paz razonable. En un pueblo alemán recibieron a las tropas que regresaban con una pancarta que decía "Bienvenidos, bravos soldados, vuestro trabajo se ha cumplido, Dios y Wilson lo continuarán".<sup>7</sup> La paz que, al final, tuvieron que firmar los alemanes, fue muy diferente de la que ellos esperaban y muchos llegaron



Acuerdo de paz de la Primera Guerra Mundial.

a creer que Alemania no había sido derrotada, sino que el enemigo la había engañado y había sido traicionada —incluso que había sido apuñalada por la espalda— por los pacifistas, los judíos, los republicanos y los socialistas de casa.

## LA PAZ

Los representantes de los Estados victoriosos se reunieron en Versalles y en otros suburbios parisinos en la primera mitad de 1919. Wilson en nombre de los Estados Unidos, David Lloyd George por Gran Bretaña, Georges Clemenceau por Francia y Vittorio Emanuele Orlando por Italia formaron el grupo de los Cuatro Grandes. Ni Alemania ni la nueva Rusia bolchevique estaban presentes.

Inmediatamente el idealismo de Wilson entró en conflicto con los objetivos de guerra más prácticos de las potencias vencedoras. A los pueblos británicos y franceses les habían dicho que Alemania tendría que pagar por la guerra y por los daños ocasionados, principalmente a Francia, como consecuencia de su agresión. Francia estaba firmemente convencida de su inferioridad numérica con relación a Alemania y de la baja tasa de natalidad que mantendría esa desventaja. Naturalmente, los franceses querían un acuerdo que debilitara para siempre a Alemania y preservara la supremacía política y militar de Francia y, por tanto, su seguridad.

Finalmente, los pacificadores de 1919 se enfrentaron a un mundo todavía en desorden. La mayor amenaza inmediata parecía provenir de la expansión del bolchevismo. La revolución parecía tener posibilidades de diseminarse al establecerse gobiernos comunistas en Baviera y Hungría. Berlín también experimentó una peligrosa sublevación comunista, dirigida por el Grupo Espartaco integrado por extremistas comunistas. Los aliados estaban muy preocupados por el desarrollo de estos acontecimientos por lo que permitieron y apoyaron la supresión de estos movimientos comunistas mediante fuerzas militares de derecha. El miedo a la expansión del comunismo influyó en la opinión de los diplomáticos en Versalles, pero estaba lejos de ser un sentimiento dominante. El temor a Alemania se mantuvo como la principal preocupación para Francia; la atención a intereses que eran más tradicionales e inmediatos gobernaron las políticas de los otros aliados.

Las sesiones formales comenzaron el 18 de enero de 1919, y el último tratado se firmó el 10 de agosto de 1920. La noción de “una victoria sin vencedores” se convirtió en una burla cuando a los alemanes, simplemente, se les presentó un tratado y se vieron obligados a aceptarlo, de forma tal que justificó su queja de que no había sido negociado sino dictado. El principio de “autodeterminación nacional”, el *leitmotiv* de la conferencia de paz de París de 1919, se violó en varias ocasiones, como era inevitable. La adulación que recibió Wilson al

llegar, gradualmente, se convirtió en menosprecio cuando muchos de sus ideales sucumbieron ante la fuerza irresistible de la realidad, pero su retórica se mantuvo en un plano elevado.

Aunque la Alemania unificada tenía menos de cincuenta años, no se pensaba deshacer el trabajo de Bismarck y dividirlo en sus partes componentes. A los franceses les hubiera gustado apartar la Renania y constituir la como un Estado tapón separado, pero Lloyd George y Wilson no lo permitirían. Sin embargo, no podían ignorar la necesidad de protección que tendría Francia en el caso de que Alemania resurgiera. Francia recibió la Alsacia-Lorena y el derecho a explotar las minas de carbón de Sarre durante quince años. Para compensar la negativa ante la propuesta del Estado tapón, la parte oriental de Alemania en el Rin y cincuenta kilómetros al este de ese río serían una zona desmilitarizada permanente, y las tropas aliadas en la orilla oriental podrían permanecer allí durante quince años. Además de esta barrera física contra un nuevo ataque alemán, el tratado garantizaba que Gran Bretaña y los Estados Unidos se comprometerían a ayudar a Francia si era agredida por Alemania. Una acometida de este tipo era poco probable debido al desarme permanente de Alemania. Su ejército estaba limitado a 100.000 hombres en un servicio a largo plazo; su flota estaba casi totalmente eliminada; y se le impidió tener aviones de combate, submarinos, tanques, artillería pesada o gas venenoso. Siempre que estas prohibiciones se respetaran, Francia estaría segura.

El acuerdo en el Este ratificó el desplome de los grandes imperios derrotados que lo habían gobernado durante siglos. La frontera alemana se alejó hacia el Oeste, excluyendo una parte de Silesia, Prusia Occidental y Posen.<sup>8</sup> Lo que quedaba de Prusia Oriental se separó del resto de Alemania mediante un corredor abierto para proporcionar acceso al mar al restablecido Estado de Polonia. El Imperio Austro-Húngaro desapareció completamente. La mayoría de los germano parlantes se agruparon en la pequeña república de Austria, separados de los alemanes de Bohemia a quienes se les prohibió reunirse con Alemania.

Los checos de Bohemia y Moravia se reunieron con los eslovacos y los de Rutenia en el este para formar Checoslovaquia, y este nuevo Estado también incluyó unos cuantos millones de alemanes descontentos. Los eslavos del sur se congregaron en el reino de los serbios, croatas, eslovenos o en Yugoslavia. Italia ganó el Trentino, que tenía muchos alemanes provenientes del antiguo Imperio Habsburgo, y Trieste, deseada por Yugoslavia. Rumania creció al recibir la Transilvania de Hungría y Besarabia de Rusia. Bulgaria se redujo por la pérdida de territorio que pasó a Grecia y a Yugoslavia. Rusia perdió enormes territorios en el Oeste. Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania se convirtieron en Estados independientes, y una buena parte de Polonia se conformó con lo que inicialmente era suelo ruso.

Wilson podía aceptar y racionalizar muchas de sus difíciles concesiones debido a su fe en un nuevo instrumento para alcanzar la paz y la justicia, la Sociedad de Naciones. Su pacto era una parte esencial del tratado de paz. La sociedad no se concibió como un gobierno internacional sino como un grupo de Estados soberanos que acordaron seguir una serie de prácticas comunes y consultarse por el interés mutuo, especialmente cuando hubiera amenaza de guerra. En ese caso, los miembros se comprometían a someter el asunto a arbitraje, a un tribunal internacional o al Consejo de la Sociedad. El rechazo a respetar este acuerdo justificaría la intervención de la sociedad en la forma de sanciones económicas e, incluso, militares.

Pero la sociedad no tenía posibilidades de ser efectiva porque no tenía fuerzas armadas a su disposición. Cualquier acción exigía el consenso unánime de su consejo, que estaría compuesto por Gran Bretaña, Francia, Italia, los Estados Unidos y Japón, así como por otros cuatro Estados que tendrían asientos temporales. La sociedad comprometía a los países que la componían a “respetar y preservar” la integridad territorial de todos sus miembros; esto se entendía, en general, como un mecanismo para garantizar la seguridad de las potencias vencedoras. Excluir a Alemania y a la Unión Soviética de la Asamblea de la Sociedad socavó más su pretensión de imparcialidad. Las estipulaciones para el desarme general estaban condenadas a ser ineficaces. Los miembros de la sociedad conservaban una total soberanía y continuaron defendiendo sus propios intereses nacionales.

Otra cláusula del convenio se refería a las áreas coloniales. Estas áreas se convertirían en territorios bajo mandato y “tutelage” de una de las grandes potencias con la supervisión de la sociedad y con el estímulo de avanzar hacia la independencia. El antiguo Imperio Otomano desapareció. La nueva república de Turquía se limitó a un poco más de Constantinopla y Asia Menor. Los que eran territorios otomanos en Palestina e Irak pasaron a ser controlados por los británicos, Siria y el Líbano dominados por los franceses, por el mandato de la Sociedad de las Naciones. Las ex colonias de Alemania en África se dividieron entre Gran Bretaña, Francia y África del Sur. Las posesiones alemanas en el Pacífico pasaron a Australia, Nueva Zelanda y Japón.

Quizá la parte más debatida del acuerdo de paz era la relacionada con las indemnizaciones del daño provocado por Alemania durante la guerra. Antes del armisticio, los alemanes prometieron pagar compensaciones “por todos los daños provocados a la población civil de los aliados y de sus propiedades”. Los estadounidenses consideraron que Alemania podría cubrir ese precio. A Francia y a Gran Bretaña, sin embargo, les preocupaba liquidar las deudas que tenían con los Estados Unidos por la confrontación bélica, y deseaban con impaciencia que Alemania abonara el costo total de la guerra incluyendo las pensiones a los supervivientes y familiares. En general, se entendía que

Alemania no podría liquidar una suma tan grande, cualquiera que esta fuera, y no se fijó un total en la conferencia. Mientras tanto, Alemania tendría que desembolsar cinco mil millones de dólares anuales hasta 1921. En ese momento, se establecería una cifra final, que Alemania tendría que entregar durante treinta años. Los franceses no lamentaron el resultado. O Alemania pagaba y se desangraba hasta la impotencia, o se negaba a hacerlo y provocaba la intervención francesa.

Para justificar estas altas indemnizaciones, los aliados insertaron la famosa cláusula 231 en el tratado:

Los Aliados y los Gobiernos Asociados afirman, y Alemania acepta, la responsabilidad de Alemania y sus aliados por haber causado todas las pérdidas y daños a que han sido sometidos los Aliados, los Gobiernos Asociados y sus ciudadanos como consecuencia de la guerra impuesta por Alemania y sus aliados.

Amargura y resentimiento provocó en los alemanes esta acusación. Habían sufrido la pérdida de enormes territorios en los que vivían millones de alemanes y gran cantidad de recursos naturales que les resultaban imprescindibles; les entregaron una cuenta por las reparaciones a los daños aparentemente ilimitada. Para colmo de males, se les exigía que admitieran su culpabilidad por la guerra, algo con lo que no estaban de acuerdo. Durante años, los políticos alemanes despoticaron sobre la injusticia de una “culpabilidad unilateral por la guerra”,<sup>9</sup> pero la cláusula 231 no decía nada sobre “culpabilidad” y su esencia era también parte de los tratados con Austria y Hungría. No podía haber duda, además, de que Alemania había atacado a Bélgica y, como hemos visto, se puede inferir perfectamente que los alemanes agredieron a los otros aliados. Ese argumento, sin embargo, no fue el que se esgrimió en el momento o en las siguientes dos décadas, incluso en los países vencedores. Finalmente, para más insulto, se les exigió que aceptaran todo el tratado tal y como estaba escrito por los vencedores, sin ninguna oportunidad para negociar. Con su “cláusula sobre la culpabilidad de la guerra” y su imposición a un pueblo alemán que no estaba convencido de su derrota militar, se recibió como un terrible golpe a su honor, y la determinación de anularlo, pues era el símbolo del deshonor alemán, fue el objetivo central, a partir de ese momento, de casi todos los estadistas alemanes. El primer canciller de la República de Weimar, el socialista Philipp Scheidmann, se refirió al tratado como el encarcelamiento del pueblo alemán. Acusó a los aliados de tratar de convertirlos en “esclavos e ilotas... haciendo trabajo forzado detrás de alambres de púas y de los barrotes de las prisiones” y preguntó “¿qué mano que se encadena de esta manera no se secaría?”.<sup>10</sup> Pero no había opción. Los liberales abandonaron el Gabinete como



protesta, pero los socialdemócratas y el Partido Católico Centrista formaron un nuevo gobierno, y sus representantes firmaron el tratado. Estos fueron los partidos que formaron el pilar del gobierno de Weimar que dirigió Alemania hasta 1933, y nunca se recuperaron del estigma de haber aceptado el Tratado de Versalles. Retrospectivamente, Winston Churchill sugirió que hubiera sido más sabio establecer una monarquía constitucional con el nieto del kaiser como monarca: "En vez de eso, se abrió un vacío en la vida nacional del pueblo alemán. Todos los elementos fuertes, militares y feudales, que hubieran acudido al llamado de una monarquía constitucional y que, por su bien, hubieran respetado y apoyado los nuevos procesos democráticos y parlamentarios, fueron en ese momento trastornados. La República de Weimar, con todas sus costumbres y virtudes liberales, se consideró como una imposición del enemigo. No podía inspirar lealtad en el pueblo alemán ni les resultaba atractiva".<sup>11</sup> Pero un paso así entraba totalmente en conflicto con las ideas liberales que imperaban en esos tiempos, personificadas con gran fuerza por Wilson. Las expectativas de las potencias triunfantes de una paz duradera dependían en gran medida de la naturaleza democrática del nuevo régimen, al considerar que las democracias eran, por naturaleza, antibelicistas. Cualesquiera que hubieran sido los méritos de ese punto de vista, la nueva República democrática fue impopular desde el principio y su patriotismo e, incluso, su legitimidad, se cuestionaron fuertemente. Sus líderes tuvieron que oponerse a su cumplimiento y trabajar por su reconsideración o por la eliminación del tratado en vez de aceptar sus estipulaciones y continuar a partir de ahí.

Pocos acuerdos de paz han recibido ataques más severos que el que se negoció en París en 1919. Los alemanes eran los que más quejas tenían. Perdieron 25.000 millas cuadradas de un territorio que contenía una población de seis millones de personas, aunque muchos de ellos no eran de origen alemán. La pérdida de materias primas valiosas incluía el 65% de sus minas de hierro, 45% de su carbón, 72% de su zinc, 57% de su plomo, del 12 al 15% de sus productos agrícolas así como pérdidas significativas de petróleo y potasa. En sus colonias en el extranjero, perdieron un millón de millas cuadradas de territorio, con una población de 12 millones de personas y el 25% de su abastecimiento de caucho.<sup>12</sup> La nueva República de Weimar se enfrascó en una campaña, en gran medida encubierta, bien organizada y financiada por el gobierno, de proporciones sin precedentes para desacreditar la Paz de Versalles. Los planes comenzaron en Versalles, durante las negociaciones, y pronto la Oficina de Asuntos Exteriores estableció una subsección, la *Kriegsschuldreferat*, para dirigir y financiar la propaganda que demostraría que Alemania no era responsable de la guerra y, por tanto, que el tratado era injusto.<sup>13</sup> Pronto la paz fue criticada crudamente también en los países victoriosos. Muchos de los franceses pensaron que no había logrado proporcionar una seguridad adecuada

para Francia, porque ataba esa seguridad a promesas de ayuda de los países anglosajones, que eran muy poco confiables. En Inglaterra y en los Estados Unidos surgió una ola de amargos reproches en los círculos liberales porque el tratado parecía violar los objetivos y principios idealistas y liberales que habían profesado los líderes occidentales. No era una paz sin vencedores. No puso fin al imperialismo sino que intentaba promover los intereses nacionales de las naciones triunfantes. Violaba los principios de autodeterminación nacional al dejar a muchas minorías fuera de las fronteras de sus patrias. Quizás el ejemplo más flagrante fue el veto impuesto por los vencedores cuando la Asamblea Nacional de la parte que quedaba de Austria votó por unirse a la República alemana.

El crítico más influyente fue John Maynard Keynes, un brillante economista británico que participó en la conferencia de paz. Cuando vio la dirección que estaba tomando, renunció con disgusto y escribió un libro titulado *The Economic Consequences of the Peace*,<sup>14</sup> un ataque feroz, especialmente contra las indemnizaciones y otros aspectos económicos de la paz. Keynes dijo que el Tratado de Versalles era inmoral e impracticable, una paz cartaginense, refiriéndose a la total destrucción de Cartago por Roma después de la Tercera Guerra Púnica. Argumentó que una paz así traería la ruina económica y la guerra a Europa a menos que fuera repudiada. Keynes influía mucho en los británicos, que ya recelaban de Francia y deseaban encontrar una excusa para retirarse de los asuntos continentales.<sup>15</sup> “Había nacido el ‘meaculpismo’. Floreció la duda; la culpa alemana se desvaneció; y se propagó británica.”<sup>16</sup>

Otras críticas provinieron de aquellos que en Gran Bretaña se habían opuesto a la guerra sobre la base de que no había necesidad de una pelea entre Gran Bretaña y Alemania, que las metas alemanas y sus políticas eran aceptables, que Alemania era tan responsable de la guerra como los otros, quizá menos. Esos fueron los puntos de vista de los historiadores revisionistas en Gran Bretaña y los Estados Unidos en el intervalo entre las dos guerras, quienes influyeron mucho en conformar la opinión especializada. Desde su punto de vista, ya que Alemania no tenía una responsabilidad especial por la guerra, la cláusula sobre la “culpabilidad de la guerra” era injustificada y, junto con ella, también lo era la justicia del tratado punitivo. “El apaciguamiento surgió en las mentes de aquellos que decían que la guerra nunca debió ocurrir, que fue casual... Era la decisión de impedir, por todos los medios, una segunda guerra accidental ‘libre de culpa’”.<sup>17</sup> La posición decorosa y respetable era la que contemplaba la revisión del tratado en favor de Alemania. H.A.L. Fisher, ministro de Educación, incluso cuando las negociaciones concluyeron, defendía el tratado sólo sobre la base de que, una vez que se firmara “un apaciguamiento, reajustes y modificaciones graduales, se puede introducir lo que le proporcionará a Europa una perspectiva de estabilidad”. Después del fracaso de las políticas de Neville Chamberlain

en la década de 1930, el “apaciguamiento” no era un estigma en Gran Bretaña. Al contrario, se consideraba una meta decorosa, incluso noble, aprobada por la mayoría de los estadistas británicos. Los sentimientos de añoranza por la retirada y el aislamiento se podían adoptar con una alta indignación moral y el llamado a la justicia. “Al convertirse en el partidario principal del apaciguamiento, Gran Bretaña podía equilibrar la balanza de injusticia. El sentido británico del juego limpio podía funcionar en beneficio de Alemania. El deseo de los británicos de garantizar una vida tranquila, que no se interrumpiera por alarmas europeas y excursiones que cruzaran el canal, podía satisfacerse. El apaciguamiento era el bálsamo para una conciencia culpable.”<sup>18</sup>

La influencia de Keynes en los Estados Unidos era igualmente importante. Alimentaba la tendencia tradicional hacia el aislamiento y le daba armas poderosas a los enemigos de Wilson. Los propios errores políticos de Wilson ayudaron a prevenir la ratificación del tratado por parte de los Estados Unidos. Como consecuencia, los Estados Unidos quedaron fuera de la Sociedad de Naciones y no estaban comprometidos a defender a Francia. Gran Bretaña, por tanto, también se libró de sus obligaciones con ella. Francia se quedó sola y tuvo que protegerse sin los medios adecuados durante largo tiempo.

Muchos de los ataques que se le hacen al Tratado de Versalles son injustificados. Si era una paz cartaginesa, entonces era como la que dio fin a la Segunda Guerra Púnica, no a la tercera. Alemania no estaba ni desmembrada ni arruinada. Las indemnizaciones podían hacerse y se hicieron, de forma escalonada y, hasta la gran depresión mundial de la década de 1930, los alemanes recuperaron un alto nivel de prosperidad. Ya en 1921, el establecimiento del calendario de pagos de Londres que determinó la cantidad real que los alemanes tenían que liquidar ascendía a alrededor del seis por ciento de su ingreso nacional anual, una cantidad “aproximadamente comparable a la carga que tuvieron que saldar algunas economías occidentales como resultado de la explosión de los precios del petróleo durante la década de 1970”,<sup>19</sup> obligación que podía haberse abonado sin sacrificios excesivos. El Plan Dawes de 1924 lo redujo aún más, a un 3,3% del ingreso nacional y el Plan Joven, en 1929, a un 2,6%. Alemania nunca pagó totalmente estas cantidades y los desembolsos se cancelaron completamente en 1932. “Durante todo el período de 1919-1931, Alemania transfirió a los aliados en efectivo y en especie, un promedio de sólo el 2% de la renta nacional.” Durante ese mismo período, Alemania disfrutó

beneficios imprevistos como resultado de la devaluación de activos de propiedades extranjeras en marcos durante la inflación de 1919-1923. Entonces, después de 1931, la mayoría de las inversiones extranjeras privadas no fueron las esperadas. Estas propiedades constituyeron una

transferencia unilateral equivalente a un inesperado 5,3% del ingreso nacional alemán para el período 1919-1931. En un balance, los Estados Unidos y, en menor medida, los aliados europeos, fueron los que subsidiaron a Alemania durante la era de Weimar, y no al revés.<sup>20</sup>

Las quejas contra la paz podían, también, compararse con el tratado que los alemanes le habían impuesto a Francia en 1871, los planes que habían hecho para un acuerdo europeo en caso de una victoria y la paz que los alemanes triunfadores le habían impuesto a Rusia en Brest-Litovsk. En 1871 Alemania había intentado, durante mucho tiempo, destruir la economía francesa y mantener a los franceses a raya mediante el ejército de ocupación. Hemos visto el carácter extraordinario de los planes de Alemania y los términos que finalmente se le impusieron a Rusia tenían el mismo espíritu. De una forma u otra, los alemanes ganaron el control de Polonia, los Estados Bálticos y Finlandia. En poco tiempo, los alemanes no respetaron el tratado y ocuparon Crimea, en donde Ludendorff quería establecer una colonia permanente y avanzar hasta la Transcaucasia. En septiembre de 1918, incluso cuando sus ejércitos se estaban desplomando en el Oeste, los alemanes llegaron al Mar Caspio y ocuparon Bakú.<sup>21</sup> Rusia fue reducida a un tamaño más pequeño que el que tenía cuando subió al trono Pedro el Grande en el siglo XVII. La intención de la primera paz había sido destruir a la potencia derrotada y tanto los planes de guerra de Alemania y el tratamiento que le dio a Rusia fueron mucho más severos que todo lo que se estipuló en Versalles. Allí, el intento por obtener la autodeterminación para las nacionalidades no fue perfecto ni mucho menos, pero fue la mejor solución que Europa había alcanzado nunca en esa dirección. Visto desde una perspectiva comparativa adecuada, la paz impuesta a Alemania en Versalles no fue excesivamente dura.

La paz, no obstante, fue poco satisfactoria en muchos aspectos importantes. En el núcleo del problema se encontraba la contradicción inherente entre los principios y metas idealistas y supranacionales enunciados por Wilson, y la necesidad de un equilibrio, seguro y sustancial, de la verdadera distribución de poder en Europa. Dejando a un lado generalidades tales como la conveniencia de "acuerdos abiertos alcanzados por consentimiento" que en un mundo democrático dominado por los medios de comunicación hace que soluciones moderadas a problemas difíciles resulten imposibles, la "libertad de los mares", el mercado libre, el desarme y una Sociedad de Naciones para garantizar "la independencia política y la integridad territorial" de todos los Estados, el único principio de los Catorce Puntos que se siguió con efectividad en París fue el de la autodeterminación nacional basada en la homogeneidad étnica.

Filosóficamente, no se dio ninguna razón para convertirla en el argumento dominante y, en la práctica, la meta no se podía alcanzar de ninguna manera.

Las minorías nacionales, necesariamente, quedaron encapsuladas dentro de Estados extranjeros, con mayores o menores grados de felicidad. Se crearon nuevos Estados que eran conglomerados de nacionalidades similares, como Yugoslavia y Checoslovaquia. Su reciente desintegración sugiere que los experimentos no tuvieron éxito. Centrarse en las diferencias étnicas como la base fundamental para los acuerdos sociales y políticos parece intensificar el separatismo racial y la hostilidad mutua. Dado que la distribución étnica casi nunca se aviene perfectamente con las realidades geográficas y económicas, las posibilidades viables para alcanzar Estados étnicamente puros son escasas. Una paz guiada por el esfuerzo de satisfacer las exigencias imposibles del nacionalismo étnico estaba condenada al fracaso y se consideraría una hipocresía. Al mismo tiempo, el predominio del principio dañaba severamente las perspectivas de crear una paz que enfrentara la realidad y tuviera una buena oportunidad de éxito.

La eliminación del Imperio Austro-Húngaro, por muy inevitable que pueda verse en retrospectiva, creó una serie de graves problemas. Económicamente fue desastrosa, porque separó las materias primas de las áreas manufactureras y a los productores de sus mercados con nuevas fronteras y barreras arancelarias. En tiempos difíciles, esta separación causó fricción y hostilidad que agravaron otras disputas que también habían surgido con los tratados de paz. En Polonia había minorías alemanas descontentas. En Checoslovaquia vivían muchos más alemanes no menos insatisfechos, que formaban parte de un grupo de nacionalidades con dificultades para convivir como nación. Incluso si podían unirse para defenderse mutuamente, los nuevos Estados creados no estarían a la altura de una Alemania o una Rusia que hubieran recuperado su antiguo poder, sino al contrario, estaban llenos de recelos mutuos y deseos competitivos, más “balcanizados” que nunca. Las disputas por territorios en Europa Oriental promovieron más tensión. El acuerdo en Europa Oriental era, inherentemente, inestable.

El problema más crítico que enfrentaba la Europa de la posguerra fue, otra vez, el futuro de Alemania. Incluso con las pérdidas impuestas por el Tratado de Versalles se mantuvo como la nación de Europa más grande y populosa al oeste de Rusia, con un pueblo bien educado, disciplinado, muy capacitado y una tasa de natalidad mayor que la de la Francia victoriosa. Relativamente, era un Estado más poderoso que antes de la guerra, ya que Rusia, en la forma de la Unión Soviética, devastada por la derrota militar y la revolución social, había sido expulsada de Europa, era una paria entre las naciones y, ambos imperios, el de Habsburgo y el otomano, habían desaparecido. “El problema inmediato”, ha escrito un historiador, “era la debilidad alemana”:

[P]ero después de unos pocos años de vida “normal”, el problema sería, otra vez, el poderío alemán. Más aún, el viejo equilibrio de poder, que

al principio hizo algo por contener a Alemania, se había roto. Rusia se había retirado; Austria-Hungría había desaparecido. Sólo quedaban Francia e Italia, ambas inferiores en fuerza de trabajo y aún más en recursos económicos, ambas exhaustas por la guerra. Si los acontecimientos seguían su curso en la antigua forma “libre”, nada podría impedir que los alemanes eclipsaran a Europa, aunque no fuese su deseo.<sup>22</sup>

Los hechos amenazaban la seguridad futura de las potencias victoriosas y los acuerdos que estaban realizando. Algo tenía que hacerse para detener el poder que Alemania, de lo contrario, tenía la certeza de recuperar. Una posibilidad obvia hubiera sido desmantelar a Alemania y cambiarla de forma tal que se impidiera su resurgimiento. Una división del territorio así concebida, sin tener en cuenta las consideraciones étnicas, era algo común en Europa desde el siglo XVII hasta comienzos del XIX. Incluso después de que surgió el culto al nacionalismo con la Revolución Francesa, habían ocurrido segmentaciones similares. Alemania había separado a los daneses del norte de Schleswig de Dinamarca en 1864 e incorporaron a la Alsacia-Lorena, compuesta por franceses al menos desde el siglo XVII, sin escrúpulos. Alemania había sido sólo una expresión geográfica hasta hacía poco menos de medio siglo. ¿Por qué no la desmembraban?<sup>23</sup> El plan francés para establecer, aparte, una república renana como un Estado tapón era algo muy razonable considerando el punto de vista tradicional que deseaba establecer un equilibrio de poder duradero y no era más escandaloso que la anexión de la Alsacia-Lorena, ocurrida en 1871. Pero en el ambiente de alto moralismo Wilsoniano, basado en la inviolabilidad del nacionalismo étnico, eso era imposible. El Tratado de Versalles no consideró la superioridad final de sesenta y cinco millones de alemanes con mayores recursos naturales sobre treinta y nueve millones de franceses con una tasa de natalidad menor.

La paz era inadecuada, también, porque se basaba en una victoria cuya realidad y legitimidad Alemania no admitía. Muchos alemanes creían que habían sido engañados, no derrotados, y otros, que estaban mejor informados, obtaron por pensar lo mismo. La decisión de los aliados de no llevar la guerra hasta Alemania hizo que fuera más fácil sostener esta opinión. También lo propició la determinación de mantener a las potencias derrotadas como las únicas responsables de la guerra. Muy pocas pruebas sobre las cuales se basa la interpretación ofrecida aquí estaban disponibles en su época; los escritores e historiadores en los Estados *victoriosos* se pusieron a trabajar inmediatamente para demostrar que la cláusula sobre la “culpabilidad de la guerra” era injustificada, algunos de ellos acusaban, principalmente, a los aliados. Tendrían que pasar más de cincuenta años para que muchos historiadores tuvieran un criterio diferente. La explicación dominante en ese momento fue que las indemni-

zaciones, cuya legitimidad dependía de la cláusula 231, resultaban totalmente injustas. Las críticas sobre el punto de vista alemán con relación a las indemnizaciones citado arriba son objetivamente correctas, pero es importante señalar que las realidades, en aquella época, eran desconocidas o no se entendieron bien. Las sumas anunciadas públicamente eran enormes y poco razonables; las que realmente se esperaban eran mucho más pequeñas, pero se ignoraron. La afluencia de capital que tanto ayudó a la economía alemana era de naturaleza privada, mientras que las indemnizaciones se pagaron de los fondos públicos, esto es, con los impuestos de los ciudadanos alemanes. Los métodos que desarrollaron las potencias vencedoras lograron, finalmente, que las indemnizaciones *parecieran* mucho peor de lo que eran, aumentando la sensación en Alemania de que habían sido maltratados, engañados y deshonrados, además, fortaleció el poder de aquellos grupos políticos que se oponían a llegar a un acuerdo y a la República de Weimar.

Al mismo tiempo, los alemanes podían rechazar una paz por considerarla hipócrita e injusta al proclamar el principio de la autodeterminación étnica y después prohibirle a los alemanes de Austria unirse a la República alemana. Los críticos de la paz, tanto los alemanes como los otros, tenían la libertad de valorar la justeza de la paz, no en comparación con otras que se hubieran destacado en la historia del mundo, sino con un ideal inalcanzable, una prueba que sólo podría conducir al fracaso. En los Estados Unidos el deseo tradicional de evitar una intervención prolongada fuera del hemisferio occidental cobró mayor fuerza a partir del descontento con la paz. La preferencia tradicional de Gran Bretaña de mantener las manos libres y evitar compromisos con el continente se reforzó por la debilidad de su economía y, aún más, por el dolor de las terribles pérdidas que había sufrido en la guerra. La generación que había experimentado las matanzas en las trincheras en el frente occidental estaba profundamente traumatizada por ese recuerdo y se resistía instintivamente a la idea de otra guerra continental. Apoyar los esfuerzos franceses para que se respetara la paz implicaba alguna forma de compromiso militar en el continente. Oponérsele en nombre de la imparcialidad, la generosidad y la justicia no exigía un esfuerzo de ese tipo y, sin embargo, garantizaba una conciencia limpia.

Finalmente, la gran debilidad de la paz fue su fracaso en aceptar la realidad. Alemania y Rusia, en última instancia e inevitablemente, tendrían que desempeñar un papel importante en los asuntos europeos, aún así, fueron excluidas del acuerdo y de la Sociedad de Naciones. La propia sociedad representó un escape de la realidad. Un producto de la tradición idealista del internacionalismo kantiano se introdujo en un mundo de Estados nacionalistas, que no estaban dispuestos a abandonar ninguna soberanía. Fue socavada terriblemente por la ausencia de la nación más poderosa del orbe, los Estados Unidos. Al mismo tiempo, no proporcionó ningún mecanismo seguro para ejercer arbitrajes

pacíficos para los conflictos entre los Estados ni tampoco la fuerza para mantener la paz o prevenir una agresión. Sólo funcionaría si las potencias victoriosas hubieran estado preparadas para realizar los compromisos y sacrificios necesarios para llevar a cabo sus propósitos. Al final, la Sociedad de Naciones hizo que las potencias occidentales pudieran eludir, con mayor facilidad, sus responsabilidades, porque siempre podían mantenerse al margen e invocarla como el escenario apropiado para entrar en acción.

Dado que muchos partidos estaban descontentos, la paz no fue autoimpuesta. Los alemanes podían evitar algunas de sus disposiciones más críticas simplemente mediante la inacción y el subterfugio. Si subrepticamente violaban las estipulaciones de la paz sobre el desarme, alguien tenía que actuar para hacerlas cumplir. Si no efectuaban los pagos por las indemnizaciones, alguien tenía que obligarlos a que los hicieran, no obstante, no se estableció ningún mecanismo satisfactorio para hacer respetar estas cláusulas. Se dejó a Francia para que defendiera estos nuevos acuerdos, sin una garantía de apoyo por parte de Gran Bretaña y sin esperanzas de ayuda por parte de los Estados Unidos. De hecho, como veremos, tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos se opusieron a los esfuerzos franceses para que se ejecutara. Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia se crearon en respuesta al principio del nacionalismo étnico pero también como una intimidación en la retaguardia para impedir el resurgimiento de Alemania como amenaza para la paz. Estos Estados, sin embargo, dependerían de Francia en caso de peligro. Francia sola, simplemente, no era todo lo fuerte que debía para realizar esa tarea si Alemania se rearmaba.

La tragedia del Tratado de Versalles consistió en que no tuvo un alcance lo suficientemente conciliatorio como para eliminar el deseo de cambio, incluso al costo de la guerra, ni lo suficientemente firme como para impedirlo otra vez. Más que muchas otras, esa paz requería un compromiso activo de parte de los triunfadores para conservarla. La única esperanza para una paz duradera requería que se realizara el desarme de Alemania, mientras que las cláusulas del tratado de paz que debían examinarse y podían cambiarse sin dificultades se revisaran y hasta que los alemanes estuvieran preparados para aceptar la nueva situación. Una política así exigía que el problema se analizara constantemente, unidad entre los vencedores y un liderazgo con visión de futuro, pero nada de esto estuvo presente, de la forma que se necesitaba, durante las dos siguientes décadas.

Los vencedores se regocijaron, pero también tenían mucho de qué lamentarse. Las bajas en todos los bandos alcanzaron la cifra de diez millones de muertos y el doble de heridos. Los recursos económicos y financieros de los Estados europeos disminuyeron considerablemente. Los victoriosos aliados, que antes eran los acreedores del mundo, se convirtieron en deudores del nuevo coloso estadounidense, que casi no fue tocado por las calamidades de la guerra. El vie-



jo orden internacional, además, estaba muerto. Rusia estaba gobernada por una dictadura bolchevique que predicaba la revolución mundial y la destrucción del capitalismo en todas partes. Alemania tenía revueltas. Austria-Hungría se había desintegrado en un enjambre de pequeños Estados nacionales que competían por los restos del antiguo régimen. Estos cambios sacudieron los territorios coloniales gobernados por las potencias europeas; los imperios allende los mares nunca más volverían a ser tan seguros como antes de la guerra. Europa ya no era el centro del mundo, libre de interferir cuando lo deseaba o de ignorar las regiones fuera de sus fronteras si así lo escogía. Su cómoda confianza en el progreso material y moral había sido destrozada por la brutal realidad de cuatro años de una guerra horrible. El recuerdo de esa guerra se mantuvo vivo y atemorizó a las victoriosas potencias occidentales cuando tuvieron que enfrentarse a las nuevas condiciones del mundo de la posguerra.

#### PONIENDO A PRUEBA LA PAZ, 1919-1933

De cierta forma, la calidad del acuerdo de Versalles nunca se puso a prueba, porque su primer artículo, que trataba el asunto más importante, jamás se ratificó y, por tanto, no se llevó a cabo. El Artículo I del Tratado de Versalles prometía ayuda inmediata a Francia “en el caso de un movimiento no provocado de agresión contra de ella por parte de Alemania”. La versión británica del tratado, sin embargo, hizo que el compromiso de Gran Bretaña dependiera de “una obligación similar acordada por los Estados Unidos...”.<sup>24</sup> Cuando los Estados Unidos rechazaron el tratado el 19 de noviembre de 1919, Gran Bretaña quedó libre de responsabilidad. Ahora Francia no estaba protegida, ni por garantías físicas a su seguridad ni tampoco por la promesa de asistencia contra un ataque. Para finales de 1919, la desertión de los Estados Unidos y de Gran Bretaña hizo que los franceses tuvieran que defenderse por sí solos. Su política, en el intervalo entre las dos guerras, fue guiada y determinada por el miedo.

Sus intentos para lograr seguridad no provocaron simpatías sino suspicacia, críticas y, a menudo, oposición, por parte de sus aliados. En los países anglosajones describían, cada vez más, a los franceses como los villanos y a los alemanes como las víctimas, una visión santificada por la historiografía ortodoxa durante medio siglo. “En términos de políticas nacionales la lucha se representa, generalmente, como un conflicto entre los Estados Unidos, moderado y conciliatorio, y Francia, ansiosa por una paz ‘cartaginense’ aplastante.”<sup>25</sup> Hacia finales de la guerra y en la conferencia de paz, de hecho, ni los estadounidenses ni los británicos se sentían especialmente conciliatorios con Alemania, pero Lloyd George y Wilson pronto cambiaron su rumbo. Desde 1919 hasta, al menos, el comienzo de la gran depresión en 1929, Gran Bretaña y los Estados Uni-

dos generalmente se esforzaron por impedir que Francia hiciera cumplir rigurosamente el Tratado de Versalles y trataron de ajustar sus estipulaciones en un intento por aplacar a Alemania. ¿Por qué se propusieron socavar el tratado de paz incluso antes que entrara en vigor? Wilson y los estadounidenses abrigaban ideas y deseos conflictivos y contradictorios. Adoptaron un enfoque típicamente moralista hacia la guerra y hacia la paz que le pondría fin. Los alemanes se habían portado mal y debían ser castigados por ello. Francia había sido la víctima de la agresión. Era comprensible que temiera por su integridad y merecía ayuda para obtenerla, pero eso no lo alcanzaría a través del equilibrio del poder político. Wilson, un discípulo del pensamiento liberal de la época, consideraba esa estabilidad como "parte del viejo orden, intrínsecamente inestable y como la fuente de la competencia armamentista y de rivalidades internacionales". No quería que los Estados Unidos jugaran ningún papel en ese sistema ni tampoco consentiría el desmembramiento de Alemania o el debilitamiento de su economía. A largo plazo, pensaba, Francia estaría más segura si se calmaba a Alemania en vez de aislarla. "El presidente quería que Alemania pagara sus errores, pero también deseaba reintegrarla a un orden capitalista liberal posbélico que fuera próspero y estable. Wilson supuso que, una vez que tuviera participación en un sistema así, Alemania adoptaría una actitud pacífica y de cooperación, la seguridad de Francia no peligraría más y los intereses económicos estadounidenses aumentarían."<sup>26</sup> No se le ocurrió que los asuntos de prosperidad y paz podrían subordinarse a los del orgullo nacional y el resentimiento; que los alemanes podrían lanzarse a la restauración de su honor y del poder necesario para recobrarlo, por cualquier medio; ni que una Alemania integral, que hubiera recuperado su fuerza potencial total, dominaría el continente y amenazaría la tranquilidad de sus vecinos, del este y del oeste.

Los objetivos, aparentemente opuestos, de alcanzar la restauración de Alemania y la seguridad de Francia, creía Wilson, se alcanzarían a través de la Sociedad de Naciones, pero su idea de la participación de los Estados Unidos no era menos intrínsecamente contradictoria. El artículo 10 del convenio obligaba a los miembros de la Sociedad a protegerse unos a otros en contra de una agresión, lo que comprometería a los Estados Unidos a defender militarmente a Francia si era atacada por Alemania. Wilson, sin embargo, quería conservar la libertad de acción de los Estados Unidos, por lo que se opuso a que se incluyeran sanciones prácticas al artículo, no estuvo de acuerdo con la creación de un ejército internacional y con el personal de planificación y en repetidas ocasiones se refirió al artículo 10 sólo como una obligación moral, mientras insistía en su importancia fundamental. Los Estados Unidos retuvieron el poder al veto en el determinante Consejo de las Naciones y se opuso al arbitraje obligatorio. "Estas acciones reflejaban los esfuerzos de Wilson para equilibrar su deseo de una

seguridad para Francia con su renuencia a comprometer la independencia que los Estados Unidos tenían con relación a decidir sobre asuntos militares.”<sup>27</sup> No es de extrañar que los franceses aceptaran con reservas las promesas de los Estados Unidos como garantía para su integridad. Cuando el Senado de los Estados Unidos rechazó el tratado en noviembre de 1919, sus dudas se confirmaron.

A los Estados Unidos los protegía la enorme distancia que lo separaba de Europa y su fuerza intrínseca, y su honor no estaba comprometido. Para la mayoría de los estadounidenses, libres de seguir los intereses de su nación como ellos los percibían, aquellos intereses parecían indicar un regreso a su aislamiento tradicional, alejados de los enredos externos, relacionados con problemas políticos, diplomáticos y militares del viejo mundo, a lo que el presidente Warren G. Harding llamó “normalidad”. Esto implicaba ayudar a que Alemania recuperara rápidamente toda su prosperidad y volviera a ser un mercado rico para la industria y el comercio estadounidenses, que representara una oportunidad para realizar inversiones ventajosas y, en un grado cada vez menor, que sirviera como un baluarte contra el bolchevismo. Para que todo eso sucediera, lo único que los estadounidenses tenían que hacer, en cooperación con Gran Bretaña, era lograr que Francia se ajustara a la estricta aplicación de la paz y prestarle dinero a los alemanes para ayudarlos a reconstruir su economía. Mientras tanto, podían expresar su desaprobación moral al revanchismo francés al tratar de extraer de Alemania todo lo que pudieran en concepto de pagos por indemnización, insistiendo todo el tiempo en un reembolso total por parte de sus aliados, incluyendo a Francia, de sus deudas incurridas durante la guerra, sobre la base de que, como dijo el presidente Calvin Coolidge, “ellos alquilieron el dinero, ¿no?”. Reconocer el verdadero dilema que enfrentaba Francia, por otro lado, hubiera requerido responsabilidad, compromiso, gastos y acción. Era más sencillo y más agradable creer en los panfletos sensacionalistas de los publicistas revisionistas y en las narraciones más sobrias de los respetables historiadores revisionistas que mostraban que Rusia y sus aliados, no Alemania, eran los responsables de la guerra o, al menos, no menos responsables que los demás; que la cláusula sobre la “culpabilidad de la guerra” del Tratado de Versalles, por tanto, y las sanciones impuestas a Alemania basadas en él, eran injustas; que la reconciliación con Alemania mediante un examen favorable del tratado hubiera sido tanto conveniente como justa; que no era necesario hacer nada difícil.

De hecho, esa interpretación sobre los intereses estadounidenses era demasiado anticuada. La intervención de los Estados Unidos en la guerra respondía a la nueva, aunque todavía mal entendida, realidad que implicaba que estaban involucrados, quíerese o no, en una economía mundial y en un sistema político que no podían ignorar libremente. Tenían lazos económicos con las democracias de Europa Occidental y lazos sentimentales, que no se habían entendido bien, que demostrarían ser vínculos poderosos. La nueva situación imponía nue-

vas responsabilidades para la preservación de la paz. Los estadounidenses decidieron ignorarlas momentáneamente, pero después se vio que eran inevitables.

La reacción británica fue más complicada. Un historiador ha resumido y explicado la política de Gran Bretaña de la siguiente manera: “Nunca abandonó completamente a Francia, estimulando falsas esperanzas aquí, y nunca apoyó completamente a Alemania, provocando amargura allí. Pero, en general, aprobó concesiones a Alemania a expensas de Francia. Esta política, en gran parte instintiva, se derivaba del aislamiento y las crisis imperiales; de la reacción en contra del costo, en sangre y dinero, de la Primera Guerra Mundial; de la tradición y de consideraciones económicas; reticencia para hacer el trabajo de la aplicación del tratado y del miedo a Francia”.<sup>28</sup> Una baja en la economía y una tasa de desempleo alta a principios de la década de 1920 convenció a los británicos de que sólo la restauración de los niveles de comercio de la preguerra con Alemania restituiría fuerza a sus industrias y prosperidad a Inglaterra. Creían que los pagos significativos por concepto de indemnización obstaculizarían la recuperación de Alemania y estimularían demasiado las exportaciones alemanas en competencia con los bienes británicos.<sup>29</sup> Lloyd George, que había hablado de ahorcar al kaiser y le prometió al electorado británico que apretaría a los alemanes “hasta que chillen”, ahora “proponía una nueva mística: la reconstrucción económica de Europa a través de la recuperación de Alemania”.<sup>30</sup> Esto significaba la oposición británica a la insistencia francesa de un pago completo por concepto de indemnización en efectivo y en especie y de un empleo estricto del tratado en general. Los esfuerzos franceses por lograr la aplicación del tratado se consideraron brutales y de una intimidación egoísta, “pateando a un hombre cuando está en el suelo”, y otras formas de comportamiento poco elegante. Y le dieron credibilidad a la idea inverosímil de que Gran Bretaña tenía más que temer de Francia que de Alemania. Podría parecer extraño que Gran Bretaña temiera a su reciente aliado, él mismo dominado por el miedo de una Alemania revivida. Con seguridad, los intereses británicos y franceses se enfrentaban en muchos lugares por todo el mundo, especialmente en el Cercano Oriente, pero estos no eran problemas serios. Era la gran preponderancia militar *inmediata* del Ejército francés, el único poderoso que quedaba en Europa, lo que preocupaba a los británicos, que habían aplicado, inmediatamente, el desarme. Su súbita y autoimpuesta debilidad militar con relación a Francia, y el desarme que tuvo que realizar Alemania, los hizo oponerse a Francia y apoyar a los alemanes en un intento convencional, aunque fuese sólo semiconsciente, de establecer un equilibrio de poder. En un notable error de juicio, los británicos centraron su atención en la situación a corto plazo, ignorando realidades a largo plazo. “La superioridad momentánea del Ejército francés y de la Fuerza Aérea, junto con el programa de construcción de submarinos de Francia, alarmó a los líderes británicos

quienes pensaron, seriamente, que la próxima guerra podría ser en contra de Francia.”<sup>31</sup>

Para Inglaterra, además, tomar partido a favor de una Alemania derrotada en contra de una Francia súbitamente poderosa se correspondía con una antigua costumbre. Al igual que sir Edward Grey, Lloyd George y los líderes británicos que lo siguieron buscaron desarrollar una política que le permitiera a Gran Bretaña tener las “manos libres” para mantener el equilibrio decisivo entre las potencias en conflicto en el continente sin tenerse que responsabilizar con ninguna de ellas. Más que nunca querían librarse de un compromiso continental que los obligara a llevar a cabo una guerra terrestre en Europa. Pero su error fue más grande que el de él. Grey, al menos, ayudó a dar forma y a mantener unida a la Triple Entente que podría desanimar a un agresor o derrotarlo si fracasaba la disuasión. Los líderes británicos en el intervalo entre las dos guerras, al contrario, se opusieron resueltamente a los acuerdos europeos hasta que, prácticamente, tuvieron la guerra encima. Grey y sus colegas se enfrascaron en la competencia por el predominio naval del cual dependía la salvación de Gran Bretaña y lo ganaron. Llevaron a cabo conversaciones militares con los franceses e hicieron, al menos, los preparativos indispensables que permitieron que una fuerza expedicionaria británica desembarcara a tiempo para salvar a Francia. Los líderes británicos en el intervalo entre las guerras se desarmaron rápida y completamente y se negaron a rearmarse ante la amenaza de un peligro evidente hasta que fue muy tarde para salvar a Francia y casi demasiado tarde para salvar a Gran Bretaña. Europa, desde 1919 hasta 1939, además, estaba mucho más lejos de ser capaz de oponerse al dominio de una Alemania renaciente e insatisfecha que en 1914, y Gran Bretaña estaba mucho más débil e inepta para compensar el equilibrio de poder. Cuando los estadounidenses dejaron de asumir sus responsabilidades, Gran Bretaña tuvo que soportar ella sola la carga de mantener la paz que tanto necesitaba, pero por mucho tiempo los británicos prefirieron refugiarse en ilusiones.

La carga, por tanto, recayó sólo sobre Francia, que tuvo que enfrentar la oposición de sus antiguos aliados. En 1919, los franceses no estaban preparados en muchos aspectos para esta tarea. Para mantener su seguridad durante un largo plazo necesitaban reconstruir su capacidad industrial y sus devastados territorios, ambos destrozados por la invasión alemana; precisaban dinero para estabilizar su situación financiera y liquidar su deuda de guerra, para adquirir las materias primas, las fuentes de energía y mercados sin los cuales no podían alcanzar el crecimiento económico para respaldar a sus fuerzas militares y mantener una sociedad estable. Privados del apoyo de sus aliados, no les quedó otra opción que aprovecharse de su temporal superioridad militar para seguir una política que lograra la aplicación estricta del Tratado de Versalles y que fortaleciera a Francia y debilitara a Alemania. Entonces necesitarían concertar alianzas con los Esta-

dos antirrevisionistas de Europa Central, en una política dirigida a restringir el poder y la ambición de Alemania. Para lograr estos propósitos, Francia necesitaba el desarme alemán, control de los recursos provenientes del Sarre y del Ruhr y los necesarios pagos por indemnización. Pero los alemanes se negaron a todas estas cosas con firmeza. Mediante una serie de mecanismos, que incluían la colaboración secreta con la Unión Soviética, desafiaron las cláusulas relacionadas con el desarme.<sup>32</sup> Presionaron fuertemente para que Francia se retirara pronto del Sarre, devolviera el Ruhr, que había ocupado en 1921, y para que la Renania volviera a estar bajo la total soberanía de Alemania. No efectuaron los pagos por indemnización, ya fuese en dinero o en especie, a no ser obligados por la fuerza, aun cuando insistieron en que debía reducirse la cantidad que debían. Ellos y sus apologistas en el Oriente a menudo esgrimían argumentos complicados sobre teorías económicas para justificar el incumplimiento en el pago, pero lo cierto es que la capacidad de Alemania para pagar era irrelevante; el hecho fundamental fue que decidieron no hacerlo.

#### LAS INDEMNIZACIONES Y LA CRISIS DEL RUHR DE 1923

El Tratado de Versalles, principalmente a insistencia de los británicos, había dejado sin precisar la cantidad que tenía que pagar Alemania por concepto de indemnización.<sup>33</sup> El 5 de mayo de 1921, finalmente, se acordó una cifra en el Programa de Pagos de Londres. Aparentemente, la cifra se fijó en 132 mil millones de marcos en oro, la cantidad anunciada públicamente y que, subsecuentemente, se denunció con vehemencia. Era una suma mucho más grande de la que los alemanes podían pagar, como sabían, perfectamente, aquellos que la establecieron. Se fijó y se le hizo propaganda para engañar a la opinión pública en los países que debían recibir el pago. La deuda alemana tenía que liquidarse en tres series de bonos, A, B y C, y la mayoría estaba contenida en los bonos C. "Los bonos C se diseñaron deliberadamente para que fueran quiméricos." Las obligaciones reales de Alemania estaban contenidas en los bonos A y B y alcanzaban el total de 50 mil millones de marcos en oro, \$12,5 mil millones, "una cantidad más pequeña de la que Alemania había, recientemente, ofrecido pagar".<sup>34</sup>

Como los aliados tenían sus aduanas en Occidente, los alemanes hicieron su primer pago completo en efectivo en el verano de 1921. Cuando las fuerzas de ocupación de los aliados se retiraron, los alemanes no pudieron hacer sus pagos completos en efectivo o en especie hasta después de que el Plan Dawes recortó sus obligaciones en 1924. En el verano de 1922 se sabía que los alemanes no iban a cumplir sus obligaciones. Cada vez que un pago por concepto de indemnización estaba a punto de vencer, una inflación galopante deprecia-

ba el marco. Los alemanes planteaban que las indemnizaciones estaban provocando la destrucción de su moneda; sus contemporáneos del Oeste les creyeron, al igual que los historiadores, pero la inflación alemana había comenzado antes de la guerra, cuando el gobierno escogió financiar sus campañas a partir de préstamos y no mediante los impuestos. A finales del conflicto bélico, el marco valía sólo alrededor de la mitad de su precio en 1914. Los pagos por indemnizaciones, además, no coincidían con la inflación. En 1921 y 1922 Alemania pagó muy poco, sin embargo, la inflación aumentó rápidamente. Prácticamente, no había inflación a finales de la década de 1920, cuando los pagos debían ser los más elevados. A principio de los años veinte “los expertos británicos y franceses estuvieron de acuerdo en que Alemania estaba, deliberadamente, debilitando el marco, en parte para evitar reformas presupuestarias y monetarias pero, fundamentalmente, para evadir las indemnizaciones”, y desde entonces los archivos alemanes han demostrado que estas sospechas estaban justificadas.<sup>35</sup>

Los británicos y los franceses no se pusieron de acuerdo, sin embargo, en qué hacer. La inflación le dio una gran ventaja a los negocios alemanes por encima de sus competidores en Francia. Pidieron prestado fuertes cantidades en Alemania donde la inflación, rápidamente, reducía sus deudas, en el extranjero vendieron a precios más bajos sus productos y utilizaron sus ganancias para modernizar sus plantas. Los franceses no pudieron igualar ninguna de estas oportunidades. “Ya en 1922 estaba ocurriendo lo impensable: Alemania se estaba recuperando con la tolerancia angloestadounidense, mientras que Francia no había alcanzado ni la estabilización financiera, ni la recuperación económica, ni la seguridad.”<sup>36</sup> Durante la conferencia de paz, Clemenceau había propuesto ocupar, durante mucho tiempo, el territorio alemán como una garantía de sumisión: “[Alemania] firmará el tratado con la intención de no acatarlo, alegrará dificultades en uno u otro punto y, si no tenemos mecanismos para imponer nuestra voluntad, todo se nos escapará, poquito a poco”.<sup>37</sup> Para evitar eso, los franceses querían que los aliados se apoderaran de recursos alemanes tangibles que produzcan ingresos como garantía de pago, pero los británicos pensaron otra cosa. La coacción, afirmaban, dañaría la recuperación alemana. Aunque reconocían que los alemanes habían, deliberadamente, destruido su propia moneda para evadir las indemnizaciones, recomendaban, sin embargo, una moratoria de cuatro años en todos los pagos que permitiera que Alemania pudiera poner en orden sus finanzas. Los franceses, naturalmente, se negaron a premiar a Alemania por su terquedad, porque creían, justificadamente, que una moratoria tan larga significaría el fin de las indemnizaciones. No hubo acuerdo.

En diciembre de 1922, el Comité de Indemnización declaró a Alemania en mora por incumplimiento en sus entregas de madera. Aunque no hubo discrepancias sobre esto, ni se acusó a los alemanes de haberlo hecho de mala fe,

los británicos no estuvieron conformes, argumentando “que no se debía pedir nada a Alemania porque se negaría y entonces tendrían que hacer algo”.<sup>38</sup> Ellos sabían que la única respuesta plausible era la ocupación del Ruhr, una idea que aborrecían. En enero de 1923 los alemanes incumplieron sus obligaciones mensuales de entregar una cuota de carbón. Habían incumplido treinta y cuatro veces en treinta y seis meses y, por la misma votación de tres a uno, la comisión declaró a los alemanes formalmente en mora; los belgas y los franceses decidieron ocupar el Ruhr, gran área industrial, de una importancia vital para la economía alemana. Los británicos denunciaron la acción como ilegal e inmoral, pero no interfirieron.

La negación de los británicos y estadounidenses de ayudarlos a tratar sus graves problemas hizo que los franceses, bajo el gobierno del primer ministro Raymond Poincaré, ex presidente de la República, insistieran en que se llevara a cabo esta acción. A Poincaré le hubiera gustado evitar la ocupación asegurando la entrega de las indemnizaciones alemanas mediante el apoyo británico y los préstamos estadounidenses. Pero los industriales alemanes en el Ruhr, los británicos y los estadounidenses, todos, insistieron en que los franceses primero renunciaran a las garantías que habían recibido con el tratado y con las que contaban como su última esperanza de seguridad. La ocupación del Ruhr, por tanto, “sería la garantía necesaria que obligara a los angloestadounidenses a suscribir los pagos alemanes sin obligar a Francia a descartar los controles de Versalles”.<sup>39</sup>

El gobierno alemán ordenó una campaña de resistencia pasiva. Los franceses reaccionaron con huelgas aplastantes, enviando a sus propios trabajadores, mineros y funcionarios, protegidos por soldados. A los alemanes se les privó de la inmensa mayoría del carbón que utilizaban en su industria, lo que provocó desempleo en toda Alemania, así como en el Ruhr. El gobierno tuvo que ayudar a una gran cantidad de trabajadores que quedaron en la miseria con un presupuesto que estaba muy ajustado. Ya que el Reichstag se negó a gravar con nuevos impuestos, la única alternativa fue la impresión de moneda. El resultado fue una inflación asombrosa: el marco, que estaba a 4,2 de dólar en 1914 y en 8,9 después de la inflación provocada por la guerra, en enero de 1919 se había elevado a 17,972 durante el mes de la ocupación del Ruhr. En julio de 1923 estaba a 353,412, en octubre por encima de los 25 mil millones y en noviembre de 1923 se había elevado por encima de 4 billones con relación al dólar.<sup>40</sup>

Los efectos en la mayoría del pueblo alemán fueron graves. Los trabajadores sufrieron las consecuencias del desempleo, la caída del salario real —que incluso sus sólidos sindicatos no pudieron evitar— y la pérdida de sus ahorros. Los más afectados fueron los pequeños negociantes, los artesanos por cuenta propia y la clase media en general (*Mittelstand*). Perdieron los ahorros de toda una vida y muchos tuvieron que aceptar las prestaciones de la asistencia social.



No sólo se quedaron sin su dinero, sino también sin su autoestima, su confianza en el gobierno y muchos dejaron de creer en el sistema como tal. No resulta sorprendente que este tipo de personas estuvieran desproporcionadamente representadas en el floreciente movimiento nazi de finales de los años veinte y principios de los años treinta.

Los revisionistas británicos afirmaban que la ocupación no benefició a nadie y culparon totalmente a Francia y a su política vengativa de los disturbios políticos, económicos y del sufrimiento del pueblo. Estaban equivocados en ambas cosas. Las fuerzas de ocupación tuvieron una ganancia neta de unos novecientos millones de marcos en oro, la mayoría de los cuales fueron a parar a los Estados Unidos en forma de pagos por la deuda. La inflación le permitió al gobierno alemán liquidar su deuda interna en una moneda devaluada hasta el punto de carecer de valor. Los industriales y especuladores individuales alemanes lograron enormes ganancias. Incluso la economía británica se benefició por el declive de la competencia alemana. “La inflación astronómica fue un resultado de la política alemana, no de la ocupación en sí misma”,<sup>41</sup> como pronto lo demostró la rápida recuperación de la moneda alemana.

A medida que la ocupación se hizo más larga, desagradable y costosa, los franceses se propusieron objetivos mayores: el control de las minas en el Ruhr, un dominio permanente de los aliados sobre los ferrocarriles en la Renania, incluso la creación de un Estado renano independiente, el Estado tapón que siempre habían deseado tener como garantía para su seguridad.<sup>42</sup> Poincaré sabía que ésta era la última oportunidad de Francia para utilizar la única ventaja que tenía para impedir el desplome del Tratado de Versalles, el resurgimiento del predominio alemán y la amenaza que ello representaba para la seguridad francesa.

Al fin, los alemanes cedieron. En agosto de 1923 Gustav Stresemann se convirtió en el canciller alemán, comprometido a someterse al tratado. Poincaré trató de obtener apoyo para un plan que le proporcionaría a Francia el control de importantes bienes alemanes en el Ruhr y en la Renania, privando a los alemanes de la soberanía en el área. Los acuerdos internacionales respaldarían el nuevo convenio y proporcionarían estabilidad para Europa basada en dos principios: “integración económica de Francia con una Alemania debilitada y un apoyo financiero angloestadounidense”.<sup>43</sup> Esto, por supuesto, era inaceptable para los británicos y para los estadounidenses quienes, cada vez más, se alejaban de Francia y respaldaban a Alemania. Aislado, amenazado por el desplome del franco, presionado por los adversarios políticos, Poincaré tuvo que ceder. Acuerdos sobre los problemas de las indemnizaciones, estabilidad financiera, el futuro del Ruhr y de la Renania —la revisión *de facto* del Tratado de Versalles— se determinarían, no por una Francia en posesión del Ruhr, sino por grupos internacionales en los que los franceses estarían solos.

Un grupo así creó el Plan Dawes en abril de 1924. Reorganizó las finanzas de Alemania, respaldado por un préstamo internacional grande, y redujo eficientemente su deuda por concepto de indemnización y el calendario de pagos. Las liquidaciones, en todo caso, se pudieron hacer con mayor facilidad por la considerable inversión estadounidense en Alemania. Los alemanes aprovecharon la oportunidad de no tener que pagar en los primeros dos años y confiaban, acertadamente, en obtener reducciones futuras cuando tuvieran que hacer desembolsos mayores. Los acuerdos para la implementación del nuevo plan de indemnizaciones y para la retirada de Francia del Ruhr se elaborarían en la Conferencia de Londres en el verano de 1924. Para ese momento, a Poincaré lo habían obligado a dejar el cargo y había sido reemplazado por Édouard Herriot, más flexible e inexperto. A Francia le exigieron, casi inmediatamente, que terminara con la ocupación económica del Ruhr y que retirara sus tropas en un año. La Comisión de Indemnizaciones se modificó de tal forma para, prácticamente, impedir que se realizaran los castigos por mora. Fue una gran derrota para los franceses, a quienes se les privó de todos los mecanismos para hacer cumplir las estipulaciones del tratado encaminados a garantizarles su seguridad. El tratado había sido corregido en contra de sus deseos e intereses y todavía faltaba mucho para que concluyera el proceso de revisión. Los británicos acogieron con satisfacción el resultado de la crisis del Ruhr, pero ello puso de manifiesto que Gran Bretaña y Francia no se volverían a unir como supervisores de las ambiciones alemanas. Los franceses estaban demasiado debilitados para soportar otra vez la oposición de sus antiguos aliados. "El resultado fue una derrota moral decisiva para Francia; nunca más volvería a llevar la ventaja que había disfrutado desde 1918 hasta 1923. En lo sucesivo esa fuerza militar con la cual Francia sola podía contrarrestar la potencialmente aplastante superioridad del poderío nacional alemán volvió a recaer en una posición defensiva y de pasividad."<sup>44</sup> Gran Bretaña, y los Estados Unidos, en mucho menor medida, más adelante pagarían el precio de socavar la fuerza y la confianza de Francia en este período.

#### LOS ACUERDOS DE LOCARNO

Después de su desastre en el Ruhr, los franceses buscaron otras formas para defender su integridad. La primera posibilidad que exploraron fue tratar de lograr la seguridad colectiva a través de la Sociedad de Naciones. Junto con el primer ministro socialista de Gran Bretaña Ramsay MacDonald, Herriot promovió el Protocolo de Ginebra para el Arreglo Pacífico de las Disputas. Estipulaba que todos los miembros de la Sociedad debían estar de acuerdo en someter las desavenencias no resueltas a un arbitraje obligatorio en vez de recu-

rrir a la guerra y debían ofrecer ayuda militar a las víctimas de la agresión.<sup>45</sup> El gobierno francés tenía la esperanza de que esto garantizaría la protección que necesitaban, pero esas ilusiones no tenían mucho fundamento. MacDonald estaba interesado fundamentalmente en apaciguar a Alemania, presionando más con el desarme, especialmente el de Francia, y evitando el uso de la fuerza. En las condiciones de 1924 no imaginó que sería necesaria la pelea. No creía, a diferencia de la mayoría de los estadistas británicos, que Alemania fuera una amenaza, ni siquiera potencialmente. Las promesas de ayuda militar para defender a Francia en contra de un ataque alemán se veían “funestas y... enormes en el papel”, dijo MacDonald, pero eran, realmente, “una droga inofensiva para calmar los nervios”. Los problemas se podían resolver mediante “la acción intensa de la buena voluntad”.<sup>46</sup> Las negociaciones proporcionaron un documento lleno de resquicios legales; aún así, los dominios británicos se opusieron a todo lo que comprometiera a Gran Bretaña a emprender una acción militar, y el gobierno conservador que sucedió a MacDonald rechazó el Protocolo en marzo de 1925.<sup>47</sup>

El nuevo ministro para Asuntos Exteriores británico fue Austen Chamberlain, el hijo de Joseph Chamberlain, quien había desempeñado un papel muy importante en la política británica a finales del siglo,<sup>48</sup> y que era medio hermano del futuro primer ministro Neville Chamberlain. Austen Chamberlain se describe a sí mismo como “el miembro del gobierno más pro francés”.<sup>49</sup> Convencido de que sólo una garantía concreta calmaría los temores justificados de los franceses, respondió positivamente a una sugerencia para una fuerte alianza británica con Francia. Esos rumores llegaron a Stresemann. Una segunda amenaza a su política de revisión sin enfrentamiento, el informe final inminente del comité que investigaba el desarme alemán, lo hizo actuar. El Tratado de Versalles garantizaba que los aliados se retirarían de la Renania en tres etapas. La primera sería la evacuación de Colonia y del distrito vecino el 1 de enero de 1925, siempre que los alemanes hubieran ejecutado las obligaciones del tratado. Aunque Alemania todavía se encontraba realmente desarmada, el informe preliminar de la comisión presentado en diciembre de 1924 puso de manifiesto que los alemanes no habían realizado los requerimientos significativos relacionados con el desarme. (El informe final del 15 de febrero de 1925 “anunció el incumplimiento alemán con relación al desarme, en 160 páginas detalladas irrefutablemente”.<sup>50</sup>) Sobre esa base, los aliados le comunicaron a Alemania que la retirada no se llevaría a cabo hasta que Alemania no mostrara pruebas evidentes de su conformidad.

En enero de 1925, por tanto, Stresmann propuso a los británicos un plan para la preservación de la paz europea mediante un convenio internacional en el que tomarían parte Francia, Alemania y Gran Bretaña, entre otros, para fijar las bases de los que serían los acuerdos de Locarno. Su formulación final cons-

taba de dos elementos principales: el Tratado de Garantía Mutua, o el Pacto de Renania, un tratado de no agresión entre los Estados que bordeaban el Rin, Alemania, Francia y Bélgica; y una garantía mutua y promesa de asistencia en la que Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica e Italia se comprometían a mantener la desmilitarización de la Renania “para defender las fronteras existentes entre Alemania y Francia y Alemania y Bélgica, y para proporcionar asistencia militar a cualquiera de los signatarios que fuera víctima de una violación de estas dos promesas”.<sup>51</sup> Los acuerdos de arbitraje, el segundo elemento, eran entre Alemania y sus vecinos, Francia, Bélgica, Polonia y Checoslovaquia.

Chamberlain sospechaba, con razón, que la proposición se había hecho con el fin de prevenir una alianza franco-británica y de abrir una brecha entre Francia y Gran Bretaña. Pero él era el único funcionario británico importante que estaba a favor de un compromiso con Francia. Miembros del Comité de Defensa Imperial no querían tener ningún tipo de obligación con Francia. Arthur Balfour, antiguo primer ministro, llevó la iniciativa. “Estoy tan molesto con los franceses”, dijo, “creo que su obsesión [con la seguridad] es tan intolerablemente tonta... Están tan terriblemente aterrorizados de que el tigre se los trague, pero se pasan todo el tiempo pinchándolo”.<sup>52</sup> Imperialistas conservadores como Balfour, lord Curzon, Leopold Amery y Winston Churchill, que habían vuelto al redil conservador, se oponían completamente a una alianza anglofrancesa y a cualquier compromiso en Europa “que pudiera restringir la libertad de Gran Bretaña para servir de mediadora entre las grandes potencias”.<sup>53</sup> Después de muchas dificultades, que incluyeron una amenaza de renuncia, Chamberlain logró la ayuda del primer ministro Stanley Baldwin para persuadir al gobierno de que tomara parte en el plan que proponía Stresemann. No era lo que Chamberlain había deseado, pero fue lo más que pudo obtener.

Los acuerdos de Locarno se recibieron con entusiasmo por el pueblo, la prensa, los diplomáticos y, durante mucho tiempo, por los historiadores. Los titulares en el *New York Times* anunciaron que FRANCIA Y ALEMANIA PROSCRIBEN LA GUERRA PARA SIEMPRE y el *Times* de Londres proclamaba: PAZ AL FIN.<sup>54</sup> Stresemann tuvo mucho que ver con la naturaleza voluntaria de los convenios. A diferencia del tratado de Versalles, Alemania había negociado y aceptado los acuerdos de Locarno; por tanto, tenían un carácter de legitimidad ante los ojos de los alemanes y, de esta forma, resultarían efectivos y duraderos. Alemania aceptó tácitamente la pérdida de Alsacia-Lorena y la permanente desmilitarización de la Renania; y el Pacto de Renania parecía que obligaría a Gran Bretaña a darle a Francia la seguridad que quería con relación a un ataque alemán. El Este, sin dudas, no estaba tan protegido, pero al menos Alemania había estado de acuerdo con los tratados de arbitraje con los nuevos Estados.<sup>55</sup> Más allá de todo, estaba “el espíritu de Locarno”, un esfuerzo de adaptación y cooperación, más importante, decían muchos, que las estipulaciones

particulares. Alemania se aplacaría y Francia se tranquilizaría, y surgiría una paz verdadera. Chamberlain dijo en la Cámara de los Comunes que los acuerdos de Locarno eran “aún más valiosos por el principio que los produjo... Consideramos lo sucedido en Locarno, no como el fin del trabajo de apaciguamiento y reconciliación, sino como su comienzo”.<sup>56</sup>

Las realidades fueron muy diferentes de estos deseos agradables. Alemania logró en Locarno una gran victoria y la certeza de que su posición mejoraría todavía más. Los acuerdos de Locarno le dieron la libertad a los alemanes para buscar la revisión de sus fronteras en el Este. Presionado para que negociara un “Locarno oriental”, Stresemann se negó rotundamente. Después de muchas discusiones, acordó no tratar de cambiar el convenio oriental por la fuerza, pero incluso se negó a ponerlo por escrito. La revisión territorial en el Este la apoyaban casi todos los alemanes, y Stresemann la llamó “la tarea más importante de nuestra política”.<sup>57</sup> Los acuerdos de Locarno, de hecho, impedían que los franceses le proporcionaran ayuda militar eficaz a sus aliados orientales. Si estallaba una guerra por el corredor de Polonia, por ejemplo, Francia no podría atacar a Alemania sin que esto implicara la violación del Pacto de Renania. Las alianzas con Polonia y Checoslovaquia perdieron importancia para Francia y, por supuesto, también para sus aliados orientales, debido a Locarno. Como lo dijo un agudo diplomático alemán: “Yo soy un pobre alemán, pero no me gustaría ser polaco porque no pasaría una noche en la que pudiera dormir con tranquilidad”.<sup>58</sup> El abandono de los polacos y de los checos salvaría a los alemanes de la amenaza de otra guerra en dos frentes.

En el oeste, Francia quedó fuera del Ruhr y en cinco años quedaría fuera de la Renania.<sup>59</sup> Si los franceses alguna vez trataban de volver a entrar en territorio alemán, aunque fuese para apoderarse de las aduanas, serían castigados por el Consejo de la Sociedad, y Gran Bretaña e Italia tendrían que ayudar a Alemania. Si los alemanes se negaban a pagar las indemnizaciones o los requerimientos del desarme, los franceses habían desistido de obligarlos a cumplir con sus obligaciones. El punto principal del Pacto de Renania era fijar las fronteras alemanas con Francia y Bélgica permanentemente mediante acuerdo y, de esta forma, eliminar un grave peligro de guerra, pero ni siquiera eso era seguro. Días después de la conclusión de los acuerdos de Locarno, Stresemann le pidió a Bélgica que devolviera Eupen y Malmédy, “argumentando que sólo había prometido no alterar las fronteras utilizando medios militares”.<sup>60</sup> Los franceses aceptaron estas desventajas porque parecía que no tenían alternativa. Desesperados por obtener algún tipo de protección y deseosos de no quedar aislados, aceptaron lo que podían obtener: la promesa de no agresión por parte de Alemania y la promesa condicional de Gran Bretaña de asistencia militar.

La palabra de asistencia militar británica fue un débil eslabón sobre el que se apoyó la seguridad francesa, porque no era una garantía firme contra un

ataque alemán. En caso de enfrentamiento entre Alemania y Francia, los británicos y los italianos tendrían que decidir quién era el agresor y luego apoyar a la víctima. Los franceses y los británicos no podían realizar planes coordinados en contra de una agresión alemana, como habían hecho antes de 1914, porque Gran Bretaña no podía prejuzgar cuál de los dos podría ser el agresor. Locarno no era “una garantía en contra de la invasión”, sólo una garantía para ayudar a la parte atacada después de que hubiera ocurrido. “Una vez que fue evacuada la Renania, Locarno aseguraba [sólo] que las tropas británicas regresarían al continente para liberar a Francia del Ejército alemán.”<sup>61</sup>

En 1925, además, los británicos no tenían pensado ir a la guerra para defender a Francia. Por el momento, un ataque alemán era imposible. Para el futuro, el gobierno británico tenía la esperanza y suponía que todo saldría bien. Austen Chamberlain creía que la garantía británica de su frontera calmaría a los franceses y eliminaría sus temores. Su propia seguridad también estaría respaldada por el apaciguamiento de Alemania y su regreso al Concierto de Europa. La amistad británica y el apoyo a Francia acabarían con las tensiones y permitiría encontrar soluciones pacíficas a asuntos excepcionales.<sup>62</sup>

Winston Churchill, entre otros, insistió en que Gran Bretaña no debía hacer un compromiso que atara sus manos, que le impidiera colocarse como árbitro entre Francia y Alemania. Chamberlain, afirmó en 1926 que “la verdadera defensa de nuestro país... ya no es el Canal... sino el Rin”,<sup>63</sup> pero ni siquiera él esperaba tener que combatir en ese frente. Menos aún habían considerado los británicos defender a los vecinos orientales de Alemania, que fueron excluidos, deliberadamente, de Locarno. Sobre el corredor polaco, que ahora se había convertido en “el lugar peligroso en Europa”,<sup>64</sup> Chamberlain lo consideraba un sitio en el que “ningún gobierno británico nunca arriesgará ni podrá arriesgar los huesos de un granadero británico”.<sup>65</sup> En el debate de ratificación, Chamberlain dijo acertadamente en el Parlamento que las obligaciones británicas no podían estar “más estrechamente circunscritas de lo que están en el Tratado de Locarno”.<sup>66</sup> Para un historiador que escribe en retrospectiva: “Parece incongruente que una Gran Bretaña que se encontraba prácticamente desarmada se convirtiera en el principal instrumento para la aplicación de la paz”.<sup>67</sup> Pero los británicos no sentían la incongruencia porque, en realidad, no se sentían obligados.

Si los franceses o los ingleses hubieran considerado su situación en términos estratégicos después de Locarno, no hubieran tenido razón para alegrarse y tener esperanzas. Locarno ayudó a completar el desmantelamiento del sistema que Francia había creado para protegerse. Era inevitable que Alemania se fortaleciera, especialmente en lo que constituía el aspecto fundamental para la guerra moderna: una base industrial poderosa. En 1929 la producción per cápita era más alta que en 1913; entre 1924 y 1929 se duplicaron las exportaciones alema-

nas. Los adelantos de Alemania en la organización de la industria y en sus inversiones hizo que pronto superara a las otras potencias europeas.<sup>68</sup> Pero a pesar de su prosperidad, de su crecimiento económico y de Locarno, los alemanes no estaban ni apaciguados ni satisfechos. Incluso un “buen europeo” como Stresemann se esforzó por desarticular el Tratado de Versalles, restaurar la supremacía económica alemana en Europa, el rearmamento, la revisión, como hemos visto, de la frontera con Bélgica, y aún más, deshacer todo el acuerdo oriental. Pero Stresemann era un moderado, en el espectro político alemán. Cuando regresó de Locarno, él y sus acuerdos fueron violentamente atacados por nacionalistas más radicales. El partido nazi de Hitler instó a que se lo asesinara, y el más respetable Partido Nacionalista Alemán (PNA) estaba irritado por la concesión de la Alsacia-Lorena y por el resto de los acuerdos. Retiraron a sus ministros del Gabinete y provocaron una crisis en el gobierno. Los funcionarios del Ejército le dijeron al presidente Paul von Hindenburg que Stresemann estaba entregando su país a las potencias occidentales. Las críticas a Stresemann continuaron durante el resto de su vida y después de su muerte.

Cualesquiera que hubieran sido sus propias intenciones, había alemanes que estaban en total desacuerdo, listos para usar la fuerza y restituirle a Alemania su poder en cuanto surgiera la oportunidad. La aceptación por parte de Stresemann del Plan Dawes y el trabajo de la Conferencia de Londres en 1924 se habían denunciado en el Reichstag como “una política de esclavización” y Ludendorff declaró: “¡Esto es una deshonra para Alemania! Hace diez años gané la batalla de Tannenberg. ¡Hoy han hecho un Tannenberg judío!”.<sup>69</sup> Si personas así llegaban al poder, los acuerdos tomados en Locarno proporcionaban pocos mecanismos realistas para prevenir el rearmamento de Alemania y la revisión forzosa de la situación en Europa. Como una cuestión práctica, la seguridad de Francia después de 1925 descansaba en sus propias fuerzas; en sus alianzas con la Pequeña Entente, es decir, Polonia, Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia, especialmente en los dos primeros Estados, que tenían fronteras con Alemania; y en la garantía militar británica de sus límites con Alemania. A menos que Francia pudiera proteger a sus aliados orientales, ellos constituirían una gran responsabilidad en vez de una ventaja, pero la única forma efectiva de hacerlo era atacando a Alemania desde el oeste. Una sólida estrategia defensiva, por tanto, requería un componente ofensivo fuerte que fuera móvil y rápido, siempre listo para atacar. Una fuerza y una estrategia así pudo haber tenido un efecto disuasivo grande en Alemania, hubiera funcionado como una protección para los aliados de Francia y era algo que los franceses podían haber hecho por sí mismos. El desastre de Ruhr, sin embargo, y la desavenencia que provocó con Gran Bretaña y los Estados Unidos, colocó a los franceses completamente a la defensiva, tanto psicológica como estratégicamente. Sus estrategias militares concibieron un ejército extenso que sólo podía pelear des-

pués de una larga espera, totalmente inapropiado para la tarea más importante. “El sistema francés de alianzas descansaba en un sinsentido estratégico.”<sup>70</sup>

La promesa británica era todavía más débil que su carácter intrínsecamente equívoco y de lo que podría sugerir la ausencia de cualquier expectativa real que pudiera cumplir ese compromiso. En noviembre de 1918 las fuerzas británicas estaban compuestas por más de 3,5 millones de hombres; dos años más tarde, la cifra era de 370.000. En agosto de 1919, los británicos adoptaron una política de defensa basada en el Gobierno de los Diez Años, según la cual “se asumiría... que el Imperio británico no participaría en una guerra grande durante los próximos diez años, y que ninguna Fuerza Expedicionaria se necesita para esos propósitos”. Aunque esto tenía cierto sentido en 1919, la regla se mantuvo hasta 1932. En los años 1919-1920 y 1920-1921, el presupuesto de Defensa se redujo, de 502 millones de libras esterlinas a un quinto de esa suma y las cantidades que se fijaron para gastos anuales durante el Gobierno de los Diez Años fueron de 60 millones de libras esterlinas para la Armada y 75 millones de libras esterlinas para el Ejército y la Fuerza Aérea en su conjunto.<sup>71</sup> “Se permitió que el ejército se deteriorara tanto en la década de 1920 que en 1933 era incapaz de proporcionar, en un tiempo razonable, al menos una Fuerza Expedicionaria de segunda categoría, equipada para enfrentarse a un adversario de segunda clase en Europa.”<sup>72</sup> Los británicos se desarmaron tan rápido y de forma tan absoluta después de la guerra que eran “totalmente incapaces de cumplir con el compromiso británico, como señalaron los jefes del Estado Mayor en su informe anual en 1926 y en muchas otras ocasiones”.<sup>73</sup>

Este corte rápido y extraordinariamente profundo en los gastos para la defensa era comprensible a la luz de los graves problemas financieros de Gran Bretaña. Los pagos por interés de la deuda nacional, alrededor de un 12% de los gastos del gobierno en 1913, habían crecido hasta un 40% a finales de la década de 1920.<sup>74</sup> Era natural que trataran de disminuir esa cifra todo lo posible y rápidamente. Pero el costo de un corte tan drástico sería enorme, no sólo a corto plazo, sino en el futuro y con consecuencias más graves. Cuando al fin los británicos descubrieron la necesidad de rearmarse pronto a finales de la década de 1930, a la descuidada industria bélica le costó trabajo enfrentar el desafío:

Los largos y difíciles años en los que no se construyó, prácticamente, nada, la falta de incentivos para la innovación tecnológica, la no disposición para invertir capital en campos considerados como no rentables y, en general, el sostenido declive en los nervios industriales del país durante la depresión provocaron sus propios resultados. La capacidad productiva de la nación como un todo, y en aquellas firmas especializadas en armamentos en particular, se había reducido mucho para que pudiera recuperar-



se sin que se realizaran grandes inversiones en fábricas y en máquinas herramientas. De este modo, incluso cuando se liberó dinero para nuevas armas, fue imposible construir, digamos, todos los aviones de combate y bombarderos que se deseaban; y hasta 1939, el Almirantazgo no pudo hacer mucho más que supervisar la construcción de los buques para elevar la fuerza de la Armada hasta donde debía estar en 1930, incluso bajo las restricciones del tratado internacional.<sup>75</sup>

Por el momento, sin embargo, el “espíritu de Locarno” parecía funcionar. En septiembre de 1926, Alemania entró en la Sociedad de Naciones como miembro permanente y del Consejo, un símbolo del fin de su deshonra y aislamiento. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Aristide Briand, proclamó el fin del antagonismo franco-alemán y declaró: “¡Eliminemos los rifles, las ametralladoras y los cañones! ¡Busquemos la reconciliación, el arbitraje y la paz!”.<sup>76</sup> Para Alemania, el nuevo acercamiento proporcionó rápidos dividendos. La zona de Colonia de la Renania se evacuó el 1 de diciembre de 1925 y el número de tropas en las otras zonas se redujo al año siguiente. El comité que inspeccionaba el desarme alemán dejó de tener una función importante y se retiró completamente en enero de 1927, permitiendo que los alemanes quedaran libres para continuar violando el tratado sin temor a las quejas, aunque Alemania permaneció, fundamentalmente, desarmada.

Después de Locarno, la política exterior alemana se convirtió en “una serie cuidadosamente calibrada de pasos diplomáticos calculados para alcanzar metas detalladas y afines que, sumadas, desmantelarían gradualmente el Tratado de Versalles”. El objetivo final de Alemania era “reconstruir e incluso expandir la posición de Gran Potencia que tenía el Reich alemán antes de la guerra”.<sup>77</sup> Stresemann tenía la esperanza de poder alcanzar este objetivo completamente, o casi totalmente, de forma pacífica, pero otros alemanes esperaban utilizar la fuerza y algunos consideraban las fronteras de marzo de 1918, no las de 1914, como el blanco apropiado. La entrada en la Sociedad de Naciones no era simplemente un símbolo del regreso de Alemania al estatus de gran potencia sino parte del plan revisionista.<sup>78</sup> Una carta que fortalecía la posición revisionista de Alemania era su relación con la Unión Soviética. En 1921 los alemanes habían comenzado una colaboración militar secreta con los rusos en cuyo territorio podían construir los tanques, los aeroplanos y los gases venenosos prohibidos en Versalles y podían entrenar, tanto a los rusos como a los alemanes, para usarlos.<sup>79</sup> En abril del siguiente año firmaron el Tratado de Rapallo mediante el cual Alemania concedía reconocimiento oficial a la Unión Soviética y estimulaba el comercio al establecer un estatus mutuo de nación-más-favorecida. Esto alarmó mucho a las potencias occidentales, que temieron la expansión del comunismo y del poder soviético. Hasta cierto punto, ellos habían favore-

cido la integridad territorial de Alemania para garantizar una barrera contra la penetración soviética en Europa. La amenaza de relaciones más estrechas de Alemania con los soviéticos contribuyó a persuadir a los diplomáticos occidentales a apoyar las reivindicaciones y demandas alemanas y Stresemann, inteligentemente, se aprovechó de sus temores. En Locarno había obtenido la exención del artículo 16 del convenio de la Sociedad, que exigía que Alemania permitiera el tránsito de tropas de la Sociedad para aplicar sanciones a otro país e impedía la participación de Alemania en las sanciones. Esto era útil para el objetivo de revisión en más de una forma. Disminuía intrínsecamente el potencial de la Sociedad para buscar seguridad colectiva a través de la aplicación de sanciones. En cualquier altercado entre Polonia y Rusia, además, los polacos quedarían aislados, ya que ninguna tropa de Occidente podría atravesar Alemania sin consentimiento. "Así... el primer paso se tomó para debilitar la alianza franco-polaca y la posible degradación de la hegemonía continental francesa."<sup>80</sup> De ninguna manera, finalmente, Stresemann daría la impresión de ayudar al Oeste en contra de los rusos, porque el temor de una colaboración soviética-alemana era una herramienta útil. Para tranquilizar a los soviéticos, alarmados por la entrada de Alemania en la Sociedad, Stresemann firmó el Tratado de Berlín en abril de 1926, que, esencialmente, confirmaba el Tratado de Rapallo. La primera reacción occidental fue de consternación y malestar, y fue utilizada por Stresemann para alcanzar sus fines. En mayo de 1927, Chamberlain le dijo a Briand: "Estamos luchando con la Unión Soviética por el alma de Alemania... [M]ientras más difíciles se ponían nuestras relaciones con Rusia, más importante era que uniéramos a Alemania, con firmeza, a las Potencias Occidentales".<sup>81</sup> De Alemania llegaron noticias inquietantes. Un artículo en el *Manchester Guardian* reveló la colaboración secreta entre los ejércitos soviético y alemán; abundaban rumores de que los alemanes estaban preparando otro ataque al corredor polaco; la Stahlhelm, una organización paramilitar de nacionalistas extremistas, hostiles a un acuerdo con el Oeste y con la República de Weimar, creció hasta tal punto que, en 1927-1928, sus líderes aseguraron que tenían una membresía de un millón de hombres. Uno de los miembros de la izquierda alemana, algo nervioso, advirtió que "por cada soldado francés que abandonara la Renania, surgirían diez soldados de Stahlhelm",<sup>82</sup> aún así, Stresemann pudo obtener, de las potencias occidentales, la retirada de las tropas y que concluyeran las inspecciones ya mencionadas a los armamentos.

Stresemann continuó presionando para que se realizaran más revisiones. Todavía quedaban fuerzas de ocupación en la Renania y abandonó su tono conciliatorio y exigió que las evacuaran inmediatamente, refiriéndose a la ocupación como a una "cortina de hierro".<sup>83</sup> El primer gran pago por concepto de indemnizaciones bajo el Plan Dawes llegaría pronto, además, él esperaba lograr reduc-

ciones insistiendo, sin embargo, en que los alemanes no aceptarían nuevos calendarios de pagos si no se daba fin a la ocupación. En agosto de 1929 las potencias involucradas se reunieron en La Haya para discutir ambos problemas en lo que llamaron “la Conferencia sobre la liquidación final de la guerra”. Gran Bretaña estaba representada por Philip Snowden, secretario de Economía y Hacienda del nuevo gobierno Laborista que recientemente había sustituido a los conservadores. Estaba decidido a incrementar la parte que le correspondía a Gran Bretaña de los pagos por indemnizaciones y a eliminar los gastos de las tropas de ocupación británicas en la Renania. Con argumentos implacables en los que “no hizo concesiones, ni de dinero ni de palabras”<sup>84</sup> ganó para Gran Bretaña una proporción mayor de las indemnizaciones en el nuevo Plan Joven, que reemplazó al Plan Dawes y, una vez más, se redujeron los pagos de Alemania. Briand presionó para que se efectuara una verificación constante del desarme alemán y para que continuara la ocupación de la Renania hasta 1935, pero los británicos se opusieron, amenazando con retirar, unilateralmente, sus propias tropas de la zona norte. Presionados por ellos, los franceses cedieron y aceptaron la evacuación el 30 de junio de 1930.

El Plan Joven se le propuso a una Alemania que ya sufría un serio declive económico y problemas de desempleo, lo que aumentaba su impopularidad. Alfred Hugenberg, líder del Partido Nacionalista alemán, formó un comité para dirigir una campaña en contra de la ratificación y en contra de los programas de Stresemann en general. Se le unieron el líder de la Liga Pan-alemana, el jefe del Stahlhelm, Fritz Thyssen, un importante líder industrial, y Adolf Hitler, hasta ahora, el infamante líder de los nazis. Este grupo propuso una nueva ley “en contra de la esclavitud del pueblo alemán”, para someterlo a consideración en un referéndum nacional.<sup>85</sup> Esta llamada Ley de Libertad exigía el rechazo de la cláusula sobre la culpabilidad de la guerra y la evacuación inmediata de todo el territorio alemán ocupado. Declaró como alta traición la firma del Plan Joven e insistía en que el canciller y sus ministros fueran a prisión por el papel que desempeñaron en su negociación. Esta proposición extraordinaria obtuvo alrededor de un millón de firmas, suficientes para poderla presentar al Reichstag. Allí fue rechazada abrumadoramente, pero unos cinco millones de alemanes la aprobaron en el referéndum popular que se llevó a cabo. Un historiador especialista en Alemania ha descrito claramente su significado: “no era insignificante el hecho de que 5.825.000 alemanes votaran a favor de la Ley de Libertad y estuvieran aparentemente dispuestos a repudiar el trabajo del estadista más importante de la República, a calificarlo a él y a sus asociados como traidores y a optar por una política que desafiaba al resto del mundo y sus nociones sobre ley pública. Esto y las técnicas empleadas para lograr el resultado eran señales inquietantes de la radicalización de los métodos de Alemania y el comienzo de los intentos para movilizar a las masas en contra del sistema parlamentario”.<sup>86</sup>

Es una opinión generalizada creer que Alemania se convirtió en una amenaza para la paz de Europa sólo después que la Gran Depresión había logrado destrozar su prosperidad, había desacreditado a la República de Weimar y le había abierto el camino a las fuerzas siniestras simbolizadas por Adolf Hitler y su Partido Nacional Socialista. Hay, por supuesto, algo de verdad en un punto de vista tan extendido, ya que la Depresión y el apogeo de Hitler fueron acontecimientos cruciales sin los cuales el curso de la historia hubiera sido muy diferente. La República de Weimar no era ni la Alemania nazi ni el imperio de Guillermo II. Era, fundamentalmente, una república democrática con muchas de las restricciones, agresivas y militantes, en política exterior, que tienen las democracias modernas. Es posible que, con el tiempo, el interés en su objetivo más aventurado y peligroso hubiera desaparecido, como el deseo de recuperar la Alsacia-Lorena, incluso mediante la guerra, se había desvanecido en Francia. Sin embargo, es importante observar que, para finales de la década de 1920, Alemania estaba prácticamente libre de los controles impuestos por el Tratado de Versalles, se estaba rearmando con armamento nuevo, estaba enseñando a sus oficiales y a sus hombres tácticas modernas y ya había recuperado el liderazgo como potencia industrial. Casi todos los alemanes todavía estaban resentidos por el acuerdo territorial, especialmente en el Este, y su legitimidad y permanencia habían sido socavadas por el silencio de los acuerdos de Locarno. Las naciones amenazadas por la recuperación de la independencia y el poderío alemán no podían oponerse con eficacia a Alemania sin la amenaza de una agresión francesa en el Oeste, pero las posibilidades de un ataque así quedaron eliminadas por la evacuación de la Renania y la estrategia y la actitud puramente defensivas adoptadas por Francia. En estas circunstancias no parece posible que se hubiera podido prevenir una guerra europea, aun cuando Hitler nunca hubiera llegado al poder. Con seguridad, Alemania hubiera presionado a una Polonia aislada para ajustes territoriales a los que los polacos, seguramente, se hubieran negado. Un ataque alemán a Polonia, llevado a cabo por un régimen conservador y nacionalista, hubiera preocupado menos que el que lanzó Hitler en 1939, pero hubiera sido grave. El problema alemán estaba, otra vez, en el centro de la cuestión de la paz europea, pero no había nadie, ni en Alemania ni en otro lugar, que estuviera dispuesto y pudiera dar los pasos necesarios para preservarla.

Este estado de cosas había sido creado por una política, más o menos consciente, de negligencia y apaciguamiento, por parte de los Estados Unidos y Gran Bretaña. La negativa de los Estados Unidos de proporcionar una garantía para la seguridad francesa había ayudado a crear esta situación. El respaldo estadounidense a los alemanes, en la forma de presión sobre Francia y la inversión de capital en Alemania, había puesto fin a Versalles.<sup>87</sup> Aunque los británicos contaban con poco capital para invertir, siguieron la misma política que, ya

en 1929, había provocado un importante cambio en el equilibrio de poder así como una situación internacional crecientemente inestable.

En 1950, Winston Churchill hizo una distinción en la Cámara de los Comunes entre dos tipos de apaciguamientos: “El apaciguamiento en sí mismo puede ser bueno o malo según las circunstancias. El apaciguamiento a partir de la debilidad y el temor es tanto vano como fatal. El apaciguamiento a partir de la fuerza es magnánimo y noble y podría ser el camino más seguro y, quizás, el único, que condujera a la paz mundial”.<sup>88</sup> Desde 1919 hasta 1935, se ha dicho, “el principio fundamental del apaciguamiento [británico] fue la concesión a través de la fuerza”. Los que llevaron a cabo este principio no actuaron por miedo; no eran “hombres equivocados que confundieron la debilidad con la caridad”. Para ellos, “el apaciguamiento era una política de optimismo y esperanza, incluso en momentos duros”.<sup>89</sup> Los estadistas británicos de estos años, sin dudas, estaban llenos de esperanza y optimismo pero es difícil creer que actuaban a partir de la fuerza. Rápidamente disiparon el poder militar británico y establecieron una política que impidiera que se pudiera restablecer con prontitud. Entonces, se dedicaron a contener y a desestimular el poderío militar de Francia, que era su única defensa tangible en contra de la posibilidad de una Alemania recuperada y revanchista. Finalmente, ayudaron enérgicamente a la restauración de Alemania como la potencia industrial más poderosa en Europa y pusieron fin a importantes supervisiones de su rearme clandestino, aun cuando entorpecían la recuperación industrial de Francia y la privaban de medios palpables para oponerse al poderío creciente de Alemania. Cualquiera que haya sido la fuerza de Gran Bretaña después de la guerra, su verdadero peso y efectividad disminuyó rápidamente y pronto fue algo puramente teórico. Si los británicos hubieran conservado una organización militar considerable; si hubieran hecho un tratado defensivo con Francia y lo hubieran respaldado con las fuerzas apropiadas; si hubieran, entonces, llevado a cabo ajustes en los acuerdos de Versalles, como parecía ser posible y apropiado, y hubieran ayudado a la recuperación de Alemania después que se hubiera garantizado la seguridad de Francia; una política así hubiera merecido llamarse de apaciguamiento a partir de la fuerza. Al convertir un programa alemán de provocación agresiva en una postura obviamente suicida también hubiera fortalecido la mano de políticos más moderados como Stresemann. Líderes como Stresemann eran nacionalistas y buscaban la revisión de los tratados, pero eran hombres racionales y prácticos que podían ser disuadidos de alguna forma, lo que no se podía hacer con Hitler. El verdadero apaciguamiento a partir de la fuerza era una política que valía la pena intentar, pero no es la que buscaban los británicos.

La política británica, de hecho, *era* débil y equivocada: “no fue, solamente, evasiva y de un autoengaño característico sino que, al tener que dejar tan atrás

las realidades estratégicas y de poder, convertidas ahora en verdadera fantasía, quedó como un financiero poco sólido que, privado de recursos en efectivo, se miente a sí mismo y a sus acreedores con grandiosas transacciones de papel".<sup>90</sup> Vale la pena analizar por qué los británicos actuaron así. No se puede negar que Gran Bretaña se enfrentó a cuestiones prácticas muy serias que obstaculizaban alcanzar un acuerdo continental significativo. La victoria y el sistema de mandato habían incrementado las responsabilidades imperiales británicas por casi todo el globo. Al mismo tiempo, los dominios se estaban haciendo más independientes y tenían menos disposición para ofrecer asistencia militar a los británicos. El nacionalismo, a veces en la forma de rebelión, se estaba abriendo paso en el imperio colonial y resultaba un peso, cada vez mayor, sobre los recursos militares de Gran Bretaña. En la cercana Irlanda los problemas eran lo suficientemente graves como para requerir la presencia de entre tres o cuatro divisiones de tropas. En julio de 1920 una apreciación del Estado Mayor de las "Obligaciones Militares del Imperio" informaba que "nuestros deberes son tantos y, al mismo tiempo, tan indeterminados, que para calcularlos sólo podría hacerse mediante conjeturas".<sup>91</sup> Las mismas fuerzas que llevaron a muchos líderes británicos a alejarse del continente y a concentrarse en el imperio, antes de la guerra, siguieron en igual dirección después de ella, cuando el desafío era todavía mayor.

Simultáneamente, las finanzas británicas se habían complicado. La deuda nacional había crecido de 650 millones de libras esterlinas a 7.500 millones de libras esterlinas y los impuestos se habían cuadruplicado.<sup>92</sup> La capacidad de Gran Bretaña para competir en el mundo industrial moderno estaba disminuyendo en comparación con los competidores más actualizados, como los Estados Unidos y Alemania. Otras naciones, principalmente los Estados Unidos, estaban asumiendo la responsabilidad y las ganancias que inicialmente pertenecían a Gran Bretaña en su papel de banquero mundial y asegurador, los "activos invisibles" que tanto habían contribuido a la riqueza y a la influencia de Gran Bretaña. En octubre de 1922 Bonar Law declaró que "no podemos actuar solos como el gendarme del mundo... las condiciones financieras y sociales del país lo impiden".<sup>93</sup> En la tradición de los políticos liberales del siglo XIX, tanto el Partido Conservador como el Partido Liberal consideraban la prosperidad económica como el objetivo nacional y como la solución al problema de la guerra. "Los intereses del Imperio británico en los países extranjeros", dijo Stanley Baldwin, "son, antes que todo, económicos y comerciales. Cuando decimos que la paz es el interés fundamental de Gran Bretaña, queremos decir que el comercio y los negocios británicos, que son esenciales para la vida de nuestro pueblo, florecen mejor en condiciones de paz". Ramsay MacDonald dijo que en repetidas ocasiones trató de lograr acuerdos en Ginebra para obtener "confianza internacional sobre la cual podamos sentar las bases para la paz... [porque] queremos

seguridad y estabilidad para la clase obrera y para el interés económico en este país”.<sup>94</sup> Estos hombres creían que la recuperación de un bienestar económico aplacaría los resentimientos y traería la paz. Esto requería asistencia económica para Alemania, reconocer el predominio económico alemán en *Mittleuropa*, proporcionar crédito para ayudar a que Alemania obtuviera materias primas y colocarla otra vez en el sistema internacional de comercio. Sus acciones se basaban en “una esperanza, quizás una certeza, de que podría existir un avance económico que evitara el conflicto. Existía una ‘tendencia economicista’ dominante que estimaba que los Estados iban a combatir por razones económicas”.<sup>95</sup> Para un historiador que escribió poco después del estallido de la Segunda Guerra Mundial resultaba “asombroso que los británicos, incluso cuando trataron con Hitler, confiaran tanto en las posibilidades de algunos acuerdos económicos puros para complacer a otras naciones o para distraer su atención de aspiraciones políticas o territoriales indeseadas para Gran Bretaña”.<sup>96</sup>

Se escapaba el hecho de que los pueblos y las naciones van a la guerra por motivos más profundos y menos “racionales” que los económicos y el reconocimiento de la necesidad de adoptar una estrategia sólida y de proporcionar la capacidad militar para llevarla a cabo. Los alemanes se sentían francamente ofendidos con relación a los asuntos territoriales, nacionalistas y del honor, que tenían muy poco que ver con los asuntos económicos. Se aferraron a lo que consideraban las injusticias del acuerdo. Pero, si a Alemania se le concedía “justicia” con la rectificación de sus fronteras, ¿no traería esto como resultado que recuperara su dominio sobre el continente, a menos que sus vecinos, otra vez, se unieran para enfrentársele? “Y si, en realidad, recobraba el control sobre el continente, ¿qué seguridad habría para una Gran Bretaña que ahora, por primera vez en su historia, *era* verdaderamente vulnerable?”<sup>97</sup>

A partir de este sentido de debilidad llegamos, quizás, a una explicación más profunda del comportamiento y la política británicos, incluso en los años que precedieron a Hitler, menos “racional” que los argumentos económicos, menos dignos de admiración que los argumentos de “juego limpio”, reconciliación, comprensión, incluso de caridad cristiana. Las pérdidas humanas británicas en la guerra fueron terribles: alrededor de 700.000 muertos, un nueve por ciento del total de hombres de menos de 45 años, y un millón y medio de heridos graves.<sup>98</sup> De los muertos, unos 37.000 eran oficiales, que pertenecían, principalmente, a lo que en aquella época se conocía como “las clases gobernantes”. Los poetas y otros escritores lamentaron estas bajas, creando la poderosa metáfora de la “generación perdida”, muertes que privaron a la nación de un liderazgo importante y contribuyeron a la decadencia británica. En un típico pronunciamiento, realizado en 1933, Stanley Baldwin dijo: “Vivimos a la sombra de la última guerra y su recuerdo todavía nos enferma... ¿Han pensado lo que ha significado para el mundo todas esas muertes, que troncharon las vidas

de nuestros mejores y más queridos contemporáneos, cuánto ha sufrido nuestro pueblo porque aquellos que debían haber sustituido a nuestra cansada y desilusionada generación no están aquí?"<sup>99</sup>

El sentimiento de vulnerabilidad surgió, no sólo a partir de estos amargos recuerdos de las pérdidas ocurridas en la última guerra, sino por el miedo creciente de enfrentar peligros aun mayores en la próxima. La amenaza de bombardeos aéreos era el nuevo temor, que generalmente se describía como algo irresistible e insoportable. Ya en 1922, un subcomité del Comité de Defensa Imperial dio a conocer su estimado de las consecuencias probables de un ataque aéreo enemigo: "El tráfico por ferrocarriles se desorganizaría, se interrumpirían los abastecimientos de alimentos y es muy posible que, después de estar sometidos durante varias semanas a la tensión de estas agresiones, la población quedaría tan desmoralizada que insistiría en que se acordara un armisticio".<sup>100</sup> Aunque recomendó que se debía trabajar en el campo de la defensa, asumió que tendría sólo un efecto marginal. La teoría dominante era que los bombardeos no se podían impedir. En 1932, Baldwin le dijo a la Cámara de los Comunes: "Me parece bien que el hombre de la calle se dé cuenta de que no existe ningún poder en la tierra que lo pueda proteger de los bombardeos. No importa lo que le digan, los bombardeos continuarán". La única esperanza era a través de la disuasión, proporcionada por un trato igual: "La única defensa es la ofensiva, lo que significa que tendrás que asesinar mujeres y niños más rápidamente que el enemigo si quieres salvar a los tuyos".<sup>101</sup>

Ya en 1923, Arthur Balfour, trabajando en otro comité que ayudó a establecer la política británica, había llegado a las mismas conclusiones: la garantía final para la paz era "la certeza que tuviera cada hombre, mujer y niño civilizados de que se destruiría a todo el mundo si hay guerra: a todos y a todo". Aquí vemos el nacimiento de la política adoptada más tarde por los Estados Unidos en la era nuclear, Destrucción Mutuamente Asegurada (DMA) (Mutually Assured Destruction, MAD), la que, deliberadamente, renunciaba a realizar serios esfuerzos para defenderse contra los ataques aéreos y se basaba, completamente, en el terror que provocarían las represalias, para prevenir una guerra futura, quedándose sin recursos para la defensa en el caso de que fracasara la disuasión. Si los británicos la hubieran seguido fielmente, los hubieran devastado y derrotado en la Segunda Guerra Mundial. No cabe duda de que el recuerdo de esas pérdidas en la guerra y los temores de esos horrores futuros jugaron un papel importante a la hora de diseñar la política en el intervalo de las dos guerras. "En algún momento, durante las fiestas [por la victoria] se formuló esa frase simple que el pueblo, no sólo de Gran Bretaña sino también de los Dominios, decidió que debía ser el epitafio de su casi millón de muertos: nunca más. Desgraciadamente, iba a ser algo más que un epitafio; iba a ser una política —y una política que tendría consecuencias desastrosas—".<sup>102</sup>



El apaciguamiento británico en la década de 1920 no fue el trabajo de un pequeño grupo de ideólogos aislados del estado de ánimo del resto del país. Los primeros ministros y los gabinetes que representaban a los liberales, conservadores y laboristas seguían el mismo rumbo. Algunos comenzaron ese camino incluso antes de que se concluyeran los tratados de paz; rápidamente, la mayoría de los que pertenecían a la clase gobernante se les unieron. El nacionalista e imperialista valiente, el símbolo mismo de la tenacidad y el coraje británicos, Winston Churchill, dijo en 1921: "La meta es lograr un apaciguamiento de los temidos odios y antagonismos que existen en Europa y lograr que el mundo se aplaque. Y no tengo otro objetivo en perspectiva".<sup>103</sup> Hombres inferiores se sometieron sumisamente a esa política, incluso cuando cambiaron las condiciones y se requería una nueva valoración, pero "el apaciguamiento era la piedra angular de la política exterior en el período entre las dos guerras".<sup>104</sup> Los hombres que diseñaron y ejecutaron la política británica en la década de 1930 tienen que responder por muchas cosas, pero sería un error ignorar la difícil situación creada por sus predecesores. Después de 1930, el apaciguamiento por la fuerza dejó de ser una opción. El único camino fue continuar la bien fundada política y continuar cediendo ante la fuerza alemana, incluso cuando fuera muy arriesgado hacerlo, o asumir un brusco cambio de curso, una política que, seguramente, sería impopular, difícil de desarrollar y con muchos gastos y peligros inmediatos.

#### LA CAÍDA DE LA REPÚBLICA DE WEIMAR

El año de 1929, el punto medio en las dos décadas entre las guerras, fue un momento clave. En octubre de ese año Gustav Stresemann murió y, junto con él, el programa, políticamente cauteloso aunque decidido, de la revisión pacífica del Tratado de Versalles a favor de Alemania. En el mismo mes, la crisis del mercado de valores de Wall Street desencadenó una gran depresión que acabó con todo el mundo industrializado, con consecuencias políticas de gran significado para Europa, especialmente para Alemania. Alemania había estado sufriendo una depresión económica mucho antes del *crack* en el mercado de valores de Nueva York, pero debido a su impacto en los acreedores de Alemania, "el *crack* de Wall Street marcó, no sólo el fin de la era de Stresemann, sino también el principio del fin del parlamentarismo de Weimar".<sup>105</sup> El pánico financiero llevó a los estadounidenses a establecer altas barreras arancelarias a las importaciones extranjeras y a reducir sus préstamos. Las nuevas barreras a las exportaciones y la retirada del capital estadounidense devastaron a los alemanes. Los negocios sufrieron, el desempleo creció y los efectos se sintieron en el ruedo político. Las fortunas de los partidos que siempre habían apoyado

a la República de Weimar se hundieron, mientras que los partidos extremistas, antirrepublicanos y anticapitalistas, los comunistas y los nazis ganaron nuevas fuerzas. Cada uno de ellos, y también otros, se agruparon en organizaciones paramilitares que se enfrentaron entre sí en las calles. La República parecía incapaz de gobernar y Alemania se parecía a "Roma en la quinta década antes de Cristo, cuando el poder civil perdió su autoridad y los soldados y los demagogos tomaron el poder".<sup>106</sup>

A los líderes del Ejército les preocupaba mucho que el país pudiera desintegrarse y comenzara una guerra civil, pero no estaban dispuestos a aceptar una responsabilidad directa en el gobierno, y preferían trabajar a través de intermediarios políticos que ellos esperaban controlar. Fue una tarea delicada que demostró estar por encima de sus capacidades. En marzo de 1930, el gobierno amplio, dirigido por un socialista, Hermann Müller, cayó. El general Wilhelm Groener, ministro de Guerra, y su asociado, el general Kurt von Schleicher, jefe del buró político del ministro, desempeñaron papeles importantes en la formación del nuevo gobierno. Su objetivo era seleccionar un gabinete dispuesto a dejarse llevar por sus puntos de vista, que estuviera por encima de ambos partidos, independiente del Reichstag y dependiente, para su autoridad, del presidente Hindenburg, en quien podía confiarse para seguir las políticas del ejército.<sup>107</sup> Escogieron como nuevo canciller a Heinrich Brüning del Partido Católico Centrista.

El plan de Brüning como canciller se interpreta, a veces, como uno que busca solucionar problemas internos a partir de alcanzar éxitos en la política exterior, específicamente, al reducir o poner fin a los pagos por indemnizaciones y a la limitación de armamentos impuesto por el Tratado de Versalles.<sup>108</sup> Hay pruebas suficientes, sin embargo, de que la política exterior, en el sentido de querer restituir a Alemania a la independencia política y al estatus de gran potencia, era su preocupación principal y que estaba preparado para correr grandes riesgos y causar terribles sufrimientos internos para poder alcanzar sus metas en la otra esfera.

El canciller lanzó un programa de una rigidez fiscal estricta con consecuencias deflacionarias deliberadas, elevando los impuestos y reduciendo los gastos del gobierno, incluyendo seguros de desempleo, pero sin disminuir el presupuesto militar. Cuando esta proposición fue rechazada por el Reichstag, Brüning recurrió al infame artículo 48 de la Constitución de Weimar, que le permitía promulgar leyes mediante decreto presidencial. Fue un brusco alejamiento de los principios del gobierno republicano, y no sería el último. Brüning, entonces, convocó a nuevas elecciones, con la esperanza de encontrar un Reichstag más complaciente con sus políticas, pero su juicio, en ese sentido, fue imperfecto. Las elecciones del 14 de septiembre de 1930 fueron una gran victoria para los partidos extremistas: los comunistas ganaron setenta y siete

escaños, pero los mayores triunfadores fueron los nazis de Hitler. En las elecciones de 1928 habían recibido 809.000 votos y 12 escaños en el Reichstag. En 1930 obtuvieron 6.400.000 votos, "lo que significaba que 107 camisas negras iban a entrar al Reichstag".<sup>109</sup>

Líderes políticos en Gran Bretaña y los Estados Unidos consideraban que Brüning era un exponente de responsabilidad financiera y moderación política, pero sus memorias y diferentes pruebas sugieren que estaba considerando otra cosa. Le dijo al Ejército, a los nacionalistas y a Hitler que le daba la bienvenida a su oposición pública "y así podía utilizar esto en la diplomacia... al presentarse como el alemán moderado a quien se deberían ofrecer concesiones".<sup>110</sup> En octubre de 1930, explicó sus planes a Adolf Hitler, el nuevo político influyente. En la primera etapa, la política económica se llevaría cabo al servicio de la política exterior. Las medidas deflacionarias de todo tipo se utilizarían para endurecer a Alemania "para que pudiera resistir cualquier fuerza externa y estuviera en posición de explotar la crisis económica mundial para presionar a las restantes potencias".<sup>111</sup> Los apuros financieros mostrarían a las naciones occidentales que Alemania no estaba en condiciones de asumir los pagos por concepto de indemnizaciones. Alemania tendría que depender lo menos posible de las importaciones; junto con la solidez fiscal obtenida por la austeridad interna, la autarquía le permitiría a Alemania liberarse del Plan Joven, las indemnizaciones y la reducción del armamento. Aunque Brüning había pedido una tregua política nacional cuando llegó al cargo, le dijo a Hitler que "una oposición más aguda por parte del PNSDA [partido nazi] a la política exterior" podría ayudar a que se realizaran las correcciones del tratado que él deseaba. El éxito en la política exterior le permitiría a Brüning, entonces, provocar el cambio interno que más deseaba: la restauración de la monarquía.<sup>112</sup>

En tanto, la economía alemana se encontraba en una decadencia terrible. El desempleo se incrementó, de 3 millones en marzo cuando Brüning llegó al cargo, a 4,38 millones en diciembre de 1930, a 5.615.000 un año después, muy cerca del diez por ciento<sup>113</sup> de la población y en un porcentaje mucho más alto que la fuerza de trabajo. Mientras reducía los gastos del gobierno para los subsidios del desempleo, disminuyendo las nóminas, los salarios y los trabajos, sin embargo, se negó a hacer recortes equivalentes en el presupuesto militar, lo que reflejaba el poder político de los militares a finales de la República de Weimar y también la determinación de Brüning de fortalecer la posición de Alemania como una gran potencia. Al mismo tiempo continuó proporcionando apoyo económico a los ineficientes aristócratas productores de granos al este del Elba. Por eso, el precio del pan se incrementó artificialmente en un momento en que los salarios y otros precios estaban bajos e implicaban una carga para la industria, el pobre y los pequeños campesinos que se dedicaban a la ganadería y a otras actividades. Todo esto incrementó la fuga hacia los par-

tidos extremistas de derecha y de izquierda, especialmente al partido nazi, pero Brüning estaba preparado para correr el riesgo y también para utilizarlo y así alcanzar sus objetivos en política exterior. El propio crecimiento del poder nazi y la amenaza que representaba contribuyó a convencer a las potencias occidentales de que hicieran concesiones.

En vez de alejarse de su política monetaria ajustada y de los recortes, que tenían la intención de “disciplinar” a los alemanes y demostrar, por tanto, la incapacidad de Alemania de continuar pagando las indemnizaciones, Brüning no tomaría ninguna medida para aliviar la miseria. No tendría en consideración el compromiso de una moratoria de cinco años para las indemnizaciones sino su total eliminación.<sup>114</sup> Decidió “no rendirse [*Durchhaltepolitik*]” lo que, como han señalado algunos académicos, no era otra cosa que extorsión diplomática, al presentar a los acreedores la opción de “un acuerdo o la amenaza de un desplome inminente de la economía alemana y de un caos interno total”.<sup>115</sup> En la depresión mundial, dijo en el Reichstag el 11 de mayo de 1932, hay esperanza así como peligro. Dañaría considerablemente a muchas naciones pero, “si el pueblo alemán puede mantener la calma... entonces, con seguridad, no se encontrará entre aquellos que... sucumbirán. ¡No debemos flaquear en los últimos cinco minutos!”. Parece que el plan de Brüning era lograr que Alemania fuera la primera nación europea que se recuperara de la depresión.<sup>116</sup> Los resultados hubieran implicado un dominio, primero económico y después político, sobre los Estados de Europa Occidental, lo que socavaría completamente el plan de seguridad de Francia a partir de sus alianzas occidentales, que ya se había debilitado mucho con la evacuación de la Renania.

Durante el período en el que Brüning fue canciller se ejerció mucha presión en contra del Tratado de Versalles. Cuando Francia accedió a retirarse de la Renania en septiembre de 1929, su ministro de Relaciones Exteriores, Briand, propuso un nuevo proyecto para una federación europea que, de alguna forma, se parece al plan actual de una Europa unida. Esperaba que, al involucrar a Alemania en una Europa integrada política y económicamente, se preservarían los Estados del occidente y del sudeste de Europa y así se defendería la seguridad de Francia de una nueva manera. Los alemanes lo vieron como un intento de defender Versalles y la dominación francesa. Su respuesta fue adoptar una actitud audaz y agresiva. Los diplomáticos alemanes presionaron para que se terminara la desmilitarización en la Renania. Brüning fue más allá, con la construcción de un segundo crucero armado aun cuando se lamentaba de la pobreza de Alemania y de su incapacidad para pagar las indemnizaciones.<sup>117</sup>

Lo más sorprendente de todo fue el anuncio que hizo Alemania el 21 de marzo de 1921 sobre la intención de formar un sindicato aduanal con Austria. Se realizó sin la notificación y debate inicial característicos de la era de Stresemann, pero se parecía a “una maniobra al estilo de Guillermo”;<sup>118</sup> fue también un

antecedente de las desagradables sorpresas que Hitler le daría frecuentemente al mundo. Esta acción tenía el propósito de ser el primer paso para ganar nuevas influencias en Europa Occidental y, como pronto comprenderían los franceses, polacos, checos y yugoslavos, era el primer paso para el *Anschluss*, la unión de Alemania y Austria, prohibida por los tratados de Versalles y St. Germain. También fue una forma de socavar el plan de Briand, de una Europa federada aunque, como dijo el diplomático alemán Bernhard von Bülow, “disfrazaremos el asunto con un ropaje paneuropeo”.<sup>119</sup> Los franceses respondieron utilizando su poder financiero para quebrar al banco Creditanstalt en Viena, causando estragos económicos en Austria y llevando el caso a la Corte Internacional de La Haya, donde la unión se declaró como una violación de los tratados.

El comportamiento de Alemania provocó sospechas entre las otras naciones y demoró las concesiones que buscaba Brüning. Los efectos económicos de la depresión y el incremento de la violencia pública entre las fuerzas paramilitares de los nazis y de los comunistas redujeron más su fuerza política. Lo que derribó a Brüning, sin embargo, fue perder el apoyo del presidente Hindenburg y del Ejército, representado por su general más político, Kurt von Schleicher. A Hindenburg le desagrá que su canciller no hubiera logrado que los nazis apoyaran una extensión de su mandato como presidente sin presentarse a elecciones. Culpaba de esta humillación a Brüning. Los oficiales militares estaban decididos a sobreponerse a las limitaciones impuestas al Ejército alemán, y esto los llevó a buscar un nuevo líder más flexible.

A través de la historia de la República de Weimar, los líderes militares alemanes trabajaron, a menudo en secreto, para construir la fuerza militar más efectiva posible con la intención, “bajo circunstancias favorables, de utilizar la guerra como un instrumento político”.<sup>120</sup> Su mayor preocupación era alcanzar una capacidad para realizar movilizaciones a gran escala, lo que requería la acumulación de reservas entrenadas, difíciles de lograr ya que el reclutamiento estaba prohibido. En 1931, las reservas de Alemania de la última guerra estaban envejeciendo y se vislumbraba una crisis en la reserva de soldados. La solución a gran escala sería liberarse de las cláusulas limitantes del Tratado de Versalles, y el Ejército buscó un nuevo canciller que lo consiguiera en la próxima conferencia de desarme. Mientras tanto, estimularon y trabajaron con organizaciones paramilitares de derecha, especialmente las SA nazis (*Sturmabteilung* [tropas de asalto]). El gobierno alemán, presionado por el gobierno prusiano, controlado por los socialistas, prohibió las SA, pero en 1932 los planes del Ejército para la expansión militar incluían la participación de los SA, por lo que se debía encontrar un canciller que lo protegiera.

Schleicher aprovechó los esfuerzos de Brüning para detener la violencia de las SA y los SS (*Schutzstaffel* [escuadrones de defensa]), las organizaciones paramilitares de Hitler para derrotarlo. Persuadió a Hindenburg de que Brüning res-

pondría demasiado a los intereses de los socialistas y convenció al presidente para que le retirara su apoyo. Como Brüning estaba gobernando por decreto presidencial, sin el respaldo del Parlamento, lo obligaron a retirarse el 30 de mayo de 1932.

Incluso antes del régimen de Hitler, sin embargo, los sucesores de Brüning tuvieron la suerte de beneficiarse del trabajo que él había hecho. Mientras estaba todavía en el poder, la Moratoria de Hoover suspendió los pagos por indemnizaciones durante un año. En Lausana, en julio de 1932, la conferencia de indemnizaciones revisó el Plan Joven: Alemania sólo tendría que hacer un pago simbólico en tres años, y con eso terminarían las indemnizaciones. El desarme también se discutió en Lausana, pero los británicos y los franceses no estaban dispuestos a concederle a los alemanes la igualdad en armamentos que ellos querían tener. En la Conferencia de Desarme en septiembre, por tanto, los alemanes se retiraron. Como respuesta, Gran Bretaña y los Estados Unidos presionaron, no a los alemanes, sino a los franceses; en diciembre, la conferencia aceptó el principio de igualdad de derechos de Alemania en el campo de los armamentos y el liderazgo militar alemán ya tenía sólidos planes para la restauración del poderío militar de su país.<sup>121</sup> Mucho antes de que Hitler llegara al poder, por tanto, Alemania se había librado de las restricciones más importantes impuestas por el Tratado de Versalles: la ocupación de la Renania, indemnizaciones y desarme. Cuando se hubiera alcanzado el rearme, sería mucho más difícil impedir el rechazo de lo que quedaba.

Incluso antes del ascenso de Hitler al poder y de la remilitarización total de Alemania, sus diplomáticos principales favorecían una política exterior agresiva que preveía la destrucción completa del acuerdo en Europa Occidental, incluyendo una cuarta partición de Polonia.<sup>122</sup> Estos hombres, como el ministro de Asuntos Exteriores Konstantin von Neurath y el secretario de Estado Bernhard von Bülow, permanecieron en sus posiciones, muy cómodos, durante años después de que Hitler tomó el mando. Como veremos, Hitler tenía algunos objetivos diferentes que iban más lejos que los de ellos, pero durante mucho tiempo fueron los mismos. Compartiendo intereses comunes con muchos funcionarios en la Oficina de Asuntos Exteriores, los políticos conservadores, el Ejército y el ala derecha del partido nazi, al menos hasta después de que Hitler llegó al poder, explicaron, ya en marzo de 1933, sus puntos de vista.<sup>123</sup> Buscaban destruir lo que quedaba del Tratado de Versalles: la Renania tendría que remilitarizarse, había que recuperar Sarre y todos los otros territorios que se habían perdido. Éstos incluían, aparte de la destrucción de Polonia, Danzig, Memel, partes de Checoslovaquia, algo de Schleswig en Dinamarca, Malmédy en Bélgica, la devolución de la Alsacia-Lorena y las colonias que Alemania había perdido en el extranjero. Otros planes que se llevarían a cabo más adelante preveían la unión con Austria, la toma y explotación de mercados y el control de las eco-

nomías de los Estados de Europa Occidental. El proyecto de Bülow no sólo abarcaba las discusiones sobre los objetivos de la guerra de 1917-1918, que concebía un Estado polaco subordinado a Prusia, sino que también incluía una expansión territorial hacia el este como en 1918, cuando fue aprobada por el Tratado de Brest-Litovsk.<sup>124</sup>

Estas eran las metas, no del temible líder de los nazis, sino de los diplomáticos tradicionales que negociaron con las potencias occidentales en 1932 y que contribuyeron a dar la impresión, muy extendida en Gran Bretaña y los Estados Unidos

de que Alemania había aprendido de su derrota en 1918, que el país tenía un gobierno moderado, responsable y que, en los asuntos militares, los alemanes ahora sólo querían el desarme de los otros por el bien de su propia seguridad. Los alemanes no querían la guerra, y no tenían ningún poder militar significativo; así, no había necesidad de pensar en tratar de lograr un equilibrio militar alemán. Si acaso, era el poderío francés el que se debía reducir.

La renuencia del pueblo alemán para lanzarse a otra guerra era “el único elemento verdadero en esta impresión general”.<sup>125</sup>

En los últimos años de la República de Weimar, muchos de los líderes militares y civiles alemanes continuaron encaminándose hacia los objetivos extremos formulados durante la última guerra. Si algunos de ellos se hubieran alcanzado, el resultado hubiera sido otorgarle a Alemania el mismo control sobre Europa que los aliados habían querido impedir cuando se lanzaron a la guerra. Era sólo cuestión de tiempo: el rearme permitiría a un líder determinado actuar para lograr las inaceptables pretensiones de Alemania.

¿Por qué los aliados habían permitido que surgiera una situación tan peligrosa? Ya que los franceses no podían actuar solos y a los estadounidenses les interesaba, todavía menos, involucrarse en los asuntos europeos debido a la depresión económica, en realidad la pregunta concierne a los británicos. El terrible recuerdo de la guerra reciente; la debilidad de la economía británica enfrentada a una creciente demanda de servicios sociales y de responsabilidades imperiales; la retórica idealista que acompañaba al establecimiento de la paz; las esperanzas depositadas en la Sociedad de Naciones: todo ha sido analizado anteriormente. Todo esto fortalecía a las ya poderosas fuerzas de la sociedad británica que favorecían el desarme, la no interferencia y el apaciguamiento.

Había un consenso compartido por muchos con relación a que la Gran Guerra y la terrible destrucción que provocó fueron el resultado de la carrera armamentista, el sistema de alianzas y el deseo de Gran Bretaña de destinar un ejército terrestre de un tamaño considerable para una guerra en el continente. A los líde-

res británicos se los convenció fácilmente de que los aliados occidentales habían sido, al menos, tan responsables de la guerra como los alemanes; que la carrera armamentista, avivada por los fabricantes de municiones y sus asociados, había sido una de las causas principales del conflicto bélico; que una mayor comprensión, más generosidad y paciencia eran formas mejores para evitar la guerra que la disuasión militar. Había un sentimiento generalizado de que pensar y actuar sobre la base de consideraciones estratégicas, tratar de preservar el equilibrio de poder, admitir la búsqueda del interés nacional respaldado por la fuerza militar no era solamente peligroso sino inmoral. A finales de los años veinte, estas opiniones no se limitaban a los radicales y pacifistas, sino que influyeron en los pensamientos y acciones tanto de los gobiernos liberal y conservador como de los políticos y se convirtieron en puntos de vista ortodoxos, los únicos respetables entre las personas educadas.

Entre 1928 y 1930 se publicaron una serie de libros sobre la Gran Guerra que tuvieron una extraordinaria acogida y popularidad, incluyendo volúmenes tan prestigiosos como los de Robert Graves, *Goodbye to All That* [*Adiós a todo eso*], el de Sigfried Sassoon, *Memorias de un oficial de infantería* (Turner, 2002) y una traducción al inglés del libro de Erich Maria Remarque, *All Quiet on the Western Front* [*Sin novedad en el frente occidental*]. Todos planteaban el mismo mensaje: “la inutilidad y la tristeza que provoca la guerra, la incompetencia de generales y políticos, y el ciudadano común, en ambas partes, víctima de esta incapacidad”.<sup>126</sup> En un plano más académico y político, historiadores de ambos lados del Atlántico publicaban interpretaciones revisionistas sobre las causas del conflicto, que tuvieron un gran impacto. A. J. Taylor ha descrito con claridad el efecto de estos esfuerzos intelectuales:

Pocas personas con educación creen ahora que las operaciones habían sido causadas por una agresión deliberada de Alemania... La opinión general considera que las guerras se iniciaron por error —el punto de vista de lord Grey; la maquinaria negociadora de la Sociedad prevendría estas equivocaciones en el futuro—. O fueron causadas por los grandes armamentos, el parecer de Lloyd George; el remedio para esto era el desarme. O las provocaban las “quejas”; la lección clara aquí era que éstas, ahora predominantemente alemanas, debían ser compensadas. O, finalmente, las ocasionaba el “capitalismo”; de aquí que la contribución de los laboristas a la paz era ponerle punto final al capitalismo. Una sutileza de este último punto de vista fue la doctrina que planteaba que las guerras eran fomentadas deliberadamente por los fabricantes privados de armamentos —una doctrina que hizo que se creara una comisión, dirigida por la Corona, que analizaría el “tráfico de la guerra” en este país en 1935 y una investigación del Senado en los Estados Unidos—.



Generalmente, estas explicaciones se mezclaban unas con otras. Cualquiera que se adoptara, llegaba a la misma conclusión. Ya que no había nada que escoger entre los gobiernos de cada país pues la guerra era siempre un mal sin finalidad, el deber de aquellos que querían la paz era asegurar que su gobierno se comportara pacíficamente y, en particular, garantizar que así fuera al retirarle las armas.<sup>127</sup>

La decadencia de la República de Weimar y su cambio hacia políticas más agresivas después de la muerte de Stresemann coincidió con la dirección del segundo gobierno laborista entre 1929 y 1931, un régimen, como se ha dicho, que “marcó el florecimiento del momento culminante de internacionalismo moralizador en Gran Bretaña entre las dos guerras”.<sup>128</sup> La plataforma electoral de los laboristas incluía entre sus objetivos el establecimiento de “paz, libertad y justicia al eliminar en todas las naciones las raíces que provocan los conflictos internacionales, al lograr que todos participen en la conciliación y el arbitraje, al dejar de utilizar a la guerra como un instrumento de política nacional y mediante el desarme y la cooperación política y económica a través de la Sociedad de Naciones”.<sup>129</sup> El gobierno confió en el desarme, en la Sociedad y estaba incluso preparado para aceptar una disminución, tanto en la fuerza absoluta como relativa, de la Armada Real, la última línea de defensa de Gran Bretaña. En la Conferencia Naval de Washington de 1921-1922, un gobierno conservador ya había estado de acuerdo en llegar a una paridad de acorazados con los Estados Unidos y le aprobaron a Japón tres de sus cinco barcos. Para complacer a los Dominios y a los Estados Unidos, también renunciaron a la alianza con Japón. Para complacer a los japoneses, tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos acordaron no desarrollar sus bases navales en Hong Kong y Filipinas. “De este modo Japón obtuvo una supremacía local que más tarde utilizaría y que traería consecuencias desastrosas para el Lejano Oriente, los intereses británicos y, finalmente, para sí mismo.”<sup>130</sup>

Podemos tener una idea del estado de ánimo imperante analizando el comportamiento de Winston Churchill, el *navalista* indómito e imperialista agresivo que se convertiría en el Casandra del rearmamento rápido en contra de la Alemania nazi en la década de 1930. Como secretario de Economía y Hacienda en el gobierno conservador de Stanley Baldwin en 1924-1929 insistió en un programa de reforma social que incluía la expansión del seguro para ancianos, pensiones, rentas bajas y constantemente utilizó el Gobierno de los Diez Años para reducir las asignaciones navales y ayudar a pagarlo. Ante los temores de la Armada de una guerra contra Japón, replicó, “¿por qué tendría que haber una guerra contra Japón? No creo que exista la más remota posibilidad de que eso suceda en el transcurso de nuestras vidas”. El Almirantazgo debía hacer planes “considerando que no se llevaría a cabo una guerra naval en contra de una Armada de primera clase en los próximos veinte años”.<sup>131</sup>

El tratado de Washington hubiera permitido la construcción de nuevos acorazados en 1931, pero en la Conferencia Naval de Londres de 1930 el gobierno laborista extendió el receso naval por seis años más, y Gran Bretaña aceptó límites para los destructores y submarinos en el mismo nivel cinco-cinco-tres. También autorizaron a los japoneses poseer el setenta por ciento de los cruceros que tenían Gran Bretaña y los Estados Unidos, reduciendo la cantidad de los británicos a cincuenta aunque durante años el Almirantazgo había insistido en que setenta era la cifra más baja necesaria para proteger el comercio británico. Los funcionarios navales consideraron el resultado como peligroso pero el gobierno confiaba en que el nuevo tratado había aumentado la seguridad británica:

[E]l avance en los últimos años del desarrollo de la maquinaria internacional para poner fin a los conflictos mediante fines pacíficos había disminuido mucho el riesgo del estallido de cualquier guerra... Japón en particular, después de unirse a la Comunidad Británica de Naciones y los Estados Unidos de América al firmar el Tratado Naval de Londres... no era probable que rompiera la paz.<sup>132</sup>

Por las mismas razones Gran Bretaña decidió interrumpir los trabajos en la base de Singapur durante cinco años.

El desarme, universal de ser posible, pero parcial e, incluso, unilateral si fuera necesario, fue la panacea para hombres como Arthur Henderson, ministro de Asuntos Exteriores del gobierno laborista, que estaba preparado para cortar el presupuesto naval británico, anticipándose a la conferencia de desarme programada para 1932. El Tesoro lo estimuló mucho para que lo hiciera, y presionó para que se efectuara el desarme y se confiara en la Sociedad de Naciones por razones económicas cuando la depresión tensó los recursos británicos. Correlli Barnett lo describió con una sonrisa animada: "Los británicos eran como una familia que, con una casa grande y posesiones valiosas pero con un ingreso reducido, quisieron ahorrar dinero a partir de mecanismos antiladrones. ¿Qué otra forma, más barata y mejor, podían utilizar que no fuera tratar de persuadir a todos los posibles ladrones de que el hurto es inmoral y de que debían abandonar sus palanquetas?"<sup>133</sup>

El primer ministro Ramsay MacDonald, aunque compartía la mayoría de los puntos de vista de Henderson, era más realista. Los problemas de Alemania y el rápido crecimiento nazi liderado por Hitler lo alarmaban. En 1931 dijo que "los riesgos de una guerra eran mayores hoy de lo que fueron hace doce meses y un espíritu militarista estaba dominando a Europa, mucho más ahora que hace unos años".<sup>134</sup> Pudo detener los recortes navales e incluso quiso revocar el Gobierno de los Diez Años pero en esto último fue derrotado

por Henderson, que estaba convencido de que no había problemas en Europa, y por la mayoría del partido.<sup>135</sup>

Aunque la situación naval era crítica, las condiciones del Ejército y de la Fuerza Aérea eran todavía peores. En 1925, un memorándum de la Oficina de Asuntos Exteriores afirmaba que “la verdadera frontera estratégica de Gran Bretaña está en el Rin... Cualquiera política que permita que Alemania se trague a Francia y, después, se ocupe de Gran Bretaña sería fatal estratégicamente”. En 1930, los jefes del Estado Mayor advirtieron que “el país está en una posición menos favorable para cumplir con las garantías de Locarno que la que tenía, sin que hubiera garantías escritas, para ayudar a Francia y a Bélgica en 1914”.<sup>136</sup> En 1922, el Gabinete estuvo de acuerdo con establecer una Fuerza Aérea de unos 250 aviones, menos de la mitad del tamaño de la de Francia. Buscando la paridad, se autorizó, en 1923, una fuerza de 52 escuadrones, 394 bombarderos y 204 cazabombarderos, para completarse en cinco años. El “espíritu de Locarno” intervino, y el completamiento se aplazó hasta 1936. En 1930 se pospuso aún más, hasta 1938. Los gastos por todos los servicios armados decayeron, de 116 millones de libras esterlinas en 1926-1927 a 110 millones en 1930-1931 a 102,7 millones de libras esterlinas en 1932-1933, el año en que Hitler tomó el poder.<sup>137</sup>

Esta situación podía aceptarse por aquellos que depositaron su fe en la Sociedad de Naciones, pero los sucesos pronto revelaron el peligro de confiar en esa institución. En septiembre de 1931 Japón invadió Manchuria, el primer desafío importante para la Sociedad de Naciones y todo el concepto de seguridad colectiva, y la reacción debía haber dejado claro la inutilidad de confiar en ninguno de los dos.

Las potencias que estaban mejor preparadas para oponerse militarmente a Japón eran la Unión Soviética y los Estados Unidos, pero ninguna de las dos era miembro de la Sociedad. Al igual que todas las otras naciones, Gran Bretaña no estaba interesada en una acción militar. A partir de la insistencia de los británicos, la Sociedad nombró la Comisión Lytton, que examinó la situación y terminó su informe casi un año después de la invasión. El informe encontró que Japón tenía algunas quejas legítimas, pero condenaba el uso de la fuerza y la ocupación y recomendaba la retirada de las fuerzas japonesas. Ninguna nación propuso que se calificara a Japón como agresor, lo que implicaría invocar el artículo 16 del convenio y solicitar sanciones, y, sin dudas, no sería Gran Bretaña la que lo pediría. Sir John Simon, secretario para Asuntos Exteriores del nuevo Gobierno Nacional de Gran Bretaña, insistió en un encuentro del comité del Gabinete en febrero de 1932 “que, en ningún momento, había estado de acuerdo en que se adoptaran ningún tipo de sanciones por parte de la Sociedad, ni siquiera de carácter económico”. Lo que le preocupaba era que, incluso, una declaración que criticara el comportamiento de Japón podría “pro-

vocar una situación que desencadenara resentimiento". Su temor estaba justificado, porque los británicos lograron la buena jugada de no poder detener a los japoneses al mismo tiempo que se ganaban su hostilidad.<sup>138</sup> En febrero de 1933, la Sociedad aceptó el Informe Lytton, y los japoneses, en protesta, renunciaron. Las naciones pequeñas o débiles, que temían la coacción de Estados más poderosos, no podían estar tranquilas con lo sucedido.

El caso de Manchuria obligó a las Fuerzas Armadas británicas y al gobierno a enfrentarse a unas cuantas realidades. Los británicos se dieron cuenta de su incapacidad para defender Singapur, Hong Kong y, mucho menos, para combatir a los japoneses. En febrero de 1932, sir Robert Vansittart, subsecretario permanente en la Oficina de Asuntos Exteriores, reconoció el peligro que representaba Japón, que "muy bien podría extenderse al Oriente Medio", que Gran Bretaña sola no podía hacer nada para impedirlo y que sería "el fin del Lejano Oriente" y "tendría que, en algún momento, tragarse cualquier humillación" allí a menos que los Estados Unidos estuviesen preparados para utilizar la fuerza.<sup>139</sup> Pero durante el asunto con Manchuria, los estadounidenses habían demostrado qué pocas posibilidades había para lograrlo. Su respuesta se limitó a una nota enviada al secretario de Estado Henry Stimson, en la que decía que su gobierno no reconocería ningún acuerdo entre China y Japón que violara los derechos estadounidenses del tratado, afectara la soberanía china o facilitara la obtención de territorios mediante la violación del Pacto Kellog-Briand.

Unos pocos en Gran Bretaña, como lord Robert Cecil, junto con el académico griego Gilbert Murray, el entusiasta principal de la Sociedad de Naciones, eran partidarios de la seguridad colectiva y del uso de alguna acción útil, pero éstas eran las mismas personas que habían insistido en el desarme y se oponían a la idea de que el mundo enfrentara ningún peligro. Una semana antes de la invasión japonesa a Manchuria, Cecil dijo en la asamblea de la Sociedad de Naciones que "ha habido muy pocos períodos en la historia de la humanidad en que la guerra haya sido más improbable que ahora".<sup>140</sup> Stanley Baldwin, ahora presidente del Consejo en el Gobierno Nacional, una coalición que se había formado para tratar las consecuencias de la depresión, describió la dificultad de actuar entre las realidades que conformaban la situación:

Las mismas personas, como Bob Cecil, que han hecho que nos desarmemos, y con toda razón también, nos están apremiando para que avancemos y actuemos. ¿Pero a dónde nos conducirá la acción? Si retiramos a los embajadores, ése sería el primer paso. ¿Cuál es el próximo? ¿Y el próximo? Si se aplica un boicot económico, Japón declarará la guerra y se apoderará de Singapur y de Hong Kong y no podemos, en la forma en nos encontramos, detenerlo. De Washington sólo se obtendrán palabras, muy rimbombantes, pero sólo palabras.<sup>141</sup>

Los acontecimientos demostraron que tenía toda la razón. La impotencia de Gran Bretaña condujo a los líderes militares a recomendar el fin del Gobierno de los Diez Años. Neville Chamberlain, secretario del Tesoro y Hacienda, no estuvo de acuerdo, planteando que la economía británica no lo permitiría. Baldwin maniobró a su alrededor, y el 23 de marzo de 1932 concluyó definitivamente.<sup>142</sup> Eso no significaba, sin embargo, que los británicos estaban listos para un rearme en serio.

## EL CAMINO HACIA LA GUERRA

### HITLER EN EL PODER

La caída de Brüning, se ha afirmado, “fue un verdadero punto de giro en el desplome de la democracia alemana”.<sup>143</sup> Forzó al Ejército a adoptar un papel más directo en la política y a ocuparse del creciente problema de Hitler y los nazis. Durante el breve período en que estuvieron al frente de la cancillería Franz von Papen y Kurt von Schleicher, se realizaron infinitas maniobras que dieron como resultado un régimen que fuera capaz de gobernar y fuera aceptable para el Ejército. El crecimiento del apoyo popular a los nazis hizo que fuera imposible omitir a Hitler, pero él se negó a participar, a no ser como canciller. Papen era el preferido del presidente Hindenburg y estaba convencido de que podía contener a Hitler al colocarse a sí mismo en el gobierno y rodear al líder nazi con hombres capaces de controlarlo. Logró convencer al reacio presidente para que nombrara a Hitler canciller y, el 30 de enero de 1933, el enemigo jurado de la democracia y de la República de Weimar llegó al cargo con toda legalidad. Papen y sus colaboradores confiaban en que podrían “controlar a Hitler”.<sup>144</sup> En cuestión de meses, sin embargo, Hitler había destrozado la Constitución, había rebajado a sus colegas a la condición de servilismo y se había convertido en el dictador de Alemania. En poco tiempo destruiría lo que quedaba del Tratado de Versalles y de los acuerdos de Locarno y comenzaría su marcha de conquista y exterminio.

Para los gobiernos occidentales que evaluaron a Hitler cuando llegó al poder aparecía como otro alemán revisionista que buscaría anular lo que quedaba de Versalles y se “contentaría con dosis cuidadosamente controladas de apaciguamiento”.<sup>145</sup> La noción de que en política exterior era sólo un estadista alemán común, con intenciones no muy diferentes a las de predecesores como Stresemann, fue reavivada en la década de 1960, de forma muy influyente por A.J.P. Taylor, quien reconoció que las transformaciones internas que había hecho Hitler eran novedosas. “En sólo una esfera”, sin embargo, “no cambió nada. Su política fue la misma de sus predecesores, la de los diplomáticos profesionales en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, ciertamente, de casi todos los

alemanes. Hitler, también, quería liberar a Alemania de las restricciones del tratado de paz; volver a tener un gran ejército alemán, y, entonces, convertir a Alemania en la gran potencia de Europa por su propio peso".<sup>146</sup> Estos objetivos debían haber preocupado a las potencias occidentales, incluso en el caso en que, como argumentan Taylor y otros, Hitler no tuviera planes determinados sino que fuera un simple oportunista que se sentía atraído por el poder sin saber mucho hacia dónde dirigirse, pero las evidencias demuestran claramente lo contrario. Hitler era "un ideólogo fanático" y mucho antes de que llegara al poder expuso sus metas y políticas fundamentales

con absoluta franqueza en *Mein Kampf* [*Mi lucha*], un libro que había escrito para explicar los propósitos de su movimiento a sus seguidores y para dejar registrados los elementos básicos de su doctrina de una forma permanente... [*Mein Kampf*] contiene una exposición lógica, clara y aterradora de los principios políticos y raciales de Hitler, los objetivos que se proponía alcanzar tanto en los asuntos externos como internos y los medios que proponía utilizar para su realización. Mucho más importante, Hitler se mantuvo fiel a esos principios, que constituyeron guías fundamentales para su conducta política, desde el momento que salió de su prisión en Landeberg am Lech en 1924 hasta su muerte en los escombros de Berlín.<sup>147</sup>

En el centro de las ideas de Hitler estaban sus conceptos vinculados a la raza y el espacio vital (*Lebensraum*) que eran necesarios para el pueblo alemán. Se apoyaba en una versión vulgarizada del darwinismo social que consideraba al mundo como una jungla en la que los más capaces sobrevivirían y los menos capaces perecerían. Se hizo popular en Alemania, entre otros países, durante muchas décadas, antes de la guerra de 1914, en donde la composición racial de cada sociedad era central para su carácter y su futuro. La "raza" nórdica o aria, cuyos exponentes principales eran los alemanes, eran superiores por naturaleza y estaban destinados a gobernar a las razas inferiores, como las de los pueblos eslavos y del mediterráneo. Sus blancos principales eran los judíos, una raza inferior sin una nación que los acogiera, sin raíces en la tierra y, por tanto, internacionalistas y peligrosamente influyentes, un pueblo que había decidido destruir. Incluso después de haber asesinado a unos seis millones de judíos, finalizó su testamento con las palabras: "Sobre todo, me comprometo con los líderes de la nación y con sus seguidores a observar escrupulosamente las leyes raciales y a oponerme implacablemente al envenenamiento universal de todos los pueblos: el judaísmo internacional".<sup>148</sup>

Para Hitler, la lucha entre las razas era, básicamente, una competencia por el control de las tierras agrícolas. "En esta lucha, el más fuerte ganaba, se apode-

raba del espacio, proliferaba en él y, después, peleaba por más.”<sup>149</sup> La única política aceptable para una raza superior era conquistar nuevos espacios para acomodar su creciente población. Los nativos conquistados de las nuevas tierras no se debían asimilar, porque eso dañaría la pureza racial de los conquistadores y diluiría sus cualidades superiores. En vez de eso, debían ser expulsados o exterminados. La guerra, por tanto, no era, simplemente, un posible resultado de una política dinámica, sino la parte del plan preferida, inevitable y esencial. El espacio que Hitler buscaba estaba en el Este, principalmente en Rusia y en las áreas bajo su gobierno. Este punto se plantea, clara y repetidamente, tanto en el *Mein Kampf* como en el *Second Book* [*Libro segundo*] de Hitler, algunas veces llamado su *Secret Book* [*Libro secreto*] porque, aunque se escribió en 1928, no se publicó durante su vida. En *Mein Kampf* rechaza, abierta y rotundamente, el revisionismo limitado que promovía un regreso a la situación de 1914

y por esto nosotros, nacionalsocialistas, trazamos una línea debajo de la política exterior de nuestro período anterior a la guerra. Continuamos en donde nos detuvimos hace seiscientos años. Suspendemos el movimiento interminable alemán hacia el sur y el oeste, y dirigimos nuestra mirada hacia la tierra en el este. Por fin acabamos con la política colonial y comercial del período de la preguerra y cambiamos hacia una política de la tierra, una política del futuro.

Si hablamos de la tierra en Europa hoy en día, lo que tenemos primero en mente es sólo Rusia y sus Estados vasallos fronterizos.<sup>150</sup>

En el *Secret Book* expuso su propósito con toda claridad: “Quinientos mil kilómetros cuadrados adicionales en Europa pueden proporcionar nuevos hogares para millones de campesinos alemanes, y se dispondría de millones de soldados para respaldar el poderío alemán en el momento decisivo. La única área en Europa que podría considerarse para llevar a cabo una política territorial de este tipo, por tanto, era Rusia”.<sup>151</sup>

La conquista de Rusia sería fácil, porque los eslavos eran una raza inferior, que se había debilitado aún más por la influencia de los judíos y los bolcheviques. Los revisionistas de Weimar buscaron la amistad de Rusia a costa de Polonia. A Hitler le importaba menos Polonia, que resultaba algo trivial comparado con los planes que tenía con la Unión Soviética. Su principal importancia, para él, era por su alianza con Francia, el “enemigo más vil” de Alemania. Dado que una “política occidental, en el sentido de adquirir el terreno necesario para nuestro pueblo alemán” era el núcleo de su proyecto, “y ya que Francia, el enemigo mortal de nuestra nación, estrangula y roba inexorablemente nuestra fuerza, debemos aceptar cualquier sacrificio, a pesar de las consecuencias previstas, para contribuir a la eliminación de los esfuerzos franceses por lograr

la hegemonía en Europa".<sup>152</sup> Alemania tiene que, primero, derrotar a Francia para despejar el camino de la victoria en Rusia.

Hitler esperaba llevar a cabo sus planes junto con los británicos, a quienes veía como un pueblo nórdico, germánico, que admiraba por su éxito imperial. Para poder realizar esa alianza, Alemania tendría que renunciar, al menos a corto plazo, a la competencia por las colonias, al comercio mundial y a una gran Armada. Esto evitaría los errores que habían provocado la guerra de 1914 y le proporcionaría lo que necesitaba de los territorios conquistados en el Este y el dominio del resto de la Europa continental. Al igual que Aníbal y los otros bárcidos, que prescindieron de una flota para evitar alarmar a los romanos, así estaba Hitler preparado para hacer con los británicos. Esperaba, también, trabajar en alianza con la Italia de Mussolini, porque admiraba al dictador fascista pero, fundamentalmente, por la importancia de Italia para combatir a Francia. Por la alianza italiana estaba dispuesto a sacrificar a los alemanes que vivían en el sur de Tirol (Alto Adige), gobernado por Italia, aunque su deseo era tener a todos los alemanes en el Reich. Hitler, entonces, a pesar de estar de acuerdo con la mayoría de los objetivos de los revisionistas de Weimar, era algo muy diferente. Internamente, no era simplemente un enemigo de la democracia sino un partidario de la tiranía totalitaria alcanzada y mantenida mediante los brutales métodos del Estado policíaco. En los asuntos de política exterior buscaba, al menos, el dominio del continente europeo, incluyendo la expropiación, expulsión y exterminio de millones de sus habitantes. En todas las áreas apoyaba un racismo crudo que tenía el propósito de esclavizar o eliminar a millones de personas de pueblos "inferiores".

Nada de esto era un secreto para el pueblo alemán o para el mundo. Al contrario, Hitler no sólo había publicado sus ideas y planes en un libro, sino que había recalcado el mensaje en casa en incontables discursos públicos. El 23 de mayo de 1928, por ejemplo, proclamó: "Creo que tengo suficiente energía para conducir a nuestro pueblo así tenga que derramar su sangre, no por un ajuste de sus fronteras, sino para salvarlo hasta el futuro más lejano, al asegurar tanta tierra y espacio, que el futuro le devolverá muchas veces la sangre derramada".<sup>153</sup> Hitler se benefició del conflicto de clases, combinado con el miedo al bolchevismo y de la inquietud económica provocada por la depresión. Aunque muchos alemanes se opusieron a su arribo al poder y algunos continuaron enfrentándosele durante toda su carrera, la mayoría encontró uno o más elementos atractivos en el programa nazi y se agruparon en torno de su nuevo líder.

En sus primeros años, Hitler tuvo que concentrarse en los asuntos internos, estableciendo y conformando su Estado policíaco represivo, destruyendo a sus opositores políticos, controlando la prensa y la radio, suprimiendo todos los partidos políticos menos el suyo, dando fin a toda la independencia de los Estados federales y lanzando una campaña en contra de los judíos. Alemania



todavía estaba débil y aislada, por lo que Hitler se dedicó a tranquilizar a los Estados occidentales democráticos, mientras que se preparaba para un programa de rearme en gran escala y estudiaba sus reacciones ante el nuevo régimen alemán. Como hemos visto, mantuvo a los principales funcionarios de Weimar en la Oficina de Asuntos Exteriores, lo que provocó un reconfortante sentimiento de continuidad, y sus planteamientos públicos eran corteses y no alarmistas. En mayo de 1933 pronunció un discurso conciliatorio sobre desarme, en el que prometía asistencia y moderación, con el propósito de estimular las ilusiones del Oeste, hasta que estuviera listo para actuar. La conferencia sobre desarme que había comenzado en Ginebra en 1932 representaba un desafío, porque Hitler temía la proposición de una oferta generosa que impediría que Alemania pudiera quejarse y entonces perdería la libertad de proceder con el rearme total. Por tanto insistió en que Gran Bretaña y Francia se desarmaran al nivel de Alemania inmediatamente, una demanda que ellos sin duda rechazarían. Eso le proporcionaba el pretexto para abandonar completamente el proceso de desarme. En octubre anunció la retirada de Alemania de la conferencia y, también, de la Sociedad de Naciones, pero entonces pronunció discursos prometiendo cumplir los acuerdos sobre control de armas si Alemania era tratada correctamente. Las potencias occidentales deseaban creer sus palabras y no se desviaron de su camino por sus acciones más de lo que se habían apartado del apaciguamiento por el mal comportamiento del régimen de Weimar. Como respuesta a la retirada de Alemania de la conferencia de desarme en 1932, los británicos habían elaborado un nuevo plan de desarme, que presentaron el 30 de junio de 1933, exactamente el día que Hitler se convertía en canciller. Cuando él, a su vez, abandonó la conferencia, los británicos, sin embargo, continuaron sintiendo que “si trataban a Hitler hábilmente y no cometían el error de amenazarlo, él volvería por voluntad propia a la Sociedad y a las conversaciones sobre armamento”.<sup>154</sup>

Los líderes occidentales no ignoraban la naturaleza del gobierno alemán. André François-Poncet, el embajador francés en Alemania, advirtió que Hitler era peligroso y agresivo y que buscaba objetivos nuevos y de mayor alcance: “su intención no es, como era la de M. Huhenberg, [líder del Partido Nacionalista alemán] restaurar, pura y simplemente, el estado en que se encontraban las cosas en 1914”.<sup>155</sup> Sir Horace Rumbold, el embajador británico en Alemania, presentó informes sombríos sobre el carácter del nuevo régimen. Habló de su gobierno de terror, sus duras medidas en contra de los judíos, comunistas, socialdemócratas e incluso en contra de críticos no políticos, explicó que los había despedido de sus cargos y enviado a prisión e informó que “se estaban preparando grandes campos de concentración en diferentes lugares del país”.<sup>156</sup> Dijo que había pocas esperanzas de que el canciller “recobrarla la cordura” y advirtió que “los vecinos de Alemania tenían razones para estar vigi-

lantes". También recomendó un estudio a fondo de *Mein Kampf*, que demostraría por qué Hitler estaba decidido a seguir un camino de agresión y guerra. Ya en noviembre de 1933, Churchill comenzó las advertencias en contra del poderío y las ambiciones nazis, las que se intensificarían durante la década hasta que se inició la guerra, insistiendo en que Alemania ya había comenzado el rearme y le solicitaba al gobierno "que nos garantice que se están tomando las medidas necesarias para nuestra seguridad".<sup>157</sup>

Los franceses acogieron los avisos seriamente y trataron de encontrar una forma de contener el poderío alemán. En 1934, Louis Barthou, el ministro de Asuntos Exteriores francés, trató de organizar una especie de Locarno occidental mediante el cual Francia y la Unión Soviética garantizarían un acuerdo occidental, como habían hecho Francia, Gran Bretaña e Italia en el oeste. Era un intento de restablecer una nueva versión de la vieja alianza franco-rusa, pero el rechazo polaco a la idea de que se involucrara a Rusia ayudó a impedir su conclusión. El sucesor de Barthou, Pierre Laval, pudo consumar un pacto franco-soviético en mayo de 1935. Cada parte se comprometía a consultar, apelar a la Sociedad y, finalmente, a actuar, si un país europeo amenazaba o atacaba a cualquiera de los países, pero no poseía ninguna estipulación específica.<sup>158</sup> Por el lado francés, su verdadero propósito era mantener a Hitler y a Stalin separados e impedir que la Unión Soviética abasteciera a Hitler en caso de guerra. Nunca jugó un papel serio en los cálculos internacionales, aunque le proporcionaría a Hitler una buena excusa para sus iniciativas más audaces.<sup>159</sup>

Los británicos se negaron totalmente a tener en cuenta las advertencias. No tomaron en serio a *Mein Kampf* sino que lo consideraron como las locuras de un demagogo que se descartarían una vez que tuviera las responsabilidades del poder. La opinión que se expresó, un par de años después, en la revista semanal *The Spectator* era típica:

Es cierto, y es una pena, que el conocido volumen [*Mein Kampf*] está todavía circulando en una edición no revisada y se considera como la Biblia del movimiento nazi. Pero aun así, si existe alguna incompatibilidad entre las políticas plasmadas en un volumen escrito en prisión por un rebelde derrotado en 1924 y aquéllas proclamadas al mundo por el jefe titular del Reich alemán en 1935, es razonable considerar al último como el más autorizado, hasta que se demuestre lo contrario.<sup>160</sup>

Una prueba así, por supuesto, no tardó en llegar, pero no fue suficiente para romper la resistencia de la mentalidad del apaciguamiento. Un experto en asuntos alemanes, que más tarde se destacaría por sus críticas a los nazis y a su apaciguamiento, insistió en marzo de 1933 en que "Hitler... no quiere la guerra. Él puede razonar sobre política exterior. Se lo puede describir como el

miembro más moderado de su partido". Sólo en el momento de las preguntas, después de su discurso, admitió que todavía no había leído *Mein Kampf*.<sup>161</sup>

Aceptar las advertencias sobre el régimen y las intenciones malignas de Hitler hubiera implicado tomar medidas en su contra, pero el ambiente en el país parecía oponerse firmemente, incluso, a pensar siquiera en los armamentos y la guerra, cualquiera que fuera el motivo. Sólo un mes después de que Hitler llegó al poder, en febrero de 1933, la Unión Oxford sostuvo un debate sobre la moción: "Que esta Cámara, bajo ninguna circunstancia, peleará por su Rey y por su País". Un conocido escritor y conferencista, C.E.M. Joad, contestó afirmativamente, aseverando que el asunto se había presentado de forma equivocada. Se debía leer como: "esta Cámara nunca cometería asesinatos a gran escala, cada vez que el Gobierno decidiera que debía hacerlo".<sup>162</sup> Describió una guerra futura en la que los bombarderos atacarían a Gran Bretaña en menos de veinte minutos de proclamada la guerra; las defensas aéreas serían inútiles ya que "una sola bomba puede envenenar a todo ser viviente en un área de tres cuartos de milla cuadrada". Ridiculizó la última guerra como un ejercicio inútil y recomendó que si incluso se invadía a Gran Bretaña "lo más que se podría hacer es adoptar una política de resistencia pasiva".<sup>163</sup> La moción se aprobó por 275 votos a 153; cuando, más adelante, se propuso otra para suprimir del informe la moción de "el Rey y el País", la proposición fue rechazada por 750 a 138. Se ha señalado que muchos de esos votantes eran extranjeros y que muchas mociones extrañas se aprueban por grupos universitarios de debates, pero cuando todas estas consideraciones se han tenido en cuenta, el voto se debe entender como un reflejo de una resistencia generalizada entre los universitarios a cualquier idea de luchar por intereses nacionales y de seguridad o tratar de preservar la paz, a través de los armamentos y la disuasión. En 1927, la Unión Cambridge había votado por un "pacifismo inflexible" y en 1933 se aprobaron resoluciones como ésta en más de veinte universidades de la Unión Oxford. Se puede debatir si acciones así llamaron la atención o influyeron en el pensamiento de Hitler o Mussolini, pero es difícil creer que no lograron atraer la atención de los políticos británicos.

Una influencia más potente y segura llegó mediante las elecciones intermedias en el distrito de Londres de East Fulham en 1934. El candidato laborista describió a su adversario conservador, que estaba a favor de mantener la fuerza militar británica, como un belicista. George Lansbury, el líder del Partido Laborista, pronunció un discurso de campaña en el que prometió "cerrar todas las bases de reclutamiento, disolver al Ejército y desarmar a la Fuerza Aérea", y el candidato laborista ganó, convirtiendo una mayoría conservadora de 14.000 en una victoria laborista de 5.000.<sup>164</sup> Los estudios sugieren que los asuntos internos eran más importantes en lo que se veía como un cambio favorable a los laboristas, pero el asunto de la defensa *versus* pacifismo seguramente jugó su

papel. En cualquier caso, "East Fulham atemorizó al gobierno más de lo que ya estaba".<sup>165</sup> Un biógrafo de Baldwin dijo: "Siempre sentí que el nervio, lastimado en octubre de 1934, el nervio de East Fulham, nunca llegó a curarse".<sup>166</sup>

Existen muchas razones para dudar de la exactitud de la percepción de Baldwin. En la primavera de 1935 se realizó una encuesta en Gran Bretaña, con la aprobación de la Sociedad de Naciones, que consistía en cinco preguntas. Las primeras cuatro tenían la intención de solicitar apoyo para la Sociedad de Naciones y para el desarme. La quinta, sin embargo, planteaba: "¿Cree usted que si una nación insiste en atacar a otra, las otras naciones deberían unirse para forzarla a detenerse a partir de: a) medidas económicas y no militares, b) si fuera necesario, mediante fórmulas militares?". La participación fue extraordinaria: once millones y medio de personas, una gran mayoría de propietarios, respondieron. Diez millones respondieron afirmativamente exceptuando la segunda parte de la última pregunta. A esa pregunta seis millones y tres cuartos respondieron que sí, unos dos millones dijeron que no y dos millones no respondieron. El cuestionario, por supuesto, era contradictorio, porque un sí en la pregunta 5b) no era consistente con el respaldo al desarme en las preguntas anteriores. Se conoció ampliamente como la Votación por la Paz y se consideró como un voto a favor del pacifismo pero eso era, sin dudas, una interpretación equivocada. "La Votación por la Paz se ha convertido, sin que ésa hubiera sido la intención original, en una fuerte declaración de apoyo a la búsqueda de la seguridad colectiva por todos los medios menos el de la guerra, y en un respaldo, más vacilante, incluso a la guerra."<sup>167</sup> El pueblo británico parece haber sido más firme y determinado para oponerse a la agresión que sus gobernantes y superiores, y demostraría su carácter otra vez antes de que llegara la guerra. Churchill tenía razón al decir que la respuesta a la pregunta cinco "confirmaba una política positiva y valiente que podría, en este momento, contar con un apoyo nacional extraordinario",<sup>168</sup> pero ningún político estaba preparado para correr el riesgo.

Baldwin no fue el único nervio afectado por creer que el pueblo británico, como un todo, no respaldaría el rearme o la resistencia militar a la agresión; había muchas y mejores razones para creer que un esfuerzo así tropezaría con una fuerte oposición de los políticos y de las clases mejores educadas y activas políticamente. Los jefes del Estado Mayor advirtieron que "Alemania no sólo ha comenzado a rearmarse sino que continuará este proceso hasta que en unos pocos años se la vuelva a considerar como una impresionante potencia militar".<sup>169</sup> El nuevo Comité de los Requisitos para la Defensa, CRD, que agrupaba a los jefes militares y a los representantes del Tesoro y de la Oficina de Asuntos Exteriores, recomendó en febrero de 1934 que se reemplazara a Japón por Alemania como el principal interés de Gran Bretaña y propuso un plan de rearme para enfrentar el desafío. Incrementaría la Fuerza Aérea nacional para defen-

der las Islas Británicas; crearía una fuerza expedicionaria muy pequeña de seis divisiones para proteger a Bélgica y a Holanda; comenzaría nuevas construcciones de barcos para la Armada y completaría las fortificaciones de Singapur en 1938. Todo esto costaría unos ochenta y dos millones de libras más en el presupuesto militar por un período de cinco años.

Estos no eran objetivos desmedidos a la luz de los peligros que enfrentaba Gran Bretaña, pero encontraron una fuerte oposición. Ya en estos momentos Baldwin había reemplazado a MacDonald como el líder de facto del Gobierno Nacional, y estaba atrapado entre dos fuegos. Clement Attlee, líder del Partido Laborista, atacó incluso el incremento insignificante incluido en el presupuesto militar de 1934 diciendo: "Nosotros, por nuestra parte, estamos por el desarme total, porque somos realistas", mientras que Churchill criticaba fuertemente lo inadecuado del planteamiento. Baldwin, como era su característica, trató de aplacar ambas partes, diciéndole a Attlee que todavía no había perdido las esperanzas de lograr un desarme y le prometía a Churchill paridad aérea con cualquier país que pudiera llegar hasta Gran Bretaña. "Era, casi literalmente, la misma promesa que Baldwin había hecho en 1923, cuando se autorizó por primera vez el escuadrón de cincuenta y dos —incumplida en la década que desde entonces había transcurrido, y destinada a permanecer así por casi el resto de otra—."<sup>170</sup> Pero la resistencia más efectiva al plan del CRD provino desde las filas del propio gobierno, del canciller del Tesoro y Hacienda. Neville Chamberlain declaró el programa como financieramente imposible, cortando los gastos totales a cincuenta millones de libras en cinco años. Propuso el incremento de la proporción de lo que quedaba de la Fuerza Aérea nacional, la reducción del programa naval, posponer el trabajo en Singapur y la eliminación total de la creación de una fuerza expedicionaria. El plan que se adoptó finalmente, aunque se reincorporó el trabajo sobre Singapur, se acercaba más al de Chamberlain y, por tanto, era bastante diferente de la propuesta inicial del CRD. Se centraba en la defensa nacional y abandonaba completamente el "compromiso continental" temido por tantos. Como lo señalaron sus críticos, sin embargo, significaría para los aliados potenciales de Gran Bretaña que "los estaba abandonando a su suerte", mientras que "la llegada de, incluso, las pequeñas fuerzas que proponemos proporcionar tendrán un efecto moral incalculable, superior, proporcionalmente, al tamaño de estas fuerzas".<sup>171</sup>

Los miembros laboristas y liberales criticaron violentamente a Baldwin, aunque en la Cámara de los Comunes sólo mencionó el incremento propuesto para la Fuerza Aérea. En su defensa, repitió la afirmación escuchada por primera vez en 1923 y repetida cuando Locarno: "Las viejas fronteras ya desaparecieron. Cuando usted piensa en la defensa de Inglaterra, ya usted no piensa en los riscos calizos de Dover; usted piensa en el Rin. Ahí es donde está nuestra frontera".<sup>172</sup> Sin embargo, al igual que antes, el gobierno no tenía un plan o el

armamento para defender esa frontera. “El gobierno, todavía ansioso por proteger la economía, prácticamente decidió no tener ningún ejército. Existiría un ejército ‘de responsabilidad limitada’ destinado sólo a la defensa colonial. De esta extraña manera, el efecto práctico del rearme era, de hecho, incrementar el aislamiento británico: no sólo la voluntad sino los medios, de los que carecía la intervención británica en el continente.”<sup>173</sup>

A pesar de la decisión de rearmarse, aunque fuese de una forma limitada, el presupuesto militar para 1935 fue sólo un poco superior al del año anterior. Un grupo de funcionarios civiles con mayor antigüedad, preocupados porque la nación no había sido informada de los peligros que enfrentaba, a partir de su propia iniciativa, presentaron un documento oficial que explicaba el rearmamento alemán y el armamento que necesitaría Gran Bretaña como respuesta. El Gabinete suavizó su retórica antialemana y permitió que se publicara en marzo de 1935, pero tuvo poco impacto. Ningún líder político responsable aceptaría el mensaje de peligro de Alemania, los requerimientos consecuentes de los grandes gastos rearmamentistas y la necesidad de un plan para la guerra, al menos como disuasión, para el pueblo británico.

El documento se publicó cuando los gobiernos británico y francés se encontraban en el proceso de presentarle a Hitler un nuevo plan para el desarme y la seguridad europea, a pesar del fracaso de la conferencia. Antes de que pudiera recibirlo, utilizando el documento oficial como excusa, Hitler anunció que, a pesar del Tratado de Versalles, Alemania tenía una Fuerza Aérea. Una semana más tarde denunció rotundamente las limitaciones militares restantes impuestas por Versalles y anunció el regreso del reclutamiento militar, proclamando su intención de reemplazar el ejército de 100.000 voluntarios a largo plazo prescrito en Versalles con una fuerza de 36 divisiones, alrededor de 550.000 reclutados a corto plazo que proporcionarían cuerpos de ejércitos de reservistas entrenados. El nuevo Ejército alemán sería mayor que el francés, y una fuerza así cambiaría fundamentalmente el equilibrio del poder europeo. En respuesta, Mussolini por Italia, y Laval por Francia, se reunieron con MacDonald en Stresa, pero de la conferencia lo único que surgió fue una denuncia en común al anuncio de Hitler y la sugerencia de que se mantendrían juntos ante futuras violaciones del tratado. No resulta cínico decir que “el ‘frente de Stresa’ era un ‘frente audaz’ en el sentido de ocultar indecisiones internas... como supuso, correctamente, Hitler”.<sup>174</sup> También estimuló los planes de Mussolini para conquistar Abisinia, como un paso inicial para el establecimiento de un nuevo Imperio Romano. Cuando Mussolini añadió las palabras “en Europa” al comunicado oficial de la conferencia, nadie se opuso. “El Duce llegó a la conclusión de que el camino para Etiopía [Abisinia] estaba abierto.”<sup>175</sup>

Los británicos pronto revelaron el vacío de su compromiso para defender lo que quedaba de las limitaciones del tratado sobre los armamentos de Alemania.

Los jefes de la Armada estaban profundamente alarmados por la insuficiencia de los recursos disponibles para satisfacer sus necesidades en las aguas de sus costas, en el Mediterráneo y en el Lejano Oriente. La agresividad de Japón y la nueva amenaza que representaba Alemania hizo que la locura de los años de recortes y la desatención a las Fuerzas Armadas, combinadas con el no reconocimiento de los peligros crecientes, se hicieran, ineludiblemente, claras. Las consecuencias de las equivocaciones de los últimos quince años provocaron una respuesta nerviosa y nuevos errores graves. Baldwin, que había llegado a primer ministro en 1935, fue presionado por el Almirantazgo para aceptar el ofrecimiento de Hitler de negociar las limitaciones navales, principalmente por el riesgo que significaba Japón. Enfrentado a unas próximas elecciones y convencido de que el pueblo británico se oponía al rearme y vinculaba a los conservadores con esta situación, "Baldwin se inclinaba por aceptar cualquier acuerdo que pudiera proporcionar un contraargumento".<sup>176</sup> El resultado fue un tratado naval que le garantizaba a Alemania el derecho a construir una flota hasta un 35% de la británica, una proporción del 45% de los submarinos, lo que podría llegar a la paridad cuando los alemanes lo decidieran.

El tratado no obtenía nada para Gran Bretaña. Incluso si Gran Bretaña no construía otro barco, a los alemanes, que tenían una flota de sólo 86.000 toneladas, les llevaría muchos años alcanzar las 425.000 toneladas que sumaban el 35% del tonelaje británico, y lo tendrían que hacer a expensas de su Ejército. La proporción, además, debía ser suficiente si toda la Armada británica se mantenía en el Mar del Norte, pero si se necesitaba un desprendimiento hacia el Mediterráneo o en el Lejano Oriente, seguramente no lo sería. Churchill exclamó en la Cámara de los Comunes: "¡Qué conveniente ha sido esto para los japoneses!... La flota británica estará, en su mayor parte, anclada en el Mar del Norte [y] cuando se construya esta flota alemana no podremos mantener ninguna cantidad considerable de la flota británica tan lejos de casa [como el Lejano Oriente]".<sup>177</sup> Las consecuencias diplomáticas no fueron menos desafortunadas. El acuerdo angloalemán fue una violación del Tratado de Versalles, adoptado sin la aprobación de las otras potencias. Destruyó el frente de Stresa y después afectó la confianza de los franceses, lo que los condujo a buscar ayuda en otro sitio, en la Unión Soviética, y amplió su desavenencia con Gran Bretaña. El almirante Erich Raeder, jefe de la Armada alemana, tenía razón en llamar al acuerdo naval "un éxito político para Alemania" porque Gran Bretaña, de ese modo, "aprobó el derecho de Alemania, a partir de entonces, de rearmarse".<sup>178</sup> Mussolini, cuyos planes en Abisinia eran bien conocidos, se envalentonó cuando los británicos no se pronunciaron sobre ello en Stresa, y su nueva política de apaciguamiento con Hitler y la ruptura que el acuerdo naval angloalemán había provocado con Francia lo único que lograron fue aumentar su confianza de que Gran Bretaña no interferiría en sus proyectos.

## LA CRISIS ABISINIA

En 1934 Mussolini se estaba preparando para un ataque a la pobre y atrasada nación africana de Abisinia (los europeos la llamaban Etiopía). En 1896, el Ejército italiano había sido humillado allí, por la derrota en la batalla de Adoua, uno de los raros fracasos sufridos por una potencia europea a manos de una nación no europea. Mussolini estaba dispuesto a vengarse de la derrota, comenzar el restablecimiento de la gloria imperial romana y, quizás, a desviar los pensamientos de los italianos de su corrupto y desagradable régimen fascista y sus problemas económicos.<sup>179</sup> Inició los preparativos diplomáticos mediante conversaciones con el primer ministro francés Pierre Laval en febrero de 1935. Estuvieron de acuerdo en consultar si Alemania amenazaba a Austria o continuaba el rearme, en violación del Tratado de Versalles. Laval también hizo algunas concesiones a Italia en el norte y noreste de África y le dio libertad a Mussolini para ocuparse de Abisinia. El deseo de lograr un arreglo amistoso condujo a un malentendido sobre el último punto. Puede ser que Mussolini esperara el respaldo francés, mientras que Laval parece que se sorprendió por el deseo de los italianos de realizar una conquista completa.<sup>180</sup>

Alarmados por el acuerdo naval angloalemán, los franceses firmaron un acuerdo militar con Italia para cooperar en contra de una posible acción militar alemana contra Austria. El distanciamiento de Gran Bretaña y Francia causado por el acuerdo naval sería un problema grave durante la crisis de Abisinia. En pocas semanas, las fuerzas y equipos italianos se comenzaron a mover a través del Canal de Suez para colocarse en posición para un ataque a Abisinia, y en junio los británicos no pudieron seguir ignorando la posibilidad de una guerra. Antes de la Gran Guerra hubiera sido muy improbable que un ataque de los italianos a una débil nación africana que no resultaba ni valiosa ni de interés particular para las otras potencias europeas hubiera provocado una reacción importante de ninguna de ellas. La creación de la Sociedad de Naciones, sin embargo, y los compromisos que implicaba para la seguridad colectiva y la resistencia en contra de una agresión cambiaron la situación. En Inglaterra, especialmente, la opinión popular se había apoderado de la idea, y cualquier gobierno que abiertamente se guiara por las viejas reglas y negara los nuevos compromisos tendría serios problemas. Enfrentado ante la amenaza constante de Japón en el Lejano Oriente, el peligro creciente que representaba Alemania, la evidencia del acercamiento francés a Italia y la terrible insuficiencia de sus propios preparativos militares, el gobierno de Baldwin se encontró en una posición lamentable. Tratando de evitar la opción de Hobson, enviaron a Anthony Eden, ministro para los Asuntos de la Sociedad de Naciones, a Roma con la propuesta de que se le entregaría a Italia parte de Abisinia y, a cambio, proporcionaría compensaciones al entregar parte de la Somalia británica a los



abisinios. Mussolini la rechazó y Eden regresó a Londres justo antes de que se anunciaran los resultados de la "Votación por la Paz".<sup>181</sup>

Dentro del gobierno británico no se deseaba un enfrentamiento directo con Italia, pero sí existía un criterio generalizado con relación a que la Sociedad no podía abandonarse. Aun así, había una gran reticencia a oponerse a los italianos y arriesgarse a que se pusieran del lado de Alemania y una indisposición a ofrecer resistencia a Mussolini sin el apoyo francés. También existía un agudo sentido de la debilidad militar británica. Un nuevo subcomité llamado Comité para los Requisitos y la Política para la Defensa, cuyo jefe era el propio Baldwin, presentó un informe a principios de julio de 1935, advirtiendo que "es de la mayor importancia que este país no se involucre en una guerra en los próximos años... No se debería perder ninguna oportunidad para evitar el riesgo de una guerra... tanto como sea posible". Baldwin, personalmente, le dijo al ministro de Asuntos Exteriores, Samuel Hoare, "manténganos fuera de la guerra, no estamos preparados para ella". Finalmente, estaba el miedo terrible engendrado por las memorias de la Gran Guerra. El rey Jorge V le suplicó a Hoare, "he pasado por una guerra mundial. ¿Cómo puedo pasar por otra? Si voy a continuar, debe mantenernos fuera de una guerra".<sup>182</sup>

Enfrentado a la necesidad de reconciliar estos objetivos contradictorios, Hoare siguió lo que llamó "una política doble de negociación con Italia y respeto por nuestras obligaciones colectivas bajo el Convenio, basado en la cooperación anglofrancesa".<sup>183</sup> La dificultad radicaba en que Mussolini no estaba interesado en un trato aceptable y Francia no deseaba oponérsele, por lo que negociar con Mussolini era inconsistente con la seguridad colectiva y enfrentársele implicaría entrar en conflicto con la cooperación anglofrancesa. Como Mussolini demostró su intransigencia al rechazar todos los compromisos, Baldwin le dio instrucciones a la Armada para que tomara las medidas necesarias si hubiera una guerra con Italia. La Armada no estaba nada contenta con la perspectiva. Los bajos niveles de apoyo durante quince años hicieron que se encontrara en un pobre estado de preparación. El primer lord Naval, el almirante Ernle Chatfield, solicitó que se demorara la imposición de sanciones a Italia el mayor tiempo posible. La flota del Mediterráneo carecía de suficientes cruceros y destructores equipados para combatir a los submarinos. El segundo al mando del almirante le dijo al embajador británico en el Cairo que "iestos barcos tienen suficientes municiones como para disparar durante quince minutos!". A Hoare le impactó mucho la carta de Chatfield: "Este país se ha debilitado tanto en los años recientes que no estamos en la posición de llevar una línea fuerte en el Mediterráneo... deberíamos ser muy cautelosos con relación a cuán lejos y de qué manera forzamos la marcha de los acontecimientos en París, con una Francia inestable y una Inglaterra que no está preparada".<sup>184</sup> Durante toda la crisis el gobierno británico fue consistentemente desestimula-

do para que no emprendiera acciones más fuertes por consejos similares de la Armada.

La actitud de Francia fue otro elemento de disuasión para una acción fuerte. Los franceses no podían entender el entusiasmo de Gran Bretaña por la seguridad colectiva para defender una nación africana atrasada que todavía practicaba la esclavitud, al costo de aislar a Italia, un aliado en la última guerra y un aliado potencial en contra de la Alemania nazi, cuando había estado tan poco dispuesta a emplearlo en defensa de la seguridad de Francia en contra del rearme y la venganza de Alemania. En septiembre, en Ginebra, Laval, ahora como ministro de Asuntos Exteriores francés, preguntó si Gran Bretaña estaría igualmente dispuesta a aplicar sanciones en Europa en contra de Alemania. Eden no pudo dar una respuesta directa y satisfactoria. En vez de eso, defendió a la Sociedad, las sanciones y la seguridad colectiva: mantener la posición en Abisinia le daría fuerza a la Sociedad, “y aumentaría, en correspondencia, nuestra obligación moral de apoyar y aplicar el Convenio. Si, no obstante, se violara ahora el Convenio con impunidad, la autoridad de la Sociedad se vería tan dañada que su futura influencia sería insignificante en Europa o en cualquier otro lugar”. Laval señaló que esto no solucionaba el asunto y, al escribir, años más tarde, Eden reconoció que “esto puede haber sido cierto, pero la cautela del gobierno británico y *el estado en que se encuentra nuestra defensa* me impedía prometer respaldo incondicional del Convenio en el futuro”<sup>185</sup> (itálicas del autor). Hoare se reunió con Laval el 9 y el 10 de septiembre en Ginebra, en donde estuvieron de acuerdo en que la guerra era un riesgo muy peligroso, por lo que toda acción militar fue descartada para no provocar a Mussolini.

A pesar de eso, el 12 de septiembre, Hoare pronunció un discurso ante la Asamblea de la Sociedad sorprendente por el atrevimiento que implicaban sus palabras. Aseguraba que el gobierno británico “no sería segundo de nadie para cumplir, dentro de la medida de sus capacidades, las obligaciones que el Convenio le exigía... La Sociedad se pronuncia, al igual que mi gobierno, por la conservación colectiva del Convenio en su totalidad y particularmente por una resistencia firme y colectiva ante todos los actos de agresión no provocada”.<sup>186</sup> Esto no era un súbito estallido de entusiasmo de un ministro en particular, sino que había sido elaborado con la colaboración de Baldwin y de Chamberlain. Hoare, más tarde, describió sus intenciones: “Debía ser un llamamiento evangelista”, con la intención de añadir “nueva vida” a la Sociedad. “En el mejor de los casos, podría iniciar un nuevo capítulo en la recuperación de la Sociedad y, en el peor, podría desalentar a Mussolini al mostrar el fervor de la Sociedad. Si había algún elemento de engaño en él, era el momento en que el engaño no era sólo legítimo sino ineludible.”<sup>187</sup>

Para los internacionalistas era “justamente el discurso que siempre habían deseado escucharle a un ministro de Asuntos Exteriores inglés durante una

crisis de este tipo", pero eran palabras altisonantes y vacías, como Hoare se apresuró a comunicarle a Mussolini. A través de su embajador en Roma le dijo al dictador alemán que Gran Bretaña estaba ansiosa por llegar a un acuerdo, no tenía intenciones de humillar a Italia y que tampoco emplearía sanciones militares ni cerraría el Canal de Suez.<sup>188</sup> Tranquilizado por estas informaciones, Mussolini rechazó otras propuestas para un compromiso e invadió Abisinia el 3 de octubre de 1935.

La Sociedad condenó la maniobra de Italia como una violación del convenio, lo que exigía algún tipo de sanciones. Las que se impusieron, y no entraron en vigor hasta el 18 de noviembre, eran sólo económicas y no incluían un embargo del petróleo que, aparte de la acción militar, era la única sanción que le hubiera podido provocar a Mussolini un serio problema. Francia continuó conteniéndose; sin dudas, según Hoare, Laval estaba, secretamente, intrigando con Mussolini. El debate en Gran Bretaña reveló la confusión y desacuerdo que subyacían en las políticas del gobierno y la opinión pública. Los jefes militares, especialmente los de la Armada, continuaron advirtiendo en contra de cualquier acción que pudiera provocar a Mussolini, e importantes funcionarios, como Vansittart en la Oficina de Asuntos Exteriores y sir Warren Fisher en el Tesoro, sus ojos enfocados en la amenaza alemana, mantenían enérgicamente el mismo criterio.<sup>189</sup> Los ministros compartían todos estos recelos pero no estaban dispuestos a abandonar la Sociedad y la seguridad colectiva, especialmente a la luz de la opinión pública. Esa opinión, sin embargo, estaba mal informada sobre las realidades y no estaba clara sobre los puntos estratégicos y sus implicaciones. El periodista Kingsley Martin hizo un reportaje sobre los argumentos presentados en una reunión en Birmingham, del Frente Popular, a la que asistieron varios grupos:

El primer orador insistió en que debíamos aplicar sanciones económicas pero bajo ninguna circunstancia el Partido Liberal debía apoyar la guerra. Yo fui el siguiente y dije que, aunque había buenas razones para esperar que las sanciones económicas fueran suficientes, existía el riesgo de que estallara la guerra, que tendríamos que comprometernos con ellas si había guerra y que debíamos correr el riesgo. El siguiente orador me dio las gracias por mi franqueza y expreso que, puesto que las sanciones conducirían a la guerra, él se oponía de todas formas a ellas. El cuarto orador exigió que Gran Bretaña debía inmediatamente dar pasos drásticos, que incluyeran el cierre del Canal de Suez pero que no debía haber guerra, bajo ninguna circunstancia... la reunión finalizó con una exposición elocuente del caso pacifista cristiano por el canónigo Stuart Morris, quien más adelante sería el presidente de la Unión del Juramento por la Paz.<sup>190</sup>

Las mismas divisiones existían dentro del propio Partido Laborista. La dirección apoyaba a la Sociedad y las sanciones; el laborista Stafford Cripps denunció a la Sociedad como “una Unión Internacional de Ladrones”, insistiendo en que “toda guerra en la que participara un gobierno capitalista es y tiene que ser una guerra capitalista e imperialista”; George Lansbury, un laborista radical, continuó oponiéndose a todo menos a la resistencia pasiva. El voto final fue un apoyo aplastante al liderazgo, pero su significado permaneció ambiguo: “Casi todos los laboristas que respaldaban la seguridad colectiva continuaron diciendo: la seguridad colectiva detendrá al agresor, por tanto el rearme es innecesario”.<sup>191</sup>

El gobierno ganó una inmensa mayoría en las elecciones de octubre de 1935, con una plataforma que contenía puntos que apoyaban las sanciones y a la Sociedad, pero éstas no impidieron el éxito italiano en Abisinia. Se alzaron voces que solicitaban un embargo del petróleo para Italia, pero el Gabinete británico estaba reticente. Hoare y sus colegas temían que imponer la sanción del petróleo provocaría que Mussolini actuara como un “perro rabioso”, ordenando un ataque a la flota británica y la guerra. La Armada advirtió otra vez que no estaba lista y Hoare se quejó de la “grave brecha en nuestro sistema de Defensas Imperiales, que se encontraban en un débil estado, si se comparaban con una Italia preparada para la guerra”.<sup>192</sup> Durante la crisis, él y la mayoría de los líderes británicos, sobrestimaron mucho el poder militar de Italia y su disposición, atemorizados por el conocimiento de la desatención que habían sufrido, durante mucho tiempo, las propias fuerzas de Gran Bretaña.

En diciembre, sin embargo, el Gabinete estaba a punto de aprobar el embargo de petróleo, cuando Hoare fue a París y logró el acuerdo Hoare-Laval que pretendía proporcionar un acuerdo pacífico sin arriesgarse a una provocación de ese tipo. Le hubiera entregado unas seiscientas millas cuadradas de Abisinia a Italia y los italianos hubieran ganado un monopolio de desarrollo económico en el sur y suroeste de Abisinia. A cambio, Abisinia obtendría un estrecho corredor al mar. El Gabinete británico lo aprobó y Mussolini estaba dispuesto a aceptarlo; si el emperador de Abisinia no lo hacía, peor para él. La noticia del trato se recibió en Gran Bretaña con un estallido de airada desaprobación. Se vio por muchos como una recompensa por la agresión, un golpe a la idea de la Sociedad y la seguridad colectiva y como un acto de cobardía. Hoare tuvo que renunciar y fue reemplazado por Eden y, todavía, no fue hasta finales de febrero que el Gabinete acordó apoyar las sanciones de petróleo que, de hecho, nunca se impusieron. Para mayo, Haile Salassie huyó a Londres y cayó Addis Abeba; la guerra había terminado. En julio, la Sociedad concluyó con sus sanciones.

Al final, el intento de Gran Bretaña de una doble política fue un desastre que provocó resultados peores que si se hubiera seguido una sola, consistentemente. Mussolini había alcanzado sus objetivos, la Sociedad y la seguridad colec-

tiva habían fracasado, el prestigio de Gran Bretaña estaba seriamente dañado e Italia se había quedado aislada, para dentro de poco unir sus fuerzas con Hitler. Las democracias parecían estar débiles, indecisas, acobardadas y su fracaso e inacción le dio ánimos a sus enemigos. Lloyd George personificaba el disgusto que sentía el pueblo británico hacia el comportamiento de su propio gobierno cuando dijo en la Cámara de los Comunes: "Nunca antes había escuchado a un ministro británico venir a la Cámara de los Comunes y decir que Gran Bretaña había sido derrotada... y que debemos abandonar una empresa que habíamos comenzado". Señalando a los miembros del gobierno en el primer banco, dijo: "Esta noche hemos presenciado la cobarde rendición, y *ahí* están los cobardes".<sup>193</sup>

En ese momento, y más adelante, los críticos han culpado al gobierno por no seguir una de las dos políticas alternativas. Unos pocos, como Vansittart y Fisher, los jefes de la Armada, y algunos políticos conservadores, concibieron en su momento una política prudente y realista que reconocía la debilidad militar británica y la necesidad de mantener a Mussolini como un aliado en contra de Hitler, por lo que estaba preparada para sacrificar a Abisinia, como Gran Bretaña casi seguramente hubiera hecho en siglos anteriores. Pero esto, como señala Correlli Barnett, "era 1935, no 1835 o 1735. La política exterior inglesa ya no era solamente un asunto del secretario de Relaciones Exteriores o incluso del Gabinete".<sup>194</sup> Cualesquiera que fueran los méritos de una política puramente *Realpolitik* era absolutamente imposible en la Gran Bretaña de 1935, como se ha mantenido en los países democráticos occidentales desde entonces. Es, de hecho, un requerimiento de verdadero realismo en el mundo moderno reconocer el papel inevitable de lo que ha llegado a llamarse ideología pero no es muy diferente de lo que una vez se conoció como honor. En 1935 el público británico no ignoraría el compromiso de resistir una agresión, especialmente de parte de un dictador contra un país débil, incluso sin tener en cuenta la capacidad de su país para afrontarla eficazmente. Un gobierno que trate de ignorar eso sería rechazado, no sólo como errado sino, como quedó claro por la reacción de muchos conservadores y la de Lloyd George, como deshonroso.

¿Cuál de las alternativas, una decisión de tomar fuertes medidas en contra de Mussolini, por ejemplo, un embargo sobre el petróleo, una barrera naval frente al Canal de Suez o incluso la guerra? Existen razones para pensar que un embargo de petróleo hubiera sido efectivo. En 1938 Mussolini le dijo a Hitler que si lo aplicaban, eso podría derrotarlo.<sup>195</sup> Dado el ambiente imperante, acciones así hubieran contado con el entusiasmo y respaldo del público. ¿Por qué el gobierno británico se apartó de ellas? Hemos visto que ellos, en general, estaban ansiosos por evitar una guerra de cualquier tipo. Estaban particularmente reticentes a perder su amistad con Italia, porque eso beneficiaría a Hitler. Sabían que Francia no apoyaba una política así y estaban reacios a llevar toda la carga

de una posible guerra prácticamente solos. Quizás la explicación más poderosa, sin embargo, era la creencia de que sus fuerzas militares y navales eran insuficientes y que no estaban listas para pelear, una creencia que los jefes y funcionarios de las Fuerzas Armadas les inculcaron repetidamente y con fuerza.

En parte, las evaluaciones y recomendaciones negativas de la Armada provocaron en sus líderes una aversión por la nueva política exterior de la Sociedad y la seguridad colectiva y un deseo de desempeñarse en la forma tradicional de seguir, simplemente, los intereses nacionales. Los puntos de vista del almirante Chatfield eran, posiblemente, típicos. Él, “junto con los otros jefes de las fuerzas utilizaron poco a la Sociedad y no usaron las sanciones económicas”. El compromiso de la nación con ellas era desacertado y peligroso. No podía entender por qué debían arriesgar sus relaciones con el Lejano Oriente, “por un motivo moral”.<sup>196</sup> Al mismo tiempo, sin embargo, los líderes de la Armada tenían un sentimiento legítimo de insuficiencia con respecto a sus recursos, provocado por quince años de desarme.

El resultado de esta combinación de actitudes y preocupaciones fue una cautela excesiva, una mentalidad defensiva, un énfasis en los riesgos sobre las oportunidades, un deseo de presentar las opiniones políticas disfrazadas de estimados militares y, lo más grave, una pérdida de imaginación estratégica. Para el gobierno, los líderes de la Armada hablaban de la amenaza del poderío aéreo italiano pero ellos mismos no lo consideraron seriamente. El almirante de la flota lord Cunningham confirmó muchos años después, en esencia, lo que el almirante Chatfield dijo en su momento sobre la Fuerza Aérea italiana: “no estábamos dispuestos a conceder demasiada importancia a su capacidad para influir en el asunto. Como lo iba a demostrar la guerra, teníamos razón”.<sup>197</sup> Recalcaron los peligros de combatir solos en contra de Italia, sin la ayuda francesa. En un momento, los jefes del Estado Mayor enviaron un informe que Cunningham describió como “una opinión muy pesimista, por no decir, derrotista, sobre la capacidad de la Flota del Mediterráneo para enfrentarse a los italianos”.<sup>198</sup> Pero ni la actitud de los franceses ni el temor al poderío aéreo de Italia “afectaron seriamente la suprema confianza del Almirantazgo en la capacidad de su flota para controlar a los italianos en el Mediterráneo, incluso en una guerra sin ayuda”.<sup>199</sup> Lo que temían, parece ser, era que en su camino hacia la victoria sufrirían muchas pérdidas que los haría vulnerables y estimularía a otros enemigos —Alemania pero, particularmente, Japón— a atacar, lo que provocaría que Gran Bretaña perdiera la próxima guerra. No hay razón para pensar que estos miedos fueran justificados. Alemania no se encontraba en condiciones de iniciar ninguna acción militar, y Japón estaba totalmente ocupado en Manchuria y en China. Y con relación a las bajas significativas ocasionadas por Italia, es difícil tomar seriamente en consideración esos temores a la luz del desdén justificado que los oficiales británicos manifestaron por la Armada italiana, cuya actuación en

la guerra que vendría estaría muy lejos de impresionar a nadie. Tampoco consideraron adecuadamente las consecuencias estratégicas de mayor envergadura de dar paso a una ruptura del orden internacional. No lograron ver las importantes ventajas de mantener la paz al demostrar la voluntad y capacidad de Gran Bretaña y los peligros de la inacción y la debilidad que se apreciaba. De este modo fracasaron en su responsabilidad de mantener la paz y estimular a aquellos que la quebrantarían a costa de Gran Bretaña.

Las lecciones aprendidas por los líderes del ejército, sin embargo, eran diferentes. Respiraron aliviados ante la desaparición del convenio y de la seguridad colectiva. Ahora estarían “libres de los compromisos militares, vagos, absolutos y en su mayoría impredecibles, en los que, en la actualidad, incurrimos bajo el Convenio de la Sociedad”.<sup>200</sup> Pero la situación de Gran Bretaña requería alianzas internacionales y asociaciones para proteger sus bienes e integridad y esto, inevitablemente, debía involucrar “compromisos militares impredecibles” para asuntos que no son de nuestro interés si estas asociaciones funcionan. Los líderes del Ejército buscaron reducir al mínimo las condiciones en las que Gran Bretaña podría combatir contra aquellos que no podían suministrar la protección adecuada, y los políticos aceptaron su consejo sin protestar.

Pero ¿y si los británicos hubieran adoptado un curso más audaz, con una posición abiertamente en contra de la agresión de Mussolini? Parecía más que probable que Francia y otros Estados hubieran proporcionado asistencia. Es una verdad paradójica que para que una nación conduzca a una coalición a tomar acciones riesgosas necesita demostrar su disposición de actuar sola, mientras que la no disposición para actuar sin acuerdo anterior estimula la vacilación. Incluso actuando solos, además, los británicos no tenían ninguna buena razón para temer las consecuencias. “Para nosotros en la Flota del Mediterráneo”, escribió el Almirante Cunningham,

parecía una tarea muy sencilla detenerlo [Mussolini]. El simple cierre del Canal de Suez a sus buques de transporte, que en aquel momento navegaban con tropas y abastecimientos, hubiera interrumpido con efectividad la concentración de sus ejércitos en Eritrea y en todas partes. Es cierto que una medida tan drástica hubiera podido provocar una guerra con Italia; pero la Flota del Mediterráneo se encontraba en un estado de alta moral y eficiencia, y no temía los resultados de un enfrentamiento con la Armada italiana.<sup>201</sup>

Adolf Hitler, parece, esperaba que Gran Bretaña hiciera exactamente lo que describió el almirante Cunningham. Cuando los italianos le solicitaron un préstamo de barcos para su expedición, le dijo al ministro que llevaba el mensaje:

¡Dejen que los italianos tengan cien barcos! Regresaremos, intactos. Pasarán por el Canal de Suez, pero nunca llegarán más lejos. El acorazado británico *Repulse* estará esperando allí, hará señales y preguntará: “¿Hacia dónde van?”. “Hacia el sur”, responderán los italianos. “Oh, no, ustedes no van hacia el sur”, contestará el *Repulse*. “¡Ustedes van hacia el norte!”, y al norte irán.

A su ayudante personal le dijo:

Si pudiera escoger entre los italianos y los ingleses, entonces me quedaría con los ingleses. Mussolini está más cercano a mí, pero conocí a los ingleses en la última guerra. Sé que son gente dura. Si Mussolini cree que puede ahuyentar a la flota inglesa del Mediterráneo con la suya está muy equivocado.<sup>202</sup>

Pero los ingleses se mantuvieron apartados por decisión propia y Mussolini se apoderó de Abisinia. Eden defendió la política de su gobierno en la Cámara de los Comunes cuando dijo que “usted no puede cerrar el Canal de Suez con barcos de papel”,<sup>203</sup> pero Hitler y Mussolini sabían que los barcos británicos eran de acero y totalmente capaces de contener la flota italiana. El almirante Cunningham creía que “si hubiéramos detenido el paso de los buques de transporte italianos a través del Canal de Suez, y la importación de combustible hacia Italia, se hubiera podido alterar toda la historia mundial posterior”.<sup>204</sup> En vez de eso, en medio de la crisis en la que los británicos estaban demostrando lo débil que era su voluntad, el 7 de marzo de 1936 los alemanes penetraron con un ejército en la desmilitarizada Renania, violando el Tratado de Versalles, que habían firmado por obligación, y el pacto de Locarno, con el que habían estado de acuerdo voluntariamente.

#### LA REMILITARIZACIÓN DE LA RENANIA

La remilitarización era una transgresión de la cláusula 42 y 43 del Tratado de Versalles, por tanto, un “acto hostil” con la intención de “alterar la paz del mundo”. Una “violación flagrante” del artículo 4 del Tratado de Locarno exigía a sus signatarios que proporcionaran auxilio inmediato al Estado cuya solicitud de asistencia fue aprobada por la Sociedad. Francia, por tanto, podía pedir la ayuda militar de Italia, Bélgica y Gran Bretaña y realizar acciones militares por su cuenta.<sup>205</sup> La Renania desmilitarizada, además, era el elemento más importante en la estructura de seguridad de Francia creada por el Tratado de Versalles. Hacía que un golpe alemán a Francia o a los Países Bajos fuera totalmente



imposible, y exponía a Alemania a una agresión por el oeste que sería difícil de soportar. Esto servía como garantía para los países pequeños de Europa Central y Oriental, porque cualquier ataque en esa dirección expondría a Alemania a una invasión francesa y a una guerra en dos frentes. La seguridad de Francia descansaba en que se creyera que podría atacar a Alemania con éxito y una Renania desmilitarizada era esencial para esa credibilidad.

Para Hitler, la desmilitarización era especialmente peligrosa. Interfería con sus planes de rearme y de expansión hacia el Este para alcanzar el *Lebensraum* para el pueblo alemán. Además de las otras diferencias entre Hitler y sus predecesores, estaba la del ritmo. Hitler estaba muy apurado. Tenía proyectos enormes y creía, acertadamente, que su propia participación era necesaria para llevarlos a cabo y alcanzarlos, pero temía que le pudiera ocurrir una muerte temprana. Debía, por tanto, forzar el paso y crear oportunidades en donde parecía no haber ninguna. Parece que habló sobre la remilitarización muy temprano, en el verano de 1935, aunque se considera que no fue hasta febrero de 1936 que pensó que la acción tendría que esperar hasta 1937.<sup>206</sup> Las distracciones provocadas por el asunto de Abisinia, sin embargo, las divisiones que causó entre las potencias del Frente Stresa y la vacilación e ineficacia de la reacción de los británicos y franceses hicieron que acelerara el calendario.

En noviembre de 1935, los franceses y los británicos comenzaron a recibir advertencias de sus embajadores y de otras personas de que Hitler estaba realizando desplazamientos de tropas hacia la Renania. Uno de los que predecía este hecho fue el general Maurice Gamelin, comandante en jefe del Ejército francés, quien claramente recalcó el peligro que representaría un movimiento de este tipo. En enero advirtió que Alemania se apoderaría de la Renania para “neutralizar al Ejército francés al construir en sus fronteras occidentales una barrera fortificada comparada a la nuestra... De aquí que, libres de cualquier temor de un ataque nuestro, Alemania tendría toda la libertad de resolver el destino de las potencias de la Pequeña Entente”.<sup>207</sup>

A pesar de su clara comprensión de las consecuencias nefastas que seguirían a la remilitarización, los franceses “no sólo carecían de un plan previamente concebido para realizar una contramanoobra militar a la remilitarización sino que ni siquiera comenzaron a preparar una mientras que de las fuentes de inteligencia y diplomáticas les decían que un paso así era inminente”.<sup>208</sup> Los académicos han escrito sobre el temperamento de los militares franceses anterior a la Primera Guerra Mundial como algo que formaba parte de un “culto por la ofensiva”,<sup>209</sup> pero después de esa guerra, como hemos visto, parece que formaron un “culto por la defensiva”, simbolizado por la Línea Maginot, que demostraría ser mucho más devastador en la próxima guerra. Sin dudas, había un elemento ofensivo en la doctrina militar francesa que preveía las operaciones ofensivas después de una fase defensiva. “La fase defensiva desgastaría el empuje del enemigo y

le permitiría a Francia y a sus aliados movilizar sus fuerzas. Ataques metódicos apoyados por una potencia de fuego a gran escala podrían, incluso, aplastar posiciones hostiles.<sup>210</sup> En los años entre las dos guerras, sin embargo, los líderes militares franceses se impresionaron aún más con las crecientes ventajas que ofrecía la potencia de fuego: “El gran poder destructivo de los nuevos armamentos fortalecía la defensa y relativamente menos hombres podían establecer un barrera de fuego prácticamente infranqueable”.<sup>211</sup> Como resultado, el elemento ofensivo continuó reduciéndose mientras que el defensivo comenzó a destacarse y dominó la mentalidad militar francesa. La lógica de la situación de Francia a partir de 1919 requería una fuerza móvil no muy grande, siempre lista para desempeñar sólo un tarea como la que se presentó en 1936, pero eso hubiera significado pensar de forma ofensiva a un nivel táctico como parte de una estrategia defensiva mayor. Esta forma de pensamiento era rechazada, no sólo por los soldados sino también por sus jefes civiles: un gobierno tras otro había mantenido la posición de que el Ejército no necesitaba estar preparado para una “acción espontánea ofensiva”. El único plan de acción pedía una movilización general de todas las fuerzas, que demoraría semanas. Lo que hacía falta era “una especie de matamoscas militar, flexible y poco amenazante; en su lugar, la doctrina militar recomendaba una almádena”.<sup>212</sup>

Hitler envió su pequeña fuerza a la Renania el 7 de marzo, otra de sus “sorpresas de los sábados”, que tenían la intención de tomar desprevenidos a la mayor cantidad de diplomáticos en sus salidas ocasionales de fin de semana, entorpeciendo la posibilidad de una respuesta rápida. Su excusa formal fue que el pacto franco-soviético, dirigido claramente en contra de Alemania, era una violación del Tratado de Locarno que anulaba la desmilitarización de la Renania. Éste era un débil pretexto que más tarde fue rechazado por la Sociedad de Naciones, pero fue acompañado con una explosión de promesas de un buen comportamiento futuro: Hitler ratificó que estaba listo para negociar con Francia y Bélgica sobre nuevas zonas desmilitarizadas en ambos lados de sus fronteras; para firmar pactos de no agresión con ellos, garantizados por Gran Bretaña e Italia; de llegar a esos acuerdos también con los Estados occidentales; asegurar las garantías, que tanto deseaban los británicos, en contra de los ataques aéreos; y regresar a la Sociedad de Naciones cuando se reformara adecuadamente.<sup>213</sup> Al hablar en el Reichstag, para el consumo internacional esa misma noche, concluyó su discurso con la solicitud de que “ahora, más que nunca, debemos luchar por un entendimiento entre los pueblos europeos... No reclamamos territorios en Europa... Alemania nunca romperá la paz”. El embajador francés en Berlín describió todo esto de la forma siguiente: “Hitler golpeó a su adversario en la cara, y al hacerlo declaró: ‘les traigo proposiciones de paz!’”<sup>214</sup>

Ni los ministros ni los soldados franceses habían pensado en una respuesta militar. Ya desde febrero el gobierno había decidido que en el caso de una inter-

vención así por parte de los alemanes, Francia apelaría a la Sociedad de Naciones, “un rumbo en las acciones que implícitamente significaba que Francia consideraba que la violación era de características no flagrantes por lo cual las contramedidas no eran justificables”.<sup>215</sup> El día después de la acción alemana, los franceses enviaron una protesta formal a la Sociedad. A partir de entonces, a pesar de los argumentos manejados dentro del gobierno francés y del fuerte lenguaje utilizado con los británicos por el ministro de Asuntos Exteriores francés, Gaston Flandin, sobre las sanciones que debían tomarse, incluso militares, no había ninguna posibilidad de que Francia hiciera algo. A los líderes civiles les pareció conveniente culpar la timidez de los militares por su inacción. Los líderes militares rechazaron molestos la acusación, pero los documentos revelan que en medio de la crisis, ya desde el 9 o 10 de marzo, el general Gamelin le dijo a sus compañeros oficiales que “a los soldados los habían forzado a disuadir a los políticos”.<sup>216</sup> Aún así, los políticos no eran difíciles de contener. Aparte de su propia indisposición para actuar, tomaron nota de las actitudes del pueblo francés, según se reflejaban en la prensa. De la monárquica y derechista *Action Française* llegó el grito “¡No vamos contra Hitler con los soviéticos!”. La izquierda, que no sentía ninguna simpatía por Hitler, aún así, propuso un entendimiento y la inacción. El socialista *Populaire* dijo: “Fue estúpido creer que un gran país de más de sesenta millones de personas aguantaría, diecisiete años después de la guerra, la desmilitarización de parte de su territorio... Hitler ha destrozado un tratado, ha incumplido todas sus promesas, pero al mismo tiempo habla de paz y de Ginebra. Debemos creer lo que dice”.<sup>217</sup>

A los británicos, también, les habían advertido claramente sobre la posibilidad de un movimiento alemán en la Renania, y el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, estaba consciente de su significado. En febrero le dijo a sus colegas que la desaparición de la zona desmilitarizada “no cambiaría, únicamente, los valores militares locales sino que es muy posible que conduzca a repercusiones políticas de mayor alcance y que debilitarán más la influencia de Francia en la Europa Oriental y Central”.<sup>218</sup> Así y todo, no deseaba pelear para proteger la zona, prefería negociar, utilizando la remilitarización como una moneda de cambio. En respuesta a la pregunta de Flandin de qué haría Gran Bretaña si Alemania rompía el acuerdo de Locarno al remilitarizar la Renania, el primer ministro Baldwin dijo que ningún país se encontraba en la posición de emprender acciones militares en contra de Alemania. El plan, entonces, era encontrar una forma de regresar a Alemania a la Renania sin violar tratados y gestionar, a cambio, un acuerdo aéreo —todo con la participación de Francia—. Antes de que hubiera tiempo para la negociación, Hitler entró en la Renania. Eden, inmediatamente, urgió a los franceses para que “no hicieran más difícil la situación”. Durante el fin de semana escribió un memorándum para el Gabinete argumentando en contra de la acción militar

o incluso de los que exigían que Alemania retirara sus tropas. Lo que había que hacer era “concluir con [Alemania] un acuerdo lo más amplio y duradero posible mientras que Herr Hitler esté en disposición de hacerlo”.<sup>219</sup>

El gobierno reflejaba perfectamente los sentimientos de la mayoría de los británicos. Apaciguadores ardientes, como lord Lothian, lord Waldorf y lady Astor y el amigo más íntimo y consejero de Baldwin, Tom Jones, se encontraron en la casa de campo de Lothian para formular una política para el país. Jones le informó los resultados por teléfono al primer ministro; le urgió que aprobara lo que había sucedido, que era trivial en comparación con las proposiciones de paz que se adjuntaban; rechazar ser arrastrados al peligro por Francia y “aceptar la declaración de Hitler como hecha de buena fe y poner a prueba su *bona fides* al tratar de llevarla a cabo”. El historiador Arnold Toynbee también estaba en la reunión. Acababa de regresar de una visita a Hitler en donde lo había escuchado hablar durante dos horas “con una coherencia y lucidez magistrales” que lo convenció “de la sinceridad del deseo del Führer de una paz en Europa y relaciones más cercanas con Inglaterra”. El editorial del *Times* de Londres se tituló UNA OPORTUNIDAD PARA LA RECONSTRUCCIÓN y calificó las ofertas de Hitler como la mejor esperanza para estabilizar a Europa. George Bernard Shaw dijo que era como si los británicos hubieran reocupado Portsmouth.<sup>220</sup>

Los políticos en el Parlamento tuvieron una reacción similar. En el Partido Laborista incluso Hugh Dalton, que estaba a favor de enfrentarse a Alemania, dijo que “el Partido Laborista no apoyaría que se adoptaran sanciones militares o económicas contra Alemania en este momento”, mientras que su colega Arthur Greenwood estaba encantado porque consideraba que la nueva situación estaba “llena de nuevas y grandes posibilidades para el futuro del mundo”.<sup>221</sup> El miembro conservador, Harold Nicolson, no hizo distinción entre partidos cuando describió el estado de ánimo en el Parlamento y buscó más allá de las apariencias para saber cuáles eran sus raíces: “El país no apoyará nada que provoque una guerra. Por todas partes uno escucha opiniones de simpatía hacia Alemania. Todo es muy trágico y triste”. En su diario escribió: “El estado de ánimo general de la Cámara es el miedo. Cualquier cosa que nos mantenga fuera de la guerra”.

La gente común también recibió con calma la ocupación de la Renania. Eden relató el comentario de un taxista: “Supongo que Jerry puede hacer lo que quiera en su propio patio trasero, ¿o no?”.<sup>222</sup> Era una frase que se le atribuyó a lord Lothian, lord Halifax y a lord Geoffrey Dawson, uno de los líderes del apaciguamiento que era editor del *Times*, y que se hizo muy famosa. Reflejaba la ignorancia comprensible de la mayoría de la gente con relación a la significación estratégica de lo que había sucedido y del carácter del régimen que había llevado a cabo el golpe así como los dieciocho años en los que la opinión

especializada había minimizado la amenaza que representaba Alemania, había simpatizado con sus reclamaciones y se había quejado de la irracionalidad agresiva y el egoísmo de Francia. Les costó trabajo, especialmente, entender por qué no estaba bien que los alemanes obtuvieran soberanía total sobre una parte de su propio territorio, aun cuando eso implicara la violación de tratados internacionales. En medio de la crisis, el secretario de Estado británico para la Guerra le dijo al embajador alemán que el pueblo británico no pelearía a causa del golpe en la Renania: “La gente no sabía mucho sobre las estipulaciones para la desmilitarización y la mayoría, posiblemente, era de la opinión que no les importaba ‘dos cominos’ que los alemanes reocuparan su propio territorio”.<sup>223</sup> Sus líderes no los habían ayudado a entender estas cosas durante años y tampoco lo hicieron en 1936.

La política británica era evitar la guerra a toda costa, propiciar las negociaciones con Hitler y apresurar el ritmo del rearme. En su poca disposición para pelear, el gobierno tuvo un fuerte apoyo del liderazgo militar. Los jefes del Estado Militar veían la guerra con Alemania “como un desastre para el cual las Fuerzas Armadas, con los acuerdos que tenían en el Mediterráneo, no estaban, en lo absoluto, preparadas”.<sup>224</sup> Sin dudas, sus estimados eran pesimistas, como siempre. Sabían muy bien que sus fuerzas no estaban bien preparadas para enfrentar lo que se esperaba de ellos en una situación determinada, pero también sobrestimaron, en extremo, la capacidad del enemigo, y en la guerra lo que importa es la relación entre el poder de un ejército y el otro, no el poder absoluto. En la propia Renania, aunque el general Gamelin afirmó que Hitler había ubicado 265.000 tropas allí, la cifra real era de 22.000 hombres y 14.000 policías locales.<sup>225</sup> En total, la fuerza militar era de setenta y seis divisiones del Ejército francés más veintiún belgas en contra de treinta y dos de Alemania. En el mar, las potencias occidentales tenían una superioridad aplastante. En el aire los alemanes tenían una ventaja en bombarderos pero no en cazas; además, el *Luftwaffe* estaba todavía en sus comienzos. El Estado Mayor Aéreo alemán reportó que en la primavera de 1936 su fuerza no sería suficiente para llevar a cabo una guerra contra Francia y Checoslovaquia “con la más mínima posibilidad de éxito”.<sup>226</sup> Además, los checos y los rumanos le habían ofrecido a Francia su respaldo. El 9 de marzo, pensando que Francia comenzaría el movimiento, Polonia ofreció activar su alianza militar.<sup>227</sup> Si Francia avanzaba y se cumplían todas las promesas, unas cien divisiones se habrían dirigido hacia Alemania, de diferentes direcciones, en un momento en que “el rearme alemán estaba sólo comenzando y los primeros reclutas hacía sólo unos meses que habían entrado al ejército”.<sup>228</sup> A.J.P. Taylor sólo exageraba un poco cuando dijo que “lo que sucedió en realidad el 7 de marzo fue un ejemplo asombroso de la audacia de Hitler. Alemania no tenía, literalmente, ninguna fuerza disponible para una guerra. Los hombres entrenados del viejo Reichswehr estaban ahora dispersos como ins-

tructores en el nuevo ejército a gran escala; y este nuevo ejército todavía no estaba listo. Hitler le aseguró a los generales que protestaban que él retiraría su fuerza simbólica en cuanto los franceses actuaran: pero estaba totalmente confiado".<sup>229</sup> En su testimonio en Nuremberg, el general Alfred Jodl, que ocupaba un alto cargo en el Wehrmacht, dijo: "Considerando la situación en la que nos encontrábamos, el ejército de apoyo francés nos hubiera podido hacer pedazos". El propio Hitler más tarde dijo que "una retirada nuestra hubiera significado el desplome... Las cuarenta y ocho horas después de la invasión a la Renania fueron las más difíciles de mi vida. Si los franceses hubieran en ese momento entrado en la Renania nos hubiéramos tenido que retirar con la cola entre las piernas, porque los recursos militares a nuestra disposición hubieran sido totalmente inadecuados siquiera para una resistencia moderada".<sup>230</sup>

Las consecuencias de la remilitarización de la Renania fueron enormes. Hitler se fortaleció mucho, dentro de su país, y su poder e influencia se incrementaron notablemente. Su éxito evidente elevó la popularidad del dictador en el pueblo alemán a nuevos niveles. El embajador estadounidense en Londres escribió que "una abrumadora mayoría de alemanes respaldarían cualquier aventura que Hitler pudiera llevar a cabo".<sup>231</sup> El prestigio de Hitler entre los diplomáticos de Alemania y los líderes militares, la mayoría procedentes del antiguo régimen, creció mucho, y el deseo de desafiarlo, a él y a sus planes, disminuyó bastante. El éxito también acrecentó su confianza en sí mismo. Cuando se apresuraba a regresar a casa después de una gira triunfante en la Renania, "Hitler se dirigió a sus amigos, en el tren especial, y una vez más expresó su alivio por la flojedad de las potencias occidentales: '¡Estoy contento! Buen Dios, si no lo estaré de que haya sido tan fácil. Sin lugar a dudas, el mundo pertenece al hombre valiente. Es él quien recibe la ayuda de Dios'".<sup>232</sup> La inacción de los franceses y de los británicos lo envalentonó para proseguir con sus planes agresivos. Ahora estaba convencido de que Francia no atacaría sin el apoyo de los británicos y de que Gran Bretaña no pelearía para impedir que Alemania se apoderara de Austria o de Checoslovaquia.<sup>233</sup>

Los resultados más importantes fueron los estratégicos. La presencia de un Ejército alemán en la Renania, aunque fuera pequeño y poco preparado, le confirmó al Ejército francés la validez de comprometerse a sólo una estrategia defensiva. Los alemanes tenían la libertad de construir fortificaciones en su frente occidental que podían mantenerse con pocas tropas. Aún más importante, ahora podían utilizar toda la capacidad industrial de Alemania para acondicionarse para la guerra. El ochenta por ciento del carbón alemán se encontraba en la Renania y en el Ruhr y mientras estas regiones estuviesen expuestas a la invasión francesa no se podían desarrollar con seguridad y, por lo tanto, no era posible contar con ellas. "La acción del 7 de marzo le permitió a Hitler lanzar su programa de cuatro años, que se había diseñado para movilizar la eco-

nomía alemana para una guerra a gran escala en el otoño de 1940.”<sup>234</sup> La inacción de los franceses, además, estimuló a Bélgica para que rompiera la alianza, acordada en la década de 1920 con Francia, y se encaminara hacia la neutralidad, lo que abría una brecha crítica en la Línea Maginot, incrementando más la mentalidad defensiva francesa y poniendo, incluso, en duda la estrategia defensiva. Ayudó a persuadir a Mussolini para que concluyera el “Eje Roma-Berlín” en octubre de 1936, un acuerdo entre los dictadores que, en un futuro, complicaría los problemas estratégicos de Francia. También conllevaba la retirada de la protección italiana a Austria, un prerrequisito para la anexión de ese país por parte de Hitler. Después de marzo de 1936, “no podría haber ninguna duda de que, con la desaparición de la Renania desmilitarizada, Europa había perdido su última garantía en contra de una agresión alemana”.<sup>235</sup> Lo que, a su vez, significaba que los franceses no adoptarían ninguna acción ofensiva en el Oeste si Alemania atacaba a sus aliados en Europa Central y Oriental. “El golpe de la Renania fue como el toque de difuntos para los pactos orientales.”<sup>236</sup> Como dijo el primer ministro Albert Sarraut en abril de 1936: “el punto esencial es que Francia no puede permitir que Alemania construya fortificaciones en la zona anteriormente desmilitarizada. Nos resultaría imposible intervenir con eficacia para poder ayudar a nuestros aliados orientales”.<sup>237</sup> Al permitir el golpe, sin embargo, los franceses no podían impedir las fortificaciones ni defender a sus aliados.

Durante muchos años fue muy común que los historiadores vieran la remilitarización de la Renania como un momento crítico. Un clásico comentario de un notable académico: “Fue uno de los grandes puntos de giro en la historia, de mayor importancia que lo sucedido en Munich dos años después”.<sup>238</sup> Esa opinión fue cuestionada fuertemente por A.J.P. Taylor:

Se dijo en su momento, y se ha dicho con frecuencia desde entonces, que el 7 de marzo fue “la última oportunidad”, la última ocasión en que se hubiera podido detener a Alemania sin tener que pasar por todo el sacrificio y sufrimiento de una guerra grande. Técnicamente, en el papel, esto era cierto: los franceses tenían un gran ejército y los alemanes no tenían ninguno. Psicológicamente, era el reverso de la verdad. Los pueblos occidentales quedaron indefensos ante la pregunta: ¿qué podían hacer? El Ejército francés podía entrar en Alemania; arrancar promesas de buen comportamiento a los alemanes; y entonces, retirarse. La situación se mantendría igual que antes o acaso peor —los alemanes podrían estar más resentidos e intranquilos que nunca—.<sup>239</sup>

Ese desafío se responde fácilmente. Una acción militar decisiva llevada a cabo por los franceses hubiera podido humillar y desacreditar a Hitler, poniendo

fin a su régimen especialmente peligroso. Como el propio Hitler le dijo al embajador británico, "con los dictadores, nada tiene más éxito que el éxito".<sup>240</sup> De igual forma, "nada fracasa tanto como el fracaso". También es importante preguntar qué no hubiera pasado. Seguramente, Bélgica no hubiera buscado su seguridad en la neutralidad. El poder industrial de la Renania y del Ruhr no hubiera estado tan disponible para la maquinaria militar alemana. No hubieran existido fortificaciones efectivas de la frontera occidental de Alemania para impedir una invasión francesa, cuya amenaza, a cambio, podía obstaculizar un ataque alemán a los aliados franceses occidentales. Por último, la Renania no podría utilizarse, como se había previsto, en "su objetivo tradicional de proporcionar una zona de reunión para grandes ejércitos destinados a invadir Francia y los Países Bajos".<sup>241</sup>

Un desafío diferente al punto de vista tradicional tiene más mérito. Sus partidarios señalan que la suerte estaba echada mucho antes de 1936. Cuando se apunta a la superioridad real del Ejército francés no se tienen en cuenta "todos esos factores de opinión, coraje y determinación que hicieron llegar a la conclusión evidente de que el poderío superior de los franceses no se utilizaría en el suceso". La remilitarización era sólo "la culminación... de todo eso que había sucedido entre Alemania, por un lado, y Francia e Inglaterra, por el otro, en los tres años desde que Hitler había llegado al poder en Alemania".<sup>242</sup> Es posible ir más lejos y decir que fue el resultado de casi dos décadas en las que el terrible recuerdo de la guerra pasada y los horrores aterradores de los bombardeos aéreos que se proyectaban para la próxima, disfrazados y presentados de forma respetable por las interpretaciones revisionistas de las causas de la última guerra y de lo injusto de los tratados que le dieron fin, condujeron a una negativa para enfrentar las realidades desagradables y a pensar de forma estratégica, a mantener un sistema de defensa y la voluntad para utilizarlo de forma adecuada para disuadir la agresión y preservar la paz.

Sin embargo, a pesar de todo lo cierto que se encierra en esa línea de pensamiento, todavía es correcto pensar en marzo de 1936 como una oportunidad que se escapó, una última posibilidad perdida de detener a Hitler antes de que se convirtiera en una amenaza mortal. La gran desgracia de las potencias occidentales fue que carecían de líderes, en este momento de crisis, lo suficientemente sabios para entender la situación y lo suficientemente fuertes para moverse en contra de la corriente. Incluso si los franceses hubieran escogido utilizar su "almádena" después de una movilización lenta y completa, no hay dudas de sus capacidades para expulsar a las tropas alemanas de la Renania. Pero nadie, en su débil gobierno interino, tenía la voluntad, la capacidad persuasiva o el poder de ordenar una acción de este tipo. El estímulo británico, o incluso el respaldo, hubiera tenido un efecto poderoso, pero los miembros del gobierno de Baldwin, aunque habían proclamado que la frontera británica



estaba en el Rin, aunque el estacionamiento de las fuerzas alemanas en la Renania e incluso la conquista de Francia por parte de Alemania hubiera ayudado inmensamente a aquellos ataques aéreos sobre Gran Bretaña que tanto los aterrorizaban, no estaban dispuestos a dar el paso. Baldwin y su Gabinete tenían el poder de actuar, y nadie puede tener la certeza de que si se hubiera hecho un esfuerzo para que se entendiera claramente el peligro, combinado con un liderazgo audaz, especialmente si proporcionaba éxito, no hubiera encontrado apoyo. Como lo ha expresado un alumno que ha estudiado el período cuidadosamente: no hay "forma de saber cuál hubiera sido el efecto si la opinión pública hubiera sido dirigida con energía por el gobierno, tanto durante como después de la crisis".<sup>243</sup> Pero Baldwin y sus colegas eran hombres de su tiempo y de su lugar, y apartaron sus ojos de las realidades desagradables, paralizados por la inacción y deseando lo mejor.

#### DESDE LA RENANIA HASTA VIENA

En el mismo principio de *Mein Kampf*, Adolf Hitler, que había nacido en el pueblo de Braunau am Inn, en Austria, escribió que la reunificación de Alemania y Austria era

una tarea que debía desarrollarse por todos los medios a nuestro alcance durante toda nuestra vida. La Austria alemana debe retornar a la gran patria alemana y no por ninguna consideración económica. No, no: incluso si esta unión no fuera importante desde un punto de vista económico, aun si fuera dolorosa, se debía realizar de todas formas. *La sangre en común pertenece a un Reichstag en común*<sup>244</sup> [itálicas en el original].

Debido a su importancia intrínseca y a que era esencial para sus planes futuros, el próximo objetivo fundamental de Hitler era *Anschluss*, la unión de Alemania y Austria. En el frente diplomático Hitler esperaba ganar el apoyo de Gran Bretaña e Italia, y aislar a Francia. En *Mein Kampf*, otra vez, designó a Gran Bretaña como el aliado más valioso, potencialmente, pero sus intentos de acercarse más fracasaron. A pesar de toda su debilidad y confusión internas, los británicos nunca perdieron totalmente de vista el hecho de que su seguridad estaba entrelazada con la de Francia.

La relación con Italia se desarrolló mejor. Hitler había expresado su admiración por Mussolini en *Mein Kampf* ya desde 1923, pero la resistencia de Mussolini a las maquinaciones de Alemania en Austria en 1934 había provocado tensión entre ambos dictadores. La amistosa neutralidad de Hitler durante la guerra de Abisinia, sin embargo, contribuyó a que se unieran. La ocupación de la Renania

nia, además, ayudó a desestimular a las potencias occidentales a que usaran la sanción del petróleo, permitiendo que Mussolini ganara su guerra. En ese momento Hitler reconoció la conquista de Abisinia, lo que Francia y Gran Bretaña se habían negado a hacer, provocando que la Italia fascista y la Alemania nazi se aproximaran aún más. Finalmente, el estallido de la Guerra Civil en España en julio de 1936 propició otra oportunidad para el acercamiento.

Tanto Alemania como Italia ayudaron al dictador Francisco Franco contra las fuerzas leales del Frente Popular de la República española, aparentemente como parte de su lucha contra el marxismo. Para Mussolini era una oportunidad de alardear de su poder militar y así consolidarse como la potencia principal en el Mediterráneo. Para lograr estos propósitos envió fuerzas comparativamente mayores a España. Las metas de Hitler eran más complejas. Esperaba obtener ventajas económicas a cambio de su ayuda a Franco. La Guerra Civil española también ayudó a distraer la atención de Mussolini de la defensa de Austria, lo alejó más del gobierno del Frente Popular en Francia e hizo más tensas las relaciones entre Gran Bretaña y Francia. Por estas razones, así como por el deseo de limitar el riesgo alemán, Hitler hizo una pequeña, aunque importante, contribución a la campaña de Franco. Su objetivo era que continuara la guerra el mayor tiempo posible ya que, para Alemania, "una victoria total de Franco no [era] deseable".<sup>245</sup> En noviembre de 1936 los dos dictadores estuvieron de acuerdo con una declaración de intereses comunes sobre política exterior que se conoció como el "Eje Roma-Berlín". Al mismo tiempo Alemania firmó un Pacto Anti-Comintern con Japón y un año después Italia también se incorporó, uniendo ligeramente a las tres potencias revisionistas que habían abandonado la Sociedad de Naciones. Las Potencias del Eje se hicieron realidad, dando fin al aislamiento diplomático de Alemania y añadiendo más tirantez a la determinación de Gran Bretaña y Francia.

La Guerra Civil española debilitó a Francia al acentuar su desunión política interna, desviando su atención de Europa Central y Oriental, y colcándola, aún más, bajo el dominio de Gran Bretaña. La izquierda francesa pensó que se debía combatir al fascismo en España, no en Europa Central, y apoyó la participación soviética al lado de la República así como relaciones más estrechas entre Francia y la Unión Soviética. La derecha mantenía relaciones amistosas con Franco, denunció la participación soviética como un intento de comenzar una guerra europea y se opuso enérgicamente a cualquier posibilidad de una alianza franco-soviética. El gobierno del Frente Popular bajo la dirección de Léon Blum disgustó a las dos partes por su política de amistad ineficaz con la República española y su cooperación poco entusiasta con la política británica de no intervención.

Para fortalecer su posición contra Alemania, los franceses intentaron establecer acuerdos más sólidos con Polonia y la Pequeña Entente, la asociación

formada por Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania en 1920 y 1921, pero los dejaron a un lado o los rechazaron abiertamente. Los yugoslavos prefirieron hacer un pacto de no agresión con Italia, y el presidente Edvard Beneš de Checoslovaquia consideró un acuerdo similar con Alemania. La remilitarización de la Renania había cambiado, fundamentalmente, el equilibrio de poder, y las actitudes de los pequeños Estados cambiaron con él. Los franceses comenzaron las conversaciones con la Unión Soviética pero no llegaron a ningún acuerdo. Los líderes del ejército no deseaban una verdadera alianza militar con los soviéticos, en parte debido a su hostilidad hacia el comunismo, porque temían que una alianza podría enfurecer a Hitler y, también, porque dudaban de su importancia militar. Cuando el gobierno de Blum cayó en junio de 1937, las discusiones sobre una alianza de este tipo se detuvieron hasta poco antes del estallido de la guerra. Estos fracasos y los peligros a los que estaba expuesta Francia impulsaron aún más a los franceses a adelantarse a Gran Bretaña. "Para 1936, Gran Bretaña era el conductor principal en el tándem anglofrancés."<sup>246</sup>

#### EL REARME BRITÁNICO

Una consecuencia de los sucesos de 1935-1936, tanto en Francia como en Gran Bretaña, fue lanzarse a un intento serio por lograr el rearme. Abisinia y España demostraron claramente la incompetencia de la Sociedad de Naciones y la ineficacia de la seguridad colectiva. El golpe de la Renania recalcó la audacia y fuerza de la nueva Alemania. Con reticencia, las democracias occidentales llegaron a la conclusión de que la fuerza armada tenía que jugar algún papel en desalentar la agresión y mantener la paz, y de que las dictaduras estaban desafiando su superioridad militar. En Gran Bretaña, la elección general de 1935 le había entregado al gobierno de Baldwin un mandato para el rearme. En julio de 1937 incluso el Partido Laborista decidió, por lo tanto, abstenerse de incurrir en gastos en armamentos en vez de continuar votando en contra de ellos, pero el voto dentro del partido fue apretado "y lo proporcionó, fundamentalmente, miembros de los sindicatos de obreros que no estaban bien organizados. Los líderes estaban todavía, en su mayor parte, del otro lado".<sup>247</sup> Divididos entre las posiciones contradictorias que planteaban que Alemania tenía razones legítimas para sus demandas y que había que enfrentarse al nazismo, entre un compromiso con la seguridad colectiva y la oposición al uso de la fuerza, el Partido Laborista todavía parecía oponerse al rearme. Atacado por Churchill en los Comunes por su lentitud en los preparativos, Baldwin defendió sus acciones:

Suponiendo que yo le hubiera dicho a este país [en 1933] que Alemania se estaba rearmando, y que nosotros debíamos rearmarnos, ¿cree

alguien que esta democracia pacífica lo hubiera aprobado en ese momento? No puedo imaginar nada peor, desde mi punto de vista, para perder, con toda seguridad, la elección.<sup>248</sup>

Pero no fue la opinión pública la que conformó la política británica en esos años. Los propios líderes del gobierno se oponían al rearme por todas las razones ya explicadas, fue sólo la alarma ocasionada por los sucesos recientes, principalmente la creciente amenaza de Alemania, lo que cambió sus políticas. El presupuesto para armamentos de 1936, incrementado a 159 millones de libras esterlinas, era todavía sólo la mitad de los gastos anuales de Alemania, y Baldwin creó la oficina del ministro de la Defensa Pública, aunque nombró para el cargo al poco atractivo sir Thomas Inskip<sup>249</sup> en vez del belicoso Churchill. Tenía poco poder o influencias y el puesto "fue un nuevo freno de la Tesorería a las exigencias de las Fuerzas Armadas".<sup>250</sup>

Las preguntas relacionadas con el rearme británico se pueden dividir en dos categorías fundamentales: económicas y estratégicas. ¿Cuánto necesitaba gastar Gran Bretaña, y cuánto podía gastar? ¿Cómo se distribuirían los gastos entre las fuerzas y cómo se utilizarían éstas? En realidad, por supuesto, estas preguntas no se podían separar claramente, y los que debían tomar las decisiones las enfrentaron desde perspectivas diferentes. A partir de 1933, los jefes del Estado Mayor reconocieron a Alemania como una amenaza potencial seria para los intereses y seguridad británicos, por lo que se desprendía la necesidad de una fuerza expedicionaria que pudiera desembarcar rápidamente y con eficacia en el continente para defender a los Países Bajos en colaboración con Francia. Aun cuando deploraba el estado en que se encontraba el pequeño ejército profesional británico, la Fuerza de Campo, como se lo llamó para evitar los recuerdos de la Fuerza Expedicionaria de 1914, en el examen anual de 1935 de los jefes del Estado Mayor reafirmó que "la integridad de los Países Bajos es, con el advenimiento del poder aéreo, más importante que nunca en nuestra historia, y el Ejército tiene que estar preparado, juntamente con los franceses, para tratar de impedir que los alemanes invadan esos países".<sup>251</sup> A pesar de fuertes diferencias de opinión dentro de las Fuerzas Armadas, continuaron presentando un frente unido en este punto, pero tendencias poderosas actuaron en contra de su implementación. El público y, aún más, sus líderes, estaban sobrecogidos porque conservaban en la memoria los terribles recuerdos de los combates en las trincheras de la última guerra y las aterradoras bajas que provocaron. Los puntos de vista revisionistas los persuadieron de que los británicos habían sido arrastrados hacia una guerra que no era vital para ellos por los compromisos con el continente y por conversaciones secretas entre los jefes militares franceses y británicos; todas estas ideas se reforzaron por libros y películas antibelicistas. Estos criterios fueron apoyados, además, por un males-

tar y recelo generalizado hacia los franceses, la noción de que eran avariciosos y ambiciosos, tenían un ejército potente y que podían muy bien cuidarse a sí mismos, que se alternaba con su opuesto, que eran corruptos, débiles, degenerados, ligados por tratados a muchos países occidentales sin importancia para Gran Bretaña, lo que los conduciría con seguridad hacia una guerra desastrosa contra Alemania, arrastrando a los británicos junto con ellos. Basil Liddell Hart, el influyente escritor militar, escribió persuasivamente y con frecuencia sobre la necesidad de regresar a “una supuestamente histórica ‘forma británica en la guerra’ fundada en el poderío marítimo y el bloqueo, asociada con una política de ‘responsabilidad limitada’ hacia cualquier compromiso militar con el continente”.<sup>252</sup>

Otra forma de evadir la obligación continental era el poder mágico imputado por algunos a la Fuerza Aérea. Al concentrar los gastos sobre la Armada y la Fuerza Aérea, se afirmaba, Gran Bretaña podía impedir una guerra futura o incluso sustituir al Ejército para vencer. El general John Burnett-Stuart era un declarado partidario de la política de “responsabilidad limitada”. Menospreciaba la idea de entrenar al Ejército para otra “Batalla del Marne”. La Fuerza Aérea Real (FAR) debía asumir el trabajo de la Fuerza Expedicionaria, que se llevaría a efecto “sin riesgo y sin los problemas que se desarrollarían en cuanto desembarcáramos en el continente”. Consciente de que el plan de mandar tropas al continente todavía formaba parte del proyecto, tenía la certeza de que “enviar al Ejército británico a una guerra continental en las condiciones de ese momento sería condenarlo al desastre”. Un sacrificio así no le haría bien ni a Francia ni a Gran Bretaña. La idea, desde su punto de vista, se hacía añicos “cuando se enfrentaba al hecho de que no estábamos preparados para enviar ninguna Fuerza Expedicionaria”. Se mantuvo “obsesionado por la iniquidad de una política que asumía para el Ejército un deber muy preciso y peligroso y, al mismo tiempo, le negaba los medios para poder llevarlo a cabo”.<sup>253</sup> Tenía toda la razón sobre el estado miserable en el que se encontraba el Ejército, que era pequeño, estaba pobremente equipado, mal entrenado, atrasado con relación a las doctrinas militares y las armas, sin coordinación con sus posibles aliados y sin una misión estratégica clara. Podría esperarse que la respuesta natural del Ejército incluyera exigencias para lograr un incremento de hombres y dinero, incluso para la conscripción que debería efectuarse para reclutar la cantidad necesaria, pero las solicitudes del Ejército fueron modestas y prudentes.

En parte esto reflejaba la oposición real del público y de los ministerios ante los grandes gastos para propósitos militares, a enviar ejércitos británicos a combatir al continente al reclutamiento, pero también había otro aspecto. Los oficiales británicos recordaban, no sólo la amarga experiencia de las bajas que se tuvieron en las ofensivas terrestres, que produjeron ninguna o pocas ganancias militares, sino también las fuertes críticas de generales como Haig y los

franceses que las habían ordenado. "Flanders" y "Passchendaele" tuvieron el mismo efecto paralizante sobre los generales británicos como "Vietnam" y la "Ofensiva Tet" sobre los generales estadounidenses desde 1975. Tuvieron su propio "Nunca más". "Les preocupaba que se enviara una Fuerza Expedicionaria en una emergencia y que se los acusara, injustamente, de la matanza resultante."<sup>254</sup> Nunca más expondrían a sus ejércitos a situaciones en las que no estuvieran seguros de obtener una ventaja decisiva, en las que no contarán posibilidades de victoria sin grandes pérdidas humanas y en las que no estuvieran inmunes de recibir acusaciones de estupidez, incompetencia o de tener una mentalidad cruel y sangrienta.

En el período entre las dos guerras, además, "no hubo un equivalente de sir Henry Wilson que presionara resuelta y casi fanáticamente por un compromiso militar para apoyar a Francia". Cualquier intento de este tipo hubiera permitido que los críticos como Liddel Hart, "que creía que al ejército lo dirigía el coronel Blimps, ansioso por repetir el baño de sangre de Somme y Passchendaele, lo utilizaran para sus propios fines".<sup>255</sup> Los jefes, por tanto, presionaron a los diplomáticos y a los ministros para que aplazaran la guerra a cualquier precio, respaldaron enérgicamente los intentos de apaciguar a los enemigos potenciales y rechazaron rotundamente las conversaciones de los jefes con posibles aliados. Cuando la inacción británica durante el golpe a la Renania contribuyó a persuadir a los belgas de adoptar la neutralidad, los belgas, no obstante, buscaron realizar conversaciones con el Ejército británico. Los jefes del Estado Mayor "se opusieron terminantemente a las conversaciones de los jefes, tanto con Francia como con Bélgica, sobre la base de que se filtrarían noticias sobre ellos y Gran Bretaña tendría que comprometerse. Sería, otra vez, una repetición de 1914".<sup>256</sup>

Aún así, en noviembre de 1935, como hemos visto, el Comité para los Requisitos de la Defensa presentó un informe en el que recomendaba un amplio programa de rearme: la Armada debía construirse en un Modelo de Doble Tipo que le permitiría defender los intereses británicos en el Lejano Oriente contra Japón y las aguas territoriales contra Alemania; la Fuerza Aérea se incrementaría notablemente; en caso de enfrentamiento con Alemania las cinco divisiones regulares de la fuerza de campo debían recibir apoyo de las doce divisiones del ejército territorial, entrenadas y equipadas para la guerra moderna, las regulares estarían en el continente en dos semanas, las territoriales en cuatro u ocho meses. Las proposiciones se le entregaron al Comité para los Requisitos y la Política para la Defensa, dirigido por el primer ministro, quien añadió a William Douglas Weir, un lord escocés, manufacturero, con considerable experiencia en la producción militar. Weir criticó la propuesta del Ejército, al afirmar que sería menos efectivo que el poderío aéreo y no estuvo de acuerdo con su costo: "parece que no existe un método más difícil o costoso de contribuir con nues-

tros aliados en Europa que a través de incrementar la fuerza del Ejército británico". Un partidario convencido de la idea de bombardeos estratégicos propuso, en vez, que los gastos se desviarán hacia el elemento ofensivo de la Fuerza Aérea para que así "representara la disuasión más efectiva posible ante cualquier enemigo europeo".<sup>257</sup> Los jefes señalaron que un estudio anterior había demostrado que, dado el rango limitado de los bombarderos de la época, Gran Bretaña tenía que defender a los Países Bajos para proteger a las islas nacionales de los ataques aéreos. Podían también haber señalado que los bombardeos británicos sobre Alemania serían también mucho más fáciles y tendrían mayor efectividad si se lanzaban desde bases en el continente más cercanas a sus blancos.

Sin estar de acuerdo con esos argumentos, Weir triunfó al abrumar a los militares con dificultades económicas e industriales. Aceptar todas las sugerencias del comité sería demasiado caro y se requeriría una interferencia excesiva en las actividades normales de negocios. Además, sería imposible seguir avanzando con todo el programa debido a los embotellamientos industriales que resultarían, ocasionados fundamentalmente por la escasez de la fuerza de trabajo calificada. Esto fue, y todavía se mantiene, como un aspecto revelador y ofrece un ejemplo importante de cómo las políticas de la década de 1920 ayudaron a determinar los límites en los cuales trabajarían los hombres de la década de 1930. Al desarmarse casi totalmente, los británicos no sólo se quedaron imposibilitados para enfrentar desafíos del momento sino que hipotecaron el futuro. Cuando industrias clave se reducen hasta el mínimo o se eliminan totalmente también disminuye la cantera de obreros calificados sin los cuales la expansión futura, enfrentada a las nuevas necesidades, se retrasa mucho, a veces de forma desastrosa. Una importante lección que se debe aprender, a partir del estudio de este período es:

Mientras que una nación mantiene sus fuerzas militares y sus industrias para que puedan resistir la presión de la rápida expansión y contracción, no debe repetirse otra vez un intervalo de tiempo de cuatro años, como el que soportaron los británicos, durante el cual la Oficina de Asuntos Exteriores británica estuvo obligada a sopesar, prácticamente, todos los movimientos diplomáticos, sobre la base de si ganaría o no tiempo para el rearme.<sup>258</sup>

Neville Chamberlain, canciller del Tesoro, apoyó firmemente a Weir en todo los puntos. Uno de sus argumentos más poderosos durante esos años fue que la finanza era la cuarta rama de los servicios armados. La estabilidad económica fue una parte esencial del programa de defensa; la estabilidad económica y la fuerza servirían para disuadir a los posibles enemigos. Al mantener la fuerza de su moneda y del crédito internacional, Gran Bretaña podía comprar el

equipo militar que necesitara hasta que su propia industria pudiera asumir la carga. En una guerra larga, el poder económico sería decisivo, por lo que era necesario limitar el ritmo del rearme. Pero si Hitler tenía la intención de hacerle daño a Gran Bretaña, si no lo podían contener y si no lo detenían, la guerra podría durar poco y sería desastrosa. Chamberlain se negó a actuar a partir de esa posibilidad. Temía que el rearme a un ritmo acelerado debilitaría la libra, estimularía la inflación, dañaría el comercio británico y desestabilizaría tanto la economía como la sociedad. “El objetivo de mantener el gasto en armamentos, constantemente por debajo del límite inflacionario mediante la estrategia doble de distensión y de rearme moderado forzó, de esta forma, a los británicos a establecer prioridades defensivas en los gastos de armamentos y en la estrategia militar.”<sup>259</sup>

Desde su poderosa posición en el Tesoro, Chamberlain insistió en que la economía no podía soportar la presión y que la opinión política no apoyaría el esfuerzo. La apelación a la opinión pública era frecuente, pero selectiva, y Chamberlain no dudó en burlarla cada vez que fuera conveniente.<sup>260</sup> En marzo de 1936, al Gabinete le preocupaban mucho los grandes incrementos en los gastos que recomendaba el “Documento Oficial para la Defensa” (“Defense White Paper”). Chamberlain sugirió que sería mejor “evitar cifras que pudieran añadirse a una suma mayor de la que la opinión pública ya estaba imaginando”.<sup>261</sup> El documento que se publicó no ofreció el total, y ocultó muchos detalles vitales y caros.

En contra de la formación de un Ejército continental, Chamberlain argumentó que si Alemania agredía a los países orientales no habría necesidad de una Fuerza Expedicionaria británica en el Oeste. Si, por otro lado, el ataque se producía en el Oeste, una fuerza británica no resultaría de ayuda porque llegaría muy tarde. “Con esta lógica maravillosa”, dice Telford Taylor, “la necesidad de una fuerza de campo parecía estar totalmente eliminada”.<sup>262</sup> Chamberlain también insistió en que se trasladaran los recursos del Ejército a la Fuerza Aérea y logró que se aceptara su argumentación. Al principio a Baldwin lo presionaron para que se comprometiera a tener listas las fuerzas regulares, pero la preparación de las reservas hizo que se aplazara durante tres años. Cuando Chamberlain se convirtió en primer ministro en mayo de 1937, sin embargo, se decidió que tampoco se prepararían las fuerzas regulares para el servicio continental. En diciembre, la lista de las prioridades de la defensa del ministro para la Coordinación de la Defensa, sir Thomas Inskip, colocó la cooperación “de la protección de los territorios de cualquier aliado que tengamos en la guerra” en el último lugar, y se realizaría únicamente “después de que se hubieran alcanzado los otros objetivos”.<sup>263</sup> El nuevo secretario para la Guerra, Leslie Hore-Belisha, a quien Chamberlain había nombrado en lugar de sir Alfred Duff Cooper, un decidido partidario de un Ejército continental, estuvo de acuerdo



y vio el aspecto positivo de la decisión: “pensó que cuando los franceses se dieran cuenta de que no podíamos comprometernos a enviar una expedición, serían los más interesados en que se acelerara la extensión de la Línea Maginot hasta el mar”.<sup>264</sup> En febrero de 1938 Gran Bretaña había reducido la fuerza de campo hasta tres divisiones para utilizarlas “en un teatro occidental” para ser empleadas en el continente sólo después de una revisión del Estado Mayor General “del campo completo de acción posible abierto al enemigo”. En el mismo mes, Chamberlain persuadió al gobierno para que le dijera a los franceses “que no podían contar con fuerzas de ningún tipo, y que lo más que podríamos enviar serían dos divisiones”.<sup>265</sup> En palabras de Michael Howard, “una política de ‘responsabilidad limitada’ para una guerra continental se había ahora reducido a una de responsabilidad nula”.<sup>266</sup>

Desde 1936 hasta 1938, los líderes militares británicos habían argumentado que un compromiso continental era necesario para proteger a los Países Bajos, desde donde el enemigo podría lanzar incursiones aéreas mortíferas e, incluso, una invasión. Su defensa exigía la cooperación de Francia y la moral de los franceses requería la preparación y el compromiso de una Fuerza Expedicionaria británica adecuada, así como el diálogo entre los jefes militares para facilitar sus preparativos. Durante 1936 y 1938, sin embargo, siguieron el ejemplo del nuevo y poderoso primer ministro, que estaba decidido a evitar una repetición de la guerra de 1914. “No querían, de ninguna manera, involucrarse en el continente porque temían que eso los haría cargar con obligaciones que no podían cumplir de ninguna forma”.<sup>267</sup> Esquivaron la sugerencia de que se realizaran conversaciones entre los jefes militares con los franceses, diciendo que “el mismo término ‘conversaciones entre los jefes militares’ tiene un sentido siniestro y da la impresión de una colaboración militar mutuamente asumida”. Si se filtraban noticias de ellos, el resultado sería “la misma situación que queremos evitar, fundamentalmente el recelo irreconciliable y la hostilidad de Alemania”. Estas afirmaciones hicieron que Eden creyera que los jefes del Estado Mayor querían “subirse al tren con los dictadores, aun cuando ese proceso implicara compartir la compañía con Francia y distanciar nuestras relaciones con los Estados Unidos”.<sup>268</sup> Ese punto de vista era muy fuerte, pero los jefes sí querían que los políticos y los diplomáticos siguieran una política de apaciguamiento que “redujera el número de nuestros enemigos potenciales y ganara el apoyo de aliados potenciales”. Querían que el gobierno hiciera lo que se había hecho durante la primera década del siglo, utilizar la diplomacia para aumentar las posibilidades de vencer.

Pero el mundo había cambiado desde 1904. Los adversarios potenciales de Gran Bretaña no incluían una Francia dispuesta a vender la seguridad europea al precio de la expansión colonial, o un Imperio ruso

destruido por una revolución interna y una derrota externa [o un Japón menos poderoso y agresivo]. Estaban compuestos por potencias depredadoras que consideraban el apaciguamiento como una rendición y regresaban por más.<sup>269</sup>

Pero ni los soldados, ni los políticos, ni los diplomáticos estaban preparados para creer eso. La política de apaciguamiento de Chamberlain tenía la intención de evitar de todas formas la guerra y hacer que fuera innecesario enviar un ejército al continente. Los soldados, muchos de los cuales veían la guerra como algo inevitable, sólo querían tener tiempo para rearmarse más. Muy pocos consideraban que los alemanes podrían hacer mejor uso de la demora que los británicos y hacerse más poderosos. “Consistentemente pensaron que ‘lo peor podía suceder’ si se ayudaba a Checoslovaquia, y en el proceso ignoraron la realidad de que esta última podría desarrollar una defensa excelente.”<sup>270</sup> Fue sólo después de Munich, cuando el equilibrio estratégico había cambiado tan obviamente a favor de Alemania, y especialmente después de la ocupación de Bohemia en marzo de 1939, cuando el apaciguamiento había, sin dudas, fracasado, que regresaron al plan de colocar un ejército en el continente, ahora con el apoyo total del gobierno. El costo de la política anterior, sin embargo, fue alto. “Bélgica y Francia habían perdido confianza en el respaldo de Gran Bretaña en tierra mientras que, a la inversa, Hitler estaba más convencido de que se mantendría apartada si él lanzaba un ataque rápido y decisivo en el Oeste.”<sup>271</sup> Cuando llegó la guerra, Francia y los Países Bajos cayeron rápidamente, lo que proporcionó bases lo suficientemente cerca para permitir el fuerte bombardeo aéreo de las Islas Británicas que casi saca a Gran Bretaña de la guerra.

Paradójicamente, fue el crecimiento del poderío aéreo lo que persuadió a Chamberlain y a muchos otros de que el Ejército británico no necesitaba ser enviado al continente. Era el miedo a un “golpe demoledor” desde el aire y la obsesión de las posibilidades y el peligro que representaban los aviones lo que ayudó a racionalizar el rechazo a la importancia tradicional del Ejército: “para el gobierno británico el rearme parecía referirse solamente a la potencia aérea. Las discusiones del Gabinete asumieron tácitamente que la próxima guerra, si sucedía, tomaría la forma de un duelo directo y casi privado entre las Fuerzas Aéreas británicas y alemanas”.<sup>272</sup> En el corazón de este razonamiento se encontraba el temor paralizante a los efectos del bombardeo aéreo. En 1937 los expertos esperaban que, en caso de guerra, los alemanes lanzarían un ataque que duraría sesenta días, que provocaría unas 600.000 muertes y 1,2 millones de heridos. Otras valoraciones añadían millones que sufrirían desórdenes nerviosos. Al considerar correctos estos estimados, los funcionarios de salud calcularon después que se necesitarían de 1 a 3 millones de camas tan pronto como estallara la guerra.<sup>273</sup>

Estas evaluaciones estaban sumamente exageradas. Aunque los *Luftwaffe* habían hecho que se considerara seriamente el bombardeo estratégico, los esfuerzos y gastos alemanes para la Fuerza Aérea se dirigieron fundamentalmente a apoyar a las fuerzas terrestres, destinados a los próximos *Blitzkrieg*. El tipo de bombardero que tenían y que estaban construyendo no poseía el alcance eficiente contra Gran Bretaña desde las bases alemanas y eran vulnerables a los ataques de los cazas. Los escoltas de los cazas que podrían haberlos protegido tenían todavía menos alcance. Incluso después que la caída de Francia y de los Países Bajos hiciera que las bases alemanas estuvieran más cerca de Gran Bretaña, las defensas británicas infligieron pérdidas terribles. En los seis años de conflicto bélico, las bajas civiles producto de los ataques aéreos en Gran Bretaña, incluyendo los temidos cohetes no tripulados V-1 y V-2 a finales de la guerra, fueron aproximadamente 295.000, de las cuales 60.000 murieron.<sup>274</sup> Pero pocos confiaban en una protección contra los ataques aéreos a mediados de la década de 1930. La teoría dominante que más influyó era la de los bombardeos estratégicos formulada por el italiano Giulio Douhet y que fue acogida con entusiasmo por sir Hugh Trenchard, en su condición de mariscal de la FAR (RAF). Justo en los comienzos de la guerra, la FAR depositó sus esperanzas en el efecto disuasivo de la amenaza de bombardeos masivos aéreos y minimizaron las perspectivas de una defensa estratégica. Es asombroso, por tanto, que en la década de 1930, después de dos décadas en las que estas ideas gobernaron la estrategia aérea británica, la FAR sólo tenía nociones remotas de, simplemente, cómo usarían su fuerza de bombardeo y si era capaz de alcanzar su objetivo. Para 1938, con seguridad, no lo era, ni lo sería nunca antes de 1941.

Los ministros civiles, sin embargo, habían estado presionando para que se aplicara la estrategia contraria, depender con mayor fuerza de los cazas y la defensa a partir de los bombarderos y la ofensiva. Esto no fue debido a su ingenio estratégico y técnico superior. Estaban en lo cierto, “pero por las razones equivocadas, que eran que los cazas eran más baratos y preocupaban menos con relación a la ‘cuota’ financiera y se podían construir más pronto por lo que la fuerza en la línea del frente se podía incrementar más rápido hasta alcanzar la políticamente mágica ‘paridad’”.<sup>275</sup> Ya en 1935, además, un científico británico, Robert Watson Watt, apoyado por un comité gubernamental establecido por Baldwin, demostró con éxito el principio de un sistema que podía detectar cuándo se acercaban los aviones mediante reflejos de ondas de radios, que se conoció como radar, y en dos años se comenzó la instalación de una cadena de estaciones de radares en las costas. Al año siguiente se comenzaron a probar con éxito aviones cazas veloces, que se elevaban rápidamente, los *Hurricanes* y los *Spitfire*, armados con ocho ametralladoras, letales para bombarderos sin escolta y más lentos. Se habían establecido los fundamentos para una efectiva defensa aérea que proporcionaría la victoria de la Batalla de Gran Bretaña. Churchill calificó, res-

petuosamente, esta competencia de la técnica y la ciencia aplicadas como la "guerra de la magia tecnológica", al igual que una generación posterior llamaría sarcásticamente a un esfuerzo similar para defenderse del ataque de misiles "la guerra de las galaxias", pero sus contemporáneos no estaban muy impresionados. Cuando se le concedieron fondos adicionales a la FAR, lo que no ocurrió hasta 1939, y los autorizaron a gastarlos como quisieran, los emplearon en bombarderos, aun cuando poco antes de la guerra pocos de ellos podían llegar hasta Berlín. "Dos séptimas partes podían llegar hasta el Ruhr desde los aeropuertos británicos. Tres séptimos tenían que usar bases francesas o belgas, aunque las inversiones en aeroplanos habían impedido que se formara un ejército para proteger estas bases."<sup>276</sup> Con excepción de los casi fortuitos desarrollos en la defensa aérea, por tanto, el rearme británico se retrasó mucho y fue demasiado pequeño, lo que impidió que pudiera funcionar como un elemento disuasivo, y dejó a Gran Bretaña poco preparada para combatir cuando llegó la guerra. El desarme material, psicológico y moral que se efectuó en la década de 1920 complicó el trabajo de los que gobernaron a Gran Bretaña en los próximos diez años. Los hombres de 1930, sin embargo, compartieron ampliamente las opiniones y actitudes de sus predecesores. No deseaban revisarlas ni abandonarlas ante las nuevas circunstancias y las crecientes evidencias de peligro. Sólo lentamente y a regañadientes comenzaron a rearmarse materialmente; su recuperación psicológica y moral llegó más tarde.

En mayo de 1937 Chamberlain reemplazó a Baldwin como primer ministro, con importantes consecuencias para el rearme, la estrategia y la política exterior de Gran Bretaña. Al igual que muchos de sus contemporáneos, Neville Chamberlain estaba conmovido por los horrores de la guerra, el miedo a su reaparición y la creencia de que una actitud de conciliación y generosidad hacia los enemigos derrotados, sin considerar el costo para sus víctimas potenciales, mantendría de alguna forma la paz. La lección principal que aprendió al centrarse completamente en la analogía más reciente fue evitar los "errores" que él pensaba habían causado el conflicto anterior. Un análisis reciente y comprensivo de la actuación de Chamberlain aclara esto muy bien:

Al nivel público, Chamberlain se sentía como la mayoría de sus contemporáneos, profundamente afectado por la Primera Guerra Mundial y más tarde se adentró en la política con la convicción de que, por encima de todo, no se debían repetir los desaciertos del pasado. Tan poderosos eran estos recuerdos históricos que, en 1938 en Munich, y en los meses siguientes, era como si Chamberlain no viera a Hitler y la amenaza única que representaba para la paz en Europa, sino más bien al kaiser de 1914 repitiendo los mismos errores desastrosos que condujeron a la Gran Guerra.

Chamberlain creía que la alternativa de asimilar a Hitler sería otra guerra mundial, infinitamente más devastadora que la última y que, por tanto, casi cualquier otro acto de arreglo político estaba totalmente justificado, no sólo justificado, sino que era, sin dudas, el único camino concebible de acción moral. Fueron estas consideraciones, más bien, y no el criterio de que debía revisarse el Tratado de Versalles, o una evaluación de la debilidad británica, o la necesidad de una unidad política interna, las que, al final, resultaron decisivas. Como resultado, Gran Bretaña rehuyó resueltamente el enfrentamiento con Alemania, con sus ojos enfocados, tenazmente, en el pasado.<sup>277</sup>

Actitudes de este tipo eran, al menos, comprensibles, mientras que Alemania, aparentemente, se encontraba desarmada y era conducida por los gobiernos divididos, débiles y relativamente impopulares de la República de Weimar, pero el advenimiento de Adolf Hitler y de su poderoso y centralizado régimen militarista nazi, abiertamente dedicado a la destrucción de los tratados que habían dado fin a la guerra anterior y al equilibrio de poder que habían creado, no produjo ningún cambio. Chamberlain confiaba poco en la Sociedad de Naciones o en la seguridad colectiva. Gran Bretaña tenía que aceptar la responsabilidad de crear y mantener un mundo pacífico. Él no era un pacifista. Antes de la Gran Guerra había sido un defensor enérgico de una política nacional dura. En 1908, durante la crisis de Bosnia, pronunció un discurso en el que dijo que “no se puede depender de los tratados, para conservar la paz tenemos que hacernos lo suficientemente fuertes para que no nos ataquen”.<sup>278</sup> Al año siguiente fue uno de los que exigió la construcción de ocho nuevos acorazados en vez de los cuatro que propuso el gobierno para ganarle la carrera naval a Alemania, y en 1910 se manifestó a favor del reclutamiento.<sup>279</sup> Pero la experiencia de la guerra lo cambió profundamente. Además del horror de la matanza en general, lo impresionó mucho la muerte de dos primos en el Frente Occidental. “A partir de entonces rechazaba decididamente la utilización de la fuerza como forma de solucionar las disputas entre las naciones.”<sup>280</sup> Siempre había sentido la necesidad de igualar o sobrepasar a su padre, que había ganado su reputación como campeón del imperio, y a su medio hermano, Austen, que había negociado el Tratado de Locarno. “Neville creía que su lugar en la historia estaría asegurado por ser el primer ministro que alcanzó el apaciguamiento de Europa.”<sup>281</sup>

Era un líder fuerte, activo, convencido de que sólo él poseía la comprensión y el talento para conducir a Gran Bretaña durante esos tiempos difíciles; contaba con una mayoría segura en la Cámara de los Comunes; era el líder incuestionado de su partido y tenía un plan claro de acción para preservar la paz. Era un programa dual de rearme para alcanzar una posición de fuerza y respeto que le permitiría desarrollar una política eficaz y agresiva que apaciguara las que-

jas de las potencias inconformes. Aunque en muchos sentidos parecía continuar las políticas seguidas por Baldwin, existían diferencias importantes entre el cambio tranquilo del enfoque de Baldwin y el apaciguamiento activo de Chamberlain: “Los ingredientes principales de la diplomacia de Chamberlain —sentido de urgencia y del deber, la decisión de ser su propio secretario de asuntos exteriores, aversión por la Oficina de Asuntos Exteriores, confianza en la diplomacia personal, disposición de realizar concesiones no recíprocas, desprecio por Francia y por la Sociedad— agrupados formaban un enfoque particular”.<sup>282</sup>

Incluso antes de llegar a ser primer ministro había favorecido el incremento de los gastos para armamentos. Como canciller de Hacienda y el Tesoro, tomó decisiones audaces para pagar el costo del rearme, que implicaban cierto riesgo político para su persona, introduciendo desembolsos deficitarios, un alza en el impuesto por los ingresos y un impuesto sobre las ganancias de los negocios, llamado la Contribución a la Defensa Nacional. Todo lo que estaba dispuesto a respaldar, sin embargo, era un “arreglo rápido”, una inversión sencilla en 1936 y 1937 que elevara el bajo nivel del poder militar británico hasta el punto de que le permitiera desarrollar el tipo de diplomacia que deseaba. A partir de ese momento, se negó a aceptar el aumento de los gastos en armamentos aun cuando el poder de Alemania creció y su política se hizo más amenazadora.

Su plan era alcanzar estabilidad y paz mediante el intento serio de descubrir las demandas de Hitler y para permitirle, e incluso ayudarlo, a lograrlas sin guerra. Consideraba que Hitler y Mussolini eran hombres racionales como él con objetivos limitados, con quienes se podía tratar con flexibilidad, mediante discusiones razonadas, y estaba ansioso por seguir adelante. No se permitía valorar la posibilidad de que sus exigencias pudieran ser inaceptables o incluso ilimitadas. Ni dejaba que las razones estratégicas afectaran su disposición de aceptar acciones y demandas, tales como la anexión de Austria y del área del sudetes de Checoslovaquia, que amenazaba la seguridad de Polonia y del resto de la Europa Oriental y, por tanto, de Francia y Gran Bretaña. Pensar en una estrategia era considerar la posibilidad de la guerra, planearla y prepararse para ella, y éste era un curso de las acciones impensable.

Por esa razón, aceptó el declive de la influencia francesa en Europa Central y el hecho inevitable de que Alemania se convirtiera en la potencia dominante en esa zona y en los Balcanes. Después de todo, ése había sido el punto de vista de Gran Bretaña desde la década de 1920, ratificado por los acuerdos de Locarno negociados por su hermano Austen.<sup>283</sup> También comprendió que Alemania iba a llenar el vacío y pensaba que era algo aceptable, siempre que los cambios se realizaran pacíficamente. No tenía demasiado en cuenta la preocupación expresada en algunas ocasiones por Eden y algunos otros de que, con Francia tan debilitada y el poder tan desequilibrado, una Alemania tan forta-

lecida podría dirigirse en contra del Oeste y alcanzar el dominio continental, lo que alarmaría incluso a Chamberlain. No estaba totalmente seguro de Alemania. Algunas veces expresaba la opinión de que *ellos* eran la fuente de peligro en Europa y que la fuerza era el único lenguaje que entendían, pero se negaba a desviarse de su curso por esas reflexiones. Después de leer un libro que explicaba con precisión la verdadera naturaleza del sistema nazi, escribió en 1937: "Si aceptara las conclusiones del autor, me desesperaría, pero no lo hago ni lo *haré*"<sup>284</sup> [cursivas del autor].

En menos de un año separó de las posiciones cruciales de su gobierno a aquellos hombres que mantenían los puntos de vista equivocados. Duff Cooper fue sustituido del control del Ejército, en donde había insistido en alcanzar un acuerdo continental, y fue enviado al Almirantazgo, en donde lo mantuvieron bajo fuerte vigilancia. Neville Henderson, un hombre que adquirió mala fama cuando presentó la posición de los alemanes en Londres mejor que cuando presentó la de los ingleses en Berlín, fue nombrado embajador en Alemania. Chamberlain, personalmente, le dio las instrucciones y Henderson llevó a cabo, con fidelidad, el programa de apaciguamiento porque estaba de acuerdo con él. Sir Robert Vansittart, subsecretario permanente en la Oficina de Asuntos Exteriores, que se expresaba cada vez con mayor franqueza en contra de la Alemania nazi, fue ascendido a un cargo sin poder para sacarlo del medio y fue reemplazado por sir Alexander Cadogan, que no representaba un problema de este tipo. El consejero industrial de Chamberlain, sir Horace Wilson, se convirtió, de hecho, en su principal asesor y representante para los asuntos de política exterior. Tenía una gran experiencia en las relaciones industriales. "Compartía la ilusión de que las mismas artes que se habían empleado en la ronda de negociaciones, que funcionaron con los empresarios ingleses y los sindicalistas, también lo harían con Adolf Hitler."<sup>285</sup> Wilson, igualmente, seguía las opiniones de Chamberlain y sirvió a su amo con lealtad. En febrero de 1938 Eden renunció como ministro de Asuntos Exteriores. No era, de ninguna manera, un enemigo de la política de apaciguamiento, como unos pocos políticos y funcionarios británicos de la época, pero no era un entusiasta de esa política y había manifestado algunos escrúpulos morales que causaron malestar entre otros. Tanto en política como en personalidad era demasiado independiente y fue reemplazado por lord Halifax, un novato en relaciones exteriores que era un hombre de Chamberlain. Rodeado por hombres que estaban de acuerdo con él, o eran sus títeres, o carecían de conocimiento, experiencia y posiciones independientes, Chamberlain tenía la libertad de conducir su política hacia Alemania sin interferencia.

Antes de ser primer ministro, en abril de 1937, expuso sus ideas al Comité del Gabinete de Asuntos Exteriores. Explicó que era tiempo de concluir la política de cambio y que se debía analizar con Alemania las garantías políticas que Gran

Bretaña deseaba como parte de un arreglo general: un nuevo pacto para la seguridad de Europa que reemplazara los destrozados acuerdos de Locarno; el regreso de Alemania a la Sociedad; un convenio para la limitación de armamentos; un grupo de tratados en los que Alemania prometiera respetar la integridad de los Estados europeos, incluyendo uno con Checoslovaquia. ¿Cómo se lograría persuadir a Alemania para que aceptara estas cosas? La sugerencia de Chamberlain era que Gran Bretaña podría ofrecer “ayuda financiera para restituir su sistema económico”. A la luz de la actual floreciente economía de Alemania y de los problemas financieros de Gran Bretaña, esta sugerencia no era “nada asombrosa”.<sup>286</sup> Hasta el estallido de la guerra, Chamberlain continuaría tratando de ganar la buena voluntad y el buen comportamiento de Alemania, al ofrecerle incentivos económicos, un programa que ha sido llamado “apaciguamiento económico”. Un estudioso de ese programa ofrece la siguiente evaluación:

El apaciguamiento económico, como el apaciguamiento en general, se basaba en su análisis final en la completa tergiversación del régimen Nacional Socialista y de sus objetivos. A cambio de cada acuerdo, Berlín exigía un previo reconocimiento incondicional de su hegemonía política en el continente. Gran Bretaña no podía otorgar estas concesiones sin sacrificar su propia seguridad y arriesgarse a otro bloqueo continental. Una y otra vez depositó sus esperanzas en los “moderados” entre los hombres de negocio y políticos alemanes, pero ellos nunca, en realidad, estuvieron en posición de ganar a los extremistas del partido liderado por Hitler. Según la ideología agresiva del *Lebensraum*, la economía alemana tenía la única función de prepararse para la autarquía y la guerra. Una política así, que desde 1938 maniobraba constantemente al borde de la guerra, era incompatible con un concepto basado en “razones económicas”, para el cual la preservación de la paz era la base para combatir las dificultades nacionales.<sup>287</sup>

Chamberlain, por supuesto, llegó a conclusiones diferentes y buscó ansioso una oportunidad para comenzar las discusiones con Alemania.

La oportunidad llegó cuando Halifax, que todavía no era ministro de Asuntos Exteriores, en su condición de dueño de la jauría de Middleton, fue invitado a la Exhibición Internacional de Caza en Berlín. Chamberlain aprovechó la oportunidad del evento para comenzar un diálogo con Hitler y Halifax viajó desde Berlín para encontrarse con el Führer en Berchtesgaden. Halifax comenzó la nueva política de inmediato:

Dije que sin duda había otros asuntos que surgieron a partir del Tratado de Versalles que entendíamos nos podrían ocasionar dificultades si



no se manejaban correctamente, por ejemplo Danzig, Austria, Checoslovaquia. Sobre todo, no nos preocupaba, necesariamente, respaldar el *status quo* como ahora, pero sí nos interesaba evitar que se trataran de forma tal que pudieran causar problemas. Si se podían alcanzar acuerdos razonables con el libre consentimiento y buena voluntad de aquellos a quienes les concernía en primer lugar, no teníamos, ciertamente, ningún deseo de impedirlo.

Esto era como una invitación que se le hacía a Hitler para que presionara más y se lograra la revisión de aquellos aspectos pendientes de Versalles que no le agradaban, con el aviso previo de que Gran Bretaña no tenía intenciones de inmiscuirse si se comportaba con un grado pequeño de decoro. Chamberlain consideró la visita como un “gran éxito, porque alcanzó sus objetivos de crear una atmósfera en la cual es posible discutir con Alemania los asuntos prácticos concernientes a un acuerdo europeo”.<sup>288</sup>

El próximo paso era llegar a un entendimiento con los franceses, porque el gran peligro para la política de apaciguamiento de Gran Bretaña era que Francia podría cumplir sus compromisos con sus aliados en Europa Central y Oriental, especialmente con Checoslovaquia, en donde los franceses eran muy populares, país del que Francia se sentía particularmente cerca. Si Hitler atacaba a los checos, Francia iría en su ayuda, Alemania atacaría a Francia y a Gran Bretaña le costaría mucho trabajo mantenerse fuera de la guerra. El 29 y el 30 de noviembre de 1937, por tanto, Camille Chautemps e Yvon Delbos, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores desde junio, fueron a Londres para buscar relaciones más estrechas con el nuevo gobierno británico. Chautemps estaba consciente de la debilidad externa e interna de los franceses. Carecía de la decisión y orientación de Chamberlain. Describió su política como “esperar y ver” y la idea de Delbos era la de “hacer concesiones a Alemania poco a poco con la intención de aplazar la guerra”. Édouard Herriot, presidente de la Cámara de Diputados, expresó un sentimiento general que consideraba que la mano de obra y los recursos limitados de Francia hacían que le resultara imposible comportarse como una gran potencia y apoyar a sus aliados orientales. Édouard Daladier, ministro de Guerra, cuyo apodo era “el toro de Vaucluse”, dijo que Francia no podía permitirse “el lujo de Napoleón” de pelear en una guerra que no fuera defensiva, y el informe del Estado Mayor General del 8 de febrero de 1939 colocó cualquier acción ofensiva contra Alemania para ayudar a los aliados de Europa Central en la última de las prioridades del Ejército, para ser llevada a cabo sólo “si es posible” y “en un momento conveniente”.<sup>289</sup> Los alemanes tenían la misma impresión sobre las intenciones de Francia como las que Halifax le había dado a Hitler en Berchtesgaden: los franceses no objetarían “una extensión evolutiva de la influencia alemana, ni en Austria ni en Checoslovaquia”.<sup>290</sup>

Es concebible que los franceses hubieran adoptado una postura más enérgica si hubieran estado seguros del apoyo británico, pero nada había cambiado con respecto a eso. Es interesante especular qué hubiera pasado si Francia hubiera expresado con fuerza su intención de ir en ayuda de Checoslovaquia o Polonia si eran atacados, forzando a los británicos a enfrentar las realidades de una guerra alemana con Francia, pero Chautemps y Delbos no eran los hombres indicados para tomar esa posición, si es que existía algún estadista francés que hubiera podido hacerlo. Fueron a Londres sólo para buscar, si podían, lo que cada vez más parecía ser la única esperanza de Francia para alcanzar la seguridad: una cooperación más estrecha, quizás incluso una alianza, con Gran Bretaña. Durante su visita a Londres en noviembre, Chamberlain "tomó las riendas del equipo franco-británico y lo guió hasta el estallido de la guerra".<sup>291</sup> Parecía que los franceses le estaban solicitando ayuda a los británicos por una posición en defensa de Checoslovaquia, pero cuando fueron interrogados insistentemente por Chamberlain quedó claro que ésa no era su intención y que ya habían abandonado a los checos. Lo que querían era una excusa para no actuar, que Chamberlain facilitó enseguida, aclarando que Gran Bretaña no pelearía por Checoslovaquia. Ante esta declaración, Chamberlain "se convenció". "El abandono de una nación débil", dijo, "provocó sentimientos de indignación. Pero no era necesario ver el asunto en una forma tan directa y cruda... Lo importante era mantener la paz", y no había que anticiparse a los acontecimientos. "Atemorizados por lo que vislumbraban, los ministros franceses cerraron los ojos ante el problema checo." Chamberlain expuso lo que se había acordado de la forma siguiente: "Parecía conveniente tratar de alcanzar algún acuerdo con los objetivos de Alemania, aun si ella deseaba absorber a algunos de sus vecinos". En su próximo viaje a Praga, Delbos le preguntaría a Beneš "hasta dónde podría llegar en las concesiones que le haría a los alemanes del Sudetes".<sup>292</sup>

#### LOS PLANES DE HITLER

Mientras que las potencias occidentales estaban pensando cómo podrían darle a Hitler lo que quería, él planeaba cómo podría conseguirlo. El 5 de noviembre de 1937 convocó, todos a la vez, a su ministro de Asuntos Exteriores, Konstantin von Neurath, y a sus jefes militares, Werner von Blomberg y Fritsch, por el Ejército, Erich Raeder por la Armada y Hermann Göring por la Fuerza Aérea, y su propio ayudante, coronel Friedrich Hossbach, cuyo memorándum es la fuente que utilizamos para saber qué sucedió.<sup>293</sup> Hitler les dijo que el asunto era tan importante que no podía discutirse en un círculo más amplio; que sus opiniones eran el resultado de largas y cuidadosas meditaciones y de sus experiencias; que representaban sus ideas básicas sobre la posición internacional

de Alemania; y que, si moría, tendrían que considerarse como su última voluntad y testamento. En casi todos los aspectos estas ideas eran similares a aquellas expresadas en *Mein Kampf*, la única excepción importante era que ya no contaba con una alianza británica. Sus puntos de vista ahora se manifestaban teniendo en cuenta las oportunidades disponibles en ese momento para Alemania y la evaluación de una serie de planes de acción contingentes en el curso de los acontecimientos. Enfatizaba la necesidad, para Alemania, del espacio vital que debía adquirirse en el Este, pero ahora enfrentaba la oposición de “los dos odiados antagonistas, Inglaterra y Francia”,<sup>294</sup> que tendría que eliminarse antes de que se llevara a efecto la expansión occidental. Esto debería lograrse antes de 1943-1945 porque, en ese momento, la eficiencia militar alemana habría comenzado a declinar y los problemas económicos causarían más dificultades. Previo a un ataque a Francia y a Gran Bretaña, sin embargo, Austria y Checoslovaquia debían eliminarse como un peligro “para nuestro flanco ante cualquier operación posible en contra del Oeste”.<sup>295</sup> El mejor momento para eliminar la amenaza sería si Francia se paralizaba por conflictos internos o por una guerra con otra gran potencia (supuestamente Italia). En cualquier circunstancia, se debía aprovechar una oportunidad favorable, tan pronto como fuera posible, porque la fuerza militar de los dos Estados de Europa Central estaba creciendo y las ventajas de obtener su control serían muy buenas:

La anexión de Checoslovaquia y Austria significaría la adquisición de alimentos para seis millones de personas... La incorporación de esos dos Estados a Alemania significaba una ventaja sustancial porque implicaría fronteras más pequeñas y mejores, la liberalización de fuerzas para emplearlas en otros propósitos y la posibilidad de crear nuevas unidades hasta un nivel de alrededor de doce divisiones.<sup>296</sup>

Aunque Alemania tenía que estar lista para atacar con la rapidez de la luz, Hitler no estaba seguro de que se necesitara pelear, porque creía que Francia y Gran Bretaña ya habían renunciado a la idea de una asistencia militar a Austria o a Checoslovaquia.

Esos eran los planes de Hitler como los expresó a su ministro de Asuntos Exteriores y a sus jefes militares. La conferencia muestra a un hombre con objetivos firmes de los cuales nunca se alejó que, también, era absolutamente oportunista con relación a cuándo y cómo debían ser alcanzados. Hasta ese momento, habían existido pocas desavenencias entre el Führer y los líderes conservadores que se habían quedado desde el final de la República. Muchos de ellos estaban muy nerviosos durante la reocupación de la Renania, pero Hitler también estaba preocupado, y no había una escisión real. En la conferencia de noviembre, sin embargo, los que lo escucharon estaban muy impresionados por lo desmedidas

que eran sus ambiciones y los peligros que implicaban. Blomberg, Fritsch y Neurath expresaron sus dudas y reservas abiertamente. Fritsch estaba especialmente alarmado porque tenía un memorándum de su jefe del Estado Mayor, Ludwig Beck, en el que se describía un cuadro aterrador sobre lo poco preparada que se encontraba Alemania para pelear. En caso de guerra, dijo Beck, "nuestra posición sería inconcebible".<sup>297</sup> Incluso Göring, quien no era un hombre del viejo orden, pero que se encontraba tan cerca de Hitler como los demás, expresó su inquietud sobre los planes de Hitler. Fritsch y Blomberg advirtieron sobre los riesgos de una guerra con Gran Bretaña y Francia e, incluso sin la ayuda del Oeste, consideraban a Checoslovaquia como un obstáculo grave. Para despejar el camino para la acción, Hitler pronto purgó a Fritsch, a Blomberg y a Neurath, eliminando a los que dudaban y reemplazándolos con hombres que eran totalmente sus títeres, prestos a llevar a cabo su programa con entusiasmo.

No se duda de que Hitler había acelerado su agenda debido al comportamiento de los nuevos líderes occidentales. La entrevista de Halifax lo había dejado claro en Berchtesgaden, y Delbos hizo una declaración similar poco después: "Francia no objetaba, esencialmente, una futura asimilación de algunas instituciones nacionales de Austria con las de Alemania".<sup>298</sup> Junto con la sustitución del poder en Gran Bretaña de Eden y Vansittart, éstas eran señales evidentes de que la expansión alemana en Europa Central no encontraría una fuerte resistencia del Oeste. El obstáculo potencial que quedaba era Italia. Mussolini siempre se había resistido a la unificación alemana con Austria. En 1934, cuando un intento de golpe del partido nazi austríaco amenazó con llevarla a cabo, Mussolini envió un ejército a la frontera austríaca para impedir la intervención alemana. Fue el punto más bajo en las relaciones alemano-italianas, pero los acontecimientos de 1935-1936 cambiaron su dirección. La política occidental ayudó a unir a los dos dictadores. Cuando los sucesos de Abisinia, las potencias occidentales habían aislado a Mussolini sin atemorizarlo, mientras que Hitler actuó con benevolencia. La remilitarización de la Renania demostró la debilidad y la falta de determinación de las democracias y fortaleció mucho a Alemania. La guerra civil en España encontró a los dictadores peleando en el mismo bando y los unió más. Finalmente, en noviembre de 1937, Mussolini le dijo a Joachim von Ribbentrop, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores alemán, que "Francia sabe que si surgiera una crisis en Austria, Italia no haría nada... No le podemos imponer la independencia a Austria".<sup>299</sup>

#### EL ANSCHLUSS

Lo único que faltaba era llevar a Austria al Reich, lo que Hitler pensaba que se podría realizar sin tener que recurrir a la guerra. Llamó al canciller austrí-

co, Kurt von Schuschnigg, a Berchtesgaden y lo intimidó para que legalizara al partido austríaco nazi, y para que colocara a los pro alemanes austríacos en posiciones clave de su gobierno. Parecía ser sólo cuestión de tiempo que Alemania y Austria se unieran completamente, cuando Schuschnigg sorprendió a todo el mundo con un llamamiento a un plebiscito para determinar si el pueblo austríaco deseaba o no retener su independencia. El asunto se planteó de forma tal que garantizara un voto positivo y la frustración de los planes de Hitler. Esto forzó la mano de Hitler, que se preparó para acciones militares, pero en el último momento se preocupó por la reacción de Mussolini y envió al príncipe Philip de Hesse a ver al Duce para obtener un respaldo. La noche antes de la invasión programada, en la que Hitler insistió incluso cuando los austríacos ya, en ese momento, habían cedido en todos los puntos, el Führer esperó ansioso la llamada de Roma. Así se registró la llamada:

HESSE: Acabo de regresar del Palacio de Venecia. El Duce lo aceptó todo en una forma muy amistosa. Le manda sus saludos...

HITLER: Entonces dígame a Mussolini que nunca olvidaré lo que ha hecho.

HESSE: Sí.

HITLER: Nunca, nunca, nunca, no importa lo que suceda... Tan pronto como se resuelva la situación con Austria, lo acompañaré, en las duras y en las malas, no importa lo que suceda.

HESSE: Sí, mi Führer.

HITLER: Escucha. Haré cualquier arreglo —ya no temo la terrible situación que se hubiera presentado, militarmente, en caso de que entráramos en un conflicto—. Puede decirle que le agradezco muchísimo; nunca, nunca lo olvidaré.

HESSE: Sí, mi Führer.

HITLER: Nunca lo olvidaré, no importa lo que suceda. Si él necesitara alguna vez ayuda o estuviera en peligro, puede estar convencido de que lo apoyaré, no importa lo que suceda, aun si todo el mundo estuviera en su contra.

HESSE: Sí, mi Führer.<sup>300</sup>

El fervor de la gratitud de Hitler podría justificarse, porque cuando su nuevo ejército, que no había sido puesto a prueba, marchó a Austria el 12 de marzo de 1938, muchos tanques y otros vehículos se rompieron y quedaron esparcidos a los lados del camino, pero no se necesitaron. Una jubilosa población también se aglomeró en los caminos, saludando y lanzando flores. Había muchos que no tenían ninguna razón para estar contentos. En unas pocas semanas los nazis hicieron setecientos sesenta arrestos en Austria y, también, instigaron y ayudaron a formar turbas que se lanzaron en manifestaciones antisemitas. El 13

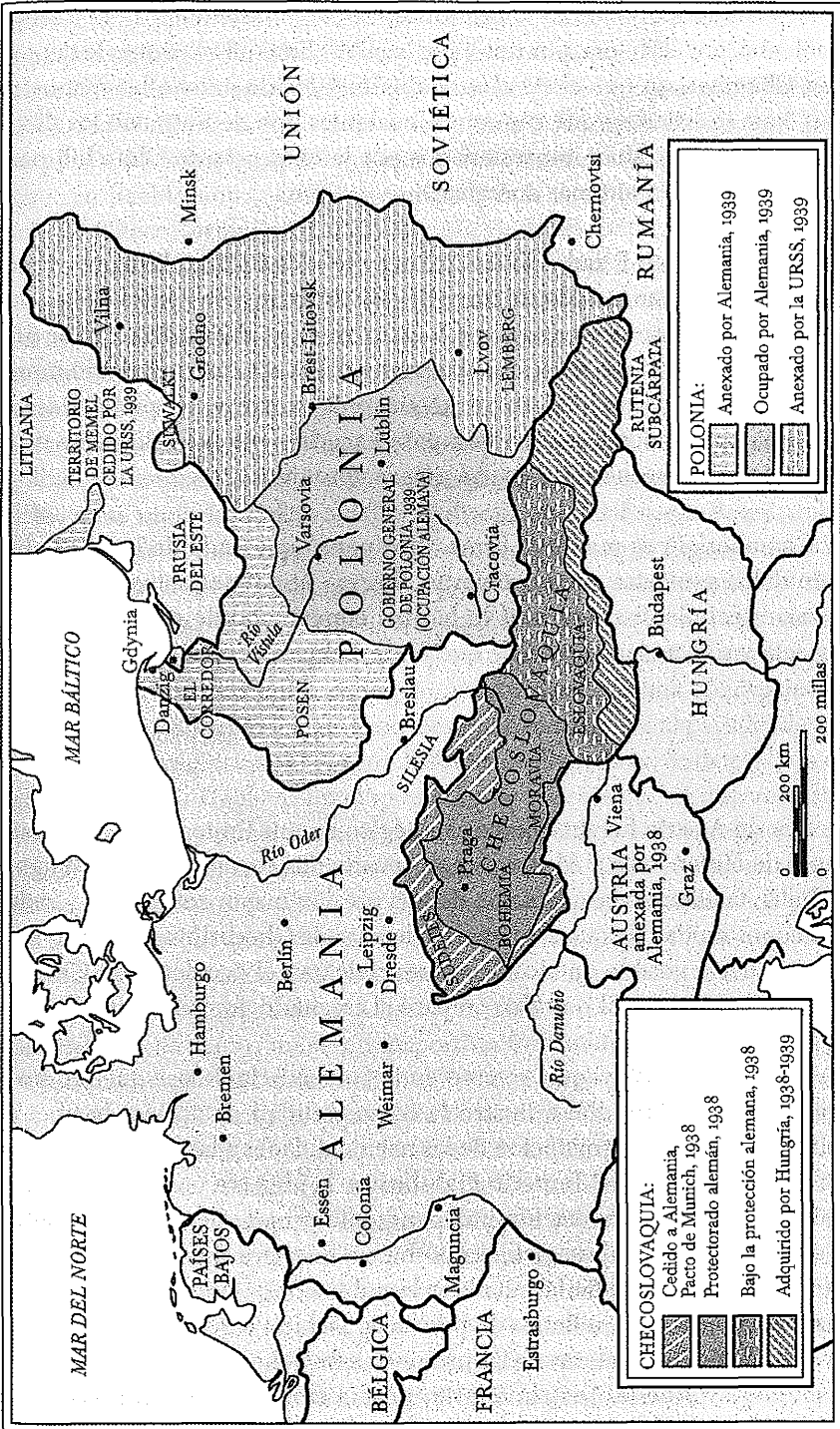
de marzo, Austria fue anexada oficialmente al Reich alemán. Francia y Gran Bretaña protestaron formalmente, pero no lo hicieron de corazón. Los franceses nunca tuvieron la intención de luchar, y las sugerencias que le hicieron a Gran Bretaña para que resistiera ante cualquier circunstancia fueron estrictamente con propósitos políticos internos.<sup>301</sup> A pesar de que lo ocurrido los complació por adelantado, los británicos estaban un poco impresionados cuando sucedió. Henderson y Chamberlain culparon a la insensatez de Schuschnigg por ocasionarla, y Chamberlain también criticó a Eden por haberse interpuesto en el camino de acercamiento hacia Mussolini que lo hubiera podido impedir. Cadogan, el sucesor de Vansittart como subsecretario permanente en la Oficina de Asuntos Exteriores, culpó a sus predecesores por armar tanto alboroto con Austria, “cuando no podemos hacer nada”.<sup>302</sup> Pero sus sentimientos más profundos parecen haber sido de alivio. Un mes antes de que Hitler entrara en Austria, Cadogan dijo: “Personalmente, casi deseo que Hitler se trague a Austria y se apodere de ella”. Un mes después del *Anschluss* le escribió a Henderson: “Gracias a Dios Austria está eliminada... Después de todo, no era asunto nuestro. No teníamos ningún sentimiento en particular por los austriacos. Sólo prohibimos el *Anschluss* para molestar a Alemania”.<sup>303</sup>

La caída de Austria fue un golpe para el plan de Chamberlain de un apaciguamiento activo, no porque colocó a Austria bajo control alemán, sino por la forma en que ocurrió. La invasión militar y la anexión inmediata no fueron ni legales ni pacíficas, y violaron el decoro internacional, pero Chamberlain se negó a desanimarse. Dijo en una junta emergente del Gabinete el día de la invasión que la acción de Alemania “provocaba una gran tensión y sobrecogimiento en el mundo”, haciendo que “el apaciguamiento internacional se hiciera mucho más difícil”.

A pesar de todo, sin embargo, [Chamberlain] sentía que esto sobrevendría. Sólo un impresionante despliegue de fuerza lo hubiera detenido. Herr Hitler había estado planeando esta acción durante un tiempo y el error cometido por el Dr. Schuschnigg le había dado la oportunidad... Por lo que creía que lo que había sucedido era inevitable, a menos que las Potencias hubieran sido capaces de decir “si le hacen la guerra a Austria, tendrán que vérselas con nosotros”.

Un afirmación así, por supuesto, era imposible, y Chamberlain, también, parecía estar muy aliviado, al concluir diciendo: “En todo caso, el asunto está ahora descartado”.<sup>304</sup>

No todos lo aceptaron con tanta calma. Winston Churchill señaló en la Cámara de los Comunes que ya que Viena era el centro de las comunicaciones de lo que había sido el Imperio Habsburgo, su control le otorgaba a Alemania



Divisiones de Checoslovaquia y Polonia, 1938-1939.

“dominio económico y militar sobre todas las comunicaciones de la Europa Sudoccidental, por carretera, por ríos y por tren”.<sup>305</sup> Estas afirmaciones le demostraron a Chamberlain que el *Anschluss* había fortalecido mucho las manos de aquellos “que insistían en que cesáramos cualquier tipo de trato con los dictadores”.<sup>306</sup> Muchos estaban impresionados por la exigencia de Churchill para que se tomara una acción más enérgica:

Si un grupo de Estados se reunieran alrededor de Gran Bretaña y Francia a partir de un tratado solemne de defensa mutua en contra de la agresión; si hubieran formado a sus fuerzas en lo que se podría llamar una gran alianza... si eso se sustentaba, como debía ser, por un sentido moral del mundo; y si se hubiera hecho en 1938 —y, créanme, pudiera ser la última oportunidad que tendrán para hacerlo— entonces digo que ustedes podrían detener esta guerra que se aproxima.<sup>307</sup>

Pero Chamberlain se mantuvo firme: “No pensó que nada de lo que había sucedido debía provocar que el gobierno alterara su política actual, al contrario, los acontecimientos recientes lo habían convencido de que esa política era correcta y sólo se lamentaba de que no se hubiera adoptado antes”.<sup>308</sup>

#### MUNICH

La anexión de Austria fue un avance estratégico de una importancia vital para los planes de Hitler. Puso a Alemania en contacto directo con Hungría, Yugoslavia e Italia, facilitando la aplicación de una presión mayor sobre ellos y reduciendo la oportunidad de que actuaran en defensa de Checoslovaquia. Aún más importante, hacía posible que los alemanes rodearan el occidente de Checoslovaquia por tres partes. El *Anschluss* preparó el escenario, inmediatamente, para un ataque a Checoslovaquia.

El Estado de Checoslovaquia se creó en la conferencia de paz que dio fin a la Primera Guerra Mundial e ilustró la imposibilidad de aplicar la noción wilsoniana de la autodeterminación de las nacionalidades a las realidades europeas. Con el desplome del Imperio Habsburgo, la idea era otorgar a sus pueblos eslavos del norte una nación independiente propia, pero hacerla viable desde una perspectiva estratégica, económica e histórica. Los propios checos constituían un poco más de la mitad de la población y junto con los eslovacos llegaban a unos diez millones de personas. Debido a que el nuevo Estado conservó las antiguas fronteras de las provincias de Bohemia y Moravia, y también incluía parte de la Austria Silesia, poseía fronteras defendibles, pero también tenía más de tres millones de alemanes. Estaban acostumbrados a



ser el grupo gobernante en el viejo imperio y estaban profundamente resentidos por su inclusión como una minoría en una república eslava. También había alrededor de un millón de polacos, magiares y renanos, y las regiones en las que vivían eran codiciadas por Polonia y Hungría. Finalmente, los checos y los eslovacos, aunque eran parecidos en muchos aspectos, no se sentían como un pueblo único, como se confirmó más tarde con la disolución voluntaria de Checoslovaquia en 1992.

El problema mayor surgió de los alemanes, no sólo debido a su cantidad, sino también por su ubicación. Se encontraban establecidos en y alrededor de la frontera occidental, adyacente con Alemania y Austria. Conceder independencia o autonomía a los alemanes no dañaría, solamente, la viabilidad económica del país y las principales arterias del ferrocarril, sino que además eliminaría su barrera natural que lo protegía de los ataques y lo haría estratégicamente insostenible. Las concesiones a los alemanes, además, incitarían demandas similares de las otras minorías y provocarían la disolución del Estado. Estos problemas existían desde el principio, pero los tiempos difíciles que llegaron con la Gran Depresión de la década de 1930 los agravaron. El advenimiento del régimen nacionalista y racista de Hitler en Alemania hizo que las cosas se pusieran peor, y el *Anschluss* con Austria significaba que una crisis era inminente. Los partidos políticos en Checoslovaquia se organizaban a partir de una concepción nacionalista y en 1938 casi todos los alemanes estaban adscritos al partido alemán Sudetes (el territorio ocupado por los alemanes se llamaba el Sudetes) bajo el liderazgo de Konrad Henlein. En el momento de la crisis era un instrumento totalmente al servicio de Hitler, que aceptaba sus subsidios y obedecía sus órdenes.

Hitler siempre había intentado la destrucción de Checoslovaquia. Según sus teorías raciales, consideraba a los checos eslavos como subhumanos y pensaba que era intolerable que gobernaran a los alemanes. Checoslovaquia obstruía el camino de la expansión de Alemania hacia el este y era un aliado de Francia. Se encontraba a menos de una hora por aire de Berlín y Hitler se refería a Checoslovaquia como “un aerotransportista francés en el medio de Europa”.<sup>309</sup> En la reunión con sus líderes militares y con el ministro de Asuntos Exteriores, el 5 de noviembre de 1937, expresó su determinación de eliminar el peligro en la primera oportunidad. Cuando la situación militar fuera favorable, Alemania lanzaría “una guerra ofensiva en contra de Checoslovaquia, por lo que la solución del problema alemán del espacio vital podría desarrollarse con éxito si alguna de las grandes potencias [*sic*] interviene en contra nuestra”. De hecho, él no esperaba tanto si “una situación surge en la cual, debido a la aversión de Gran Bretaña a una guerra europea general, por su falta de interés en el problema de Europa Central”, o en donde Francia e Italia entraran en conflicto, “crea la posibilidad de que Alemania no tendrá otro oponente que Rusia en la parte de Checoslovaquia”.<sup>310</sup> Un mes más tarde el liderazgo militar presentó un plan para

un ataque contra Checoslovaquia llamado "Operación Verde". Hitler contaba con una victoria que redujera sus fronteras, liberara tropas para emplearlas en otros usos e incrementara más su fuerza para aumentar su ejército al alistar alemanes del Sudetes y otros, y utilizar los considerables recursos económicos e industriales de Checoslovaquia para reforzar su propio poder. Esperaba poder aislar a Checoslovaquia y desarrollar una guerra totalmente local, manteniendo a las potencias occidentales fuera de ella.

Para lograr esto, trabajó con Henlein para socavar el Estado checo. Hitler entendió muy bien la fascinación de Gran Bretaña con la idea de la autodefinición nacional y los derechos de las minorías nacionales. Era, por tanto, importante afirmar que Alemania no buscaba la conquista de Checoslovaquia sino la protección y vindicación de los derechos de los alemanes del Sudetes en contra de sus opresores checos. Los del Sudetes tenían algunas quejas legítimas por razones comprensibles, y los checos no se habían dispuesto a eliminarlas con prontitud, pero Hitler no quería que lo hicieran. Cuando Henlein llegó a Berlín para recibir orientaciones, a finales de marzo de 1938, Hitler le dijo que la cuestión de los checos se solucionaría muy pronto y le dio instrucciones, que Henlein repitió para asegurarse que las había comprendido correctamente: "tenemos siempre que exigir mucho para no sentirnos nunca satisfechos".<sup>311</sup> Durante la crisis subsiguiente, los británicos decidieron aceptar, sin dudar, las aseveraciones de Hitler de sólo preocuparse con las quejas legítimas de los alemanes del Sudetes, negándose a reconocer las enormes evidencias de lo contrario.

Los franceses eran los que tenían un tratado que los comprometía a defender a Checoslovaquia en caso de ataque, pero no estaban dispuestos a llevar a cabo una guerra contra Alemania sin el apoyo británico. La Unión Soviética también tenía un pacto con los checos, pero sólo se pondría en efecto si los franceses mantenían primero su promesa, por lo que, en última instancia, todo dependía de los británicos. El 21 de marzo, los jefes del Estado Mayor llevaron a cabo las instrucciones de Chamberlain de informar sobre "las implicaciones militares de la agresión alemana contra Checoslovaquia".<sup>312</sup> Era un documento profundamente pesimista que describía un cuadro muy sombrío de la situación general de Gran Bretaña y de sus perspectivas si peleaba junto a Francia y Checoslovaquia en una guerra contra Alemania. Encontró que los aliados eran inferiores en todos los aspectos relevantes y veía a Gran Bretaña amenazada por un "golpe demoledor" proveniente del *Luftwaffe*. Los jefes consideraron que era posible que un anuncio público sobre las intenciones de Gran Bretaña de pelear con Checoslovaquia podría desalentar a Alemania, a menos que los alemanes se dieran cuenta de que "la opinión pública en Gran Bretaña no respaldaba, unánimemente, al gobierno" y creyeran que tenían, "debido al inadecuado estado actual de nuestra defensa, de lo que [ellos] están

totalmente al tanto, una buena posibilidad de proporcionar un golpe demoleedor a Gran Bretaña, en cuyo caso nuestro esfuerzo perdería casi todo su valor disuasivo". Su conclusión fue que "todavía no estamos preparados para la guerra".<sup>313</sup> El informe sobrestimaba enormemente la fuerza de los alemanes y subestimaba la de Gran Bretaña y sus aliados. En la jerga actual, hacía un análisis optimista de la situación alemana y un análisis pesimista de la situación británica. Como veremos, muchas de sus valoraciones principales estaban equivocadas y sus estimados eran muy errados. Aquí es suficiente señalar que sólo dos meses después el general Beck, comandante en jefe del Ejército alemán, escribió dos memorándums en los que hacía hincapié en la debilidad de las fuerzas de Alemania y en la poca preparación que tenían para la guerra, "describiendo la fuerza potencial superior de los aliados, que representaría la derrota total de Alemania".<sup>314</sup>

Sería erróneo llegar a la conclusión de que estos inexactos informes militares británicos que ofrecían justificaciones en contra de una acción tuvieron una influencia decisiva en el curso de los acontecimientos. Días antes de que se recibiera este reporte de los jefes del Estado Mayor, Chamberlain y sus partidarios en el círculo íntimo del Gabinete habían decidido no defender a Checoslovaquia y proseguir enérgicamente con una política de apaciguamiento activo dirigida a alcanzar una solución a expensas de Checoslovaquia pero sin guerra.<sup>315</sup> Estos informes militares fueron importantes porque ayudaron a Chamberlain a persuadir al resto del Gabinete para que continuara. El mismo día en que se presentó el informe, una reunión del Comité de Política Exterior del Gabinete consideró la proposición de uno de sus miembros, Oliver Stanley, de dar a Francia una garantía por el apoyo a Checoslovaquia. Halifax, el ministro de Asuntos Exteriores, respondió que él y el propio Chamberlain, los dos, preferían esa dirección, pero el informe de los jefes, "un documento extremadamente melancólico", los había disuadido. En su lugar, propusieron tratar de "inducir al gobierno de Checoslovaquia a que se enfrascara en la presentación de un acuerdo con el Sudetes holandés" y a "persuadir a los franceses de que utilizaran su influencia para obtener un acuerdo de ese tipo". Lo llamó "un negocio desagradable que tenía que llevarse a cabo de la forma más amena posible". Chamberlain planteó un caso similar, diciendo que era difícil creer que "los franceses no estuvieran contentos de encontrar algún método que los liberara de su compromiso".<sup>316</sup> El Gabinete se puso de acuerdo y decidió que Gran Bretaña y Francia debían trabajar para impedir un estallido militar al presionar a los checos a que trataran correctamente a los alemanes del Sudetes y atendieran sus quejas. Esa política dio por sentado que ellos tenían quejas legítimas que estaban limitadas y podían concederse sin la destrucción de Checoslovaquia y que Hitler debía ocuparse de esas quejas. Eso fue lo que Chamberlain le dijo al Gabinete. En otras ocasiones había considerado

otras posibilidades, y en una ocasión escribió que “la fuerza es el único argumento que entiende Alemania”,<sup>317</sup> pero si pensó en ello en la primavera de 1938 lo dejó a un lado. El rumbo que siguió era ya habitual para Gran Bretaña: “La inteligencia liberal, estimulada por su miedo a la guerra, estaba dispuesta a tomar partido rápidamente con el punto de vista del Sudetes alemán y al adoptar, al igual que el gobierno, una postura de preocupación altruista por la ‘imparcialidad’ estaban intentando por todos los medios de persuadir a la nación sobre la justicia del caso del Sudetes alemán”.<sup>318</sup>

El 10 de abril los franceses tenían un nuevo gobierno conducido por Édouard Daladier. Él y su ministro de Asuntos Exteriores, Georges Bonnet, llegaron a Londres a finales de mes, aparentemente para solicitar una promesa fuerte de respaldo para Checoslovaquia. Daladier expuso un cuadro sombrío sobre las intenciones de Hitler: “las ambiciones de Napoleón eran muy inferiores a los objetivos actuales del Reich alemán... Una vez que Alemania hubiera asegurado los recursos de petróleo y de trigo de Rumania, en caso de que deseara hacerlo, se dirigiría entonces contra las Potencias Occidentales... El conflicto sólo se podría evitar si Gran Bretaña y Francia dejaban bien clara su determinación de mantener la paz en Europa”.<sup>319</sup> Chamberlain rechazaba este razonamiento, y expresaba sus fuertes dudas de que Hitler “realmente deseara destruir” a Checoslovaquia, y Daladier retrocedió en su posición. Éste iba a ser el modelo que se seguiría hasta el estallido de la guerra. Daladier adoptaría una postura enérgica y después permitiría que se lo convenciera de lo contrario. En parte, a Daladier le preocupaba “preservar el honor de Francia”, pero también podría estar simulando para convencer a Gran Bretaña de que Francia pelearía por Checoslovaquia para obtener mayores compromisos de Gran Bretaña y para forzarla a que tomara el liderazgo en las negociaciones. “El apoyo británico, se razonaba, podría todavía impedir que Alemania atacara a Checoslovaquia y, si sucediera lo peor, Gran Bretaña estaría comprometida con Francia.”<sup>320</sup> Al igual que en 1937, los franceses le entregaron el liderazgo diplomático a Chamberlain y confiaban en que él los liberara de sus obligaciones. “Chamberlain tenía ahora la libertad de desempeñar un papel diplomático de tanta preeminencia como el que incluso Palmerston y Castlereagh nunca disfrutaron. Porque el destino de Europa descansaba en él y en otro hombre.”<sup>321</sup>

Mientras que Henlein orquestaba un coro de protestas, manifestaciones y sublevaciones en el Sudetes y Hitler desataba un torrente de propaganda y amenazas en contra del gobierno checo, los franceses y los británicos presionaban a los checos para que hicieran concesiones. Rumores de movimientos de tropas en sus fronteras llevaron a los checos a movilizar sus fuerzas el fin de semana del 19-22 de mayo para encontrarse con lo que parecía ser la amenaza de un ataque alemán. De hecho, parecen haber sido movimientos de rutina de las tropas alemanas que, en la caldeada atmósfera del día, se interpretaron mal.<sup>322</sup>

Gran Bretaña advirtió que respaldaría a Francia en caso de una guerra con Alemania por Checoslovaquia, como habían persuadido los franceses a los británicos que hicieran en la reunión de abril, pero ninguna de las dos partes lo consideraba seriamente. Bonnet criticó a los checos por movilizarse sin consultar antes a su aliado y maniobró para lograr que los británicos aclararan su renuencia a combatir como forma de excusar a Francia de su obligación. Después de advertir a Alemania, los británicos enviaron una advertencia en el otro sentido a Francia. Los franceses “no debían tener ninguna ilusión” de que debido a lo planteado Gran Bretaña “adoptaría inmediatamente acciones militares conjuntas” para defender a Checoslovaquia.<sup>323</sup>

El efecto principal sobre los franceses fue incrementar su determinación de evitar una guerra por Checoslovaquia a cualquier precio. Bonnet dijo que si los checos demostraban ser demasiado “irrazonables” Francia podría muy bien declarar que “se consideraba liberada de su atadura”,<sup>324</sup> y los británicos se sintieron incluso con más vehemencia. Halifax le insistió a su embajador en París “sobre la importancia de presionar lo más posible al Dr. Beneš, sin demora”; Cadogan fue más enérgico, informando la decisión de “utilizar el garrote grande con Beneš”.<sup>325</sup> El impacto de la crisis de mayo fue muy fuerte. La prensa occidental la reportó como si Hitler hubiera planeado alguna acción y lo hubieran frustrado y obligado a retirarse por una resolución de Occidente. Esto lo enfureció y actuó rápidamente, cambiando la introducción de su plan de ataque: “Es mi decisión inalterable destruir a Checoslovaquia mediante una acción militar en el futuro previsible” y fijó el 1 de octubre como el día para atacar.<sup>326</sup> A partir de ese momento comenzó a instar a los polacos y a los húngaros a que exigieran territorios de Praga, envió agentes a Eslovaquia para estimular la actividad separatista y ordenó la formación de una unidad vigilante en los Sudetes para sembrar disturbios violentos en los pueblos de Eger y Asch en los Sudetes.<sup>327</sup>

Hitler seguía confiando en que las potencias occidentales no pelearían para salvar a Checoslovaquia, y el comportamiento de ellas parecía confirmar su opinión. Como las negociaciones entre el gobierno de Checoslovaquia y Henlein no llegaron a ningún acuerdo, los franceses y los británicos presionaron aún más a los checos para que cedieran. En julio obligaron a Beneš a que aceptara a un “mediador independiente”, lord Runciman, para ayudar en las negociaciones entre el gobierno y la minoría rebelde. La tensión, sin embargo, aumentó durante el verano y cada vez se incrementaba más la posibilidad de una acción de Alemania. Se consideró repetir la advertencia hecha el 21 de mayo, pero Halifax y Chamberlain presentaron los argumentos acostumbrados de su oposición a causa de la opinión pública y del Imperio, y esta vez Chamberlain añadió uno nuevo: a causa de la debilidad militar de Gran Bretaña, una amenaza de combatir podría ser sólo un engaño y “ningún Estado demo-

crático debía amenazar con la guerra a menos que estuviera dispuesto y preparado para llevarla a cabo”.<sup>328</sup> Éste es el primer ejemplo de cómo Chamberlain utilizó la insuficiencia militar de Gran Bretaña como justificación para su política de apaciguamiento. Sin embargo, fue él quien se opuso rotunda y persistentemente a los gastos adicionales para el rearme, más allá de los que se habían aprobado originalmente, a pesar de la creciente amenaza. Fue él, más que nadie, quien había provocado la decisión de no preparar un ejército para ser utilizado en el continente. Había presentado estas medidas militares como forma de asegurar los mejores intereses de la seguridad británica, pero ahora utilizaba la condición de las Fuerzas Armadas de Gran Bretaña como excusa para una política exterior más débil de la que exigían otros. “Claramente, Chamberlain estaba utilizando la debilidad militar como una justificación *ex post facto* de conclusiones a las que ya había llegado mediante otros medios.”<sup>329</sup> El Gabinete determinó no enviar ninguna advertencia, pero decidió, en palabras de Halifax: “mantener a los alemanes en la duda”.

El 4 de septiembre de 1938, el presidente Beneš estuvo de acuerdo con todas las demandas de los alemanes del Sudetes. Henlein se libró de la vergüenza cuando, tres días después, una violenta confrontación en un pueblo del Sudetes, entre checos y alemanes, le dio el pretexto para romper las negociaciones. Los disturbios continuaron en el Sudetes y la guerra parecía inminente. En una reunión del Gabinete, el 12 de septiembre, Halifax especuló con la idea de que Hitler podría estar loco y, por esta razón, se manifestó en contra de enviar un ultimátum para no arriesgarse a “colocar a Hitler en una situación extrema”. Fue la última vez que se analizó seriamente la posibilidad de proteger a Checoslovaquia mediante la amenaza de una guerra general y plantea la pregunta de si Hitler podía haber sido detenido o disuadido. No hay dudas de que algunos líderes del Ejército alemán se oponían enérgicamente a una agresión a Checoslovaquia en aquel momento porque consideraban que conduciría a una guerra general para la que Alemania no estaba preparada y estaba destinada a perder. Cuando confrontaron a Hitler, les aseguró que Gran Bretaña y Francia no pelearían, pero no quedaron convencidos. El 27 de agosto, el general Beck renunció, después de un último intento por retener a Hitler, y otros generales conspiraron para derrocar al Führer si atacaba a Checoslovaquia.<sup>330</sup> Otros alemanes se encontraban en contacto con los británicos y les garantizaron que después de un ultimátum británico se efectuaría un *coup* para derrocar a Hitler. Aunque parece improbable que se hubiera realizado este *coup*, se ha sugerido que “la presión moral de la oposición de sus propios generales junto con una declaración inglesa de respaldar a Checoslovaquia podría, por tanto, haber disuadido a Hitler de emitir la orden de invadir”.<sup>331</sup> El fuerte apoyo de Hitler a las demandas más exorbitantes de Henlein, y la dureza de las críticas que le hizo a Beneš y a los checos en su discurso en Nuremberg el 12 de septiembre, sin

embargo, hacen creer que era más probable que ya estuviera pensando en la guerra, sin tener en cuenta la acción de los británicos.<sup>332</sup> Ya en ese momento era muy tarde para la disuasión; ni Hitler ni Alemania podrían ya detenerse a no ser por una fuerza superior.

En ese discurso, en una concentración del partido nazi, Hitler proclamó que “a través de una paciente tolerancia uno jamás debe reconciliarse con un enemigo tan irreconciliable como los checos... Los alemanes en Checoslovaquia no están ni indefensos, ni abandonados”. Los checos reprimieron un levantamiento armado y Henlein y sus colegas viajaron a Alemania y anunciaron el nuevo objetivo que habían proclamado que no tenía nada que ver con los derechos civiles, tratamiento igualitario o autonomía: “Deseamos vivir como alemanes libres. Queremos otra vez paz y trabajo en nuestra patria. Queremos regresar al Reich”.<sup>333</sup>

En estas circunstancias parecía muy difícil evitar la guerra. El trece, el Gabinete francés se reunió para evaluar si se movilizaba. El día anterior, Daladier le había preguntado a Gamelin qué podían hacer las fuerzas francesas para ayudar a los checos. Prácticamente nada, fue la respuesta. Un ataque a la Alemania de Westwall, según la opinión del Estado Mayor, sería una “batalla modernizada del Somme”<sup>334</sup> sin posibilidad de avances y con terribles bajas. No es de extrañar que los franceses perdieran su compostura cuando Daladier envió un mensaje a Chamberlain en el que decía que “la entrada de las tropas alemanas en Checoslovaquia debe impedirse a toda costa”.<sup>335</sup> Esto le despejó el camino a Chamberlain para llevar a cabo un plan que había estado preparando durante dos semanas. Probablemente influyeron varias consideraciones a la hora de fijar el momento: la propia crisis y el desplome francés producto de esa presión; un endurecimiento de la opinión pública en Gran Bretaña que podría reducir el espacio para maniobrar; el miedo de que Hitler pudiera tomar algunas decisiones inesperadas con antelación, y una necesidad de no perder el momento dramático cuando las cosas parecían más desesperadas y la intervención era más sorpresiva.<sup>336</sup> El día anterior a su partida, el Gabinete recibió un nuevo informe sobre la situación militar que no fue concebido para enva-lentonar a los británicos. Una de sus observaciones era: “Es nuestro criterio que ninguna presión que Gran Bretaña y Francia puedan hacer, ya sea por mar, por tierra o por aire, podría impedir que Alemania invada a Bohemia y que le inflija una derrota decisiva a Checoslovaquia”. No mencionaba cuál sería la consecuencia de que los checos abandonaran sus fronteras defendibles al ceder los Sudetes, o cuál sería el efecto en el equilibrio de poder y la seguridad británica de la conquista alemana de Checoslovaquia, o si sería mejor para las potencias occidentales combatir a Alemania en ese momento o más tarde, porque no les habían hecho esas preguntas.<sup>337</sup> No eran el tipo de preguntas que Chamberlain deseaba considerar. Sin consultar a los franceses o a su Gabi-

nete completo, le envió un cable a Hitler proponiéndole viajar a Alemania para realizar un análisis que podría conducir a un resultado pacífico de la crisis. Hitler estuvo de acuerdo y el 15 de septiembre Chamberlain, a la edad de sesenta y nueve años, se montó por primera vez en su vida en un avión para encontrarse con el líder alemán en su guarida, en Berchtesgaden, en Baviera.

Por un lado, el primer ministro británico miraba hacia el futuro, no simplemente como el escape de una crisis en particular sino como el comienzo de un entendimiento general entre Gran Bretaña y Alemania que apaciguaría las supuestamente legítimas demandas de Hitler de una vez y por todas, y que proporcionarían una paz duradera para Europa. Al mismo tiempo, miraba al pasado, como tantas veces, a su comprensión de la Primera Guerra Mundial, diciéndole al Führer que “después de 1914 se dijo que si le hubiéramos dicho a Alemania que iríamos, no hubiera habido guerra y yo pensé que ellos entenderían de antemano cuáles eran las implicaciones necesarias”.<sup>338</sup> Pero Chamberlain no estaba allí para advertir a Hitler que abandonara lo que se proponía mediante una amenaza de guerra. Fue Hitler, en vez, quien exigió la anexión del Sudetes, dejando claro que “se enfrentaría a cualquier guerra, incluso al riesgo de una guerra mundial, por esto”.<sup>339</sup> El Gabinete sólo había autorizado al primer ministro a discutir un plebiscito en el Sudetes. La diferencia entre eso y la exigencia del Führer no era grande, en un sentido práctico, porque el Sudetes holandés seguro votaría por una unión con Alemania, pero era el núcleo de la política de apaciguamiento. La cualidad esencial de ese programa era que debía solucionar los problemas pacíficamente sin la intimidación o la realidad de la fuerza. Sin dudas, un plebiscito en esas circunstancias hubiera ocurrido sólo como consecuencia de la amenaza de utilización de la fuerza por parte de Alemania, pero la verdad se hubiera mantenido oculta por un velo, aunque fuese muy transparente. Chamberlain, siempre el hombre práctico de los negocios, por tanto, se fue por encima de su mandato y nunca mencionó un plebiscito. Prefirió ver la demanda de Hitler como una solicitud de “autodeterminación” a la cual él, personalmente, no se oponía, pero tendría que buscar el asentimiento de su gobierno y de los franceses. No se dijo nada sobre la aprobación de los checos. Chamberlain estuvo de acuerdo con la anexión por parte de Alemania de todas las regiones de Checoslovaquia en las que los alemanes fueran una simple mayoría y regresaba a Londres sólo para ganar la aceptación necesaria de los otros. Hitler prometió gentilmente, a cambio, no emprender acciones militares mientras que Chamberlain estuviera haciendo las negociaciones, una concesión nada difícil pues ya sabemos que sus planes para la invasión se habían fijado para el 1 de octubre.

A su regreso, Chamberlain informó al Gabinete sobre su misión. Su objetivo era obtener el apoyo de sus colegas y, después, de los franceses y de los checos, para llevar a cabo un plebiscito que decidiera el destino del Sudetes.



Hitler le pareció un poco excitable pero no demente. La situación era más grave de lo que pensaba y creía que sólo su intervención había impedido un ataque inmediato. Estaba convencido de que los propósitos de Hitler estaban estrictamente limitados, que el Sudetes era su última exigencia, no la primera; que Hitler “se comprometía con lo que decía” y que estaba diciendo la verdad.<sup>340</sup> El primer ministro encontró una oposición considerable. Varios miembros del Gabinete hablaron sobre los peligros de la política propuesta y Duff Cooper expuso su posición de forma más completa y enérgica. Argumentó sobre la importancia del equilibrio de poder y contra de la opinión de que la debilidad militar de Gran Bretaña prevenía la acción. Desentrañó la confusión del razonamiento a favor de la demora a partir del punto de vista militar: “Con respecto a la condición de que no debíamos intervenir a menos que tuviéramos una fuerza demoledora, no la hubiéramos tenido ahora y sería poco probable que la obtuviéramos”. No confiaba en Hitler y pensaba que consentir la realización del plebiscito “podría conducir a una rendición total”. Ni tampoco creía que ésta era la última de las exigencias de Hitler. Mientras que los nazis gobernaran en Alemania no había posibilidad de paz. Otro miembro fue lo suficientemente indiscreto para mencionar a los checos y plantear el asunto del honor: las concesiones que se pedían eran “injustas para los checos y deshonorosas para nosotros”. Otro más se opuso a ceder ante la intimidación de Hitler, comparando la crisis actual con 1914, cuando los alemanes invadieron Bélgica. “Había un prejuicio fuerte en el pueblo británico que no le gustaba que le dijeran, a menos que consintieran en algunas cosas, que ya todo estaba terminado para ellos.” Oliver Stanley, presidente de la Junta de Comercio, impactado por los asuntos estratégicos, dijo: “Si el Gobierno, en los próximos días, tuviera que decidir entre rendirse o pelear, deberíamos pelear... El presente era un tiempo mejor para combatir, no peor”.

Halifax y Chamberlain defendieron su política en contra de esta arremetida. El primer ministro estuvo de acuerdo en que había un elemento de chantaje en las acciones de Alemania, pero esto debe pasarse por alto para poder revisar, al fin, los defectos de los tratados de paz de 1919. Con relación a la guerra, no podía justificarse con argumentos geográficos sino sólo a partir de cuestiones morales más importantes. “No era más urgente luchar por Checoslovaquia que hacerlo por [sic] Japón debido al bombardeo de civiles en Cantón.” Era una estrategia inocente de este tipo la que había provocado los comentarios de Stanley y la de aquellos otros ministros que afirmaban que era mejor luchar que rendirse. Chamberlain les respondió que aquéllas no eran las únicas alternativas: “La aceptación del principio de autodeterminación no era una rendición indigna”. Al cambiar su afirmación de que la debilidad militar impedía que Gran Bretaña se opusiera mediante una guerra, ahora afirmaba que el programa de rearme de Gran Bretaña la había convertido en una

“potencia formidable” y que “nunca se le había ocurrido ir a Alemania y decirle a Herr Hitler que podía alcanzar la autodeterminación en los términos que quisiera”. Un historiador ha calificado la respuesta de Chamberlain como “una actuación voluble para un hombre respetable”,<sup>341</sup> pero el adjetivo utilizado puede no ser el adecuado. Chamberlain le había hablado a sus colegas sólo de aceptar el principio de autodeterminación y no había dicho nada de la cesión del territorio. La respuesta de Chamberlain, por tanto, “fue una fórmula de engaño deliberado ya que en Berchtesgaden Hitler había exigido, y Chamberlain había consentido, el principio de la cesión”.<sup>342</sup> El control sobre el Gabinete del primer ministro, sin embargo, era todavía fuerte y consiguió mantener las manos libres para continuar las negociaciones.

El 18 de septiembre, Daladier y Bonnet fueron otra vez a Londres y escucharon a Chamberlain afirmar que la única alternativa a la guerra era conversar con los alemanes los medios para alcanzar la autodeterminación en Checoslovaquia. Daladier rompió las ilusiones que se escondían detrás de la política de Chamberlain. Creía que Hitler no deseaba otra cosa que no fuera la destrucción de Checoslovaquia como un paso hacia más conquistas en el Este que pronto conducirían hacia un cambio en contra del Oeste en circunstancias mucho peores. Argumentaba contra un plebiscito, porque arrastraría rápidamente a la disolución del Estado por las minorías. Chamberlain dejó a un lado estos planteamientos y expuso su caso con crudeza: “Las negociaciones no se pueden concluir a no ser sobre la base de considerar formas y medios de llevar a efecto el principio de la autodeterminación [para el Sudetes]. Si no aceptáramos estas bases, eso significaría la guerra. No nos equivoquemos en cuanto a eso”.<sup>343</sup> Los franceses cedieron y estuvieron de acuerdo en presionar a Checoslovaquia para que entregara el Sudetes sin un plebiscito, pero a cambio lograron que Chamberlain garantizara, por parte de Gran Bretaña, la integridad de lo que quedaba del Estado checo. En estas discusiones, a Chamberlain sólo lo acompañaron Halifax, Hoare y Simon, tres partidarios confiables de su política. Sin consultar a todo el Gabinete, había comprometido a Gran Bretaña con el desmembramiento de Checoslovaquia y con un compromiso continental, no a Francia sino a un pequeño país de Europa Central cuyas defensas estaba a punto de traicionar. “De esta extraña manera”, señala A.J.P. Taylor, “el gobierno británico ofrecía garantías a una Checoslovaquia débil e indefensa, cuando anteriormente habían declarado que era imposible ayudar a una Checoslovaquia fuertemente armada”.<sup>344</sup> Pero la realidad era que ni Francia ni Gran Bretaña pensaban cumplir con su obligación, y la prensa británica comprendió esto muy bien. La prensa, escribió Cadogan en su diario el 21 de septiembre, se lanzó en una campaña “contra la traición a Checoslovaquia”, pero a él no se lo atemorizaba fácilmente. La acción planeada era “inevitable y debía enfrentarse... ¡Cuánto coraje se necesita para ser un cobarde!”.<sup>345</sup>

Para lograr la aprobación de los checos, los embajadores franceses y británicos presentaron un ultimátum el 21 de septiembre al presidente Beneš, con la “brutal claridad de un lenguaje que hubiera sido admirable si se hubiera utilizado con el agresor y no con la víctima”:

- 1) Lo que han propuesto Inglaterra y Francia es la única esperanza que queda para prevenir una guerra y la invasión a Checoslovaquia.
- 2) Si la República de Checoslovaquia respondiera negativamente, sobre ella recaería la responsabilidad de la guerra.
- 3) Esto destruiría la solidaridad franco-inglesa, ya que Inglaterra no intervendría.
- 4) Si bajo estas circunstancias comienza la guerra, Francia no participaría; es decir, no cumplirá las obligaciones del tratado.<sup>346</sup>

Al día siguiente, con la aceptación incondicional de Beneš, Chamberlain voló a Bad Godesberg, en la Renania, para informar de su éxito a Hitler, pero el Führer lo saludó diciendo que “lo lamentaba mucho” pero “después de los sucesos de los últimos días esa solución [no podría] funcionar”.<sup>347</sup> Estos “sucesos” eran disturbios provocados por los *vigilantes* de los Sudetes, cumpliendo sus instrucciones, y sus nuevas exigencias eran que las tropas alemanas ocuparan partes seleccionadas de Checoslovaquia inmediatamente. También habló de los derechos de los polacos y de los húngaros, y además de un plebiscito que debía celebrarse más adelante para tener en cuenta todas las reclamaciones de las minorías, cuyo resultado, con seguridad, hubiera sido la disolución de Checoslovaquia. Hitler probablemente esperaba que los checos se negaran y que los aliados se apartaran mientras que él se apoderaba de lo que quería, lo que le daría control sobre las áreas estratégicamente vitales antes de que los checos pudieran emprender una acción para defenderse. Su temor principal parece haber sido que los checos pudieran aceptar sus demandas.<sup>348</sup>

En vez de expresar la decisión de Gran Bretaña de respaldar a los checos y a los franceses a la luz de este inesperado ultimátum, Chamberlain continuó negociando, tratando desesperadamente de encontrar una forma de lograr que Hitler no utilizara la acción militar y de que tomara lo que se le entregaría sin emplearla. Parece claro que el propio Chamberlain habría estado preparado para tolerar la acción de Hitler, pero había llegado a la conclusión de que no sería posible. Durante la reunión en Godesberg, los checos ordenaron la movilización, indicando que no estaban dispuestos a ceder. El ultimátum de Hitler también había sido demasiado para Daladier, quien se negó a apoyar lo que llamó “el estrangulamiento de un pueblo”.<sup>349</sup> También existía una oposición significativa en Gran Bretaña. Chamberlain había escuchado abucheos en el aeropuerto cuando se fue de Godesberg; una encuesta publicada

el día de su partida mostró que sólo un 22% apoyaba su política y un 40% se oponía. De todos los periódicos, sólo el *Times*, fiel partidario del apaciguamiento, se mantuvo firme a su lado. El Partido Laborista había llegado a una posición que rechazaba rotundamente un mayor apaciguamiento. El 8 de septiembre, su Consejo Nacional publicó un manifiesto en que se afirmaba que “GRAN BRETAÑA DEBE SER LA PRIMERA EN Oponerse A LA AGRESIÓN... El gobierno británico no debe dejar ninguna duda en la mente del gobierno alemán de que se unirá con los gobiernos de Francia y de la Unión Soviética para oponerse a un ataque a Checoslovaquia”.<sup>350</sup> En vísperas del viaje de Chamberlain a Godesberg, los líderes del partido se quejaron de que “esta deshonra no nos traerá paz. La ambición de Hitler no se detendrá en Checoslovaquia”. El Partido Liberal ahora proclamaba enérgicamente puntos de vista similares. Dentro del propio Partido Conservador, Eden y Churchill continuaron haciendo discursos críticos sobre las políticas de Chamberlain y comenzaban a aliarse con la oposición. Impresionados por las noticias de atropellos cometidos por las fuerzas alemanas del Sudetes, una reunión del Gabinete Interior celebrada el mismo día de la partida de Chamberlain le envió un mensaje a Godesberg en el que decía que “una parte considerable de la opinión pública parece pensar, cada vez con mayor fuerza, que hemos llegado al límite de las concesiones y que le corresponde al canciller hacer algunas contribuciones”.<sup>351</sup> Chamberlain continuó argumentando y solicitando algunas concesiones que le permitieran manejar la opinión pública, pero el Führer era terco.

El primer ministro, sin embargo, estaba decidido a seguir el rumbo que había establecido. Informó al Gabinete su creencia de que “había logrado ahora influir sobre Herr Hitler, y que éste confiaba en él y estaba dispuesto a trabajar con él. De ser así, era una magnífica oportunidad de poner fin a la horrible pesadilla de la carrera armamentista actual. Consideraba que éste era el punto más importante en la situación presente”.<sup>352</sup> Preguntó si la diferencia entre las propuestas de Berchtesgaden y Godesberg era lo suficientemente grande como para justificar una guerra, y retiró todos los obstáculos, utilizando otra vez el miedo terrible a los bombardeos aéreos:

Esa mañana había volado por encima del río, sobre Londres. Había imaginado un bombardero alemán volando por la misma ruta. Se preguntó cuánta protección podríamos proporcionarle a las miles de casas que había visto extenderse ante él, y sintió que no nos encontrábamos en una posición de justificar el costo de una guerra ahora para prevenir una guerra más adelante.<sup>353</sup>

Esto suscitó una acalorada discusión en la que incluso Halifax y Hoare se opusieron, aceptando las últimas demandas de Hitler, y el Gabinete, completo, esta-

ba “profunda y uniformemente dividido”, y estuvo de acuerdo en posponer una decisión hasta que se realizaran las conversaciones con los franceses programadas para esa tarde.

En Francia, también, las demandas que presentó Hitler en Godesberg habían cambiado el clima de opinión y habían alarmado a los franceses. Una vez más, Daladier planteó la necesidad de defender a Checoslovaquia y, a pesar de los esfuerzos de Chamberlain de intimidarlo, haciéndole preguntas sobre la disposición de Francia y de su capacidad para pelear, lo más que pudo hacer el primer ministro británico fue lograr un acuerdo para que se realizara otro esfuerzo por evitar la guerra. Se acordó enviar a Horace Wilson para que viera a Hitler con “una última apelación” para que se efectuaran las negociaciones. A cambio, sin embargo, obligaron a Chamberlain a ofrecerle a Francia la garantía que los gobiernos británicos siempre habían rechazado. En el caso que Hitler se negara, Wilson debía decir que si los checos no aceptaban el ultimátum de Hitler y Francia decidía combatir en contra de Alemania, “nos sentiremos obligados a respaldarlos”.<sup>354</sup>

Wilson arribó a Alemania la tarde del 26 de septiembre y le entregó a Hitler la carta de Chamberlain, instándolo a discutir “sobre la forma en que debe manejarse el territorio [del Sudetes]”, pero la reacción negativa fue tan fuerte que no presentó la advertencia autorizada en la primera reunión. Esa misma noche, Hitler pronunció un discurso en el Palacio de los Deportes de Berlín en el que censuró a los checos violentamente. Chamberlain escuchó el discurso, hizo una declaración a la prensa en la que expresaba su determinación de continuar sus esfuerzos por lograr la paz y envió instrucciones a Wilson para que entregara la advertencia a Hitler “más con pena que con ira”. Hitler, sin embargo, continuó insistiendo en los términos de Godesberg. Incluso ahora, aunque la situación política no le permitiría presionar a los checos a que aceptaran los términos de Hitler, Chamberlain les envió un mensaje expresando la opinión de que “Bohemia sería derrocada y ninguna otra Potencia podría hacer nada por impedir este destino para su país y su pueblo”.<sup>355</sup>

Halifax había hecho pública la advertencia británica a Hitler, los franceses estaban movilizandando tropas y los británicos movilizaban su Armada; se construían trincheras para protegerse de los ataques aéreos en los parques de Londres, se distribuían máscaras de gas, los hospitales se vaciaron previendo las bajas por los bombardeos aéreos y se evacuaban a los niños, llevándolos al campo. En esa atmósfera, Chamberlain se dirigió al pueblo británico a través de la radio esa misma noche del 27 de septiembre de 1938:

Cuán terrible, fantástico e increíble es que estemos cavando trincheras y usando máscaras de gas aquí, debido a una contienda en un país lejano entre pueblos de los que nada sabemos. Todavía parece imposi-

ble que una pelea que ya ha sido, en principio, solucionada, sea la causa de la guerra.

Por mucho que simpaticemos con una pequeña nación confrontada por un vecino grande y poderoso, no podemos en todas las circunstancias comprometernos a involucrar a todo el Imperio británico en la guerra simplemente por su causa. Si tenemos que luchar debe ser por razones de mayor peso. Soy un hombre de paz, hasta lo más profundo de mi alma. Los conflictos armados entre naciones son una pesadilla para mí; pero si estuviera convencido de que una nación cualquiera hubiera decidido dominar al mundo por el miedo a su poderío, sentiría que se le debería impedir.

Bajo una dominación de este tipo, la vida para las personas que creen en la libertad no tendría sentido; pero la guerra es algo temible, y debemos estar muy claros, antes de lanzarnos a ella, de que son los asuntos fundamentales los que están en peligro, y que el llamado a arriesgarlo todo por su defensa, cuando se sopesen todas las consecuencias, es inevitable.

Chamberlain, sin dudas, no estaba tan convencido y se ha señalado que su discurso “no fue otra cosa que el repudio a la promesa que, privadamente, se le hizo a Francia”.<sup>356</sup>

Después de la transmisión, Wilson informó al Gabinete, proponiendo que se presionara más a Checoslovaquia, pero el Gabinete no lo aceptaría. Duff Cooper amenazó con renunciar y el vacilante Halifax también se opuso al plan. Se acordó que en su discurso en la Cámara de los Comunes al día siguiente, Chamberlain haría pública la palabra dada a Francia. Entonces, en el momento más profundo de la depresión, el primer ministro recibió una carta conciliatoria de Hitler que decía: “Lamento la idea de un ataque al territorio de Checoslovaquia... Estoy incluso dispuesto a ofrecer una garantía formal al resto de Checoslovaquia”.<sup>357</sup> Puede ser que esto fuera una especie de estratagema, pero existen suficientes pruebas para creer que la línea dura adoptada por los aliados y la posibilidad de que la guerra fuera inminente obligaron a Hitler a dar marcha atrás. La forma en que se recibió la advertencia británica y su publicación por el ministro de Asuntos Exteriores, las noticias de la movilización francesa y británica, las manifestaciones de la renuencia del pueblo alemán de lanzarse en otra guerra, parece que convencieron a Göring y a Goebbels, hasta este momento optimistas agresivos, de los puntos de vista pesimistas de los generales, y estos sucesos pueden haber hecho que “Hitler se calmara”.<sup>358</sup> Un Chamberlain renovado, sin consultar a nadie, escribió inmediatamente una carta a Hitler sugiriendo una conferencia de las cuatro potencias y otra invitando a Mussolini para que participara.

Las cartas se enviaron a la mañana siguiente, el ultimátum alemán expiraría a las 2 pm y cuando Chamberlain se dirigió a la Cámara de los Comunes, que estaba convocada para las 2:45 de la tarde, todavía no había recibido una respuesta. Al menos un observador recordó la ocasión cuando sir Edward Grey habló la víspera de la Gran Guerra, el 4 de agosto de 1914, y el propio Chamberlain relacionó ambos momentos al decir: "Hoy nos enfrentamos con una situación que no tiene paralelo desde 1914". Después de exponer los acontecimientos, durante una hora, le entregaron una nota que leyó en alta voz: "Me acaba de informar Herr Hitler que me invita a reunirme con él en Munich mañana por la mañana. Signor Mussolini ha aceptado y no tengo dudas de que M. Daladier también aceptará. No necesito decir cuál será mi respuesta". Un miembro gritó "¡Demos gracias a Dios por el primer ministro!" y la Cámara vibró de entusiasmo.<sup>359</sup> En la Cámara y afuera existía un fuerte apoyo para que se realizara otro intento por salvar la paz.

Al día siguiente la conferencia se celebró en Munich. Chamberlain había solicitado una junta en la que estuvieran representados los checos. Hitler había aceptado una reunión en la que estuvieran excluidos, y no hubo protestas. Se acordó fácilmente que Alemania ocupara el Sudetes, no de una vez y completo, sino por partes, desde el 1 al 10 de octubre. Una comisión internacional de las cuatro potencias y un representante checo determinarían las condiciones de la evacuación y las fronteras definitivas. Francia e Inglaterra protegerían lo que quedaba de Checoslovaquia y, después de que se establecieran las reclamaciones de los polacos y de los húngaros, Italia y Alemania se unirían a las garantías de lo que todavía quedaba. Lo único diferente con relación a Godesberg fue que la ocupación se extendería durante diez días en vez de realizarse de un golpe, una imposibilidad técnica, en todo caso.<sup>360</sup> En ese momento, les informaron a los checos sobre el acuerdo y les ordenaron que lo aceptaran sin condiciones e inmediatamente.

Durante muchos años, la interpretación predominante de lo ocurrido en Munich, el momento supremo de la política de apaciguamiento, fue que había sido el resultado del trabajo del propio Chamberlain o al menos del de los "hombres culpables", lo que incluía al primer ministro y a sus colegas en el gobierno. Los estudios académicos posteriores han señalado correctamente que la política general era ampliamente aprobada por el país en su conjunto durante mucho tiempo, que el apaciguamiento era una política de larga permanencia en la historia británica y que su debilidad militar y financiera en la década de 1930 hizo que cualquier otra política resultara muy difícil y poco probable de aplicar. Podríamos ir más lejos y enfatizar que los programas desastrosos de desarme y apaciguamiento en la década de 1920 hicieron todavía más improbable que los estadistas estuvieran dispuestos y pudieran revertir esas políticas en tiempos más peligrosos.

Es posible, sin embargo, estar de acuerdo con estos juicios modernos y aun concluir que Chamberlain jugó un papel decisivo en el desarrollo de los acontecimientos, incluso decir que sin su esfuerzo decisivo y resuelto por preservar la paz a casi cualquier costo hubiera estallado la guerra con Checoslovaquia en 1938 y no con Polonia en 1939. El *Times* estaba en lo cierto, cuando Chamberlain regresó de Munich, al decir que “si el gobierno del Reino Unido hubiera estado en manos menos decididas, es absolutamente seguro que la guerra... hubiera estallado”.<sup>361</sup> Hitler no sólo quería la disolución de Checoslovaquia sino que prefería alcanzarla por la fuerza de las armas en un conflicto en el que esperaba que las potencias occidentales no intervendrían. También es obvio que la opinión en Gran Bretaña y Francia, tanto dentro como fuera de los gobiernos, no hubiera permitido un resultado pacífico a menos que Chamberlain, con su determinación personal y poder, se hiciera cargo de los asuntos, ignorara a sus colegas, a la opinión pública y obligara a que se hicieran las concesiones que exigía Hitler. La ironía es que, incluso así, probablemente hubiera fracasado si no hubiera sido porque el desafío de casi todo el mundo convenció a Hitler de que debía ceder.

Pero Chamberlain no había ido a Munich solamente para resolver la crisis checa. Se aferró rápidamente a la esperanza de que esto sería el comienzo de un acuerdo general que proporcionaría una paz duradera. A la mañana siguiente le presentó a Hitler una declaración para que la firmara: “Consideramos el convenio firmado anoche y el Acuerdo Naval angloalemán como un símbolo del deseo de nuestros dos pueblos de no enfrentarse nunca más en una guerra. Estimamos que el método de consulta deberá ser el método adoptado para tratar cualquier otro asunto de interés para nuestros dos países”. Hitler firmó con satisfacción y fue ése, y no el acuerdo de las cuatro potencias sobre Checoslovaquia, el papel que Chamberlain mostró a la multitud cuando regresó a Inglaterra, diciendo con orgullo: “Lo tengo”. Esa noche, desde su residencia en Downing Street, dijo ante una multitud entusiasmada: “Esta es la segunda vez que ha llegado la paz con honor, desde Alemania hasta Downing Street. Considero que es una paz para nuestro tiempo”.<sup>362</sup> Chamberlain hacía referencia al regreso de Disraeli del Congreso de Berlín en 1878 pero la analogía difícilmente podía ser menos apropiada. En Berlín, una gran potencia había sido obligada a arrojar parte de las ganancias que había obtenido mediante la agresión militar debido a la fuerte resistencia de las potencias coordinadas de Europa y del envío de la Armada británica hacia los Dardanelos. En Munich, al agresor le entregaron lo que quería sin necesidad de mover un soldado, a cambio de la promesa de celebrar conversaciones amables en el futuro.

Los contemporáneos en Gran Bretaña y alrededor del mundo elogiaron lo obtenido por Chamberlain y todavía, un mes después, seguían llegando homenajes y presentes. Un cuarto de siglo más tarde, un distinguido historiador escri-



bió, aparentemente sin ironía, que lo acordado en Munich “era un triunfo de lo mejor y más progresista de la vida británica; un triunfo para aquellos que habían predicado justicia igual para todos los pueblos; un triunfo para aquellos que habían denunciado valientemente la crudeza y falta de visión de Versalles”.<sup>363</sup> Si los motivos expuestos eran los únicos que se estaban manejando, necesitaríamos, aún así, señalar que Munich fue también el éxito de un concepto confuso y nada realista que basaba su idea de la justicia en un flagrante error de la historia y su noción de seguridad en las promesas del líder demoníaco y despiadado de un régimen totalitario brutal cuyos escritos, discursos y acciones durante una década y media demostraron que no tenía ninguna intención de respetarlos. También resulta difícil encontrar nobleza en una política que buscaba alcanzar la paz a costa de una nación pequeña y débil que había depositado su confianza en naciones que la arrojaron sobre lobos muy feroces para preservar, eso fue lo que pensaron, su propia seguridad. Cualquiera que sea la nobleza que se pueda encontrar en una política así, sin embargo, se malogra por el hecho de que el acuerdo del desmembramiento de Checoslovaquia en Munich, no importan sus otras estipulaciones, descansaba, no en consideraciones de lo que estaba bien o mal, sino fundamentalmente en el miedo.

Los sucesos pronto lo aclararon. El cruel tratamiento que Hitler le dio a los checos hacía que hablar de justicia resultara una burla. Se jactaba de que Munich había sido una victoria para el poderío alemán, no para el espíritu de la reconciliación pacífica. No todo el mundo aplaudió el acuerdo de Munich. En el Gabinete británico, Duff Cooper renunció, en protesta de lo que entendió como una rendición ante la fuerza bruta. La oposición en el Parlamento introdujo una moción de rechazo al acuerdo de Munich, y treinta conservadores se abstuvieron de apoyar a su líder. En el debate en los Comunes, Clement Attlee, jefe del Partido Laborista, calificó el acuerdo como “una de las derrotas diplomáticas más grandes que este país y Francia hayan sufrido nunca”.<sup>364</sup> Churchill, hablando en nombre de los conservadores disidentes, estuvo de acuerdo con la afirmación de Attlee, y pronunció uno de los discursos más memorables de su vida:

[H]emos sufrido una derrota total y rotunda y... Francia ha sufrido aún más que nosotros.

Realmente no debemos perder nuestro tiempo en todo este debate sobre las diferencias entre las posiciones alcanzadas en Berchtesgaden, en Godesberg y en Munich. Pueden resumirse muy bien si la Cámara me permite variar la metáfora. Una libra esterlina se exigió a punta de pistola. Cuando se entregó, se exigieron dos libras esterlinas a punta de pistola. Finalmente, el dictador consintió en tomar 1 libra 17 cheelines y 6 peniques y el resto en promesas de buena voluntad para el futuro...

Todo se terminó. Checoslovaquia, en silencio, luctuosa, abandonada, rota, se retira hacia la oscuridad. Ha sufrido en todo sentido por su asociación con las democracias occidentales y con la Sociedad de Naciones, de la que siempre fue un servidor obediente.

Me atrevo a pensar que, en el futuro, el Estado de Checoslovaquia no podrá mantenerse como una entidad independiente. Creo que se darán cuenta de eso en un período de tiempo que puede medirse en años pero que sólo en meses Checoslovaquia será tragada por el régimen nazi... Nos han hecho retroceder [en los últimos cinco años] de una posición de seguridad y poder —poder para hacer el bien, para ser generosos con un enemigo derrotado, para llegar a un acuerdo con Alemania, para compensarla apropiadamente por sus reclamaciones, para impedir que se armara si lo decidíamos, para dar cualquier paso que proporcionara fuerza, piedad o justicia que entendiéramos fuera lo correcto— nos han hecho retroceder en cinco años, de una posición segura e inalcanzable, hasta donde nos encontramos ahora...

La responsabilidad debe recaer en aquellos que han tenido el control indiscutible de nuestros asuntos políticos. Explotaron y desacreditaron la enorme institución de la Sociedad de Naciones y desatendieron la posibilidad de realizar alianzas y combinaciones que hubieran podido solucionar errores previos y, de esta forma, nos dejaron en la hora crucial sin defensa nacional o sin una seguridad internacional efectiva...

Estamos en presencia de un desastre de primera magnitud que ha acontecido sobre Gran Bretaña y Francia.<sup>365</sup>

Tanto Attlee como Churchill vieron y expresaron el verdadero significado de Munich, como no lo hicieron la mayoría de sus contemporáneos, pero es justo señalar que cada uno había contribuido a provocar la debacle, Churchill cuando destruyó con rudeza las defensas británicas en la década de 1920, Attlee cuando él y su partido presionaron insistentemente para que se efectuara el desarme y se opusieron al rearme en las décadas de 1920 y 1930.

Un historiador terco, consternado por la incapacidad de los líderes de Gran Bretaña para pensar estratégicamente, ha señalado que la oposición que los partidos laborista y liberal hicieron se basaba, “no en aspectos estratégicos, sino en aspectos de moral e ideológicos. El poder de un ladrón y, lo que era peor, el poder fascista, había recibido la ayuda efectiva del Gobierno británico para que se expandiera a costa de un país pequeño y, lo que era peor, de un país democrático”.<sup>366</sup> Hay buenas razones para lamentar la ausencia de un pensamiento estratégico en la elaboración de decisiones de interés nacional, entonces y ahora, pero es un error subestimar la importancia de estos otros intereses. En Estados en donde existe una democracia directa o representativa, no es posi-

ble excluir asuntos de moral y de ideología de las consideraciones a tener en cuenta, porque ésta es la forma en que el ciudadano común se enfrenta a los asuntos, tanto los internos como los externos, y los políticos no pueden darse el lujo de ignorar estos sentimientos. De hecho, los políticos, con pocas excepciones, piensan de la misma manera. Los argumentos sobre moralidad e ideología incluyen lo que Tucídides llamó honor, y las naciones, desde la antigüedad hasta nuestros días, no lo pueden ignorar. Excluir consideraciones de este tipo es involucrarse en lo opuesto, el "realismo". Es muy probable que el cambio brusco en la opinión pública británica del apaciguamiento a la resistencia fuera motivado más por razones de honor que por interés.

Chamberlain se vio obligado a defender su política en contra de aquellos que no creían que se basaba en altos principios; al hacerlo, hizo algunas concesiones. "A él mismo 'no le importaban un comino' los alemanes de los Sudetes, ni por una cosa ni por la otra. Se sentía más cómodo planteando que había salvado a los checos, a los franceses o, finalmente, a los propios británicos, de los horrores de la guerra; y... que el estado en que se encontraba el armamento británico hacía que una guerra fuera imposible."<sup>367</sup>

Una defensa de la política que condujo al acuerdo de Munich, muy utilizada más tarde por los historiadores,<sup>368</sup> fue que la demora era importante, que Gran Bretaña estaba en mejores condiciones de combatir en 1939 de lo que había estado en 1938 cuando disponía de los radares, las defensas aéreas, los *Hurricanes* y *Spitfires* para enfrentarse a los ataques aéreos alemanes. Como hemos visto, ésa no fue la razón que Chamberlain enfatizó en su momento. Pensaba, y así lo dijo, que el propósito y, después de Munich, el resultado de su política no era mejorar la situación militar británica para adoptar una posición posterior, sino alcanzar la paz a través de la diplomacia. El hecho es que continuó oponiéndose a cualquier incremento sustancial de los gastos para el rearme después de Munich. Las mejoras en las defensas británicas que se lograron en septiembre de 1939 fueron el resultado de la ejecución de programas que se habían acordado como consecuencia del documento oficial de 1935, antes de que Chamberlain llegara a ser primer ministro.

Como defensa de la política de Chamberlain, el argumento no tiene valor, pero continúa siendo un asunto fundamental e interesante.<sup>369</sup> En 1938, el miedo mayor de Gran Bretaña, los ataques aéreos, no estaba bien fundado. Los *Luftwaffe* no tenían bombas y los cazas tenían que protegerlos, con la posibilidad de lograr daños importantes a Gran Bretaña desde las bases alemanas a las que se hubieran destinado en 1938. Los poderosos ataques lanzados durante la Batalla de Gran Bretaña en 1940 dependieron de las bases ocupadas después de la derrota de Francia y de los Países Bajos, lo que no había ocurrido todavía. Los recursos limitados de los *Luftwaffes* se dedicaban exclusivamente a proporcionar ayuda a las fuerzas terrestres *Blitzkrieg*. El radar de Gran Bre-

taña, los *Hurricanes* y los *Spitfires* alcanzaban apenas para defender al país en 1940; los británicos no hubieran tenido que enfrentar esa amenaza incluso sin ellos en 1938 y los alemanes, más involucrados, lo sabían. Como lo dijo el comandante de la Segunda Fuerza Aérea de Alemania, “con los medios a su disposición, una guerra de aniquilamiento en contra de Inglaterra parecía estar excluida”.<sup>370</sup>

Los británicos y los franceses también sobrestimaron mucho el tamaño y la calidad del Ejército alemán y subvaloraron el de los checos, que estaba bien equipado, tenía la moral alta y sólidas fortificaciones en el Oeste. De todos modos, parece probable que si luchaban solos en contra de Alemania, los alemanes los hubieran derrotado en uno o dos meses. En una guerra así, sin embargo, las reservas considerables de material bélico y las excelentes industrias de armamentos de los checos se hubieran agotado y destruido lo que, sin una guerra, “sería de gran utilidad para la maquinaria bélica alemana cuando cayeran, intactos, en las manos de los alemanes en marzo de 1939”.<sup>371</sup> Es posible, además, que los checos no hubieran peleado solos. “Los polacos se encontraban en una posición de tomar parte, quizá, de forma decisiva”, y una intervención, de esta manera, estaba lejos de ser inconcebible. “Un político checo clasificó correctamente la política polaca durante la crisis. Consistía en marchar contra Checoslovaquia si Francia e Inglaterra permanecían neutrales; mantener la neutralidad y esperar al desarrollo de los acontecimientos sólo si Francia intervenía; pero se unirían a la guerra contra Alemania si Gran Bretaña lo hacía.”<sup>372</sup> A mediados de septiembre de 1938, los polacos informaron al gobierno británico “que sus acciones en la crisis dependerían de lo que hiciera Gran Bretaña”.<sup>373</sup> Los críticos de la política de Chamberlain han escrito sobre su no disposición de buscar la “Gran Alianza”, que recomendaba Churchill, que hubiera incluido a la Unión Soviética. Por diferentes razones, no es probable que los soviéticos se hubieran involucrado o hubieran podido proporcionar una ayuda significativa si lo hubieran hecho, pero hubiera sido mucho mejor para las democracias occidentales que los soviéticos se mantuvieran neutrales, como sucedió en 1938, a que se aliaran a los alemanes, como en 1939, abasteciendo a Hitler con una enorme cantidad de materias primas esenciales, como hicieron hasta que los alemanes invadieron Rusia en junio de 1941.

El miedo fundamental de los alemanes en 1938 era el peligro que representaba el Oeste. Tenían sólo cinco divisiones regulares para defender las porosas defensas a lo largo de la frontera con Francia y Bélgica. Las fuerzas francesas solas en ese frente eran mucho mayores y hubieran podido avanzar fácilmente si hubieran atacado. A pesar de una superioridad de cincuenta y seis divisiones, comparada con un total de sólo ocho alemanas, no es más probable que Gamelin y los franceses hubieran atacado si hubiera estallado la guerra en Checoslovaquia que como lo hicieron cuando estalló en Polonia un año después.

El problema mayor de Alemania hubiera sido una crisis económica provocada principalmente por la escasez de materias primas. Al utilizar grandes reservas de armamentos y municiones para derrotar a los checos, sin lograr el control de sus fábricas y armas no dañadas, sin los recursos que en el ínterin adquirieron de la Unión Soviética y Europa Oriental, los alemanes hubieran estado en apuros. La economía, probablemente, no se hubiera desplomado, pero hubiera sufrido una “desintegración lenta y sólida... La capacidad combativa del *Wehrmacht* hubiera sufrido un desplome similar”.<sup>374</sup> A continuación, la conclusión sopesada de un meticoloso estudioso del asunto:

En términos de cantidad de divisiones, recursos económicos, capacidad industrial y fuerzas navales, Alemania se hubiera encarado a una superioridad aplastante por parte de los aliados en 1938, ya fuera si se enfrentaba sólo con Gran Bretaña y Francia, o con una coalición aumentada, que incluyera a Rusia y, quizás, a Polonia. Aun así, la guerra contra Alemania no hubiera sido fácil, ni tampoco se hubiera podido ganar rápidamente. Pero los resultados hubieran sido inevitables y hubieran conducido, más tarde o más temprano, al desplome del régimen nazi a un costo considerablemente inferior que el que hubo que pagar por la guerra que estalló en septiembre del próximo año.<sup>375</sup>

A menos de seis meses después de Munich, Hitler destrozó los restos de esperanza de reconciliación cuando invadió Checoslovaquia y ocupó todo el país. Esta acción destruyó el pretexto sobre el cual descansaban las esperanzas de los apaciguadores: que Hitler sólo quería recuperar para el Reich las regiones habitadas principalmente por alemanes, un objetivo limitado en concordancia con el principio de autodeterminación nacional y que no representaba ninguna amenaza para la estabilidad de Europa. También fue una burla a la promesa que había hecho de que no deseaba más territorios europeos y, más importante, de la garantía formal sobre la integridad territorial de Checoslovaquia. Sus apologistas no pudieron seguir afirmando que sólo tenía metas restringidas y legítimas o, como había asegurado Chamberlain, que era un hombre de palabra. Para la mayoría de los británicos, la ocupación de Praga por parte de Hitler fue un punto de giro, el final de sus ilusiones de creer en la contención y lograr el apaciguamiento. El propio Chamberlain estaba consternado. Durante los días después de la ocupación de Praga, todavía dominado por la analogía de 1914, invocó el nombre de lord Grey una y otra vez, en esta oportunidad, sin embargo, considerando si, después de todo, no habría estado Grey equivocado con relación a Alemania.<sup>376</sup> Pero él y sus partidarios se aferraron a sus esperanzas. En el acuerdo de Munich, Gran Bretaña, no menos que Alemania, se había comprometido con la independencia de Checoslovaquia.

Para cumplir con su palabra, Gran Bretaña tendría que lanzarse a la pelea inmediatamente en defensa de las víctimas de la agresión alemana. Hitler, sin embargo, había arreglado las cosas para que tuvieran la apariencia, para aquellos que lo quisieran creer a toda costa, de que Checoslovaquia había sufrido un desplome, fundamentalmente interno, y que Alemania sólo estaba sacando las castañas del fuego. Éste fue el punto de vista aprovechado por Chamberlain, quien dijo ante el Parlamento que Gran Bretaña no podía comprometerse a proteger a un Estado que ya no existía. Añadió que tenía la intención de continuar con su política de sustituir “el método de discusión por el de la fuerza para solucionar las diferencias”.<sup>377</sup>

Un enfoque de este tipo, sin embargo, ya no era posible. Un país soberano con una prensa libre, orgulloso y con sentido del honor, un gobierno que permite algún grado de independencia dentro del partido gobernante y el ejercicio de la crítica por parte de la oposición, no soportará fácilmente el tipo de ofensa provocada por la ocupación nazi a Praga. Muchos ingleses estuvieron de acuerdo con la afirmación de Churchill sobre Munich: “El gobierno tuvo que escoger entre la vergüenza y la guerra. Han escogido la vergüenza y tendrán guerra”. En el verano de 1939 una encuesta Gallup reveló que las tres cuartas partes de la opinión pública británica creían que valía la pena emprender una guerra para detener a Hitler. Un estado de malestar en el país y, especialmente, dentro de su propio Partido Conservador, obligó a Chamberlain a adoptar una línea muy diferente en público. Sólo dos días después de su negativa de actuar en defensa de Checoslovaquia, pronunció un discurso en el que declaró que “cualquier intento por dominar al mundo por la fuerza deberá ser rechazado por las democracias”. Esta afirmación se recibió con entusiasmo y pronto quedó claro que el pueblo británico no seguiría soportando el apaciguamiento y la debilidad sino que exigiría una nueva política de resistencia y fuerza. El sentido de la crítica sugiere fuertemente que la nueva resolución fue el resultado de un sentimiento de vergüenza e ira por el honor traicionado, más que la necesidad de proteger los intereses británicos. En esta atmósfera, temiendo que se lo acusara de inercia, Chamberlain se dejó llevar por una reacción exagerada. Rumores sobre un plan alemán para atacar a Rumania, posiblemente falsos pero, en todo caso, sin confirmar, así como temores infundados de que Hitler estaba a punto de atacar Polonia, hicieron que los británicos le ofrecieran garantías a Polonia en contra de la agresión y, además, extendieron las mismas garantías a Rumania y a Grecia. Todavía resulta valioso leer el criterio de Churchill sobre este tardío cambio de rumbo:

Tenía sentido combatir por Checoslovaquia en 1938, cuando el Ejército alemán podía, apenas, colocar la mitad de una docena de divisiones entrenadas en el Frente Occidental, cuando los franceses, con casi

sesenta o setenta divisiones, podían avanzar sin problemas hasta el Rin o entrar al Ruhr. Pero esto se había considerado como algo irrazonable, temerario, por debajo del nivel del pensamiento y la moralidad modernos. Sin embargo, ahora, al final, las dos democracias occidentales declararon que estaban dispuestas a arriesgar sus vidas por la integridad territorial de Polonia. La Historia que, según nos han dicho, es la fuente principal de información sobre los crímenes, locuras y miserias de la humanidad, puede registrar de arriba abajo para encontrar un paralelo a este súbito y total cambio de una política relajada, que duró cinco o seis años, de apaciguamiento, y de su transformación, prácticamente de la noche a la mañana, en la disposición de aceptar una guerra, a todas luces, inminente, enorme y con condiciones mucho peores.<sup>378</sup>

Los británicos, de hecho, no contaban con los recursos militares necesarios para defender a los Estados con quienes se habían comprometido, ni tenían ningún plan para realizarlo. No le enviaron a los polacos ni armas ni dinero, ni siquiera, por supuesto, consideraron la posibilidad de atacar a Alemania desde el oeste en caso de que Hitler se moviera hacia el Este. A pesar de las dificultades económicas y financieras que, en realidad, apremiaban a Gran Bretaña, el gobierno británico, finalmente, incrementó mucho sus gastos planificados para el rearme. No obstante su fuerte aversión al reclutamiento obligatorio y un compromiso continental, instituyeron el alistamiento en tiempo de paz. Chamberlain no dio estos pasos porque pensara que habría una guerra, la cual todavía esperaba evitar mediante la diplomacia. Los acontecimientos habían logrado que una política completa y abierta de apaciguamiento resultara imposible; ahora confiaba en que podría hacer que Hitler recobrar su juicio a partir de una amenaza de confrontación respaldada por los compromisos con Europa Oriental, el programa de rearme y el reclutamiento. Entonces negociaría un acuerdo pacífico. Como medidas para impedir la guerra, éstas llegaron muy tarde, porque sus consecuencias no se concretarían durante muchos años. Quizá la razón más importante para el fracaso de este intento tardío para la disuasión era que carecía de credibilidad. Cualesquiera que fuesen sus capacidades militares, ¿tendría Gran Bretaña la voluntad de utilizarlas? Cualesquiera que fuesen sus compromisos, ¿tendrían los británicos el coraje de cumplirlos? Incluso después de Praga y del cambio hacia una política de disuasión en las esferas política y militar, Chamberlain continuó utilizando el apaciguamiento al ofrecer concesiones económicas y coloniales. No es de extrañar que Hitler no haya tomado en serio nunca las advertencias de sus adversarios. Mientras preparaba los planes para atacar Polonia, descartaba el peligro que representaban los líderes de Gran Bretaña y Francia. “Los vi en Munich”, dijo. “Son pequeños gusanos.”

El desenmascaramiento del autoengaño, la debilidad y el miedo que se encontraba detrás de la política de apaciguamiento creó una enorme presión política que obligó al gobierno a cambiar brusca y radicalmente; en su turbación y deseo de que no se los acusara de debilidad y deshonra, el gobierno de Chamberlain, en realidad, nunca renunció totalmente a las esperanzas de reconciliarse con Hitler. Incluso cuando Hitler invadió Polonia, el primer ministro británico se demoró en cumplir su compromiso hasta que la furia de sus colegas conservadores lo forzó a hacerlo. Finalmente, sin embargo, el ataque de Hitler a Polonia obligó a Gran Bretaña a entrar en una guerra para la cual todavía no estaba bien preparada, no tenía un plan estratégico realista y que, no debemos olvidarlo, estuvo a punto de perder.

### LAS CAUSAS DE LA GUERRA

La Segunda Guerra Mundial, al igual que la Segunda Guerra Púnica, fue el resultado del fracaso de los vencedores de aprovechar la oportunidad de construir una base sólida para la paz después que finalizó y, trabajar consistentemente, en la difícil tarea de preservar una paz que no estaba libre de defectos. Mucho más que la lucha entre los romanos y los cartagineses, se merece el título que le aplicó Churchill, "la guerra innecesaria". Las naciones victoriosas en la Primera Guerra Mundial le dieron fin utilizando un lenguaje de una generosidad idealista en la que realmente no creían, originando unas expectativas utópicas cuyo inevitable desplome provocó amargura y cinismo, dando lugar a quejas que se utilizaron como excusa para comportamientos irresponsables de diferentes tipos. Depositaron ambiguamente sus esperanzas de paz en organizaciones internacionales tales como la Sociedad de Naciones, aunque ninguna nación abandonó su soberanía y la Sociedad no contaba con Fuerzas Armadas. Cuando los Estados Unidos no ratificaron el tratado, se unieron a la Sociedad y se comprometieron con la seguridad de Francia, se socavó toda la base para lograr la preservación de la paz ante una Alemania grande, implacable y prácticamente intacta. La tarea de conservar la paz recayó en Francia y en Gran Bretaña y, dadas las debilidades de Francia, esto implicaba que recaería principalmente en Gran Bretaña.

Los líderes británicos en los años de intervalo entre las dos guerras estaban fuertemente impresionados por lo que consideraban eran las enseñanzas de la Primera Guerra Mundial. Para ellos, la Gran Guerra y la terrible destrucción que la acompañó fueron provocadas, no por la ambición alemana incitada por la vacilación británica, sino por la carrera armamentista, el sistema de alianzas y la disposición de Gran Bretaña de destinar un ejército terrestre de un tamaño significativo para una guerra en el continente. Los líderes británicos fueron



fácilmente persuadidos por los intelectuales liberales y radicales del momento, que rechazaban las ideas tradicionales de equilibrios de poder y fuerza militar como los mecanismos para conservar la paz. Eran los productos de la convicción que tenía la Ilustración en las ventajas no sólo del progreso tecnológico sino también del social y, fueran o no marxistas, le concedían mucho peso a la economía como el elemento más importante en las relaciones internacionales. También compartían la confianza de la Ilustración y de la ciencia social del siglo XIX de que los problemas de la sociedad humana eran completamente susceptibles de análisis racional y enmiendas. Pensaron que tenían una nueva visión, diferente y superior a todas las anteriores y, a menudo, estas opiniones se combinaban de una forma extraña con una religiosidad santurrona que creía que el pecado y la maldad podrían derrotarse con éxito con el ejemplo de la virtud unilateral, la confianza y la buena voluntad. No era para ellos la descripción más sombría de Tucídides de una naturaleza humana que se mantenía fundamentalmente igual a través de los años, o la de una raza humana que escapó del caos y del barbarismo al preservar, con dificultad, una capa delgada de civilización mediante la moderación y la prudencia basadas en un cuidadoso estudio de la experiencia.

La clase gobernante británica llegó a creer que los aliados occidentales habían sido, al menos, tan responsables como los alemanes de la guerra; que una mayor comprensión, más generosidad y paciencia eran mejores formas de evitarla que la disuasión militar. Fracasaron en reaccionar ante la amenaza creada por las ambiciones alemanas en el intervalo de las dos guerras como lo habían hecho antes de 1914. Pocos tomaron en serio a la Sociedad de Naciones. Sirvió principalmente como una forma de autoengaño o una excusa para la inacción. Cada vez que se puso a prueba demostró el vacío del concepto de "seguridad colectiva" cuando no se llevó a cabo por uno o más de los Estados responsables que tenían la voluntad y los medios para impedir la agresión.

En Gran Bretaña, el pacifismo, el aislacionismo y otras formas de ilusiones se expandieron y contribuyeron al estado de ánimo que favorecía el desarme y las concesiones. La idea de mantener la paz a través de la fuerza no estaba de moda. El principal daño a la seguridad internacional y a la perspectiva de paz se realizó en la década de 1920 cuando Gran Bretaña se desarmó con rapidez y abandonó las responsabilidades continentales negando y haciendo caso omiso deliberadamente de la amenaza que Alemania representaría, de forma inevitable. Fueron empujados por el deseo tradicional de permanecer apartados de los asuntos continentales y mantener "la mano libre", mediante su deseo de no gastar dinero en armamentos más bien que para incrementos en gastos sociales e impuestos más bajos, pero más que todo, por los horribles recuerdos de la última guerra y el miedo mortal a una nueva.

Los franceses, mucho menos influidos por las corrientes intelectuales, tan poderosas en Gran Bretaña y los Estados Unidos, estaban psicológicamente paralizados por el recuerdo de las matanzas de 1914-1918, cuando una excesiva confianza en la ofensiva había conducido al desastre. Los líderes militares y políticos franceses se encontraban dominados por esa sola analogía histórica. Construyeron la Línea Maginot y trataron de ocultarse detrás de ella, aunque estaba incompleta y proporcionaba una defensa inadecuada. Sus planes de guerra, como los habían concebido, no contemplaban tomar la ofensiva, incluso en contra de una fuerza tan enclenque como la que los alemanes ubicaron en la Renania en 1936.

Si los franceses y los británicos, en el intervalo entre las dos guerras, hubieran examinado su situación política y estratégica de forma objetiva y realista, hubieran visto que un elemento ofensivo era esencial para sus propios objetivos defensivos de mantener la paz y la seguridad de la nueva Europa. No debían tener sentimiento de culpa con relación a lo que le habían hecho a Alemania en la conferencia de paz. Si la paz era injusta debían transformar sus términos por voluntad propia, sin compulsión, ¿pero qué cambios complacerían a Alemania? Sólo aquellos que se hicieran a costa de las nuevas naciones de Europa Oriental, establecidas a partir del alto principio de la autodeterminación nacional y el más bajo de la seguridad de Francia contra una Alemania más poderosa y recuperada. Incluso un nacionalista alemán razonable como Stresemann buscó cambios inaceptables para los Estados sucesores. Hitler había repetido muchas veces en discursos y escritos que quería arrasar a las nuevas naciones. Los cambios que deseaban los alemanes no eran posibles sin abandonar ambos principios. Las democracias occidentales, por tanto, no tenían otra opción sino defender el *status quo* en contra de sólo unas revisiones menores a no ser que estuvieran preparados para abandonar todos los principios y toda la seguridad. Una vez que se enfrentaran a esa dura realidad, hubieran visto que la forma más fácil, más barata y más segura de lograr ese final era mantener a los alemanes realmente desarmados en un futuro previsible. Al fracasar en esto, tenían que mantener a la Renania desmilitarizada y estar listos para lanzar un ataque a través de ella si los alemanes agredían a los Estados orientales. A pesar de sus fallas, un proyecto así hubiera sido operacionalmente sencillo y nada costoso, hubiera protegido la seguridad de Gran Bretaña, Francia y la de los Estados sucesores, y hubiera evitado una guerra enorme.

Un programa de este tipo no se llevó a cabo porque los líderes occidentales, y muchos de sus pueblos, no examinaron su situación objetiva y de forma realista, sino que lo hicieron con emoción y esperanzas. Reaccionaron por el horror ante la guerra, el temor a su reaparición y la esperanza ciega de que una negativa a considerar la guerra y a prepararse para ella, combinada con una actitud de reconciliación y generosidad hacia el enemigo derrotado, sin tener en

cuenta el precio que tendrían que pagar sus víctimas potenciales, mantendría, de alguna forma, la paz.

Estas actitudes eran, al menos, comprensibles mientras que Alemania estaba prácticamente desarmada y dirigida por los gobiernos divididos, débiles y relativamente impopulares de la República de Weimar, pero el advenimiento de Adolf Hitler y de su régimen militarista nazi, fuertemente centralizado, abiertamente dedicado a una revisión de los tratados que habían dado fin a la guerra anterior y al equilibrio de poder que habían creado, no produjeron ningún cambio de rumbo. Chamberlain, el ejecutor de la política de apaciguamiento más decidido, poderoso y efectivo, no se permitió considerar la posibilidad de que las demandas de Hitler podrían ser inaceptables o incluso limitadas. Ni tampoco dejó que las consideraciones estratégicas afectaran su disposición de asumir acciones y demandas, tales como la anexión de Austria y del área Sudetes de Checoslovaquia por parte de Alemania, que amenazaba la seguridad de Polonia y del resto de la Europa Oriental y, por tanto, de Francia y Gran Bretaña. El rearme, además, sería terriblemente costoso; se interpondría en el camino de importantes programas sociales e incluso arriesgaría la solvencia de Gran Bretaña.

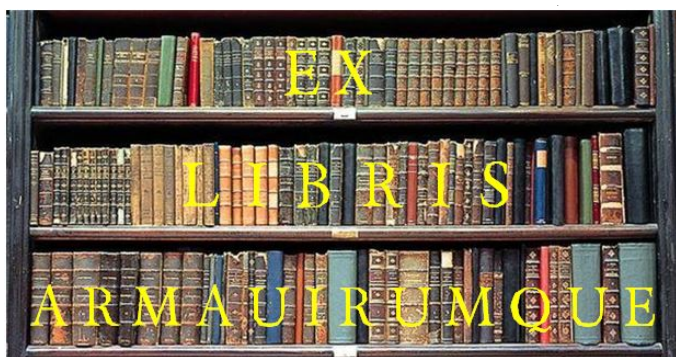
No se duda de que el costo del rearme colocó a la economía británica bajo una fuerte presión, ya debilitada por la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión. Los británicos parecían estar enfrentados al dilema de rearmarse lo más rápido y completamente posible y poner en peligro la economía o aceptar lo que parecían ser restricciones necesarias sin lograr la seguridad. De hecho, tanto la economía como la defensa nacional ya habían sido dañadas por la no disposición del gobierno de pagar por un armamentismo razonable en la década de 1920 y 1930. Como lo ha dicho un destacado académico: "con un incremento modesto en los gastos para la defensa, no sólo las Fuerzas Armadas hubieran tenido menos deficiencias cuando llegara la guerra, sino que se hubiera reducido el desempleo y se hubieran explotado recursos no utilizados".<sup>379</sup> Mantener las industrias de la defensa en funcionamiento a un nivel razonable, además, hubiera facilitado alcanzar un rearme más rápido, después, cuando surgió la amenaza nazi. Lo que ocurrió fue que la necesidad de una aceleración grande y súbita en el rearme fue una presión tremenda para una industria de armamentos que no estaba preparada para eso y para una débil economía.

Pero toda esta línea de razonamiento, que trata de justificar la política de Baldwin y Chamberlain debido a la necesidad de preservar la economía, examina sólo un aspecto del problema. La pregunta es, después de todo, ¿existía una amenaza real y grave para la seguridad de Gran Bretaña? Si esa amenaza era cierta, entonces el fracaso de enfrentar el desafío a cualquier precio podría significar que no habría ninguna economía independiente que preservar. Los costos económicos del rearme total, en otras palabras, tienen que medirse con-

tra los costos económicos así como contra otros de la alternativa. En ese momento, Gran Bretaña perdió el acceso al continente europeo, fue obligada a pelear en una guerra muy cara durante más de cinco años, sufrió grandes bajas militares, civiles y daños terribles en Londres y otras ciudades y, en unos pocos años, en casi todo su imperio. Sin embargo, si los británicos hubieran estado preparados material y psicológicamente para resistir a toda costa hasta 1936, todo esto se hubiera podido evitar. Si hubieran estado listos, incluso en 1938, los costos de la guerra hubieran sido mucho menores en todos los aspectos.

Cuando importantes segmentos de la opinión pública británica comenzaron a desplazarse en contra de Hitler, Chamberlain pudo utilizar esa misma debilidad militar que había ayudado a crear como una razón para eludir la confrontación y continuar buscando un arreglo. Había creado lo que resultó ser un círculo vicioso: comprometerse con el apaciguamiento impedía un rearme adecuado, y la flaqueza militar resultante respaldaba el punto para más apaciguamiento. En sus esfuerzos, recibió mucha ayuda de los jefes militares, no menos traumatizados que su primer ministro por los horrores de la guerra anterior. Fundamentalmente en sociedades democráticas, los líderes militares, aunque están influidos por los códigos y por las ideas de su profesión, no son inmunes a las mismas fuerzas, intelectuales y políticas, como el resto de la sociedad. Los "Casandras en galón de oro" británicos,<sup>380</sup> evaluaron consistentemente la situación estratégica de Gran Bretaña, utilizando los más oscuros análisis de los peores casos, al mismo tiempo que sobrestimaban exageradamente el poder económico, diplomático y militar del enemigo. Hasta 1939, su testimonio reiterado le facilitó a Chamberlain persuadir a sus colegas de que la acción militar era impensable y el apaciguamiento, el único camino.

Puede ser que nunca hubiera sido posible disuadir al fanático Hitler de ir a la guerra, pero se hubiera podido impedir que *Alemania* se lanzara en alguna aventura grave hasta la ocupación de la Renania. Si las democracias no se hubieran desarmado, tanto material como psicológicamente, y se hubieran mantenido responsables y alertas, su plan de conquista hubiera sido ridículo. Ni él ni ningún otro líder alemán hubieran podido representar un peligro, siempre que Francia y Gran Bretaña decidieran impedirlo. Lo que faltaba no eran los medios para preservar la paz sino la comprensión y la voluntad.



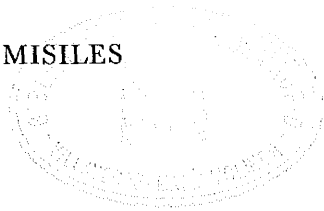
V  
LA CRISIS CUBANA DE LOS MISILES

**L**a noche del 22 de octubre de 1962, el presidente John F. Kennedy dirigió una alocución a los estadounidenses y al mundo anunciando que la Unión Soviética se hallaba en el proceso de construir “bases de misiles ofensivos” en la isla de Cuba, a ciento cincuenta kilómetros del continente americano, con el fin de obtener una “capacidad de ataque nuclear contra el hemisferio occidental”.<sup>1</sup> Al denunciar la naturaleza “súbita y clandestina” de la acción, la llamó un “cambio injustificado y deliberadamente provocativo en el *status quo* que no puede ser aceptado por este país” y anunció que se aplicaría una “cuarentena”, es decir, un bloqueo, a Cuba como el primer paso para lograr la evacuación de los misiles y de sus rampas de lanzamiento. Extendió su orden a las Fuerzas Armadas estadounidenses “de prepararse ante cualquier eventualidad” y anunció que cualquier misil lanzado desde Cuba contra alguna nación del hemisferio traería como consecuencia una “completa y contundente respuesta contra la Unión Soviética”. Conminó al dirigente de la Unión Soviética, Nikita S. Jruschov, a que “detuviera esta amenaza provocadora, clandestina e inquietante para la paz mundial”. La Crisis Cubana de los Misiles, como siempre se la ha conocido en Occidente,<sup>2</sup> se hizo de dominio público. Tal parecía que las dos superpotencias nucleares en el mundo se enfrascaban en un camino de confrontación y, por primera vez, muchos creyeron no sólo que una guerra mundial era posible sino que era también inminente.

LA GUERRA FRÍA

La crisis de los misiles fue un episodio de la Guerra Fría, aquella rivalidad entre la Unión Soviética y los Estados Unidos que se desarrollara en los años subsiguientes a su victoria, como aliados, sobre las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. La alianza entre la Unión Soviética, por un lado, y Gran Bretaña y los Estados Unidos, por el otro, era un estricto matrimonio por conveniencia. Los Estados occidentales eran democracias representativas con economías de libre empresa y la Unión Soviética, bajo Stalin, era una dictadura totalitaria con una economía socialista de control estatal. La ideología comunista tenía como objetivo la destrucción de aquellos sistemas “capitalistas burgueses”

V  
LA CRISIS CUBANA DE LOS MISILES



**L**a noche del 22 de octubre de 1962, el presidente John F. Kennedy dirigió una alocución a los estadounidenses y al mundo anunciando que la Unión Soviética se hallaba en el proceso de construir “bases de misiles ofensivos” en la isla de Cuba, a ciento cincuenta kilómetros del continente americano, con el fin de obtener una “capacidad de ataque nuclear contra el hemisferio occidental”.<sup>1</sup> Al denunciar la naturaleza “súbita y clandestina” de la acción, la llamó un “cambio injustificado y deliberadamente provocativo en el *status quo* que no puede ser aceptado por este país” y anunció que se aplicaría una “cuarentena”, es decir, un bloqueo, a Cuba como el primer paso para lograr la evacuación de los misiles y de sus rampas de lanzamiento. Extendió su orden a las Fuerzas Armadas estadounidenses “de prepararse ante cualquier eventualidad” y anunció que cualquier misil lanzado desde Cuba contra alguna nación del hemisferio traería como consecuencia una “completa y contundente respuesta contra la Unión Soviética”. Conminó al dirigente de la Unión Soviética, Nikita S. Jruschov, a que “detuviera esta amenaza provocadora, clandestina e inquietante para la paz mundial”. La Crisis Cubana de los Misiles, como siempre se la ha conocido en Occidente,<sup>2</sup> se hizo de dominio público. Tal parecía que las dos superpotencias nucleares en el mundo se enfrascaban en un camino de confrontación y, por primera vez, muchos creyeron no sólo que una guerra mundial era posible sino que era también inminente.

LA GUERRA FRÍA

La crisis de los misiles fue un episodio de la Guerra Fría, aquella rivalidad entre la Unión Soviética y los Estados Unidos que se desarrollara en los años subsiguientes a su victoria, como aliados, sobre las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. La alianza entre la Unión Soviética, por un lado, y Gran Bretaña y los Estados Unidos, por el otro, era un estricto matrimonio por conveniencia. Los Estados occidentales eran democracias representativas con economías de libre empresa y la Unión Soviética, bajo Stalin, era una dictadura totalitaria con una economía socialista de control estatal. La ideología comunista tenía como objetivo la destrucción de aquellos sistemas “capitalistas burgueses”

como los de sus aliados durante la guerra y los Estados occidentales habían mostrado su hostilidad a la revolución bolchevique de 1917 y al imperio comunista que se había derivado de ella. Únicamente sus enemigos mutuos los habían acercado e, incluso, esa unión se había logrado sólo con gran dificultad. A medida que la victoria se acercaba, las fisuras en la alianza se hacían más evidentes y la guerra finalizó con temas importantes aún sin resolver.

A diferencia de la Primera Guerra Mundial, la segunda terminó sin un amplio conjunto de tratados de paz formales. Los acuerdos se firmaron en 1947 con las potencias menores derrotadas. Los Estados Unidos concluyeron un tratado de paz con Japón en 1951 y la URSS otro, aparte, cinco años después; pero no se firmó un pacto con Alemania porque las potencias victoriosas no se pusieron de acuerdo. A la manera de Woodrow Wilson, a quien había servido como subsecretario de la Armada, el presidente de los Estados Unidos Franklin D. Roosevelt puso mucho énfasis en una nueva organización internacional, en esta oportunidad, la Organización de las Naciones Unidas: "A través de las Naciones Unidas él esperaba lograr un acuerdo de paz autorregulador que no requiriera tropas estadounidenses, así como un mundo abierto, sin esferas de influencia en el que pudieran trabajar libremente las empresas norteamericanas".<sup>3</sup>

Pero no pasó mucho tiempo antes de que surgieran diferencias de opinión y desconfianza mutua entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Algunos especialistas hacen responsable a la Unión Soviética de la creciente desavenencia entre ambos, explicando su origen por el imperialismo revolucionario de Stalin y de los dirigentes soviéticos que lo sucedieron. Otros culpan a los Estados Unidos de la Guerra Fría, ya sea por su insensibilidad ante las necesidades y sentimientos de la Unión Soviética, ya sea por cierto odio irracional hacia el comunismo o por el carácter inherentemente expansivo, hasta imperialista, que atribuyen al capitalismo. En parte, la nueva tensión entre los aliados surgía del sentimiento mutuo de que cada uno había violado acuerdos previos. Los soviéticos abiertamente reafirmaban su control permanente sobre Polonia y Rumania a través de gobiernos comunistas títeres. Los Estados Unidos, por su parte, adoptaban una línea más dura con relación al monto de las indemnizaciones alemanas a la Unión Soviética. Sin embargo, y reconsiderando la situación, hubiera sido muy improbable que estilos más amistosos, por parte de cualquiera de ellos, hubieran podido evitar una ruptura basada en diferencias básicas de ideología e intereses. La historia de la URSS es una historia de constante presión contra sus vecinos y, siempre que pudo, de expansión de su esfera de control sobre ellos. Después de la Segunda Guerra Mundial, el régimen comunista estaba ansioso por defenderse de las influencias occidentales en su país y de establecer barreras seguras con los Estados de Europa Oriental para nunca más tener que librar una guerra en la URSS. Otro objetivo sería obtener la hegemonía sobre los Balcanes. Cuando se añade la combativa y apocalíptica

ideología comunista a la tradición histórica de Rusia, el resultado no tiende a ser el de un acuerdo pacífico a no ser que las otras naciones estén dispuestas a entregar toda las tierras euroasiáticas al dominio soviético de una forma u otra.

Los estadounidenses tenían la esperanza de alcanzar un acuerdo amistoso con Stalin discutiendo las desavenencias que aún quedaban a través de la Organización de las Naciones Unidas, retirando y desmovilizando sus fuerzas y concentrando su atención en otras cosas. No pudieron hacerlo. La guerra había estallado tras la invasión a Polonia. Los Aliados apenas podían abandonar esa desventurada nación a Stalin sin protestar, pero una Polonia verdaderamente independiente hubiera sido una amenaza intolerable para la Unión Soviética. Las promesas que se hicieron durante la guerra sobre la independencia y la democracia polacas seguramente se romperían y esta ruptura se interpretaría como señal de la mala fe y la ambición inaceptable de los soviéticos. El conflicto era también inevitable, con relación a Alemania, por razones similares, y sobre Europa Occidental, donde los partidos comunistas, bajo la influencia y el control de Stalin, frustraron los esfuerzos para regresar a las condiciones normales. Ningún gobierno estadounidense iba a quedarse cruzado de brazos.

En 1945, las fuerzas militares estadounidenses eran las mayores en su historia. Su poderío industrial no tenía paralelo en el mundo y el arma atómica era un monopolio de los Estados Unidos, pero los estadounidenses no intentaron poner trabas al poder soviético donde ya existía. En menos de un año desde el fin de la guerra, las fuerzas estadounidenses en Europa se redujeron de 3,5 millones de efectivos a medio millón. La velocidad de la retirada respondía a las presiones de "llevar a los muchachos de vuelta a casa" pero también a los planes de los Estados Unidos y a los objetivos del tiempo de paz.

Estos objetivos eran los tradicionales: apoyar la autodeterminación, la autonomía y la democracia en el plano político, el libre comercio, la libertad de navegación, la expansión de la inversión y las "puertas abiertas" en la esfera económica. Estaban en consonancia con los principios y los intereses estadounidenses. Al ser la nación más poderosa, la más rica, la de mayor desarrollo industrial y con la moneda más fuerte, los Estados Unidos se beneficiarían mucho si se establecía un orden internacional así.

Desde el punto de vista de los soviéticos, la extensión de sus fronteras y el control de los Estados anteriormente independientes en Europa Oriental constituían una necesidad para la seguridad de la URSS. Se consideraban como compensaciones adecuadas por las enormes pérdidas que habían sufrido durante la guerra. La resistencia estadounidense al nuevo estado de cosas podría entenderse como una amenaza a la seguridad soviética y a sus metas legítimas. Las objeciones estadounidenses con relación a Polonia y a otros Estados podrían verse como intentos de subvertir regímenes que mantenían buenas relaciones con Rusia y de cercar a la Unión Soviética con vecinos hostiles. Tal comportamiento podría constituir



una justificación para los intentos de Rusia de derrocar regímenes que fueran amistosos con los Estados Unidos en Europa Occidental y en otros lugares.

La expansión, en Francia y en Italia, de grandes partidos comunistas que, evidentemente, recibían órdenes de Moscú, llevó a los estadounidenses a creer que Stalin estaba detrás de una conspiración, a nivel mundial, para destruir el capitalismo y la democracia a través de la subversión. Incluso hoy, con la ausencia de pruebas confiables sobre las intenciones de Stalin, no existe la certeza de ello, pero la mayor parte de las personas en Occidente consideró posibles esas sospechas. La rivalidad entre la Unión Soviética y los Estados Unidos dominó el panorama de las relaciones internacionales durante casi medio siglo. En el imperfecto mundo de la realidad es difícil apreciar cómo hubieran podido variar las cosas. El punto importante era si el conflicto tomaría una vía diplomática o militar.

Pronto surgió una nueva prueba de hostilidad entre los antiguos aliados. En febrero de 1946, Stalin y su canciller, Vyacheslav Molotov, pronunciaron discursos en los que se refirieron a las democracias occidentales como enemigos. Un mes después, Churchill pronunció un discurso en Fulton, Missouri, en el que describió con alarma las acciones emprendidas por Rusia en Europa Oriental. Dijo que una Cortina de Hierro\* había descendido sobre Europa, dividiendo un Occidente libre y democrático de un Oriente bajo una dictadura totalitaria. Denunció la subversión comunista y urgó a crear la unidad y fuerza occidentales como respuesta a la nueva amenaza.

Franklin Roosevelt creía que el aislacionismo estadounidense con relación a los asuntos mundiales después de la Primera Guerra Mundial y su no participación en la seguridad colectiva a través de la Sociedad de Naciones habían contribuido al advenimiento de la Segunda. La creación de la Organización de las Naciones Unidas, por lo tanto, era una de sus metas principales hacia el final de la guerra. Roosevelt esperaba que las Naciones Unidas pudiera ser una organización que facilitara la intervención militar internacional en contra de las agresiones y que funcionara como una sede para la negociación y la consulta. El compromiso de los Estados Unidos con una organización internacional de ese tipo indicaba que el país aceptaría las responsabilidades como potencia mundial, en esta ocasión, y que no rehuiría esa responsabilidad. Para subrayar este compromiso, la sede de la nueva organización estaría en los propios Estados Unidos.

A finales de la década de los cuarenta, las esperanzas de que las Naciones Unidas resolverían los principales conflictos mundiales se habían desvanecido. Como la Sociedad de Naciones, la organización era (y es) dependiente de las contribuciones voluntarias en dinero y tropas. La Carta de las Naciones Unidas, además, prohíbe la injerencia en los asuntos internos de las naciones y muchos de los problemas de fines de la década de los cuarenta eran de esta naturaleza. En las

\* En España se lo llama Telón de Acero. [N. del E.]

Naciones Unidas los rivales eran miembros del Consejo de Seguridad, donde los estadounidenses contaban con una mayoría. Durante los últimos años de la década de los cuarenta y en los años cincuenta, por lo tanto, la Unión Soviética utilizó, en repetidas ocasiones, su derecho al veto en el Consejo de Seguridad y frustró así la capacidad de los Estados Unidos para solucionar problemas existentes.

Otro importante elemento nuevo en el mundo de las relaciones internacionales fue el surgimiento de la energía atómica. Los estadounidenses culminaron la parte asiática de la guerra al hacer explotar bombas atómicas sobre Japón. La nueva arma y su sucesora aún más poderosa, la bomba termonuclear o de hidrógeno, parecían haber cambiado la naturaleza de la guerra al amenazar a sus víctimas con un rápido exterminio, por lo que de inmediato surgió la cuestión de cómo tales armas encajarían en el orden internacional. En 1945, los Estados Unidos tenían el monopolio sobre las armas nucleares y sus secretos pero era sólo una cuestión de tiempo hasta que otros tuvieran acceso a ellos. A medida que se desarrollaba la Guerra Fría algunos propusieron, entre ellos el filósofo Bertrand Russell, que la bomba debía ser utilizada para obligar a la Unión Soviética a una mayor cooperación y a un mejor comportamiento.<sup>4</sup> Por su parte, los estadounidenses sugirieron un plan para colocar la fabricación y el control de las armas atómicas bajo supervisión internacional. Los rusos rechazaron los requisitos propuestos de inspección en el lugar y los límites sobre el poder al veto en las Naciones Unidas. El plan fracasó. Los Estados Unidos continuaron desarrollando en secreto sus propias armas atómicas y los rusos hicieron igual. En 1949, con la ayuda de la información obtenida a través de espías soviéticos en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, la Unión Soviética detonó su propia bomba atómica y comenzó la carrera de las armas nucleares.

En los años que siguieron a la guerra “había una auténtica confusión en Washington sobre las intenciones soviéticas y los métodos apropiados para enfrentarlas”.<sup>5</sup> Pero la resistencia occidental a lo que consideraban, cada vez más, la intransigencia soviética y los planes comunistas para la subversión y la expansión se delineó claramente en 1947. Desde 1944 se estaba desarrollando una guerra civil en Grecia entre el gobierno monárquico, restaurado por los británicos, y los insurgentes respaldados por los países comunistas, principalmente por Yugoslavia. En 1947, Gran Bretaña informó a los Estados Unidos que no podía continuar financiando el apoyo a los griegos. El 12 de marzo el presidente Truman solicitó al Congreso que aprobara leyes con el fin de respaldar a Grecia y también a Turquía, entonces bajo presión soviética, para que entregara el control de los Dardanelos. El Congreso aprobó fondos para ayudar a Grecia y a Turquía pero la Doctrina Truman, enunciada en un discurso el 12 de marzo, tenía una significación más profunda. El presidente defendía una política de apoyo “a los pueblos libres que se resistan a los intentos de minorías armadas que quieran sojuzgarlos o a presiones exteriores”, que implicaba cualquier lugar en el mundo.

La ayuda estadounidense a Grecia y a Turquía se concretó con equipos y consejeros militares pero la amenaza en Europa Occidental provenía del fortalecimiento de los partidos comunistas, estimulados por la pobreza y el hambre de la posguerra. Para enfrentarla, los estadounidenses idearon el Programa de Recuperación Europeo, llamado Plan Marshall en honor de su introductor George C. Marshall, secretario de Estado. Consistía en una amplia asistencia económica a los Estados europeos siempre que trabajaran unidos para su beneficio mutuo. La invitación incluía a la Unión Soviética y a sus satélites. Finlandia y Checoslovaquia deseaban participar, y Polonia y Hungría mostraron interés. Los soviéticos, temiendo que el auxilio económico de los Estados Unidos atrajera a muchos satélites fuera de sus órbitas, les prohibió participar.

El Plan Marshall tuvo gran éxito al restaurar la prosperidad en Europa Occidental y sentar las bases para el crecimiento económico, sin precedentes, de la posguerra. También provocó el declive de la fuerza comunista en Occidente y el establecimiento de regímenes democráticos sólidos. Desde el punto de vista occidental, esta política de "contención" fue una respuesta nueva y exitosa al desafío soviético y comunista. Stalin posiblemente pensó que éste era otro viejo intento occidental para aislar y cercar a la URSS. Su respuesta fue poner punto final a todos los gobiernos multipartidistas detrás de la Cortina de Hierro y sustituirlos con regímenes comunistas ortodoxos, completamente bajo su control. También convocó a una reunión de todos los partidos comunistas del mundo en Varsovia, en el otoño de 1947. Allí se organizó el Buró de Información Comunista (Cominform) con el fin de divulgar el comunismo revolucionario por todo el orbe. Oficialmente había terminado la era del frente popular. Los dirigentes comunistas que en Occidente habían favorecido un programa de amistad, colaboración y reforma fueron sustituidos por hombres de línea dura, quienes trataron de sabotear las nuevas estructuras.

En febrero de 1948, una muestra más dramática y brutal de la nueva política de Stalin se evidenció en Praga. Los comunistas expulsaron a los miembros democráticos de lo que había sido un gobierno de coalición y asesinaron a Jan Masaryk, canciller e hijo del fundador de Checoslovaquia, Thomas Masaryk. Edvard Beneš también fue obligado a renunciar y Checoslovaquia cayó completamente bajo el dominio soviético.

Estas acciones soviéticas, especialmente las de Checoslovaquia, aumentaron la determinación de los Estados Unidos para continuar con sus propios planes en Alemania. Los aliados del tiempo de la guerra nunca se habían puesto de acuerdo sobre los detalles para un pacto alemán y seguían posponiendo las decisiones. Al principio, todos estaban de acuerdo en desmembrar Alemania pero no en cómo hacerlo. Ya en Yalta, Churchill había comenzado a temer el control de Rusia sobre Europa Oriental y Central y empezó a oponerse al desmembramiento.

También había diferencias en la política económica. Los rusos comenzaron rápidamente a dismantlar la industria alemana en la zona oriental para mejorar su propia economía, pero los estadounidenses reaccionaron de otra manera. Llegaron a la conclusión de que una política semejante obligaría a los Estados Unidos a apoyar a Alemania en un futuro previsible; también causaría un caos político y abriría el camino al comunismo. Por lo que decidieron tratar de lograr la autosuficiencia de Alemania restaurando, y no destruyendo, su capacidad industrial. Para los soviéticos, la renovación de una Alemania industrial poderosa, así fuera sólo en las zonas occidentales, era fuente de temor y algo inaceptable. La misma diferencia de enfoque obstaculizaba el acuerdo sobre las indemnizaciones. Los soviéticos proclamaban un derecho sobre los equipos industriales en todas las zonas y los estadounidenses rechazaban esta exigencia.

Las desavenencias, con relación a Alemania, motivaron las más enconadas discusiones de la posguerra. Cuando las potencias occidentales decidieron continuar con una Constitución separada para los sectores occidentales en Alemania, en febrero de 1948, los soviéticos abandonaron la Comisión Conjunta de los Aliados para el Control. En el verano de ese año, las potencias occidentales acuñaron una nueva moneda en su zona. Berlín, a pesar de encontrarse enclavada dentro de la parte soviética, era gobernada por las cuatro potencias. Los soviéticos le temían a esta nueva moneda que circulaba por Berlín con un valor mayor que la de ellos. Decidieron sellar la ciudad cerrando todos los caminos y las vías ferroviarias en dirección a Alemania Occidental. El propósito era expulsar a las potencias occidentales de Berlín. A muchos les pareció que había amenaza de guerra, pero los aliados occidentales reaccionaron al bloqueo de Berlín con un puente aéreo de abastecimientos para la ciudad que duró casi un año. En mayo de 1949, los rusos se vieron obligados a retroceder y a abrir los accesos a Berlín.

El bloqueo de Berlín, sin embargo, aumentó extraordinariamente las tensiones y las sospechas entre los adversarios y apresuró la división de Alemania en dos Estados. Alemania Occidental se convirtió, formalmente, en República Federal Alemana en septiembre de 1949 y la región oriental pasó a ser, un mes más tarde, la República Democrática Alemana. Alemania, irónicamente, había sido desmembrada en una forma que nadie había esperado o planeado.

Mientras tanto, las naciones de Europa Occidental se habían acercado mucho más. El Plan Marshall estimulaba la colaboración internacional. Como consecuencia de ello, en marzo de 1948, Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo, Francia y Gran Bretaña firmaron el Tratado de Bruselas que aseguraba la cooperación en asuntos económicos y militares. En abril de 1949, estas naciones se unieron a Italia, Dinamarca, Noruega, Portugal e Islandia para firmar un acuerdo con Canadá y los Estados Unidos que constituyó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). La OTAN establecía que sus miembros debían ayudarse mutuamente

en caso de que uno de ellos fuera atacado. Por primera vez en la historia, los Estados Unidos se comprometían a defender a sus aliados fuera del hemisferio occidental. El tratado de la OTAN convertía a Occidente en un bloque. Pocos años después, Alemania Occidental, Grecia y Turquía se sumaron a la alianza.

Las relaciones soviéticas con los Estados de Europa Oriental se regían por una serie de convenios bilaterales que aseguraban vínculos estrechos y apoyo recíproco en caso de ataque. En 1949, se formó el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) para integrar la economía de estos países. A diferencia de los Estados de la OTAN, el sistema de alianza oriental se encontraba bajo el control directo de los soviéticos a través de los partidos comunistas locales, manejados desde Moscú y bajo la intimidación que representaba la presencia del Ejército Rojo. El Pacto de Varsovia, de mayo de 1955, que incluía a Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Hungría, Polonia, Rumania y la Unión Soviética sólo otorgó un reconocimiento formal a un sistema que ya existía. Europa se dividía en dos bloques nada amistosos entre sí. La Guerra Fría había sentado sus reales en Europa.

La nueva situación, en aspectos fundamentales, se asemejaba a la estructura de las relaciones internacionales en el mundo helénico después de la Guerra del Peloponeso: una similitud sobre la que se llamó mucho la atención durante la Guerra Fría. El mundo era "bipolar", dividido en bloques discretos que dirigían potencias de muy diverso signo, rivales por obtener la posición de liderazgo, temerosas y recelosas una de la otra. Era común en Occidente identificar a la sociedad democrática, individualista, abierta de Atenas con su similar en los Estados Unidos y a la sociedad estatista, comunal, cerrada de Esparta con Rusia; pero, como hemos visto, aunque es razonable la analogía con el carácter interno de las sociedades, ésta se rompe cuando se aplica a los asuntos externos. En la antigua Grecia, Esparta dirigía una coalición de Estados, muchos de los cuales eran bastante independientes, que se parecía más a la OTAN que al Pacto de Varsovia y su política era esencialmente estática, ideada para mantener aquel *status quo* que conservaba su primacía y seguridad. Lo que los espartanos consideraban una amenaza era la expansión y el poderío de la Atenas democrática, dinámica y traviesa. La Liga de Delos, que en realidad se convirtió en un imperio ateniense, era la que se parecía más, fielmente, al Pacto de Varsovia, pacto que disfrazaba a duras penas un imperio soviético. En el siglo XX, fue la Unión Soviética, como la Atenas de las guerras persas, la que utilizó su victoria para expandir su poder y sus territorios y así alarmar y retar a los Estados Unidos, un Estado —como Esparta— satisfecho, por lo general, con el *status quo* y ansioso de conservar sus ventajas.

A finales de la década de los cincuenta, la política estadounidense de "contención" de la Unión Soviética iba a la par de un desarme rápido y de la reducción en los gastos militares. El número de las Fuerzas Armadas de los Estados

Unidos disminuyó de más de doce millones a sólo 660.000 efectivos en 1949. En 1945, el último año de la guerra, los gastos estadounidenses para la defensa alcanzaron el 85,7% del presupuesto anual y el 38,5% del producto interno bruto. En 1950, esas cifras habían descendido a 30,4% y a 4,6% respectivamente.<sup>6</sup> La estrategia de contención original tenía como objetivo reforzar los puntos clave en el mundo, principalmente a través de la ayuda económica, para así restaurar la confianza necesaria para enfrentar las presiones que ejercía la Unión Soviética y el comunismo internacional. El monopolio occidental de las armas atómicas era otra razón para permitir el declive, tan rápido y precipitado, de las fuerzas convencionales.

Los sucesos de 1949 socavaron este intento mínimo de contención. Las fuerzas comunistas de Mao Tse-tung obtuvieron el control de China y se aliaron con la Unión Soviética representando, al parecer, una amenaza creciente y enorme para el resto del mundo. Otra sorpresa desagradable fue cuando los soviéticos anunciaron, en septiembre de ese año, que habían detonado una bomba atómica. De pronto, las increíblemente inferiores fuerzas convencionales de Occidente eran muy poco apropiadas para confrontar las gigantescas poblaciones bajo control comunista que disponían de ejércitos inmensos y que contaban con las más poderosas armas de destrucción. El presidente Truman, para enfrentar el nuevo reto, asignó —a principios de los años cincuenta— un comité de oficiales estadounidenses bajo el mando de Paul H. Nitze para que evaluara la situación y recomendara un plan de acción. El resultado fue el NSC-68, un informe que definió la política estadounidense en la próxima fase de la Guerra Fría.

Al reconocer que la confianza necesaria para enfrentar esta nueva gran amenaza implicaba un elemento militar así como uno económico, el informe recomendaba una amplia expansión de las fuerzas militares estadounidenses para ayudar a defender una extensión territorial determinada. Un siglo de historia había dado forma a un enfoque muy diferente del que había predominado en Occidente después de la Primera Guerra Mundial. Se establecía la necesidad de que los Estados Unidos, como la nación más poderosa del mundo, asumiera la responsabilidad de dirigir la defensa de las naciones amenazadas por el poderío soviético y de mantener la paz mediante la firmeza. Veía favorablemente un sistema basado en un equilibrio que le había sido útil a Europa antes de la guerra, cuando “era imposible para cualquier nación obtener una fuerza preponderante que una coalición de otras naciones no pudiera enfrentar eventualmente con una fuerza mayor”.<sup>7</sup> Los autores del informe estaban también muy influidos por los acontecimientos que llevaron al desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. La capacidad de Hitler para intimidar a sus adversarios, incluso sin utilizar el ejército, sino con amenazas, simplemente mostrando el poderío militar, fabricando la idea de un poder creciente y en expansión mientras que sus oponentes se mantenían inactivos, temerosos, decadentes y en fran-

ca decadencia, había —evidentemente— causado una profunda impresión. Su informe establecía que los soviéticos querían “mostrar al mundo libre que la fuerza y la voluntad para utilizarla estaban de parte del Kremlin [y] que aquellos que no las poseían eran decadentes y estaban condenados al fracaso”.<sup>8</sup> La seguridad occidental requería una resistencia enérgica. El objetivo de la política era detener al poder comunista donde quiera que estuviera en el mundo, frenar las aventuras y las agresiones y, consecuentemente, lograr arreglos diplomáticos pacíficos y relaciones normales. En palabras de este informe: hay que “desarrollar la fuerza moral y material del mundo libre [para] que el régimen soviético se convenza de la falsedad de sus concepciones y se puedan crear las condiciones previas para lograr acuerdos factibles”,<sup>9</sup> y esto es, en esencia, lo que ha sucedido en los últimos años. Todas estas metas a largo plazo requerían la inmediata constitución de efectivos militares poderosos y su mantenimiento para un futuro previsible.

Sin embargo, no es seguro que el Congreso de los Estados Unidos hubiera estado dispuesto a aprobar el enorme gasto de un programa de esta magnitud si los norcoreanos no hubieran lanzado un ataque en el sur de Corea en junio de 1950. Al parecer, los estadounidenses no tenían pensado inmiscuirse en acciones en el continente de Asia Oriental. Habían visto, con tristeza, la victoria de los comunistas chinos, pero no habían hecho nada al respecto y el secretario de Estado, Dean Acheson, había omitido a Corea cuando describió el perímetro que los Estados Unidos estaba preparado para defender. La invasión a Corea, sin embargo, aprobada evidentemente —o quizás instigada— por Stalin, tocó una cuerda sensible. Fue una agresión, no provocada, que “a nada se parecía más que a la invasión japonesa a Manchuria en 1931”,<sup>10</sup> el primer paso en el desplome de la seguridad colectiva y la protección del sistema europeo. Desafiaba la autoridad de las Naciones Unidas y parecía ser un ejemplo del tipo de presión, las “tácticas salami” sobre las que advertía el NSC-68, y Truman obtuvo el apoyo de las Naciones Unidas para emprender una “acción policial” que enfrentara a la agresión norcoreana.<sup>11</sup> Como consecuencia de la guerra de Corea, el gasto para la Defensa de los Estados Unidos se triplicó en tres años y llegó a duplicarlo desde 1950 hasta 1962. La detonación de una bomba de hidrógeno rusa en 1953, su continuada alianza con China y su desacuerdo persistente sobre el futuro de Alemania parecían justificar la nueva política estadounidense.

### JRUSCHOV LLEGA AL PODER

La muerte de Stalin, en 1953 trajo esperanzas de una nueva relación que se fortalecieron a partir del Vigésimo Congreso del Partido Comunista celebrado en 1956. Hubo “deshielo” en la vida intelectual soviética, se hablaba de la

“coexistencia pacífica” en vez del conflicto inevitable entre los mundos capitalista y comunista, se realizó una conferencia cumbre en Ginebra en 1955 y, en el Vigésimo Congreso, Nikita Jruschov, nuevo dirigente soviético, pronunció un discurso en el que reveló y denunció los horrores de Stalin y su sistema de represión brutal. Nada de eso, sin embargo, puso fin a la Guerra Fría, sólo cambió su naturaleza en varias formas. El conflicto se extendió por todo el mundo, en niveles sin precedentes, a medida que las fuerzas insurgentes se aprovecharon de la rivalidad entre las grandes potencias para sus propios fines. Las rebeliones contra las potencias coloniales europeas o contra los regímenes conservadores locales obtuvieron apoyo de la Unión Soviética y de la China comunista, mientras que sus adversarios buscaban ayuda de los Estados Unidos y sus aliados. Las guerras civiles estallaron en Asia, Oriente Medio y América Latina y sus desarrollos daban fe de la vigencia del análisis de Tucídides:

Más tarde [luego del estallido de la guerra civil en Corcira, en 427 a. C.] uno podría decir que todo el mundo helénico estaba revuelto; había luchas por doquier, alentadas por los jefes populares para atraer a los atenienses y por los oligarcas para inmiscuir a los lacedemonios. En tiempos de paz no hubiera habido ni el pretexto ni el deseo de extender esa invitación, pero en tiempos de guerra, con una alianza al alcance de alguna de las facciones para lastimar a sus adversarios y para lograr para sí ventajas consecuentes, las oportunidades para involucrar a los extranjeros nunca les faltaron a los partidos revolucionarios.<sup>12</sup>

En este sentido, la Guerra Fría era más guerra que paz a medida que la competencia por el poder y la influencia se extendía al “Tercer Mundo”. La competencia en todo el orbe por lugares y aliados estratégicos adquirió gran significación, no sólo por su importancia intrínseca sino como hitos en la Guerra Fría. La alianza de algún Estado del Tercer Mundo con una de las partes se podía considerar como un añadido a su poder en un sentido práctico y también, psicológicamente, como prueba de sus posibilidades de victoria. Cada lado consideraba una ganancia de su rival como una pérdida para sí, un menoscabo para su prestigio y honor y, por lo tanto, una debilidad de su poder.

La competencia también se intensificó en el área del armamento. En 1955, la Unión Soviética detonó una bomba de hidrógeno, desde un avión, antes de que los Estados Unidos fueran capaces de tal acto. En 1957, los soviéticos pusieron en órbita el Sputnik, primer satélite artificial de la Tierra, impulsado por cohetes, cuya potencia no había sido lograda por los estadounidenses. Ahora, para los soviéticos, era técnicamente posible colocar una cabeza nuclear en un misil, impulsado por cohetes, lo suficientemente poderoso para alcanzar a los Estados Unidos y contra el cual no existía defensa posible. Esto fue



el resultado de una revolución doctrinal y estratégica de gran envergadura en la Unión Soviética, que comenzó en 1953 y que otorgaba primacía a las armas nucleares en misiles lanzados por cohetes. Produjo lo que los escritores militares soviéticos llamaron “una revolución en el campo militar” que primó en el pensamiento de Jruschov y en las instituciones militares soviéticas. El mismo término había sido utilizado por Friedrich Engels para describir la invención de la pólvora que “provocó una revolución total en los asuntos castrenses e inauguró una nueva era en el desarrollo del arte militar y en la organización de las fuerzas armadas”.<sup>13</sup> La innovación también se consideró revolucionaria. Según *Military Strategy*, la doctrina militar soviética era definitiva: “el misil de cabeza nuclear... es ahora el factor decisivo. La cantidad y la calidad de las divisiones ya no importan”.<sup>14</sup> Las Fuerzas Armadas Soviéticas aumentaron con un quinto cuerpo, las Fuerzas Estratégicas de Cohetes, que rápidamente reemplazó a las de tierra como fuerza principal y se convirtió en el foco central del pensamiento y del esfuerzo castrenses.

En enero de 1960, Jruschov explicó la nueva doctrina militar en un discurso en el Soviet Supremo. Una confrontación futura no comenzaría con una invasión a las fronteras, como en el pasado, sino con un golpe profundo en el interior: “ni una sola capital, ni un gran centro industrial o administrativo, ni una zona estratégica, quedarán en pie en los primeros minutos y, por supuesto, en los primeros días del conflicto. Un ataque sorpresivo es posible, pero por sí mismo no puede ganar una guerra. Los cohetes se reproducirán en forma tal que, aquellos que sobrevivan el ataque inicial, podrán responder al agresor eficazmente”.<sup>15</sup> Subrayó que la Unión Soviética estaba preparada para una confrontación nuclear, para recuperarse de las grandes bajas inevitables y ganar. Occidente, por otro lado, no podría sobrevivir: para ellos una guerra nuclear significaría el fin del capitalismo. No era sólo un alarde sino el comienzo de una nueva era militar. En el mismo discurso anunció un plan para reducir las tropas soviéticas en 1,2 millones de efectivos y, en 1961, el ministro de Defensa Rodián Malinovsky dijo en el Vigésimo Segundo Congreso del Partido que el discurso de Jruschov era ahora la base para la doctrina militar soviética. Malinovsky manifestó que, como los misiles nucleares eran ahora esenciales para la doctrina soviética, todos los otros cuerpos debían prepararse para la guerra nuclear.

Empero, a finales de la década de los años cincuenta, los rusos no tenían un sistema de dirección que convirtiera a los misiles en armas eficaces ni podían incurrir en el gasto extraordinario de producir y desplegar suficientes misiles nucleares para un primer golpe seguro y efectivo ante la vasta superioridad estadounidense en bombarderos de largo alcance equipados con bombas atómicas. Sólo en 1962 los rusos pudieron desplegar algunos pocos ICBM operacionales. Antes de que hubiera aviones o satélites de reconocimiento de alto nivel para

fotografiar todo el territorio de la Unión Soviética y descubrir las fuerzas de las que, en realidad, ésta disponía, Jruschov emprendió una política agresiva de alardes, hablando y actuando como si los soviéticos tuvieran el dominio militar y nuclear. Incluso antes de Sputnik, amenazó a Gran Bretaña y a Francia con atacarlos con misiles nucleares durante la Crisis de Suez en noviembre de 1956<sup>6</sup> y aplastó la revolución húngara sin temor a una respuesta occidental. Después, Jruschov y otros voceros soviéticos, a menudo, amenazaban atrevidamente con utilizar misiles nucleares para apoyar sus objetivos. Esta política de “engaño estratégico”<sup>17</sup> fue muy eficaz para sembrar la alarma en Occidente. Había una convicción, cada vez más generalizada, de la existencia de un “vacío misilístico” que se consideraba favorable a los soviéticos y se estimaba que había eliminado ya la ventaja militar estadounidense. El gobierno de Eisenhower había basado su estrategia en una amenaza de “respuesta masiva” con bombas atómicas y luego de hidrógeno ante cualquier agresión soviética, logrando que las fuerzas convencionales estadounidenses quedaran retrasadas. Ahora esa estrategia se veía derrotada por el salto en la tecnología de los misiles soviéticos, lo que socavaba la credibilidad en el poder de disuasión de los estadounidenses y permitía que los soviéticos emprendieran una acción más fuerte.

El objetivo más importante de la nueva estrategia de Jruschov era Alemania y, especialmente, Berlín. Los acuerdos de Potsdam de julio de 1945 aseguraban una división de facto, supuestamente temporal, de Alemania, en una parte oriental, gobernada por la Unión Soviética, y una parte occidental, supervisada por Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, y Berlín se dividió en la misma forma. Esto llegó a ser molesto y embarazoso para los soviéticos y sus títeres comunistas, que gobernaban Alemania Oriental, ya que la libertad y la recuperación económica de Alemania Occidental y Berlín Occidental mostraban un crudo contraste con lo sombrío y lo brutal de las zonas orientales. La consolidación de la división de Alemania y el creciente milagro económico en Alemania Occidental hicieron que los soviéticos ansiaran aún más expulsar a las potencias occidentales de Berlín.

A estas dos preocupaciones permanentes se añadieron otras dos en 1958. La alianza soviética con China se fracturaba al darse cuenta cada uno de ellos de que el otro estaba tratando de utilizarlo para sus propios fines. Puede ser que Jruschov quisiera mostrar su fortaleza y su determinación saliéndose con la suya en Berlín y así responder a las críticas chinas sobre su supuesta debilidad. También puede ser que quisiera actuar mientras pudiera convencer a las potencias occidentales de que los dos grandes Estados comunistas seguían unidos.<sup>18</sup> Una nueva forma de presionar era el armamento táctico nuclear de alcance intermedio que los Estados Unidos habían introducido recientemente en las fuerzas de la OTAN en Alemania Occidental como respuesta al “vacío misilístico” que percibía. Jruschov temía que el control de estas armas podría traspasar

sarse a los alemanes occidentales, algo que estaba empeñado en evitar. “Al atacar a Berlín,” se ha sugerido, “los rusos podrían exigir que se efectuara la firma de un tratado de paz alemán que imposibilitaría que Alemania Occidental poseyera o produjera armas atómicas”.<sup>19</sup>

Por lo que en noviembre de 1958, Jruschov trató de utilizar su aparente ventaja con relación a los misiles nucleares para forzar una solución. A diferencia de las exigencias y amenazas anteriores, ésta se dio como un ultimátum, prometiendo entregar el control de las rutas a Berlín, incluyendo las aéreas, a las autoridades de Alemania Oriental —quienes, de seguro, las cerrarían para las potencias occidentales— si no se concluía un acuerdo satisfactorio en el término de seis meses. Para subrayar este aspecto, el canciller soviético, Andrei Gromyko, amenazó con los misiles soviéticos, advirtiendo que, en caso de estallido de una confrontación relacionada con Berlín, la “tecnología militar moderna” garantizaría que los horrores de la guerra “inevitablemente se extendieran al continente de Norteamérica”.<sup>20</sup>

El alarde no fue efectivo con los funcionarios que quedaban de la administración de Eisenhower. El general, presidente de los Estados Unidos, confiaba en la superioridad nuclear estadounidense y contaba con su poder de disuasión. Recordando la crisis de Berlín de 1958-1959, Eisenhower decía: “Si fuera necesario recurrir a las armas, nuestras tropas en Berlín serían rápidamente superadas y el conflicto se convertiría, inevitablemente, en una guerra mundial. Para este tipo de confrontación nuestras fuerzas nucleares son más que adecuadas”.<sup>21</sup> La naturaleza del alarde de Jruschov pronto se hizo más obvia. Ya para entonces los estadounidenses habían hecho progresos sustanciales y visibles en la potencia y la calidad de sus propios cohetes y misiles. Los resultados de los vuelos espías de reconocimiento sobre la Unión Soviética realizados por los nuevos aviones U-2 revelaban cuán limitado era el despliegue de los misiles soviéticos. Los especialistas dentro del gobierno estadounidense, por lo menos, sabían que no había un “vacío misilístico” a favor de los soviéticos que pudiera ser explotado.

Aún antes de estos acontecimientos los estrategas militares soviéticos se preocupaban por el peligro que representaría un primer golpe nuclear por parte de los Estados Unidos y buscaban la forma de evitarlo o enfrentarlo. El creciente desequilibrio nuclear *a favor* de los Estados Unidos, sin embargo, elevó este temor a los más altos niveles de la conciencia soviética. En un discurso, en 1961, Malinovsky declaraba: “Debe esperarse que el método más probable que utilicen los imperialistas para desatar una guerra contra la Unión Soviética, si se arriesgan a dar este paso, será el de un ataque sorpresivo con amplia utilización de armas nucleares. En estas condiciones, la tarea principal de las Fuerzas Armadas [Soviéticas] será la de repeler la agresión y, de inmediato, contraatacar aplastantemente al enemigo”.<sup>22</sup> Cualquier conflicto, no importa si es

pequeño o local, si incluye a las potencias nucleares, puede convertirse en una guerra mundial nuclear. Era esencial, por tanto, prepararse para el peligro crítico del primer golpe.

La teoría soviética consideraba la mayoría de las guerras como consecuencias del imperialismo capitalista y, por lo tanto, injustas. A principios de 1961, poco antes de la asunción de Kennedy a la presidencia, Jruschov habló sobre los tipos de enfrentamientos que podían desatarse. La guerra mundial y la guerra local eran, por su naturaleza, imperialistas y, por ende, injustas. Pero habló de un tercer tipo: las de liberación nacional. Éstas, como las que ocurrieron en Argelia y Vietnam, eran “guerras de liberación, populares, por la independencia... sagradas. Hemos ayudado y continuaremos ayudando al pueblo que lucha por su libertad”.<sup>23</sup> Esta idea se incluyó en el Tercer Programa del Partido, adoptado en 1961. El programa del partido para sus miembros era el equivalente a la doctrina militar oficial para las fuerzas armadas. Se suponía que lo estudiaran, supieran sus contenidos y actuaran en consecuencia. El programa claramente establecía que era el deber de los comunistas “apoyar la lucha sagrada de los pueblos oprimidos y sus justas guerras de liberación antiimperialistas”.<sup>24</sup> Para entonces había triunfado una revolución en la lejana Cuba y su lucha contra los Estados Unidos podría aspirar a ser la candidata de un apoyo semejante.

## CASTRO Y CUBA

Cuba había sido una colonia de España hasta la Guerra Hispanoamericana de 1898. A partir de allí, logró su independencia dentro de una esfera de influencia de los Estados Unidos que se manifestó a través del control económico y de la intervención militar ocasional. Los fluctuantes gobiernos de la isla habían sido ineficaces y corruptos. En la década de los años cincuenta, Fulgencio Batista, un dictador apoyado por el gobierno de los Estados Unidos, controlaba Cuba. Desde los años de la independencia, generalmente bajo gobiernos impopulares, Cuba había registrado mucha inquietud política. En la década de los años cuarenta, como había sucedido a menudo en el pasado, grupos estudiantiles universitarios encabezaron la agitación antigubernamental. En uno de ellos militaba Fidel Castro Ruz, hijo de un rico terrateniente. El 26 de julio de 1953, él y otros atacaron sin éxito un cuartel del ejército del gobierno. El movimiento revolucionario que dirigió desde el exilio tomó el nombre de esa fecha: Movimiento 26 de Julio. En 1956, Castro y un puñado de seguidores embarcaron en un yate desde México y llegaron a las costas de Cuba. Desde las montañas de la Sierra Maestra organizaron ataques guerrilleros contra el gobierno de Batista y sus defensores. Para finales de 1958, las fuerzas de Castro derrocaron a Batista, que huyó de Cuba el 1 de enero de 1959.

Se ha discutido mucho si Castro ya era un comunista cuando asumió el poder y si desde el principio pensaba aliar a Cuba con la Unión Soviética. Es difícil estar seguro de esto porque ha hecho muchas declaraciones diversas sobre el asunto a personas distintas, en momentos y circunstancias diferentes, en ocasiones indicando la necesidad de ocultar las intenciones de uno si se quiere que la revolución tenga éxito.

Entre los hombres más cercanos a Fidel Castro, parece que su hermano Raúl y el Che Guevara eran marxistas convencidos, que ejercieron influencia considerable sobre él. No hay muchas dudas de que Castro, al menos, era un nacionalista revolucionario con algunas tendencias socialistas, ansioso por transformar la sociedad cubana y liberarla del control y la influencia de los Estados Unidos y de los intereses de los negocios estadounidenses.<sup>25</sup> En cualquier otro momento anterior, los acontecimientos en Cuba —no importa cuán desagradables— no hubieran significado amenaza mayor para los intereses y la seguridad estadounidenses, pero la situación en 1959 era diferente. “La coincidencia cronológica más extraordinaria que influiría en la Revolución Cubana era el hecho de que Fidel Castro llegara al poder casi en el preciso momento en que la Unión Soviética adquiriría tanto la capacidad como la voluntad para garantizar la supervivencia de una revolución a diez mil kilómetros de sus fronteras y a ciento cincuenta kilómetros de los Estados Unidos”.<sup>26</sup>

El primer paso significativo realizado por la Unión Soviética para atraer a Cuba hacia su órbita fue en febrero de 1960 cuando Anastas Mikoyan, el primer viceprimer ministro soviético, llegó a La Habana para inaugurar una muestra comercial. Allí negoció un convenio que iniciaba un proceso para dar fin a la dependencia económica con relación a los Estados Unidos. Al siguiente mes los cubanos firmaron acuerdos comerciales con Yugoslavia y Polonia y anunciaron una gran venta de azúcar a China “por lo que, de hecho, inauguraba relaciones comerciales con Pekín”.<sup>27</sup> A comienzos de julio, el gobierno cubano confiscó las refinerías de petróleo de Texaco, Esso y Shell después de que éstas se rehusaran a la orden de refinar petróleo crudo soviético. Los Estados Unidos respondieron con la suspensión de la cuota azucarera, algo así como un ochenta por ciento de las exportaciones cubanas a los Estados Unidos. Al otro día, exactamente, los soviéticos acordaron comprar el azúcar que se hubiera vendido a los estadounidenses. En octubre, los cubanos utilizaron la suspensión de la cuota azucarera como pretexto para nacionalizar casi mil millones de dólares de las inversiones privadas estadounidenses.

Para entonces, los Estados Unidos habían impuesto un embargo al comercio con Cuba.<sup>28</sup> De las muchas formas en las que Cuba estaba vinculada a la economía estadounidense antes de la Revolución, la más importante era la dependencia que tenía del mercado estadounidense garantizado para la venta de azúcar y la total subordinación al petróleo estadounidense para el combustible. En menos

de un año después de la victoria de Castro, la confiscación de las propiedades estadounidenses, el fin de la cuota azucarera, su sustitución por los mercados de la Unión Soviética y los otros Estados comunistas y el reemplazo del petróleo estadounidense por los embarques desde la Unión Soviética liberaron a los cubanos del sojuzgamiento económico con relación a los Estados Unidos. El tiempo demostraría que sólo habían cambiado una subordinación por otra.

El apoyo soviético a Castro fue más allá de lo meramente económico. En mayo de 1960, los soviéticos establecieron relaciones diplomáticas formales. En julio, Jruschov pronunció un discurso en Moscú en el que prometió apoyar a los hermanos socialistas amenazados por los Estados Unidos. En lenguaje figurativo, en caso de necesidad, los “artilleros soviéticos podían apoyar al pueblo cubano con su fuego misilístico si las fuerzas agresivas del Pentágono se atrevieran a lanzar una intervención contra Cuba. Y que no se olviden en el Pentágono que, como han demostrado las últimas pruebas, tenemos cohetes capaces de golpear directamente en un espacio precalculado a una distancia de 13.000 kilómetros. Esto, si se quiere, es una advertencia para aquellos que quisieran resolver los asuntos internacionales más por la fuerza que por la razón”.<sup>29</sup>

El presidente Eisenhower respondió invocando la Doctrina Monroe y afirmando que los Estados Unidos “no permitirían el asentamiento de un régimen dominado por el comunismo internacional en el hemisferio occidental”. A lo que Jruschov respondió despectivamente: “Creemos que la Doctrina Monroe ha vivido más de lo que debía, ha vivido más allá de sí, ha muerto —por así decir— de muerte natural. Ahora los restos de esta doctrina deben ser enterrados, como se hace siempre, para que no envenenen el aire con su putrefacción”.<sup>30</sup> El dirigente soviético estaba haciendo ruido con los cohetes y utilizando su maniobra de “engaño estratégico” no por Berlín, sino por una pequeña isla con la que los soviéticos no habían tenido relación previa y que de ninguna manera podía considerarse como parte de los intereses importantes de la URSS. También había aprovechado la oportunidad para rechazar la pretensión tradicional estadounidense de su hegemonía en el hemisferio. Una acción equivalente estadounidense podría haber sido la promesa de utilizar armas nucleares para defender la revolución húngara de 1956 y retar la hegemonía soviética en Polonia, Rumania y el resto de Europa Oriental.

En septiembre, embarques de armas del bloque soviético llegaban a Cuba y técnicos de la Unión Soviética y de Checoslovaquia instruían a las tropas cubanas y montaban equipos y armas. En diciembre, Cuba y la Unión Soviética firmaron un comunicado conjunto en el que los cubanos manifestaban su alineación y solidaridad con el bloque chino-soviético.<sup>31</sup> La Guerra Fría había llegado a las Américas con su desafío.

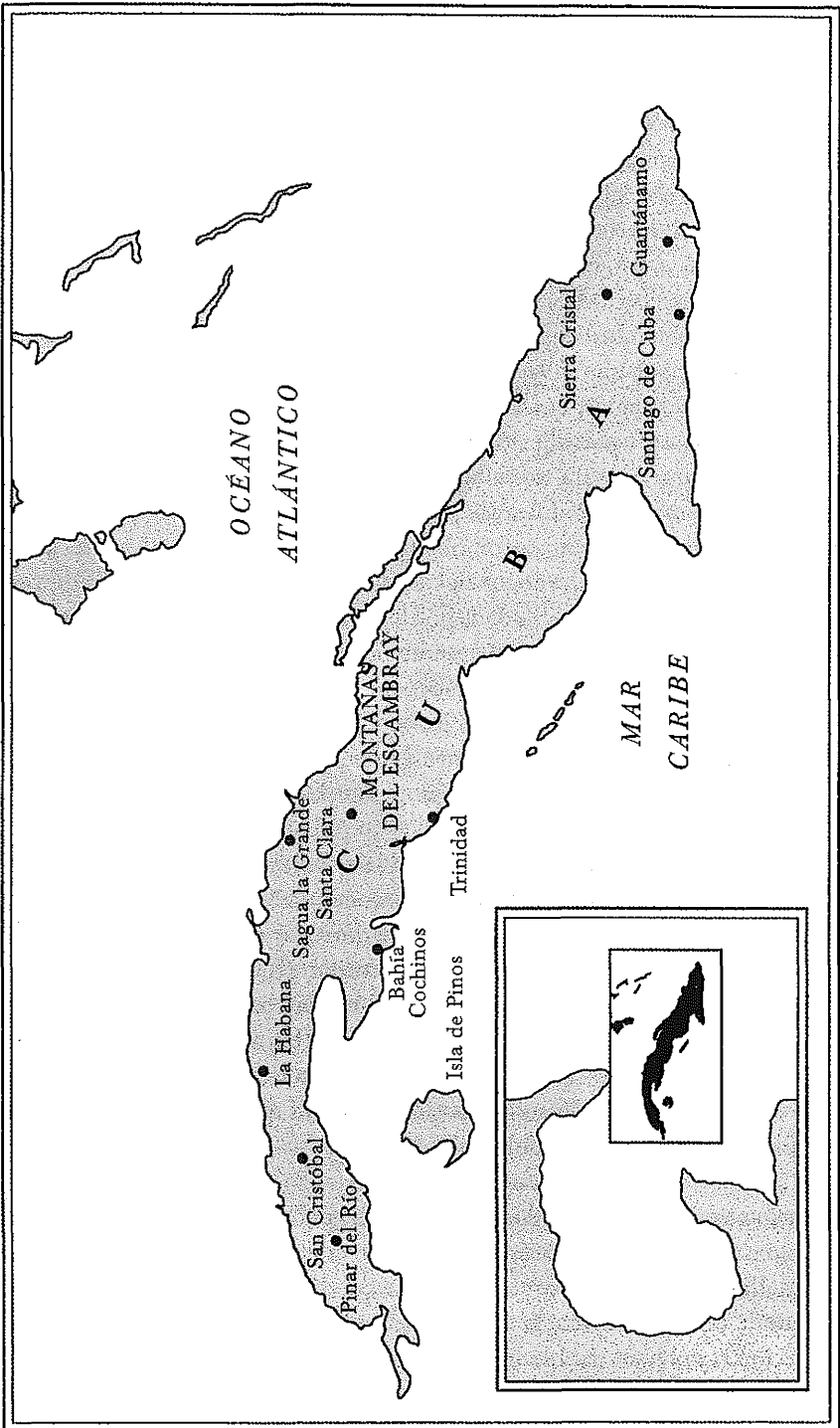
Se ha hablado muy poco de por qué Jruschov decidió ayudar tan decididamente a la revolución cubana desde febrero de 1960. Quizás esto se debe a

que hay razones que parecen ser muy obvias. Jruschov, como hemos visto, era un dirigente aventurero que había decidido buscar y expandir el poder soviético por todo el mundo si se presentaba la oportunidad. A medida que la revolución de Castro se hacía más radical, más marxista y más antinorteamericana en 1959, la oportunidad de extender la influencia soviética a una isla cerca de las costas estadounidenses debió de resultar muy tentadora. Los estadounidenses tenían aliados, bases, plataformas para la propaganda y la vigilancia en muchos puntos cercanos a la Unión Soviética. Ahora aparecía la oportunidad de tener, por primera vez, un punto firme en el hemisferio occidental para obtener alguna igualdad en estas áreas, quizá para desconcertar a los estadounidenses ayudando a Castro a patrocinar la subversión y la revolución en las Américas con mayor eficacia. Jruschov dio una explicación diferente. En un discurso al Soviet Supremo, en diciembre de 1962, planteó las razones para el apoyo soviético a Cuba:

El pueblo cubano, amante de la libertad, luego de alzar el estandarte de la revolución antiimperialista popular, unido alrededor de su dirigente, Fidel Castro, y de sus compañeros de lucha, había expulsado de su suelo, en 1959, a los explotadores estadounidenses y sus secuaces. Esta fue una verdadera lucha heroica, merecedora de la mayor admiración... En poco tiempo, se llevó a cabo una reforma agraria radical, se nacionalizaron empresas industriales, compañías y bancos y se realizó una revolución cultural. La república de Cuba se convirtió en un Estado democrático que sentaba las bases para el socialismo...

Esta gran victoria alegró a todos aquellos para quienes la causa de la libertad y el socialismo son importantes. Y los países socialistas, sobre todo la Unión Soviética, naturalmente acudieron en ayuda de Cuba cuando, tras su independencia, fue sometido a las presiones, primero económicas, luego militares, de su vecino imperialista.<sup>32</sup>

Aunque sea un recurso fácil, no se debe descartar esa explicación como retórica hipócrita. Hay pruebas de que Jruschov, un hombre de los estratos humildes que había llegado a la cima a través del sistema comunista, que había luchado hasta la victoria en la Segunda Guerra Mundial —a la que los rusos llaman la Gran Guerra Patria— y que había arriesgado mucho para socavar el sistema estalinista y así crear un Estado más eficaz para competir con el mundo capitalista, era un comunista convencido. Para él, Castro era un hombre difícil, no muy controlable, pero excepcionalmente admirable porque había hecho una revolución socialista en el umbral del país del líder del campo “capitalista-imperialista”. Como decían los dirigentes soviéticos, la Revolución Cubana “los había hecho sentirse de nuevo jóvenes”.<sup>33</sup>



Cuba.



JRUSCHOV *VERSUS* KENNEDY

## BAHÍA COCHINOS

Esto tuvo el efecto contrario sobre el gobierno de Eisenhower. El desarrollo de los acontecimientos en Cuba hizo que el gobierno estadounidense apoyara los planes encaminados al derrocamiento del régimen de Castro. En marzo de 1960, Eisenhower aceptó una recomendación de la CIA para armar y entrenar exiliados cubanos con ese fin. Al principio la idea era, sólo, apoyar a las guerrillas cubanas, pero en noviembre de 1960 los problemas en la seguridad habían llevado a la CIA a decidirse por una invasión a la isla, con aviones estadounidenses, tripulados por pilotos cubanos, que brindarían el respaldo aéreo. Los hombres que estaban entrenando a los guerrilleros cubanos en Guatemala fueron sustituidos por otros que los prepararían para un “ataque convencional, con tanques, artillería y apoyo aéreo”.<sup>34</sup> Como los republicanos perdieron las elecciones y no pudieron llevar a cabo los planes, nunca se vieron obligados a explicar sus motivos. El presidente Kennedy, que sí dio una versión del asunto y tuvo que enfrentar una derrota embarazosa, tenía esa responsabilidad, por lo que, en un discurso en noviembre de 1963, expresó que los estadounidenses se oponían a la subversión, a la dictadura y a la existencia de un satélite soviético en el Caribe. Muchos años después, el secretario de Defensa de Kennedy, Robert S. McNamara, abundó sobre el pensamiento del gobierno, dando razones que no podían estar lejos de las ideas de los hombres que habían, en un principio, concebido y aprobado el plan:

Nuestra preocupación principal era la relación militar de Cuba con la Unión Soviética... Nuestra segunda preocupación era el apoyo de Cuba a los grupos armados cuyo objetivo era derrocar a muchos, si no a todos, los gobiernos de América Latina y el Caribe. Nuestra tercera preocupación era la retórica constante y hostil dirigida contra el gobierno de los Estados Unidos y contra otros gobiernos del hemisferio... Nuestra cuarta preocupación era que el gobierno cubano traicionara sus promesas de elecciones libres e instaurara una dictadura que violara las libertades políticas y civiles del pueblo cubano.<sup>35</sup>

Por muchas razones, los Estados Unidos se preparaban para lanzar y apoyar una invasión a Cuba, con exiliados de la isla, reclutados, armados y equipados por los estadounidenses en los momentos en que Kennedy asumió la presidencia, aunque la decisión de atacar aún no había sido tomada. Este era sólo uno de los difíciles y diversos problemas que aguardaban al nuevo presidente, cuya experiencia en los manejos de la política exterior era limitada y cuya posición política en el país era extrañamente delicada. A los cuarenta y tres años, era el

presidente electo más joven en la historia de los Estados Unidos y había ganado la elección más cerrada desde 1888. Con 118.000 votos más que su adversario republicano, Richard Nixon, de un total de 68 millones, unas dos décimas de un uno por ciento, no contaba con una mayoría real de los votos populares. A pesar de su victoria, los demócratas perdieron dos escaños en la Cámara de Representantes, un resultado inusual en una elección presidencial victoriosa. No era un mandato abrumador y daba poco espacio para moverse en un Congreso en el que cada legislador había ganado la elección por un porcentaje más alto que el del presidente. Los demócratas, como siempre, se dividían en liberales y conservadores; estos últimos, principalmente los del sur, se hallaban afincados por sus años en la legislatura en posiciones poderosas. Era casi seguro que en muchos asuntos se aliarían con los republicanos dejando al presidente sin mayoría.

Además de estos claros desafíos, el nuevo presidente, primer católico en ocupar ese cargo, enfrentaba otros, personales y poco usuales. Después del patriarcal Eisenhower, el general que había conducido a la victoria en la guerra, Kennedy parecía joven e inmaduro. Los conocedores sabían que sus triunfos políticos los había obtenido, en gran parte, por las enormes sumas de dinero que había gastado su padre, Joseph P. Kennedy quien, en sus años en el Senado, había sido un diletante que había logrado pocas cosas, tenía escaso peso y no contaba con mucho respeto. Para dirigir los asuntos de la nación tendría muy poca libertad o muy poco margen para equivocarse.

Al igual que muchos candidatos sin experiencia práctica en política exterior y sin un historial que defender, Kennedy, durante su campaña, se sentía libre para desafiar los asuntos de importancia en ambos lados. Criticó al gobierno de Eisenhower por no lograr una prohibición de las pruebas nucleares y por presentar una política de defensa nacional demasiado débil con relación a las fuerzas convencionales. En uno de sus pocos y memorables discursos senatoriales, abogó por el fin del colonialismo francés, “pero perdonó la presencia estadounidense en sustitución de la francesa, en Asia Sudoriental”.<sup>36</sup> Culpó al gobierno por poner al país al borde de la guerra, quizás hasta nuclear, para defender de los comunistas a dos minúsculas islas en las costas chinas, pero denunció reiteradamente la debilidad gubernamental para enfrentar a la Unión Soviética diciendo que su crecimiento económico estaba sobrepasando el de los estadounidenses. Con mayor vigor e insistencia acusó a Eisenhower de permitir un “vacío misilístico”, una gran ventaja en misiles de largo alcance que estaba a favor de la Unión Soviética. En la campaña, pronunció un discurso en el que, implícitamente, rechazaba la retórica y la actitud que defendían la lucha contra el comunismo como una guerra santa en la que los Estados Unidos debía emerger como único vencedor: “Debemos aceptar el hecho de que no somos omnipotentes, que sólo constituimos el seis por ciento de la población mundial, que no podemos imponer nuestra voluntad sobre el otro noventa

ta y cuatro por ciento de la humanidad, que no podemos arreglar todos los problemas ni cambiar todas las adversidades y que, por lo tanto, no puede haber una solución estadounidense para todos los problemas del mundo".<sup>37</sup>

Pero en otro discurso dijo:

El enemigo es el sistema comunista en sí: implacable, insaciable, insistente en su urgencia de dominar al mundo... Ésta no es sólo una lucha por la supremacía en el armamento. Ésta es también una lucha entre dos ideologías antagónicas: la libertad amparados por Dios contra la tiranía atea y despiadada.<sup>38</sup>

En su discurso inaugural se atuvo a esta última vía:

Que la palabra se divulgue... para todos, amigos y enemigos, que la antorcha ha pasado a manos de una nueva generación de estadounidenses, nacidos en este siglo, curtidos por la guerra, disciplinados por una paz dura y amarga, orgullosos de nuestra antigua herencia. Pagaremos cualquier precio, soportaremos cualquier carga, enfrentaremos cualquier dificultad, apoyaremos a cualquier amigo, nos opondremos a cualquier enemigo para asegurar la supervivencia y el éxito de la libertad.<sup>39</sup>

Como presidente, Kennedy se movía entre el sentimiento de precaución y contención de su primera declaración y la audacia de la segunda. En la campaña adoptó la posición más ruda y agresiva, criticando las políticas de Defensa y de Exterior de Eisenhower desde una posición de derecha.

No había tema en que esto estuviera más claro que en el tratamiento del gobierno hacia Cuba. Kennedy acusó a los republicanos de crear "la primera base comunista en el Caribe". Los culpó de permitir que surgiera "una amenaza comunista" "a sólo ocho minutos en jet de la Florida... Debemos dejar clara", dijo, "nuestra intención de no permitir que la Unión Soviética convierta a Cuba en su base del Caribe y nuestra intención de imponer la Doctrina Monroe... y que no descansaremos hasta que la democracia sea restaurada en Cuba. Las fuerzas que luchan por la libertad en el exilio y en las montañas de Cuba deben ser apoyadas".<sup>40</sup>

Poco después de la elección se le comunicaron a Kennedy los planes de invasión a Cuba, un proyecto que se ajustaba muy bien a lo que él había planteado durante su campaña. Estaba muy impresionado y le manifestó al jefe de la CIA, Allen Dulles, que podía continuar con el proyecto aunque, según Arthur Schlesinger Jr., también manifestó que tenía grandes dudas sobre él. "De esta forma, Kennedy, al estilo de Hamlet, estimuló aquello de lo que, en realidad, desconfiaba, quizás atrapado ya en el dilema entre la política que había preconizado en campaña y la que consideraba adecuada: un dilema que lo perseguiría durante todo el tiempo que ocupó el cargo."<sup>41</sup>

Poco tiempo después de llegar a la presidencia se lo presionó para que decidiera con relación a la invasión a Cuba. Por un lado, los abastecimientos militares y los consejeros del bloque soviético estaban llegando a Cuba todos los días, fortaleciendo su capacidad para resistir, y aumentando el control comunista sobre la isla. Los cubanos estaban apoyando a los revolucionarios en el Caribe y en América Central, y la CIA había advertido ya que algunas de las naciones afectadas podrían “ir por el camino de Castro” en unos pocos meses. Con una visión extraordinaria, Dulles le advirtió a Kennedy que “Cuba se podría convertir en una base de misiles del bloque chino-soviético en este hemisferio, justo cerca de nuestras propias costas”. Por otro lado, la presencia de los exiliados cubanos que se entrenaban en Guatemala era un secreto muy difícil de guardar. “Un grupo de estos cubanos que ahora se entrenan en Guatemala... no puede permanecer indefinidamente allí”.<sup>42</sup>

Kennedy recibió consejos de diverso tipo y parece que tuvo sus dudas para tomar una decisión. Es innegable que quería deshacerse de Castro. De hecho, durante su breve mandato presidencial, parecía haber desarrollado una fijación sobre el tema. Consideró seriamente la amenaza de operaciones soviéticas desde Cuba y quería eliminar esta posibilidad. Además, sería embarazoso, personal y políticamente, no emprender acciones después de su retórica agresiva a lo largo de la campaña electoral. Aún más delicada era la posibilidad de lo que Dulles llamaba “el problema de la eliminación”: qué hacer con los cubanos que se entrenaban en Guatemala si no había invasión. Ellos, y los que los apoyaban, de seguro regresarían a Miami recriminando a un nuevo presidente que había hablado muy duro durante la campaña pero que había frustrado un esfuerzo para derrocar al dictador cubano, esfuerzo planeado por su predecesor a quien Kennedy había criticado por su debilidad.

En contraste con estas consideraciones estaba su temor a la hostilidad que una participación abierta estadounidense en el ataque pudiera provocar en América Latina —pues ya planeaba la aplicación de la “Alianza para el Progreso”— y en el resto del mundo, ante el cual quería presentar a los Estados Unidos con una nueva imagen de país amante de la libertad, cuna de las revoluciones democráticas, alineado con las naciones emergentes. Más profundo aun era su temor de que una operación militar estadounidense en Cuba podría impulsar a los soviéticos a lanzar una acción de respuesta contra Berlín, obligando así a los estadounidenses a resistir y arriesgarse a iniciar una guerra o perder su credibilidad y poner en peligro a la OTAN.

El plan original de la CIA contemplaba la creación de pequeños grupos que se infiltrarían en Cuba, establecerían bases efectivas, serían armados y abastecidos por aire, aumentarían sus operaciones, ganarían más seguidores, tal y como Castro había hecho contra Batista, hasta que pudieran retar y derrocar al régimen. Ninguna fuerza estadounidense tomaría parte en la lucha.<sup>43</sup> En el momen-

to de la elección de 1960, ese proyecto se había abandonado y se había reemplazado por un proyecto de desembarco de una fuerza cubana exiliada en las costas de Cuba. Se parecía al plan que había derrocado exitosamente al gobierno de Arbenz en Guatemala en 1954. Los bombarderos B-26 estadounidenses tomarían el control del espacio aéreo e interrumpirían las comunicaciones y el transporte cubanos, necesarios para oponerse al desembarco. Los opositores a Castro se rebelarían, miles de ellos, y el dictador se vería obligado a huir. Cuando Kennedy asumió la presidencia se consideró que este plan era poco práctico y fue sustituido por otro. Una gran fuerza anfibia, apoyada por paracaidistas lanzados fuera del pueblo, podría desembarcar en la pequeña ciudad de Trinidad, lejos del ejército principal de Castro y cerca de las montañas del Escambray, hacia donde podrían huir los exiliados cubanos si el desembarco fracasaba. Esto se apoyaría con los ataques aéreos de los aviones estadounidenses que protegerían la cabeza de playa. Una vez a salvo, un gobierno provisional llegaría por aire y en una semana o dos sería reconocido como el gobierno cubano. Entonces podrían solicitar la ayuda estadounidense, supuestamente en abastecimientos y armamentos, no en fuerzas combatientes. El plan seguía el modelo del desembarco en Anzio, Italia, en 1944, y garantizaba un aumento gradual en fuerzas y en expansión de territorio en un período de tiempo. "Si el ataque fallaba por alguna razón, Trinidad estaba lo suficientemente cerca del Escambray para que los invasores pudieran desaparecer en las montañas."<sup>44</sup>

A Kennedy el plan no le gustaba porque era "demasiado espectacular" y "nos pondría en evidencia a la luz de la situación mundial". Luego le diría a su confidente, Theodore Sorensen, que había dudado respecto de utilizar la fuerza estadounidense en Cuba porque temía que Jruschov pudiera utilizar la presencia estadounidense como pretexto para ir contra Berlín.<sup>45</sup> Para acallar sus objeciones, la CIA ideó un plan que cubría varios aspectos. El desembarco se realizaría en la Bahía Cochinos, al oeste de Trinidad, y —citando al consejero presidencial McGeorge Bundy— sería "poco espectacular, discreto y aparentemente cubano en lo esencial".<sup>46</sup> Por otra solicitud de Kennedy, el "nivel de ruido" se redujo con la decisión de efectuar el desembarco por la noche y el presidente se reservó el derecho de cancelar la invasión con veinticuatro horas de antelación. Kennedy se sentía, además, tranquilo, porque si la misión fracasaba, los invasores podrían "desaparecer en las montañas". Al parecer, hubo una falla en la comunicación, en algún momento de las discusiones, que ocultó el hecho de que el nuevo punto de desembarco se encontraba demasiado lejos de las montañas, lo que impedía un escape por esa vía. Si la invasión fracasaba y las fuerzas armadas estadounidenses no intervenían, masacrarían a los invasores en la playa.

Al reconsiderar los hechos, parece extraordinario que a alguien se le ocurriera pensar que un ataque así podría haberse lanzado sin que mostrara muy claramente las huellas estadounidenses. Claro que los prisioneros atestiguarían que

todo el asunto había sido organizado por la CIA. Si los soviéticos querían una excusa para actuar contra Berlín, el plan enmascarado hubiera servido igual que el más descubierto; pero sin apoyo militar, por lo menos el aéreo, era más factible que el proyecto fracasara. El plan suscitó gran oposición dentro del gobierno, tanto en sus aspectos ideológicos como en los prácticos. Los jefes conjuntos, la CIA y el secretario de Defensa, sin embargo, lo respaldaban enérgicamente. Al regresar de una visita a su padre en la Florida, el presidente también lo apoyaba. Bundy dice que el 4 de abril Kennedy “de veras quería hacerlo... Ya se había decidido y nos lo *comunicó*. No nos *preguntó*”, y Sorensen informa que Kennedy ya había perdido la paciencia con los que dudaban.<sup>47</sup> Al mismo tiempo, estaba decidido a no utilizar las fuerzas armadas estadounidenses y en una conferencia de prensa el 12 de abril anunció que “no habría, bajo ninguna circunstancia, intervención alguna en Cuba por las fuerzas armadas de los Estados Unidos”.<sup>48</sup> El día catorce otorgó el permiso final para que el proyecto se llevara a cabo.

El primer paso era lanzar un ataque aéreo contra los aeropuertos cubanos con exiliados cubanos piloteando bombarderos B-26 estadounidenses. Estas reliquias de la Segunda Guerra Mundial eran “lentas, ineficaces, poco apropiadas para cobertura aérea y presentaban constantes problemas en los motores”.<sup>49</sup> Como parte de la conspiración para ocultar la participación estadounidense, despegaron de bases relativamente lejanas en Nicaragua, por lo que los vuelos se hicieron más largos, peligrosos y exhaustivos y requirieron la sustitución de pilotos cubanos por pilotos estadounidenses, algunos de los cuales perecieron en la lucha. Además, Kennedy, en el último momento, redujo el número de bombarderos por debajo de los iniciales dieciséis cuando dijo: “Lo quiero en el mínimo nivel”. Sólo volaron seis aviones.<sup>50</sup> Los ataques aéreos no completaron su misión pero se planeó una segunda misión para el día siguiente.

Los Estados Unidos continuaron negando su participación y a Adlai Stevenson, embajador de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, no se le dijo la verdad hasta después de una negativa pública en la Asamblea General. Stevenson amenazó con renunciar y, junto con otros consejeros políticos en asuntos internacionales, argumentó razones contra una mayor participación estadounidense. Kennedy canceló otros ataques aéreos “que pudieran haber eliminado lo que quedaba de la fuerza aérea de Castro: las incursiones no se producirían hasta que los exiliados hubieran asegurado una cabeza de playa. Entonces los nuevos ataques podrían ser creíblemente presentados como realizados desde suelo cubano”.<sup>51</sup> El 17 de abril, alrededor de mil cuatrocientos cubanos exiliados desembarcaron en la Bahía Cochinos. Sin apoyo aéreo fueron blancos fáciles para la Fuerza Aérea de Castro y quedaron clavados en la playa. Cuando las noticias del desastre que se desencadenaba llegaron el lunes a Washington, se ordenó una segunda incursión aérea, pero una combinación de nubosidad y la tardanza en tomar la decisión “hicieron que esta posposi-

ción fuese fatal. La última oportunidad para neutralizar el espacio aéreo sobre la playa con la destrucción [de los aviones cubanos] se había perdido”.<sup>53</sup>

El martes 18 de abril, Jruschov transmitió un mensaje por Radio Moscú. Descartó la idea de que los Estados Unidos no estaba implicado: “las bandas armadas que invadieron ese país [Cuba] fueron entrenadas, equipadas y armadas en los Estados Unidos de América”. Acusó a los estadounidenses por la agresión y les advirtió de la expansión de “las llamas de la guerra” más allá de Cuba. “Cualquier llamada ‘pequeña guerra’ puede producir una reacción en cadena en todo el mundo. En lo que respecta a la Unión Soviética, no se debe mal interpretar nuestra posición: daremos al pueblo cubano y a su gobierno toda la ayuda necesaria para derrotar el ataque armado contra ese país.”<sup>53</sup> Kennedy consideró que esta era una amenaza clara de que irían contra Berlín si los estadounidenses se involucraban directamente en una lucha en Cuba. En diciembre de 1962 le dijo llanamente a los sobrevivientes del desastre que “el gobierno soviético había amenazado arremeter contra Berlín Occidental si los Estados Unidos continuaban lanzando ataques contra Cuba y si respaldaba la invasión”. Describió su actuación como: o “se apoyaba la operación Bahía Cochinos y se arriesgaban en una confrontación con los soviéticos en Berlín, que pudiera derivar en una guerra a gran escala, o se mantenía la paz mundial y se arriesgaba que mil cuatrocientos hombres fueran derrotados en Cuba”.<sup>54</sup>

Después del fracaso en Bahía Cochinos, el ex presidente Eisenhower le preguntó a Kennedy por qué no había proporcionado apoyo aéreo, a lo que el presidente respondió que le había preocupado que los soviéticos buscaran problemas en Berlín. Eisenhower le contestó que “eso era exactamente lo *opuesto* de lo que hubiera realmente pasado. Los soviéticos siguen sus propios planes y si ven en nosotros cualquier debilidad es entonces cuando presionan más fuerte... El fracaso de Bahía Cochinos dará más confianza a los soviéticos para hacer algo que quizá no harían en otro caso”.<sup>55</sup> Había pruebas suficientes de que el viejo general, que había tratado con los soviéticos desde la Segunda Guerra Mundial, incluyendo sus ocho años como presidente, desde los tiempos de Stalin y la transición después de su muerte, hasta los tiempos de Jruschov, tenía la razón. A lo largo de su gobierno como dirigente soviético, Jruschov desarrolló una política basada en el alarde, retrocediendo cuando era desenmascarado. Años más tarde, su hijo comentaba los métodos de su padre:

Una vez [Nikita] Jruschov dijo que construíamos misiles como si fueran salchichas. Yo le dije: “¿Cómo puedes decir eso si sólo tenemos dos o tres?” A lo que respondió: “Lo importante es que los estadounidenses se lo crean. Eso puede evitar un ataque”. Y toda nuestra política se basó en eso. Amenazamos con misiles que no teníamos. Eso sucedió en la crisis de Suez y en la crisis de Irak.<sup>56</sup>

Poco antes de la medianoche del martes 18 de abril, Kennedy se reunió con sus consejeros militares y civiles en la Casa Blanca para determinar cómo lidiar con lo que se convertía en una catástrofe en Bahía Cochinos. La Armada solicitó que se le permitiera enviar aviones jets desde un portaaviones para dar protección a los hombres en la playa y a los aviones que los abastecerían. El almirante Arleigh Burke, del Comando Superior Conjunto dijo: "Dénme dos jets y derribo la aviación enemiga". Kennedy rehusó, alegando que estaba decidido a no utilizar fuerzas estadounidenses en el combate. Burke sugirió entonces utilizar un destructor. Luego diría que "un destructor abriendo fuego hubiera podido desbaratar los tanques de Castro. Hubiera podido cambiar el curso completo de la batalla". El presidente se negó: "Burke", le dijo, "no quiero que los Estados Unidos se involucren en esto". El almirante, en voz alta, le increpó: "Diablos, señor presidente, nosotros *estamos* involucrados". Bajo presión, Kennedy tomó un camino alternativo: estuvo de acuerdo en enviar seis aviones sin identificación desde el portaaviones. Se les dio instrucciones "de no atacar aviones o blancos en el terreno. Podrían defender los bombarderos de la Brigada [de cubanos exiliados] si éstos eran atacados. Cuando el secretario de Estado, Dean Rusk, objetó la utilización, después de todo, de fuerzas estadounidenses, el presidente alzó su mano hasta la altura de la nariz y dijo: "Ya estamos en esto hasta aquí".<sup>57</sup> Pero la acción estadounidense no se avenía con esta afirmación. Si estaban tan metidos en este asunto debían de haber emprendido acciones que produjeran el éxito o, al menos, que protegieran a los hombres en la playa.

Schlesinger creyó que "las instrucciones dadas eran 'algo engañosas'". Y sí lo eran, no menos engañosas que las instrucciones impartidas a los almirantes en Corcira, en 433 a. C., pero el resultado fue muy diferente. La intervención limitada, al principio dubitativa, pero luego decidida, de los atenienses, ayudó a salvar a Corcira; el simulacro estadounidense de realizar un esfuerzo era inútil. Los jets del portaaviones llegaron a las playas a la mañana siguiente demasiado temprano para ser efectivos. Los aviones de abastecimiento fueron abatidos o rechazados. Todo ya había terminado el miércoles por la tarde. De los hombres que habían participado en el desembarco, cien murieron en la lucha y el resto fue capturado.

Al día siguiente de la debacle, Kennedy pronunció un discurso en que retomaba el tono audaz de su discurso inaugural:

Nos enfrentamos a una guerra sin cuartel en todos los rincones del mundo... No podemos dejar de asimilar los nuevos conceptos, instrumentos y sentido de urgencia que necesitaremos para librarla, así sea en Cuba o en Vietnam del Sur... La Historia recogerá el hecho de que esta amarga lucha alcanzó su clímax a finales de la década de los cincuenta y a principios de los sesenta. ¡Déjenme, entonces, dejar sentado, como pre-



sidente de los Estados Unidos, que estoy decidido a continuar por el camino que asegure la supervivencia y el éxito de nuestro sistema, sin importar ni el costo ni el peligro!<sup>58</sup>

Uno de los ayudantes de Kennedy le advirtió que el discurso parecía contener una amenaza de una futura invasión a Cuba, pero el presidente le contestó: “No quería que parecíamos un tigre de papel. Tenemos que asustarlos un poco y lo hice para presentarnos tan enérgicos como fuera posible”.<sup>59</sup> Según un funcionario del gobierno, alguna prueba de la dureza estadounidense era necesaria después de Bahía Cochinos. Abram Chayes, el consejero legal de Kennedy en el Departamento de Estado, analizó así el efecto que el fracaso de Bahía Cochinos pudo haber tenido para los rusos: “Creo que los rusos no podían entender por qué —si habíamos emprendido esto, si habíamos ido y hecho lo que hicimos— no lo terminamos. Eso, pienso yo, les permitió considerar, a algunos dirigentes rusos, la posibilidad de que hubiera alguna falla de valentía que podría aprovecharse”.<sup>60</sup>

Para el hombre que había enviado tanques a Hungría con el fin de asegurar el control soviético, el comportamiento de los Estados Unidos hacia Cuba debió haberle parecido absolutamente increíble. En sus memorias, Jruschov anotó la observación de que Cuba estaba “sólo a unos pocos kilómetros de las costas estadounidenses y que se extendía como una salchicha, una configuración muy favorable para los atacantes e increíblemente difícil para los defensores de la isla”.<sup>61</sup> Cuando supo la noticia de la invasión, según su hijo Sergei, “de veras pensó que Cuba no podría oponer una resistencia efectiva contra las tropas de desembarco”.<sup>62</sup> Sólo podemos imaginar su reacción cuando supo que los estadounidenses habían permitido que fracasara el asalto, con la pérdida de todos los invasores, y que no habían realizado ninguna acción militar por su parte, aunque los generales de Jruschov le habían dicho que una invasión a la isla por fuerzas estadounidenses no duraría más de tres o cuatro días. Arkady Shevchenko, del Ministerio de Relaciones Exteriores soviético, dijo después que Bahía Cochinos “le dio a Jruschov, y a otros dirigentes, la impresión de que Kennedy era indeciso”.<sup>64</sup> Para el dirigente soviético el fiasco de Bahía Cochinos pudo haber sugerido que la contraparte estadounidense carecía de determinación, que él —como algunos críticos estadounidenses dijeron en un juego de palabras sobre el título de un libro publicado por el presidente— era todo perfil y ningún valor.

#### LA REUNIÓN CUMBRE EN VIENA

Desde el comienzo de su presidencia, Kennedy quería sostener una reunión cumbre con Jruschov y, ya el 22 de febrero de 1961, había sugerido la reunión

en una carta dirigida al dirigente soviético, principalmente —como dijo a la prensa— “para que él y Jruschov pudieran comprender los propósitos y los intereses de ambos”.<sup>65</sup> La razón que el presidente diera a su ayudante Kenneth O'Donnell, sin embargo, muestra su preocupación por no dar una imagen de debilidad: “Tengo que mostrarle [a Jruschov] que podemos ser tan duros como él. Me tendré que sentar con él y hacerle saber con quién está tratando”.<sup>66</sup> Kennedy había admitido en privado a Richard Nixon, en abril, que el desastre de Bahía Cochinos podría haber llevado a Jruschov a creer que él podía “seguir hostigándonos por todo el mundo” y le dijo a O'Donnell que “una cosa era involucrarse en una lucha entre los comunistas en Laos o en Cuba, pero esta vez debemos dejar bien claro [con Jruschov] que un duelo entre los Estados Unidos y Rusia sería otra cosa completamente diferente”.<sup>67</sup>

Jruschov se demoró en contestar nueve semanas, quizás aguardando el momento favorable. Finalmente, en mayo, envió un mensaje diciendo que estaba dispuesto a proceder con la reunión cumbre en Viena, a principios de junio. George Ball, con un cargo importante en el Departamento de Estado, consideró que el momento no era el propicio “justo después de la ‘serie de derrotas que hemos sufrido’ en el espacio, en Cuba y en Laos”. También había dudas de si Kennedy estaba en condiciones de enfrentar esta reunión.<sup>68</sup> Puede ser que lo que decidió que fuera a Viena fue su deseo de que estas afirmaciones se olvidaran. Quizá, también, el deseo de mostrar su línea dura lo incitó a pronunciar un segundo discurso sobre el Estado de la Unión, sin precedentes, el 25 de mayo, en el que solicitó al Congreso un aumento en los fondos para la defensa, incluyendo una cifra triple de gastos para refugios atómicos, así como una suma considerable para el programa espacial que le permitiría a los Estados Unidos enviar un hombre a la Luna en 1970.

Kennedy añadió otra razón, en conferencia de prensa, para realizar una reunión cumbre con Jruschov. Iba, dijo, a “evitar los ‘graves errores de cálculo’ que habían dado origen a las anteriores guerras del siglo”.<sup>69</sup> Ésta era una de las ideas favoritas de Kennedy. Había asistido a un curso en Harvard sobre las causas de la Primera Guerra Mundial, precisamente antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando los enfoques revisionistas de Sydney Fay, en Harvard, eran los predominantes, igual que en otras universidades del país. Lo había impresionado mucho la facilidad con la que “la interpretación errónea de una nación sobre las intenciones de otra podía deslizarlas a la guerra”. Además, se había impresionado grandemente con *Las armas de agosto*, de Barbara Tuchman, que, según su criterio, apoyaba ese enfoque y que había recomendado a su personal hablándoles sobre “los fatales errores de cálculo que los expertos conocen como ‘guerra por accidente’”.<sup>70</sup> Su reunión con Jruschov tenía también como objetivo explicarle este análisis y, de esa forma, ayudar a evitar una guerra por consideraciones erróneas.

Como siempre, es más difícil saber por qué el dirigente soviético accedió, al fin, presionar para que se realizara la reunión. Fyodor Burlatsky, uno de los ayudantes de Jruschov, sugiere que el dirigente soviético

pensaba que podría influir y ejercer más presión sobre Kennedy que sobre [Eisenhower], el experimentado “lobo político”...

Jruschov fue a Viena con sentimientos muy diferentes de los que tenía cuando fue a Camp David. No sólo había ganado en confianza sino hasta quería hacer valer su opinión. Si antes de la reunión con Eisenhower le había preocupado no quedar mal, antes de la reunión con Kennedy estaba más preocupado por cómo poner al joven presidente “en su lugar” y asegurar las concesiones que quería arrancarle.<sup>71</sup>

Para Kennedy, tratar con los rusos —como lo fue para lord Grey con los alemanes antes de la Primera Guerra Mundial— tenía como objetivo ponerse de acuerdo sobre asuntos de particular interés para su nación con la esperanza de que esto pudiera conducir a una *entente* general, paso a paso. Kennedy, por lo tanto, esperaba resolver los problemas que lo presionaban: control de armamentos, Asia Sudoriental, incursiones soviéticas en el Tercer Mundo. El punto álgido era Berlín, pero como el *status quo* era el mejor al que podían aspirar los estadounidenses, cualquier cambio sólo podría ser peor y seguramente produciría una confrontación grave. Kennedy, por tanto, esperaba evitar el tema de Berlín, lograr que Jruschov congelara la situación actual allí y hacer progresos en asuntos específicos en los que fuera más fácil ponerse de acuerdo. Jruschov, por el contrario, como el kaiser Guillermo II, quería una realineación general del poder que permitiera a su nación ganar terreno, obtener un reconocimiento por lo menos igual al de sus adversarios, proceder con crecimiento dinámico y, quizá, lograr el dominio último. Jruschov desafiaba la idea convencional de Kennedy del *status quo*. Para él, como ha dicho Arthur Schlesinger, “era, en esencia, la revolución comunista en desarrollo (así lo esperaba) por todo el mundo. Desde su punto de vista, la concepción de Kennedy de la inamovilidad mundial era un intento no de apoyar sino de alterar el *status quo*, era un ataque al proceso revolucionario en sí”.<sup>72</sup> El kaiser había considerado de la misma forma los intentos de Gran Bretaña por detener la construcción de una flota alemana y los intentos de Alemania de forzar su voluntad en las colonias de otros. Al recordar la reunión en Viena, Jruschov le dijo más tarde al senador William Benton que “en la URSS considerábamos que el proceso revolucionario debía tener el derecho de existir. El asunto del derecho a rebelarse y del derecho soviético a ayudar a combatir los gobiernos reaccionarios es la cuestión de cuestiones... Este asunto yace en el mismo centro de nuestras relaciones con ustedes... Kennedy no podía entender esto”. Esta era, como señala Schlesinger, la noción de

coexistencia de Jruschov: “las democracias no tienen derecho a intervenir en el mundo comunista mientras que los comunistas tienen todo el derecho a intervenir en el mundo democrático”.<sup>73</sup> Parece que Jruschov llega a Viena en busca de una salida política general<sup>74</sup> y la debilidad, ya exhibida por el joven presidente norteamericano, lo estimulaba a pensar que en un encuentro cara a cara podría apabullar a Kennedy y hacerlo ceder.

La primera reunión se efectuó la mañana del 3 de junio.<sup>75</sup> Kennedy manifestó que la lucha de ideas podría llevarse a cabo “de forma tal que no involucrara directamente a los dos países y que no afectara ni sus intereses nacionales ni sus reputaciones”.<sup>76</sup> Esto era equivalente a mantener el *status quo* político y Kennedy defendía esta idea a partir de la comprensión de la historia que había adquirido en la universidad y estaba ansioso de compartirla con Jruschov. “Mi ambición es asegurar la paz. Si fracasamos en este esfuerzo, nuestros dos países perderán... Nuestros dos países poseen armas modernas... Si nuestros dos países cometen algún error de cálculo perderían en un largo porvenir.” El dirigente soviético no quería seguir esta senda que apuntaba a un peligro y a un acomodo mutuos. Quería aumentar la presión, no refrescar la atmósfera. Como Kennedy se lo contara a un ayudante poco después de la reunión:

Jruschov se puso como una fiera, empezó a gritar: “¡Errores de cálculo! ¡Errores de cálculo! ¡Errores de cálculo! ¡Eso es todo lo que oigo de su gente y de sus corresponsales noticiosos y de sus amigos en Europa y por todos lados aparecen esas malditas palabras ‘errores de cálculo!’. Ustedes deberían coger esas palabras y enterrarlas en un frío almacén y no volverlas a utilizar jamás! Estoy harto de eso”. Era un concepto occidental vago y solamente otra “manera astuta de amenazar”.<sup>77</sup>

¿Quería los Estados Unidos que la Unión Soviética “se sentara como un colegial con las manos sobre el pupitre?” Los soviéticos creían en sus ideas y no garantizaban que se detendrían en el límite de sus fronteras. “La Unión Soviética iba a defender sus intereses vitales así los Estados Unidos considerara tales actos como errores de cálculo o no; no quería la guerra, pero tampoco sería intimidada.”<sup>78</sup> Para calmar la atmósfera Kennedy explicó que sólo hablaba de la dificultad para predecir lo que cualquier país pudiera hacer. Hizo la concesión de admitir que los Estados Unidos habían incurrido en “ciertos juicios errados”, por ejemplo, al fracasar en prever la intervención china en la Guerra de Corea. El propósito de esta reunión, dijo, “es introducir la exactitud en los juicios de las dos partes y obtener una comprensión más clara de hacia dónde vamos”.<sup>79</sup> Este no era, por supuesto, el propósito de Jruschov pero, como se acercaba la hora del almuerzo, dejó el asunto ahí.

Después del almuerzo, Kennedy se llevó a Jruschov a pasear por el jardín pues sabía que el mandatario soviético había sido más propenso a la comunicación cuando caminó por los bosques de Camp David con Eisenhower en 1959. Parece que no resultó, porque un ayudante de Kennedy, que observaba a distancia, informó que Jruschov “agitaba su dedo” y “ladraba como un terrier” en dirección al presidente. En su informe, Kennedy narra que él retomó el tema de que ambos dirigentes eran responsables de la paz: “Me propongo decirle lo que puedo y no puedo hacer, cuáles son mis problemas y mis posibilidades y, entonces, usted puede hacer lo mismo”. La versión de Jruschov es que Kennedy “le describió lo apretada que fue su victoria en 1960 y su debilidad en el Congreso y le solicitó que no exigiera demasiadas concesiones porque podían retirarle la presidencia”.<sup>80</sup> En cualquier caso, ésta no era la conversación que Jruschov se había imaginado tener y se enfrascó en una arenga sobre Berlín antes de que regresaran para la sesión de la tarde.

El antiguo maestro de Historia de Harvard empecinadamente volvió a la enseñanza del menos educado dirigente soviético, retomando su tema favorito sobre el error de cálculo. “Tratando de convencer a Jruschov con un comentario auto-crítico, le dijo que él mismo había cometido un error de cálculo en Bahía Cochinos. En sus propias palabras, ‘fue más que un error. Fue un fracaso.’” A su vez, Jruschov se enorgulleció al señalar que “en un discurso ante el Vigésimo Congreso del Partido admití los errores de Stalin”.

Se quejó de la tendencia estadounidense de culpar a la instigación comunista de todas las revoluciones. Era el respaldo estadounidense a reaccionarios como Batista en Cuba y al Sha en Irán lo que causaba las revoluciones. ¿Cómo podían los estadounidenses decir que le tenían a Castro en la minúscula Cuba? ¿Cómo podía sentirse la Unión Soviética con relación a Turquía e Irán, “seguidores de los Estados Unidos” que “respondían a sus exigencias y que tenían cohetes y bases estadounidenses?” Eran los estadounidenses los que primero intervenían en los asuntos internos de otros países. Le advirtió que “para utilizar los términos del presidente, esta situación también podría generar algunos errores de cálculo”.<sup>81</sup> Ante esta andanada, Kennedy retrocedió y se exculpó de su responsabilidad por Batista y concedió que si el Sha no mejoraba las condiciones de su pueblo, su país también tendría que cambiar. Este comentario llegó a oídos del Sha, que se preocupó porque pensó que los estadounidenses podrían estar pensando en derrocarlo.<sup>82</sup>

Jruschov utilizó la conversación sobre Laos para repetir, de nuevo, los mismos temas: “Si los Estados Unidos apoyan a regímenes viejos, moribundos y reaccionarios, entonces se establecerá un precedente de intervención en los asuntos internos que podría hacer chocar a nuestros dos países”. Luego de esta apenas velada amenaza, Kennedy hizo una afirmación verdaderamente extraordinaria: “Consideramos... que las fuerzas chino-soviéticas y las fuerzas

de los Estados Unidos y de Europa Occidental están, más o menos, equilibradas". Aun si hubiera sido verdad, hubiera sido una admisión gratuita que hubiera podido socavar la contención norteamericana hacia las aventuras de los soviéticos, pero no era verdad. La Unión Soviética y China, lejos de ser socios en un bloque unificado, estaban inmersos en graves desavenencias, por lo que no podía considerarse que sus fuerzas estuvieran unidas. Además, en 1961, los estadounidenses poseían una ventaja espectacular en misiles nucleares y ellos lo sabían. También, por supuesto, Jruschov. ¿Qué pudo haber pensado de un presidente estadounidense que admitía una paridad militar mientras gozaba de una superioridad enorme? Como señala Michael Beschloss:

La declaración del presidente produjo en Jruschov casi un éxtasis. Durante el resto de su vida alardeó de que, en esta cumbre, el dirigente de los Estados Unidos había finalmente admitido que había una paridad aproximada entre los dos grandes poderes. Al dictar sus memorias, a finales de la década de los sesenta, elogió a Kennedy por entender que el bloque soviético había acumulado tal poder económico y militar "que los Estados Unidos y sus aliados ya no podían considerar seriamente enfrascarse en una guerra con nosotros".

En Washington, cuando los Jefes Conjuntos supieron del comentario de Kennedy, se enfurecieron.<sup>83</sup>

Antes de la reunión de Viena, al presidente se le había informado, a través de un intermediario soviético, que Jruschov estaba dispuesto a hacer concesiones sobre las pruebas nucleares y Laos si Kennedy accedía a celebrar la cumbre.<sup>84</sup> Por lo que volvió al tema de Laos. De nuevo Kennedy reconoció que la política estadounidense no había sido siempre "la mejor", pero la concesión no dio frutos.

Kennedy abordó el tema de "las guerras de liberación nacional" que Jruschov había apoyado en un discurso en enero. El presidente no argumentó sobre la justeza de la posición estadounidense ni hizo amenaza alguna, explícita o implícitamente, pero, de nuevo, la discreción de Kennedy no ablandó la respuesta de Jruschov. Las guerras de liberación nacional eran sagradas. Por ejemplo, los países que se habían adherido a la parte comunista en África, "serían ejemplos de la voluntad popular. Si hubiera injerencia, se produciría una reacción en cadena y, finalmente, guerra entre los dos países". Como Dean Rusk dijera mucho después, "en la diplomacia, uno nunca debe utilizar la palabra 'guerra'".<sup>85</sup> El tono amenazador de Jruschov había ido más allá de los límites del discurso diplomático normal. De nuevo, Kennedy presentó la otra mejilla diciendo que no tenía ninguna objeción a la existencia de sistemas sociales diferentes como los de Yugoslavia, Birmania y la India, en tanto no estuvieran vinculados estrechamente a la

Unión Soviética, en cuyo caso constituirían “problemas estratégicos” para los Estados Unidos. Para aclarar esta referencia velada a Cuba, Kennedy observó que a Jruschov le molestaría si los polacos se unían a Occidente. “Jruschov respondió airadamente que lo que sucedía en Polonia no era, en lo absoluto, de la incumbencia del presidente... Si la premisa de la política estadounidense era la de preservar el equilibrio de poder, los Estados Unidos no debían realmente desear la coexistencia pacífica. Quizás estaba buscando un pretexto para la guerra.”<sup>86</sup>

Los dos hombres se encontraron de nuevo, al otro día, en la embajada soviética y Jruschov enseguida volvió a la carga. “¿Por qué razón los Estados Unidos decían que tenían derechos especiales en Laos?... Es tan rico y poderoso el país que cree que tiene derechos especiales y puede darse el lujo de no reconocer los derechos de los otros.” La Unión Soviética insistía en su derecho de apoyar a otros pueblos a obtener la independencia.

Jruschov entonces utilizó, de nuevo, la afirmación extraordinaria que había hecho Kennedy el día anterior: “Como ha dicho el presidente, las fuerzas de los dos lados están ahora equilibradas... Se requiere mucha contención porque aquí están incluidos los factores de prestigio y los intereses nacionales”. Kennedy otra vez minimizó su propia posición diciendo que “hablando con franqueza” los compromisos estadounidenses en Laos eran previos a la toma de posesión de su cargo. Dijo que quería reducir esos compromisos y sólo buscaba una vía para lograr un cese al fuego. En vez de dar paso a esa retirada, Jruschov cuestionó la veracidad del presidente, otra actuación extraordinaria en el marco de la diplomacia normal. “¿No ha ordenado el presidente a los consejeros militares estadounidenses en Laos que portaran uniformes estadounidenses? ¿No ha ordenado y después cancelado un desembarco de marinos en Laos?”<sup>87</sup> El presidente negó, lo que era cierto, que hubiera ordenado un desembarco de marinos, pero Jruschov dijo que eso no era lo que se leía en los periódicos estadounidenses y pronunció otra advertencia: “si los Estados Unidos enviaba marinos, otros países podían responder con marinos o con otras fuerzas. Podría surgir otra Corea o una situación aun peor”. Kennedy respondió que deseaba retirar las fuerzas estadounidenses de Laos y no había querido siquiera considerar la utilización de marinos, reconociendo que eso podía traer “una reacción en contra y poner en peligro la paz en la zona”.<sup>88</sup> Jruschov finalmente manifestó su decisión de trabajar por un cese al fuego en Laos. “Los dos hombres culminaron así el único acuerdo al que llegaron en Viena.”<sup>89</sup> Sin embargo, sobre la prohibición de pruebas nucleares, no lograron ninguno. Nuevamente, Jruschov rechazó cualquier inspección en territorio de la Unión Soviética calificándola de excusa para el espionaje.<sup>90</sup>

Por último, abordaron el tema de mayor importancia para ambos: Berlín. Jruschov afirmaba que la situación en Alemania era intolerable. Todavía no había acuerdo alguno de paz a pesar del tiempo transcurrido desde el final de la

confrontación bélica. Alemania Occidental se había vuelto a armar y era la potencia europea más importante en la OTAN. “Esto significa la amenaza de una tercera guerra mundial.” Si Occidente no se decidía a firmar un tratado, la Unión Soviética firmaría uno ella, sola, con Alemania Oriental. Tal tratado, al dar fin al estado de guerra, aboliría todos los derechos de ocupación, las estructuras administrativas y los derechos para el acceso que tendrían que ser negociados con el gobierno de Alemania Oriental.<sup>91</sup> Estaba implícito que tales negociaciones con el sometido satélite soviético no serían exitosas.

Kennedy respondió con firmeza: éste no era un asunto de tecnicismos legales como tampoco lo era el razonamiento sobre Laos. Este era un asunto de gran importancia para los Estados Unidos. Los estadounidenses no estaban en Berlín porque alguien les hubiera dado permiso: ellos habían luchado hasta llegar allí:

Esta es un área en la que todos los presidentes de los Estados Unidos, desde la Segunda Guerra Mundial han reafirmado su decisión de mantener sus obligaciones. Si fuésemos expulsados de esa área y si aceptásemos la pérdida de nuestros derechos, nadie tendría ninguna confianza en los compromisos y promesas de los Estados Unidos... Si aceptásemos la proposición soviética, los compromisos de los Estados Unidos se considerarían como meros pedazos de papel. Europa Occidental es vital para nuestra seguridad nacional y la hemos apoyado en dos guerras. Si abandonásemos Berlín Occidental, Europa también sería abandonada.

Reconoció que la situación en Berlín “no era satisfactoria”, pero las condiciones, en todo el mundo, eran insatisfactorias. La Unión Soviética no aceptaría un cambio del equilibrio que fuera en contra de sus intereses; tampoco los Estados Unidos.

Beschloss critica a Kennedy por su posición intransigente con relación a Berlín y por solicitar “un congelamiento en la Guerra Fría”. Eisenhower, en Camp David, se había expresado vagamente sobre algún ajuste interno que “no involucrara la reputación de nuestras dos naciones”;<sup>92</sup> Kennedy, por otro lado, le pedía a Jruschov que “renunciara al ideal del comunismo mundial dinámico que, en privado, adoraba y que, en público, defendía con pasión... Le pedía, sencillamente, que abandonara las exigencias sobre Berlín que había estado haciendo desde 1958, sin importar la humillación política que esto implicara”.<sup>93</sup> De hecho, Eisenhower había humillado políticamente a Jruschov, en 1958, al ignorar su ultimátum sobre Berlín y el mundo no se había derrumbado. ¿Qué acuerdo era posible, después de todo? Los Estados Unidos no podían abandonar a Berlín sin regalar una victoria importante para los soviéticos y sin sufrir las consecuencias que Kennedy correctamente describiera a Jruschov. ¿Qué camino, además, podía tomar un dirigente estadounidense sino el de tratar de



detener la marcha del “comunismo mundial” o sucumbir ante él si la Unión Soviética insistía en seguir presionando? Los errores que Kennedy cometió en Viena no fueron el resultado de una intransigencia obstinada.

Las discusiones posteriores no mejoraron el ambiente. Jruschov amenazó con firmar un convenio con Alemania Oriental en el término de seis meses. “Si los Estados Unidos quieren comenzar una guerra por causa de Alemania, que lo haga. Quizá la URSS debería firmar un tratado de inmediato y ya salir de eso.”<sup>94</sup> Según Schlesinger, esto fue dicho “no como una explosión airada. Era una afirmación demasiado dura y controlada y, por tanto, más amenazadora”. Dice que

Kennedy contestó que los Estados Unidos no querían precipitar una crisis. La Unión Soviética lo estaba haciendo al amenazar con cambios unilaterales en la actual situación. ¿Era ésta la vía para alcanzar la paz? Si los Estados Unidos cedían a la exigencia soviética no podría considerarse nunca más como un país serio.

Jruschov endureció aún más su posición. La Unión Soviética, dijo, no aceptaría jamás, bajo condición alguna, los derechos estadounidenses en Berlín Occidental después del tratado... La [r]esponsabilidad de las violaciones subsecuentes de la soberanía de Berlín Oriental sería grave.

Kennedy contestó que los Estados Unidos no quería privar a la Unión Soviética de sus relaciones en Europa Oriental y que no se sometería a la pérdida de sus propios vínculos en Europa Occidental. No había tomado posesión de su cargo para aceptar acuerdos que fueran totalmente contrarios a los intereses estadounidenses.<sup>95</sup>

Era la hora del almuerzo pero Kennedy estaba muy disgustado con el desarrollo y el resultado de las conversaciones. Dijo a sus ayudantes que tenía que ver de nuevo a Jruschov para precisar la posición soviética en Berlín y no permitir que Jruschov tuviera duda alguna sobre su firmeza: “No puedo irme de aquí sin intentar de nuevo”.<sup>96</sup> Después del almuerzo se volvieron a reunir. Kennedy, otra vez, se refirió a los peligros que entrañaban los errores de cálculo. Confiaba en que Jruschov no provocaría una situación “que tocara hondamente nuestro interés nacional [porque] nadie podría predecir el rumbo que podría tomar”. Después de algunas otras observaciones, Jruschov dio un manotazo sobre la mesa. “*Yo quiero la paz. Pero si usted quiere guerra, ése es su problema.*” Kennedy contestó: “*Es usted, y no yo, quien quiere imponer un cambio*”. Como los legados romanos en Cartago, en 218 a. C., Jruschov respondió: “Le toca determinar a los Estados Unidos si habrá guerra o habrá paz”. Su decisión de firmar el tratado de paz era “firme e irrevocable... La Unión Soviética lo firmará en diciembre si los Estados Unidos rechazan un acuerdo interno”. Kennedy contestó: “Si eso es cierto, será un frío invierno”.<sup>97</sup>

La reunión no se había desarrollado como Kennedy había esperado. El ambiente no había sido conciliatorio como se le había hecho creer. Todo lo que había obtenido era una promesa para disminuir la presión en Laos; no había logrado siquiera el acuerdo esperado sobre un tratado para la prohibición de las pruebas nucleares. Lo que había aprendido sobre Jruschov no era ni consolador ni útil. Sus esfuerzos para impresionar a su contraparte sobre los peligros implícitos en los errores de cálculo habían fracasado totalmente. Lo peor de todo: su plan para demostrar a Jruschov su posición firme había fracasado por completo. Ante el lenguaje poco diplomático de Jruschov, sus dudas sobre la veracidad de las palabras de Kennedy, su insistencia en el derecho y en las intenciones de la Unión Soviética de intervenir en favor de las "sagradas" "guerras de liberación nacional", su anuncio de una determinación inflexible para cambiar el estatus de Berlín a pesar de las protestas occidentales y sus repetidas amenazas de guerra, la posición del presidente parecía ser más débil que nunca. Kennedy había aceptado una paridad militar que no existía, había hablado de su debilidad política interna, se había distanciado de las posiciones que habían tomado sus predecesores, lo que implicaba una voluntad de otorgar concesiones en áreas en que expondría a los aliados. Había admitido errores en sus tomas de decisiones políticas confiando en lograr admisiones recíprocas: todo en vano. Lo habían apabullado.

Los hombres leales a Kennedy han tratado de maquillar este encuentro catastrófico. Schlesinger dice: "Cada uno de ellos abandonó Viena con un respeto mayor por la mente y el coraje de su adversario".<sup>98</sup> Sorensen afirma que "no fue ni una victoria ni una derrota para ninguno de los dos".<sup>99</sup> Luego de más de tres décadas todavía insistía en que "como muestran las transcripciones, Kennedy dio tanto como recibió a lo largo de las conversaciones".<sup>100</sup> Así no fue como lo consideró el presidente. Rusk, que regresó con él después del encuentro, dijo luego que "Kennedy estaba muy disgustado... No estaba preparado para la brutalidad de la presentación hecha por Jruschov... Jruschov estaba tratando de comportarse como un abusador ante el joven presidente de los Estados Unidos".<sup>101</sup> Cuando llegó a la residencia oficial estadounidense en Viena, Kennedy fue entrevistado por James Reston, del *New York Times*, quien le preguntó: "¿Fue duro?" A lo que el presidente respondió: "Lo más duro que me ha sucedido en toda mi vida".

Yo creo que lo hizo a causa de Bahía Cochinos. Creo que pensó que cualquiera que fuera tan joven e inexperto para meterse en ese embrollo era fácil de engañar. Y cualquiera que se hubiera metido en eso y no lo hubiera llevado hasta el fin, no tenía coraje alguno. Así que me golpeó sin compasión... Tengo un problema inmenso. Si piensa que soy inexperto y que no tengo valor, no iremos a ninguna parte con él hasta que eliminemos esas ideas. Así que tenemos que actuar.

Parece que los temores de Kennedy sobre las percepciones de Jruschov eran justificados. Jruschov se había asombrado “cuando Kennedy minó sus propios argumentos al decir que había heredado muchas de sus políticas y que no le quedaba otro camino sino el de defenderlas. Para un dirigente con las ideas de Jruschov, esta ausencia de convicción emocional sugería debilidad; si a Kennedy sólo lo motivaba el ajedrez geopolítico abstracto, podía ceder a las presiones”.<sup>102</sup> Burlatsky, que estaba presente en el informe que hiciera Jruschov después de la cumbre, pensó que Kennedy le pareció a Jruschov más “un consejero que un dirigente político con capacidad de decisión o un presidente. Quizás en una crisis pudiera ser un consejero, pero ni siquiera el más influyente”. Consideró que Jruschov despreciaba a Kennedy en la forma en que un hombre que se ha hecho a sí mismo desprecia al hombre rico al que todo le ha sido dado sin esfuerzo: “Este tipo estaba ahí como resultado de sus propias acciones. Comprendía los sentimientos de la gente común. John Kennedy no entendía eso. Quizá sus relaciones con los obreros y los campesinos era un juego político”.<sup>103</sup> En una reunión, en 1988, dijo que los dos dirigentes “abandonaron Viena sin comprenderse o entender sus sentimientos... Jruschov pensó que Kennedy era demasiado joven, intelectual, que no estaba bien preparado para la toma de decisiones en situaciones críticas”. Un asistente a la reunión le preguntó: “¿Demasiado débil o demasiado ineficaz?”. “Demasiado inteligente y demasiado débil”, fue la respuesta.<sup>104</sup> Esta fue la misma impresión de la evaluación de Jruschov recibida por algunos de los hombres cercanos a Kennedy. George Ball, al recordar esto, en 1987, dijo: “Todos pensábamos que Jruschov lo había considerado joven y débil”, y el consejero militar de Kennedy, general Maxwell Taylor, rememoraba que “la reunión de Jruschov y Kennedy en Viena había impresionado tanto al primero con la poca preparación de este joven para dirigir un país tan grande como los Estados Unidos, sumada a la experiencia de lo que había visto en Bahía Cochinos, [que lo hizo pensar] que podría empujarlo por donde quisiera”.<sup>105</sup> En su discurso para informar al pueblo estadounidense, Kennedy debió haber reafirmado la idea de Jruschov. El “más lúgubre” intercambio, dijo el presidente, había sido sobre Alemania y Berlín. Dijo al pueblo norteamericano: “Nosotros, y nuestros aliados, no podemos abandonar nuestras obligaciones con Berlín Occidental”. No habló del ultimátum que había lanzado Jruschov. A decir verdad, dijo una mentira cuando afirmó que no había habido “amenazas o ultimátums por ninguna de las partes”.<sup>106</sup> Jruschov, por supuesto, sabía que era falsa la afirmación y pudo extraer sus propias conclusiones de por qué Kennedy había preferido ocultar la verdad.

## EL MURO DE BERLÍN

Las amenazas de Jruschov con relación a Berlín causaron una profunda impresión en Kennedy. Después de Viena, quizá más que nunca, el problema de Berlín se convirtió en una obsesión para él. El secretario del Interior, Stewart Udall, se quejaba de que “está preso a causa de Berlín”. Kennedy sabía que la defensa de la ciudad y de sus accesos era una prueba ineludible de la voluntad de los Estados Unidos y de su compromiso con la OTAN y con Europa Occidental. Al mismo tiempo, su posición geográfica, muy al interior de la Alemania Oriental controlada por los soviéticos, en donde Occidente se hallaba con una desventaja militar desesperanzadora, hacía muy difícil poder mantenerse firme en una crisis sin arriesgarse a una confrontación nuclear. Las amenazas de Jruschov le crearon una pesadilla que explica las razones por las que Kennedy “recibía todos los cables que entraban y revisaba muchos mensajes antes de que fueran enviados al secretario de Estado para su firma... [y] leyera transcripciones de todas las reuniones”.<sup>107</sup> Resentía profundamente la situación que había heredado y tenía muy poco afecto por el pueblo que estaba obligado a defender. “Estamos trabados en una situación ridícula”, dijo a su ayudante. “Es muy tonto que estemos al borde de una guerra atómica a causa de un pacto para preservar Berlín como la futura capital de una Alemania reunificada cuando todos nosotros sabemos que Alemania posiblemente nunca se reunificará... Es especialmente estúpido arriesgar la vida de millones de estadounidenses por los derechos al acceso a un Autobahn... Para que yo coloque a Jruschov contra la pared y lo confronte con la prueba final, tendría que estar en peligro la libertad de toda Europa Occidental.” El acceso de Oriente a Occidente a través de Berlín era un esfuerzo sobrehumano, en materia de personal, para Alemania Oriental. “No se puede culpar a Jruschov si se enoja por eso.”<sup>108</sup>

A veces parecía como si Kennedy estuviera más molesto con sus aliados alemanes que con los soviéticos, pero era Jruschov quien estaba decidido a presionar sobre el asunto y a forzar una crisis. Además de sus otros problemas internos y en el extranjero, el dirigente soviético no podía desconocer el caso de Berlín. Durante mucho tiempo, el dictador comunista de Alemania Oriental, Walter Ulbricht, había estado presionando a Jruschov para que emprendiera alguna acción que detuviera la huida de los alemanes orientales hacia Occidente. Desde el fin de la guerra, unos cuatro millones se habían fugado; en 1960, la cifra era de 200.000 y el índice de fuga, en los primeros meses de 1961, mostraba que la cantidad total sería mayor ese año. Los refugiados eran muy jóvenes, cultivados, profesionales calificados. La población de Alemania Oriental envejecía rápidamente por lo que era más difícil de mantener si la población más joven y capaz huía hacia Occidente.<sup>109</sup> La amenaza que esto significaba para la estabilidad de Alemania Oriental más los continuos temores soviéticos de

que Alemania Occidental pudiera pronto adquirir armas nucleares, incitaron a Jruschov a la acción en Berlín.

La primera señal que los estadounidenses detectaron fue la aparición en *Pravda*, el 10 de junio, del texto completo del ayudante de Jruschov para la redacción de sus memorias en donde se revelaba el ultimátum de los seis meses con relación a Berlín. Rusk le había dicho a Kennedy que si Jruschov mantenía el ultimátum en secreto sería una prueba de que no quería una crisis con Berlín.<sup>110</sup> El hecho de su publicación señalaba claramente que se encaminaba hacia la dirección contraria. Pocos días después, el influyente senador demócrata por Montana, Mike Mansfield, se manifestó a favor de hacer de Berlín una "ciudad libre", como lo proponía Jruschov. Kennedy no podía continuar callado por lo que, en una conferencia de prensa el 28 de junio, se distanció de la propuesta de Mansfield y advirtió que "los soviéticos cometerían un grave error si suponían que la unidad y la determinación de los aliados pudiera socavarse por amenazas o por nuevos actos de agresión".<sup>111</sup>

A principios de marzo, Kennedy había convocado a Dean Acheson, el secretario de Estado de Truman, conocido por sus enfoques de línea dura con relación a la Guerra Fría, para saber su opinión sobre Berlín y sobre el problema alemán. Acheson expresó sus puntos de vista en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, el 29 de junio. Razonaba que la presión sobre Berlín era sólo una parte de un movimiento general para lograr un amplio espectro de objetivos en Alemania y, aún más, para probar la determinación de los Estados Unidos. No podía haber ni negociación ni concesión. Los Estados Unidos deberían atenerse a los "tres" aspectos "esenciales" concebidos por el gobierno de Eisenhower para Berlín Occidental: "(1) conservación de las guarniciones aliadas; (2) libertad para los accesos aéreos y de superficie; (3) viabilidad y libertad de la ciudad".<sup>112</sup> Esto significaba abandonar los intereses occidentales en Berlín Oriental, hecho que horrorizó a los dirigentes de Berlín Occidental cuando lo supieron, pero ni Eisenhower, ni Acheson, ni —en su momento— Kennedy consideraban que era algo por lo que valía la pena luchar.

La proposición de Acheson solicitaba aumentos importantes en las fuerzas nucleares estadounidenses, en las fuerzas convencionales en Alemania Occidental, en las reservas dentro de los Estados Unidos, listas para movilizarse con prontitud hacia Alemania, y una declaración de emergencia nacional. Las noticias sobre este plan de contingencia llegaron a la prensa; pudieron haberse filtrado deliberadamente por la Casa Blanca "para enviar un aviso perentorio a Jruschov".<sup>113</sup> El 8 de julio, éste dio marcha atrás a su proyecto de disminuir el número de efectivos en el Ejército Rojo dada la nueva importancia de las fuerzas de misiles. En vez de esto, aumentaría el presupuesto militar soviético en un tercio, olvidándose de su acariciado plan de desviar tanto gasto militar como fuera posible en aras de mejorar la economía. Lo presionaron los diri-

gentes militares, pero no hay razón alguna para dudar del efecto que tuvieron algunas de las razones que esgrimió públicamente: “Adenauer se puso ‘ronco de tanto gritar con el fin de tener armas nucleares’ [y] Kennedy ha aumentado el gasto militar”.<sup>114</sup>

Luego de mucha discusión entre los funcionarios del gobierno, Kennedy decidió rechazar la declaración de una emergencia nacional y la negación a negociar. Su intención era dejar bien sentadas su determinación, y la de los Estados Unidos, para poder reabrir las conversaciones con los soviéticos. Pero siguió, en otros aspectos, el consejo de Acheson, delineando la política estadounidense en un discurso que pronunció el 25 de julio. Reveló el aumento de las fuerzas norteamericanas en Alemania, el llamado a las reservas y la utilización de nuevos fondos para los refugios atómicos. Aunque se refirió a la eliminación de “puntos irritantes” en Berlín e hizo una referencia velada a la negociación, su discurso fue muy fuerte, hablando en público de la guerra, de la misma forma en la que Jruschov había hablado, en privado, de la guerra, en Viena:

Hemos empeñado nuestra palabra de que un ataque sobre esa ciudad se considerará como un ataque sobre todos nosotros... Cualquier punto peligroso es sostenible si los hombres —hombres valerosos— lo defienden. No queremos luchar, pero ya lo hemos hecho antes... Las vidas de aquellas familias que no son afectadas por una explosión nuclear y por el fuego pueden todavía salvarse *si se les puede garantizar un refugio y si ese refugio es asequible*... No podemos negociar con quienes dicen: “Lo que es mío es mío y lo que es tuyo es negociable”... El origen del problema y la tensión mundiales es Moscú, no Berlín. Y si la guerra comienza, habrá comenzado en Moscú y no en Berlín... Resumiendo: queremos la paz, pero no nos rendiremos.<sup>115</sup>

Kennedy, por otro lado, no hizo ninguna referencia a la garantía de libre acceso entre el Este y el Oeste que era parte del acuerdo de Potsdam. Habló de los límites entre los dos sectores como “una frontera de paz”, y de la defensa de “Berlín Occidental”, no de “Berlín”. Era muy sencillo para un lector meticoloso entender el discurso como una invitación a cerrar Berlín Oriental de Occidente.

Al otro día, Jruschov le dijo a un visitante, John McCloy, consejero para el desarme de Kennedy, que los Estados Unidos habían declarado una “guerra preliminar”, insistió en que los soviéticos firmarían un tratado con Alemania “sin importarles qué” y volvió a hacer sonar los cohetes: “Si intentan forzar la vía, nosotros nos opondremos con toda la fuerza. La guerra será termonuclear”. McCloy informó que Jruschov estaba “furioso de verdad... después de analizar el discurso del presidente”.<sup>116</sup>

El 30 de julio, J. William Fulbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, sugirió —en un programa de la televisión nacional— que sería una buena idea si los soviéticos clausuraban la frontera en Berlín: “los rusos pueden cerrarla en cualquier caso... Si quieren, lo pueden hacer sin violar ningún tratado. No entiendo por qué los alemanes orientales no cierran sus fronteras porque yo creo que ellos tienen derecho a hacerlo”.<sup>117</sup> Los comentarios escandalizaron a Berlín Occidental pero los periódicos de Alemania Oriental los saludaron como una fórmula excelente que podía resolver la crisis. El comentario de Fulbright recordó los del senador Mansfield y algunos creyeron que a ambos senadores demócratas los habían incitado a insinuar la posibilidad de un acuerdo que Kennedy favorecía porque él no se atrevía a hacerlo personalmente.<sup>118</sup>

No hay prueba directa de que el presidente tuviera algo que ver con las declaraciones senatoriales y hay que recordar que él, públicamente, manifestó su desacuerdo con lo expresado por Mansfield. Por otra parte, nunca comentó sobre lo dicho por Fulbright y hay razones para creer que estaba conforme con las declaraciones. Poco después de la aparición televisiva de Fulbright, Kennedy le dijo al consejero en política exterior, Walt Rostow, que “Jruschov tendrá que hacer algo para detener el flujo de refugiados. Quizás un muro. Y no podremos evitarlo. Puedo mantener la Alianza unida para defender Berlín Occidental, pero no puedo actuar para mantener abierto Berlín Oriental”.<sup>119</sup>

Desde marzo, por lo menos, Ulbricht había estado presionando a Jruschov para detener el flujo de refugiados, apremiándolo para que controlara las pistas aéreas hacia Occidente e incluso para que se apoderara de Berlín Occidental.<sup>120</sup> Cuando se rechazaron estas ideas, sugirió levantar una barrera de alambre de púas por todo el sector de la frontera pero se encontró con una gran oposición y sólo se le permitió prepararse para una acción de ese tipo en algún momento futuro. La sugerencia de levantar un muro no se volvió a retomar hasta que la dirigencia del Pacto de Varsovia se reunió en Berlín a principios de agosto. Esta vez, Ulbricht aseveró que si no se detenían las fugas desde el Este, la economía de Alemania Oriental ya no podría satisfacer las exigencias de los soviéticos y de los otros aliados orientales y aseguró que había peligro de que se produjera una revuelta obrera como la de 1953. También afirmó, a los que lo escuchaban, que los estadounidenses no actuarían para evitar un cierre de fronteras, citando la convicción expresada por el senador Fulbright de que Alemania Oriental tenía derecho a hacerlo. Por lo que, el 5 de agosto, Jruschov estuvo de acuerdo con la construcción de una barrera para el sector fronterizo que se iniciaría el próximo fin de semana, a la medianoche del 12-13 de agosto. Primero construirían una cerca de alambre de púas. Y luego, como se suponía, si Occidente no utilizaba la fuerza contra la cerca, ésta se reemplazaría por una pared sólida. Jruschov dio su permiso con una advertencia firme: “ni un milí-

metro más allá". Los alemanes orientales no podían pisar la zona occidental y allí estarían los oficiales soviéticos para asegurarse de que no lo hicieran.

Al parecer, Jruschov había interpretado las señales procedentes de Occidente y concluyó que los estadounidenses rechazarían cualquier interferencia con Berlín Occidental, pero que no sería peligroso cerrar la frontera desde el Este. El 9 de agosto dijo a sus generales que "sólo pondremos la cerca de alambre de púas y Occidente se quedará quieto, como una oveja tonta. Mientras está así, detenido, terminaremos el muro",<sup>121</sup> y eso fue exactamente lo que sucedió. Sin embargo, en los días siguientes, Jruschov envió mensajes diseñados para intimidar a Kennedy y a los aliados. A través de intermediarios, Kennedy recibió un mensaje del primer ministro de Italia, Amintore Fanfani. En una ronda de encuentros con Jruschov, el mandatario soviético se había mostrado terriblemente beligerante, amenazando "una docena de veces, no menos", que un conflicto con Berlín significaría la guerra nuclear. Refiriéndose, en varias ocasiones, a las declaraciones de Mansfield y de Fulbright, Jruschov dijo que estaba dispuesto a negociar, pero que Kennedy "no debería esperar mucho tiempo".<sup>122</sup> Unos días más tarde, en una reunión en el Kremlin, amenazó a los aliados occidentales con aplastar no sólo "los naranjales de Italia sino también a la gente que los plantó", así como los olivos y la Acrópolis griega. "Si se corta la cabeza, nadie se preocupa del cabello."<sup>123</sup>

La reacción de Kennedy fue como "el comportamiento extraño del perro en la noche" en la narración de Sherlock Holmes. Lo raro fue que no hizo nada. La agresividad hacia Fanfani era una tentativa para llegar a Kennedy, quien entonces tendría que utilizar alguna coyuntura para enviar una advertencia, en forma directa o indirecta, privada o públicamente. El 10 de agosto, el presidente, en una conferencia de prensa, tuvo una oportunidad espléndida de enviar un mensaje público cuando un periodista le preguntó si los Estados Unidos tenían una política determinada con relación a la fuga de refugiados de Alemania Oriental hacia Occidente. Éste era el momento para rechazar los comentarios hechos por Fulbright y mandar una advertencia. Kennedy contestó que "los Estados Unidos no tienen intenciones de estimular o desanimar los movimientos de los refugiados". Jruschov tenía todas las razones para entender esa respuesta como una señal de que los Estados Unidos no desafiaría la clausura de la frontera berlinesa.<sup>124</sup>

Ese mismo día, el mariscal Iván S. Konev, uno de los generales soviéticos más importantes de la Segunda Guerra Mundial, conquistador de Praga y de Dresde, apareció en Berlín como comandante en jefe de las fuerzas soviéticas estacionadas allí. Era una acción destinada a sugerir algún objetivo principal; era "como si los estadounidenses hubieran decidido convocar a Eisenhower y sacarlo de su retiro".<sup>125</sup> En realidad, el nombramiento constituía un alarde para impresionar a Occidente con la seriedad de las intenciones soviéticas. Como luego



revelara Jruschov, "el hecho de que Konev pasara la mayor parte de su tiempo en Moscú probaba que nosotros no estábamos esperando que la confrontación escalara hacia un conflicto bélico total".<sup>126</sup> Cuando uno de los generales occidentales le preguntó a Konev sobre movimientos militares significativos en el terreno vecino, éste anunció: "Lo que pudiera ocurrir en el futuro previsible aseguraría que sus derechos no serán afectados y que no se hará nada contra Berlín Occidental". Esta afirmación convenció a muchos alemanes occidentales de que el Oeste había hecho un trato con los soviéticos para aprobar la construcción del muro, otra "puñalada en la espalda". Kennedy, al referirse a la desconfianza característica que los alemanes mostraban hacia su gobierno, los comparó con la esposa que todo el tiempo le pregunta al esposo si la ama. "Cuando él siempre le dice que sí, ella le exige: 'Pero, ¿de verdad me quieres?'" y luego hace que algunos detectives lo sigan."<sup>127</sup> Los políticos alemanes ciertamente desconfiaban, a menudo sin razón, pero en este caso sus temores parecían estar justificados. A decir verdad, no había un trato oficial, pero Kennedy había dado repetidas indicaciones públicas de que no incluía el acceso a Berlín Oriental como una de sus condiciones y, como ya hemos visto, había dejado claramente establecido que aceptaría la clausura de la frontera. Los soviéticos actuaron con la confianza y la certeza, justificadas, de que no serían desafiados.

En la medianoche del 12 de agosto, se comenzaron a instalar las cercas de alambre de púas que separaban a Berlín Oriental de Occidente. Los comandantes militares occidentales no emprendieron ningún movimiento a pesar de las exigencias del alcalde de Berlín Occidental, Willy Brandt, quien les dijo: "¡Anoche ustedes dejaron que Ulbricht les pateara el trasero!". La única respuesta de Washington fue una declaración que expresaba que "las violaciones de los acuerdos existentes se cuestionarían, enérgicamente, a través de los canales apropiados", lo que era un claro indicio de que los estadounidenses no emprenderían ninguna acción militar.<sup>128</sup> Era muy similar a lo que contestaron los franceses cuando Hitler volvió a ocupar la Renania en 1936, una analogía que recordó Wolfgang Leonhard, un antiguo comunista que había estado en Moscú durante la guerra y que había sido miembro del gobierno de Ulbricht en Alemania Oriental cuando la caída de Berlín. Leonhard urgió a las fuerzas militares occidentales para que se desplazaran de inmediato a la frontera. Confía que Jruschov se retiraría, tal y como Hitler lo hubiera hecho si hubiera sido confrontado con la fuerza militar.<sup>129</sup> Brandt también hubiera querido una muestra de fuerza, por lo menos para asegurar a los alemanes occidentales que no estaban en peligro. Como socialdemócrata, había sido profundamente pro estadounidense y un gran admirador de Kennedy, por lo que se sintió extremadamente desilusionado: "*Kennedy* nos está haciendo picadillo", dijo, y aquellos que lo conocían mejor dicen que la falta de reacción estadounidense ante la construcción del muro ocasionó su posterior distanciamiento de los Estados

Unidos en busca de un acomodamiento con el Oriente comunista y la defensa del desarme antinuclear, objetivos que se opondrían a las políticas estadounidenses en los años siguientes. Más tarde, su colaborador cercano, Egon Bahr diría: “El trece de agosto nos hicimos adultos”. Informó que Brandt creía que, al cerrar la frontera, “la Unión Soviética había desafiado a la potencia principal del mundo y la había, realmente, humillado... La cortina se alzó y el escenario estaba vacío.”<sup>130</sup> Brandt escribió una carta a Kennedy, quejándose de la inacción estadounidense, que enojó mucho al presidente. Cuando se la mostró a la periodista Marguerite Higgins, sin embargo, ella le respondió: “Señor presidente, debo decirlo francamente: existe una creciente sospecha en Berlín de que usted sacrificará a los alemanes occidentales”. Que esta percepción era correcta lo probó el hecho de que 300.000 berlineses se agolparan en la plaza frente al Ayuntamiento de Berlín, con pancartas hechas en casa que decían: TRAICIONADOS POR EL OESTE. ¿DÓNDE ESTÁN LAS POTENCIAS [occidentales] PROTECTORAS? Y EL OESTE ESTÁ HACIENDO UN SEGUNDO MUNICH.

La posición estadounidense, en privado, era que no se necesitaba hacer nada. La reacción inmediata del embajador de los Estados Unidos ante la Unión Soviética, Foy Kohler, fue que “los alemanes orientales nos han hecho un favor. Ese flujo de refugiados se estaba haciendo muy embarazoso”.<sup>131</sup> El presidente consideró la erección del muro como una forma de salir del dilema berlinés. Le comentó a un ayudante de confianza: “Esta es la forma en que [Jruschov] sale del problema. No es una solución agradable, pero un muro es mucho mejor que una guerra”.<sup>132</sup> La actitud en privado de los dirigentes estadounidenses era increíblemente parecida a la de los británicos al conocer la ocupación de Austria por Hitler, cuando sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente de Relaciones Exteriores dijo: “Gracias a Dios que ya se salió de Austria... Después de todo, ése no era problema de nosotros. No sentíamos un afecto especial por los austriacos; sólo prohibimos el *Anschluss* para molestar a Alemania”.<sup>133</sup> Pero tales declaraciones no se podían hacer públicamente porque, seguro, se hubieran considerado una prueba de la falta de compromiso de los Estados Unidos y de la política de apaciguamiento. Los funcionarios estadounidenses en Alemania y miembros de su propio gobierno en Washington le advirtieron a Kennedy sobre un relajamiento de la moral en Berlín y los peligros de la falta de acción. El general Lucius Clay, el héroe de la primera crisis de Berlín, de 1948-1949, y del puente de suministro aéreo, estaba convencido —pensando en aquellos días— de que si se le hubiera permitido enviar una columna blindada a Berlín, entonces “la Guerra de Corea nunca se hubiera producido. Si él fuera presidente ahora, habría derribado el muro”.<sup>134</sup> Kennedy, por supuesto, no haría tal cosa, pero se sentía presionado a emprender un curso de acción que asegurara la confianza de aquellos que dudaban de su valentía y de la determinación de los Estados Unidos. El 17 de agosto, se decidió a enviar un grupo de

batalla de mil quinientos hombres de Alemania Oriental a Berlín para mostrar el compromiso estadounidense de mantener el acceso abierto a Berlín. Con ellos marchó el vicepresidente, Lyndon Johnson, en representación del presidente, y el general Clay, un símbolo de la determinación estadounidense.

La misión obtuvo un éxito considerable: los berlineses, e incluso Brandt, confiaron en que los estadounidenses tenían, al menos, la intención de proteger Berlín Occidental. Sin embargo, no todos los estadounidenses y sus amigos estaban satisfechos. A su regreso de Berlín, Johnson comentó con los periodistas, extraoficialmente, que la crisis de Berlín era el resultado de la actuación estadounidense en Laos y en Bahía Cochinos. Jruschov, dijo, “ya probó la sangre en Cuba, en Laos y ahora en Berlín y va a buscar más. Piensa que puede zanzanear a un presidente joven y a un nuevo gobierno y está escarbando para ver hasta dónde puede llegar”.<sup>135</sup> Eisenhower, en privado, estaba escandalizado porque Kennedy no logró defender el acuerdo de Potsdam. Dean Acheson y Lucius Clay consideraban que si los estadounidenses hubieran actuado con vigor y rapidez, se hubiera podido evitar, sin peligro, la erección del muro. Couve de Murville, el ministro de Relaciones Exteriores francés y el propio De Gaulle creían que “hubiera sido mejor tener una reacción inmediata contra el muro... y quizá los rusos se hubieran retirado”.<sup>136</sup> Considerando el pasado, no parece posible que un asalto al muro, aunque en fecha temprana, cuando la barrera era sólo un alambre de púas, hubiera sido útil. Si se hubiera derribado el muro, las fuerzas comunistas siempre hubieran podido retroceder y construir otro y las occidentales apenas hubieran podido penetrar la frontera, en su profundidad, para seguir derrumbando barreras. Ni era tampoco razonable arriesgarse a iniciar una guerra por ese asunto; pero había también riesgos de consideración en la forma en la que el presidente había permitido que se construyera el muro y la complacencia con la que parecía haberlo aceptado.

Kennedy había rechazado oportunidades importantes para advertir a los soviéticos que no emprendieran la violación unilateral del acuerdo de Potsdam, dando la impresión de invitar a una acción tal como forma de lograr un relajamiento de la tensión alrededor del tema de Berlín. Años más tarde, Bundy admitió que el discurso de Kennedy del 25 de julio pudo haber animado a Jruschov a cerrar la frontera. “Hubiera sido más prudente, al menos, ser menos claros sobre el asunto —dejar a Jruschov en una mayor incertidumbre— para que se pensara que la idea de un muro podría significar la guerra”. Un discurso así podría haber sido “un factor que hubiera detenido más a Jruschov”.<sup>137</sup> Pero eso era lo opuesto al enfoque de Kennedy. Buscaba “definición y claridad”, siempre temiendo que la guerra podría producirse por errores de cálculo. Parecía no considerar que cuando algunas definiciones claras podían ser una señal de debilidad y retroceso, también podían conducir al error de pensar que el retroceso podría continuar indefinidamente. Después de la construcción del muro, además,

una acción podía interpretarse justamente como “secreta, rápida y extraordinaria”, una “decisión súbita, clandestina”, un “cambio injustificado y deliberadamente provocador en el *status quo*” (ésta fueron las palabras que luego utilizaría para describir la introducción de misiles nucleares en Cuba),<sup>138</sup> durante más de una semana no emitió ninguna declaración pública y rara vez mencionó el asunto. Quedaba pendiente la interpretación, tanto para los amigos como para los enemigos, de si su comportamiento era parte de una política de apaciguamiento bajo condiciones de extrema presión. Podía pensarse, especialmente por el hombre que lo había tratado tan duramente en Viena, que el presidente estadounidense era un hombre rudo en sus discursos públicos y en sus gestos militares, pero blando y flexible en sus pensamientos y propósitos; que su debilidad política no le permitía hacer concesiones públicamente en negociaciones abiertas, pero que estaba dispuesto a permitir un *fait accompli* y aceptarlo sin dar respuesta; que podía ser empujado a abandonar las posiciones tomadas por predecesores más duros, en la búsqueda de acomodos pacíficos.

Jruschov era muy diferente: un hombre calculador e inquieto al mismo tiempo. Fyodor Burlatsky, uno de sus ayudantes, lo llamó un “aventurero”, un “hombre arriesgado” que gustaba de explorar y poner a prueba a su oponente. “Ya probamos esto”, dijo, en Berlín: “si presionamos a los Estados Unidos, ¿qué pasa?”. Para Kennedy, la crisis de Berlín fue una situación terriblemente peligrosa que pudo conducir a la guerra nuclear por lo que se requería prudencia y hacer concesiones. Pero Jruschov y sus asistentes vieron las cosas de manera distinta: “No temíamos... la impresión de que la historia de Berlín fuera dramática. Era un paso más en la Guerra Fría, pero no creíamos que fuera tan peligrosa. Nosotros los presionábamos a ustedes, ustedes nos presionaban, pero no era tan peligroso. Sólo juegos, juegos políticos. Eso es todo”. Sergo Mikoyan, el hijo del cercano colaborador de Jruschov y secretario de su padre, no siempre está de acuerdo con Burlatsky, pero sí coinciden en este punto: “Yo recuerdo una frase que Jruschov utilizaba en la casa: decía que Berlín era la cola del imperialismo y que se la podíamos halar cuando nos hicieran algo que no nos gustara. Pienso que ésta era su opinión, pero no creo que era importante para nosotros”.<sup>139</sup> Para Kennedy, sin embargo, no había juego alguno, era un peso mortal y pavoroso que colmaría su mente a lo largo de la crisis que se avecinaba.

#### SONANDO LOS MISILES

Incluso desde antes de la construcción del muro, Kennedy había presionado a Rusk para hallar la forma de iniciar las negociaciones sobre Berlín con Jruschov. Estaba preparado para desconocer o allanar la resistencia de sus aliados y comenzar las deliberaciones con los soviéticos tan pronto como fuera posible. Como

preparación para las conversaciones, Kennedy sugirió la formación de un pequeño grupo de trabajo que excluía a políticos de línea dura como Acheson y Kohler. Propuso, a su vez, incluir a Charles Bohlen, Bundy y Sorensen, “tres hombres a quienes los críticos no pudieran considerar lo suficientemente duros con relación al tema de Berlín”, y le dijo a Rusk que el grupo “debía ser casi tan invisible como fuera posible”, porque sus miembros tendrían que buscar propuestas frescas, nuevas, no “cosas recalentadas de 1959”.<sup>140</sup>

No se sabe a ciencia cierta cuáles eran las propuestas nuevas que tenía en mente, pero es evidente que en 1961 y 1962 “el cambio en la política de los Estados Unidos fue dramático”.<sup>141</sup> En ese período, el gobierno de Kennedy, de facto, aceptó la línea Oder-Neisse y, con ella, la división de Alemania; además, consideró realizar tratados por separado y un pacto de no agresión entre las dos Alemanias. Kennedy estaba dispuesto a no insistir sobre los derechos de ocupación en Berlín Occidental “si se podían diseñar otras garantías sólidas”. Accedió a conversar sobre “una zona de armamento limitado” en Europa Central y los Estados Unidos fueron abandonando la idea de compartir armas nucleares con Alemania. Y, por supuesto, había aceptado la construcción del muro, una abierta violación del acuerdo de Potsdam.

El mundo, a finales de 1962, era muy diferente al de noviembre de 1958. En la década de los cincuenta, la cuestión alemana era todavía un tema abierto. En los sesenta, la división de Alemania se aceptó como un hecho de la vida. A finales de la década de los cincuenta parecía que Alemania se encaminaba sin obstáculos a la adquisición de armas nucleares. A principios de la década de los sesenta, era evidente que la República Federal no tendría control sobre fuerzas nucleares propias.<sup>142</sup>

Estos cambios eran logros fundamentales para Jruschov y su política de alarde agresivo. Como un estudioso señala: “Es realmente asombroso constatar cuán lejos pudieron llegar los soviéticos con una estrategia bruta que consistía, solamente, en mantener el caldero hirviendo y agitarlo de vez en cuando —y esto en un período de tiempo en el que los estadounidenses tenían claramente todas las ventajas, en términos del equilibrio estratégico nuclear—”.<sup>143</sup>

La nota de Kennedy presionando a Rusk para que continuara con las negociaciones data del 21 de agosto. Exactamente una semana después, el presidente supo que la Unión Soviética estaba realizando una nueva serie de pruebas nucleares. Esto era una violación directa de la garantía dada por Jruschov en Viena, repetida en julio, de que él no sería el primero en volver a las pruebas nucleares. “Jodido, otra vez”, fue la respuesta del presidente ante un hecho que, según Sorensen, constituyó la más profunda desilusión que Kennedy sufriera por parte de los soviéticos durante su presidencia.<sup>144</sup> Kennedy entendió que la

acción era una forma de intimidación, pero no podía todavía comprender la decisión. A lo largo de su gobierno, ni Kennedy ni sus colegas parecieron entender, consecuentemente, los métodos de Jruschov ni su convicción de que podía abusar del presidente estadounidense. Jruschov le había comunicado a los científicos nucleares soviéticos, el 10 de julio, sus planes de reanudar las pruebas. Andrei Sakharov le pasó una nota advirtiéndole sobre las consecuencias peligrosas de reiniciar las pruebas. La respuesta de Jruschov revela su opinión sobre Kennedy:

Miren, nosotros ayudamos a elegir a Kennedy el año pasado. Entonces nos encontramos con él en Viena, una reunión que pudo haber sido un punto de giro. Pero, ¿qué fue lo que dijo?: “No pidan demasiado. No me amarren. Si hago demasiadas concesiones, harán que dimita”. ¡Qué tipo! Viene a la reunión, pero no puede actuar. ¿Para qué diablos necesitamos un tipo así? ¿Para qué perder tiempo hablando con él?<sup>145</sup>

La primera prueba soviética se realizó el 1 de septiembre. Kennedy estaba reacio a realizar nuevas pruebas nucleares estadounidenses por lo que, junto con el primer ministro británico Macmillan, propuso al día siguiente una prohibición nuclear en la atmósfera *sin inspección*, lo que representó una concesión vital que ningún dirigente occidental había estado dispuesto a hacer anteriormente. La única respuesta fue la explosión, el 3 de septiembre, de otra bomba nuclear soviética, seguida al día siguiente por una tercera prueba nuclear. El presidente sintió que ya no tenía opciones y dijo: “He esperado dos días que contestaran el mensaje que Macmillan y yo enviamos a Jruschov. Era un tiempo más que suficiente. Y lo que ellos hicieron fue explotar dos bombas más”, por lo que ordenó la reanudación de las pruebas nucleares, pero no en la atmósfera. Parecía que había entendido cuáles eran las intenciones de Jruschov, pero sólo en parte. Le explicó a Rusk que era demasiado pronto para esperar una respuesta de los rusos a las invitaciones estadounidenses para las negociaciones sobre Berlín. “Están empeñados en aterrorizar al mundo antes de comenzar a negociar y no han hecho que el caldero llegue al punto de ebullición. No han asustado a mucha gente.” Ante las quejas de Adlai Stevenson, contestó: “Nos han escupido en el ojo tres veces. No podíamos quedarnos sentados con los brazos cruzados... Todo esto hace aparecer a Jruschov como muy duro. Ha tenido una serie de victorias aparentes: el espacio, Cuba, el muro. Quiere dar la impresión de que nos tiene amedrentados”. A su amigo, Ben Bradlee, del *Washington Post*, sin embargo, le comentó su convicción de “que los vientos fétidos de la guerra están soplando”, que “Jruschov se estaba moviendo inevitablemente hacia el borde”.<sup>146</sup> Evidentemente, no comprendía la confianza que Jruschov depositaba en el alarde, su deleite en el juego, sino que tomó

sus palabras y sus acciones amenazadoras con total seriedad, a pesar de la aplastante ventaja estratégica de los Estados Unidos.

Kennedy siguió tratando de hallar una vía para el mejoramiento de relaciones y utilizó una entrevista que le hiciera James Reston del *New York Times* para sugerir que estaba ansioso por negociar. Jruschov contestó a través del mismo medio, utilizando una entrevista con C.L. Sulzberger para informar sobre sus puntos de vista. Insistió, de nuevo, en la necesidad de culminar un tratado de paz alemán y convertir a Berlín Occidental en una "ciudad libre". Tenía tanta confianza que hizo pública, por vez primera, una visión maquillada de su imagen del presidente estadounidense. Era "demasiado joven. Carece de la autoridad y del prestigio necesarios para determinar este asunto... Si Kennedy llegara al pueblo, si diera voz a sus pensamientos íntimos y declarara que era inútil luchar por Berlín... la situación podría arreglarse rápidamente". Eisenhower pudo haber dicho estas cosas y "nadie podía acusarlo de ser joven, inexperto o miedoso". Sin embargo, si Kennedy las decía, "la oposición alzaría su voz y lo acusaría de juventud, cobardía y falta de capacidad como estadista. Él le teme a eso". Al mismo tiempo, en privado y en secreto, a través de Sulzberger, ofreció realizar conversaciones, pero sólo "sobre la base de un tratado de paz y de un Berlín libre".<sup>147</sup> Los comentarios en el *Times* constituían un insulto público y retaban a Kennedy a probar su madurez y su valor si cedía ante las exigencias de Jruschov. El mensaje secreto suponía que el presidente no se ofendería y que no rehusaría conversaciones posteriores en su ansiedad por llegar a un acuerdo, una deducción correcta.

A mediados de septiembre, Rusk, siguiendo las orientaciones del presidente, habló con Gromyko para ver si podían realizarse las negociaciones sobre Berlín. Rusk le dijo a Gromyko que "si la atmósfera puede mejorarse, estamos listos para iniciar reuniones constructivas y de negocios". Dijo que los Estados Unidos defenderían sus derechos en Berlín y Gromyko le respondió que una guerra por Berlín sería tonta, "impensable e innecesaria". Bohlen, uno de los tres hombres que Kennedy había seleccionado para elaborar los planes de las negociaciones sobre Berlín, entendió esta declaración como que "pudiera haber alguna concesión real en la posición soviética".<sup>148</sup> Los soviéticos tenían razones para creer que había muchas más "concesiones" del otro lado, cuyo gobierno había aceptado inmediatamente entablar negociaciones luego que Jruschov hubiera roto una promesa importante, abiertamente y con violencia, y que coronó con un insulto público al presidente estadounidense.

Jruschov continuó jugando al gato y al ratón, alternando amenazas duras e insultos con gestos amistosos, algunas veces combinando los dos. Envío un mensajero para comunicarse con Kennedy a través de su secretario de prensa, Pierre Salinger. El enviado informó que "la tormenta en Berlín ya terminó". Jruschov estaba dispuesto a encontrarse con Kennedy, en el momento en que lo permi-

tieran los problemas políticos del presidente, para discutir las ideas estadounidenses sobre Berlín, pero insistió en que había que apresurarse porque los peligros de que ocurriera una confrontación militar mayor en Berlín eran grandes. Kennedy entendió que el mensaje quería decir que Jruschov no firmaría un tratado con Alemania Oriental ese año.<sup>149</sup> Muy pronto, luego de esto, Gromyko se lo confirmó a Rusk. Cuando Gromyko, entonces, acudió a la Casa Blanca para una conversación en la que “él no tenía nada nuevo que ofrecer”, Kennedy llegó a la conclusión de que “parece un deshielo”.<sup>150</sup>

El enviado de Jruschov le aconsejó al presidente que no permitiera que su próximo discurso en las Naciones Unidas tuviera un tono bélico, como el del 25 de julio, pero Kennedy no realizó ningún cambio en su texto. Reafirmó la posición occidental sobre Berlín Occidental y, de nuevo, mencionó el espectro de la guerra nuclear: “Nosotros, los que estamos en este salón, seremos recordados como parte de la generación que convirtió este planeta en una flamígera pira funeraria o como la generación que cumplió sus votos ‘de salvar a las generaciones venideras del azote de la guerra’. La decisión es nuestra. Porque juntos salvaremos nuestro planeta o pereceremos en sus llamas”. Dibujó un cuadro de *Gotterdammerung*, en donde todo se extinguiría. Esa no era la forma, por supuesto, en la que Jruschov hacía sonar sus cohetes, dando siempre la impresión de que eran sus enemigos los que serían destruidos mientras que la Unión Soviética sobreviviría, que era exactamente la doctrina militar soviética oficial. “Para asegurar que nadie interpretara erróneamente esta retórica como debilidad”, según Beschloss, Robert Kennedy apareció en el programa televisivo de noticias, “Meet the Press” (“Encuentro con la prensa”), el día anterior, para decir: “Esperaría que, en las pocas semanas que han pasado, [Jruschov] haya comprendido que el presidente utilizará las armas nucleares”.<sup>151</sup>

Podía ponerse en duda si Jruschov o los estadounidenses, compatriotas de Kennedy, habían llegado a esa conclusión. En su entrevista con Sulzberger, el presidente recordó que la senadora republicana Margaret Chase Smith había sido una de las tantas personas que dudaban de su voluntad para decidir la utilización de armas nucleares. Le aseguró a su interlocutor que “creo que hemos convencido de esto a Jruschov”, pero él no había convencido a todos los estadounidenses de su valentía. El 27 de octubre, con los tanques soviéticos enfrentados a un número igual de tanques estadounidenses en la frontera de Berlín, el presidente habló con el general Clay por teléfono. El general era de la opinión de que los soviéticos no iban a hacer nada. Kennedy le respondió: “Me alegro de eso. Sé que ustedes, allí, no han perdido el coraje”. Clay le contestó: “Señor presidente, no nos preocupa nuestro coraje, nos preocupamos por el coraje de ustedes en Washington”.<sup>152</sup> En una comida, en la Casa Blanca, un publicista halcón de Texas le dijo al presidente: “Podemos exterminar a Rusia y debemos dejar eso bien claro ante el gobierno soviético... Usted y su gobierno son unas



hermanitas débiles". La situación exigía "un hombre a caballo... Muchas personas en Texas y en el suroeste del país piensan que usted está montado en el triciclo de Carolina". Su periódico recibió más de dos mil cartas: el 84% de ellas apoyaba la acusación.<sup>153</sup>

Por razones políticas nacionales y también para influir en el comportamiento de Jruschov, Kennedy necesitaba emprender alguna maniobra que aumentara la confianza en la fortaleza de los Estados Unidos. A principios de febrero, unos pocos meses después que Kennedy hubiera ganado la elección aduciendo que los republicanos habían permitido un "vacío misilístico" en favor de los soviéticos, McNamara dejó escapar la noticia de que "no había un vacío misilístico". Dijo que cada lado tenía, aproximadamente, el mismo número de misiles en el lugar, sin especificar que los Estados Unidos tenían cerca de seis mil cabezas nucleares mientras que los soviéticos tenían unas trescientas. Su información provenía, principalmente, de fotografías imperfectas, tomadas por satélites, difíciles de interpretar. En junio, utilizando la información suministrada por el agente secreto Oleg Penkovsky, la CIA consideraba que los soviéticos tendrían entre cincuenta y cien misiles balísticos intercontinentales operativos (ICBM). Utilizando una recolección más completa y mejor de fotografías, tomadas por el satélite Discoverer, el estimado, el 6 de septiembre, era de menos de treinta y cinco. Una semana después, esa cifra fue corregida: entre diez y veinticinco ICBM se encontraban en silos o refugios blandos, lentos y difíciles de lanzar.<sup>154</sup> Tales misiles no servían para un segundo golpe; localizados en las fotografías estadounidenses podían utilizarse, escasamente, sólo para un primer golpe que, en cualquier circunstancia, sería suicida, contra un arsenal de misiles estadounidenses, inmensamente superior, que podía ser lanzado desde aeroplanos, submarinos y bases de cohetes en tierra. "Todo el sistema soviético de ICBM era, de pronto, obsoleto."<sup>155</sup>

La tentación de revelar esta información a los soviéticos era inmensa. Si ellos se enteraban de que los estadounidenses tenían una superioridad nuclear contundente, que estaban conscientes de ello y que tenían fotografías aéreas nítidas de todas las instalaciones de misiles soviéticos, esto pondría fin al abuso y al chantaje nucleares. Algunos consideraron que era importante mantener en secreto esta revelación para que Jruschov no se sintiera avergonzado públicamente y no se lo forzara a apresurar su propia producción de misiles y cabezas nucleares o se lanzara en alguna maniobra peligrosa para retomar su posición. Pero Kennedy tenía una razón de mucho peso para hacer público el anuncio. Como hemos visto, los críticos en el país dudaban de la capacidad militar estadounidense para enfrentar la amenaza soviética así como también la determinación de Kennedy para utilizar las fuerzas a su disposición. Con las elecciones intermedias a la vista, el presidente quería eliminar cualquier sugerencia que pudiera hacérsele de incompetencia y debilidad. Quizá, confiaba

que un anuncio público de la superioridad nuclear estadounidense podría resolver ambos problemas.

El anuncio se hizo el 21 de octubre de 1961 por Roswell Gilpatric, subsecretario de Defensa. Dio una lista de tipos y números específicos de armas nucleares, resumiendo de la siguiente forma: "El número total de nuestros carros de transporte y carga... se halla en las decenas de miles y, por supuesto, tenemos más de una cabeza nuclear por cada vehículo". El aspecto central de este mensaje era:

El poder destructivo que los Estados Unidos pueden soportar, incluso después de un ataque soviético sorpresivo sobre nuestras fuerzas, sería tan grande como —o incluso más grande que— la fuerza total no dañada que el enemigo puede amenazar con lanzar contra los Estados Unidos en un primer golpe. Es decir, tenemos una capacidad de segundo golpe que es, al menos, tan extensa como la que los soviéticos puedan tener si atacan primero.<sup>156</sup>

La respuesta inmediata de Jruschov fue ordenar otra explosión nuclear dos días después del discurso de Gilpatric. El ministro de Defensa soviético, Malinovsky, también pronunció un discurso muy desafiante en el que negaba la superioridad nuclear estadounidense y advertía sobre la destrucción que podría sufrir Europa Occidental en caso de guerra.<sup>157</sup> A finales de marzo de 1962, el presidente concedió una entrevista a Stewart Alsop en la que dijo que "Jruschov *no* debe sentirse confiado de que, dondequiera que los intereses vitales sean amenazados, los Estados Unidos no golpeará primero... En algunas circunstancias podríamos tener que tomar la iniciativa". La intención, una vez más, debió haber sido mostrar la rudeza y la determinación de Kennedy; si fue así, la estratagema no surtió más efecto que el discurso de Gilpatric. Para Jruschov, la entrevista seguro le pareció un intento para intimidar a los soviéticos y utilizar la recientemente anunciada superioridad nuclear como un arma política. Cuando Salinger lo visitó en mayo, Jruschov dijo: "Su presidente ha cometido un grave error, muy grave, por el que tendrá que pagar... Ha dicho que ustedes serán los primeros en utilizar la Bomba... Ni siquiera Eisenhower o Dulles hubieran hecho la declaración que ha hecho su presidente. Ahora nos fuerza a reconsiderar nuestra posición".<sup>158</sup> La reacción soviética y su comportamiento posterior no indican que temieran el uso que los estadounidenses pudieran hacer de la superioridad nuclear, anunciada ahora públicamente. Ni estas declaraciones, ni otras acciones occidentales parecen haber afectado el ritmo de la producción de misiles soviéticos que se había activado tan rápidamente como era posible desde finales de la década de los cincuenta.<sup>159</sup> La decisión de Jruschov de colocar secretamente misiles en Cuba, con la esperanza de que el presidente estadounidense no emprendería acción militar alguna, una vez detectada su

presencia, no tiene sentido si el dirigente soviético pensaba que Kennedy era capaz de un "repentino golpe" nuclear. Lo que mejor explica el comportamiento de Jruschov es su confianza en que el presidente no lanzaría sus armas nucleares aun bajo amenaza y provocación. Esta situación le permitiría corregir el equilibrio estratégico y político sin arriesgarse demasiado.

Si se considera en retrospectiva, desde un punto de vista político y estratégico, la decisión de hacer pública una declaración que revelaba la superioridad de los Estados Unidos puede haber parecido un error o la actuación de aficionados. La revelación pública de que Jruschov había estado alardeando sobre el liderazgo soviético con relación al armamento nuclear, que lo opuesto era, enfáticamente, lo correcto, era vergonzosa. Le buscaría problemas en la lucha contra China, dentro del bloque comunista y fortalecería la acción de sus críticos en el país. El efecto principal era, muy probablemente, hacer todavía más difícil que se considerara un ataque estadounidense contra Cuba para derrocar a Castro, aunque ya había razón suficiente para que Jruschov tratara de evitar esa otra situación penosa. Los estudiosos de la Crisis Cubana de los Misiles, generalmente, han elogiado a Kennedy por dejar una vía de escape para Jruschov, un medio para retirarse sin recurrir a la guerra. Fuera cual fuese la validez de este criterio con relación a la crisis de octubre, su decisión, en esta oportunidad, iba en la dirección contraria. Dada su debilidad política y diplomática, el presidente había arrinconado aún más a su oponente, ejerciendo mayor presión sobre él para que respondiera. El discurso de Gilpatric y la entrevista con Alsop constituyeron errores porque avergonzaron a Jruschov con el intento de utilizar la ventaja nuclear de los Estados Unidos como un arma de la diplomacia pública sin eliminar sus dudas de que el presidente estadounidense tenía la voluntad de utilizarlas como armas de guerra.

#### MISILES A CUBA

El desarrollo de los acontecimientos en Cuba constituyó un nuevo reto para Jruschov y una oportunidad de resolver muchos de sus continuos problemas. Desde Bahía Cochinos, Castro se había adherido, cada vez más claramente, al bloque soviético, y tenía una actitud más desafiante con relación a los Estados Unidos. Anunció públicamente un camino marxista-leninista para Cuba, recibió ayuda económica y abastecimientos militares de la Unión Soviética y, en secreto, envió una parte de éstos, junto con otras formas de apoyo, a las fuerzas revolucionarias en diversos lugares de América Latina. En público y con pasión dio a conocer su hostilidad hacia los Estados Unidos y su desprecio por los proyectos de alejarlo del poder. En realidad, creía que los estadounidenses iban, seguramente, a atacar a Cuba de nuevo y estaba profundamente preocupado por eso.

El gobierno de Kennedy estaba obsesionado con Castro a quien consideraban una amenaza a la estabilidad del hemisferio occidental. Para el presidente, “Castro era un símbolo de la convicción de Jruschov de que el comunismo avanzaba, una cabeza de playa para la influencia soviética en América Latina, una señal permanente de su propio fracaso en Bahía Cochinos. Dean Rusk se sorprendía de que ‘este hombre con hielo en sus venas’ fuera tan ‘emotivo’ con relación a Castro. McNamara recordaba que todos ellos estaban ‘histéricos’”.<sup>160</sup> Para enfrentarlo, el gobierno utilizó sanciones diplomáticas y económicas, acciones encubiertas dirigidas a su derrocamiento, incluso intentos de asesinato. Ninguna de estas tácticas, ni siquiera todas juntas, funcionaron ni representaron una posibilidad seria de triunfo. La única forma segura de tener éxito, aunque fuera costosa en bajas y provocara la opinión desfavorable de América Latina y el mundo, era a través de la invasión, pero Kennedy no estaba dispuesto a pagar ese precio. Los Estados Unidos hicieron planes para una posible invasión e, incluso, ensayó algunos, pero las pruebas indican que no tenía la intención de llevarlos a cabo. No quería que Cuba se convirtiera en “otra Hungría”; y, aún más relevante: Kennedy tenía el temor obsesivo de que Jruschov utilizaría algo así como una excusa para actuar contra Berlín Occidental, lo que atizaría el fantasma de la guerra nuclear. Sin embargo, Kennedy nunca negó públicamente la intención de atacar a Cuba, en gran parte por el costo político que conllevaría parecer blando ante Castro cuando la opinión pública estadounidense le era muy hostil. Casi tres décadas después de la crisis, McNamara declaró “categóricamente, sin adjetivos, y con toda seguridad, por conocer lo que pensaba el presidente Kennedy... *no teníamos intención alguna de invadir Cuba*”. El recuerdo de McNamara de la crisis de los misiles no siempre se aviene con sus puntos de vista de 1962, tal y como se revela en informes que se han hecho públicos, pero nada en ellos parece contradecir esta declaración. Sin embargo, más importante es cuando admite que “si yo hubiera sido un dirigente cubano en ese momento, podría muy bien haber pensado que había un peligro grande de invasión por parte de los Estados Unidos... Si hubiera sido un dirigente soviético, habría llegado a la misma conclusión”.<sup>161</sup>

Una invasión estadounidense a Cuba que derrocará a Castro no era un hecho que Jruschov pudiera contemplar con ecuanimidad. Ya estaba sufriendo los ataques que le dirigía Mao desde China, acusándolo de ser demasiado blando con Occidente. En dos ocasiones, no había respaldado sus propios ultimátums con relación a Berlín y los países de la OTAN seguían con sus tropas estacionadas en el sector occidental libre y capitalista. El discurso de Gilpatric había puesto al descubierto su política de alarde y la tremenda inferioridad del armamento nuclear soviético. El derrocamiento de Castro, la primera derrota de una revolución que se declaraba marxista-leninista, sería un terrible golpe adicional para el prestigio y la credibilidad soviéticas y, por lo tanto, para su poder.

La lección que se desprendía era que los Estados Unidos habían utilizado su ventaja nuclear para hacer retroceder la marea del comunismo y que Jruschov carecía de los medios y del valor para evitarlo. ¿Cuáles otras concesiones podría exigir los Estados Unidos y qué podría hacer el dirigente soviético para contrarrestar su poderío superior?

Jruschov le reveló primero la idea de colocar misiles en Cuba a Mikoyan a finales de abril. Dijo que, cuando vacacionaba en Crimea, miró al Mar Negro y expresó su resentimiento por las bases, allende el mar, desde donde los estadounidenses “podían, en poco tiempo, destruir todas nuestras ciudades al sur... ¡Nos han rodeado con bases por todas partes y no tenemos ni la posibilidad ni el derecho de hacer lo mismo!”. Esta era una queja antigua de Jruschov que ya había mencionado a varios estadounidenses sobre sus bases en lugares como Turquía, Gran Bretaña y Grecia y no se había sentido satisfecho con la respuesta dada, por ejemplo, por Adlai Stevenson de que las bases no eran agresivas sino defensivas.<sup>162</sup>

Cuando regresó a Moscú le confió a Mikoyan su plan: colocaría los misiles en Cuba, “muy rápidamente, en septiembre y octubre, pero no... lo revelaría antes de las elecciones estadounidenses en noviembre”. Jruschov planeaba anunciar la acción en una carta que le entregaría Dobrynin al presidente y “esperaba que fuera recibida en los Estados Unidos como lo fue la noticia de los misiles turcos en la Unión Soviética”.<sup>163</sup>

Los motivos que tenía Jruschov han constituido el centro de un gran debate. Entre las razones que se han esgrimido están: el deseo de defender a Cuba; un intento de poner fin al “vacío misilístico”; tener una pieza para negociar un intercambio de los misiles en Turquía y, quizás, en otros lugares; crear una oportunidad para provocar un arreglo favorable en Berlín; lograr una forma de ganarle terreno a China dentro del bloque comunista; alcanzar una victoria general en la Guerra Fría que permitiera obtener ganancias en muchos frentes; conseguir una victoria en la política nacional soviética.<sup>164</sup> Aunque se han esgrimido argumentos en contra de algunos de ellos, no hay razón para pensar que todos no hayan tenido algún peso en el pensamiento de Jruschov ya que la instalación exitosa de los misiles pudiera haber ayudado a conseguir cada uno de esos objetivos. Los dos objetivos que dio el mismo Jruschov, sin embargo, se pueden considerar lógicamente como los de mayor peso: la defensa de Cuba y el cierre del vacío misilístico.

[Un] pensamiento martillaba mi mente: ¿qué pasará si perdemos Cuba? Sabía que sería un golpe terrible contra el marxismo-leninismo. Disminuiría muy seriamente nuestra estatura por todo el mundo, pero especialmente en América Latina. Si Cuba caía, otros países latinoamericanos nos rechazarían, reclamarían que —con todo nuestro poderío— la Unión

Soviética no había sido capaz de hacer nada por Cuba salvo expresar protestas vacías en las Naciones Unidas. Teníamos que pensar en otras formas de confrontar a los Estados Unidos, no sólo con palabras. Necesitábamos establecer una manera de detener, tangible y efectivamente, la interferencia estadounidense en el Caribe. Mas, ¿qué exactamente? La respuesta lógica era: los misiles... Además de proteger a Cuba, nuestros misiles habrían igualado lo que Occidente gusta en denominar “el equilibrio de poder”. Los estadounidenses habían rodeado nuestro país con bases militares y nos habían amenazado con armas nucleares y ahora sabrían exactamente cómo se siente tener misiles enemigos apuntándote; no haríamos más que darles un poco de su propia medicina.<sup>165</sup>

Mikoyan contó, en esencia, lo mismo, privadamente en 1962, a un miembro de la misión húngara en Washington: “el despliegue de misiles en el Caribe... tenía como objetivos, por una parte, defender a Castro y, por la otra, lograr un cambio definitivo en la relación de poder entre los mundos socialista y capitalista”.<sup>166</sup>

Al escuchar el plan de Jruschov, Mikoyan le expresó sus dudas sobre la posibilidad de mantener en secreto el traslado de los cohetes, sobre la disposición de Castro de asimilar el riesgo y le manifestó que los estadounidenses no lo aprobarían.<sup>167</sup> Sin embargo, Jruschov no parecía haber cuestionado la disposición de Kennedy para aceptar la situación una vez que los misiles estuvieran colocados, pues esto sería uno de los aspectos más arriesgados de la aventura. ¿Qué pasaría si los estadounidenses descubrieran los misiles antes de que fueran operativos? En ese caso, el presidente estadounidense, con una superioridad contundente de las fuerzas convencionales en la región, podría iniciar la agresión a la isla y tomar las bases, atacando a las tropas soviéticas en el proceso. Cualquier amenaza soviética para lanzar un contraataque en otro lugar o para lanzar un golpe nuclear enfrentaría los mismos riesgos insatisfactorios que habían provocado, en primer lugar, la aventura. Incluso si los misiles eran operativos, cualquier amenaza de utilizarlos se encontraría con la misma realidad: una inmensa ventaja estadounidense en armas nucleares. Un ataque nuclear lanzado desde Cuba causaría un daño terrible en los Estados Unidos, pero la respuesta que vendría seguramente de los Estados Unidos destruiría totalmente el poderío soviético con un costo en bajas imposible de imaginar.

Es difícil creer que tales riesgos se justificaran por el objetivo de lograr un ajuste temporal en el equilibrio de poder mientras la capacidad de construcción de misiles soviéticos alcanzaba la de los estadounidenses, sin embargo, Jruschov se arriesgó. ¿Por qué? Burlatsky dice: “Yo no creo que el análisis de Jruschov fuera lo suficientemente profundo [hasta el punto de preguntarse] ‘¿cuál será la respuesta de los Estados Unidos?’. Muchas personas considera-

ron que esto era una aventura, pero él quería arriesgarse de todas formas. Como yo lo entiendo, era un primer paso hacia la paridad estratégica y él probó cuál sería". Sergo Mikoyan piensa "que Jruschov no valoró bien la reacción estadounidense".<sup>168</sup> Ambos hombres afirman que Jruschov estaba convencido de que el despliegue de misiles en Cuba no provocaría una reacción hostil por parte de Kennedy, sino lo contrario. Sergo Mikoyan, como hemos visto, plantea que él esperaba que le siguiera un mejoramiento en las relaciones soviético-estadounidenses. Burlatsky dice: "Creo, también, que el objetivo de Jruschov era comenzar la *détente* con los Estados Unidos —ésta era su meta principal—. Pero es muy difícil imaginar cómo, colocando cohetes en Cuba, se apoyaría esto".<sup>169</sup> Su desconcierto es natural, pero hay una posibilidad que explicaría no sólo esta esperanza sorprendente sino el deseo de Jruschov de emprender una aventura totalmente arriesgada: él esperaba que Kennedy admitiría la nueva situación sin resistencia. De ahí en adelante, ya restaurado el equilibrio de poder, los Estados Unidos aceptarían mejor el punto de vista soviético, cesaría de interferir en sus actividades y aprobaría la "coexistencia pacífica" en el sentido soviético. La determinación de Jruschov no era simplemente impulsiva y desconsiderada. Antes de decidirse, hacia finales de mayo, Jruschov habló sobre esto con un pequeño grupo de sus consejeros más cercanos: Frol Kozlov, secretario del Comité Central, Sergei Biryuzov, comandante de las Fuerzas de Cohetes Estratégicos, el canciller Andrei Gromyko, el ministro de Defensa Malinovsky y Sharaf Rashidov, un miembro alternativo del Presidium (Buró Político).<sup>170</sup> Como hemos visto, primero consultó a Mikoyan, quien le advirtió sobre la posibilidad de una respuesta estadounidense negativa. También habló con Gromyko, quien le dijo que "desplegar misiles en Cuba causaría una explosión política en los Estados Unidos. Estoy absolutamente seguro de eso y esto se debe tener en cuenta".<sup>171</sup> Jruschov le aseguró a Gromyko que "no necesitamos una confrontación nuclear y no tenemos intención de pelear". Advertido y desafiado, mantuvo su punto de vista original. Evidentemente, no dejó de evaluar bien sus acciones pero, a su vez, basó su análisis en su idea de la posible reacción de Kennedy: que aceptaría pacíficamente el cambio en el equilibrio de poder.

Parece que para esto Jruschov se apoyaba en razones de peso.<sup>172</sup> El fracaso de Kennedy al no respaldar la invasión de Bahía Cochinos sugería una falta de voluntad y de determinación, un temor a la acción soviética en algún lugar, una ausencia de resolución para arriesgarse en una guerra contra un débil oponente en su propia vecindad, aun cuando significara una humillación personal y nacional. En Viena, el presidente había retrocedido ante los compromisos estadounidenses, rebajado las posiciones adquiridas por los aliados y había aguantado un abuso sin precedentes. Su aceptación del muro de Berlín era una prueba más de timidez. "Si el presidente no había utilizado su superioridad

nuclear para dictar los términos en Berlín, donde los Estados Unidos tenían compromisos, ¿por qué la utilizaría en el caso de Cuba?"<sup>173</sup>

Kennedy, además, se había mostrado dispuesto a aceptar acciones soviéticas difíciles sin protestar y hasta ocultando lo que había sucedido, ante la población, para evitar una vergüenza política. Había negado públicamente que Jruschov le había dado un ultimátum sobre Berlín en Viena, sólo para avergonzarse cuando Jruschov reveló la verdad. El enviado de Jruschov, Bolshakov, había inducido a Kennedy a creer que existía la posibilidad de un tratado de prohibición de pruebas como recompensa por la realización del encuentro cumbre en Viena. Cuando no se firmó, Kennedy no protestó por el engaño. En la misma reunión, Jruschov prometió no ser el primero en reanudar las pruebas y luego rompió la promesa sin advertencia previa. De nuevo, Kennedy no se quejó. "Jruschov pudo pensar que Kennedy aceptaba esos trucos como complementos de la política internacional."<sup>174</sup>

Había otras señales que tendían a confirmar las apreciaciones de Jruschov. Después de Bahía Cochinos, Jruschov le escribió a Kennedy señalando que, mientras la Unión Soviética no planeaba establecer una base de misiles en Cuba, los Estados Unidos utilizaban el territorio de otros países para amenazar la seguridad soviética. Kennedy no respondió. En la cumbre de 1961, Kennedy había indicado cuidadosamente los derechos estadounidenses en Berlín que serían defendidos por los estadounidenses, pero no había trazado ninguna línea similar con relación a Cuba. "A Jruschov se le podía perdonar que supusiera que no era accidental el hecho de que Kennedy no se manifestara en contra de la existencia de misiles nucleares en Cuba."<sup>175</sup> En una conferencia de prensa en marzo, Kennedy dijo que no había diferencia entre un misil lanzado desde corta distancia o uno lanzado desde una distancia de ocho mil kilómetros; otro elemento para creer que el presidente no consideraría el despliegue de misiles en Cuba como algo alarmante. Entonces, en junio, el senador Fulbright hizo otra contribución a la comunicación internacional. En el Senado, dijo: "Supongo que todos estaríamos menos cómodos si los soviéticos de veras instalaran misiles en Cuba, pero no estoy seguro de que nuestra existencia nacional estaría, sustancialmente, en mayor peligro que lo que está hoy".<sup>176</sup> Una vez más, Kennedy no contradijo al senador, como tampoco había rechazado la invitación de Fulbright a los comunistas, un año antes, de sellar la frontera en Berlín. A Jruschov se le puede disculpar que creyera que el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, una vez más, estaba hablando en nombre del presidente.

Estas señales, junto con la prueba de la disposición de Kennedy de ir lejos con tal de evitar la confrontación y los riesgos de una lucha, reforzaron la suposición de que el presidente aceptaría los misiles en Cuba sin mucho riesgo para los soviéticos. Pudiera ser que respondiese a la instalación "súbita y secreta" de los misiles en Cuba como lo había hecho con la instalación "súbi-



ta y secreta” del muro de Berlín: “se sorprendería, enviaría una protesta formal a Moscú y entonces le diría al pueblo estadounidense que esto no era un asunto por el que Occidente estuviera preparado para ir a la guerra”.<sup>177</sup>

La reunión de Jruschov con sus consejeros, a finales de mayo, finalizó con la decisión de enviar una comisión a Cuba para ver si Castro cooperaba y si era posible instalar y desplegar los misiles en secreto. Sharaf Rashidov encabezaba la delegación que integraban, además, Sergei Biryuzov y Alexander Alexeyev, el nuevo embajador en Cuba. La misión soviética, con el pretexto de que iban a aconsejar sobre temas de irrigación, llegó a La Habana el 29 de mayo. Los cubanos aceptaron la propuesta rápidamente. Entonces, y desde ese momento, Castro y sus colegas han pregonado que ellos lo hicieron “no tanto por proteger a Cuba sino por cambiar la correlación de fuerzas entre el capitalismo y el socialismo”, explicando que “se podían tomar otras medidas para defender a Cuba sin recurrir a la instalación de misiles”.<sup>178</sup> Jruschov había dado instrucciones a la delegación para que esgrimieran ambos argumentos y, de hecho, le estaba haciendo una oferta a los cubanos. Enviaría una fuerza militar, un número significativo de tropas a la isla, que servirían como una especie de trampa, al igual que los efectivos occidentales en Berlín, que debían impedir una invasión estadounidense que provocaría un combate con tropas soviéticas, lo que podría conducir a una guerra mayor. En este caso, Jruschov sí colocó cuarenta y dos mil efectivos en la isla, un número considerablemente mayor que el que se precisaba para patrullar los emplazamientos de los misiles. Los misiles, por supuesto, eran valiosos por el mismo motivo. Una vez que estuvieran en capacidad de operar, ayudarían poderosamente a lograr el verdadero objetivo, que era, como asegura el hijo de Mikoyan, Sergo: “detener una invasión *antes de que se produjera*”.<sup>179</sup> Pero, por supuesto, también se “cambiaba la correlación de fuerzas”. Los cubanos no podían aceptar un ofrecimiento y rehusar el otro. Como Castro dijera después: “Era imposible no compartir los riesgos en que estaba incurriendo la Unión Soviética para salvarnos”.<sup>180</sup> Con expresiones de entusiasmo revolucionario, valor y solidaridad, los cubanos estuvieron dispuestos a cooperar. Con relación al segundo asunto que debía dilucidar la delegación, Biryuzov informó que los misiles podían esconderse en las montañas donde no serían encontrados.<sup>181</sup> La instalación rápida y el camuflaje se harían cargo del resto.

A principios de julio, una delegación militar cubana, encabezada por Raúl Castro, llegó a Moscú, donde sus miembros se reunieron con Jruschov y otros funcionarios para planear la instalación de los misiles. Llegaron a un acuerdo formal, renovable cada cinco años, que establecía que los misiles estarían totalmente bajo el control del mando militar soviético.<sup>182</sup> A la operación se le dio el nombre de “Anadyr”, el nombre de un río en una zona fría, bien al norte, para ayudar a enmascarar su objetivo tropical. Se tomaron precauciones extremas para preservar el secreto. Ochenta y cinco barcos se esparcieron por siete puertos y

se necesitaron 185 viajes para completar el movimiento de las fuerzas soviéticas hacia Cuba. Se creó una nueva estructura de mando, bajo el general I. A. Pliyev, un héroe de la Segunda Guerra Mundial. Encabezaba un grupo de oficiales, de todas las ramas de los servicios, para seleccionar lugares adecuados para el despliegue de sus fuerzas. El general Gramov, enviado a Cuba como representante de Malinovsky para revisar el desarrollo de la operación, recibió órdenes de su jefe de impartir las instrucciones del ministro de Defensa y del propio Jruschov a Pliyev: si ocurría una invasión, podían utilizarse armas nucleares tácticas, si llegaba a efectuarse “una invasión directa por parte del agresor”, pero “sólo en caso de extrema necesidad”. La utilización de armas nucleares tácticas, cuando fuera necesario, era una forma habitual de implementación de la doctrina militar soviética, pero el resto del mensaje era: “Las fuerzas de misiles sólo podrán ser disparadas si lo autoriza Nikita Sergeievich Jruschov” —y se repetía— ‘sólo si lo orienta el propio Comandante en Jefe Supremo’.<sup>183</sup> El control de las armas nucleares que podían alcanzar a los Estados Unidos siempre iba a estar, exclusivamente, en las manos del mismo Jruschov.

Los barcos soviéticos habían estado llevando armas a Cuba desde el verano de 1960, pero el ritmo se había hecho más lento a comienzos de 1962. En la primera mitad de ese año, llegaba cada mes un promedio de quince barcos de carga seca. A finales de julio, el ritmo se incrementó notablemente. Treinta y siete barcos arribaron en agosto, veinte de ellos con carga de armamentos.<sup>184</sup> En ese momento, la inteligencia estadounidense recibió reportes sobre la presencia de misiles soviéticos en Cuba. La investigación los señalaba como semejantes a la descripción de misiles tierra-aire (SAM) o misiles crucero, de no ser así, los informes estaban equivocados. A finales de agosto, se comunicó que se habían visto aviones de guerra soviéticos, MIG-21, y bombarderos IL-28. Un memorándum de la CIA, fechado el 22 de agosto, recientemente desclasificado, describe la llegada a Cuba de un extraordinario número de barcos que llevaban equipos y personal militares. Dice el informe: “La velocidad y la magnitud de este flujo de equipo y personal del bloque a un país que no es del bloque no tiene precedentes en las actividades de ayuda militar soviética; es evidente que algo nuevo y diferente se está produciendo”.<sup>185</sup> En fecha tan temprana como el 10 de agosto, John McCone, director de la CIA, llegó a la conclusión de que los soviéticos estaban enviando misiles balísticos de mediano alcance (MRBM) a Cuba. A pesar de las objeciones de sus subordinados, quienes consideraban que no tenía pruebas sólidas para esta convicción, escribió un memo al presidente en el que le confiaba sus sospechas. Una semana más tarde, informaciones adicionales lo llevaron a denunciar, de nuevo, en una reunión de alto nivel, que los soviéticos estaban instalando misiles ofensivos en Cuba.<sup>186</sup> McCone era un republicano muy conocido por sus acendradas posiciones anticomunistas. Kennedy, Rusk y McNamara descartaron este primer aviso influidos por las

conocidas opiniones de McCone y respondieron al segundo aviso insistiendo en que cualquier misil que se construyera en Cuba sería defensivo; esto es, no serían misiles tierra-tierra, capaces de alcanzar los Estados Unidos.

El 23 de agosto, sin embargo, el Presidente convocó una reunión del Consejo de Seguridad Nacional (NSC) para considerar las afirmaciones de McCone. De nuevo, Rusk y McNamara rechazaron los informes, pero Kennedy solicitó la elaboración de un plan de contingencia en caso de que el jefe de la CIA tuviera razón. Los estudios tendrían que considerar las ventajas y las desventajas “de una declaración que advirtiera en contra del despliegue de cualquier armamento nuclear en Cuba; los efectos psicológicos, políticos y militares de un despliegue tal; y las opciones militares que los Estados Unidos podían ejecutar para eliminar una amenaza de este tipo”. También pidió al Departamento de Defensa que analizara lo que pudiera hacerse para retirar los misiles estadounidenses Júpiter de Turquía. El 29 de agosto, un vuelo de enorme altitud de un avión U-2 informó que habían podido comprobar emplazamientos de misiles SAM en ocho lugares distintos de Cuba y, muy pronto, nuevas pruebas mostraron también la instalación de misiles crucero para la defensa de costas. Esta información le llegó al presidente el 31 de agosto, dos días después de una conferencia de prensa en la que había afirmado que no tenía evidencias de la presencia de tropas soviéticas o misiles de defensa aérea en la isla.<sup>187</sup> También el 31 de agosto, el senador Kenneth Keating, de Nueva York, informó al Senado que tenía pruebas de que los soviéticos habían instalado misiles balísticos de alcance medio e intermedio (IRBM) en Cuba, hecho que el gobierno estaba encubriendo. Conminó al presidente a actuar, sugiriendo que la Organización de Estados Americanos (OEA) enviara un equipo a Cuba para investigar. Kennedy y la CIA no tomaron en consideración esta denuncia arguyendo que provenía de exiliados cubanos y de otras fuentes no confiables, pero un grupo de prominentes republicanos, incluyendo a Richard Nixon, exigieron un bloqueo a Cuba para detener futuras entregas de armamento soviético. En el momento en que se acercaban las elecciones intermedias para el Congreso, de gran importancia para su presidencia, Kennedy se hallaba bajo fuego por no responder adecuadamente a lo que Nixon calificó como “un peligro claro y real” para los Estados Unidos. Los refugiados cubanos exigían que se “aplicara la Doctrina Monroe”. El *New Republic* cuestionó la valentía del presidente, acusando al gobierno de Kennedy de seguir el ejemplo del musical de Broadway *El rey y yo* (*The King and I*):

Siempre que tengo miedo,  
 mantengo la cabeza erguida  
 y silbo una tonada alegre  
 para que nadie sospeche  
 que yo tengo miedo.<sup>188</sup>

Incluso ante esta andanada de duras críticas, Kennedy no emprendió ninguna acción significativa. Jruschov podía perfectamente pensar que Kennedy conocía bien lo que estaba ocurriendo en Cuba porque Jruschov sabía que las denuncias de Keating y de los otros eran ciertas. Si un simple senador conocía la existencia de los misiles ¿cómo podía no saberlo el presidente? Si tenía dudas, ¿por qué no había presionado a los soviéticos para que le dieran garantías, insistir en inspeccionar, ejercer algún tipo de presión para detener las entregas, claramente visibles, de personal y de equipo militares? ¿Por qué negó públicamente la existencia de las instalaciones de SAM? Jruschov tenía buenas razones para creer que sus cálculos eran correctos, que Kennedy sabía lo que estaba sucediendo y que prefería ocultarlo al pueblo estadounidense. Eso quería decir, con toda seguridad, que aceptaría su presencia una vez que fuera revelada oficialmente.

En la primera semana de septiembre, las tropas de cuatro brigadas elite de blindados comenzaron a llegar a Cuba y lo siguieron haciendo hasta mediados de octubre, pero la inteligencia estadounidense sólo detectó su presencia el 25 de octubre.<sup>189</sup> El aumento de pruebas sobre los emplazamientos de SAM y una posible base para submarinos hizo que el presidente enviara a su hermano a entrevistarse con el embajador soviético, Anatoly Dobrynin, el 4 de septiembre. El embajador repitió la seguridad dada por Jruschov de que ningún misil tierra-tierra u otras armas ofensivas serían instalados en Cuba, “que este movimiento militar no tenía importancia alguna y que Jruschov no haría nada para enturbiar la relación de nuestros dos países en el período previo a la elección”.<sup>190</sup> El día anterior, Walt Rostow había entregado su evaluación sobre la situación en Cuba. Consideraba que los envíos soviéticos no presentaban “una amenaza sustancial a la seguridad de los Estados Unidos”, pero sugería que la Unión Soviética estaba “en un estado de ánimo en que doblaba sus apuestas en vez de reducir sus pérdidas”. Sin embargo, esto era un desafío y causa de intranquilidad para los Estados Unidos. Recomendaba que el presidente, en público, pusiera un alto “a la instalación en Cuba o en aguas cubanas de armas nucleares o carros de transporte y carga, con bases en la tierra o en el mar”.<sup>191</sup>

Robert Kennedy sugirió un curso de acción como el propuesto por Rostow: el presidente debía aclarar que los Estados Unidos no tolerarían la presencia de armas ofensivas en Cuba. Así lo hizo, pero en el contexto de rechazar los informes que aseguraban que los soviéticos ya los estaban instalando:

No hay pruebas de ninguna fuerza organizada de combate en Cuba, proveniente de algún país del bloque soviético; de bases militares otorgadas a Rusia; de alguna violación del tratado de 1934 con relación a Guantánamo; de la presencia de misiles ofensivos tierra-tierra; o de otra capacidad ofensiva importante, ya sea en manos cubanas o bajo la

guía y dirección de los soviéticos. Si fuera de otra forma, se produciría una situación de la mayor gravedad.<sup>192</sup>

Kennedy ni siquiera hizo esta declaración con la intención de cambiar el comportamiento soviético sino como una manera de responder a sus críticos internos. Años después de estos hechos, Bundy explicó: “Lo hicimos por razones de política nacional, no porque creyéramos realmente que los soviéticos hubieran hecho algo tan enloquecido —desde nuestro punto de vista— como desplegar armas nucleares soviéticas en Cuba”. Nunca se les ocurrió, antes, realizar una advertencia. Sorensen, quien parece haber tenido un *rapport* más íntimo con el presidente y una comprensión mejor de su pensamiento que cualquiera de los otros, con la excepción de su hermano Robert, ofrece una explicación de las intenciones del presidente. Al expresar su aceptación de las grandes cantidades de capacidad militar de todo tipo que estaban entrando en Cuba, siempre que no fueran misiles ofensivos, “el presidente estaba poniendo un alto a lo que él pensaba que los soviéticos no harían... Si hubiéramos sabido que los soviéticos estaban colocando cuarenta misiles en Cuba, nosotros —con esta hipótesis— hubiéramos trazado la línea del alto en cien y hubiéramos dicho, con mucho alboroto, que no toleraríamos, bajo ninguna circunstancia, más de cien misiles en Cuba. Digo esto [como] una persona convencida que hubiera sido un acto de *prudencia*, no de debilidad”.<sup>193</sup> Y esta es la conclusión extraída por un estudioso de la crisis:

Kennedy, por tanto, hizo una advertencia demasiado tarde para detener la operación de Jruschov en Cuba y tan exacta que motivó la eliminación de la opción de responder al descubrimiento de misiles en Cuba con cualquier otra cosa que no fuera una confrontación total con la Unión Soviética. Si el presidente hubiera hecho una advertencia así cinco meses antes o no se hubiera arrinconado ahora, la historia hubiera podido ser diferente.<sup>194</sup>

En conjunto, estas declaraciones extraordinarias sugieren que Kennedy estaba dispuesto a aceptar misiles ofensivos en Cuba sin lamentarse; que sólo la presión política lo forzó a prevenir a los soviéticos en contra de la acción; que fue sólo el error de rehusarse a creer que Jruschov pudiera realmente colocar armas ofensivas en Cuba lo que lo obligó a tomar medidas importantes para eliminarlas cuando fueron descubiertas. Si eso es cierto, entonces Jruschov tenía toda la razón en su juicio sobre Kennedy y el riesgo que asumió al instalar los misiles era mucho menor de lo que se ha pensado. El único error de Jruschov, entonces, habría sido el de subestimar la presión política que se podía aplicar al presidente de una nación libre que parecía poco dispuesto a proteger los inte-

reses y la seguridad de su país. Fue, precisamente, el error que cometió Hitler al confiar que Chamberlain aceptaría la invasión a Polonia como había aceptado el desmembramiento de Checoslovaquia, a pesar de las garantías públicas que había dado el dirigente británico. Hay pruebas abundantes de que Chamberlain, también, lamentó que “se había arrinconado” en 1939 pero, cuando se produjo la invasión, la presión política de dentro y fuera de su gobierno lo forzó a actuar. Si hubiera fracasado en su respuesta, lo hubieran obligado a dimitir. Hitler no había juzgado mal a su hombre, sólo falló en comprender los procesos de los países libres.

Si Kennedy realmente pensaba como lo describen sus colegas, uno sólo puede maravillarse ante su falta de comprensión de las realidades políticas y militares. Si hubiera estado en lo cierto y los soviéticos no hubieran instalado misiles ofensivos sino sólo colocado en la isla más de cuarenta y cinco mil soldados soviéticos, equipados, como sería de esperar, con misiles crucero tácticos con cabezas nucleares, con emplazamientos de SAM para evitar la vigilancia aérea y con todos los otros equipos modernos, esto no habría violado las condiciones que él había declarado públicamente como aceptables, aunque hubiera transformado a Cuba en un portaaviones soviético desde el cual se podría amenazar y ayudar a subvertir a los gobiernos del hemisferio occidental. El costo político de esto sólo sería seguramente más de lo que Kennedy hubiera podido soportar. Aun si no hubiera sido destituido, como dijo tiempo después, que es lo que hubiera sucedido si no aseguraba el desmantelamiento de los misiles una vez descubiertos, seguro lo hubieran derrotado en las elecciones para un segundo período. Lo más probable es que se lo hubiera obligado a una confrontación incluso sin el asunto de los misiles ofensivos. Es extraordinario que hubiera visto, lo que consideró como un incremento militar convencional soviético, con tanta complacencia. El caso requería profunda preocupación y resistencia, aun hasta el punto de la confrontación. Tal confrontación, sin embargo, hubiera sido mucho menos peligrosa que la que realmente ocurrió después de que algunos misiles nucleares ofensivos ya estaban colocados. Si Kennedy no se hubiera arrinconado la historia seguramente hubiera sido muy diferente, pero es difícil evaluar cómo se hubiera podido evitar una confrontación si él hubiera aceptado esta aventura soviética sin precedentes.

En las semanas que siguieron, a través de mensajes públicos y privados, Jruschov le aseguró a Kennedy que no tenía planes de colocar armas ofensivas en Cuba y prometió, de nuevo, no causar problemas antes de las elecciones. En una reunión con Sorensen, Dobrynin afirmó, en repetidas ocasiones, que “todos los pasos son de naturaleza defensiva y que no representaban ninguna amenaza para la seguridad de los Estados Unidos”.<sup>195</sup> Puede ser cierto que, al comunicar este mensaje, Jruschov no sólo trataba de engañar al presidente sino, también, de alentarlo a que “si los misiles eran descubiertos antes de noviem-

bre, él explicara a sus propios generales que eran puramente defensivos y que ocultara el hecho del conocimiento público hasta que terminara el trabajo de las urnas".<sup>196</sup>

El juego continuó cuando los soviéticos publicaron una declaración condenando la presencia de las bases estadounidenses en otros países, insistiendo en que las armas enviadas a Cuba eran completamente defensivas y negando que se hubiera trasladado algún tipo de arma ofensiva a Cuba ya que los misiles soviéticos en la nación eran tan poderosos que no había necesidad alguna de llevarlos a Cuba. Kennedy respondió, en una conferencia de prensa, que si Cuba intentaba exportar la agresión o se convertía en "una base militar ofensiva de capacidad significativa para la Unión Soviética", los Estados Unidos harían "lo que fuera necesario para proteger su seguridad y la de sus aliados". Pero también repitió que el personal soviético que estaba arribando a la isla no constituía una amenaza grave por lo que "la intervención militar unilateral, por parte de los Estados Unidos, no podía, en esos momentos, requerirse o justificarse".<sup>197</sup> Si era una advertencia a los soviéticos no dejaba de ser, igualmente, una respuesta a los críticos nacionales de su gobierno. Unos días más tarde, Jruschov habló con el vicescanciller austríaco, con la certeza de que su mensaje le llegaría a Kennedy. Como informa un destacado estudioso del Kremlin de aquella época, dijo que la Unión Soviética "combatiría cualquier bloqueo a la isla. Proclamó, a todos los vientos, que los estadounidenses habían perdido su espíritu combativo... En resumen, parecía estar convencido, en ese momento, de que todo lo que tenía que hacer era alzar un poco la voz. La seguridad en sí mismo, que había crecido en aquellos días, era la del jugador que ha movido su pieza".<sup>198</sup>

A mediados de septiembre, ese movimiento avanzaba hacia su culminación. Las fuentes de inteligencia de los Estados Unidos informaron que habían detectado lo que parecía ser una descarga de MRBM en el puerto cubano de Mariel, entre los días quince y diecisiete. Además, reportaron haber visto por lo menos ocho de ellos en un convoy que se dirigía hacia San Cristóbal, lugar donde se construyó el primer emplazamiento de misiles.<sup>199</sup> El día diecinueve, el Consejo de Inteligencia de los Estados Unidos aprobó un informe sobre el incremento de actividades militares en Cuba en donde se decía que habían visualizado los misiles, se relacionaban los continuos despliegues de misiles nucleares y se mencionaba un comentario jactancioso del piloto personal de Castro en el sentido de que los cubanos podían ganar en una confrontación con los estadounidenses "porque lo tenemos todo, incluyendo armas atómicas". También se refería a la construcción de un "sistema elaborado de defensa aérea SA-2". Se observaba, igualmente, que los soviéticos "podían obtener una ventaja considerable" con la colocación de los misiles en Cuba, pero consideraba tal instalación como "incompatible con la política soviética tal y como la entendemos actualmente... [Ellos] seguro comprenderían que esto no se podía hacer sin provocar

una reacción peligrosa por parte de los Estados Unidos”.<sup>200</sup> McCone no estaba de acuerdo con esta conclusión porque no reconocía el aumento en el poder de regateo soviético que Jruschov tendría con el despliegue de los misiles estratégicos, pero McCone perdió en la discusión.<sup>201</sup>

A finales de septiembre, embalajes apropiados para los bombarderos soviéticos IL-28, capaces técnicamente de portar cargas nucleares —aunque no se habían utilizado previamente con este propósito—, se detectaron en las cubiertas de los barcos que se dirigían a Cuba. En una reunión de la inteligencia, el 1 de octubre se presentaron pruebas de la posible instalación de IRBM a McNamara y a los jefes conjuntos. El Departamento de Defensa inició los planes de contingencia para un bloqueo a Cuba, ataques aéreos y desembarcos anfibios en la isla.<sup>202</sup> Mientras tanto, se desarrollaba un amplio programa soviético de desinformación que combinaba intentos de engaño y de pacificación: Gromyko dijo, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, que los Estados Unidos estaban planeando invadir Cuba, negó que la militarización en Cuba fuera una amenaza para los Estados Unidos y advirtió que un ataque a Cuba o a uno de los barcos en camino hacia Cuba podía significar la guerra. Al mismo tiempo, Jruschov proseguía su correspondencia secreta con Kennedy en la que hablaba de la posibilidad de una prohibición de pruebas, mientras que los misiles se dirigían hacia la isla. Más tarde el presidente comparó esto con la maniobra de engaño de los japoneses: los bombarderos se encaminaban a Pearl Harbor al mismo tiempo en que se celebraban negociaciones en Washington. Jruschov también envió un mensaje privado con Bolshakov, su canal oculto de comunicación con el presidente, para suavizarlo y engañarlo, insistiendo en que todo lo que estaba enviando a Cuba eran “armas defensivas”.<sup>203</sup>

El 13 de octubre, Chester Bowles, embajador plenipotenciario en el Departamento de Estado, dijo al embajador soviético Dobrynin que los estadounidenses “tenían algunas pruebas” de que los soviéticos estaban introduciendo misiles nucleares ofensivos en Cuba. Parece que Dobrynin no había sido informado y negó que tuvieran algún proyecto de ese tipo.<sup>204</sup> La conversación, claro está, se informaría al Kremlin. Jruschov pudo haber entendido esto como una indicación de que Kennedy había descubierto algunos misiles; en todo caso, se apresuró el trabajo con los misiles, incluso antes de que los SAM, necesarios para su vigilancia, estuvieran listos.<sup>205</sup>

El 14 de octubre, McGeorge Bundy presentó la posición oficial del gobierno en un programa de televisión nacional: “no hay ‘prueba en estos momentos’, ni había posibilidad, de que los soviéticos y los cubanos trataran de instalar una ‘capacidad ofensiva importante’... Hasta ahora, todo lo que se ha entregado a Cuba cae dentro de las categorías de ayuda que la Unión Soviética ha dado, por ejemplo, a Estados neutrales como Egipto e Indonesia y no me sorprendería ver apoyo militar adicional de ese tipo”.<sup>206</sup> La declaración no se ajustaba



totalmente a los hechos. Si se unía al informe de la conversación de Dobrynin con Bowles, esto le daba a Jruschov otra prueba de que sus esperanzas podían hacerse realidad: que Kennedy sabía lo que estaba sucediendo y lo estaba ocultando al pueblo estadounidense.<sup>207</sup> ¿Por qué el presidente y su gobierno fracasaron al no tomar seriamente las conclusiones plausibles a las que había llegado McCone contando con las mismas evidencias? Abram Chayes explicó, luego, su forma de pensar: “Yo mismo no creía en los informes de los misiles ofensivos porque *no quería* creer en ellos. No deseaba mentirle a los senadores cuando informara sobre la situación en Cuba y, ciertamente, no me inclinaba a tomar en serio a Keating y a McCone porque no pensaba, además, que eran confiables. No quiero acusar a ninguna otra persona de esto, pero era muy sencillo, para mí, no tomar en serio lo que decían Keating y otros apasionados que estaban vociferando sobre los misiles en Cuba”.<sup>208</sup> Es improbable que él fuera el único en tener esta postura. El mismo día de la negativa de Bundy, un vuelo de U-2 sobre el oriente de Cuba tomó fotografías que pusieron al descubierto, como primera evidencia sólida, la presencia de emplazamientos de MRBM en Cuba.<sup>209</sup> En la mañana del día dieciséis, ya se habían estudiado y analizado y la noticia se le comunicó al presidente.

#### LA CRISIS

Como una ayuda para enfrentar la crisis, el presidente designó un consejo, oficialmente denominado Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional, que se llegó a conocer como el “ExCom”. En él se hallaban su hermano, el fiscal general Robert Kennedy; el secretario de Defensa, Robert McNamara; el secretario del Tesoro, Douglas Dillon; el consejero de Seguridad Nacional, McGeorge Bundy; el presidente de los Jefes de las Fuerzas Conjuntas, Maxwell Taylor; el consejero especial del presidente, Theodore Sorensen; el subsecretario de Estado, George Ball; el director de la CIA, John McCone y el especialista en asuntos soviéticos del Departamento de Estado, Llewellyn Thompson. Además, Kennedy consultó a Dean Acheson, a John McCloy y a Robert Lovett, quienes no pertenecían al gobierno. Sin el conocimiento de los participantes, las reuniones del grupo fueron grabadas por el presidente. Ahora se pueden consultar las transcripciones de las reuniones, que sirven como base primigenia para corregir y complementar los recuerdos y los relatos publicados de lo que sucedió.

La primera reunión del ExCom tuvo lugar al mediodía del martes 16 de octubre de 1962, y la segunda esa misma noche. El grupo nunca dedicó tiempo al tema de permitir la permanencia de los misiles. La mayor parte de las conversaciones se centró en cuál acción militar sería la mejor: (1) un ataque aéreo

“quirúrgico” dirigido sólo contra las instalaciones de los misiles; (2) una ola general de bombardeos contra un número mayor de objetivos o (3) una invasión a Cuba. Se mencionó otra opción más: un bloqueo a Cuba. El presidente concluyó la primera sesión diciendo: “Quizá lo que tenemos que hacer es sólo *sacarlos* y continuar con nuestros preparativos... porque eso, *de todas formas*, es lo que vamos a hacer. Con toda seguridad vamos a decidimos por la número uno: vamos a eliminar estos, eh, misiles”.<sup>210</sup> En la sesión de la noche, McNamara presentó tres alternativas para eliminar los misiles: un camino político que incluía comunicaciones con Castro y con Jruschov; otro, en parte político y en parte militar, que incluiría la vigilancia completa, abierta y un bloqueo de las armas; y, una tercera, que incluiría algún tipo de acción militar.<sup>211</sup> No se llegó a ninguna decisión.

Quizá porque había un consenso sobre la necesidad de quitar los misiles, hubo poca discusión sobre el porqué. El general Taylor y otros pensaban que los misiles cubanos tenían una importancia estratégica sustancial, mientras otros, McNamara fundamentalmente, pensaban que no tenían esa importancia. El presidente coincidía con McNamara. En su “Resumen de hechos y premisas acordadas, posibles acciones y preguntas no respondidas”, escrito al día siguiente, Sorensen expresa: “Se establece, de forma general, que estos misiles, incluso si son totalmente operativos, no alteran de manera importante el número de megatonnes potenciales capaz de ser lanzado sobre suelo estadounidense”.<sup>212</sup> En realidad, no se desprende un consenso a partir de la transcripción de las reuniones. McNamara lo asegura, el presidente parece que lo acepta y es el propio punto de vista de Sorensen. Taylor afirma un criterio diferente, pero no lo defiende en detalle y no contradice la afirmación de McNamara por lo que quizá su silencio y el de los otros implicara un consenso. Pero no hubo casi motivo para aquellos que no hablaron a que lo hicieran ya que nadie arguyó en contra de la eliminación de los misiles, tuvieran la importancia que tuvieran.

Hay razones, sin embargo, para cuestionar este “consenso”. En una conferencia, en 1987, algunos de los participantes en el ExCom expresaron otras opiniones. Douglas Dillon dijo que la presencia de los misiles cubanos cambiaba notablemente el equilibrio estratégico: “Antes que los soviéticos colocaran misiles en Cuba era dudoso que pudieran lanzar, de veras, cabezas nucleares desde territorio soviético... Mi impresión, en aquel momento, fue que ellos alteraron radicalmente el número de cabezas nucleares *lanzables* y, en ese sentido, aumentaron, en forma significativa, la capacidad soviética”. Nitze consideró que el despliegue en Cuba “militarmente... sería un paso principal hacia la paridad nuclear —una paridad nuclear efectiva, no en números sino en efectividad militar— ya que su potencia en un golpe inicial desde esos lugares hubiera sido tremenda. Después de todo, ellos podían cubrir casi todos los blancos en los Estados Unidos. Entre los MRBM y los IRBM no se podía hallar casi ninguna

parte en los Estados Unidos que esos misiles no pudieran alcanzar. Y si se las arreglaban para dar un primer golpe, hubiera sido la hecatombe".<sup>213</sup> Uno de los estudiosos en la reunión señaló un punto más específico sobre la amenaza que los misiles soviéticos en Cuba constituía para la fuerza de bombarderos estratégicos de los Estados Unidos. Sólo había cuarenta y seis bases SAC en los Estados Unidos en aquel momento, casi todas al alcance de los IRBM. "Parecía una amenaza significativa para nuestra fuerza de bombarderos y esto era lo que preocupaba a los jefes conjuntos."<sup>214</sup>

Algunos funcionarios soviéticos expresaron puntos de vista semejantes. Georgi Shakhnazarov, ayudante de Mikhail Gorbachov en 1988, estuvo plenamente de acuerdo con Dillon y Nitze: "Es la capacidad de lanzar un misil lo que es importante para la paridad, no la cantidad de misiles. Nosotros no teníamos misiles cerca de los Estados Unidos. Aquello fue un intento de Jruschov de obtener la paridad sin gastar recursos que no teníamos".<sup>215</sup> Más revelador todavía: en una reunión en Moscú, en 1989, el general Dimitri Volkogonov, miembro del Ministerio de Defensa soviético e historiador con acceso pleno a los archivos soviéticos, informó que, en el momento de la crisis, los soviéticos tenían sólo veinte ICBM. Los cuarenta misiles embarcados hacia Cuba constituirían el doble y, aunque cada cabeza nuclear era menor que la de un ICBM, "esos misiles que estábamos desplegando en Cuba podían llevar casi la misma carga".<sup>216</sup> La instalación de los misiles cubanos casi doblaba, de un solo golpe, el poder de los misiles nucleares soviéticos y aumentaba mucho más la capacidad de dar en los blancos estadounidenses.

El general Volkogonov utilizó un lenguaje bíblico para expresar la misma idea: "San Juan, el Divino, dijo que Dios tenía siete tazas de ira que podía verter en la Tierra. Así, aplicando esta analogía a nuestro caso, deberíamos decir que la parte soviética, en ese momento, tenía sólo media taza. Los estadounidenses tenían siete tazas. Por lo tanto, si colocábamos nuestros misiles en Cuba, tendríamos una taza llena". Uno de los objetivos del plan era "elevar nuestra posición como una potencia nuclear",<sup>217</sup> y los misiles cubanos, aun si fueran "una taza llena", hubieran conseguido eso. La instalación de los misiles hubiera llevado a los soviéticos, de ser una amenaza no creíble, a ser una relativamente pequeña, pero una amenaza que podía ser muy importante contra un oponente que podía paralizarse con una detención nuclear mínima. En la reunión de 1987, Arthur Schlesinger manifestó claramente este aspecto. Los misiles

tuvieron un efecto considerable en el equilibrio *político* mundial. El emplazamiento de misiles nucleares probaría la capacidad soviética de actuar impunemente en el mismo corazón de la zona estadounidense de interés vital —una victoria de gran importancia para el Kremlin que veía al mundo en términos de esferas de influencia y que, inflexiblemente, vigi-

laba la suya—. Fue un acto audaz dentro de la esfera política estadounidense que, si hubiera funcionado, hubiera asestado un golpe severo a la posición estadounidense en todo el mundo.<sup>218</sup>

Sin embargo, McNamara y los que estaban de acuerdo con él no veían el aspecto militar de los misiles cubanos. Un desconcertado presidente Kennedy preguntaba: “Si él, eh, no aumenta mucho su fuerza, eh, estratégica, ¿por qué, eh, puede algún experto en Rusia decirnos por qué ellos [lo hicieron]?”.

Nadie en el ExCom daba una explicación satisfactoria, ni la ha dado nunca porque no puede haber una explicación basada en la creencia de que los misiles no alteraban el equilibrio estratégico. Jruschov, después de todo, decidió poner los misiles en Cuba a pesar del gran gasto y riesgo que eso implicaba para sí mismo y para su país. Pudo haber evitado esos riesgos si lo que quería era defender a Cuba, como reiteradamente han señalado los cubanos. No hay necesidad de correr peligros mayores a no ser que creyera que producirían un cambio en el equilibrio estratégico que podría, entonces, utilizarse ventajosamente para una cantidad inmensa de propósitos. La razón para el desconcierto de McNamara y de Kennedy era que ellos creían, explícita o implícitamente, en la doctrina de la “disuasión mínima”. Si una de las partes tenía alguna capacidad para lanzar aunque fuera unas pocas cabezas nucleares sobre las ciudades de sus contrarios, ese contrario se disuadiría de utilizar armas nucleares contra la otra parte. En 1962, los Estados Unidos tenían un proyecto maestro de guerra nuclear llamado el Plan Operativo Integrado Único (SIOP). Aunque se hallaba atado por este plan y parece no haberlo cuestionado en aquel momento, en 1987 McNamara dijo: “SIOP I (a) era absolutamente absurdo *antes* de Cuba y era totalmente irreal *después* de Cuba... ¿Alguien cree que un presidente o un secretario de Defensa estaría dispuesto a permitir que treinta cabezas nucleares cayeran sobre los Estados Unidos? ¡En modo alguno! Y por esa razón, ni nosotros ni los soviéticos hubiéramos actuado en forma diferente antes o después del despliegue nuclear”.<sup>219</sup> Pero, sin un sistema de Defensa de Misiles Antibalísticos, la doctrina de Segura Destrucción Mutua (MAD) que McNamara siempre defendía, requería que estos funcionarios estadounidenses estuvieran dispuestos a hacer precisamente eso y a contestar (o hacer que el enemigo pensara que lo harían) si ellos iban a proteger los intereses y la seguridad estadounidenses del chantaje nuclear. Como Kennedy y McNamara no tenían ninguna intención de utilizar las armas nucleares y conocían perfectamente la forma en que pensaba Jruschov, creían que no tenía sentido que él trasladara misiles a Cuba. Dedujeron que “era demasiado sensato para desafiarnos, lo que, obviamente, ocurriría si colocaba los misiles nucleares en Cuba”. Como Bundy dijera, después: “No suponíamos que la superioridad nuclear nos confería la oportunidad para la coacción política que Jruschov daba por segura”.<sup>220</sup> El

problema era que Jruschov no pensaba como ellos se imaginaban y no creía en la disuasión mínima. Opinaba que la guerra nuclear era posible, que podía ganarse y, por tanto, que la superioridad nuclear era muy importante.

Pero, ¿cómo podría la obtención de una paridad mayor, al instalar misiles en Cuba, ayudar a los soviéticos? Ellos aún estaban increíblemente atrasados en el poderío nuclear. Si asestaban un primer golpe no destruirían a los Estados Unidos o a su capacidad para acabar con la Unión Soviética. Jruschov no quería asestar un primer golpe ni ningún tipo de golpe nuclear. Lo que quería era tener una fuerza nuclear creíble que paralizara a los estadounidenses y que los inhabilitara para impedir los avances soviéticos por todo el mundo. Su objetivo era igual que la meta mínima de la “flota de riesgo” del kaiser: evitar que los británicos utilizaran su flota para restringir el poder alemán y bloquear su expansión. Se basaba en la convicción de Jruschov de que los estadounidenses no utilizarían las armas nucleares si, como luego afirmara con entusiasmo McNamara, había alguna probabilidad de que *algunas* armas nucleares cayeran sobre los Estados Unidos. Antes de los misiles cubanos, los soviéticos tenían sólo veinte ICBM imprecisos, una fuerza creíble muy insuficiente. Los cuarenta misiles adicionales, lanzados desde un lugar tan cerca como Cuba, con seguridad y obviamente harían un daño muy grande. Ante este hecho, los estadounidenses tendrían que ser más circunspectos y mantenerse alejados del camino soviético.

Al enfrentar, ineludiblemente, la prueba de su falta de comprensión de los objetivos de Jruschov, McNamara y aquellos que estaban de acuerdo con él tuvieron que cooperar. Hay razón para pensar que hubieran preferido aceptar los misiles antes que forzar una confrontación. En la primera reunión del ExCom, McNamara dijo: “Seré muy franco. No creo que exista un problema militar... Aquí hay un problema político nacional”.<sup>221</sup> Kennedy siempre se había inclinado hacia la posición de McNamara: “uno puede decir [como también dijera el presidente en marzo] que no hay diferencia alguna si uno explota por un ICBM lanzado desde la Unión Soviética o por uno lanzado desde ciento cincuenta kilómetros. La geografía no significa tanto... El mes pasado hubiera dicho... que no nos importaba”. Lo que había cambiado en la situación desde “el mes pasado” era la declaración pública de Kennedy prohibiendo la instalación de armas ofensivas en Cuba. “Pero cuando dijimos que no íbamos a hacerlo y entonces ellos siguen y lo hacen, y nosotros no hacemos nada, entonces... pensaría que aumentan los riesgos para nosotros. Eh, estoy de acuerdo. ¿Cuál es la diferencia? Tienen, sin dudas, bastante para volarnos. Creo que es una cuestión de... después de todo, esto es tanto una lucha política como militar.”<sup>222</sup> El precio político nacional de aceptar los misiles era evidente. Bundy dijo más tarde: “El problema básico, para nosotros, era que una y otra vez habíamos adoptado la posición pública de que la presencia de los misiles ofensi-

vos en Cuba era inaceptable... Los misiles nucleares soviéticos en Cuba planteaban una cuestión particularmente difícil ya que nuestro público sencillamente no los toleraría tan cerca de nosotros”.<sup>223</sup> El presidente le dijo a su hermano que si no hubiera actuado en contra de los misiles “me hubieran hecho dimitir”.<sup>224</sup> La implicación que se desprende es: ¡si solamente no hubiera juzgado mal a los soviéticos y trazado la línea en donde la trazó! Como un escritor solidario dijera: “¡Cuán diferentes hubieran sido esas conversaciones del gabinete si Kennedy hubiera redactado su declaración de septiembre en forma más vaga o no la hubiera hecho! En vez de estar discutiendo cómo sacar los misiles, él y sus consejeros podrían ahora considerar la opción de explicar a los estadounidenses que no tenían que preocuparse demasiado por los misiles en Cuba”.<sup>225</sup>

La suposición es que el pueblo estadounidense no se alarmaría a menos que el presidente le dijera que había razones para alarmarse, pero la esperada ira del pueblo estadounidense seguro surgiría porque la presencia de los misiles en Cuba implicaba un serio peligro. Una vez que se instalaran y se aceptaran, Jruschov se hubiera creído liberado del efecto de disuasión del poder nuclear estadounidense, a pesar de su superioridad. El presidente mismo lamentó su fracaso para llegar al final en Bahía Cochinos: un éxito que hubiera evitado la actual crisis. “Esto es lo que demuestra que Bahía Cochinos tenía razón de ser, realmente”, dijo, pero fue Robert Kennedy quien vio el asunto estratégico en su aspecto inmediato y concreto. “El otro problema está en América Latina, dentro de un año. Y el hecho de que tú dejaste *estas* cosas en las manos de los cubanos y entonces tu —es decir, tus— algunos problemas surgen en Venezuela. Vas a tener a Castro diciendo: ‘ustedes movilizan tropas para esa parte de Venezuela y nosotros dispararemos esos misiles’.”<sup>226</sup> Los misiles, sin duda, estarían en manos soviéticas, no cubanas, pero no había nada que impidiera a Jruschov decir algo similar, convencido, como estaba, de que los estadounidenses no desafiarían su alarde. Era todavía más probable que insistiera en los cambios que buscaba para Berlín, donde contaba con una ventaja contundente en las fuerzas convencionales, confiado en su esperanza de que los Estados Unidos no recurrirían a las armas nucleares si los misiles cubanos apuntaban a su corazón. Si los estadounidenses aceptaban el despliegue de misiles, ¿por qué no iban a aceptar la expulsión de Berlín antes de arriesgarse a un ataque nuclear que era posible por esos misiles? El momento, para ellos, de haber asumido alguna posición, si iban a asumir alguna, debió haber sido cuando se emplazaron los misiles, o antes, cuando se construyó el muro de Berlín.

Sin embargo, para el presidente, McNamara, Bundy y Sorensen, el problema era de “política nacional” y esto afectaba profundamente su visión de cómo proceder. El general Taylor, luego, describió así las opciones estadounidenses para eliminar los misiles: (1) hablarles. Esto es, lograr el objetivo a través de negociaciones; (2) dispararles. O sea, a través de la acción militar; (3) expri-

mirlos. A través de distintos tipos de presión; (4) comprarlos. A través de algún tipo de intercambio.<sup>227</sup> El embajador de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, Adlai Stevenson, solicitó, en repetidas ocasiones, la realización de negociaciones en las que los Estados Unidos estarían dispuestos a conversar sobre el abandono de la base estadounidense en Guantánamo, y sobre el traslado de los misiles Júpiter de Turquía e Italia a cambio del traslado de los misiles cubanos: “Yo creo que ustedes deberían dejar bien sentado que la existencia de misiles nucleares en cualquier parte es negociable, antes de que comencemos cualquier cosa”.<sup>228</sup> Kennedy, mientras tanto, rechazaba estas sugerencias. Podrían indicar que “nos habíamos asustado hasta el punto de abandonar nuestra posición”, y afirmó que no habría “regateo sobre nuestras bases en Turquía e Italia”. Después de la reunión, Robert Kennedy le dijo al presidente que Stevenson no era lo suficientemente fuerte para representar a los Estados Unidos y que debía ser sustituido. El presidente estuvo de acuerdo en que Stevenson quizá se había extralimitado en la sugerencia de las concesiones pero que había mostrado valor al desafiar la acusación de que era un apaciguador. Esa misma noche, Stevenson le dijo a un ayudante presidencial, con un lenguaje similar al utilizado por Alexander Cadogan en 1938: “Yo sé que la mayoría de esos tipos [en el ExCom] probablemente me consideren, a partir de ahora, como un cobarde, por lo que dije hoy, pero quizá necesitamos un cobarde en la reunión cuando estamos hablando de la guerra nuclear”.<sup>229</sup> Cadogan había dicho: “*¡Cuánto valor se necesita para ser un cobarde!*”.

El presidente, y algunos de los otros, como hemos visto, parecían —al principio— preferir la solución de “dispararles”, la idea de eliminar los misiles con golpes aéreos que hubieran tenido que continuarse con una invasión a la isla, pero pronto desistieron de ese enfoque. Necesitaba competir con un segundo enfoque que, rápidamente ganaba adeptos, una variante del método de “exprimirlos”. El plan, propuesto y apoyado por McNamara, consistía en presionar a los soviéticos al imponer un bloqueo naval a Cuba.

Las razones para un asalto eran obvias. Los misiles no eran todavía operativos pero cada día que pasaba acercaba el momento en que los soviéticos estuvieran listos para utilizarlos, o amenazar con su utilización, contra los Estados Unidos. Para la mayoría, ésta era una razón muy poderosa para bombardear con el fin de destruir los misiles y sus lugares de emplazamiento y McNamara expresó la necesidad de una acción rápida.

La cuestión es de la disposición de... el, de fuego y —y esto es esencial para la elaboración de nuestros planes— que el tiempo entre hoy y el momento en que la disposición de la capacidad de fuego se desarrolla es una cosa muy importante... Si vamos a golpear por aire las instalaciones o cualquier otra parte de Cuba, tenemos que estar de acuerdo ahora que esto

ocurrirá antes que los emplazamientos de misiles sean operativos. No estoy preparado para decir cuándo será, pero creo que es extremadamente importante que nuestras conversaciones y discusiones se basen en esa premisa: que cualquier ataque aéreo se planeará para efectuarse antes del momento en que ellos sean operativos. Porque, si se hacen operativos antes del golpe aéreo, no creo que podamos afirmar que los podemos eliminar antes que puedan ser lanzados; y si los lanzaran casi seguro que habrá, eh, caos en la parte de la costa este o de la zona, eh, en un radio de mil a mil seiscientos kilómetros desde Cuba.<sup>230</sup>

Años después, McNamara negó enfáticamente que estuviera preocupado por la presión del tiempo: “No creo que pusimos mucho énfasis en la fecha en que ellos podían ser operativos. Por lo menos, yo no. Sé que lo que se ha escrito después sobre el asunto lo hace parecer un aspecto importante pero no tuvo peso sobre mi decisión”.<sup>231</sup> Como McNamara pronto se manifestó en contra de un golpe aéreo y a favor de un bloqueo, es lógico que rechace, en retrospectiva, la importancia del tiempo, pero la transcripción de sus comentarios en la primera reunión del ExCom revela que no lo creía así en octubre de 1962.<sup>232</sup>

Para los otros, la presión del tiempo claramente pedía un ataque rápido para eliminar los misiles y el general Taylor y Dean Acheson apoyaban enérgicamente esta idea. Sin embargo, el golpe aéreo era menos atractivo para algunos porque constituía una acción militar irrevocable. Morirían efectivos soviéticos y probablemente llevaría a la guerra. Una segunda objeción al bombardeo era que la Fuerza Aérea insistía en realizar un ataque aéreo mucho mayor que el “quirúrgico” limitado a los emplazamientos de los misiles, donde los daños y las bajas serían relativamente bajos. Querían un ataque general, que requiriera cientos de vuelos de combate y que causara muchas bajas entre los civiles, tanto cubanos como del personal militar soviético. Incluso entonces, podían garantizar la destrucción de sólo el 90% de los misiles.<sup>233</sup> El general Taylor no creía que el 10% restante fuera significativo. Su punto de vista se ha descrito de la siguiente forma: “la crisis contenía pocos riesgos, si acaso, para una guerra nuclear... La superioridad militar estadounidense, tanto en el nivel local como en el nuclear estratégico le daba a los Estados Unidos mano libre, literalmente, para tratar el asunto de los misiles soviéticos en Cuba... El suceso sólo se convirtió en crisis por la ansiedad injustificada existente entre los principales consejeros civiles del presidente”.<sup>234</sup> Nitze sostiene el mismo punto de vista: “el factor decisivo era nuestra indudable superioridad estratégica. McNamara no creía en eso, pero yo creía en su importancia. Y, por lo tanto, no pensé que había mucho riesgo en que los rusos respondieran en forma tal que pusieran en acción nuestra indudable superioridad estratégica”.<sup>235</sup>



Pero estas opiniones perdieron terreno. En una reunión del ExCom, en la mañana del jueves dieciocho, Robert Kennedy respondió a la recomendación de los jefes conjuntos sobre el ataque aéreo con una cuestión moral: ¿una agresión furtiva no implicaría una violación de la tradición estadounidense y no socavaría “nuestra posición en la nación y alrededor del mundo”? Era una pregunta que, dijo, ocupó más tiempo en las discusiones que cualquier otra en los primeros cinco días.<sup>236</sup> El razonamiento “moral” y su defensa por parte del hermano del presidente, los atractivos de un bloqueo que podía considerarse sólo como un primer paso que no imposibilitaba acciones futuras más severas y el miedo por los misiles que no fueran destruidos ganaron al final. McNamara continuó defendiendo con pasión la idea de una “cuarentena” y, después de muchos debates, una votación mostró que seis miembros favorecían un ataque aéreo y once favorecían un bloqueo.

El presidente, que ya no participaba en las reuniones del ExCom, no expresó abiertamente su opinión. Años más tarde, el general Taylor dijo que el informe del general de la Fuerza Aérea, Walter C. Sweeney, el 21 de octubre, en el que se mencionaba: “no pueden esperar que los eliminemos a todos; algunos misiles se escaparán”, “seguro influyó al presidente, si es que necesitaba ser influido, para que escogiera la opción de la cuarentena”.<sup>237</sup> Kennedy, sin embargo, no necesitaba “ninguna influencia real” para preferir el bloqueo o “cuarentena”, que fue el eufemismo que se había escogido para aplicarlo. El día veintiuno ya había dado la aprobación final para el plan del bloqueo, antes de la reunión en la que habló Sweeney.<sup>238</sup>

Sin embargo, en la noche del 18 al 19 de octubre, algunas opiniones importantes cambiaron. Cuando el presidente se preparaba para salir en uno de los viajes de campaña, Rusk, Bundy y los jefes conjuntos le dijeron que ahora favorecían un ataque aéreo. La reacción de Kennedy revelaba sus propias inclinaciones. Le pidió a su hermano y a Sorensen que convocaran otra reunión del ExCom, ofreciendo cancelar su viaje si fuera necesario. “Sorensen lo vio impaciente y ‘un poco asqueado’ de que la gente estuviera todavía cambiando su forma de pensar.”<sup>239</sup> Él y su hermano estaban especialmente disgustados con Bundy quien había cambiado su opinión más de una vez y, como después diría Robert Kennedy, “finalmente encabezó el grupo que estaba a favor del golpe aéreo —y un golpe sin notificación previa, como el de Pearl Harbor—”. Sorensen recuerda que no era una buena semana para Bundy y que al presidente “eso no le gustaba”. Puede ser una conjetura acertada pensar que “Kennedy había confiado en que Bundy se diera cuenta de que él se inclinaba poderosamente por la solución de la cuarentena y [quería que] lo ayudara a convencer a los jefes conjuntos”.<sup>240</sup>

Lo sucedido en la reunión del ExCom el día diecinueve debía despejar cualquier duda que quedara. Un orador, no identificado, aventuró la opinión de que, a partir de la conversación con el presidente la noche anterior, se había

tomado la decisión tentativa a favor del bloqueo y que “él pensó que el presidente se había mostrado satisfecho con el consenso”.<sup>241</sup> El general Taylor, de inmediato, declaró que él y los jefes conjuntos no formaban parte de ese consenso. Bundy, entonces, aclaró que se oponía, argumentando, sin ambages, contra el bloqueo: “no eliminaría los misiles. No existía la certeza de su efectividad y, en cualquier caso, los resultados se obtendrían lentamente. Otra cosa, además, era que su aplicación se haría difícil por la publicidad previa que tendría y las presiones que seguirían, de parte de las Naciones Unidas, interesada en un arreglo negociado. Un ataque aéreo sería rápido y eliminaría las bases en una operación quirúrgica limpia. Favorecía una acción decisiva con las ventajas de la sorpresa y enfrentando al mundo con un *fait accompli*”.<sup>242</sup> El general Taylor razonaba que la decisión de aplicar un bloqueo tendría el efecto de evitar el golpe aéreo que él favorecía. En unos cuantos días los misiles serían operativos. “Así que un ataque aéreo tendría que ser ahora o nunca.” Este era un punto importante porque requería que los participantes en la reunión escogieran entre dos opciones, destruyendo la posición más cómoda que favorecía el bloqueo: si fallaba, una solución militar todavía era posible. Dillon y McCone apoyaban el ataque aéreo; McNamara se pronunciaba por el bloqueo y George Ball dijo que estaba indeciso.

En este momento, el hermano del presidente intervino decisivamente. Para ser efectivos, dijo, un ataque aéreo sobre los misiles tenía que ser rápido y secreto. En la primera reunión del ExCom, Robert le había pasado una nota a su hermano que decía: “Ahora sé cómo se sentía Tojo cuando estaba planeando Pearl Harbor”. En la reunión del diecinueve, abundó más en esta analogía. Había acabado de hablar con el presidente esa mañana y

pensaba que sería realmente muy difícil para el presidente si decidían que se realizara un ataque aéreo, por el recuerdo de Pearl Harbor y por todas las implicaciones que esto pudiera tener para nosotros en cualquier tipo de mundo que existiera después. Durante 175 años no hemos sido ese tipo de país. Un ataque furtivo no estaba dentro de nuestras tradiciones. Miles de cubanos morirían sin aviso previo y muchos rusos también. Favorecía la *acción*, que se conociera, sin lugar a dudas, que los Estados Unidos habían decidido seriamente que se trasladaran los misiles fuera de Cuba, pero pensaba que la acción debía dejar un espacio de maniobra a los soviéticos para que abandonaran las extensas posiciones que habían ocupado en Cuba.<sup>243</sup>

La analogía, repetida una vez más, era completamente plausible. En 1941, los japoneses atacaron sin una provocación específica mientras sus embajadores estaban ocupados en las negociaciones que se encaminaban, aparentemente,

a zanjar las diferencias pacíficamente. Un ataque estadounidense se produciría sólo después de que los Estados Unidos hubiera advertido a la Unión Soviética, específicamente, contra aquello que estaba haciendo. La analogía, de hecho, parecía venirle mejor a los soviéticos, quienes emplazaban los misiles en secreto mientras negaban continuamente que lo estuvieran haciendo. Además, el moralismo de Robert Kennedy no se aviene con su sugerencia anterior de que los Estados Unidos inventaran un pretexto para actuar contra Cuba: “y otra cosa es si, eh, deberíamos pensar también en, eh, eh, si hay otra forma en que podamos meternos en esto, a través de la Bahía de Guantánamo o algo, eh, o si hay algún barco que... saben..., hundir al Maine otra vez o algo”.<sup>244</sup> Sus palabras, sin embargo, causaron un gran impacto. Dillon, como hemos visto, favorecía un golpe aéreo “quirúrgico”, un punto de vista al que volvió muchos años más tarde, pero la declaración de Robert Kennedy cambió su opinión. “Al final estuve de acuerdo con Bobby Kennedy en que un asalto sorpresivo a Cuba, en ese momento, era inaceptable porque se asemejaba demasiado al ataque japonés sobre Pearl Harbor. Si los agredíamos de esa forma, estaríamos renunciando a los ideales por los que yo creía que habíamos luchado en la Segunda Guerra Mundial.”<sup>245</sup> No tenemos razones para dudar de que Dillon y otros se conmovieron sinceramente por los argumentos del fiscal general, pero sería ingenuo ignorar el hecho de que él también había levantado el velo, descubriendo la propia preferencia del presidente y pidiendo al grupo que no recomendara una acción que haría que las cosas fueran “muy, muy difíciles para el presidente”. Como un participante de ExCom dijera más tarde: “Todos sabíamos que el Pequeño Hermano estaba observando y estaba haciendo una pequeña lista de la posición de cada uno de nosotros”.<sup>246</sup>

El ExCom se dividió, entonces, en dos grupos de trabajo, para elaborar los razonamientos que apoyaran cada una de las opciones. Cuando se volvieron a reunir, continuaron las deliberaciones. Taylor afirmaba que no se podía tener todo, que había que escoger entre el ataque aéreo y el bloqueo, lo que presentaba, claramente, un problema para aquellos que favorecían el bloqueo. McNamara, por lo tanto, anunció que un ataque aéreo se podría hacer en algún momento después del domingo, si el bloqueo no funcionaba. Esto le dio a Robert Kennedy la oportunidad que necesitaba: “El fiscal general tomó buena nota de este cambio y, hacia el final de la reunión, dejó establecido, sin lugar a dudas, que favorecía el bloqueo como un primer paso. Los otros pasos que pudieran darse no se eliminaban y podían tenerse en consideración. Planteó que era evidente cuál debía ser la decisión”.<sup>247</sup> Taylor temía que los misiles pudieran convertirse en misiles operativos antes de que pudiera lanzarse un ataque aéreo, pero no se tuvo en cuenta este temor. Se incitó a los indecisos a creer que ambas opciones todavía eran viables. La decisión de realizar un bloqueo se había tomado, aunque no sería oficial hasta el día veintiuno.

La argumentación “moral” de Robert Kennedy contra un bombardeo se basaba en la premisa de que sería un “ataque furtivo”, pero no queda claro. Sorensen, de hecho, trató de redactar una carta que el presidente podía enviar a Jruschov antes del ataque aéreo. Para evitar darle a Jruschov tiempo a demorarse, a esconder los misiles, a hacer propaganda o a tomar otras medidas desagradables, la carta tendría que ser “muy concreta y obligatoria”, entregada por un enviado personal de alto nivel. Diría que “sólo si él estaba de acuerdo, en su entrevista con el mensajero (y con los otros que fueran convocados), a ordenar que los misiles fueran desmantelados, los Estados Unidos suspenderían su acción militar mientras nuestra vigilancia se asegurara de su traslado”. La idea pareció atractiva para “muchos de aquellos que, al principio, estaban a favor del ataque aéreo... con la esperanza de que un aviso sería suficiente”.<sup>248</sup> Además del aviso, el plan de Sorensen incluía una invitación del presidente para encontrarse con Jruschov, si venía a Nueva York, para conversar —entre otras cosas— sobre “las bases de la OTAN en Turquía e Italia”.<sup>249</sup> Años más tarde, Burlatsky se preguntaba por qué el presidente había comenzado con un anuncio público del bloqueo y no con la comunicación privada para Jruschov.<sup>250</sup> La explicación de Sorensen es que “no importan cuántas referencias yo haga para una cumbre, a las intenciones pacíficas, las promesas y las advertencias anteriores, la carta todavía constituirá la clase de ultimátum que una gran potencia no podía aceptar y una justificación, ya sea para un ataque ventajoso contra este país o para que nos acusen en la corte de la historia”.<sup>251</sup> Mientras Sorensen trabajaba en la carta que nunca se envió, el presidente se estaba entrevistando con el canciller soviético. Gromyko se quejó de las acciones estadounidenses contra Cuba y entregó un mensaje de Jruschov en el que se aseguraba a Kennedy, de manera firme, que la ayuda que los soviéticos daban a Cuba no era de naturaleza ofensiva. El presidente leyó sus advertencias anteriores contra la instalación de armas ofensivas y Gromyko no hizo comentario alguno. El presidente no le preguntó directamente sobre los misiles o reveló su descubrimiento.<sup>252</sup>

Cuando Gromyko se fue, Kennedy lamentó no haberle mencionado los misiles, pero no dijo por qué. Burlatsky, muchos años después, consideró esto como una oportunidad perdida: “Estoy convencido de que si John Kennedy hubiera dicho, cuando se reunió con Gromyko, ‘sabemos todo sobre los cohetes en Cuba’, quizá no hubiera habido una crisis, porque Jruschov debía entender que había sido descubierto y que necesitaría ahora negociar a partir de una situación nueva. Pero Kennedy no le dijo nada a Gromyko”.<sup>253</sup> Nunca sabremos si un anuncio previo de que los misiles se habían descubierto acompañado de una nota severa exigiendo su eliminación pudieran haber evitado la crisis que siguió, antes de que los misiles fueran operativos. Lo que está claro es que Kennedy prefería los riesgos de la demora y de la inacción a los de la acción.

El viernes, 20 de octubre, Kennedy sostuvo otra reunión. Aunque la decisión final no se había tomado, aclaró que el bloqueo era el camino que escogería, llamándolo “el único curso compatible con los principios estadounidenses”. Adlai Stevenson sugirió que, incluso, al anunciarse el bloqueo, los Estados Unidos debían proponer un arreglo: trasladar los misiles estadounidenses de Turquía y abandonar la base estadounidense de Guantánamo. La proposición provocó muchas críticas, algunas del presidente, pero sus diferencias con Stevenson eran sólo tácticas. En la reunión del ExCom, el día antes, McNamara, cuya forma de pensar a lo largo de la crisis parece haber estado muy cerca de la de Kennedy, había expresado “que los Estados Unidos debían pagar un precio para sacar los misiles de Cuba. Consideraba que, por lo menos, tendríamos que desmantelar nuestras bases de misiles en Italia y Turquía y, probablemente, tengamos que pagar más”.<sup>254</sup> Ahora, día veintiuno, Kennedy “estuvo de acuerdo en que, en un momento adecuado, tendríamos que reconocer que estábamos dispuestos a sacar los misiles estratégicos de Turquía y de Italia si este asunto era abordado por los rusos... Pero se mantuvo firme en decir que sólo haríamos una propuesta así en el futuro”.<sup>255</sup> Ese futuro llegaría sólo unos días después.

El lunes, 22 de octubre, los enviados informaron a los aliados principales de los Estados Unidos sobre la instalación de los misiles en Cuba y sobre el plan para bloquear la isla. Esa misma tarde, sólo dos horas antes de su discurso a la nación, el presidente lo comunicó a diecisiete dirigentes del Congreso de ambos partidos. Richard Russell, el influyente senador por Georgia, había pedido que se le informara antes de la reunión, por lo que fue el único congresista presente que estaba preparado para lo que iban a escuchar. Mientras oía al presidente escribió una nota para sí mismo: “Jruschov cree lo que dice: tenemos miedo”. En respuesta al presidente, denunció la cuarentena como una solución a medias. Solicitó con urgencia un ataque que eliminara los misiles y que también se encargara de acabar con Castro y su gobierno. Para sorpresa del presidente, se le unió Fulbright, quien también favorecía una invasión, diciendo que “sería menos provocador y tendría menos posibilidades de precipitar una guerra con Rusia”. Otros, entonces, se unieron a la crítica diciendo que el bloqueo era demasiado lento y no lo consideraban una respuesta adecuada ante el peligro. Apoyarían al presidente en la crisis, pero los dirigentes republicanos de la Cámara y del Senado insistieron en que se registrara que habían sido informados, no consultados.<sup>256</sup> Evidentemente, valoraban los planes de Kennedy como demasiado débiles. No tenía casi espacio para la retirada. Comprendía la política estadounidense aun cuando Jruschov no la entendiera. Su evaluación de lo que era políticamente posible puede haberlo llevado a adoptar una posición más firme que la que hubiera querido tener. Si no sacaba los misiles, el precio político hubiera sido enorme.

Esa noche, Kennedy dirigió su discurso a la nación. Anunció que “la política de este país será considerar cualquier misil nuclear lanzado desde Cuba con-

tra cualquier nación en el hemisferio occidental como un ataque de la Unión Soviética a los Estados Unidos, que requerirá una contundente respuesta a la Unión Soviética".<sup>257</sup> Los efectivos militares de los Estados Unidos se colocaron en DEFCON 3 y las fuerzas nucleares en DEFCON 2, el nivel más alto de la alerta antes del inicio de una guerra. Los aviones SAC estaban en el aire, los submarinos nucleares Polaris abandonaron los puertos y se encaminaron a sus estaciones en el mar y las tripulaciones de los ICBM se pusieron en alerta máxima. Nunca antes, ni después, estuvo el mundo tan cerca de una confrontación nuclear.

Nunca sabremos cuán cerca estuvo, realmente, de suceder la catástrofe. Jruschov respondió, airado, al discurso de Kennedy. En un informe se dice que su primera reacción fue ordenar una aceleración del emplazamiento de los misiles e instruir a los capitanes de los barcos que se acercaban a Cuba que ignoraran el bloqueo y continuaran la navegación. El relato apunta a que sólo la intervención de Mikoyan detuvo los barcos.<sup>258</sup> No es extraño que las primeras reacciones de Jruschov fueran belicosas. Kennedy había reaccionado en la misma forma, diciendo enfurecido: "No puede hacerme eso *a mí*" cuando supo la noticia de los misiles<sup>259</sup> y no tenía duda alguna de que un ataque aéreo era la mínima respuesta posible. Jruschov, como Kennedy, tuvo tiempo para reconsiderar. Si Mikoyan ordenó a los capitanes que detuvieran su curso, no podía haberlo hecho sin la aprobación de Jruschov. La construcción de los misiles cubanos, además, continuaba a un ritmo acelerado. Las acciones de Jruschov, a partir de aquí, en todos los casos, fueron cautelosas, mucho más de lo que esperaban Kennedy y sus consejeros. Ellos, seriamente, pronosticaban problemas en Berlín e incluso consideraban la posibilidad de un ataque soviético contra los misiles turcos pero Jruschov no realizó ninguna acción provocadora.

Al día siguiente del discurso Jruschov envió una carta a Kennedy en la que denunciaba el bloqueo pero aseguraba al presidente que los misiles estaban en Cuba por razones puramente defensivas. Evitaba el lenguaje duro y las amenazas que había utilizado en ocasiones anteriores y, en su lugar, pedía a los Estados Unidos que "mostrara sabiduría" y que evitara emprender acciones que pudieran conducir a la guerra. El embajador Kohler observó que, tanto en la declaración como en la carta, "se evitaban las amenazas específicas y ambas eran, relativamente, moderadas en el tono".<sup>260</sup> Los mensajes, de hecho, se pueden interpretar como un llamado al presidente para que no lanzara un ataque. La respuesta de las fuerzas militares soviéticas no se correspondió con la presión que implicaba la alerta estadounidense, cancelaron bajas y licencias, pero no hicieron desplazamientos y no colocaron a sus unidades en estado de alerta de guerra. Jruschov también emitió una declaración pública, para consumo soviético, en donde mencionaba un bloqueo estadounidense a Cuba, pero no dijo nada de los misiles soviéticos. Mostraba el asunto como algo entre los Estados Unidos y Cuba. "Quizá los rusos pensaron que si tenían lue-

go que retirarse era menos penoso hacerlo bajo la ficción de estar resolviendo un conflicto entre los Estados Unidos y un tercer país... que parecer que retrocedían ante una confrontación abierta entre las superpotencias.<sup>261</sup> Así lo vio el Departamento de Estado al reportar que “la reacción soviética hasta ahora sugiere un alto grado de circunspección e implica que la Unión Soviética puede estar dejando, cuidadosamente, la puerta de atrás abierta para alejarse del peligro que representa una guerra general en Cuba”.<sup>262</sup>

#### LA DECISIÓN

Esta consideración fue acertada. El resto de la crisis fue, realmente, un asunto de regateo tenso alrededor de los términos bajo los cuales los soviéticos retirarían los misiles, a pesar de la comprensible alarma de los militares estadounidenses, quienes no podían estar seguros de las intenciones soviéticas. Se prepararon para un bloqueo a Berlín y estuvieron de acuerdo en atacar los emplazamientos de SAM si derribaban los aviones de vigilancia estadounidenses.<sup>263</sup> Su miedo más inmediato era que los submarinos soviéticos o los barcos mercantes desafiaran el bloqueo y el fuego comenzara. Kennedy, consistentemente, escogía la acción menos provocadora y estaba listo para hacer concesiones, algunas de las cuales no podía admitir públicamente, para evitar la confrontación y poner fin a la crisis. Consideró ofrecer la oportunidad de reunirse con Jruschov en una cumbre, pero rechazó cualquier conversación como inútil “a menos que Jruschov aceptara antes, como resultado de nuestros hechos así como de nuestras declaraciones, la determinación de los Estados Unidos en este tema”.<sup>264</sup> Esto era un reconocimiento de cuán poco se había impresionado Jruschov por las advertencias previas de Kennedy. Como los barcos seguían su rumbo hacia Cuba, a pesar de las apasionadas protestas de la Armada, Kennedy corrió hacia atrás la línea de la cuarentena de 800 millas, establecidas originalmente para mantener los barcos estadounidenses lejos del alcance de los MIGs soviéticos en Cuba, a 500 millas. A la mañana siguiente, miércoles 24 de octubre, se estableció oficialmente el bloqueo, pero los barcos seguían avanzando. El presidente parecía sentir que incluso la imposición de un bloqueo podía ser un paso demasiado provocador. Le dijo a su hermano: “Parece ser, efectivamente, una medida bastante fuerte, ¿no? Pero, entonces, realmente, no había otra opción. Si ellos se encaprichan así en nuestra parte del mundo ¿qué harán después?”. Robert Kennedy lo consoló recordándole las consideraciones políticas internas que habían impedido que se adoptara un camino de total inacción: “Si no hubieras actuado, hubieras tenido que dimitir”. Fue entonces cuando el presidente respondió: “Eso es lo que yo creo, hubiera tenido que dimitir”.<sup>265</sup>

Mientras aumentaba la tensión se supo que los barcos se habían detenido en el límite o habían comenzado a retroceder antes de llegar al límite. Ese fue el momento en que Rusk hizo su famoso comentario a Bundy: “Estamos ojo con ojo y creo que el otro pestañeó”.<sup>266</sup> Rusk se equivocaba en dos apreciaciones: se acercaban más embarcaciones que desafiarían la línea del bloqueo al día siguiente; el “pestañazo”, además, se había producido la noche anterior, cuando el *Poltava*, que llevaba veinte cabezas nucleares, retrocedió, junto con varios otros barcos, capaces de llevar misiles grandes.<sup>267</sup> Parece que Jruschov había decidido que regresaran los barcos que llevaban los misiles acusadores y las cabezas nucleares para que no fueran capturados por la Armada estadounidense, pero los otros siguieron su curso. Pudo haber pensado que su contrario podía aún fallar la prueba de la acción.

Kennedy, de hecho, siguió ejerciendo la restricción. Su respuesta a la carta de Jruschov, enviada a Moscú en las primeras horas del 25 de octubre, era moderada y no amenazadora y concluía con estas palabras: “Reitero mi pena de que estos sucesos causen un deterioro en nuestras relaciones. Espero que su gobierno emprenderá los movimientos necesarios para permitir una restauración a la situación anterior”.<sup>268</sup> Sus acciones seguían el mismo estilo. Los barcos petroleros no estaban en la lista de la cuarentena, pero cuando el *Bucharest* se aproximó a la línea, algunos miembros del ExCom querían que se lo detuviera para que Jruschov “no pudiera malinterpretar nuestra voluntad y nuestras intenciones”,<sup>269</sup> pero Kennedy quería evitar cualquier confrontación, así que ordenó que dejaran pasar el barco petrolero. Se lo recibió en La Habana con una fiesta.<sup>270</sup> Después, permitió que pasara el barco de pasajeros *Voelker Freundschaft*, de Alemania Oriental, sin inspeccionarlo. El primer barco detenido fue el *Marucla*, un carguero de propiedad panameña y registro libanés, que iba de Riga a Cuba por encargo soviético. Robert Kennedy dijo que “el *Marucla* ha sido cuidadosamente escogido por el propio presidente Kennedy para que sea el primer barco que se detenga y se aborde. Le estaba demostrando a Jruschov que nosotros íbamos a poner en vigor la cuarentena y, sin embargo, como no era una embarcación propiedad de los soviéticos, no representaba una afrenta directa que requiriera una respuesta por parte de ellos”. Para asegurarse que no habría malas interpretaciones, el destructor estadounidense encargado de detenerlo se comunicó, por radio, en la noche del día veinticinco con el capitán para decirle que sería abordado en la mañana siguiente.

No todos en el ExCom estaban convencidos de que un tratamiento tan delicado fuera la mejor política. En una reunión, en la mañana del día veintiséis, el subsecretario de Estado, George Ball, pidió que se extendiera el embargo, para incluir el petróleo, y poder revisar barcos como el *Bucharest* que recientemente había arribado a La Habana. El secretario Dillon no estaba muy contento con el plan de detener los barcos soviéticos. De esa forma “una confrontación



con los rusos no se realizaría por el asunto de los misiles sino por el de las embarcaciones soviéticas. Estaba convencido de que teníamos que ocuparnos de los misiles y no forzar una confrontación con la URSS en el mar”.<sup>271</sup> Como la única manera de “ir por los misiles” era a través de un ataque aéreo y/o una invasión, parece que Dillon estaba pidiendo un ataque aéreo. El secretario Rusk leyó un cable cuyo contenido aparece censurado en el relato desclasificado de la reunión, que provocó el comentario de Nitze sobre lo importante que era “sacar esos misiles soviéticos con urgencia”. McCone no estaba satisfecho con el objetivo limitado de lograr el traslado de los misiles. “Incluso si se trasladan los misiles, Castro, si queda en el poder, estará en una excelente posición para emprender la expansión del comunismo en América Latina.” Rusk y Bundy, los dos, se oponían a otro propósito que no fuera la eliminación de los misiles y el presidente estaba de acuerdo con ellos.

Rusk tenía grandes esperanzas en los esfuerzos del secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, para alcanzar una solución negociada y no quería interponerse en la realización de estos esfuerzos. Pidió una prórroga para añadir el petróleo a la lista del embargo. Cuando McNamara señaló que la construcción de los emplazamientos de misiles continuaba y solicitó reconocimientos aéreos durante la noche con luces, Rusk “pidió que no se volara esa misión nocturna porque podría tener efectos negativos en las negociaciones que conducía U Thant en Nueva York”. Valoraba la sustitución de la cuarentena estadounidense por una de las Naciones Unidas, a lo que se opuso McCone. Insistía en una cuarentena estadounidense “hasta que los rusos acepten todas nuestras condiciones”. Rusk quería aclararle a U Thant que la cuarentena era sólo contra los misiles y no contra las otras cargas militares soviéticas que se dirigían a Cuba.

Stevenson informó sobre las conversaciones que se estaban desarrollando con U Thant y las que seguirían con los rusos si los rusos estaban de acuerdo. De las conversaciones inmediatas “reconocía” que “sería imposible llegar a un acuerdo para hacer que las armas fueran inoperables”. Si los rusos estaban dispuestos a aceptar la detención de otras construcciones, quería saber “si, a cambio, nosotros estaríamos preparados para suspender la cuarentena”. Predijo que, en las deliberaciones con los soviéticos, “los rusos nos pedirían una nueva garantía con relación a la integridad territorial de Cuba y el desmantelamiento [*sic*] de los misiles estratégicos estadounidenses en Turquía”. La reacción fue totalmente negativa. Bundy insistía en que las negociaciones para lograr un alto en la situación no eran lo suficientemente buenas; también tenía que haber garantías para la inspección de Cuba. Dillon dijo: “No podemos negociar durante dos semanas bajo la amenaza de los misiles que existen ahora en Cuba”. McCone puso objeciones a cualquier comparación que pudiera establecerse entre los misiles cubanos y los turcos. Es en el contexto de esta conversación que debemos entender la reacción de Kennedy. No podía llegar tan lejos, en el sentido de la con-

ciliación, como lo proponía Stevenson, aun si lo quisiera, sin tener que enfrentar una fuerte resistencia dentro de su gobierno. Sus otras decisiones tomaron el camino más cauteloso posible. Siguiendo el consejo de Rusk, no quiso añadir el petróleo a la lista del embargo ni ordenar vuelos nocturnos de reconocimiento. Sólo hizo una intervención significativa, de su cosecha: “El Presidente dijo que sacaremos los misiles estratégicos soviéticos de Cuba sólo a través de una invasión a Cuba o por intercambio. Dudaba que la cuarentena por sí sola produciría una retirada de las armas. Dijo que nuestro objetivo debería ser evitar futuras cargas militares, otras construcciones en los emplazamientos de los misiles y lograr medios para la inspección”.<sup>272</sup>

Aunque el presidente era muy cauto en estas discusiones y no se manifestaba dispuesto a enseñar más de lo necesario, su declaración arroja mucha luz sobre sus puntos de vista. Rechaza el deseo de McCone de incluir el derrocamiento de Castro en su lista de metas estadounidenses. Le hubiera gustado lograr la eliminación de los misiles pero, dijo, eso no se podía lograr con la cuarentena. ¿Entonces cómo? La referencia a una invasión no se puede tomar con seriedad. Ni siquiera los más agresivos dirigentes militares defendían una invasión como el próximo paso. Aquellos que querían una acción militar seleccionarían un ataque aéreo. Cuando el presidente preguntó qué se podría hacer si las negociaciones y la cuarentena fracasaban para retirar los misiles, Bundy respondió: “Entonces nuestra opción sería la de expandir el bloqueo o eliminar los misiles con un ataque aéreo”, pero el presidente nunca mencionó siquiera un ataque aéreo como posibilidad. En vez de eso, al referirse a la invasión, dio señales de que no planeaba ninguna acción militar. La parte seria de su comentario era la referencia al intercambio. Incluso antes de los planteamientos de Stevenson, Kennedy había preguntado si los Estados Unidos se podían comprometer a no invadir Cuba y Rusk dijo que ya estaba comprometido en ese sentido por la Carta de las Naciones Unidas y el Tratado de Río. A esta garantía, Stevenson añadía los misiles turcos como una parte necesaria de cualquier intercambio, presagiando con esto el trato al que se llegó finalmente.

Como hemos visto, la idea de un intercambio con los misiles turcos e italianos ya había sido expresada antes por Stevenson. La misma sugerencia provenía de una fuente muy cercana a Kennedy y con mucha más influencia sobre él. “Más de una vez”, en la reunión matutina del día diecinueve, el secretario McNamara opinó que los Estados Unidos tendrían que pagar un precio para sacar los misiles soviéticos de Cuba. Consideraba que tendríamos, por lo menos, que renunciar a nuestras bases de misiles en Italia y Turquía y probablemente algo más, quizás.<sup>273</sup> Robert Kennedy estaba presente, pero el registro no muestra si él u otro de los presentes objetaron. Hay buenas razones para creer que el presidente estaba listo para hacer tal intercambio incluso antes de que los soviéticos lo propusieran.

Los sucesos posteriores de ese día sugieren, sin embargo, que quizá no fuera necesario. Aleksander Fomin, oficialmente consejero de relaciones públicas de la embajada soviética, pero realmente el jefe de la estación del KGB en Washington, invitó a John Scali, corresponsal de la agencia de noticias ABC, al Departamento de Estado a almorzar. Propuso un arreglo de la crisis en los siguientes términos: "Las bases [soviéticas] serían desmanteladas bajo la supervisión de las Naciones Unidas y Castro se comprometería a no aceptar armas ofensivas de ningún tipo, nunca, a cambio del compromiso de los Estados Unidos de no invadir Cuba".<sup>274</sup> Entonces, a las 6 pm del mismo día, el Departamento de Estado comenzó a recibir una carta personal de Jruschov para el presidente. Llegó en cuatro partes desde la embajada estadounidense en Moscú, la última parte a las 9 pm., unas doce horas después de que se hubiera entregado en Moscú. Es una carta larga, tortuosa y, en ocasiones, emocional, en donde se le pide a Kennedy el cese del bloqueo y que no fuerce el tema de la guerra. Su fragmento más conocido dice:

Si usted no ha perdido el dominio de sí mismo y se da cuenta, plenamente, hacia dónde esto nos puede llevar, entonces, Señor Presidente, usted y yo no deberíamos ahora halar el final de una cuerda en la que usted ha atado un nudo de guerra, porque mientras más vigorosamente halemos, más apretado se hará el nudo. Y vendrá un momento en que este nudo esté atado tan fuertemente que la persona que lo hizo no podrá desatarlo y, entonces, se tendrá que cortar el nudo. Lo que esto significaría no necesito explicárselo porque usted, por usted mismo, entiende perfectamente las fuerzas temibles que poseen nuestros dos países... Vamos, no sólo a relajar las fuerzas en tensión en ambos lados de la cuerda sino, también, a tomar medidas para deshacer este nudo.

Los pasajes más conocidos, sin embargo, contienen una proposición que sugieren una solución a la crisis:

Si el presidente y el gobierno de los Estados Unidos aseguraran que los Estados Unidos no participarían en un ataque a Cuba y que frenaría a otros de tal acción; si usted retira su Armada, esto inmediatamente lo cambiaría todo.

... Entonces la cuestión de los armamentos podría ser obviada, porque cuando no hay amenaza, los armamentos son sólo otra carga para cualquier pueblo. Esto también cambiaría el enfoque sobre la cuestión de destruir no sólo los armamentos que ustedes llaman ofensivos, sino todo otro tipo de armamento.

Le propongo: nosotros, por nuestra parte, declararemos que nuestros barcos con rumbo a Cuba no llevan armamento alguno. Ustedes decla-

rarán que los Estados Unidos no invadirán Cuba con sus soldados y no apoyarán a fuerza alguna que quiera invadir Cuba. Entonces la necesidad para la presencia de nuestros especialistas militares allí será obviada.<sup>275</sup>

Mientras que el mensaje iba llegando, Scali informaba a Roger Hilsman sobre su encuentro con Fomin. El Departamento de Estado creyó que la carta debió haber sido redactada al mismo tiempo que se le daban instrucciones a Fomin: “las dos comunicaciones se relacionaban claramente: el cable indicaba una disposición a negociar, y el contacto no oficial —a través de Scali— apuntaba hacia una fórmula para las negociaciones”.<sup>276</sup> Rusk envió a Scali para que le dijera a Fomin que los Estados Unidos estaban dispuesto a seguir sus sugerencias, pero que el tiempo era esencial. Hace poco, un funcionario soviético ha declarado que Fomin no tenía órdenes de Moscú y que estaba actuando por su cuenta.<sup>277</sup> Si esto es cierto, sería la más extraordinaria de las coincidencias porque exactamente al mismo tiempo que Fomin le hablaba a Scali, U Thant le estaba haciendo, literalmente, la misma propuesta a Adlai Stevenson en Nueva York. Años después, Thant le dijo a Rusk que la proposición provino de un funcionario soviético a quien Rusk conocía como agente del KGB. Thant también dijo que Gromyko estaba consciente de lo que estaba sucediendo.<sup>278</sup> Los estadounidenses, de cualquier forma, tenían todos los elementos para creer, en esos momentos, que una proposición que provenía de un agente importante del KGB, en medio de una gran crisis, tenía que venir del Kremlin y, sin muchas más pruebas, nosotros también.

Los estadounidenses dieron por seguro que el ofrecimiento era autorizado y genuino. Utilizando lo que parece haber sido una de sus metáforas favoritas, Rusk le dijo a Scali: “Cuando informes sobre esto, recuerda que, ojo con ojo, ellos pestañearon primero”.<sup>279</sup> Tal parece que, en este momento, tenía razón. ¿Por qué Jruschov había abandonado la idea de no hacer concesiones a su primer comunicado por este nuevo mensaje que, evidentemente, buscaba un resultado pacífico que incluía concesiones por parte de los soviéticos? Se ha sugerido que Jruschov se sorprendió, con desagrado, porque los Estados Unidos habían conseguido el apoyo de la Organización de Estados Americanos y de muchas otras naciones y porque el bloqueo se estaba ejecutando y funcionaba; que se dio cuenta de que su inferioridad nuclear hacía que un bloqueo que distrajera la atención en Berlín sería muy peligroso y que la superioridad convencional de los Estados Unidos en el hemisferio occidental haría imposible la derrota de un ejército invasor en Cuba.<sup>280</sup> Es difícil creer, sin embargo, que la opinión pública podía determinar las acciones de un hombre que había invadido Hungría a pesar de las casi unánimes protestas de las naciones del mundo. Y, con relación al bloqueo, éste no había evitado la instalación de algunos misiles nucleares en Cuba que, en ese momento, ya se podía pensar que eran

operativos.<sup>281</sup> Aun si sólo hubieran estado listos unos diez, serían de gran utilidad para alcanzar el mismo objetivo de disuasión mínima que los cuarenta que se planearon al principio. En cuanto a la superioridad militar de los Estados Unidos, nuclear y convencional, era la misma que existía cuando se concibió la aventura y la misma que tenían el 23 de octubre, cuando Jruschov envió su primera nota en la que no ofrecía hacer concesiones. Quizás a Jruschov lo estaban presionado en su país, ya fuera para retroceder o para asumir riesgos que él no quería considerar; nosotros no tenemos pruebas confiables. Además, Kennedy no había mostrado ser tan belicoso como para causar alarma. Por el contrario, como hemos visto, todas sus acciones fueron cautelosas y pacíficas. Al conocer la existencia de los misiles y el engaño de Jruschov, no ordenó ataques aéreos y una invasión, como lo solicitaron con urgencia muchos de sus consejeros y como podría esperarse. Incluso, después de ordenar el bloqueo, había permitido que pasaran embarcaciones sin inspeccionarlas y, con mucho cuidado, había seleccionado un barco no soviético para su inspección. En todos estos acontecimientos, había evitado utilizar un lenguaje amenazador. Tales pruebas podrían haber estimulado al dirigente soviético para creer que la paciencia y la rudeza podrían brindar el resultado que él quería: la aceptación de los misiles cubanos y las ventajas que le darían a la Unión Soviética.

Por otra parte, existían algunas pruebas que podían haber causado alarma. Las fuerzas estadounidenses, en todo el mundo, se habían puesto en alerta máxima. Además, otras dos acciones, determinadas sin el permiso o el conocimiento del presidente, pudieron haber causado aún más preocupación. El 22 de octubre, el mismo día en que Kennedy reveló el descubrimiento de los misiles cubanos, fue entregado el primer emplazamiento de misiles estadounidenses Júpiter, oficialmente, a la Fuerza Aérea turca. Los que toman las decisiones en Washington parecían desconocer lo que debió haber sido una acción de rutina, largamente planeada.<sup>282</sup> Sin embargo, en Turquía, la acción atrajo la publicidad y probablemente se reportó al Kremlin en menos de dos días. Entonces, el día veinticuatro, el general Thomas Powers, comandante en jefe de los SAC, decidió que ahora era "importante que [los soviéticos] supieran el estado de preparación de los SAC". Bajo la responsabilidad de su autoridad, informó a los comandantes de los SAC, en mensajes sin codificar, que la alerta marchaba bien y que los planes de SAC estaban bien preparados.<sup>283</sup> Parece al menos plausible que Jruschov pueda haber interpretado estas acciones, desconocidas por Kennedy y, de ninguna manera, planeadas por él, como advertencias amenazadoras y peligrosas de la voluntad y la preparación estadounidenses para luchar y que su ofrecimiento de una solución pueda, irónicamente, haber surgido de estos mensajes no intencionales que contradecían el propio enfoque del presidente.

La entrega del mensaje de Jruschov se realizó demasiado tarde para que los estadounidenses respondieran el viernes 26 de octubre, cuando se recibió. A

la mañana siguiente, todo había cambiado. Un memo de la CIA informó a las seis de la mañana que “tres de los cuatro emplazamientos de IRBM en San Cristóbal y dos emplazamientos en Sagua la Grande parecían ser totalmente operativos”.<sup>284</sup> A las 9 am, Radio Moscú comenzó a transmitir un nuevo mensaje de Jruschov en el que añadía, a los requisitos para sacar los misiles de Cuba, el retiro —por parte de los estadounidenses— de sus misiles en Turquía. Además, nada de esto se hizo en silencio, sino ante los ojos de todo el mundo. Los compromisos mutuos tendrían lugar en Naciones Unidas. Los soviéticos prometerían llevarse sus misiles de Cuba; los estadounidenses prometerían retirar sus misiles de Turquía; los soviéticos prometerían no atacar o molestar a Turquía; los estadounidenses prometerían lo mismo con relación a Cuba. Estas eran ecuaciones que el presidente estadounidense no podía aceptar públicamente, pensara lo que pensara en privado. Parecería, como mínimo, una entrega de un aliado de la OTAN bajo la presión soviética, un acto de debilidad y miedo. Los opositores políticos de Kennedy se preguntarían, con toda seguridad, por qué había aceptado tales términos en vez de actuar con energía y decisión.

¿Qué había causado el cambio en el Kremlin? ¿Por qué Jruschov, tan ansioso de poner fin a la confrontación en su primer mensaje, añadió los misiles turcos a sus condiciones, aumentando así la tensión y dando a los estadounidenses más tiempo para decidir sobre una acción militar que él, al parecer, temía? Jruschov se presenta a sí mismo como un hombre presionado fuertemente por los militares,<sup>285</sup> pero no hay duda alguna de que siempre estuvo al frente, a lo largo de la crisis, y que era capaz de tomar sus propias decisiones. No hay razón para creer que se sintió libre cuando envió la primera carta pero que luego se sintió limitado por los partidarios de la línea dura al enviar la segunda, casi inmediatamente. Al margen de esta suposición, a los estudiosos les ha resultado difícil explicar la *volte face* de Jruschov. Les muestro un ejemplo notable: “Puede ser que Jruschov, sencillamente, no había analizado con profundidad las implicaciones de la propuesta; ‘razones irracionales’ pueden haber funcionado aquí al igual que en su decisión, en primer lugar, de desplegar los misiles en Cuba. Pero cualquiera que sea la explicación, cometió un serio error en el clímax de la confrontación”.<sup>286</sup> Sin embargo, antes de atenernos a la irracionalidad, sería mejor buscar una respuesta en otra parte. Como hemos visto, los dirigentes estadounidenses, Kennedy en destacado lugar, habían considerado en fecha temprana la posibilidad de un intercambio. El 25 de octubre, Walter Lippmann sugirió un intercambio de los misiles turcos por los cubanos como una forma de salir de la crisis. Se sabía que a Kennedy le molestaba que Jruschov pensara que las columnas periodísticas de Lippmann eran voceras de sus opiniones. No hay pruebas de que la columna haya sido inspirada por la Casa Blanca, pero al no recibir una respuesta de Kennedy, esto provocó una especulación interesante:

Una vez que Lippmann hizo su propuesta el jueves, Kennedy pudo haber considerado útil atraer la atención de Jruschov hacia una vía por la que se pudiera negociar un final para la crisis. Si él hubiera querido advertirle a Jruschov que se alejara de ese camino para la negociación, hubiera podido fácilmente pedirle a Salinger que emitiera una declaración en la que constara que los Estados Unidos no podían aceptar la sugerencia de un intercambio Turquía-Cuba como la que había aparecido en la prensa. Sabiendo que Jruschov creería que Lippmann estaba proponiendo un intercambio en su nombre, el presidente dejó que la columna quedara así.<sup>287</sup>

Es posible, por lo tanto, que la sugerencia de Lippmann y el silencio del presidente hayan persuadido a Jruschov para que elevara la apuesta. Como quiera que haya sido, se envió a los soviéticos una señal aún más fuerte en la noche del día veintiséis cuando Robert Kennedy fue a ver a Anatoly Dobrynin en una visita sólo conocida por el presidente, no informada por Robert Kennedy en sus memorias sobre la crisis y desconocida para los historiadores hasta fecha muy reciente. Según Dobrynin, fue Robert Kennedy quien sugirió que los misiles turcos formaran parte del arreglo. El fiscal general preguntó: “¿Están interesados en los misiles de Turquía?” Se quedó pensando y dijo: ‘Un minuto. Salgo y hablo con el presidente’. Salió del salón. No sé lo que hizo, supongo que habló con el presidente y cuando regresó afirmó: ‘El presidente dijo que estamos listos para considerar el asunto de Turquía, para examinar favorablemente la cuestión de Turquía’.<sup>288</sup> Pasaron algunas horas: Dobrynin logró que el mensaje llegara al Kremlin a tiempo para que Jruschov redactara el suyo exigiendo el intercambio de Cuba por Turquía. De esta forma, se ha sugerido “que la exigencia pública de Jruschov para un intercambio de misiles Turquía-Cuba, hecha en la mañana del día veintisiete, pudo estar basada en los comentarios de Robert Kennedy, reportados a través de Dobrynin”.<sup>289</sup> De hecho, es muy probable que Jruschov variara su posición porque Kennedy le ofreció los misiles turcos sin que él se los pidiera. Su cambio, por lo tanto, ni era “irracional” ni un “error”, sino el regateo tozudo de un jugador veterano que aprovecha la ventaja de la debilidad de un oponente nervioso e inexperto.<sup>290</sup>

Cuando el último mensaje de Jruschov llegó el día veintisiete, el ExCom se reunió para considerar una respuesta, sin saber que el presidente ya se había comprometido a realizar un intercambio que incluía los misiles turcos. Había hecho el ofrecimiento en el contexto de la carta más amable de Jruschov, fechada el día veintiséis, cuando se suponía que el arreglo se podría hacer calladamente, sin ruido público, algún tiempo después de que se hubieran sacado los misiles de Cuba. Cuando llegó la nueva carta, en un tono mucho más severo, exigiendo un intercambio público, Kennedy se encontró en una posición muy

difícil. En una reunión anterior del ExCom había insistido en que “no habría regateos con relación a nuestras bases en Turquía e Italia”.<sup>291</sup> Algunos de los miembros del ExCom, desconocedores del compromiso que había hecho el presidente la noche anterior, seguramente se inclinarían a seguir una línea dura y harían parecer el intercambio como una retirada ante una amenaza más que una maniobra voluntaria diplomática y el presidente no se podía dar el lujo de parecer débil y capaz de ceder. No menos seria era la dificultad de convencer a Turquía y a la OTAN para que aceptaran el intercambio bajo la fuerte presión de Jruschov. El comportamiento del presidente en las reuniones del ExCom, a lo largo de ese día, adquiere un nuevo significado cuando se entienden estos problemas.

La primera pregunta de Kennedy fue: “¿en qué punto estamos con relación a nuestras conversaciones con los turcos sobre la retirada de estos [misiles]?”<sup>292</sup> La respuesta no fue muy estimulante. El día veinticuatro se había enviado un cable al embajador de los Estados Unidos en Turquía, Raymond Hare, y al embajador de los Estados Unidos en la OTAN, Thomas Finletter, para comunicarles que se estaba evaluando la posibilidad de un intercambio por los misiles turcos. El día veinticinco, Finletter contestó que los turcos consideraban los misiles como “un símbolo de la determinación de la alianza para utilizar las armas atómicas” en la defensa de Turquía. Los turcos rechazarían cualquier arreglo que no reemplazara los misiles con algún otro tipo de arma nuclear.<sup>293</sup> Al responder a la pregunta del presidente en la reunión, Nitze señaló las dificultades: “Hare dice que esto es absolutamente execrable y que es una cuestión de prestigio y de política”. Ball, al informar sobre la reacción de Finletter, dijo que los turcos eran un problema. Ellos podrían renunciar a los misiles si éstos eran sustituidos por submarinos Polaris cerca de las costas “e incluso puede que eso no sea suficiente”. La decisión de instalar los misiles en Turquía, además, no la habían tomado los Estados Unidos sino la OTAN, por lo que su traslado implicaba hacer consultas y obtener permisos. No sería fácil para el presidente cumplir la promesa que hiciera, en su nombre, Robert Kennedy la noche anterior.

Bundy no estaba ansioso por hacer el intercambio. Sugirió lo que se ha llamado en la literatura de la crisis de los misiles la “Maniobra Trollope”, una referencia al hábito de las doncellas en las novelas victorianas de Anthony Trollope de considerar cualquier comentario inocente de algún pretendiente como una propuesta de matrimonio y aceptarla. “Le respondería [al mensaje último de Jruschov] diciendo que yo preferiría discutir sus interesantes propuestas de anoche.”<sup>294</sup> Kennedy se mostró incómodo con la sugerencia: “en primer lugar, el año pasado tratamos de sacar los misiles de ahí porque no eran útiles, desde el punto de vista militar, número uno. Número dos, va a ser, para cualquier persona en las Naciones Unidas o para cualquier ser racional, un intercambio muy justo”. Nitze objetó que un intercambio así afectaría la confianza de los



aliados: “A todo el mundo le preocupa que se incluyan en este gran intercambio y eso va más allá de Cuba”. Kennedy preguntó cómo iban las negociaciones con los turcos y George Ball le contestó que tenía las opiniones de Hare y de Finletter pero que no había conversaciones directas con los turcos: “si hablásemos con los turcos..., eso haría la situación extremadamente preocupante”. El presidente no pareció impresionarse por esta respuesta. “Bueno, *esto* es preocupante *ahora*, George, porque ellos nos tienen en un buen aprieto, porque la mayoría de la gente va a considerar que ésta no es una proposición irrazonable.” Bundy intervino: “Pero, ¿qué gente, señor presidente?” A lo que respondió: “Creo que va a ser muy difícil explicar por qué vamos a emprender una acción militar hostil en Cuba, contra estos emplazamientos —lo que hemos estado pensando—, lo que él dice es que si ustedes sacan a los suyos de Turquía, nosotros sacamos a los nuestros de Cuba. Creo que estamos en una situación muy difícil”. Bundy volvió a la idea de desconocer el segundo mensaje con la exigencia sobre los misiles turcos y responder al primero, omitiendo cualquier consideración de intercambio, pero el presidente continuó insistiendo en que el segundo mensaje era el auténtico, iba por encima del primero y había que contestarlo. “También hay desventajas”, dijo, “en el privado [esto es, el primer mensaje] que es la garantía de Cuba. Pero, en todo caso, esto es ahora oficial [*sic*] y podemos publicar el otro, y es diferente, pero éste es el que obviamente está valorando el gobierno soviético”.

Robert Kennedy apoyó al presidente diciendo que el plan de Bundy causaría confusión, que le daría a Jruschov la iniciativa y que provocaría demoras. Recomendó una respuesta a Jruschov en la que se le ofreciera el intercambio. En este punto álgido, el presidente, de nuevo, planteó el problema que lo había estado preocupando desde el comienzo de la discusión: los turcos.

Lo primero que debemos hacer es impedir que los turcos hagan alguna declaración que sea algo totalmente inaceptable... no tener a los turcos haciendo declaraciones, porque luego Jruschov lo utiliza en su favor y lo primero es que los turcos no lo reconocen. Creo que debemos tener una conversación con los turcos porque ellos tienen que comprender el peligro en el que estarán la semana próxima. Cuando actuemos en Cuba, existe la posibilidad de que él emprenda alguna acción en Turquía y ellos necesitan entender eso... Por eso creo que los turcos tienen que pensar un poco. Tenemos que intentar que ellos no respondan a esto hasta que hayamos podido considerar qué acción emprenderemos. Ahora, ¿cuánto tiempo nos toma ponernos en contacto con los turcos?

El presidente deseaba presionar a los turcos pero no obtuvo ningún respaldo porque los demás estaban profundamente preocupados por el peligro que

una acción tal presentaría para la integridad de la OTAN. “La mayoría del grupo [argumentaba] que un intercambio abierto podía fragmentar la alianza de la OTAN.”<sup>295</sup> El vocero que mejor exponía este punto de vista era Bundy: “Creo que si nos expresamos como si quisiéramos hacer este intercambio, tendremos serios problemas con nuestra gente en la OTAN y con los que están unidos a nosotros en una alianza... Todos nos uniremos para hacerlo si ésa es la decisión, pero... es la convicción de todos en el gobierno, de los que están relacionados con estos problemas de alianzas... Si parece que estamos intercambiando nuestra defensa de Turquía por la amenaza de Cuba nosotros... tendríamos precisamente que enfrentar una declinación radical en la...”. El presidente interrumpió para decir: “como se está perfilando la situación, Mac, si no lo hacemos en las próximas veinticuatro o cuarenta y ocho horas, el intercambio es atractivo. Ahora, si lo rechazamos de inmediato y tenemos que ejercer una acción militar contra Cuba, entonces también tenemos que enfrentar un declive”. La situación, sencillamente, tendría que explicarse a la OTAN. En este momento, al menos, McNamara parece haberse dado cuenta de que el presidente ya había decidido quitar los misiles turcos, de modo que presentó un plan ingenioso que estaba dirigido, al mismo tiempo, a permitir su retirada sin pedir permiso a la OTAN; atarlo a la idea de una acción militar, eliminando así el estigma de la debilidad; enfriar la propuesta de los jefes conjuntos de realizar un ataque aéreo mientras que presentaba un panorama tan terrible que, tácitamente, se enfocaba hacia el intercambio:

Señor Presidente: Me pregunto si no debemos emprender ciertas acciones con relación a los Júpiter en Turquía y en Italia *antes* de actuar en Cuba... Entonces podemos *decirle* a la OTAN eso en el momento en que hablemos con ellos sobre esta proposición de Jruschov y nuestra respuesta. Si actuamos en Cuba, la única forma en que podemos hacerlo es con un ataque total... no nos atreveríamos a ir con el tipo de ataque limitado que hemos pensado en las últimas veinticuatro horas sin eliminar sus emplazamientos SAM. En el momento en que destruyamos los emplazamientos de SAM y las pistas de aterrizaje de los MIGs estaremos hasta [suprimido] en el programa de cientos de ataques. Si mandamos [suprimido] cientos de ataques contra Cuba, debemos prepararnos para continuar con una invasión en unos [suprimido] días. Si comenzamos con ese tipo de programa me parece que los soviéticos, muy probablemente, se sentirán forzados a responder con una acción militar en alguna parte, particularmente si estos misiles –los misiles Júpiter– todavía están en Turquía. Podríamos ser capaces de cambiar la zona en la que ellos aplicarían su fuerza militar o no darles excusa alguna para aplicarla sacando los misiles Júpiter turcos y los misiles Júpiter italianos antes de que ataquemos a Cuba.<sup>296</sup>

La atención del presidente, sin embargo, estaba fija en la OTAN y en los turcos: “Ellos no se dan cuenta de que en dos o tres días podemos dar un golpe militar que quizá provoque la captura de Berlín o un ataque sobre Turquía y entonces dirán, Dios mío, debimos haberlo aceptado”. McNamara estaba preocupado por la inminencia de un ataque aéreo estadounidense contra Cuba y presionaba por una demora hasta que pudiera celebrarse una reunión de la OTAN, pero el presidente seguía insistiendo con relación a los turcos: “Yo creo que... el problema real es lo que hagamos primero con los turcos... lo que vamos a hacer es decirle a los turcos... lo que ellos seguramente pensarán es... bajo la presión soviética, nosotros queremos sacar los misiles de allí”. McNamara estaba listo ya con un mensaje para los turcos:

Lo que yo diría a los turcos [es]: “Miren, tenemos que invadir Cuba. Ustedes están en peligro mortal. Nosotros queremos reducir ese peligro al mismo tiempo que los defendemos. Les proponemos que inutilicemos esos misiles esta noche. Vamos a poner submarinos Polaris a lo largo de sus costas. Cubriremos los mismos objetivos que cubrirían sus misiles Júpiter y lo anunciaremos al mundo antes de que invadamos Cuba y, por lo tanto, reduciríamos la presión para que la Unión Soviética no los ataque a ustedes, Turquía, como respuesta a nuestra invasión a Cuba”.<sup>297</sup>

Los turcos, por supuesto, podían pensar que el traslado de los misiles, instalados en primer lugar para servir como elemento de disuasión contra un ataque soviético, era una prueba de la debilidad estadounidense y de su falta de decisión, y ellos preferirían confiar en los misiles en vez de tener que confiar en las promesas estadounidenses. Robert Kennedy vio el fallo en el razonamiento de McNamara: “Ahora, entonces, ellos dicen... ¿qué hay si la Unión Soviética nos ataca de cualquier forma? ¿Utilizarán ustedes los misiles de los submarinos nucleares?”. McNamara respondió: “Entonces, creo, que antes de atacar Cuba... tenemos que decidir cómo responderemos a la presión militar soviética y no estoy preparado para contestar esa pregunta”.

El registro no muestra que en algún momento llegara a estar preparado. De hecho, lo más probable es que ni McNamara ni el presidente contaban con emprender alguna acción militar. Sí es seguro que había una presión, por parte de los jefes conjuntos, cuya opinión presentó el general Taylor, de lanzar ataques aéreos en los emplazamientos de misiles lo más pronto posible, probablemente el lunes 29 de octubre. En la reunión de 1987, Dillon dijo que “el sábado, día veintisiete, había una clara mayoría en el ExCom a favor de emprender una acción militar”,<sup>298</sup> pero afirmaba que el presidente no había tomado esa decisión y que un “grupo interno”, compuesto por el presidente, Robert Kennedy, Rusk y McNamara, tendría la responsabilidad de decidir cuál acción se

tomaría. Ninguno de estos hombres favorecía la acción militar. La memoria de McNamara, como hemos visto, podía ser imperfecta, pero en 1987 fue inflexible, en repetidas ocasiones, al decir que ni él ni el presidente planearon acción militar alguna. “¿Qué hubiera sucedido si Jruschov no hubiera aceptado los términos del presidente Kennedy?... Creo que pudimos haber hecho mucho más con el bloqueo. Pudimos haber seguido apretando la tuerca por mucho más tiempo y creo que eso es lo que debimos haber hecho.” Estaba de acuerdo en que había una presión *tremenda* para emprender una acción militar, “pero eso no quería decir que lo fuéramos a hacer de inmediato. Teníamos muchísimo tiempo para apretar la tuerca con el bloqueo y también mucha presión para seguir ese camino”. Además, estaba seguro de que no habría una acción militar pronto: “Si el presidente Kennedy hubiera pensado atacar el lunes o el martes, entonces me lo hubiera dicho, así que yo creo que él no iba a atacar”. Fue tajante al rechazar la idea de que los Estados Unidos iban a utilizar las armas nucleares bajo cualquier condición. “Yo *sabía* lo que yo iba a hacer con SIOP. *Ninguna* de las opciones sería, en forma alguna, utilizada. Tenía ya procedimientos para frenarlas; lo que, por supuesto, hubiera provocado la furia de los militares, pero antes de la crisis cubana de los misiles había recomendado al presidente Kennedy que nunca hiciera uso de SIOP bajo ninguna circunstancia.” Cuando se le preguntó cómo hubiera respondido a una acción soviética en algún lugar del mundo respondió: “Apretar las tuercas del bloqueo y evitar el ataque aéreo y la invasión”, y Bundy confirmó su criterio de que la opción de “la vuelta de tuerca” hubiera prevalecido.<sup>299</sup> Si todo esto es cierto, las expresiones de McNamara sobre ataque, invasión y escalada en la acción eran sólo para provocar un efecto, una táctica destinada a preparar el terreno para el intercambio de los misiles.

Sin embargo, Llewellyn Thompson no estaba dispuesto a aceptarlo. El presidente continuó discutiendo a favor del intercambio porque pensaba, aparentemente, que la “Maniobra Trollope” no iba a funcionar y que el último mensaje representaba la verdadera posición de los soviéticos. Pero Thompson dice otra cosa: “Lo importante para Jruschov, creo yo, era poder decir: yo salvé a Cuba, yo detuve la invasión”. Kennedy seguía escéptico, pero Bundy apoyaba la idea. En este punto, el general Taylor presentó la recomendación de los jefes conjuntos: un gran ataque aéreo, no después del martes, seguido de una invasión días después. Robert Kennedy, respondió, con sarcasmo: “Ésa fue una sorpresa”.

La discusión posterior se interrumpió cuando llegó la noticia de que un avión U-2 estadounidense había sido derribado por un misil de un emplazamiento SAM. La decisión de dispararle la había tomado un comandante local sin el conocimiento o permiso del Kremlin. Fue reprendido por Malinovsky, quien dijo: “Usted, apresuradamente, derribó un avión estadounidense; ya se

estaba gestando un arreglo pacífico con el fin de detener una invasión a Cuba”.<sup>300</sup> Sin embargo, en el ExCom se entendió como una escalada intencional por parte de los soviéticos que requería una respuesta, ya que el ExCom había determinado, el martes veintitrés, que si algo así sucedía, los estadounidenses eliminarían un emplazamiento de SAM. Kennedy, sin embargo, ordenó que no se atacara ningún emplazamiento de SAM y decidió esperar si derribaban algún otro avión de vigilancia antes de contestar militarmente. La “orden para cancelar la respuesta planeada [se] recibió, como se cuenta, con un sentimiento de incredulidad en el Pentágono”.<sup>301</sup> Pero Kennedy aún seguía preocupado con relación a Turquía y a la OTAN. En medio del debate sobre el ataque a los SAM, Kennedy le dijo a Gilpatric: “Ros, ¿por qué no escribes tú esto?... y entonces volvemos a lo que vamos a hacer con relación a los turcos”. A medida que proseguía la discusión sobre los SAM, abordó de nuevo el asunto de una reunión con la OTAN: “Sólo que yo temo lo que va a pasar en la OTAN, en Europa, cuando nos estamos metiendo en esto más y más”.

McNamara estuvo de acuerdo en seguida e inició, inmediatamente, una discusión sobre qué decir a los aliados de la OTAN. El presidente abandonó el salón por un rato y el secretario de Defensa continuó describiendo escenarios terribles de escalada militar, concluyendo con su idea de retirar los misiles turcos *antes* de realizar cualquier ataque a Cuba. Ball señaló una falla en la propuesta: la retirada de los misiles turcos sólo abriría las puertas a una respuesta soviética en cualquier otro lugar. Cuando McNamara reconoció la validez de este argumento, Ball destruyó el ofrecimiento diciendo: “Yo creo que usted está en una posición en la que se ha deshecho de sus misiles por *nada*”.

McNamara perdió en el debate con Ball, pero el enfoque sobre la escalada y su sugerencia más extrema, la retirada de los misiles sin un intercambio, ganó adeptos para el plan de un intercambio como una forma más moderada de acercarse al problema. El vicepresidente Lyndon Johnson y George Ball hablaron a favor. Ball dijo: “Bueno, puede que sí, yo creo que si vamos a sacar los malditos misiles de Turquía *de todos modos* entonces decimos: les intercambiamos los misiles”. Incluso McCone aceptó la idea de un intercambio como parte de un mensaje duro para Jruschov, exigiendo “que pare este asunto y que lo pare ahora, o vamos a eliminar esos emplazamientos de SAM *inmediatamente*... y yo cambiaría esas cosas turcas ahora mismo; ni siquiera hablaría de eso”. McNamara aceptó, con entusiasmo, la sugerencia, interpretándola como un intento de “tratar de negociar un acuerdo”, que no era la forma en que lo entendía McCone. “No trataría de llegar a un arreglo”, le dijo, “le enviaría una carta amenazadora”. Thompson se unió al debate, a favor de una posición dura: “Estos muchachos están comenzando a ceder. Vamos a apretar un poco más. Creo que van a cambiar de opinión cuando emprendamos alguna acción de fuerza, detener sus barcos, o eliminar un emplazamiento de SAM”. Lyndon Johnson dijo que

lo que había causado más impresión en el ExCom era la acción de fuerza, al derribar un U-2, no la carta de Jruschov.

En este momento regresó el presidente y cambió decididamente el curso de la conversación. Se pronunció, enérgicamente, en contra de tomar una acción militar inmediata de cualquier tipo. Bundy le dijo que había diferencias sustanciales de opinión, pero Kennedy, una vez más, insistió en la necesidad de enviar mensajes a los turcos y a la OTAN. Entonces dejó bien establecida su posición: "No podemos invadir Cuba con éxito, con todo ese trabajo, con todo el tiempo que se tomaría, cuando los podemos sacar haciendo un trato con los mismos misiles que están en Turquía. Si es parte de la constancia, no veo cómo podremos hacer una guerra victoriosa".

Las declaraciones de Kennedy, durante toda la reunión, indican claramente que estaba determinado a cerrar un trato con los soviéticos antes que terminara el día siguiente, domingo 28 de octubre, si era posible, de alguna forma. Aquí es donde revela su decisión de no mantener el compromiso de eliminar un emplazamiento de SAM como respuesta al derribo del U-2. "Creo que debemos esperar hasta mañana por la tarde para ver si nos responden... Creo que debemos dejar libre el día de mañana, hacer lo que podamos con la vigilancia. Si disparan y no hemos recibido una respuesta satisfactoria de los rusos, entonces creo que debemos publicar una declaración mañana, en la que manifestamos que hemos sido atacados y que, por lo tanto, consideramos a Cuba como un territorio abierto y entonces eliminaremos todos los emplazamientos de SAM." De ahí en adelante, estaba listo para apoyar las proposiciones de ataques a los emplazamientos de SAM, reforzar el bloqueo, detener embarcaciones soviéticas, siempre que nada se hiciera *hasta el lunes*.

McNamara inmediatamente se apoderó de la idea del presidente, proponiendo que se movilizaran más escuadrones de reserva aérea y se preparara el transporte para las tropas, necesarios para una invasión. Esto constituiría una forma de presión. Sería una señal de seriedad y dureza que sustituiría una acción militar inmediata. El presidente estuvo de acuerdo enseguida. McNamara preguntó si sería mejor retirar de inmediato los Júpiter turcos. Consideraba que la decisión debía tomarse antes de realizar cualquier discusión con la OTAN. El presidente contestó: "¿No podemos esperar? ¿No es posible llegar a mañana, a las tres o a las cuatro sin tener que ir a la OTAN con el asunto turco?... ¿Por qué no esperamos otras dieciocho horas, a ver si se ha suavizado eso. Nos ponemos duros y reacios en esto. Movilizamos a los aviones esta noche y esperamos". La mejor explicación para esta actitud es la siguiente: Kennedy no quería tratar la cuestión de la retirada de los misiles turcos con la OTAN porque temía que ellos obstaculizaran el intercambio. A Robert Kennedy le preocupaba que una mitad podría estar a favor y la otra en contra. Presionado por la necesidad de informar a Hare, el embajador en Turquía, el presidente expuso lo que

estaba preparado para comunicar. Era la Maniobra Trollope, una forma de satisfacer, por el momento, a aquellos que no querían el intercambio, pero que ganaba el tiempo imprescindible para efectuarlo:

“Vamos a darle una explicación de lo que estamos tratando de hacer. Estamos intentando regresar a la proposición original de anoche porque no queremos entrar en este intercambio. Si no tenemos éxito, entonces es posible que tengamos que volver al asunto Júpiter. Si lo hacemos, entonces querríamos, por supuesto, que viniera de los mismos turcos y de la OTAN, más que de los Estados Unidos solamente. Tenemos esperanzas, sin embargo, de que eso no se producirá... Estaremos en contacto con él en veinticuatro horas cuando sepamos si tenemos éxito en colocar a los rusos en el primer camino.”<sup>302</sup>

Con la decisión tomada, Sorensen y Robert Kennedy prepararon un borrador para responder a Jruschov. Después de alguna revisión, el presidente lo aprobó. Especificaba que los soviéticos retirarían “todos los sistemas de armamentos en Cuba capaces de ser utilizados en forma ofensiva”. A su vez, los Estados Unidos pondrían fin a la cuarentena y “garantizarían que no se realizaría una invasión a Cuba”.<sup>303</sup> El borrador original, preparado por Sorensen y Robert Kennedy, incluía un párrafo que decía: “Cuando preparaba esta carta conocí su mensaje público en el que intenta relacionar las bases de la OTAN y Cuba. Debo decirle, francamente, que ésta no es una forma de avanzar hacia una solución de la crisis inmediata”.<sup>304</sup> El presidente eliminó ese párrafo y la carta final decía que un trato bajo los términos propuestos “nos permitiría trabajar para llegar a un ajuste más general con relación a ‘otros armamentos’, como se propone en la segunda carta que usted hizo pública”. Esta era una pista inequívoca de que un arreglo sobre los misiles turcos se podría negociar en privado después que terminara la crisis actual.

La carta se mandó a las 8:05 pm pero, antes, el presidente se reunió con su círculo íntimo en la Oficina Oval. Decidieron darle más fuerza al mensaje: enviarían a Robert Kennedy para que se lo comunicara, verbalmente, a Dobrynin. Se le instruyó que dijera que si los misiles no se retiraban, habría acción militar contra Cuba, pero que si lo hacían los Estados Unidos se comprometían a no invadir. Además, como no se podía hacer un trato público, los misiles turcos serían desarticulados después que terminara la crisis. Sorensen dijo luego, en una reunión en 1989, que Kennedy reconocía que la petición de Jruschov “tenía alguna base” y que “indudablemente lo ayudaría [al quitar los misiles cubanos] si él podía decir al mismo tiempo a sus colegas en el Presidium: ‘y nos han asegurado que los misiles saldrán de Turquía’”.<sup>305</sup> Nada de esto se le comunicó a los otros miembros del ExCom.<sup>306</sup>

En sus memorias, Robert Kennedy narra que se encontró con Dobrynin en el Departamento de Justicia a las 7:45 pm. En ellas, el hermano del presidente dice: “Teníamos que tener un compromiso para el día siguiente que garantizara que esas bases se retirarían, no era entregarles un ultimátum sino la constatación de un hecho... Si ellos no retiraban esas bases, nosotros las retiraríamos”. Cuando Dobrynin preguntó sobre los misiles turcos, en las memorias publicadas se plantea que Kennedy respondió: “no puede haber *quid pro quo* o algún otro arreglo bajo este tipo de amenaza o presión”.<sup>307</sup> Sin embargo, en 1989, Sorensen reveló que él había sido el editor del libro publicado. Admitió que el “diario era muy explícito en que esto era parte del trato pero que, al mismo tiempo, era un secreto aun para la parte estadounidense, exceptuándonos a nosotros seis [en el círculo interno del presidente], quienes habíamos estado presentes en la reunión. Así que me encargué de eliminarlo de sus diarios”.<sup>308</sup> Esto apenas importa ya porque, incluso en la versión publicada, se muestra a Robert Kennedy diciendo que “el presidente Kennedy había estado ansioso por retirar esos misiles de Turquía e Italia desde hacía mucho tiempo. Había ordenado hacerlo hacía algún tiempo y era nuestra convicción que, en breve, esos misiles se trasladarían”.<sup>309</sup> No se hubiera necesitado mucha imaginación para comprender que los misiles eran parte del trato, incluso en la versión editada pero, después del hecho, el equipo de Kennedy sentía que era importante proyectar la idea de que ellos habían puesto fin a la crisis al asumir una posición dura y ecuaníme, no al hacer concesiones a expensas de los aliados y sin consultarlos.

En 1989, Dobrynin contó su recuerdo de la reunión. Robert Kennedy dijo que “él confirmaba el acuerdo del presidente de retirar los misiles de Turquía. El presidente, de nuevo, dijo que lo tenía presente y que yo podía comunicarlo a mi gobierno. Pero no puede constituir parte del paquete y no se puede publicar”.<sup>310</sup> Kennedy le dijo a Dobrynin que los militares estaban presionando al presidente para lanzar un ataque aéreo y solicitaba, con urgencia, una respuesta rápida. Sus últimas palabras fueron: “el tiempo no espera. No debemos dejar que esto se nos vaya de las manos”. El hermano del presidente “no lanzó un ultimátum... Pero sí, constantemente, solicitó, es verdad, que comunicara la petición del presidente que quería recibir una respuesta el lunes”. En 1971, el hijo de Gromyko, Anatoly, publicó un libro en el que informa que Robert Kennedy le dijo a Dobrynin que “el Pentágono estaba ejerciendo una fuerte presión sobre su hermano... No excluía que la situación se pusiera fuera de control y que tuviera consecuencias irreparables”.<sup>311</sup> En sus propias memorias, Jruschov narra una reunión, sin fecha, entre Dobrynin y Robert Kennedy, cuyas características generales se ajustan a las de la reunión del 27 de octubre. Aquí está su versión del informe de Dobrynin:

El presidente está en una situación grave y no sabe cómo salir de ella. Estamos bajo una tensión severa. De hecho, estamos bajo la presión de



nuestros militares que quieren utilizar la fuerza contra Cuba. Probablemente, en este mismo momento, el presidente está sentado, escribiendo un mensaje al presidente Jruschov... El presidente Kennedy le suplica al presidente Jruschov que acepte las características del sistema estadounidense. Aunque el propio presidente no quiera comenzar una guerra contra Cuba, una cadena de sucesos irreversibles puede ocurrir contra su voluntad. Es por esto que el presidente está solicitando, directamente al presidente Jruschov, su ayuda para terminar este conflicto. Si la situación continúa por mucho más tiempo, el presidente no está seguro que los militares no lo derroquen y tomen el poder. El ejército estadounidense podría quedar fuera de control.<sup>312</sup>

Estas memorias no son confiables. Jruschov las escribió, principalmente, basado en sus recuerdos, años después de los sucesos acaecidos, sin acceso a todos sus documentos. Tenía también razones para exagerar la desesperación del presidente estadounidense y para presentarlo como un hombre suplicante y no como un socio negociador. Sin embargo, cuando se quitan el drama y la exageración, el cuadro básico no varía mucho de lo que los hechos refieren. Kennedy *sí estaba* bajo presión de los militares, y también de los civiles, para que lanzara una acción militar inmediata, y el presidente *no* quería hacerlo. Años más tarde, Sorensen dijo:

Yo no creo que John Kennedy quería la guerra en ese momento y no creo que quería una guerra contra Cuba en particular. Tenía eso en mente cuando objetó la idea de un bombardeo, incluso el llamado ataque aéreo "quirúrgico"... Apoyando el punto de McNamara de que una nueva escalada militar, por nuestra parte, no era inminente, señalo que cuando el avión U-2 fue derribado, un hombre que estuviera listo para la acción militar hubiera respondido inmediatamente con un bombardeo sobre uno de los emplazamientos de misiles SAM. El presidente Kennedy se resistió a autorizar una acción de ese tipo y pienso, igual que Bob, que él hubiera encontrado otras vías para apretar las tuercas, por decirlo así, reforzar el bloqueo, pero no dar luz verde para un bombardeo o una invasión... Así que no creo que un ataque aéreo o una invasión eran inminentes, pero les debo recordar a ustedes que John Kennedy no era un dictador y... las presiones sobre él de los militares, y de los otros, aumentaban y un hombre solo no puede resistir, indefinidamente, una marea tan alta.<sup>313</sup>

Tampoco hay dudas de que necesitaba y solicitaba con urgencia una respuesta rápida. Si no había una pronta solución la presión aumentaría y la posición

del presidente se haría más difícil. No necesitamos creer en la posibilidad de un golpe militar para comprender que había *algunas* limitaciones a la libertad que Kennedy tenía antes de lanzar una acción militar. Hemos visto que la narración de una comunicación dura y lacónica por parte de Robert Kennedy no era del todo exacta. La de Dobrynin es breve e incompleta, pero se acerca más a la de Jruschov que a la de Kennedy. El lector debe decidir cuál reproduce mejor el estado de ánimo y el tono de la comunicación pero, leídas correctamente, todas presentan, en gran medida, el mismo cuadro: la confirmación del intercambio de misiles y la presión para obtener una respuesta expedita que permitiera poner fin a la crisis antes que obligaran al presidente a emprender una acción militar.

Incluso entonces el presidente no estaba satisfecho. Seguramente estaba preocupado por la posibilidad de que Jruschov no aceptaría que el intercambio se hiciera en secreto y que insistiera en un anuncio público, así que también se preparó para esa contingencia. Sin que lo supiera ningún otro miembro del ExCom, Kennedy le pidió a Rusk que llamara a su amigo, Andrew Cordier, decano de las Escuelas de Relaciones Internacionales de la Universidad de Columbia y antiguo funcionario de las Naciones Unidas, “y le dictara una declaración que U Thant debería hacer... proponiendo el retiro tanto de los Júpiter como de los misiles en Cuba. El señor Cordier pondría la declaración en las manos de U Thant sólo después de una señal ulterior nuestra”.<sup>314</sup> Si la indicación se daba, los Estados Unidos, por supuesto, aceptarían la propuesta. Este proyecto secreto sólo se reveló un cuarto de siglo después, cuando Rusk y los otros enfatizaron que sólo fue un plan de contingencia que nunca se puso en práctica. La crisis llegó a su fin antes de que esta afirmación se pudiera comprobar, pero es evidente, por lo menos, que el presidente Kennedy estaba considerando seriamente incluso un intercambio público antes que una respuesta militar. Al menos un distinguido estudioso de la crisis de los misiles piensa que ése era el camino que el presidente pudo haber tomado: “No sé si la opinión de McNamara/ Bundy de que el próximo paso sería otra vuelta de tuerca y no un bombardeo es una revisión de la historia, pero supongo que hay una posibilidad de que el POL [petróleo, etc.] se habría añadido a la lista del embargo y, quizá, hasta hubiera funcionado. Aunque me pregunto si el presidente hubiera, incluso, optado por esto teniendo en cuenta los preparativos que se habían hecho para un trato público sobre los misiles turcos. Pudo haber escogido la salida rápida”.<sup>315</sup>

Este criterio, junto a todos los otros, tiene que quedar como una especulación, porque a las 9 am del domingo 28 de octubre, un nuevo mensaje llegó por las ondas de Radio Moscú. Jruschov anunció la emisión de “una nueva orden sobre el desmantelamiento de las armas que ustedes describen como ‘ofensivas’, su embalaje y su regreso a la Unión Soviética”.<sup>316</sup> Incluso antes de recibir el tex-

to oficial, Kennedy respondió con una misiva en la que escribió: “Estimo que mi carta, dirigida a usted el 27 de octubre, y su respuesta de hoy, representan esfuerzos firmes por parte de ambos gobiernos que deben ser implementados en forma expedita”.<sup>317</sup> En todos los sentidos prácticos, la crisis había concluido. En 1987, Abram Chayes, un miembro del gobierno de Kennedy, recordaba la solución de la crisis: “Max Taylor decía que había tres opciones... Había una cuarta: comprarlos. De ésta se habla mucho menos que de las otras por la fuerza del estigma de Munich y porque suena mucho menos valerosa. Pero fue lo que hicimos, en parte, comprarlos, y el presidente parecía haber estado dispuesto a ir más lejos aun de lo que fue, en esa dirección, si era necesario. Estaba decidido a pagar un precio enorme con relación a la opinión mundial y a su posición dentro de la nación, pero las otras opciones también tenían sus precios y quién sabe si ésta era la de más alto precio”.<sup>318</sup> Si Chayes tiene razón, no hay un límite evidente a las concesiones que Kennedy pudiera haber hecho si Jruschov se hubiera aferrado a sus armas.

¿Por qué, entonces, estuvo de acuerdo Jruschov en poner fin a la confrontación? Kennedy, como está claro, había estado de acuerdo con la esencia de sus términos: una promesa de no invadir Cuba y otra de retirar los misiles turcos. Pero eso no explica la rapidez de su anuncio. Además, Kennedy no había accedido a la comunicación pública del intercambio de misiles. Jruschov pudo haberse demorado, continuando con la presión, insistiendo en el anuncio público de la retirada estadounidense para compensar el precio político que el dirigente soviético tendría que pagar por su propia retirada de los misiles y el abandono visible, bajo presión, de un aliado. De hecho, cuando Castro supo del intercambio y cuando se le dijo que no podía disparar contra ningún otro avión estadounidense se puso frenéticamente violento. Pateó la pared, rompió un espejo y acusó a Jruschov de “hijo de puta... cabrón... un comemierda, un hombre sin *cojones*, un *maricón* [homosexual]”.<sup>319</sup> El asunto, en realidad, fue una de las razones principales por las que Jruschov fue separado del poder dos años más tarde. Existían todos los factores para que él tratara de exprimir todo lo que pudiera a Kennedy antes de cerrar el trato; quizá los Júpiter italianos junto con los turcos, todo anunciado públicamente en las Naciones Unidas para contribuir a erosionar la fe de los aliados de la OTAN en la fortaleza, el coraje y la confiabilidad de los estadounidenses.

El hecho de que no lo hiciera sino que tratara de llegar a un arreglo lo más pronto posible indica que tenía alguna razón para temer la demora. Desde su punto de vista, la situación parecía que podía ponerse fuera de control. Un comandante soviético había ordenado derribar un U-2 sin permiso. Podían producirse provocaciones semejantes, no ordenadas y no deseadas. Los cubanos, además, estaban presionando para acometer acciones más peligrosas. El viernes, día veintiséis, Castro había escrito una carta a Jruschov prediciendo

un ataque aéreo o una invasión en un lapso de uno a tres días. Le pidió al dirigente soviético que evitara tales acciones y que, si se producía una invasión, “ése sería el momento para eliminar tal peligro para siempre a través de un acto de clara y legítima defensa, sin considerar cuán dura y terrible fuera la solución”.<sup>320</sup> Jruschov entendió que Castro quería que él “infligiera un ataque nuclear aéreo sobre los Estados Unidos para evitar la invasión”. Al otro día, Castro ordenó a las fuerzas antiaéreas cubanas que dispararan contra todos los aviones estadounidenses y rechazó la solicitud del embajador soviético de rescindir la orden.<sup>321</sup> Podía pensarse que existía el peligro de que los acontecimientos pudieran escapar al control del Kremlin.

Entonces, el sábado veintisiete, un avión U-2 perdió su rumbo y se extravió sobre territorio soviético en Siberia. Hizo un llamado de ayuda y un avión de combate estadounidense despegó apresuradamente en su auxilio al mismo tiempo que un MIG soviético despegaba para interceptar al U-2, que pudo irse sin ser derribado.<sup>322</sup> Jruschov, al principio, pudo haber pensado que era una misión de reconocimiento previa a un ataque estadounidense aunque el lugar de la incursión lo hacía improbable. Por lo menos, debió haber aguzado su conciencia del peligro que un encuentro militar no intencionado podía convertirse en una lucha seria y que, si eso sucedía, Kennedy podría ser incapaz de controlar a sus dirigentes militares y evitar que se lanzaran a un ataque que la Unión Soviética no podría responder sin suicidarse.

Irónicamente, a tal conclusión llevaría la propia evaluación del carácter de Kennedy que había conducido a Jruschov a lanzar la aventura cubana. Un hombre tan débil —como Jruschov estimaba que era Kennedy— no podía evitar, por mucho tiempo, una acción más enérgica proveniente de hombres más fuertes. En el verano anterior, Jruschov le dijo a Llewellyn Thompson que sospechaba que los militares planeaban obtener el control del gobierno estadounidense. Como ha señalado un estudioso: “Vivía en una cultura política en que cosas así suceden realmente. Cuando Dobrynin envió un cable a Moscú sobre el comentario de Robert Kennedy de que el Pentágono estaba presionando a su hermano para efectuar un bombardeo, Jruschov interpretó, evidentemente, que el presidente estaba en peligro de ser derrocado”.<sup>323</sup> Quizá esa interpretación era exagerada, pero hay buenas razones para creer, al menos, que las palabras de Robert Kennedy apuntaban a una pérdida total del control presidencial. Con la posibilidad de la pérdida del control en todas partes, Jruschov canceló la crisis antes de que pudiera derivar en el desastre.

Los estadounidenses se sentían triunfadores. El presidente convocó a los dirigentes del Congreso a la Casa Blanca. “Hemos obtenido una gran victoria”, les dijo. “Hemos resuelto una de las grandes crisis de la humanidad.” En el ExCom, Rusk dijo que todos los miembros eran dignos de mérito por la “solución altamente ventajosa” a la crisis de los misiles. Bundy, uno de los halco-

nes, dijo, con amabilidad, que todos sabían quiénes eran los halcones y quiénes las palomas y que éste era el día de las palomas. El presidente les advirtió que debían ser cuidadosos en sus declaraciones a la prensa. "Jruschov ha tenido que tragarse el acuerdo muy a su pesar. No vamos a restregárselo." Rusk dijo algo similar a los periodistas quienes, muy sorprendentemente para aquellos que conocen la prensa de hoy, hicieron, en su mayoría, lo que se les dijo.<sup>324</sup> Era un consejo que también se dieron a sí mismos. En la euforia del momento, que luego se convertiría en la versión estandarizada por las publicaciones de libros escritos por Robert Kennedy, Schlesinger y Sorensen, el fin de la crisis había sido el resultado de una dureza calmada y mesurada de un presidente joven y valiente que había rechazado cualquier arreglo bajo presión, que no había hecho concesiones salvo la promesa de no invadir Cuba, algo que tampoco tenía intenciones de hacer. Las declaraciones alardosas desde Washington podrían provocar que Jruschov rompiera su voto de silencio y revelara que el presidente había hecho un trato bajo presión a expensas de un aliado de la OTAN, un intercambio de misiles cubanos por turcos sin consultar ni a Turquía ni a la OTAN, un pacto tan penoso que se lo había ocultado al pueblo estadounidense y que había exigido que fuera secreto como condición para el acuerdo. En fecha tan tardía como el 30 de enero de 1963, McNamara "mintió descaradamente ante el Congreso sobre el asunto de si Kennedy había intercambiado en secreto los misiles Júpiter en Turquía por los misiles cubanos, asegurando al Comité de los Servicios Armados de la Casa de Representantes que no había 'conexión alguna, en lo absoluto' entre la 'retirada forzosa' de los misiles soviéticos en Cuba y la retirada de los misiles 'en Turquía o Italia'".<sup>325</sup>

No todos, en el lado estadounidense, estaban satisfechos con los resultados. Preocupado por las críticas internas, Kennedy convocó a los jefes conjuntos a la Casa Blanca, donde les expresó su admiración y su gratitud por sus consejos y sus esfuerzos a lo largo de la crisis. El jefe de la Armada, almirante Anderson, gritó: "¡Nos dieron y bien!". El jefe de la Fuerza Aérea, Curtis Le May, la llamó "la mayor derrota en nuestra historia".<sup>326</sup> Estas reacciones pueden ser excesivas pero un razonamiento más sobrio podría concluir que Kennedy dejó ir a Jruschov con muy poco castigo. Considerando la vasta ventaja militar que tenían los Estados Unidos hubiera sido posible insistir en que se pusiera fin a la ayuda soviética a Cuba, lo que hubiera incapacitado a Castro para ayudar a los insurgentes comunistas en El Salvador, Nicaragua y otros países de América Latina, que causarían tantos problemas a los Estados Unidos en el siguiente cuarto de siglo. De todas formas, aplicando una visión a largo plazo, la extraordinaria gran cautela de Kennedy podría parecer justificada. Fue la gran fortaleza militar de los Estados Unidos la que proporcionó seguridad en la crisis y fue su vasto poder militar, político y económico lo que permitió ganar la Guerra Fría sin la necesidad de una guerra caliente contra los soviéticos, aun-

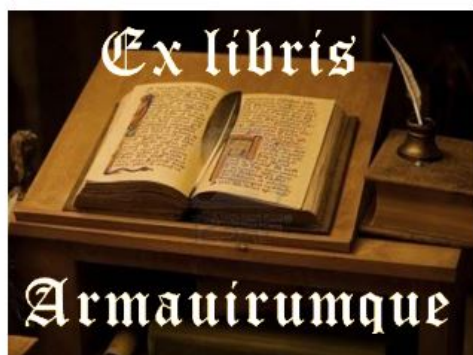
que estas ventajas contundentes no estaban tan claras en 1962. Las naciones que desean preservar la paz a menudo pueden permitirse un grado de tolerancia cuando es suficiente su superioridad en materia de poder.

### LAS CAUSAS DE LA CRISIS

No es el proceso de la crisis cubana de los misiles, sin embargo, lo que es de interés aquí, sino sus orígenes. ¿Cómo fue posible que dos grandes potencias llegaran al punto en que parecía necesario un tratamiento cuidadoso de la crisis para evitar un conflicto que pudo crecer hasta adquirir proporciones nucleares? Geoffrey Blainey, en su interesante libro sobre las causas de la guerra, cree que éstas ocurren cuando los Estados competidores están en desacuerdo sobre su poder relativo.<sup>327</sup> La crisis de los misiles surgió, sin embargo, a pesar del hecho de que ambos, los dirigentes soviéticos y los estadounidenses, *estaban de acuerdo* en reconocer la superioridad de los Estados Unidos. Jruschov emprendió su aventura porque estaba convencido de que Kennedy carecía de la determinación para utilizar la superioridad militar estadounidense cuando fuera desafiado y porque confiaba utilizar la debilidad de carácter de su contrario para cambiar el equilibrio de poder. El comportamiento de Kennedy en Bahía Cochinos, en Viena, en su respuesta al muro de Berlín y en su respuesta al flujo de armamentos soviéticos a Cuba, implicaba que se lo podía intimidar para que aceptara sin protestar. El plan de Jruschov no era irracional, aunque era arriesgado y estaba errado en dos aspectos principales. Se equivocó al pensar que los misiles podían emplazarse en secreto. Si así hubiera sido, parece totalmente posible, a la luz de su actuación cuando *los descubrieron*, que Kennedy hubiera estado dispuesto a aceptar el *fait accompli*. El segundo error de Jruschov fue no comprender la naturaleza del gobierno y del sistema político estadounidenses, colocando demasiada importancia en el papel del presidente. Su valoración de la posible respuesta de Kennedy parece no haber estado muy lejos del blanco, a juzgar por el comportamiento del presidente en la crisis y por las declaraciones de algunos de sus más cercanos colaboradores. Pero, como ha señalado Sorensen, un presidente estadounidense no es un dictador, como no lo es un primer ministro británico. Si Jruschov se hubiera demorado en poner punto final al episodio, a Kennedy, a pesar de sus inclinaciones pacíficas, lo podían haber forzado a emprender una acción militar, tal y como se obligó a Chamberlain a adoptar una política que no le gustaba cuando su Gabinete y la opinión pública se le opusieron. Cuando Jruschov se dio cuenta de que tal peligro existía, en 1962, comprendió el error en que había incurrido y estuvo de acuerdo en aceptar el mejor trato posible, dadas las circunstancias.

El presidente Kennedy estaba profundamente impresionado por la idea de que las guerras se producían, principalmente, por los errores de cálculo. Esto condujo, como sucede a menudo, a la suposición de que su contrario estaba jugando con las mismas reglas y que su objetivo era muy similar al de Kennedy. Las diferencias en las posiciones de ambas partes y, por lo tanto, en sus intenciones, fueron rechazadas. Como los revisionistas de la era posterior a la Primera Guerra Mundial, el presidente se preocupaba, principalmente, por las acciones positivas que podían llevar a su contrario a cometer errores de cálculo con relación a sus propias intenciones pacíficas y, como resultado de ello, a desatar la guerra. Desconoció o no contó con la posibilidad de que su contrario podía estar alardeando, tratando de utilizar la falta de deseos de combatir que tenía Kennedy para obtener ventajas que no guardaban proporción alguna con el poderío de la Unión Soviética. No se le ocurrió que la inacción, que podía ser interpretada como debilidad y timidez, podía causar un tipo diferente de error de cálculo igual o quizá más peligroso que el otro, el tipo de error cometido por Tirpitz y el kaiser Wilhelm al considerar que los británicos carecían de la determinación para igualar el programa de construcción naval de Alemania y resistir su expansión antes de 1914; o el que Hitler había cometido cuando pensó que los hombres a los que llamó “pequeños gusanos” podían ignorar la promesa de defender Polonia en 1939. El análisis aquí mostrado lleva a la noción de que fue esta última forma de error de cálculo la que condujo a la crisis de los misiles. Una línea más dura, como el mismo Kennedy percibió a veces, pudo haberla evitado totalmente. En el difícil mundo de la competencia internacional no hay una mayor garantía de seguridad en la pasividad cauta que en la actividad audaz, quizá menos. En cada caso, las particularidades deben determinar cuál curso de acción o cuál combinación es mejor.

La Crisis Cubana de los Misiles demostró que, para una nación que desea mantener la paz y el *status quo*, no es suficiente el hecho de tener un poder superior. La crisis se produjo porque la nación más poderosa tenía también un dirigente que fracasó en convencer a su contrario de su determinación para utilizar su poderío con ese propósito.



## CONCLUSIONES

**E**l estudio de la guerra y sus causas es, al mismo tiempo, un trabajo aleccionador y un desafío. Nadie puede examinar la sombría historia de la humanidad, asolada repetidamente por el dolor y el horror de la guerra, sin sentir una gran tristeza por su ubicuidad y perpetuidad. No obstante, cualquiera que analice los orígenes de algunas guerras en particular puede sentirse impactado por la impresión de que muchas pudieron evitarse. A pesar de la debilidad y de los conflictos inherentes a los seres humanos y a las sociedades que crean, un estudioso de sus guerras puede tener la sensación de que es necesario, pero también posible, hacerlo mejor. No es hacia la eliminación de la guerra hacia donde debemos dirigirnos porque ésa es una expectativa poco convincente. Ni tampoco muchas personas, incluso en el mundo moderno, están de acuerdo con que la guerra se debe evitar siempre. En nuestro tiempo muchos consideran justificadas las guerras de liberación nacional o las que se desarrollan para obtener libertad religiosa o política y entienden que son preferibles a una paz bajo las viejas condiciones. Pocos estadounidenses, en retrospectiva, condenarían la Revolución Norteamericana o la Guerra Civil por romper la paz para alcanzar la independencia nacional y el fin de la esclavitud. Sin embargo, también sería erróneo renunciar a reducir el peligro y la frecuencia de los conflictos bélicos. Si la guerra en general no puede evitarse, todavía podemos tener la esperanza de ser capaces de reducir el peligro de la guerra por largos períodos de tiempo, evitar algunas en particular, seguir políticas que logren una paz satisfactoria, más duradera y posible.

El fin de la Guerra Fría concluye medio siglo en el que muchas personas consideraban que era inevitable o muy probable una confrontación de grandes proporciones entre los países de la OTAN y la Unión Soviética, sin embargo, la crisis ha pasado. Debemos recordar que incluso grandes conflictos muchas veces se solucionan sin guerra y que el mundo, en ocasiones, ha experimentado eras relativamente pacíficas. Si el objetivo es preservar la paz, el peor error que podemos cometer es tomar medidas inadecuadas por no comprender la naturaleza del problema.

Para estos objetivos necesitamos entender más sobre cómo surgen y eso requiere que vayamos más allá de las opiniones y prejuicios de nuestro tiempo y lugar para examinar las causas de las guerras en diferentes épocas y sociedades. Los



cinco casos estudiados aquí difieren unos de otros en muchos aspectos. Los Estados en cada sistema internacional varían, desde pequeños pueblos griegos hasta un enorme Estado políglota que se extiende a través de Eurasia; desde ciudades-Estado hasta grandes naciones; desde un sistema confinado a la cuenca del Egeo hasta un imperio mundial. Los tipos de gobiernos involucrados incluyen una democracia directa, repúblicas aristocráticas, democracias representativas, monarquías limitadas, autocracias absolutas y dictaduras totalitarias. Abarcan sistemas internacionales que son bipolares y multipolares y se extienden durante dos siglos y medio de experiencia humana. Están destinados a servir como un modesto comienzo para una base de información e interpretación que puede iluminar a través del tiempo y la cultura.

Un error persistente y repetido a través de la historia ha sido la incapacidad para comprender que la preservación de la paz requiere un esfuerzo activo, planificación, gastos en recursos y sacrificio, al igual que la guerra. Especialmente en el mundo moderno, la sensación de que la paz es natural y la guerra una aberración ha conducido a un fracaso en los tiempos de paz al no considerar la posibilidad de otra guerra lo que, a su vez, ha impedido que se realicen los esfuerzos necesarios para preservar la paz. Darse cuenta del germen de una nueva guerra en tiempos de paz es, con seguridad, una tarea difícil. Los hombres realistas que se sentaron en el Congreso de Viena en 1815, por ejemplo, un extraño grupo que reflexionó cuidadosamente sobre el problema y estableció un sistema que pretendía preservar la paz general, actuaron muy bien pero no triunfaron del todo. No confiaron, ni en esperanzas idealistas ni en el terror que provocaba el nuevo armamento, para conservar la paz que deseaban con urgencia después de tanto años de un enfrentamiento mortal. En vez de eso, dependieron del Concerto de Europa, un intento prudente de reconocer las realidades del poder tal y como existían en ese momento y de construir un sistema estable de relaciones internacionales basado en él. La paz general no fue quebrada, esencialmente, hasta 1914. Sus logros fueron impresionantes, lo que permitió "un período de paz que duró casi cien años", pero Henry Kissinger sugiere que la estabilidad internacional era "tan profunda que hubiera podido contribuir al desastre. Porque en el largo intervalo de la paz, el sentimiento de lo trágico se perdió; se olvidó que los Estados podían morir, que las rebeliones podían ser irreparables, que el miedo se podía convertir en la forma de cohesión social".<sup>1</sup>

Si sus sucesores olvidaron estas cosas, los hombres prácticos que tenían que ver con los asuntos que condujeron el sistema internacional de Europa en los años posteriores a 1815 no lo olvidaron. Sabían que la paz no se mantiene por sí sola, que uno o más Estados en cualquier sistema internacional debe asumir la responsabilidad y soportar el peso que se requiere para mantenerla, por lo que establecieron un orden internacional con la intención de que durara para siempre y estaban preparados para defenderlo. Incluso ellos, sin embargo, no

podieron prever los cambios en la sociedad y en la política que, finalmente, socavaron el Concierto y la paz de Europa. El poder penetrante del nacionalismo basado en lazos lingüísticos y étnicos, que serían tan importantes para destruir la paz, todavía no se comprendía bien. “No se le ocurriría a nadie en el siglo XVIII que la legitimidad de un Estado dependía de la unidad lingüística. Era inconcebible para los que hicieron el Tratado de Versalles que pudiera existir ninguna otra base para un gobierno legítimo.”<sup>2</sup>

Ni tampoco podían imaginar los líderes de las grandes potencias europeas, Austria, Gran Bretaña, Francia y Rusia, que Prusia, un Estado de segunda categoría en 1815, sería algún día la punta de lanza de una Alemania unida cuya creación alteraría completamente el equilibrio de poder y presentaría un problema para una paz europea duradera que todavía no se había podido obtener. Ya desde mediados del siglo XIX el zar Nicolás I consideraba la idea de que Alemania se unificaría, quizá bajo el liderazgo prusiano, como una “tontería utópica”.<sup>3</sup> Internamente, la monarquía prusiana sufrió una fuerte sacudida con la revolución de 1848 e, internacionalmente, Austria humilló a Prusia en Olmütz en 1850. “Prusia, en la primera mitad del siglo XIX, era la menor de las Grandes Potencias, con desventajas geográficas, opacada por vecinos poderosos, con dificultades internas y problemas entre los alemanes y absolutamente incapaz de jugar un papel mayor en los asuntos internacionales.”<sup>4</sup> Por lo que nadie, en 1863, hubiera podido prever el inmenso poder que Prusia pronto alcanzaría como el corazón de una Alemania unificada, pero en menos de una década las rápidas victorias sobre Dinamarca, Austria y Francia convirtieron a la Alemania prusiana en la nación más poderosa de Europa y, después de unas décadas más, en una amenaza mortal para su paz.

Sin embargo, para cualquier persona familiarizada con la historia nada de esto debía ser una sorpresa. Variaciones inesperadas y cambios de poder forman el tejido de la historia internacional. Ya en el siglo V a. C. el padre de la historia subrayó los cambios inevitables e impredecibles en el poder de los Estados: “Continuaré con mi historia describiendo, por igual, a las ciudades más grandes y a las más pequeñas. Porque las ciudades que inicialmente fueron grandes, la mayoría son ahora insignificantes; y las ahora poderosas fueron débiles en los tiempos antaños”.<sup>5</sup> Paul Kennedy escribe sobre nuestro mundo actual algo parecido, al afirmar que “la riqueza y el poder o el dominio económico y militar son siempre relativos y como todas las sociedades están sujetas a la inexorable tendencia del cambio, entonces los equilibrios internacionales *nunca* pueden ser tranquilos y es una insensatez de Estado asumir que pudieran serlo alguna vez”.<sup>6</sup>

La condición actual del mundo, por tanto, en donde es difícil concebir una guerra entre las potencias más poderosas porque una de ellas tiene una superioridad militar aplastante y no desea expandirse, no durará. Una Alemania reu-

nificada, con sus colosales recursos económicos alcanzará, en cualquier momento, un poder militar comparable y lo mismo se aplica para Japón. El poder de China está creciendo con su éxito económico y es poco probable que mantenga, por mucho tiempo, un papel secundario en la escena internacional. Tampoco las actuales dificultades de Rusia deben cegarnos hasta el punto de no apreciar su fuerza intrínseca e impedirnos ver, con certeza, que emergerá, más tarde o más temprano, en la escena mundial como una gran potencia con deseos y objetivos propios, no necesariamente compatibles con los de otras naciones o con el *status quo*. Sería temerario, además, asumir que el regreso de Alemania, Japón y Rusia al estatus completo de grandes potencias serán los únicos cambios en el sistema mundial y que podemos prever los otros que puedan surgir. En el pasado estos cambios imprevisibles a menudo han amenazado la paz y no tenemos razón para dudar de que lo harán otra vez.

Nuestro estudio de los episodios examinados aquí propone algunas observaciones generales sobre las causas de las guerras y la preservación de la paz. La primera es que en un mundo de Estados soberanos un enfrentamiento entre ellos por la distribución del poder es la condición normal y que estos enfrentamientos a menudo conducen a la guerra. Otra observación es que las razones para la búsqueda de más poder, con frecuencia, no son simplemente la búsqueda de seguridad o de ventajas materiales. Entre ellas se encuentran exigencias por un prestigio mayor, respeto, deferencia, en resumen, honor. Debido a que estas exigencias contienen juicios aún más subjetivos que aquellos relacionados con la ventaja material, son todavía más difíciles de satisfacer. Otras razones surgen a partir del miedo, a menudo incierto e intangible, no siempre de amenazas cercanas sino también de otras más lejanas, en contra de las que no siempre es posible protegerse. La persistencia de este tipo de pensamiento en una amplia variedad de Estados y sistemas a través del transcurso de milenios sugiere la indeseada conclusión de que la guerra forma parte, probablemente, de la condición humana y de que es muy posible que nos acompañe, todavía, por algún tiempo.

Sin embargo, la mayoría de los planteamientos y escritos sobre el tema han asumido tácitamente que la paz es el estado natural de las relaciones entre los Estados, que la guerra es una aberración de la que se puede escapar al mejorar la personalidad moral de los que toman las decisiones, al lograr la evolución de la sociedad y su alejamiento de las tradiciones e instituciones bélicas y cuando se evitan acciones complicadas y provocadoras. Las soluciones propuestas desde el siglo XVIII han sido, fundamentalmente, la educación de los pueblos y de sus líderes para que se comprenda que la guerra es, no sólo terrible, sino cruel, ilógica e irrentable. Asumiendo que los hombres van a pelear principalmente por algún motivo racional, generalmente para ganar alguna ventaja material, este enfoque cuenta con la educación para lograr una compren-

sión mejor fundada y correcta de los intereses de aquellos que están involucrados. Sólo en ese sentido es activa. Aparte de la educación la otra medida fundamental para mantener la paz es la moderación: evitar las acciones que destruirán la paz que se encuentra en el orden natural de las cosas.

La evidencia proporcionada por la experiencia de seres humanos viviendo en sociedades organizadas durante más de cinco milenios sugiere otra cosa. Estadísticamente, la guerra ha sido más común que la paz, y han sido raros los períodos extensos de paz en un mundo dividido en múltiples Estados. Los casos que hemos examinado muestran que la buena voluntad, el desarme unilateral, evitar las alianzas, explicar y predicar los males de la guerra por aquellos Estados que, satisfechos en términos generales con el estado en que se encuentra el mundo, buscan preservar la paz, son de poco provecho.

Lo que parece funcionar mejor, aunque de forma imperfecta, es la posesión, por aquellos Estados que desean preservar la paz, del poder preponderante y de la voluntad de aceptar las cargas y responsabilidades necesarias para alcanzar ese propósito. Tienen que entender que ninguna situación internacional es permanente, que parte de su responsabilidad es aceptar y, en ocasiones, fomentar los cambios, algunos de los cuales no serán de su agrado, guiando sus logros a través de canales pacíficos, pero siempre preparados para impedir, si es preciso, por la fuerza los cambios hechos mediante amenazas o violencia que ponen en peligro la paz general. Pero esta condición no es fácil de lograr. En primer lugar, la distribución natural de poder no coincide, necesariamente, con las necesidades del mantenimiento de la paz. A veces el equilibrio es tan estrecho como para impedir una disuasión efectiva y para hacer que resulte tentador arriesgarse a una guerra para obtener o evitar una preponderancia de poder. Éste parece haber sido el caso antes de la Guerra del Peloponeso. Algunas veces el poder y la voluntad están presentes pero los Estados responsables son arrogantes y negligentes. Esto parece ser lo que ocurrió en la República romana antes de la Guerra de Aníbal.

Episodios de este tipo podrían ocurrir en cualquier momento. Parecen corroborar la verdad de la creencia de Tucídides en la consistencia general de la naturaleza humana en las esferas de la política, las relaciones internacionales y la guerra, del valor de su historia como “una adquisición para todos los tiempos” para aquellas personas que deseen “ver con claridad los dos eventos que han ocurrido y, de acuerdo con la naturaleza humana, volverán a suceder en el futuro de la misma forma o de forma similar”.<sup>7</sup> El estudio de la historia, sin embargo, debe ocuparse, no sólo de aquellas cosas que se mantienen igual, sino también de aquellas que varían de un lugar a otro y de aquellas que cambian en el transcurso del tiempo. Los Estados y las personas que los habitan en el mundo moderno son significativamente diferentes, en muchas maneras, de los del mundo de la antigüedad.

Para comprender a los griegos y romanos de la antigüedad debemos tener muy presente la distancia que separa sus puntos de vista, y los de la mayoría de las personas a través de la historia, de las opiniones actuales. Desconocían totalmente ideas como las que más tarde se expresarían en el Sermón de la Montaña, y las hubieran considerado absurdas si las hubieran conocido. Contemplaban el mundo como un lugar de intensa competencia en el que la victoria y la dominación, que proporcionaban fama y gloria, eran los objetivos más preciados, mientras que la derrota y la subordinación proporcionaban ignominia y vergüenza. En el mundo de las ciudades-Estado la esfera de competencia ascendió de los enfrentamientos entre individuos, familias y clanes a enfrentamientos y guerras entre las *poleis*. Los Estados griegos, es más, la democracia ateniense no menos que cualquier otro, eran comunidades de guerreros que aceptaban sin preguntar la naturalidad de la guerra y la obligación absoluta de cada hombre en condiciones de hacerlo, de pasar el servicio militar y de arriesgar su vida por su comunidad. También consideraban estas acciones entre los atributos de mayor estima en un hombre, prueba de su libertad y dignidad y una fuente de honor y gloria, y estos atributos eran los valores más altos para los seres humanos.

Los romanos tenían todavía menos dudas sobre la conveniencia del poder y de la naturalidad de la guerra que los griegos. Su cultura veneraba las virtudes militares, un mundo de campesinos, estaban acostumbrados al trabajo duro, las privaciones y la subordinación a la autoridad. Era una sociedad que valoraba el poder, la gloria y las responsabilidades del liderazgo, incluso de la dominación, sin que eso les causara vergüenza. El esfuerzo que se necesitaba para preservar todo esto podía darse por sentado; estaba en la naturaleza de las cosas y era parte de la condición humana.

Los Estados modernos, especialmente aquellos que han triunfado en la Guerra Fría y que son los mayores interesados en que se conserve la paz, y más específicamente los Estados Unidos, sobre quien debe caer el peso mayor de mantener la paz, ahora y en el futuro previsible, son muy diferentes. Los valores marciales y el respeto por el poder no han desaparecido totalmente, pero se les han sobrepuesto otras ideas y valores, algunos de ellos desconocidos para las repúblicas clásicas. La más importante de éstas es la tradición judeo-cristiana y especialmente la tendencia pacifista de la cristiandad que enfatiza el Sermón de la Montaña en vez de la tendencia más militante que jugó un papel tan grande a través de los siglos. Aun cuando el poder y el ascendiente de la religión organizada y formal han disminuido en el último siglo la influencia, entre segmentos importantes de la población en los Estados Unidos y otros países occidentales, del rechazo al poder, a lo maligno representado por la búsqueda del interés personal, a la crueldad de la guerra, cualesquiera que sean sus causas, ha crecido. Existe ahora una conciencia diferente que establece barreras a la for-

ma en la que se adquiere y mantiene el poder y cómo se utiliza para preservar la paz, que hubieran sido incomprensibles para los griegos y los romanos.

Al mismo tiempo, la mayoría de estos países son repúblicas liberales de un carácter democrático, dedicados y conformados cada vez más por un sistema ético que es comercial, individualista, libertario y hedonístico, en el otro extremo de la gama de repúblicas agrícolas de la antigüedad, con su respeto por el poder y la gloria de sus Estados y los sacrificios que requieren. Al igual que Gran Bretaña cuando estaba en su apogeo, los Estados Unidos han disfrutado las ventajas de la insularidad, protegido de graves daños por los océanos, que durante mucho tiempo le permitieron ignorar al resto del mundo en un aislamiento seguro. Esto ha hecho posible que los estadounidenses, a diferencia de los pueblos del mundo antiguo, y más que nadie en la historia, posean una larga tradición, basada en la experiencia británica, de desconfianza hacia los asuntos militares y de rechazo compulsivo al servicio militar, exceptuando breves períodos en circunstancias extraordinarias. Incluso con unas fuerzas armadas profesionales voluntarias, ha demostrado una poderosa aversión a las bajas que son algunas veces inevitables para la preservación de la paz y la civilidad.

En los siglos XIX y XX, además, los países occidentales se han comprometido con el bienestar material y físico de sus ciudadanos, lo que ha dado lugar a una mayor cantidad de programas sociales, que implican más gastos. En un país democrático sujeto al poder de la opinión pública y a grupos organizados que se benefician de su generosidad, los gobiernos enfrentan una presión cada vez mayor para satisfacer las exigencias internas a expensas de las necesidades de la defensa. Los gastos para armamentos y ejércitos en tiempos de paz con la intención fundamental de impedir las guerras son especialmente difíciles de justificar. Por su naturaleza, nunca se utilizarán si logran su cometido, por lo que los críticos siempre pueden afirmar que son innecesarios. Ya que una conclusión de este tipo justificará la tranquilidad, la inacción y un abandono de las responsabilidades externas, siempre tendrá un público dispuesto a escucharla. Por todas estas razones, incluso cuando los países democráticos modernos tienen los recursos materiales para hacer lo que es necesario para mantener la paz, les resulta difícil concentrar los recursos espirituales que son, al menos, igualmente necesarios.

A pesar de sus victorias en la Guerra Fría y, más recientemente, en la Guerra del Golfo, los Estados Unidos y sus aliados, los Estados más interesados en la paz y con el mayor poder para preservarla, parecen estar vacilando en su disposición para pagar el precio en dinero y el riesgo en vidas. Nada podría ser más natural en una república liberal, sin embargo, nada podría amenazar más a la paz que han adquirido recientemente. Aunque el mundo actual ha cambiado mucho en aspectos muy importantes, se sugiere una analogía evocadora con las potencias victoriosas después de la Primera Guerra Mundial. La

naturaleza de la sociedad estadounidense y de sus aliados, y su comprensión tradicional de las causas de las guerras y las bases para la paz, brindan razones para temer que los Estados Unidos y los otros Estados que se encuentran satisfechos volverán a actuar como antes. Estos países están siempre bajo el peligro de apartarse de la política realista, cara y dolorosa que, con algunos intervalos, siguieron después de la Segunda Guerra Mundial. Es incluso cada vez más difícil contar con la respuesta realista, aunque no totalmente adecuada, al peligro, que dio Gran Bretaña y que confrontó al kaiser, en vez de la inacción de autoengaño con la que Gran Bretaña trató de apaciguar a los alemanes en los años que transcurrieron entre las dos guerras. El carácter y las tradiciones de estas sociedades, su falta de ambiciones expansivas, las hicieron desear acercarse a sus políticas preferidas de aislamiento, tanto como las condiciones se lo permitían, y a veces más lejos. En un país en donde el pensamiento y el comportamiento se conforman por estas combinaciones de influencias, las proposiciones que dan por sentado la continuación de un compromiso para la preservación activa de la paz, que no recurren al desarme, la retirada y el retroceso, sino que mantienen un poder militar fuerte y la disposición de utilizarlo cuando fuese necesario encontrarán, con certeza, una fuerte oposición.

Nuestros estudios sugieren que estas reacciones y añoranzas son fútiles, y las políticas que proponen son peligrosas. Cualesquiera que sean las preferencias e intenciones de este tipo de sociedades y de sus líderes, su poder y su deseo de lograr una estabilidad internacional los coloca de forma ineludible en el camino de los Estados insatisfechos que quieren revisar la correlación de fuerzas y poder para su propio beneficio. No tienen la libertad de mantenerse apartados. Pueden insistir con aquello de *AL DIABLO CON SERBIA*, como proclamó el encabezamiento de un periódico londinense en la primavera de 1914; pueden preguntar *¿DÓNDE ESTÁ PRAGA?*, como hizo otro periódico de Londres en 1938, y responder: "Si los hombres enloquecidos de la 'seguridad colectiva' obtienen lo que desean usted se podrá encontrar un día en una trinchera. Si triunfa la política del aislamiento... usted no peleará con nadie a menos que vengan hasta aquí buscando problemas". Pero en vano. Las personas libres y enérgicas de una nación todavía poderosa no permitirán que el orden mundial se destruya y la perjudiquen y que corra peligro su seguridad por lo que rechazarán cualquier liderazgo que se disponga a hacerlo. Las únicas opciones disponibles para los líderes de un país así son: o se busca evitar la crisis trabajando por preservar la paz, se actúa realistamente mientras que hay tiempo, o se elude la responsabilidad hasta que no exista otra opción que la guerra.

## NOTAS

### INTRODUCCIÓN

- <sup>1</sup> Francis Fukuyama, "The End of History?", en *The National Interest* 16, 1989, p. 18.
- <sup>2</sup> Citado por E.L. Jones, *The European Miracle*, Cambridge, 1981, pp. 125-126.
- <sup>3</sup> Thomas Paine, *Collected Writings*, vol. 1, Londres, 1894, p. 456.
- <sup>4</sup> Paine, p. 453. Michael Howard cita pasajes relevantes de Montesquieu y Kant, *War and the Liberal Conscience*, Londres, 1978. Lo que debo a este excelente trabajo será evidente a través de toda esta sección.
- <sup>5</sup> J.S. Mill, *Principles of Political Economy*, Londres, 1848, p. 582.
- <sup>6</sup> Tomado de un discurso en la manifestación de Covent Garden el 28 de septiembre de 1843, citado por Correlli Barnett, *The Collapse of British Power*, Nueva York, 1972, p. 49.
- <sup>7</sup> Interesarse por el equilibrio de poder, dijo Bright, es sólo "un sistema gigantesco de apoyo externo para la aristocracia británica". G.M. Trevelyan, *John Bright*, Londres, 1913, p. 2749.
- <sup>8</sup> Michael Howard, "Men Against Fire: The Doctrine of the Offensive in 1914", en Michael Howard, ed., *The Lessons of History*, New Haven, 1991, pp. 97-99.
- <sup>9</sup> Howard, "Men Against Fire", pp. 70-71.
- <sup>10</sup> Arther Ferrill, *The Origins of War*, Londres, 1985, p. 13, dice que "la guerra organizada surgió, al menos, a finales de la Era Paleolítica". Otros la sitúan después del comienzo de la civilización. A partir de mis estudios, coincido con Ferrill, pero nadie duda de que la guerra es, por lo pronto, tan antigua como la civilización.
- <sup>11</sup> *The Lessons of History*, Nueva York, 1968, p. 81.
- <sup>12</sup> Ésta es la prueba que presenta Arther Ferrill, *The Origins of War*, pp. 318-319.
- <sup>13</sup> Herodoto, 1.1. (las referencias a los escritores de la antigüedad se dividen, como es la convención ahora, en libros, capítulos y secciones.)
- <sup>14</sup> Tucídides, 1.23.
- <sup>15</sup> Howard, "The Causes of Wars", en *The Causes of Wars*, editado por Michael Howard, Cambridge, Mass., 1983, p. 16.
- <sup>16</sup> Geoffrey Blainey, *The Causes of War*, Londres, 1973, pp. 149-150.
- <sup>17</sup> 5.15.2.
- <sup>18</sup> 1.76.2. Las palabras griegas son *timé*, *deos* y *ophelia*.
- <sup>19</sup> Sun Tzu Wu, *The Art of War*, traducido por Lionel Giles, Harrisburg, 1944, p. 40.

### I. LA GUERRA DEL PELOPONESO 431-404 A. C.

<sup>1</sup> Adaptado de la traducción de Richard Crawley. En este capítulo las referencias pertenecen a la historia de Tucídides sobre la Guerra del Peloponeso, a no ser que se indique otra cosa. Los números se refieren a las divisiones tradicionales en libro, capítulo y sección.

<sup>2</sup> Todos los datos en este capítulo son a. C. a menos que se indique otra cosa.

<sup>3</sup> Es la "Guerra del Peloponeso", por supuesto, desde el punto de vista de los atenienses; los espartanos, sin duda, la llamarían la "Guerra de Atenas", pero al referirnos a la historia griega, la vemos desde la perspectiva ateniense. Casi todo lo que sabemos de ella proviene de la historia que escribió Tucídides, el hijo de Olorus, un ateniense de la época que se desempeñó como general en 424 y fue condenado y enviado a exilio hasta que terminara la guerra cuando la ciudad que estaba parcialmente bajo su responsabilidad cayó en manos del enemigo. Su desgracia personal resultó beneficiosa para la posteridad, porque su exilio le permitió viajar a través de todo el mun-



do griego y hablar con participantes de ambos bandos. El resultado es un recuento de una imparcialidad inusual y de gran profundidad. Es necesario, sin embargo, completar y comprobar su informe con pruebas de inscripciones contemporáneas y con las versiones de otros escritores de la antigüedad.

E. Badian ("Thucydides and the Outbreak of the Peloponnesian War", en June Allison, ed., *Conflict, Antithesis, and the Ancient Historian*, Columbus, 1990, pp. 46-91) niega la afirmación de Tucídides cuando dice que busca la objetividad y considera que sus métodos "son más parecidos a los del periodista que a los del historiador" (p. 48). Argumenta que "el objetivo principal de Tucídides, en su informe sobre los orígenes y el estallido de la guerra, es demostrar que fue Esparta quien la inició, en un espíritu de una *Realpolitik* implacable, y que esto fue la culminación de una larga serie de intentos, poco escrupulosos y, en ocasiones, traicioneros, de reprimir el poder ateniense" (p. 50). Si ése era el objetivo de Tucídides, fracasó rotundamente, porque casi todos los que han escrito sobre el tema a través de los siglos, o han aceptado las explicaciones manifiestas de Tucídides, con relación a que la guerra era la consecuencia inevitable del crecimiento del poder ateniense y del miedo que inspiró a los espartanos, o han culpado fundamentalmente a Atenas.

<sup>4</sup> Para informes útiles de la historia e instituciones espartanas, véase a W.G. Forrest, *A History of Sparta 950-192 a. C.* (Nueva York, 1968) y a Paul Cartledge, *Sparta and Lakonia* (Londres, 1979).

<sup>5</sup> Para un punto de vista diferente, que critica al que presentamos aquí, véase a G.E.M. de Ste. Croix, *The Origins of the Peloponnesian War* (Londres e Ítaca, 1972), pp. 9-30. Las diferencias entre las dos posiciones, de hecho, no son tan grandes como parecen. En general, aceptaría la formulación de Ste. Croix: "Existían algunas reglas básicas 'constitucionales' que controlaban el comportamiento de los miembros de la Liga del Peloponeso y podemos identificar algunas de ellas, aun cuando en ocasiones se ignoraron o anularon, ya fuera por Esparta, por ella misma o por aliados cuya posición era lo suficientemente fuerte como para que no resultara prudente que Esparta intentara coaccionarlos" (pp. 122-123). Yo enfatizaría, sin embargo, que las reglas eran pocas y las veces en que se ignoraron o anularon fueron muchas.

<sup>6</sup> Para un análisis más completo de la Alianza Espartana véase a Kagan, *Outbreak*, pp. 9-26.

<sup>7</sup> Ste. Croix, *Origins*, pp. 353-54.

<sup>8</sup> A.H.J. Greenidge, *A Handbook of Greek Constitutional History*, Londres, 1902, pp. 102-106. Ver también Georg Busolt y Heinrich Swoboda, *Griechische Staatskunde*, 2 vol. (Munich, 1920-1926), pp. 683-691. Ste. Croix tiene muchos análisis valiosos sobre la constitución espartana a través de todo su libro, *Origins*, y un índice excelente que permite al lector reunirlos. Para una opinión distinta, véase A. Andrewes, "The Government of Classical Sparta" en *Ancient Society and Institutions. Studies presented to Victor Ehrenberg on his 75<sup>th</sup> Birthday*, editado por E. Badian (Oxford, 1966).

<sup>9</sup> Ste. Croix, *Origins*, p. 127.

<sup>10</sup> Cuando se hace esta comparación es importante recordar que si la Constitución norteamericana y su forma de vida están más cercanas a las de los atenienses y los asuntos internos de la Unión Soviética estaban más cercanos a los de Esparta, los trabajos de la OTAN se asemejan más a los de la Alianza Espartana y los del Pacto de Varsovia se parecen más a los del Imperio Ateniense.

<sup>11</sup> Diodoro de Sicilia, 11.50.

<sup>12</sup> Para una defensa de la credibilidad de Tucídides sobre este punto, véase Kagan, *Outbreak*, p. 61, nota 15.

<sup>13</sup> Al mismo tiempo los atenienses hicieron una alianza con Tesalia, al norte de Grecia. Las fuentes no explican la razón, pero los tesalios eran jinetes famosos y es posible que los nuevos líderes atenienses ya estaban considerando su valor en una guerra contra Esparta.

<sup>14</sup> Véase Kagan, *Outbreak*, p. 124, nota 13, para debatir.

<sup>15</sup> W. Dittenberger, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, vol. 1, no. 6, 4.<sup>a</sup> ed., Leipzig, 1915; reimpresso Hildesheim, 1960.

<sup>16</sup> Para un debate sobre la política de Atenas en el oeste y la importancia de Turii, véase Kagan, *Outbreak*, pp. 154-69.

<sup>17</sup> Para un análisis sobre la rebelión samia, ver Kagan, *Outbreak*, pp. 170-178.

<sup>18</sup> Kagan, *Outbreak*, p. 172, nota 2.

<sup>19</sup> E. Meyer, *Geschichte des Altertums*, 4.1, p. 713.

<sup>20</sup> Un discurso corintio en la asamblea ateniense en 433 es nuestra fuente de información para la reunión (1.40.5-6;41.1-3;43.1). Ste. Croix (*Origins*, pp. 201-3) interpreta la decisión de Esparta de convocar a una reunión como si ya ellos hubieran determinado atacar a Atenas. R. Meiggs (*Athenian Empire*, pp. 190, 461-462) argumenta que esa interpretación no es precisa, que los espartanos pueden haber convocado la reunión para ayudarlos a tomar la decisión. Estoy de acuerdo con Meiggs, pero los espartanos no hubieran llamado a todos sus aliados a menos que estuvieran considerando seriamente esa posibilidad.

<sup>21</sup> Kagan, *Outbreak*, pp. 206-19.

<sup>22</sup> W.L. Langer, "A Critique of Imperialism", *Foreign Affairs*, 14 (1935-1936): 102-119.

<sup>23</sup> Kagan, *Outbreak*, pp. 213-18.

<sup>24</sup> Kagan, *Outbreak*, pp. 22-26.

<sup>25</sup> Se ha debatido extensamente sobre la credibilidad de los discursos relatados por Tucídides. Creo que, entre otras cosas, son intentos de proporcionar un recuento detallado de los discursos que realmente se pronunciaron. Todos esos elementos han sido cuestionados. He tratado de justificar mi método en "The Speeches in Thucydides and the Mytilene Debate". *Yale Classical Studies* 24 (1975): 71-94, y en los lugares correspondientes, en los volúmenes de mi historia de la Guerra del Peloponeso.

<sup>26</sup> Kagan, *Outbreak*, se escribió con la intención de combatir esta afirmación. Ver especialmente pp. 357-374.

<sup>27</sup> Kagan, *Outbreak*, pp. 251-254.

<sup>28</sup> Un intento de negar que el Decreto Megariense debía funcionar como un embargo económico es la tesis central de un grueso y detallado volumen escrito por G.E.M. De Ste. Croix, *The Origins of the Peloponnesian War* (Ítaca, 1972). Hasta donde sé, la teoría no cuenta con otros partidarios.

<sup>29</sup> Kagan, *Outbreak*, pp. 261-264.

<sup>30</sup> Ste. Croix (*Origins*, pp. 381-383) presenta un listado de más de cuarenta opiniones modernas que él considera que son equivocadas, incluyendo la que se presenta aquí.

<sup>31</sup> La isla de Egina, forzada a formar parte de la Alianza Ateniense durante la Primera Guerra del Peloponeso, se unió secretamente a los corintios, como forma de denunciar el maltrato a manos de los atenienses y para fomentar el resentimiento de los otros peloponesios (1.67.2), pero la base concreta de su reclamación no está clara.

<sup>32</sup> Michael Howard, *The Causes of Wars and Other Essays*, Cambridge, Mass., 1983, pp. 14-15.

<sup>33</sup> Kagan, *Outbreak*, pp. 317-342.

<sup>34</sup> Para una excelente descripción de la guerra griega véase Victor D. Hanson, *The Western Way of War* (Nueva York, 1980).

<sup>35</sup> Para un debate sobre la estrategia y expectativas de Esparta, véase Kagan, *The Archidamian War* (pp. 18-24).

<sup>36</sup> Hans Delbrück, *Geschichte der Kriegskunst I, Das Altertum*, Berlín, 1910, reimpresso 1964, pp. 124-133.

<sup>37</sup> La traducción es una adaptación de la elocuente versión de Richard Crawley.

<sup>38</sup> Pocos dudan que Tucídides mantiene esta teoría de inevitabilidad. Para un debate y crítica de este punto de vista véase Kagan, *Outbreak*, pp. 345-356, 357-374, especialmente p. 345, n. 1 y p. 365, n. 34.

<sup>39</sup> Aristófanes, *Los acarnenses*, renglones 532-539.

<sup>40</sup> Diodoro de Sicilia, *The Library of History*, vol. 4, 12.39.3, traducido por C.H. Oldfather, Cambridge, Mass., y Londres, p. 455.

<sup>41</sup> Véase a Karl Julius Beloch, *Die Attische Politik seit Perikles* (Leipzig, 1884, pp. 19-22) y *Griechische Geschichte*, 2.<sup>a</sup> ed. (Estrasburgo, Berlín y Leipzig, 1912-1927, pp. 294-298).

<sup>42</sup> Entre las excepciones está E. Badian (véase nota 3), que culpa de la guerra, principalmente, a Atenas, y Ste. Croix (véase nota 5), que culpa exclusivamente a Esparta. Para aceptar el primer punto de vista es necesario creer que Tucídides está inmerso en un engaño deliberado y prolongado, lo que no parece justificarse. Para aceptar el segundo es necesario creer que el Decreto Megariense no tenía ningún objetivo económico o político, lo que nadie, según tengo entendido, está dispuesto a aceptar. También requiere que el lector ignore totalmente el intento de Esparta de mediar en una solución pacífica junto con los sicionios y los corcirios, así como creer en la sinceridad de

al menos uno de sus intentos de alcanzar un acuerdo pacífico con Atenas justo antes de la guerra, y de desestimarse totalmente la larga demora de Esparta para comenzar la batalla, hasta el punto de que tuvieron que ser los tebanos los que dieran el primer golpe.

<sup>43</sup> Para analizar estos puntos específicamente en el contexto de la Guerra del Peloponeso, véase *Hegemonic Rivalry from Thucydides to the Nuclear Age*, Richard N. Lebow y Barry S. Strauss, eds. (Boulder, 1991). Ver también los ensayos de Robert Gilpin, Kenneth N. Waltz y Bruce Bueno de Mesquita en *The Origin and Prevention of Major Wars*, R.I. Rotberg y T.K. Rabb, eds. (Cambridge, Inglaterra, 1989).

<sup>44</sup> Kenneth N. Waltz, "The Origins of War in Neorealist Theory", en Rotberg y Rabb, *Origin and Prevention*, p. 44.

## II. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL 1914-1918

<sup>1</sup> Laurence Lafore, *The Long Fuse*, Nueva York, 1971, pp. 25-26, 28.

<sup>2</sup> Winston S. Churchill, *The World Crisis 1911-1918*, Londres, 1938, pp. 2-3.

<sup>3</sup> Citado por Michael Stürmer, "A Nation State Against History and Geography: The German Dilemma", en *Escape Into War?*, Schöllgen, p. 71.

<sup>4</sup> Craig, *Europe Since 1815*, p. 339.

<sup>5</sup> V.R. Berghahn, *Germany and the Approach of War in 1914*, Nueva York, 1973, pp. 9-10.

<sup>6</sup> Para un recuento excelente del funcionamiento de la política exterior británica en este período, véase Zara S. Steiner, *The Foreign Office and Foreign Policy*, Nueva York, 1969, y *Britain and the Origins of the First World War*, Nueva York, 1977.

<sup>7</sup> Steiner, *ibid.*

<sup>8</sup> El siguiente análisis se basa, principalmente, en *The Rise and Fall of the Great Powers*, de Kennedy, pp. 151-58.

<sup>9</sup> Ver la tabla en *Rise and Fall*, de Kennedy, p. 154.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 152-153.

<sup>11</sup> Felix Gilbert, *The End of the European Era 1890 to the Present*, Nueva York, 1970, pp. 28-29.

<sup>12</sup> A.G.L. Shaw, ed. *Great Britain and the Colonies 1815-1865*, Londres, 1970, citado en Kennedy, *Rise and Fall*, p. 155.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 8-9.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>16</sup> F. Lee Bennis, *European History Since 1870*, 3.<sup>a</sup> ed., Nueva York, 1950, p. 267.

<sup>17</sup> S.R. Williamson, Jr., *Austria-Hungary and the Origins of the First World War*, Nueva York, 1991, pp. 13-14.

<sup>18</sup> Citado por Joachim Remak, "The Healthy Invalid: How Doomed the Habsburg Empire?", en *Journal of Modern History* 41, 1969, p. 132.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 131.

<sup>20</sup> Remak, "The Healthy Invalid", p. 141.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>22</sup> Citado por Bennis, *European History*, p. 128.

<sup>23</sup> Bosworth, *Italy*, p. 34.

<sup>24</sup> W.L. Langer, *European Alliances and Alignments 1871-1890*, 2.<sup>a</sup> ed., Nueva York, 1966, p. 16.

<sup>25</sup> Citado por S.B. Fay, *The Origins of the World War*, vol. 1, 2.<sup>a</sup> ed., Nueva York, 1966, p. 53, n. 2 (traducido por mí).

<sup>26</sup> General Hans von Schweinitz, citado por Langer, *European Alliances*, p. 20.

<sup>27</sup> Gordon A. Craig, *Germany 1866-1945*, Nueva York, 1978, p. 104.

<sup>28</sup> Hajo Holborn, *A History of Modern Germany*, vol. 3, 1840-1945, Nueva York, 1969, p. 236.

<sup>29</sup> A.J.P. Taylor, *The Struggle of Mastery in Europe 1848-1918*, Oxford, 1957, p. 26.

<sup>30</sup> Es la sugerencia de Craig, *Germany*, p. 108.

<sup>31</sup> Taylor, *Struggle*, p. 229.

<sup>32</sup> Fay, *Origins*, vol. 1, pp. 72-73.

<sup>33</sup> Citado por G.H. Rupp, *A Wavering Friendship: Russia and Austria 1876-1878*, Cambridge, Mass., 1941, p. 39.

<sup>34</sup> "Podíamos soportar que nuestros amigos perdieran o ganaran batallas unos contra otros, pero no que uno de los dos quedara herido y dañado tan gravemente que su posición como una Gran Potencia independiente, ocupando un papel en el Consejo de Europa, corriera peligro." (Príncipe Otto von Bismarck, *Reflections and Reminiscences*, vol. 2, traducido por A.J. Butler, Nueva York, 1899, p. 234). Para una afirmación muy similar, que deja en claro la preocupación de Bismarck por el futuro de Austria, véase Taylor, *Struggle*, p. 239, n. 2.

<sup>35</sup> Citado por Craig, *Germany*, p. 111.

<sup>36</sup> Craig, *Europe Since 1815*, p. 255.

<sup>37</sup> Langer, *European Alliances*, p. 171.

<sup>38</sup> Taylor, *Struggle*, p. 252.

<sup>39</sup> Citado por Craig, *Germany*, p. 113.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 254.

<sup>41</sup> *Ibid.*

<sup>42</sup> De Bismarck a Guillermo I, 31 de agosto, 1879, *Grosse Politik* III, n.º 455, citado por Taylor, *Struggle*, p. 263.

<sup>43</sup> Taylor, *Struggle*, p. 264.

<sup>44</sup> Fay, *Origins*, I, p. 70.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>46</sup> Citado por Langer, *European Alliances*, p. 210.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 212.

<sup>48</sup> Citado por Craig, *Europe*, p. 257.

<sup>49</sup> Langer, *European Alliances*, p. 212.

<sup>50</sup> *Grosse Politik*, III, n.º 208.

<sup>51</sup> Fay, *Origins*, I, p. 86.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>53</sup> Langer, *European Alliances*, p. 278.

<sup>54</sup> Citado por Paul M. Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism 1860-1914*, Londres, 1980, p. 204. Kennedy cree que bajo la superficie de las buenas relaciones entre Gran Bretaña y Alemania en estos años se encuentra un malestar mucho más importante, que descansa en "aspectos ideológicos y de política interna" (p. 161). Para una crítica de esta opinión véase a Klaus Hildebrand, *German Foreign Policy From Bismarck to Adenauer, The Limits of Statecraft*, traducido por Louise Willmot, Londres, 1989, pp. 64-83.

<sup>55</sup> Langer, *European Alliances*, p. 283.

<sup>56</sup> Fay, *Origins*, I, p. 99.

<sup>57</sup> Craig, *Germany*, pp. 116-117.

<sup>58</sup> Algunos enfatizan los problemas económicos tales como la depresión, que golpeó a Alemania en la década de 1870, que hizo que muchos buscaran nuevos mercados en las colonias, otros enfatizan en la política interna, incluso otros en consideraciones sobre la política exterior europea. Buenos ejemplos de esto son: Henry A. Turner, Jr., "Bismarck's Imperial Venture: Anti-British in Origin?", en *Britain and Germany in Africa: Imperial Rivalry and Colonial Rule*, P. Gifford y W.R. Lewis, eds. (New Haven, 1967), pp. 47ff.; H.-U. Wehler, *Bismarck und der Imperialismus* (Colonia y Berlín, 1969), que es discutido críticamente por P.M. Kennedy, "German Colonial Expansion: Has the 'Manipulated Social Imperialism' Been Ante-Dated?" *Past and Present* 54 (1972): 134-41. Tres valiosas contribuciones aparecen en S. Foerster, W.J. Mommsen y R. Robinson, eds., *Bismarck, Europe, and Africa* (Londres, 1988); H. Pogge von Strandmann, "Consequences of the Foundation of the German Empire: Colonial Expansion and the Process of Political-Economic Rationalization", pp. 105-20; K.J. Bade, "Imperial Germany and West Africa: Colonial Movement, Business Interests, and Bismarck's 'Colonial Policies'", pp. 121-47; W.J. Mommsen, "Bismarck, the Concert of Europe, and the Future of West Africa, 1883-1885", pp. 151-170.

<sup>59</sup> N. Rich y M.H. Fisher, eds. *The Holstein Papers*, Cambridge, Inglaterra, 1957, p. 161.

<sup>60</sup> Bade, *Bismarck, Europe, and Africa*, p. 147.

<sup>61</sup> A.J.P. Taylor, *Struggle*, p. 294.

- <sup>62</sup> Langer, *European Alliances*, p. 370.
- <sup>63</sup> Ibid.
- <sup>64</sup> Craig, *Germany*, p. 131.
- <sup>65</sup> Langer, *European Alliances*, pp. 422-423.
- <sup>66</sup> Langer (Ibid. p. 440) prefiere llamarlo el *Near Eastern Understanding* o *Entente*.
- <sup>67</sup> Craig, *Germany*, p. 132.
- <sup>68</sup> Langer, *European Alliances*, pp. 423-424.
- <sup>69</sup> Ibid., p. 424.
- <sup>70</sup> Craig, *Germany*, p. 134.
- <sup>71</sup> *Struggle*, p. 324.
- <sup>72</sup> Klaus Hildebrand, "Opportunities and Limits of German Foreign Policy in the Bismarckian Era, 1871-1890: 'A System of Stopgaps?'" en Gregor Schöllgen ed., *Escape into War? The Foreign Policy of Imperial Germany*, Nueva York, 1990, p. 88.
- <sup>73</sup> Ibid.
- <sup>74</sup> Ibid., p. 85.
- <sup>75</sup> Tucídides, 2.65.5.
- <sup>76</sup> Ibid., 2.65.8.
- <sup>77</sup> Lothar Gall, *Bismarck, Der weisse Revolutionaer*, Frankfurt, 1980, pp. 634-636.
- <sup>78</sup> Hildebrand, "Opportunities and Limits", p. 90. A la luz del creciente poder de los socialdemócratas, la sombría predicción de Hildebrand sobre las consecuencias de una mayor democracia en Alemania puede ser demasiado pesimista.
- <sup>79</sup> Tucídides, 5.15.2.
- <sup>80</sup> Tucídides, 6.18.6-7. Adaptado de la traducción de Crawley.
- <sup>81</sup> Ver pp. 131-134.
- <sup>82</sup> Craig, *Germany*, p. 134.
- <sup>83</sup> Craig, *Germany*, p. 227.
- <sup>84</sup> Lamar Cecil, *Wilhelm II Prince and Emperor 1859-1900*, Chapel Hill y Londres, 1989, p. xii.
- <sup>85</sup> *William II, Emperor of Germany, The Kaiser's Memoirs, 1888-1918*, traducido por Thomas R. Ybarra, Nueva York, 1922, pp. 6-9.
- <sup>86</sup> Ibid., p. 170.
- <sup>87</sup> J.A. Nichols, *Germany After Bismarck, The Caprivi Era 1890-1894*, Cambridge, Mass., 1958, p. 32.
- <sup>88</sup> Craig, *Germany*, p. 230.
- <sup>89</sup> Norman Rich, *Friedrich von Holstein, Politics and Diplomacy in the Era of Bismarck and Wilhelm II*, vol. 1, Cambridge, Inglaterra, 1965, p. 320.
- <sup>90</sup> Ibid., p. 323.
- <sup>91</sup> Ibid.
- <sup>92</sup> Taylor, *Struggle*, p. 328.
- <sup>93</sup> Nichols, *Germany After Bismarck*, p. 56.
- <sup>94</sup> Cecil, *Wilhelm II*, p. 116-117.
- <sup>95</sup> Ibid., p. 131.
- <sup>96</sup> Ibid., p. 142.
- <sup>97</sup> Rich, *Holstein*, p. 323.
- <sup>98</sup> Taylor, *Struggle*, p. 228, n.3.
- <sup>99</sup> Ibid., p. 333.
- <sup>100</sup> Ibid.
- <sup>101</sup> El siguiente análisis sobre las consecuencias militares de la alianza franco-rusa comienza a partir de las opiniones de Taylor, *Struggle*, pp. 338, 340.
- <sup>102</sup> Gerhard A. Ritter, *The Schlieffen Plan: Critique of a Myth*, Londres, 1958, p. 18.
- <sup>103</sup> Ibid., p. 21.
- <sup>104</sup> Taylor, *Struggle*, p. 340.
- <sup>105</sup> Ibid., n. 2.
- <sup>106</sup> G.P. Gooch y Harold Temperley, eds., *British Documents on the Origins of the War, 1898-1914*, vol. 11. Londres, 1930, no. 101.
- <sup>107</sup> Fay, *Origins*, vol. 1, p. 34.

- <sup>108</sup> Craig, *Germany*, p. 237.
- <sup>109</sup> Rich, *Holstein*, vol. 1, p. 358.
- <sup>110</sup> Craig, *Germany*, pp. 239-240.
- <sup>111</sup> La carta de Hatzfeld y el comentario del kaiser se pueden encontrar en *Grosse Politik*, vol. VIII, pp. 435-439.
- <sup>112</sup> Erich Brandenburg, *From Bismarck to the World War*, Oxford, 1933, pp. 53ff.
- <sup>113</sup> Rich, *Holstein*, vol. 1, pp. 373-74.
- <sup>114</sup> *Ibid.*, p. 374.
- <sup>115</sup> *Grosse Politik*, vol. XI, no. 2.610, pp. 31-32.
- <sup>116</sup> *Holstein Papers*, vol. 1, p. 162.
- <sup>117</sup> Rich, *Holstein*, vol. 2, p. 469.
- <sup>118</sup> Paul M. Kennedy, *The Rise of Anglo-German Antagonism 1860-1914*, Londres, 1980, p. 220.
- <sup>119</sup> *Ibid.*
- <sup>120</sup> *Holstein Papers*, vol. 3, p. 585; Cecil, *Wilhelm II*, pp. 288-289.
- <sup>121</sup> Rich, *Holstein*, vol. 2, pp. 468-469.
- <sup>122</sup> Citado en J.C.G. Röhl, *Germany Without Bismarck: The Crisis of Government in the Second Reich, 1800-1900*, Londres, 1967, p. 162.
- <sup>123</sup> Wolfram Fischer, *Germany and the World Economy during the Nineteenth Century*, Londres, 1984, p. 26.
- <sup>124</sup> Gregor Schöllgen, ed. *Escape Into War? The Foreign Policy of Imperial Germany*, Oxford, Nueva York, Munich, 1990; "Introduction", p. 10.
- <sup>125</sup> Immanuel Geis, ed. julio de 1914, *The Outbreak of the First World War, Selected Documents*, Nueva York, 1974, p. 21.
- <sup>126</sup> V.R. Berghahn, *Germany and the Approach of War in 1914*, Nueva York, 1973, p. 35.
- <sup>127</sup> Fritz Fischer, "The Foreign Policy of Imperial Germany and the Outbreak of the First World War". En *Escape*, Schöllgen, p. 26.
- <sup>128</sup> Steinberg, "The Copenhagen Complex", p. 42.
- <sup>129</sup> Jonathan Steinberg, "The Copenhagen Complex", *Journal of Contemporary History*, vol. 1, 3(1966): 25.
- <sup>130</sup> Véase Paul M. Kennedy, "Mahan versus Mackinder: Two Interpretations of British Sea Power", *Strategy and Diplomacy*, Londres, 1984, pp. 43-85.
- <sup>131</sup> Cecil, *Wilhelm II*, p. 299.
- <sup>132</sup> Michael Balfour, *The Kaiser and His Times*, Nueva York, 1972, p. 197.
- <sup>133</sup> Cecil, *Wilhelm II*, p. 300.
- <sup>134</sup> *Ibid.*, p. 293.
- <sup>135</sup> Röhl, *Germany*, p. 169.
- <sup>136</sup> *Ibid.*, pp. 278-279.
- <sup>137</sup> *Ibid.*, p. 167.
- <sup>138</sup> *Ibid.*, p. 168.
- <sup>139</sup> *Ibid.*
- <sup>140</sup> Craig, *Germany*, p. 307.
- <sup>141</sup> El primer trabajo que planteaba la primacía de la política interna (*Primat der Innenpolitik*) lo realizó Eckart Kehr, *Schlachtflottenbau und Parteipolitik 1894-1901*, Berlín. Hans-Ulrich Wehler ha publicado una colección de sus ensayos como *Der Primat der Innenpolitik*, Berlín, 1965. Otros trabajos que siguen sus planteamientos son el libro del propio Wehler, *Bismarck und der Imperialismus*, Berlín, 1969, y *The German Empire, 1871-1918*, traducido por Kim Traynor, Nueva York y Oxford, 1985; Fritz Fischer, *War of Illusions*, traducido por Marian Jackson, Nueva York, 1975; Volker Berghahn, *Der Tirpitz-Plan*, Düsseldorf, 1971; y *Germany and the Approach of War in 1914*, Nueva York, 1973, entre otros.
- <sup>142</sup> Berghahn, *Germany*, pp. 29, 31, 40.
- <sup>143</sup> Véase pp. 75-77.
- <sup>144</sup> Véase Geoff Eley, "*Smmlungspolitik*, Social Imperialism and the Navy Law of 1898", pp. 29-63. Véase también W.J. Mommsen, "Domestic Factors in German Foreign Policy before 1914", *Central European History* (1973): 3-43.

- <sup>145</sup> Berghahn, *Germany*, p. 43.
- <sup>146</sup> *Ibid.*, pp. 54-55.
- <sup>147</sup> *Ibid.*, p. 59.
- <sup>148</sup> *Ibid.*, p. 77.
- <sup>149</sup> *Ibid.*, p. 72.
- <sup>150</sup> Steinberg, *Yesterday's Deterrent*, pp. 126-127.
- <sup>151</sup> Paul M. Kennedy, "Tirpitz, England and the Second Naval Law of 1900: A Strategical Critique". *Militärgeschichtliche Mitteilungen* 2 (1970): 38.
- <sup>152</sup> *Ibid.*, pp. 39-40.
- <sup>153</sup> A.J. Marder, *From Dreadnought to Scapa Flow*, vol. 1, Oxford, 1961, pp. 113-114.
- <sup>154</sup> Kennedy, "Tirpitz", p. 53.
- <sup>155</sup> Balfour, *The Kaiser*, p. 196.
- <sup>156</sup> Paul M. Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism 1860-1914*, Londres, 1980, p. 229.
- <sup>157</sup> *Grosse Politik*, vol. 28, no. 47.
- <sup>158</sup> Paul M. Kennedy, *The Rise and Fall of British Naval Mastery*, Londres, 1983, p. 220.
- <sup>159</sup> Craig, *Germany*, p. 312.
- <sup>160</sup> Steiner, *Britain*, p. 27.
- <sup>161</sup> *Ibid.*
- <sup>162</sup> Georg Monger, *The End of Isolation, British Foreign Policy 1900-1907*, Londres, 1963, p. 82.
- <sup>163</sup> Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, p. 215.
- <sup>164</sup> Christopher M. Andrew, *Théophile Delcassé and the Making of the Entente Cordiale*, Londres, 1968,
- p. 91.
- <sup>165</sup> John F.V. Keiger, *France and the Origins of the First World War*, Nueva York, 1983, p. 20.
- <sup>166</sup> Craig, *Germany*, p. 318.
- <sup>167</sup> Craig hace una afirmación de este tipo en *Germany*, pp. 318-320.
- <sup>168</sup> Fischer, *War of Illusions*, p. 55.
- <sup>169</sup> Andrew, *Delcassé*, p. 269.
- <sup>170</sup> Taylor, *Struggle*, p. 429.
- <sup>171</sup> *British Documents*, vol. 3, no. 94.
- <sup>172</sup> Steiner, *Britain*, p. 37.
- <sup>173</sup> *Ibid.*, p. 40.
- <sup>174</sup> *Grosse Politik*, vol. 21, 1, no. 6.923.
- <sup>175</sup> *British Documents*, vol. 3, no. 219.
- <sup>176</sup> Taylor, *Struggle*, p. 437.
- <sup>177</sup> Michael Howard, *The Continental Commitment*, Londres, 1989, p. 42.
- <sup>178</sup> Steiner, *Britain*, p. 43; Taylor, *Struggle*, p. 437.
- <sup>179</sup> Kennedy cita las opiniones del Almirantazgo y de la Oficina de la Guerra en 1905 en *Rise*,
- p. 280.
- <sup>180</sup> Taylor, *Struggle*, pp. 439-441.
- <sup>181</sup> Kennedy, *Rise*, p. 283.
- <sup>182</sup> Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, p. 28.
- <sup>183</sup> *British Documents*, vol. 3, no. 299.
- <sup>184</sup> Monger, *End of Isolation*, p. 282.
- <sup>185</sup> Berghahn, *Germany*, p. 47.
- <sup>186</sup> *Ibid.*, p. 48.
- <sup>187</sup> Kennedy, "Tirpitz", pp. 51-52.
- <sup>188</sup> Kennedy, *Rise*, p. 286.
- <sup>189</sup> Steiner, *Britain*, p. 49.
- <sup>190</sup> P. Glynn, *Closing Pandora's Box*, Nueva York, p. 304.
- <sup>191</sup> Marder, *From the Dreadnought to Scapa Flow*, vol. 1, p. 143.
- <sup>192</sup> E.L. Woodward, *Great Britain and the German Navy*, Oxford, 1935, p. 503.
- <sup>193</sup> Steiner, *Britain*, p. 53.
- <sup>194</sup> Marder, *From the Dreadnought to Scapa Flow*, vol. 1, pp. 144-145.
- <sup>195</sup> W.S. Churchill, *The World Crisis*, p. 24.

- <sup>196</sup> Ibid.
- <sup>197</sup> Marder, *From the Dreadnought to Scapa Flow*, pp. 178-179.
- <sup>198</sup> F.R. Bridge, "Izvolsky, Aerenthal, and the End of the Austro-Russian Entente, 1906-8", *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs* 29 (2976): 322.
- <sup>199</sup> Ibid., p. 324.
- <sup>200</sup> Ibid., p. 331.
- <sup>201</sup> Los informes posteriores sobre la reunión que cada uno hizo no concuerdan y, por supuesto, las versiones de cada hombre difieren, unas de otras, sin embargo, la publicación de documentos contemporáneos que describen las conversaciones permiten intentar una reconstrucción razonable de lo que sucedió. Véase I.V. Bestuzhev, *Borba v Rossi po voprosam vneshej politiki 1906-1910*, Moscú, 1961. Bridge presenta una valiosa traducción de documentos escogidos en "Izvolsky" (pp. 343-362).
- <sup>202</sup> Vizconde Grey de Fallodon, *Twenty-Five Years 1892-1916*, vol. 1, Nueva York, 1925, p. 168.
- <sup>203</sup> Craig, *Germany*, p. 322.
- <sup>204</sup> Franz Conrad von Hötzendorf, *Aus meiner Dienstzeit*, vol. I, pp. 380-381.
- <sup>205</sup> *Grosse Politik*, vol. 36, 2, no. 9.193.
- <sup>206</sup> Craig, *Germany*, p. 323.
- <sup>207</sup> Para un excelente informe sobre la situación militar véase a David G. Herrmann, *Armies and the Balance of Military Power in Europe, 1904-1914* (Yale University Dissertation, 1992), pp. 261-262.
- <sup>208</sup> F.R. Bridge, *From Sadowa to Sarajevo: The Foreign Policy of Austria-Hungary, 1866-1914*, Londres y Boston, 1972, p. 317.
- <sup>209</sup> Craig, *Germany*, p. 322.
- <sup>210</sup> *Grosse Politik*, vol. 26, 1, no. 195.
- <sup>211</sup> Bridge, *From Sadowa*, p. 438.
- <sup>212</sup> Albertini, *Origins*, vol. 1, p. 293.
- <sup>213</sup> Ibid., p. 321.
- <sup>214</sup> *Grosse Politik*, vol. 26, 2, no. 9.191.
- <sup>215</sup> Albertini, *Origins*, vol. 1, p. 293.
- <sup>216</sup> Herrmann, *Armies*, p. 268.
- <sup>217</sup> Herrmann, *Armies*, p. 283.
- <sup>218</sup> Lieven, *Russia*, p. 36.
- <sup>219</sup> Ibid., p. 37.
- <sup>220</sup> Taylor, *Struggle*, p. 457.
- <sup>221</sup> S.R. Williamson, Jr., *The Politics of Grand Strategy, Britain and France Prepare for War, 1904-1914*, Cambridge, Mass., 1969, p. 142.
- <sup>222</sup> Taylor, *Struggle*, p. 466.
- <sup>223</sup> Ibid., pp. 466-467.
- <sup>224</sup> Berghahn, *Germany*, p. 84.
- <sup>225</sup> Ibid., p. 93.
- <sup>226</sup> Ibid., pp. 95-96.
- <sup>227</sup> Williamson, *Politics*, p. 146.
- <sup>228</sup> *British Documents*, vol. 7, no. 386.
- <sup>229</sup> Steiner, *Britain*, p. 72.
- <sup>230</sup> Williamson, *Politics*, p. 151.
- <sup>231</sup> Grey, *Twenty-Five Years*, vol. 1, p. 216.
- <sup>232</sup> Williamson, *Politics*, p. 153-154.
- <sup>233</sup> Ibid., p. 154. Al recordar con más tranquilidad el discurso de Lloyd George, después de la guerra, Grey sigue elogiándolo: "Cuando se pronunció, los alemanes supieron que tendrían que contar con todo el gobierno y la Cámara de los Comunes. Fue mi opinión en ese momento, y todavía lo es, que ese discurso contribuyó a preservar la paz en 1911. Provocó una gran reacción en Alemania, pero hizo que los chovinistas allá reconsideraran la posibilidad de utilizar las armas". *Twenty-Five Years*, p. 217.
- <sup>234</sup> Berghahn, *Germany*, p. 96.
- <sup>235</sup> Ibid., p. 97.
- <sup>236</sup> Ibid., pp. 98, 100.



- <sup>237</sup> Fischer, *War of Illusions*, p. 89.
- <sup>238</sup> Williamson, *Politics*, pp. 166-167.
- <sup>239</sup> Keith M. Wilson, *The Policy of the Entente*, Cambridge, Inglaterra, 1985, p. 89.
- <sup>240</sup> Williamson, *Politics*, p. 226.
- <sup>241</sup> Esto es a partir de una resolución del Manchester Liberal Federation, en enero de 1912. Citado por Williamson, *Politics*, p. 250.
- <sup>242</sup> *Ibid.*, p. 251.
- <sup>243</sup> Konrad Jarausch, *The Enigmatic Chancellor*, New Haven, 1973, p. 126. La referencia a “declaraciones pro alemanas” aparece en la nota 29, pp. 459-460. Expresaba su optimismo a su amigo Karl von Eisendecher de la forma siguiente: “Los *partidos* británicos están a favor de un entendimiento con nosotros y espero vencer la resistencia de sir Edward Grey y, especialmente, la de sus aliados en la Oficina de Asuntos Exteriores *a tiempo* —si aquí todas las cosas no se decidieran a partir del estado de ánimo del momento y la sofisticación política de una guardería—.” (p. 126).
- <sup>244</sup> Jarausch, *Enigmatic Chancellor*, p. 93.
- <sup>245</sup> Taylor, *Struggle*, p. 477.
- <sup>246</sup> *Ibid.*, p. 478.
- <sup>247</sup> Craig, *Germany*, p. 331.
- <sup>248</sup> Taylor, *Struggle*, pp. 478-479.
- <sup>249</sup> *Ibid.*, pp. 480-481.
- <sup>250</sup> Craig, *Germany*, p. 331.
- <sup>251</sup> Fischer, *War of Illusions*, p. 150.
- <sup>252</sup> Samuel R. Williamson, Jr. *Austria-Hungary and the Origins of the First World War*, Nueva York, 1991, p. 125.
- <sup>253</sup> Taylor, *Struggle*, p. 491. Para una crítica del fundamento de los austriacos para la política, ver nota 2 en la misma página.
- <sup>254</sup> *Ibid.*, p. 492.
- <sup>255</sup> Fischer, *War of Illusion*, p. 159.
- <sup>256</sup> Taylor, *Struggle*, p. 495.
- <sup>257</sup> Williamson, *Austria-Hungary*, p. 152.
- <sup>258</sup> Fay, *Origins*, vol. 1, pp. 445-446.
- <sup>259</sup> Williamson, *Austria-Hungary*, p. 155.
- <sup>260</sup> R.J.W. Evans, “The Habsburg Monarchy and the Coming of the War”. En *The Coming of the World War*, Oxford, 1988, p. 36.
- <sup>261</sup> Paul W. Schroeder, “World War I as Galloping Gertie: A Reply to Joachim Remak”, *Journal of Modern History* 44 (1972): 319-345.
- <sup>262</sup> Taylor, *Struggle*, p. 511.
- <sup>263</sup> *Ibid.*, pp. 511-512.
- <sup>264</sup> Keiger, *France*, p. 144.
- <sup>265</sup> John Röhl, “Admiral von Müller and the Approach of War, 1911-1914”, *Historical Journal* 4 (1969): 661. Véase también *Grosse Politik*, vol. 39, no. 15, 612.
- <sup>266</sup> Para reportes y debates sobre este “Consejo de Guerra” véase Röhl, loc. cit., pp. 651ff. Y Fischer, *War of Illusions* (pp. 160-169).
- <sup>267</sup> Fischer, *Ibid.*, p. 162.
- <sup>268</sup> Para una exposición concisa e inequívoca de esta opinión, véase Immanuel Geiss, *German Foreign Policy, 1871-1914*, Londres, 1976, pp. 142-145.
- <sup>269</sup> Ése es el título del capítulo de Fischer. Para las argumentaciones ver la nota anterior.
- <sup>270</sup> Jarausch, *Enigmatic Chancellor*, p. 143.
- <sup>271</sup> Taylor, *Struggle*, p. 514.
- <sup>272</sup> Jarausch, *Enigmatic Chancellor*, p. 146.
- <sup>273</sup> El análisis más completo, aunque responsabiliza con demasiada rapidez a los serbios, lo hizo Vladimir Dedijer, *The Road to Sarajevo* (Nueva York, 1966).
- <sup>274</sup> Immanuel Geiss, *July 1914*, Nueva York, 1967, pp. 63-64.
- <sup>275</sup> Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 124-125.
- <sup>276</sup> Williamson, *Austria*, p. 194.

- <sup>277</sup> Geiss, *July 1914*, p. 61.
- <sup>278</sup> *Ibid.*, p. 65.
- <sup>279</sup> *Ibid.*, pp. 76-77.
- <sup>280</sup> *Ibid.*, p. 45.
- <sup>281</sup> Aquí, la ausencia de un Gabinete en el sistema constitucional alemán, en donde una decisión tan importante debía haberse revisado y discutido con profundidad, puede haber tenido consecuencias importantes.
- <sup>282</sup> Berghahn, *Germany*, p. 193.
- <sup>283</sup> Como señala Williamson, *Austria*, p. 196, "la opinión decidida del emperador sería difícil de anular". Dice Berghahn en *Germany* (p. 193) que "puede haber pocas dudas de que este estado mental del kaiser [es decir, evitar la apariencia de cobardía] también empujó a su canciller a aceptar los mayores riesgos".
- <sup>284</sup> Aunque se ha cuestionado la autenticidad de la parte del diario de Riezler que se publicó en julio de 1914 (ver B. Söseman, "Die Tagebücher Kurt Riezlers. Untersuchungen zu ihrer Echtheit und Edition", *Historische Zeitschrift*, 236 (1983): 328-69), muchos académicos la consideran auténtica. Para un cuestionamiento a Söseman ver K. Erdmann, "Zu Echtheit der Tagebücher Kurt Riezlers. Ein Antikritik", *Historische Zeitschrift* 236 (1983): 371-402.
- <sup>285</sup> Jarausch, *Enigmatic Chancellor*, pp. 157-159.
- <sup>286</sup> Steiner, *Britain*, p. 220.
- <sup>287</sup> Geiss, *July 1914*, p. 78.
- <sup>288</sup> Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 150.
- <sup>289</sup> *Ibid.*
- <sup>290</sup> Williamson, *Austria*, p. 197.
- <sup>291</sup> *Ibid.*, p. 200.
- <sup>292</sup> Max Montgelas y Walter Schücking, eds., *Outbreak of the World War: German Documents Collected by Karl Kautsky*, Supplement IV. Traducido por el Canegie Endowment for International Peace. 2 (1924): 616-618.
- <sup>293</sup> James Joll, *The Origins of the First World War*, Londres y Nueva York, 1984, p. 12.
- <sup>294</sup> Fay, *Origins*, vol. 2, p. 348.
- <sup>295</sup> Geiss, *July 1914*, p. 201.
- <sup>296</sup> Taylor, *Struggle*, p. 523.
- <sup>297</sup> Joll, *Origins*, p. 14.
- <sup>298</sup> D.W. Spring, "Russia and the Coming of War", en *Coming*, Evans y Pogge von Strandmann, p. 63-65.
- <sup>299</sup> Lieven, *Origins*, pp. 141-142.
- <sup>300</sup> *Ibid.*, pp. 143-144.
- <sup>301</sup> D.W. Spring, "Russia and the Coming of War", en *Coming*, Evans y Pogge von Strandmann, p. 77.
- <sup>302</sup> *Ibid.*, p. 73.
- <sup>303</sup> Lieven, *Russia*, p. 147.
- <sup>304</sup> Immanuel Geiss, *Julikrise und Kriegsausbruch 1914*, vol. 2, Hanover, 1964, pp. 372-373.
- <sup>305</sup> *Ibid.*
- <sup>306</sup> Para nuevos e interesantes debates sobre la participación francesa en la crisis véase Keiger, *France*, 145-164, y Gerd Grumeich, *Armaments and Politics in France on the Eve of the First World War*, traducido por Stephen Conn (Leamington Spa, 1984), pp. 215-230.
- <sup>307</sup> Krumeich, *Armaments*, pp. 218-219.
- <sup>308</sup> Véase Jean-Jacques Becker, *1914: Comment les français sont entrés dans la guerre* (París, 1977).
- <sup>309</sup> Keiger, *France*, p. 167.
- <sup>310</sup> Geiss, *1914*, p. 104.
- <sup>311</sup> Steiner, *Britain*, p. 221.
- <sup>312</sup> Michael G. Ekstein y Zara Steiner, "The Sarajevo Crisis", en *British Foreign Policy Under Sir Edward Grey*, editado por F.H. Hinsley, Cambridge, Inglaterra, 1977, p. 400.
- <sup>313</sup> Steiner, *Britain*, p. 22.
- <sup>314</sup> Geiss, *July 1914*, p. 236-237.

- <sup>315</sup> Ekstein y Steiner, "The Sarajevo Crisis", p. 402.
- <sup>316</sup> Geiss, *July 1914*, pp. 256-257.
- <sup>317</sup> *Ibíd.*, p. 223.
- <sup>318</sup> Joll, *Origins*, p. 18.
- <sup>319</sup> Taylor, *Struggle*, p. 524.
- <sup>320</sup> Joll, *Origins*, p. 23.
- <sup>321</sup> Steiner, *Britain*, p. 233.
- <sup>322</sup> *Ibíd.*, p. 234.
- <sup>323</sup> Michael Brock, "Britain Enters the War", en *Coming*, Evans y Pogge von Strandmann, pp. 145-146.
- <sup>324</sup> Nicolson a Hardinge en Steiner, *Britain*, p. 228.
- <sup>325</sup> Joll, *Origins*, p. 26.
- <sup>326</sup> Brock, "Britain", p. 156.
- <sup>327</sup> Sir Edward Grey, *Speeches on Foreign Affairs 1904-1914*, Londres, 1931, p. 313.
- <sup>328</sup> *Twenty-Five Years*, pp. 15-16.
- <sup>329</sup> Véase por ejemplo, Miles Kahler, "Rumors of War: The 1914 Analogy", *Foreign Affairs* 2 (1979-1980): 374-396; el punto en cuestión del periódico *International Security* dedicado a extraer lecciones contemporáneas de la guerra de 1914, publicado separadamente como *Military Strategy and the Origins of the First World War*, Steven E. Miller, ed. (Princeton, 1985); Geoffrey Barraclough, *From Agadir to Armageddon*, Londres, 1982.
- <sup>330</sup> David Calleo, *The German Problem Reconsidered*, Cambridge, Mass., 1978, p. 6.
- <sup>331</sup> Ver su *Germany's Aims in the First World War*, Nueva York, 1967, y *War of Illusions*.
- <sup>332</sup> Gordon A. Craig, *Germany 1866-1945*, Oxford y Nueva York, 1978, pp. 359-360.
- <sup>333</sup> Kennedy, *Rise*, p. 469.
- <sup>334</sup> Steiner, *Britain*, p. 227.
- <sup>335</sup> L.C.F. Turner, "The Significance of the Schlieffen Plan", en *The War Plans of the Great Powers 1880-1914*, Paul M. Kennedy, ed., Boston, 1985, p. 204.
- <sup>336</sup> *Ibíd.*, p. 200.
- <sup>337</sup> Brock, *Britain*, p. 167, n. 88.
- <sup>338</sup> Steiner, *Britain*, p. 166.

### III. LA GUERRA DE ANÍBAL: LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA 218-201 A. C.

- <sup>1</sup> Todas las fechas son a. C.
- <sup>2</sup> Las referencias proceden de *Histories*, de Polibio, a menos que se indique otra cosa. Las cifras de la infantería y de los jinetes aparecen en 3.35.7; la de los elefantes, de Appian, *Hannibalic War*, 1.4.
- <sup>3</sup> 3.56.4 y F.W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, vol. 1, Oxford, 1957, p. 366.
- <sup>4</sup> Las cifras provienen de *Livy* (22.49.15), que se ajustan más que las cantidades mayores que refiere Polibio (3.117). Véase J.F. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, pp. 84-85.
- <sup>5</sup> 22.57.6. La traducción es de B.O. Foster en *Livy*, vol. 5, Cambridge, Mass., y Londres, 1953, p. 387.
- <sup>6</sup> 1.1
- <sup>7</sup> E. Badian, *Foreign Clientelae* (264-70 a. C.), Oxford, 1958, p. 1.
- <sup>8</sup> W.V. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 B.C.*, Oxford, 1979, p. 41.
- <sup>9</sup> 6.19. Para un debate, véase A.J. Toynbee, *Hannibal's Leacy: The Hannibalic War's Effects on Roman Life*, vol. 2, (Londres, 1965), pp. 79-80; P.A. Brunt, *Italian Manpower 225 B.C.-A.D. 14*, Oxford, 1971, pp. 399-402; Harris, *War and Imperialism*, pp. 11-12, 44-46.
- <sup>10</sup> Harris, *War and Imperialism*, pp. 10, 256-257.
- <sup>11</sup> Entre los más influyentes se encuentran Theodore Mommsen (*Römische Geschichte*, 12<sup>th</sup> ed., Berlín, 1920; traducción al inglés de W.P. Dickson, Londres, 1901); Tenney Frank, *Roman Imperialism* (Nueva York, 1914); y Maurice Holleaux, *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au II<sup>e</sup> siècle avant J.C. (273-205)*, París, 1921.

- <sup>12</sup> Cicerón, *De Republica* 3.35; Augustine, *The City of God* 22.6, citado por Harris, *War and Imperialism*, p. 164.
- <sup>13</sup> 1.10, traducido por E.S. Shuckburgh, *The Histories of Polybius*, Bloomington, 1962.
- <sup>14</sup> *Livy*, 10.40.13.
- <sup>15</sup> Badian, *Foreign Clientelae*, pp. 30-31.
- <sup>16</sup> *De officiis*, 2.26 y *Philippics*, 8.12, citado por Harris, *War and Imperialism*, pp. 165-166.
- <sup>17</sup> Para una crítica completa de la teoría de la autodefensa de la expansión romana véase Harris, *War and Imperialism*, *passim*.
- <sup>18</sup> *Ibid.*, p. 67.
- <sup>19</sup> 6.15.8.
- <sup>20</sup> Plutarco, "Aemilius Paullus" en *Lives of the Noble Grecians and Romans*. Traducido por John Dryden, revisado por A.H. Clough, Nueva York, n.d., pp. 340-341.
- <sup>21</sup> 6.54.2
- <sup>22</sup> Scullard, *A History of the Roman World 753-146 B.C.*, Londres y Nueva York, 1980, p. 485 y Cambridge Ancient History.
- <sup>23</sup> 3.22.24 proporciona los textos de los tratados y comentarios sobre ellos. Filino, un griego siciliano de Agrigento, hace mención de un tercer tratado, fechado en 306, por el cual los cartagineses se comprometían a mantenerse fuera de Italia, y Roma fuera de Sicilia. Específicamente acusa a los romanos de romper ese tratado cuando penetraron en Sicilia para realizar la Primera Guerra Púnica en el año 264. Polibio niega rotundamente la existencia de ese tratado (3.26), y los académicos tienen diferentes opiniones sobre ese asunto. La realidad, cronología, y el significado de los tratados reportados se mantiene como un asunto enojoso. Para comentarios útiles sobre los tratados antes del 264, véase Walbank, *Commentary*, vol. 1, Oxford, 1957, pp. 337-355 y H.H. Scullard, *A History of the Roman World 753-146 B.C.*, Londres y Nueva York, 1980, pp. 482, 486-488.
- <sup>24</sup> Plutarco, *Pirro*, 23.6.
- <sup>25</sup> 1.7.
- <sup>26</sup> 1.10.4.
- <sup>27</sup> Harris, *War and Imperialism*, p. 189.
- <sup>28</sup> 1.10.
- <sup>29</sup> 1.11.2.
- <sup>30</sup> Walbank, *Commentary*, vol. 1, p. 61.
- <sup>31</sup> Harris, *War and Imperialism*, p. 190; Polibio, 1.20.1-2.
- <sup>32</sup> 1.63.
- <sup>33</sup> 1.62.
- <sup>34</sup> 1.83.
- <sup>35</sup> 1.88.10.
- <sup>36</sup> 3.10.4.
- <sup>37</sup> 3.9.6-8.
- <sup>38</sup> 3.11.7-8.
- <sup>39</sup> Véase a Walbank, *Commentary*, vol. 1, pp. 312-315.
- <sup>40</sup> H.H. Scullard, "The Carthaginians in Spain", Cambridge Ancient History, 2<sup>da</sup> ed., vol. 8, p.22.
- <sup>41</sup> Lazenby, *Hannibal's War*, p. 19.
- <sup>42</sup> 2.36.
- <sup>43</sup> 3.10.6.
- <sup>44</sup> El incidente se relaciona en un fragmentado pasaje del historiador Dio Cassius (12, fr. 48) en el tercer siglo d. C. Su restauración correcta no se discute, pero algunos académicos rechazan su autenticidad sobre la base de que no aparece en las fuentes principales más cercanas a los acontecimientos y porque creen que Roma no tenía ningún interés en España en este período. (Véase R.M. Errington, "Rome and Spain Before the Punic War", *Latomus* 29 [1970]: 32-34.) Muchos académicos, no obstante, lo han aceptado y lo defiende exhaustivamente. G.V. Summer en "Roman Policy in Spain Before the Hannibalic War", *Harvard Studies in Classical Philology* 72 (1967): 205-246.
- <sup>45</sup> Errington, "Rome and Spain", p. 33.
- <sup>46</sup> F.R. Kramer, "Massilian Diplomacy Before the Second Punic War", *American Journal of Philology* 69 (1948): 1-2.

- <sup>47</sup> Sumner, "Roman Policy", p. 215.
- <sup>48</sup> Scullard, *Cambridge Ancient History*, p. 25.
- <sup>49</sup> Diodoro de Sicilia, 25.12.
- <sup>50</sup> 2.13.7 Para analizar algunos de los temas que surgieron con el Tratado del Ebro, véase Walbank, *Commentary*, vol. 1, pp. 168-172 y Scullard, *CAH*, vol. 8, pp. 28-31.
- <sup>51</sup> J. Carcopino, "Le traité d'Hasdrubal et la responsabilité de la deuxième guerre punique", *Revue des études anciennes* 35 (1953), pp. 258-293; Sumner, "Roman Policy", pp. 228-230.
- <sup>52</sup> 2.13.
- <sup>53</sup> Sumner, "Roman Policy", p. 218.
- <sup>54</sup> Errington, "Rome and Spain", p. 38.
- <sup>55</sup> Sumner, "Roman Policy", p. 218; Errington, "Rome and Spain", pp. 39-41.
- <sup>56</sup> Zonaras, 8.19.
- <sup>57</sup> 3.13.4.
- <sup>58</sup> H.H. Scullard, "Hannibal", *The Oxford Classical Dictionary*, 2.<sup>a</sup> ed., N.G.L. Hammond y H.H. Scullard, eds., Oxford, 1970, p. 487.
- <sup>59</sup> 3.14.9.
- <sup>60</sup> Para análisis útiles ver a Badian, *Foreign Clientelae*, pp. 49-52 y Scullard, *CAH*, pp. 25-27.
- <sup>61</sup> La palabra griega es *pistis*, "fe", una traducción exacta del latín *fides*.
- <sup>62</sup> El griego es *pleiosin etesin ede proteron*, que no está muy claro. *Pleion* es el comparativo de *polys*, "muchos" y su significado más sencillo es "más". Polibio evidentemente no sabía la fecha exacta del acuerdo con Sagunto y fue lo suficientemente franco para no incurrir en una precisión falsa. Entre las palabras que obviamente tenía a su disposición estaban "muchos" años, *polla*, o "algunos" años, *oliga*. En vez de éstas, escogió *pleion*, que es más que unos pocos y menos que más. Me parece que los romanos no podían haber acordado nada con los pueblos españoles en el año de la invasión celta, 225, por lo que la extensión de tiempo más grande desde 219, cuando Aníbal atacó a Sagunto, son cinco años antes, en el 224, si los romanos hubieran estado listos para atacar incluso en ese momento. Si "el tiempo de Aníbal" quiere decir su nombramiento como comandante en el 221, eso deja un período de sólo tres años. En cualquier caso, parece venir mejor "algunos", *oliga*. Si es "una buena cifra", *pleion*, creo, el período necesitaría remontarse hasta antes del Tratado del Ebro en el año 229. El interés de Polibio por no incurrir en una falsa precisión hace que el análisis de su lenguaje sea importante.
- <sup>63</sup> Walbank, *Commentary*, vol. I, p. 322.
- <sup>64</sup> 3.14.10.
- <sup>65</sup> 3.15.1.
- <sup>66</sup> 3.15.2.
- <sup>67</sup> 3.15.5-6.
- <sup>68</sup> Scullard (*Cambridge Ancient History*, p. 34), que cree que Roma no tenía interés en España y que sólo le preocupaba proteger a Sagunto, rechaza la autenticidad de la mención del Tratado del Ebro basándose en que, ya que Sagunto se encontraba a ciento sesenta kilómetros al sur del río "hubiera sido ofensivo, sin necesidad, que los embajadores romanos incluyeran al Ebro en la discusión...", pero no existe una razón objetiva para hacerlo.
- <sup>69</sup> Lo siguiente es un resumen del argumento presentado por Errington, "Rome and Spain", pp. 46-49.
- <sup>70</sup> B.L. Hallward, *CAH*, 1.<sup>a</sup> ed., vol. 8, p. 28.
- <sup>71</sup> Harris, *War and Imperialism*, p. 204.
- <sup>72</sup> 3.15.8.
- <sup>73</sup> Polibio (3.15.12) dice que después de la respuesta de Aníbal, los embajadores, al saber que la guerra era inevitable, embarcaron para Cartago para presentar sus quejas al gobierno nacional. No nos cuenta nada de lo que allí sucedió. Si en efecto esta misión ocurrió, puede haber sido con la intención de proporcionar a los adversarios políticos de Aníbal una oportunidad de renegar de él y reducir sus fuerzas, pero algunos académicos cuestionan su historicidad. Véase Scullard, *CAH*, p. 35, n. 29.
- <sup>74</sup> 3.15.6.
- <sup>75</sup> 3.15.7.
- <sup>76</sup> 3.15.8.

- <sup>77</sup> 3.17.5-7.  
<sup>78</sup> 3.16.  
<sup>79</sup> Lazenby, *Hannibal's War*, p. 26.  
<sup>80</sup> Los problemas cronológicos son difíciles, y se han debatido mucho. Para discusiones útiles véase Walbank, *Commentary*, vol. 1, pp. 331-334 y Scullard, *CAH*, pp. 36-39.  
<sup>81</sup> Scullard, *CAH*, pp. 36-37. Los informes existentes sobre el debate se pueden encontrar en Dio Cassius, fr. 55.1-9 y Zonaras, 8.22.  
<sup>82</sup> Zonaras, 8.22.  
<sup>83</sup> Véase capítulo I, p. 59.  
<sup>84</sup> 3.20.8. Los nombres de los embajadores se obtienen de *Livy*, 21.18.1.  
<sup>85</sup> En 3.29.4-10, Polibio, persuasivamente, argumenta el caso según el enfoque romano en este punto.  
<sup>86</sup> 3.21.1-6.  
<sup>87</sup> 3.33.1-4.  
<sup>88</sup> *Livy*, 21.2.7.  
<sup>89</sup> Véase capítulo I, p. 57.

#### IV. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL 1939-1945

- <sup>1</sup> Puede pensarse que el aspecto asiático de la guerra comenzó antes, con el ataque japonés a Manchuria en 1931, o más tarde, con el ataque a Pearl Harbor en 1941. Aunque las guerras en Asia y en Europa tuvieron conexiones importantes, y muchos de los combatientes fueron los mismos en ambas regiones, las historias y explicaciones de las causas de la guerra en las dos áreas fueron fundamentalmente diferentes. Lo que aquí nos interesa es el inicio de la guerra en Europa.  
<sup>2</sup> Hajo Holborn, *A History of Germany 1840-1945*, Nueva York, 1969, p. 502.  
<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 505.  
<sup>4</sup> Richard M. Watt, *The Kings Depart*, Nueva York, 1968, p. 171.  
<sup>5</sup> Actas del 26 de octubre de 1918, citado por Marc Trachtenberg, "Reparations at the Paris Peace Conference", *Journal of Modern History* 51 (1979):32.  
<sup>6</sup> Sally Marks, "1918 and After: The Postwar Era", en *The Origins of the Second World War Reconsidered*, Gordon Martel, ed., Boston, 1986, p. 24.  
<sup>7</sup> Holborn, *Germany*, p. 561.  
<sup>8</sup> Otras pérdidas incluyeron parte de Schleswig a Dinamarca y Eupen-Malmédy a Bélgica.  
<sup>9</sup> Sally Marks, "The Myth of Reparations", *Central European History* 11 (1978): 232.  
<sup>10</sup> Craig, *Germany*, p. 425; Holborn, *Germany*, p. 572.  
<sup>11</sup> Winston S. Churchill, *The Gathering Storm*, Boston, 1948, p. 11.  
<sup>12</sup> Holborn, *Germany*, p. 567.  
<sup>13</sup> Immanuel Geiss, "The Outbreak of the First World War and German War Aims". En 1914, *The Coming of First World War*, Walter Laqueur y George L. Mosse, eds., Nueva York, 1966, pp. 71-74.  
<sup>14</sup> Nueva York, 1920.  
<sup>15</sup> Sally Marks ("1918 and After", n. 49, p. 43), basada en las memorias de Keynes, llega a la conclusión de que sus posiciones "fueron determinadas por su pasión por Carl Melchior, el financiero alemán y experto en indemnizaciones que conoció durante las negociaciones en Spa, poco después del armisticio". En un análisis sobre una colección de escritos de Keynes, Stephen A. Schuker (*Journal of Economic Literature* 18 [1980]: 126) cita su confesión, publicada póstumamente, que "de cierta manera, estaba enamorado de él [Melchior]". Schuker señala que, en un momento crítico de la ocupación de Ruhr en 1923, Keynes "viajó secretamente a Berlín y, con Melchior, reescribió una importante nota diplomática alemana. De regreso a Inglaterra, elogió la nota, por su franqueza. Luego, cuando se intensificó la crisis de Ruhr, apoyó, de forma enérgica y constante, los objetivos alemanes, en la *Nation*, denunciando a los franceses como los nuevos 'Godos' y facilitó el acceso de Melchior a los funcionarios de alto rango en Whitehall. Mientras tanto, utilizó su acceso privilegiado a la información financiera para especular sobre los cambios a término. Si alguna vez se preguntó a sí mismo si estaba involucrado en un conflicto de intereses, nunca lo hizo público".

- <sup>16</sup> Martin Gilbert, *The Roots of Appeasement*, Londres, 1966, p. 62.
- <sup>17</sup> *Ibid.*, p. 9.
- <sup>18</sup> *Ibid.*, p. 52.
- <sup>19</sup> Stephen A. Schuker, "The End of Versailles", en *Origins Reconsidered*, Martel, p. 55.
- <sup>20</sup> *Ibid.*, p. 56. El tema de las indemnizaciones sigue siendo controversial, aunque el punto de vista de Schuker se ajusta al de muchos académicos cuyo trabajo, basado en el acceso a nuevos archivos y en el examen exhaustivo de las pruebas ya existentes, ha aparecido en los últimos quince años, aproximadamente. Como una ayuda para poder comprender estos temas, véase el debate en *The Journal of Modern History* 55 (1979): 4-85, que incluye artículos de Walter A. McDougall, Marc Trachtenberg y Charles S. Maier, comentarios de Klaus Schwabe y Gordon Wright y las respuestas de los autores, y "Review Essay, Is There a New International History of the 1920s?", por Jon Jacobson en *The American Historical Review* 88 (1983): 617-645.
- <sup>21</sup> Holborn, *Germany*, pp. 488-489.
- <sup>22</sup> A.J.P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Nueva York, 1985, p. 24.
- <sup>23</sup> Para una interesante discusión sobre esta pregunta, véase Gerhard L. Weinberg, "The Defeat of Germany in 1918 and the European Balance of Power", *Central European History* 2 (1969): 248-260.
- <sup>24</sup> Arnold Wolfers, *Britain and France Between Two Wars*, Nueva York, 1940, p. 14, n. 7.
- <sup>25</sup> Marc Trachtenberg, "Reparations", p. 24.
- <sup>26</sup> *Ibid.*
- <sup>27</sup> *Ibid.*, p. 5.
- <sup>28</sup> Marks, "1918 and After", p. 29.
- <sup>29</sup> Marks, "Myth of Reparations", p. 236.
- <sup>30</sup> Maurice Baumont, *The Origins of the Second World War*, traducido por Simone de Couvreur Ferguson, New Haven y Londres, 1978, p. 16.
- <sup>31</sup> Marks, "1918 and After", pp. 27-28.
- <sup>32</sup> Hans Gatzke, "Russo-German military collaboration during the Weimar Republic", en *European Diplomacy between Two Wars*, Hans Gatzke, ed., Chicago, 1972.
- <sup>33</sup> Trachtenberg, "Reparations", p. 39: "Fue la política británica, fundamentalmente la intransigencia británica con relación a las cifras, la responsable, en última instancia, de que no se pudiera incluir en el tratado una suma fija".
- <sup>34</sup> Marks, "Myth of Reparations", p. 237. Mi planteamiento del tema de las indemnizaciones, previo al Plan Dawes de 1924, le debe mucho a este artículo.
- <sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 238-239. Para referencias ver la nota 31.
- <sup>36</sup> Walter A. McDougall, "Political Economy versus National Sovereignty: French Structure for German Economic Integration after Versailles", *Journal of Modern History* 51 (1979): 13.
- <sup>37</sup> Marc Trachtenberg, "Reply", *Journal of Modern History* 51 (1979): 84.
- <sup>38</sup> Marks, *Illusion of Peace*, p. 48.
- <sup>39</sup> McDougall, "Political Economy versus National Sovereignty", p. 18. Para un argumento similar véase Jacques Bariéty, *Les Relations franco-allemandes après la première guerre mondiale*, París, 1977, pp. 109-120.
- <sup>40</sup> Véase la tabla en Craig, *Germany*, p. 450.
- <sup>41</sup> Marks, "Myths of Reparations", p. 245.
- <sup>42</sup> McDougall, "Political Economy", pp. 18-19.
- <sup>43</sup> *Ibid.*, p. 19.
- <sup>44</sup> Correlli Barnet, *The Collapse of British Power*, Nueva York, 1972, p. 327.
- <sup>45</sup> La cláusula de arbitraje es una reminiscencia de la Paz de los Treinta Años que dio fin a la Primera Guerra del Peloponeso en 445 y el Protocolo de Ginebra también garantizaba una fuerza multinacional en contra del agresor que se negara al arbitraje. Incluso, si se hubiera ratificado su éxito, al igual que la primera cláusula de arbitraje, hubiera dependido de las realidades políticas y militares en el momento de la crisis.
- <sup>46</sup> Taylor, *Origins*, p. 52. La explicación de Taylor sobre el razonamiento de MacDonald merece ser citada: "Lo importante era realizar las negociaciones. Si a los franceses se los podía atraer a la negociación sólo con promesas de seguridad, entonces tendrían que hacerse las promesas, así como a un niño pequeño se lo atrae al mar asegurándole que el agua está caliente. El niño descu-

bre que lo que le habían asegurado es falso; pero se acostumbra al frío y pronto aprende a nadar. Así sería en los asuntos internacionales. Una vez que los franceses comenzaron a apaciguar a Alemania, se darían cuenta de que el proceso era menos peligroso de lo que habían imaginado. La política británica debía instar a los franceses a que hicieran muchas concesiones, y a los alemanes a que pidieran poco. Como lo dijo MacDonald unos años después: 'Dejemos que ellos presenten sus demandas de forma tal que Gran Bretaña pueda decir que apoyó a ambas partes'".

<sup>47</sup> Marks, *Illusion*, p. 61.

<sup>48</sup> Véase el capítulo II, pp. 140-142.

<sup>49</sup> Jon Jacobson, *Locarno Diplomacy, Germany and the West 1925-1929*, Princeton, 1972, p. 16.

<sup>50</sup> Marks, *Illusion*, p. 63.

<sup>51</sup> Jacobson, *Locarno*, p. 3.

<sup>52</sup> *Ibíd.*, p. 15.

<sup>53</sup> *Ibíd.*, p. 19.

<sup>54</sup> *Ibíd.*, p. 3.

<sup>55</sup> Incluso estos acuerdos de arbitraje no eran obligatorios, por tanto, no eran aplicables, lo que, comprensiblemente, preocupaba a los checos y a los polacos.

<sup>56</sup> Gilbert, *The Roots of Appeasement*, p. 115.

<sup>57</sup> Piotr S. Wandycz, *The Twilight of French Eastern Alliances, 1926-1936*, Princeton, 1988, p. 20.

<sup>58</sup> Marks, *Illusion*, p. 71.

<sup>59</sup> En la época de Locarno, sin embargo, la evacuación de la Renania no se programó hasta 1935.

<sup>60</sup> *Ibíd.*, p. 70.

<sup>61</sup> Jacobson, *Locarno*, p. 38.

<sup>62</sup> *Ibíd.*, p. 24-25.

<sup>63</sup> Barnett, *Collapse*, p. 332.

<sup>64</sup> *Ibíd.*, p. 333. El comentario lo hizo lord d'Abernon, el embajador británico en Berlín, quizás el "verdadero padre" de Locarno (Marks, *Illusion*, p. 65).

<sup>65</sup> Taylor, *Origins*, p. 54.

<sup>66</sup> Jacobson, *Locarno*, p. 36.

<sup>67</sup> Marks, *Illusion*, p. 72.

<sup>68</sup> *Ibíd.*, p. 334.

<sup>69</sup> Craig, *Germany*, p. 514.

<sup>70</sup> Barnett, *Collapse*, p. 328.

<sup>71</sup> Brian Bod, *British Military Policy between the Two World Wars*, Oxford, 1980, pp. 8, 21.

<sup>72</sup> *Ibíd.*, p. 24.

<sup>73</sup> *Ibíd.*, p. 332.

<sup>74</sup> Paul M. Kennedy, *The Realities Behind Diplomacy*, Londres, 1985, p. 228.

<sup>75</sup> *Ibíd.*, p. 230.

<sup>76</sup> Marks, *Illusion*, p. 80.

<sup>77</sup> Marshall M. Lee y Wolfgang Michalka, *German Foreign Policy 1917-1933, Continuity or Break?*, Leamington Spa, Hamburgo y Nueva York, 1987, p. 98.

<sup>78</sup> *Ibíd.*, p. 86.

<sup>79</sup> Holborn, *Germany*, pp. 604-606; Marks, *Illusion*, pp. 44-45; Hans W. Gatzke, *Stresemann and the Rearmament of Germany*, Nueva York, 1969.

<sup>80</sup> Lee y Michalka, *German Foreign Policy*, pp. 86-87.

<sup>81</sup> Jacobson, *Locarno*, p. 123.

<sup>82</sup> Craig, *Germany*, p. 522.

<sup>83</sup> Marks, *Illusion*, p. 99.

<sup>84</sup> *Ibíd.*, p. 104.

<sup>85</sup> Holborn, *Germany*, p. 643.

<sup>86</sup> Craig, *Germany*, p. 528.

<sup>87</sup> W. Link, "Die Beziehungen zwischen der Weimarer Republik and den USA". En *Die USA und Deutschland, 1918-1975. Deutsch-amerikanische Beziehungen zwischen Rivalität und Partnerschaft*, M. Knapp, et al., Munich, 1978 pp. 82 y 102ff., citado por Lee y Michalka, *German Foreign Policy*, p. 108.

<sup>88</sup> Gilbert, *Roots*, p. ix.



- <sup>89</sup> Ibid., pp. 11-12.
- <sup>90</sup> Barnett, *Collapse*, p. 332.
- <sup>91</sup> Michael Howard, *El Continental Commitment*, Londres, 1989, p. 78.
- <sup>92</sup> Ibid., p. 76.
- <sup>93</sup> Keith Robbins, *Appeasement*, Oxford, 1988, p. 30.
- <sup>94</sup> Wolfers, *Britain and France*, p. 209. Baldwin habló en 1923, MacDonald en 1934.
- <sup>95</sup> Robbins, *Appeasement*, p. 34.
- <sup>96</sup> Wolfers, *Britain and France*, p. 209.
- <sup>97</sup> Howard, *Continental Commitment*, p. 80.
- <sup>98</sup> Bond, *British Military Policy*, p. 10.
- <sup>99</sup> Barnett, *Collapse*, p. 425.
- <sup>100</sup> Howard, *Continental Commitment*, p. 82.
- <sup>101</sup> Barnett, *Collapse*, p. 436.
- <sup>102</sup> Howard, *Continental Commitment*, p. 74.
- <sup>103</sup> Ibid., p. ix.
- <sup>104</sup> Gilbert, *Roots*, p. 54.
- <sup>105</sup> Lee y Michalka, *German Foreign Policy*, p. 110.
- <sup>106</sup> Craig, *Germany*, p. 535.
- <sup>107</sup> Gordon A. Craig, *The Politics of the Prussian Army 1640-1945*, Oxford, 1955, pp. 436-437.
- <sup>108</sup> Craig, *Germany*, p. 554.
- <sup>109</sup> Craig, *Germany*, p. 542.
- <sup>110</sup> E.W. Bennett, *German Rearmament and the West*, Princeton, 1979, p. 49.
- <sup>111</sup> Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934*, Munich, 1972, p. 203, citado por Lee y Michalka, *German Foreign Policy*, p. 115.
- <sup>112</sup> Brüning, *Memoiren*, p. 204. Es difícil saber cuánto de la conversación de Brüning con Hitler estuvo encaminada a obtener su apoyo, pero hay razones para creer que lo que se cita aquí fue sincero. Ya que Hitler estaba totalmente en contra de la restauración de la monarquía, Brüning no tenía por qué decir lo que dijo, a menos que así lo sintiera. Con respecto a sus objetivos de política exterior, como señalan Lee y Michalka (p. 16), sus afirmaciones se correspondían con sus actos. Han surgido cuestionamientos importantes sobre la confiabilidad de las memorias de Brüning. Se ha sugerido que exageró sus simpatías de derecha para enfrentar las críticas que provenían de allí. Es posible, por tanto, que su planteamiento sobre la restauración de la monarquía no sea sincero.
- <sup>113</sup> Craig, *Germany*, p. 553.
- <sup>114</sup> A.J. Nichols, *Weimar and the Rise of Hitler*, 3ra. ed., Basingstoke y Londres, 1991, p. 156.
- <sup>115</sup> Lee y Michalka, *German Foreign Policy*, p. 121.
- <sup>116</sup> Ibid., pp. 121-122.
- <sup>117</sup> Craig, *Germany*, p. 555.
- <sup>118</sup> Ibid., p. 556.
- <sup>119</sup> Marks, *Illusion*, p. 116.
- <sup>120</sup> E.W. Bennett, *German Rearmament*, p. 507.
- <sup>121</sup> Bennett, *German Rearmament*, pp. 209-272.
- <sup>122</sup> Lee y Michalka, *German Foreign Policy*, p. 136.
- <sup>123</sup> El memorándum se publicó por G. Wollstein, "Eine Denkschrift des Staatssekretärs Bernhard von Bülow von März 1933. Wilhelminische Konzeption der Aussenpolitik zu Beginn der nationalsozialistischen Herrschaft". *Militär-geschichtliche Mitteilungen* 1 (1973): 77ss. Es la principal fuente para la discusión en Lee y Michalka, *German Foreign Policy*, pp. 144-148.
- <sup>124</sup> Lee y Michalka, *German Foreign Policy*, p. 145.
- <sup>125</sup> Bennett, *German Rearmament*, p. 506.
- <sup>126</sup> A.J.P. Taylor, *English History 1914-1945*, Oxford, 1965, p. 361.
- <sup>127</sup> Ibid., pp. 361-362.
- <sup>128</sup> Barnett, *Collapse*, p. 282. La siguiente discusión le debe mucho al análisis de Barnett.
- <sup>129</sup> Ibid., pp. 282-283.
- <sup>130</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 151.

- <sup>131</sup> Telford Taylor, *Munich, the Price of Peace*, New York, 1979, p. 203.
- <sup>132</sup> Barnett, *Collapse*, p. 291.
- <sup>133</sup> *Ibid.*, p. 295.
- <sup>134</sup> *Ibid.*, p. 296.
- <sup>135</sup> *Ibid.*
- <sup>136</sup> T. Taylor, Munich, p. 205; Barnett, *Collapse*, p. 337.
- <sup>137</sup> T. Taylor, Munich, p. 206.
- <sup>138</sup> Barnett, *Collapse*, pp. 302, 305.
- <sup>139</sup> T. Taylor, Munich, p. 208.
- <sup>140</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, pp. 298-299.
- <sup>141</sup> Barnett, *Collapse*, p. 301.
- <sup>142</sup> T. Taylor, Munich, p. 209.
- <sup>143</sup> Nichols, *Weimar*, p. 133.
- <sup>144</sup> Joachim C. Fest, *Hitler*. Traducido por Richard y Clara Winston, Nueva York, 1975, p. 362.
- <sup>145</sup> Craig, *Germany*, p. 673.
- <sup>146</sup> A.J.P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, 2.<sup>a</sup> ed., Nueva York, 1985, p. 68. La primera edición se publicó en 1961. La segunda edición no tiene cambios con excepción de la adición de un prefacio para el lector estadounidense y una nueva introducción titulada "Second Thoughts".
- <sup>147</sup> N. Rich, *Hitler's War Aims*, Nueva York, 1973, p. xiii. Además del trabajo de Rich, me basé fundamentalmente para una comprensión de los objetivos y la política de Hitler en el libro de E. Jäckel, *Hitler's Weltanschauung*, traducido por Herbert Arnold, Nueva York, 1972 y G.L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany, Diplomatic Revolution in Europe 1933-1936*, Chicago, 1970.
- <sup>148</sup> Jäckel, *Hitler's, Weltanschauung*, p. 66.
- <sup>149</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, p. 6.
- <sup>150</sup> A. Hitler, *Mein Kampf*. Traducido por Ralph Manheim, Boston, 1943, p. 654.
- <sup>151</sup> *Hitler's Secret Book*. Traducido por Salvator Attanasio, Nueva York, 1961, p. 74.
- <sup>152</sup> *Mein Kampf*, p. 666.
- <sup>153</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, p. 22.
- <sup>154</sup> Craig, *Germany*, pp. 679-680. Craig continúa diciendo que "esta creencia era notablemente obstinada, particularmente en Inglaterra; incluso todavía en 1939, Neville Chamberlain aceptó que creía en ella y le dijo a los periodistas que pensaba que existía una buena oportunidad para reiniciar las conversaciones sobre desarme, con la participación de Alemania, antes de finales del año".
- <sup>155</sup> *Ibid.*, p. 674.
- <sup>156</sup> Martin Gilbert y Richard Gott, *The Appeasers*, Boston, 1963, p. 10.
- <sup>157</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 211.
- <sup>158</sup> Véase N. Rostow, *Anglo-French Relations 1934-36*, Londres, 1984, p. 154.
- <sup>159</sup> Véase pp. 323-325.
- <sup>160</sup> B. Morris, *The Roots of Appeasement, The British Weekly Press and Nazi Germany during the 1930s*, Londres, 1991, p. 6.
- <sup>161</sup> Gilbert y Gott, *The Appeasers*, p. 13. Vale la pena mencionar que no existía ninguna traducción al inglés hasta 1939.
- <sup>162</sup> Este informe sobre el debate y los acontecimientos relacionados con él se basa en el de Taylor (*Munich*, pp. 197-199).
- <sup>163</sup> *Ibid.*, p. 198.
- <sup>164</sup> *Ibid.*, p. 204.
- <sup>165</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 367.
- <sup>166</sup> G.M. Young, Stanley Baldwin, p. 210, citado en *ibid.*, p. 367.
- <sup>167</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 379.
- <sup>168</sup> Winston S. Churchill, *The Gathering Storm*, Boston, 1949, p. 170.
- <sup>169</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 212.
- <sup>170</sup> *Ibid.*, p. 213.
- <sup>171</sup> *Ibid.*, p. 214.
- <sup>172</sup> *Ibid.*
- <sup>173</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 375.

- <sup>174</sup> *Ibíd.*, p. 377.
- <sup>175</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 225.
- <sup>176</sup> Craig, *Germany*, p. 687.
- <sup>177</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 224.
- <sup>178</sup> *Ibíd.*, p. 222.
- <sup>179</sup> Sobre los orígenes de la política de Mussolini, véase G.W. Baer, *The Coming of the Italian-Ethiopian War*, Cambridge, Mass., 1967.
- <sup>180</sup> Para la parte francesa, véase Franklin D. Laurens, *France and the Ethiopian Crisis, 193-1936*, La Haya, 1967.
- <sup>181</sup> Barnett, *Collapse*, p. 359.
- <sup>182</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 227.
- <sup>183</sup> *Ibíd.*, p. 228.
- <sup>184</sup> A. Marder, "The Royal Navy and the Ethiopian Crisis of 1935-36", *American Historical Review* 75 (1970): 1328, n. 4; 1329.
- <sup>185</sup> Barnett, *Collapse*, p. 364.
- <sup>186</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 229.
- <sup>187</sup> *Ibíd.*
- <sup>188</sup> Barnett, *Collapse*, p. 366.
- <sup>189</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 227.
- <sup>190</sup> Barnett, *Collapse*, p. 370.
- <sup>191</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 382.
- <sup>192</sup> Barnett, *Collapse*, p. 372.
- <sup>193</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 233.
- <sup>194</sup> *Collapse*, p. 375.
- <sup>195</sup> P.O. Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Londres, 1951, p. 112.
- <sup>196</sup> Marder, *Royal Navy*, p. 1.342.
- <sup>197</sup> *Ibíd.*, p. 1.344.
- <sup>198</sup> *Ibíd.*, p. 1.339.
- <sup>199</sup> *Ibíd.*, p. 1.338.
- <sup>200</sup> *Ibíd.*, p. 1.356.
- <sup>201</sup> *Ibíd.*, p. 1.340.
- <sup>202</sup> L. Mosley, *On Borrowed Time, How World War II Began*, Londres, 1969, p. 7. Para las fuentes de la cita véase p. 477.
- <sup>203</sup> J.T. Emmerson, *The Rhineleand Crisis*, Londres, 1977, p. 246.
- <sup>204</sup> Marder, *Royal Navy*, p. 1.341.
- <sup>205</sup> P.S. Wandycz, *The Twilight of French Eastern Alliances*, Princeton, 1988, p. 431.
- <sup>206</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, p. 241; Craig, *Germany*, p. 688.
- <sup>207</sup> R.J. Young, *In Command of France, French Foreign Policy and Military Planning 1933-1940*, Cambridge, Mass., y Londres, 1978, p. 119.
- <sup>208</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, p. 243.
- <sup>209</sup> S. Van Evera, "The Cult of the Offensive and the Origins of the First World War", en *Military Strategy and the Origins of the First World War*, S.E. Miller, ed. Princeton, 1985, pp. 58-107.
- <sup>210</sup> Steven Ross, "French Net Assessment" en *Calculations, Net Assessment and the Coming of World War II*, W. Murray y A.R. Millett, eds., Nueva York, 1992, p. 152.
- <sup>211</sup> Robert A. Doughty, *The Seeds of Disaster: The Development of French Army Doctrine 1919-1939*, Hamden, 1985, p. 3.
- <sup>212</sup> Young, *Command*, p. 120.
- <sup>213</sup> Craig, *Germany*, p. 690.
- <sup>214</sup> W.L. Shirer, *The Collapse of the Third Republic*, Nueva York, 1969, pp. 261-262.
- <sup>215</sup> *Ibíd.*, p. 121. Para una explicación de las legalidades, véase la nota 62.
- <sup>216</sup> *Ibíd.*, p. 122.
- <sup>217</sup> Shirer, *Collapse*, p. 265.
- <sup>218</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 241.
- <sup>219</sup> *Ibíd.*, p. 243.

- <sup>220</sup> Las citas de Jones y Toynbee son de T. Taylor, *Munich*, pp. 243-244; la observación de Shaw está en Barnett, *Collapse*, p. 384.
- <sup>221</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 386.
- <sup>222</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 244.
- <sup>223</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, p. 259.
- <sup>224</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 245.
- <sup>225</sup> Craig, *Germany*, p. 691.
- <sup>226</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 248.
- <sup>227</sup> Para un buen análisis sobre las relaciones checas y polacas con Francia durante la crisis de la Renania véase Wandycz, *Twilight* pp. 431-447.
- <sup>228</sup> A. Bullock, *Hitler, A Study in Tyranny*, Nueva York, 1962, pp. 342-343.
- <sup>229</sup> *Origins*, p. 97. Weinberg, *Foreign Policy*, p. 252, "cree que los alemanes iban a escenificar una retirada combativa", lo que implicaba la disposición de arriesgarse a ir a la guerra, pero Hitler "claramente no pensaba que fuera posible la contingencia". También informa que Hitler tuvo "un ataque de nervios en el último minuto" (p. 253) antes de dar las órdenes finales.
- <sup>230</sup> P. Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Londres, 1951, p. 320.
- <sup>231</sup> Emmerson, *Rhineland*, p. 237.
- <sup>232</sup> J. Fest, *Hitler*, p. 499. Craig (*Germany*, p. 691) traduce parte del pasaje: "¡El mundo pertenece al hombre con coraje! Dios lo ayuda".
- <sup>233</sup> Emmerson, *Rhineland*, p. 238.
- <sup>234</sup> *Ibid.*, p. 239.
- <sup>235</sup> *Ibid.*, p. 248.
- <sup>236</sup> A. Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War 1936-1939*, Londres, 197, p. 41.
- <sup>237</sup> *Ibid.*
- <sup>238</sup> Holborn, *Germany*, pp. 769-770.
- <sup>239</sup> *Origins*, p. 101.
- <sup>240</sup> Emmerson, *Rhineland*, p. 237.
- <sup>241</sup> Barnett, *Collapse*, p. 385.
- <sup>242</sup> *Ibid.*, pp. 385-386.
- <sup>243</sup> Emmerson, *Rhineland*, p. 245. Para un punto de vista diferente véase S.A. Shaker, "France and the Remilitarization of the Rhineland, 1936", *French Historical Studies* 14 (1986): 299-338.
- <sup>244</sup> *Mein Kampf*, p. 3.
- <sup>245</sup> Craig, *Germany*, p. 695.
- <sup>246</sup> Adamthwaite, *France*, p. 51.
- <sup>247</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 414.
- <sup>248</sup> Barnett, *Collapse*, p. 438.
- <sup>249</sup> El nombramiento se convirtió en blanco de bromas y se dijo que había sido el más extraordinario desde que el emperador Calígula nombró cónsul a su caballo.
- <sup>250</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 390.
- <sup>251</sup> B. Bond, *British Military Policy Between the Two World Wars*, Oxford, 1980, p. 215. Véase también el artículo de Bond, "The Continental Commitment in British Strategy in the 1930s", en *The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, W.J. Mommsen y L. Kettenacker, eds, Londres, 1983, pp. 197-206 y Michael Howard, *The Continental Commitment*, Londres, 1972.
- <sup>252</sup> B. Bond, *British Military Policy*, p. 215.
- <sup>253</sup> *Ibid.*, p. 216-217.
- <sup>254</sup> Bond, "Continental Commitment", p. 202.
- <sup>255</sup> *Ibid.*, p. 200.
- <sup>256</sup> B. Bond, *British Military Policy*, p. 212.
- <sup>257</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 236.
- <sup>258</sup> Emmerson, *Rhineland*, p. 246.
- <sup>259</sup> B-J Wendt, "Economic Appeasement? - A Crisis Strategy", en Mommsen y Kettenacker, eds., *The Fascist Challenge*, p. 161.
- <sup>260</sup> Su biógrafo escribe: "Chamberlain a menudo atribuía al público opiniones con las que él simpatizaba aunque no tenía pruebas reales para respaldar una afirmación así. No tenía evidencias

objetivas de lo que la opinión pública apoyaría o no en una situación como la de 1914, pero sabía muy bien que él mismo no respaldaría una repetición de la Gran Guerra". (L.W. Fuchser, *Neville Chamberlain and Appeasement*, Nueva York y Londres, 1982, p. 66.)

- <sup>261</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 238.
- <sup>262</sup> *Munich*, p. 237.
- <sup>263</sup> Howard, *Continental Commitment*, p. 116.
- <sup>264</sup> *Ibíd.*
- <sup>265</sup> Fuchser, *Chamberlain*, p. 89.
- <sup>266</sup> Howard, *Continental Commitment*, pp. 116-117.
- <sup>267</sup> *Ibíd.*, p. 117.
- <sup>268</sup> *Ibíd.*, p. 118.
- <sup>269</sup> *Ibíd.*, pp. 119-120.
- <sup>270</sup> Bond, "Continental Commitment", p. 203.
- <sup>271</sup> *Ibíd.*, p. 205.
- <sup>272</sup> Barnett, *Collapse*, p. 4.
- <sup>273</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 411.
- <sup>274</sup> *Ibíd.*
- <sup>275</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 648.
- <sup>276</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 391.
- <sup>277</sup> L.W. Fuchser, *Neville Chamberlain and Appeasement*, Nueva York, 1982, p. xi. Vale la pena destacar que el autor, de ninguna manera, es hostil hacia su protagonista. Describe su trabajo como "una reexaminación poco comprensiva" de la "imagen popular de Chamberlain como un hombre débil e ineficaz, moviendo lánguidamente su paraguas, prometiendo 'paz en nuestro tiempo' mientras que la Wehrmacht invadía la Renania, Austria y Checoslovaquia" (p. x).
- <sup>278</sup> K. Feiling, *The Life of Neville Chamberlain*, Londres, 1946, p. 48.
- <sup>279</sup> Barnett, *Collapse*, p. 458.
- <sup>280</sup> *Ibíd.*
- <sup>281</sup> Fuchser, *Chamberlain*, p. 73. En un discurso que pronunció en 1938 declaró que su objetivo era "el apaciguamiento de todo el mundo". (Feiling, *Chamberlain*, p. 335).
- <sup>282</sup> A. Adamthwaite, "War Origins Again", *Journal of Modern History* (1984): 101.
- <sup>283</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 415.
- <sup>284</sup> Barnett, *Collapse*, p. 460.
- <sup>285</sup> *Ibíd.* Una idea similar tuvo gran aceptación en universidades de los Estados Unidos en las décadas de 1960 y 1970, cuando los programas de "estudios sobre la paz" se expandieron como flores silvestres y todavía tienen sus partidarios en nuestros días.
- <sup>286</sup> *Ibíd.* p. 462.
- <sup>287</sup> Wendt, " 'Economic Appeasement' ", pp. 170-171.
- <sup>288</sup> Barnett, *Collapse*, pp. 467-468.
- <sup>289</sup> Adamthwaite, *France*, p. 62.
- <sup>290</sup> *Ibíd.*, pp. 59, 62.
- <sup>291</sup> *Ibíd.*, p. 67. Las palabras son las del diplomático francés Robert Coulondre, quien las aplicó al período justo después del *Anschluss* en marzo de 1938, pero creo que Adamthwaite tiene razón al situar el momento incluso antes, a finales de noviembre de 1937.
- <sup>292</sup> Ambas citas vienen de *ibíd.*, p. 69.
- <sup>293</sup> La fiabilidad y significado del "Hossbach Memorandum" han sido cuestionados, muy en particular por A.J.P. Taylor en sus *Origins* (pp. 131-135). Para una breve pero convincente defensa de ambos recuentos véase Rich, *Hitler's War Aims* (pp. 287-288). Pocos académicos ya no dudan de que el memorandum es un informe muy preciso de la reunión o que el mensaje de Hitler era muy en serio.
- <sup>294</sup> Craig, *Germany*, p. 698.
- <sup>295</sup> Rich, *Hitler's War Aims*, p. 97.
- <sup>296</sup> *Ibíd.*
- <sup>297</sup> Craig, *Germany*, p. 699.
- <sup>298</sup> Rich, *Hitler's War Aims*, p. 98.
- <sup>299</sup> *Ibíd.*, p. 97.

- <sup>300</sup> Bullock, *Hitler*, pp. 431-432.
- <sup>301</sup> Adamthwaite, *France*, p. 80.
- <sup>302</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 576.
- <sup>303</sup> *Ibid.*, p. 617.
- <sup>304</sup> Fuchser, *Chamberlain*, p. 112.
- <sup>305</sup> Rich, *Hitler's War Aims*, p. 101.
- <sup>306</sup> Barnett, *Collapse*, p. 473.
- <sup>307</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 619.
- <sup>308</sup> Fuchser, *Chamberlain*, pp. 113-114.
- <sup>309</sup> Craig, *Germany*, p. 702.
- <sup>310</sup> Rich, *Hitler's War Aims*, p. 104.
- <sup>311</sup> Weinberg, *German Foreign Policy*, p. 334.
- <sup>312</sup> Barnett, *Collapse*, p. 505.
- <sup>313</sup> *Ibid.*, p. 509.
- <sup>314</sup> *Ibid.*, p. 511.
- <sup>315</sup> Fuchser, *Chamberlain*, pp. 116-117; Barnett, *Collapse*, p. 509.
- <sup>316</sup> Fuchser, *Chamberlain*, p. 117.
- <sup>317</sup> Feiling, *Chamberlain*, p. 342.
- <sup>318</sup> Barnett, *Collapse*, p. 514.
- <sup>319</sup> Adamthwaite, *France*, p. 180.
- <sup>320</sup> *Ibid.*, pp. 180-181.
- <sup>321</sup> Barnett, *Collapse*, p. 515.
- <sup>322</sup> Se ha sugerido con insistencia que hubo embustes por parte de uno u otro Estado pero, como dice Weinberg (*Foreign Policy*, p. 367): "Cuando los tiempos son apropiados para ellos, aparecerán muchos augurios o patillos voladores".
- <sup>323</sup> Adamthwaite, *France*, p. 190.
- <sup>324</sup> *Ibid.*
- <sup>325</sup> Fuchser, *Chamberlain*, pp. 128-129; Adamthwaite, *France*, p. 191.
- <sup>326</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, pp. 369-371.
- <sup>327</sup> Craig, *Germany*, p. 705.
- <sup>328</sup> Fuchser, *Chamberlain*, p. 136.
- <sup>329</sup> *Ibid.*, p. 137.
- <sup>330</sup> Barnett, *Collapse*, p. 522.
- <sup>331</sup> *Ibid.*
- <sup>332</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, p. 431.
- <sup>333</sup> Barnett, *Collapse*, p. 523.
- <sup>334</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, p. 400.
- <sup>335</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 210.
- <sup>336</sup> Fuchser, *Chamberlain*, pp. 139-140; Weinberg, *Foreign Policy*, pp. 424-431.
- <sup>337</sup> Barnett, *Collapse*, pp. 526-527.
- <sup>338</sup> Fuchser, *Chamberlain*, p. 142.
- <sup>339</sup> Rich, *Hitler's War Aims*, p. 107.
- <sup>340</sup> Barnett, *Collapse*, 427-428; Weinberg, *Foreign Policy*, pp. 437-438; Fuchser, *Chamberlain*, pp. 133-134.
- <sup>341</sup> Barnett, *Collapse*, p. 531. El recuento de la reunión del Gabinete, incluyendo las citas, viene de las pp. 527-531.
- <sup>342</sup> Fuchser, *Chamberlain*, p. 145.
- <sup>343</sup> Barnett, *Collapse*, p. 532.
- <sup>344</sup> *English History*, p. 427.
- <sup>345</sup> T. Taylor, *Munich*, p. 794.
- <sup>346</sup> Barnett, *Collapse*, p. 533.
- <sup>347</sup> Craig, *Germany*, p. 705.
- <sup>348</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, p. 447.
- <sup>349</sup> Craig, *Germany*, p. 706.
- <sup>350</sup> Barnett, *Collapse*, p. 536.

- <sup>351</sup> Fuchser, *Chamberlain*, p. 150.
- <sup>352</sup> Barnett, *Collapse*, p. 538.
- <sup>353</sup> Fuchser, *Chamberlain*, p. 151.
- <sup>354</sup> Adamthwaite, *France*, p. 218.
- <sup>355</sup> Fuchser, *Chamberlain*, pp. 154-156.
- <sup>356</sup> *Ibid.*, pp. 156-157.
- <sup>357</sup> *Ibid.*, p. 158.
- <sup>358</sup> Weinberg, *Foreign Policy*, p. 452.
- <sup>359</sup> Fuchser, *Chamberlain*, pp. 159-160.
- <sup>360</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 429.
- <sup>361</sup> K. Robbins, *Munich 1938*, Londres, 1968, p. 327.
- <sup>362</sup> *Ibid.*, pp. 429-430.
- <sup>363</sup> A.J.P. Taylor, *English History*, p. 189.
- <sup>364</sup> Craig, *Germany*, p. 707.
- <sup>365</sup> W.S. Churchill, *Blood, Sweat, and Tears*, pp. 55-65.
- <sup>366</sup> Barnett, *Collapse*, p. 549.
- <sup>367</sup> A.J.P. Taylor, *English History 1914-1945*, Nueva York y Oxford, 1965, pp. 430-431.
- <sup>368</sup> Para una lista de algunos de éstos, véase Williamson Murray, "Munich 1938: The Military Confrontation", *Journal of Strategic Studies* 2 (1979): 297, n. 2.
- <sup>369</sup> El siguiente análisis se basa en el trabajo de Williamson Murray, que es la evaluación más completa y profesional que he visto de las realidades militares. Se expone en "German Air Power and the Munich Crisis", *War and Society*, II, Brian Bond y Ian Roy, eds. (Londres, 1977) y en el artículo citado en la nota anterior. Un análisis más completo que coloca el asunto en el contexto de los asuntos europeos de mayor alcance se puede encontrar en Murray, *The Changes in the European Balance of Power, 1938-1939*, Princeton, 1984.
- <sup>370</sup> W. Murray, *Luftwaffe*, Baltimore, 1985, p. 20.
- <sup>371</sup> Murray, "Munich", p. 286.
- <sup>372</sup> Ésta es la paráfrasis de Murray (p. 286) del recuento por Hubert Ripka, *Munich, Before and After* (Londres, 1939), p. 83.
- <sup>373</sup> A.M. Cienciala, *Poland and the Western Powers, 1938-1939*, Toronto, 1968, p. 54.
- <sup>374</sup> Murray, "Munich", p. 294.
- <sup>375</sup> Murray, *The Change in the European Balance of Power, 1938-1939*, Princeton, 1984, pp. 262-263.
- <sup>376</sup> Fuchser, *Neville Chamberlain*, p. 175, n. 6.
- <sup>377</sup> *Ibid.*, p. 175.
- <sup>378</sup> Churchill, *The Gathering Storm*, Boston, 1948, p. 347.
- <sup>379</sup> Paul M. Kennedy, *The Rise and Fall of British Naval Mastery*, Londres, 1983, p. 298.
- <sup>380</sup> Barnett, *Collapse*, p. 439.

#### V. LA CRISIS CUBANA DE LOS MISILES

- <sup>1</sup> Las citas del discurso del presidente Kennedy provienen de D.L. Larson, *The "Cuban Crisis" of 1962, Selected Documents, Chronology and Bibliography*, 2da. edición, Lanham, Maryland, 1986, pp. 59-64.
- <sup>2</sup> B.J. Allyn, J.G. Blight y D.A. Welch, *Back to the Brink*, Cambridge, Mass., 1992, pp. xvii-xxii. Los soviéticos la llaman "la crisis caribeña" y los cubanos "la crisis de octubre".
- <sup>3</sup> R.O. Paxton, *Europe in the Twentieth Century*, Nueva York, 1975, p. 487.
- <sup>4</sup> A.B. Ulam, *The Rivals, America and Russia Since World War II*, Nueva York, 1971, p. 104.
- <sup>5</sup> J.L. Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States: An Interpretive History*, Nueva York, 1978, p. 181.
- <sup>6</sup> Las cifras provienen de un gráfico compilado por J.L. Gaddis en *Strategies of Containment* (Nueva York, 1982), p. 359. Sus fuentes son el Buró del Censo de los Estados Unidos y la Oficina de Administración y Presupuesto de los Estados Unidos.
- <sup>7</sup> Gaddis, *Strategies*, p. 91.
- <sup>8</sup> *Ibid.*, p. 92.

- <sup>9</sup> Gaddis, *Russia*, p. 198.
- <sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 201.
- <sup>11</sup> Los Estados Unidos se beneficiaron porque dio la casualidad de que la Unión Soviética estaba, en ese momento, boicoteando el Consejo de Seguridad, error que no volvió a repetir.
- <sup>12</sup> Tucídides, *The Peloponesian War*, 3. 82. 1, traducido por Richard Crawley.
- <sup>13</sup> V.D. Sokolovskiy, ed. *Voyennaya Strategiya* (Estrategia Militar), 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> ediciones, Moscú, 1962, 1963, 1968, p. 226. Citado por H.F. Scott y W.F. Scott, *Soviet Military Doctrine*, Boulder y Londres, 1988, p. 22.
- <sup>14</sup> Scott, *Soviet*, p. 22.
- <sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 30.
- <sup>16</sup> A.L. Horelick y M. Rush, *Strategic Power and Soviet Foreign Policy*, Chicago, 1966, p. 31.
- <sup>17</sup> Gaddis, *Russia*, p. 226.
- <sup>18</sup> Ulam, *The Rivals*, pp. 294-295.
- <sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 295.
- <sup>20</sup> Horelick y Rush, *Strategic Power*, pp. 119-120.
- <sup>21</sup> D.D. Eisenhower, *The White House Years: Waging Peace, 1956-1961*, Garden City, Nueva York, 1965, p. 336, nota.
- <sup>22</sup> Scott, *Soviet*, pp. 30-31.
- <sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 31.
- <sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 34.
- <sup>25</sup> Los comentarios siguientes sobre los sucesos en la Cuba de Castro proceden, principalmente, de *The Cuban Revolution*, de Hugh Thomas (Nueva York, 1971); de Theodore Draper, *Castro's Revolution* (Nueva York, 1962) y de Maurice Halperin, *The Rise and Decline of Fidel Castro* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1972).
- <sup>26</sup> Halperin, *Rise*, p. 43.
- <sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 77.
- <sup>28</sup> L. Chang y P. Kornbluh, editores, *The Cuban Missile Crisis: 1962: A National Security Documents Readers*, Nueva York, 1992, pp. 347-348.
- <sup>29</sup> Citado por N.T. Carbonell, *And the Russians Stayed, the Sovietization of Cuba*, Nueva York, 1989, p. 100.
- <sup>30</sup> *Ibíd.*, pp. 100-101.
- <sup>31</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 348.
- <sup>32</sup> R.R. Pope, *Soviet Views on the Cuban Missile Crisis*, Washington, D.C., 1982, pp. 78-79.
- <sup>33</sup> Herbert R. Dinerstein, "The Soviet Union and the Communist World", *Survey* (primavera de 1973); 147.
- <sup>34</sup> Thomas, *Cuban Revolution*, p. 524.
- <sup>35</sup> J.G. Blight, B.J. Allyn y D.A. Welch, *Cuba on the Brink*, Nueva York, 1993, pp. 45-46. Estoy muy agradecido con la editora del libro, Linda Healey, de Pantheon, por permitir que viera las pruebas de galera antes de la publicación.
- <sup>36</sup> J.M. Blum, *Years of Discord, American Politics and Society, 1961-1974*, Nueva York, 1991, p. 18.
- <sup>37</sup> S.E. Morrison, H.S. Commager, W.E. Leuchtenburg, *The Growth of the American Republic*, vol. 2, 7ma. edición, Nueva York y Oxford, 1980, p. 749.
- <sup>38</sup> M. Beschloss, *The Crisis Years, Kennedy and Khrushchev 1960-1963*, Nueva York, 1991, p. 25.
- <sup>39</sup> Blum, *Years*, p. 26.
- <sup>40</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 28; Thomas, *Cuban*, pp. 518-519.
- <sup>41</sup> Thomas, *Cuban*, p. 525.
- <sup>42</sup> Beschloss, *Cuban*, p. 104.
- <sup>43</sup> A.M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days*, Boston, 1965, p. 228.
- <sup>44</sup> *Ibíd.*, p. 238.
- <sup>45</sup> Beschloss, *Crisis*, pp. 106, 128.
- <sup>46</sup> *Ibíd.*, p. 106.
- <sup>47</sup> *Ibíd.*, pp. 107-108.
- <sup>48</sup> T.C. Sorensen, *Kennedy*, Nueva York, 1965, p. 298.
- <sup>49</sup> *Ibíd.*, p. 300.



- <sup>50</sup> P. Wyden, *Bay of Pigs*, Nueva York, 1979, p. 170.
- <sup>51</sup> *Ibid.*, p. 116.
- <sup>52</sup> Sorensen, *Kennedy*, p. 301. Sorensen trata de disminuir la importancia de la cancelación de los ataques aéreos pero también trata de culpar a los oficiales militares por la decisión que tomaron de no comunicar al presidente la importancia de los ataques. Beschloss, (*Crisis*, p. 116), basado en el diario de Le Moyne Billings, un amigo de Kennedy de sus tiempos de estudiante, narra: "Después, cuando analizaba de nuevo aquel fatídico domingo, el presidente se reprochaba por haber cancelado el segundo ataque aéreo. Consideraba que su decisión había sido un error, aunque no un error decisivo. Sin embargo, le dijo a Lem Billings que si 'no se hubiera quedado todo el fin de semana en Glen Ora [su propiedad en Virginia] y si hubiera regresado el domingo por la noche, hubiera conocido más sobre la situación' en Cuba, lo que hubiera cambiado el rumbo de los acontecimientos".
- <sup>53</sup> T. Higgins, *The Perfect Failure, Kennedy, Eisenhower, and the CIA at the Bay of Pigs*, Nueva York, 1987, p. 145; Beschloss, *Crisis*, p. 120.
- <sup>54</sup> Carbonell, *And the Russians Stayed*, p. 190. Kennedy dio la misma explicación a Eisenhower después del desastre de Bahía Cochinos.
- <sup>55</sup> *Ibid.*, p. 145.
- <sup>56</sup> J.G. Blight, et al., *Cuba on the Brink*, pp. 130-131.
- <sup>57</sup> Wyden, *Bay of Pigs*, p. 270-271.
- <sup>58</sup> Beschloss, *Crisis*, pp. 128-129.
- <sup>59</sup> *Ibid.*, p. 129.
- <sup>60</sup> P. Wyden, *Wall, The Inside Story of a Divided Berlin*, Nueva York, 1989, p. 54. (H. Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, Berlín, 1980, pp. 66-67.)
- <sup>61</sup> N.S. Jruschov, *Khrushchev Remembers*, traducido y editado por Strobe Talbott, Boston, 1970, p. 492.
- <sup>62</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 118.
- <sup>63</sup> Blight y Welch, *On the Briuk*, p. 241.
- <sup>64</sup> A.N. Shevchenko, *Breaking with Moscow*, Nueva York, 1985, p. 110.
- <sup>65</sup> Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 356.
- <sup>66</sup> K.P.O'Donnell y D. Powers con J. McCarthy, *Johnny, We Hardly Knew Ye*, Boston, 1972, p. 286.
- <sup>67</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 158.
- <sup>68</sup> *Ibid.*, p. 164.
- <sup>69</sup> Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 356.
- <sup>70</sup> P. Wyden, *Wall, the Inside Story of Divided Berlin*, Nueva York, 1989, p. 49.
- <sup>71</sup> F. Burlatsky, *Khrushchev and the First Russian Spring*, traducido por D. Skillen, Nueva York, 1988, p. 162. Schlesinger (*A Thousand Days*, p. 367) tiene un criterio similar: "Jruschov llegó a Viena listo para colaborar en el asunto de Laos y nada más. Confiaba en sacar de sus casillas a Kennedy y obligarlo a hacer concesiones".
- <sup>72</sup> Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 366.
- <sup>73</sup> *Ibid.*
- <sup>74</sup> Ulam, *Rivals*, p. 326.
- <sup>75</sup> El relato de las conversaciones de Viena entre Kennedy y Jruschov se basa en los informes de Schlesinger (*A Thousand Days*, pp. 358-374) y de Beschloss, quien pudo acceder a las entrevistas con fuentes bien informadas y, mejor aún, ver las agendas oficiales de las conversaciones, hechas por el intérprete de Kennedy en esas reuniones.
- <sup>76</sup> Beschloss, p. 196.
- <sup>77</sup> O'Donnell, *Johnny*, pp. 341-342.
- <sup>78</sup> Schlesinger, p. 361.
- <sup>79</sup> Beschloss, p. 197.
- <sup>80</sup> *Ibid.*, pp. 198-199.
- <sup>81</sup> *Ibid.*, pp. 200-201.
- <sup>82</sup> *Ibid.*, p. 201, nota.
- <sup>83</sup> *Ibid.*, p. 202.
- <sup>84</sup> *Ibid.*, pp. 155, 203.
- <sup>85</sup> *Ibid.*, pp. 203-204, 224.
- <sup>86</sup> *Ibid.*, p. 205.

- <sup>87</sup> *Ibíd.*, p. 212.
- <sup>88</sup> *Ibíd.*, pp. 212-213.
- <sup>89</sup> Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 368.
- <sup>90</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 215.
- <sup>91</sup> Schlesinger, *A Thousand Days*, 370-371.
- <sup>92</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 219.
- <sup>93</sup> *Ibíd.*, p. 217.
- <sup>94</sup> *Ibíd.*, p. 219.
- <sup>95</sup> Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 372.
- <sup>96</sup> O'Donnell, "Johnny", p. 297.
- <sup>97</sup> Beschloss, *Crisis*, pp. 223-224.
- <sup>98</sup> Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 378.
- <sup>99</sup> Sorensen, *Kennedy*, p. 543.
- <sup>100</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 35.
- <sup>101</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 224. Robert Kennedy después diría que esta reunión "fue la primera en la que su hermano, de veras, se las tenía que ver con alguien con quien no se podía intercambiar ideas en una forma significativa". El presidente dijo que tratar con Jruschov era "como tratar con papá. Todo es dar y nunca recibir" (p. 234).
- <sup>102</sup> *Ibíd.*, p. 228
- <sup>103</sup> *Ibíd.*
- <sup>104</sup> Blight, *On the Brink*, p. 236.
- <sup>105</sup> *Ibíd.*, pp. 236, 281.
- <sup>106</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 231.
- <sup>107</sup> Wyden, *Wall*, p. 55.
- <sup>108</sup> O'Donnell, "Johnny", pp. 292, 299-300.
- <sup>109</sup> Wyden, *Wall*, pp. 45-47
- <sup>110</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 235.
- <sup>111</sup> *Ibíd.*, p. 239.
- <sup>112</sup> Wyden, *Wall*, p. 72.
- <sup>113</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 244.
- <sup>114</sup> *Ibíd.*, p. 245.
- <sup>115</sup> Sorensen, *Kennedy*, pp. 590-591.
- <sup>116</sup> H. Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, Berlín, 1980, pp. 113-114.
- <sup>117</sup> Wyden, *Wall*, pp. 80-81.
- <sup>118</sup> *Ibíd.*, p. 82; Beschloss, *Crisis*, p. 264.
- <sup>119</sup> W.W. Rostow, *The Definition of Power*, Nueva York, 1972, p. 231.
- <sup>120</sup> La fuente que proporciona las conversaciones entre los dirigentes comunistas es un oficial militar checo, coronel Jan Sejna, quien participó en las discusiones y desertó en 1968. Fue entrevistado por Peter Wyden y los resultados de la entrevista aparecen en *Wall* (pp. 85-90).
- <sup>121</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 268.
- <sup>122</sup> Catudal, *John Kennedy*, pp. 226-227.
- <sup>123</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 270.
- <sup>124</sup> Catudal, *John Kennedy*, p. 203.
- <sup>125</sup> Wyden, *Wall*, p. 127.
- <sup>126</sup> Jruschov, *Khrushchev Remembers*, p. 459.
- <sup>127</sup> Wyden, *Wall*, p. 127, nota.
- <sup>128</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 273.
- <sup>129</sup> Wyden, *Wall*, p. 165.
- <sup>130</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 274.
- <sup>131</sup> *Ibíd.*, p. 273.
- <sup>132</sup> O'Donnell, "Johnny", p. 303.
- <sup>133</sup> Ver lo anterior, p. 386.
- <sup>134</sup> Wyden, *Wall*, pp. 227-228.
- <sup>135</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 286.

- <sup>136</sup> *Ibid.*, pp. 281-282.
- <sup>137</sup> M. Bundy, *Danger and Survival: Choices About the Bomb in the First Fifty Years*, Nueva York, 1988, pp. 367-370.
- <sup>138</sup> D.L. Larson, *The "Cuban Crisis" of 1962, Selected Documents, Chronology and Bibliography*, 2da. Edición, Lanham, Md., 1963, p. 61.
- <sup>139</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, pp. 235, 288-289.
- <sup>140</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 287-288. La caracterización de los tres hombres la hace Beschloss.
- <sup>141</sup> M. Trachtenberg, "The Berlin Crisis", en Trachtenberg, ed., *History and Strategy*, Princeton, 1991, p. 226.
- <sup>142</sup> *Ibid.*, p. 231.
- <sup>143</sup> *Ibid.*, p. 233.
- <sup>144</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 291; Sorensen, *Kennedy*, p. 619.
- <sup>145</sup> A. Sakharov, *Memoirs*, traducido por R. Lourie, Nueva York, 1990, p. 217.
- <sup>146</sup> Beschloss, *Crisis*, pp. 307-308.
- <sup>147</sup> *Ibid.*, pp. 308-39.
- <sup>148</sup> *Ibid.*, pp. 311-312.
- <sup>149</sup> P. Salinger, *With Kennedy*, Nueva York, 1966, pp. 191-194.
- <sup>150</sup> O'Donnell, "Johnny", pp. 304-305.
- <sup>151</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 315-316.
- <sup>152</sup> Wyden, *Wall*, p. 263.
- <sup>153</sup> Beschloss, *Crisis*, pp. 327-328.
- <sup>154</sup> *Ibid.*, pp. 65, 328.
- <sup>155</sup> R. Hilsman, *To Move a Nation*, Nueva York, 1967, p. 164.
- <sup>156</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 330.
- <sup>157</sup> *Ibid.*, p. 332.
- <sup>158</sup> *Ibid.*, pp. 371, 373.
- <sup>159</sup> Como señalan los Scott (*Soviet Military Doctrine*, p. 36): "Muchos analistas occidentales creen que el énfasis soviético en el tema de las armas nucleares fue el resultado de las acciones estadounidenses durante la Crisis Cubana de los Misiles en octubre de 1962. Pero el discurso de Jruschov en 1960 y las declaraciones de Malinovsky en el Congreso del Partido, en 1961, atestiguan que la Unión Soviética había tomado la decisión doctrinal de concentrarse en las fuerzas de misiles nucleares mucho antes de la crisis. Después de años de investigaciones y desarrollo, las líneas de producción para los misiles comenzaron en la década de los años cincuenta". La decisión de Jruschov de disminuir las fuerzas convencionales, que luego anuló bajo presión, es otra prueba de que los soviéticos estaban poniendo mayor énfasis en la producción de misiles nucleares.
- <sup>160</sup> *Ibid.*, p. 375.
- <sup>161</sup> Allyn, et al., *Back to the Brink*, p. 9.
- <sup>162</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 381-382. De hecho, los misiles estadounidenses Júpiter en Turquía se hicieron operativos ese mismo mes (Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 351.) El relato, en las *Memoirs* de Jruschov, aparece en las pp. 493-495.
- <sup>163</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 238.
- <sup>164</sup> Esta es, esencialmente, la lista dada por Blight y Welch en *On the Brink* (pp. 116-117). Hasta donde conozco, la lista agota las sugerencias posibles.
- <sup>165</sup> Jruschov, *Memoirs*, pp. 493-494.
- <sup>166</sup> Pope, *Soviet Views*, p. 125.
- <sup>167</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 238; Beschloss, *Crisis*, p. 385.
- <sup>168</sup> *Ibid.*, pp. 234, 239.
- <sup>169</sup> *Ibid.*, p. 235.
- <sup>170</sup> R.L. Garthoff, *Reflections on the Cuban Missile Crisis*, segunda edición, Washington, D.C., 1989, p. 13.
- <sup>171</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 387.
- <sup>172</sup> La argumentación que sigue debe mucho a los puntos de vista expresados por Beschloss (*Crisis*, pp. 382-393), quien creo tuvo una comprensión adecuada de la situación y de la forma de pensar de Jruschov. He aprendido mucho de él. Mi interpretación sólo difiere de la suya en un

aspecto: él ve, a través del comportamiento de Kennedy, que éste presenta a Jruschov en una combinación de razones que mezclan el miedo y la confianza. A veces él parece creer que las declaraciones y las acciones de Kennedy provocaron la alarma en Jruschov, lo que lo llevó a acciones tales como la de instalar misiles en Cuba que, además, quería hacer porque otras declaraciones y acciones del presidente indicaban que carecía de la voluntad y la determinación necesarias para emprender una acción militar. Pero si realmente le preocupaba que Kennedy utilizara su poder en una empresa dada, ¿por qué arriesgarse tanto al instalar los misiles cuando las presiones sobre el presidente se harían tan fuertes? Mi punto de vista es que Jruschov no temía una acción militar por parte de Kennedy en el momento en que tomó la decisión de instalar los misiles. Temía un peligro a largo plazo con relación a sus políticas y objetivos dada la inferioridad nuclear soviética que podría esperarse que durara más allá del fin de la presidencia de Kennedy. Sin embargo, a corto plazo, sentía que Kennedy no representaba peligro alguno.

<sup>173</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 383.

<sup>174</sup> *Ibid.*, p. 384.

<sup>175</sup> *Ibid.*, p. 393.

<sup>176</sup> *Ibid.*, p. 392.

<sup>177</sup> *Ibid.*

<sup>178</sup> Allyn, et al., *Back to the Brink*, p. 51.

<sup>179</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 241.

<sup>180</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 391; Szulc, T., *Fidel: A Critical Portrait*, New York, 1986, pp. 576-581.

<sup>181</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 239.

<sup>182</sup> El general Anatoly Gramov, en ese tiempo jefe del buró del Directorio de Operaciones Principales del Personal General Soviético, ofrece una narración del acuerdo y de los detalles de las operaciones militares soviéticas en Blight, et. al., *Cuba on the Brink*, p. 58.

<sup>183</sup> *Ibid.*, pp. 61-62.

<sup>184</sup> Estas cifras provienen de fuentes estadounidenses, comparadas y analizadas por G.T. Allison en *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*, Boston, 1971, p. 103.

<sup>185</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento II, p. 57.

<sup>186</sup> *Ibid.*, p. 353.

<sup>187</sup> *Ibid.*, p. 354.

<sup>188</sup> Citado por Beschloss, *Crisis*, pp. 414-415.

<sup>189</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 355.

<sup>190</sup> R.F. Kennedy, *Thirteen Days*, Nueva York, 1969, pp. 25-26.

<sup>191</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento I4, p. 68.

<sup>192</sup> Larson, *The "Cuban Crisis" of 1962*, Documento I, p. 17.

<sup>193</sup> Allyn, et al., *On the Brink*, p. 43.

<sup>194</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 420.

<sup>195</sup> Sorensen, *Kennedy*, p. 668.

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 421.

<sup>197</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 356.

<sup>198</sup> Tatu, *Power*, p. 241.

<sup>199</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 356.

<sup>200</sup> *Ibid.*, Documento I3, pp. 63-65.

<sup>201</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 424.

<sup>202</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 357.

<sup>203</sup> La historia la narra Robert Kennedy en una entrevista oral de historia (Beschloss, *Crisis*, p. 425). Como veremos, parece haber estado obsesionado con la analogía de Pearl Harbor.

<sup>204</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 358.

<sup>205</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 429.

<sup>206</sup> *Ibid.*

<sup>207</sup> Graham Allison ha comentado que la declaración de Bundy, totalmente consciente del embarque de los II-28, hace que "no sea descabellado que algún personaje con capacidad de decisión en Moscú pensara que los Estados Unidos estarían dispuestos a aceptar misiles ofensivos en Cuba en tanto que la acción se llevara a cabo calladamente". (Blight y Welch, *On the Brink*, p. 41.)

- <sup>208</sup> *Ibid.*
- <sup>209</sup> Bundy, *Danger and Survival*, p. 301.
- <sup>210</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento 15, p. 96.
- <sup>211</sup> *Ibid.*, Documento 16, pp. 97-113.
- <sup>212</sup> *Ibid.*, Documento 17, p. 114.
- <sup>213</sup> Allyn, et al., *Cuban*, p. 141.
- <sup>214</sup> Scott Sagan en *Ibid.*, p. 32.
- <sup>215</sup> *Ibid.*, p. 248.
- <sup>216</sup> Allyn, et al., *Back to the Brink*, p. 53.
- <sup>217</sup> *Ibid.*
- <sup>218</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 28.
- <sup>219</sup> *Ibid.*, *On the Brink*, p. 33
- <sup>220</sup> Bundy, *Danger and Survival*, pp. 218-219.
- <sup>221</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, pp. 110-111.
- <sup>222</sup> *Ibid.*, p. 103.
- <sup>223</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 244.
- <sup>224</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 448.
- <sup>225</sup> *Ibid.*
- <sup>226</sup> *Ibid.*, p. 443.
- <sup>227</sup> La lista proviene de dos relatos, cada uno con ligeras diferencias en las listas de tres. Véase la versión de Abram Chayes en Allyn, et al., *On the Brink*, (p. 102) y la de Raymond Garthoff en *Reflections* (pp. 44-45). La propia lista de Taylor, ofrecida en una entrevista en 1987, no incluye la opción de “comprarlos” (p. 77).
- <sup>228</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento 19, pp. 119-120; Beschloss, *Crisis*, p. 468.
- <sup>229</sup> Beschloss, *Crisis*, pp. 468-469.
- <sup>230</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento 15, pp. 87 y 90.
- <sup>231</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 54.
- <sup>232</sup> Está confirmada la prueba de esta transcripción en un “Memorándum para el Registro”, escrito el día después de la reunión por el teniente general Marshall S. Carter, director adjunto de la Agencia Central de Inteligencia, quien informó al grupo sobre la importancia de las fotografías tomadas por el U2. Anotó que “el Sr. McNamara señaló que si íbamos a emprender una acción militar abierta, se debería hacer —por sobre todas las cosas— en una base del ciento por ciento y antes de que algún misil fuera operativo” (Publicado por Brassey —no se señala editor— en *The Secret Cuban Missile Crisis Documents, Central Intelligence Agency*, Washington, Nueva York, Londres, 1994, p. 146). La negación reiterada de McNamara de lo que dijo en aquellos tiempos parece ser motivada por la contradicción de posiciones que entonces mantuvo y que luego mantendría. Si no importaba que un misil llegara desde Rusia, o desde Cuba, entonces si los misiles cubanos eran operativos o no no debería marcar diferencia alguna. El bloqueo que pronto comenzó a defender, para sustituir un ataque aéreo, además, permitiría que los misiles se hicieran operativos. Esa acción, por lo tanto, contradecía el fuerte acento colocado sobre la necesidad de retirar los misiles rápidamente, como aparece en los pasajes citados previamente. Para apoyar lo correcto de su punto de vista en el sentido de que los misiles cubanos no eran importantes salvo por razones de política interna y de que nunca hubo la necesidad de atacarlos, tendría que eliminar lo que dijo en aquel momento.
- <sup>233</sup> *Ibid.*, Documento 25, pp. 144-145.
- <sup>234</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 137.
- <sup>235</sup> *Ibid.*, p. 147.
- <sup>236</sup> R.F. Kennedy, *Thirteen Days*, pp. 38-39.
- <sup>237</sup> *Ibid.*, pp. 79-80.
- <sup>238</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 364.
- <sup>239</sup> *Ibid.*, p. 459.
- <sup>240</sup> *Ibid.*
- <sup>241</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento 21, p. 124. Las notas sobre esta reunión las tomó el consejero legal del Departamento de Estado, Leonard Meeker.
- <sup>242</sup> *Ibid.*

- <sup>243</sup> *Ibíd.*, p. 125.
- <sup>244</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento 16, p. 107.
- <sup>245</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 152.
- <sup>246</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 432.
- <sup>247</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento 21, p. 127.
- <sup>248</sup> Sorensen, *Kennedy*, p. 685.
- <sup>249</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 454. La referencia a las bases de la OTAN proviene de las notas de Sorensen que están en la Biblioteca John F. Kennedy. No hay mención alguna al ofrecimiento de hablar sobre ellas en el libro *Kennedy*, de Sorensen, publicado en 1965, en el cual se revela la parte más dura del mensaje.
- <sup>250</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 244.
- <sup>251</sup> Sorensen, *Kennedy*, p. 685.
- <sup>252</sup> Beschloss, *Crisis*, pp. 455-457.
- <sup>253</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 246.
- <sup>254</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento 21, p. 126.
- <sup>255</sup> *Ibíd.*, p. 363.
- <sup>256</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 480.
- <sup>257</sup> Larson, "Cuban" *Crisis*, pp. 61-62.
- <sup>258</sup> La fuente es Roy Medvedev, autor de *All Stalin's Men*, traducido por Harold Shukman, Nueva York, 1985, p. 52. La historia fue confirmada verbalmente por el hijo de Mikoyan que dijo que se la había escuchado a su padre (Blight y Welch, *On the Brink*, p. 367).
- <sup>259</sup> *Ibíd.*, La respuesta de Kennedy la reportó Richard E. Neustadt.
- <sup>260</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 367.
- <sup>261</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 488.
- <sup>262</sup> *Ibíd.*
- <sup>263</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 368.
- <sup>264</sup> R.F. Kennedy, *Thirteen Days*, pp. 66-67.
- <sup>265</sup> *Ibíd.*, p. 67.
- <sup>266</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 370.
- <sup>267</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 497.
- <sup>268</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento 39, p. 173.
- <sup>269</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 504.
- <sup>270</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, Documento 42, p. 177.
- <sup>271</sup> "Registro sumario de la reunión del Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad, 26 de octubre de 1962, 10:00 am", de Bromley Smith. Documento 42 en *Cuban*, de Chang y Kornbluh, p. 178.
- <sup>272</sup> *Ibíd.*, pp. 177-183.
- <sup>273</sup> *Ibíd.*, Documento 21, p. 126.
- <sup>274</sup> *Ibíd.*, Documento 43, p. 184.
- <sup>275</sup> *Ibíd.*, Documento 44, p. 188.
- <sup>276</sup> Hilsman, *To Move a Nation*, p. 219.
- <sup>277</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 515.
- <sup>278</sup> *Ibíd.*
- <sup>279</sup> Hilsman, *To Move a Nation*, p. 219. Parece haber sido muy importante para Rusk y otros funcionarios del gobierno no proyectar una imagen de entrega o de haber hecho concesiones.
- <sup>280</sup> Estas sugerencias las hace Beschloss, en *Crisis*, p. 522.
- <sup>281</sup> En la reunión del ExCom, en la noche del 25 de octubre, McCone informó que algunos de los misiles ya eran operativos (Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 372).
- <sup>282</sup> *Ibíd.*, p. 367.
- <sup>283</sup> *Ibíd.*, p. 371.
- <sup>284</sup> *Ibíd.*, Documento 47, p. 195.
- <sup>285</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 523.
- <sup>286</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, pp. 309-310.
- <sup>287</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 530.

<sup>288</sup> Allyn, et al., *Back to the Brink*, p. 143.

<sup>289</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 83.

<sup>290</sup> Este relato acepta el informe de Dobrynin de su reunión privada y no grabada con Robert Kennedy el 26 de octubre (*Bulletin* del Proyecto de Historia Internacional de la Guerra Fría, Centro Internacional para Estudiosos, Woodrow Wilson, Washington, D.C., 3 [Otoño, 1993]:40), sin embargo, informa que “la declaración de Dobrynin no era exacta, como luego confirmara personalmente el ex embajador con mucha pena”. Esta observación se basa en la siguiente prueba: una carta, fechada el 15 de mayo de 1992, de Ashok Prasad, de la BBC, informando sobre una conversación con Dobrynin; el hecho de que Dobrynin omitió toda mención a la reunión del 26 de octubre en su artículo “Karibskii krizis: Svidetel'stvo uchastnika”, *Mezhdunarodnaya zhizn'*, (Moscú, 7 de julio de 1992): la propia conversación de Kramer con Dobrynin. Es obvio que Dobrynin faltaba a la verdad ya fuera cuando contó la historia o cuando la negó, pero es muy inseguro saber cuál versión es la correcta. Lógicamente, y a falta de otras pruebas con relación al motivo o a otros factores relevantes, no hay una razón mejor que la otra para creer a una y no a la otra. Si se me obligara a escoger, creería que la historia y no su negación es la verdad. La historia es específica y detallada. No la considero como que sirve al autor o lo engrandece, ya que muestra a Dobrynin sólo en el papel de mensajero y no hace contribución alguna al *amour propre* soviético. En la reunión en la que se contó, los miembros del ExCom allí presentes no expresaron sorpresa alguna y no cuestionaron su exactitud. Por el contrario, Robert McNamara indicó que los peligros futuros pudieran reducirse “si se aseguraba una comunicación efectiva como, gracias a Dios, hemos tenido en gran medida a lo largo de la crisis con Robert Kennedy y el embajador Dobrynin” (Allyn, et al., *Back to the Brink*, p. 168). Y McGeorge Bundy repitió lo mismo elogiando “la forma en que la confianza personal existente entre Robert Kennedy y el embajador Dobrynin los llevó a intercambiar información que, al final, resultó de mucha ayuda para sus dirigentes respectivos” (*Back to the Brink*, p. 190).

Además, como se indica más abajo, el acuerdo del presidente Kennedy para intercambiar los misiles turcos, en la noche del 26 de octubre, es perfectamente comprensible si se toma en cuenta su obsesión, difícil de entender en otras circunstancias, sobre los turcos y sobre la reacción de la OTAN a la retirada de los misiles de Turquía, manifestada en la reunión del ExCom del día veintisiete. Para la mayor parte de los presentes, la cuestión era si atacar o no los misiles en Cuba, sin embargo, el presidente insistía en abordar la discusión acerca de los misiles en Turquía. La explicación más plausible sería que él y unos pocos allí presentes, quizá sólo Robert Kennedy, conocían que el trato sobre los misiles turcos ya se había hecho. Los otros, por lo tanto, consideraban el acuerdo como imposible ya que el presidente lo había descartado antes y estaban considerando otras formas de reaccionar ante la insistencia de Jruschov en el acuerdo. Kennedy, por otro lado, sabiendo que el trato ya estaba en camino, se concentró en lo que podría causar algún problema inmediato: la posible resistencia de Turquía y de la OTAN.

Sin embargo, si el acuerdo logrado el día veintiséis es resultado de la imaginación de Dobrynin, la actuación de Kennedy el día veintisiete indicaría que, sin haber hecho aun el trato, estaba decidido a aceptar la nueva exigencia de Jruschov pero se preocupaba, de la misma forma, por las objeciones de Turquía y de la OTAN.

De cualquier forma, no estaba dispuesto a revelar lo que había hecho o lo que planeaba hacer hasta que pudiera convencer al ExCom de que apoyara el intercambio.

<sup>291</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 468.

<sup>292</sup> Estos recuentos de las reuniones del ExCom el 27 de octubre provienen de *Cuban*, por Chang y Kornbluh, Documento 49, pp. 200-220.

<sup>293</sup> *Ibíd.*, p. 373.

<sup>294</sup> Años más tarde, Robert Kennedy, apoyado públicamente por McNamara, se adjudicó la autoría de este enfoque, pero los registros muestran que Bundy lo hizo antes. Véase Beschloss, *Crisis*, p. 528, nota.

<sup>295</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 377.

<sup>296</sup> *Ibíd.*, p. 206

<sup>297</sup> *Ibíd.*, p. 207.

<sup>298</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 72.

- <sup>299</sup> *Ibid.*, pp. 52, 65-67; 69-72; 88-89.
- <sup>300</sup> El regaño de Malinovsky lo reporta el general Volkogonov en Allyn, et al., *Back to the Brink*, p. 32.
- <sup>301</sup> Allison, *Essence*, p. 225.
- <sup>302</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 219.
- <sup>303</sup> La carta se publica en *Cuban*, de Chang y Kornbluh, Documento 51, pp. 223-225.
- <sup>304</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 534, nota.
- <sup>305</sup> Allyn, et al., *Back to the Brink*, pp. 92-93.
- <sup>306</sup> Chang y Kornbluh, *Cuban*, p. 377.
- <sup>307</sup> R.F. Kennedy, *Thirteen Days*, p. 108.
- <sup>308</sup> Allyn, et al., *Back to the Brink*, p. 93.
- <sup>309</sup> R.F. Kennedy, *Thirteen Days*, pp. 108-109.
- <sup>310</sup> Allyn, et al., *Back to the Brink*, p. 144.
- <sup>311</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 536, nota.
- <sup>312</sup> N.S. Jruschov, *Khrushchev Remembers*, pp. 497-498.
- <sup>313</sup> Allyn, et al., *Back to the Brink*, p. 105.
- <sup>314</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, pp. 83-84.
- <sup>315</sup> *Ibid.*, p. 110.
- <sup>316</sup> Chang y Kornbluh, Documento 52, p. 226.
- <sup>317</sup> *Ibid.*, Documento 53, pp. 230-231.
- <sup>318</sup> Blight y Welch, *On the Brink*, p. 102.
- <sup>319</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 543.
- <sup>320</sup> Chang y Kornbluh, Documento 45, p. 189.
- <sup>321</sup> *Ibid.*, p. 375.
- <sup>322</sup> *Ibid.*, p. 376.
- <sup>323</sup> Beschloss, *Crisis*, p. 539.
- <sup>324</sup> *Ibid.*, pp. 542-545.
- <sup>325</sup> Citado por P. Glynn, *Opening Pandora's Box*, Nueva York, 1992, p. 200.
- <sup>326</sup> *Ibid.*, p. 544.
- <sup>327</sup> G. Blainey, *The Causes of War*, Londres, 1973, p. 122.

## CONCLUSIONES

- <sup>1</sup> Henry A. Kissinger, *A World Restored*, Nueva York, 1973, p. 6.
- <sup>2</sup> *Ibid.*, p. 145.
- <sup>3</sup> Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Nueva York, 1987, p. 161.
- <sup>4</sup> Kennedy, *Rise and Fall*, p. 162.
- <sup>5</sup> Herodoto, 1.5.
- <sup>6</sup> Kennedy, *Rise and Fall*, p. 536.
- <sup>7</sup> 1.22.4.



## ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO

- Abisinia 314, 315, 316, 318, 319, 320, 321, 324, 325, 333, 334, 335, 352
- Action Française 327
- Acuerdo de Potsdam (1945) 425, 430, 432
- Acuerdo mediterráneo (1887) 113
- Acuerdo naval anglo-alemán (1935) 153, 167, 315, 316, 372
- Acuerdos de Locarno (1925) 280-286, 303, 348  
remilitarización de la Renania como violación de 322, 324
- Acheson, Dean 394, 424, 425, 430, 432, 452, 459
- Adenauer, Konrad 425
- Adoua, Batalla de (1896) 316
- Adrianople 179
- Aerenthal, Barón Aloix Lexa von 158-166
- Afganistán 96, 98, 152
- África del Sur 259
- África, colonias en 91-92, 113, 122, 127, 132, 225, 259
- Agadir, crisis de 167, 174, 175
- Agatocles 228, 229
- Agencia Central de Inteligencia. *Ver* CIA
- Agresión  
en Protocolo de Ginebra (1924) 280, 514  
en acuerdos de Locarno (1924) 281  
en Votación por la Paz (1935) 312
- Ahlefeld, Hunold von 135
- Albania 29, 178, 392
- Alcibíades 120
- Alejandro (Príncipe de Bulgaria) 114
- Alejandro de Epicuro 229
- Alejandro el Grande 239
- Alejandro II (Zar) 105, 114
- Alemania  
antisemitismo en 283, 306, 307-310, 353  
constitución de 89-90, 509  
"cerco" de 153, 164, 186, 189-190  
antes de la Primera Guerra Mundial;  
Guerras balcánicas 179-181; sistema de alianzas de Bismarck 109-111, 123-124, 127-128, 163, 185-186; colonias 96, 114-115, 122-123, 132-135, 180-181, 259; política de expansión oriental 185-186; posición económica 91, 96, 143; actitud de Grey 148-149; en las crisis marroquíes 146-149, 151, 167-174, 204; alianza propuesta con Gran Bretaña 143; alianza rusa otra vez buscada (1904-1905) 152; posición estratégica 89; guerras de tarifas con Rusia 119  
en la Primera Guerra Mundial; estallido 186-192, 195, 197-200, 202-204, 208; rendición 253-257; objetivos de guerra 203-205  
como una potencia futura 493-495  
nazi 305-310, 383-384; alianza con Italia 321, 330, 332-333; Pacto Anti-Comintern 334; industrialización 330; *Lebensraum* deseado 73, 306, 325, 348; Pacto de Munich 356-358, 360-384; promesa de paz por 310, 326, 328, 372; remilitarización de la Renania 324-333, 352, 382, 428, 519; retirada de la Sociedad de Naciones 309. *Ver también* Hitler, Adolf, Partido nazi  
después de la Segunda Guerra Mundial, división en dos partes 390-391, 397-399; no hay tratado de paz 386. *Ver también* Alemania Oriental, Alemania Occidental  
unificación de 89-90, 98-100, 103, 134, 203-204  
República de Weimar 85, 261, 262, 264; levantamientos comunistas 257; caída de 293-305; Gran Depresión 287-288, 293; ley mediante decreto presidencial

- 294, 298; en Sociedad de Naciones 285-286; acuerdos de Locarno (1925) 278-286, inflación controlada, prosperidad y crecimiento industrial 282, 288; búsqueda de la restauración de las colonias 298; ocupación del Ruhr 274-278, 281, 283, 513; colaboración secreta con la Unión Soviética 274, 285-286. *Ver también* Renania
- Ver también* Fuerzas Aéreas; Ejércitos; Armadas
- Alemania Occidental 391, 392, 423-424, 432
- Alemania Oriental  
 en la crisis de Berlín (1958-59) 397-398  
 muro de Berlín y 423, 426-431  
 tratado de paz para 420-421, 425  
 en el Pacto de Varsovia 392
- Alexeyev, Alexander 444
- Algeciras, Conferencia de (1906) 148
- Alianza Dual 110-111, 115, 116
- Alianza Espartana. *Ver* Liga del Peloponeso
- Alianza para el Progreso 407
- Alianzas  
 como compromiso para la guerra 182-183  
 defensiva; ateniense-corciria 49-50  
 alianzas Dual y Triple 111, 115  
 Griega. *Ver* Liga de Delos; Liga del Peloponeso  
 sistemas de 21; las de Bismarck 109-116; en origen de la Primera Guerra Mundial 128-130, 167, 180-181
- Ver también alianzas específicas y sistemas*
- Alsacia-Lorena 88, 91, 113, 114, 196, 258, 266, 280, 283, 288, 298
- Alsop, Stewart 437, 438
- Amery, Leopold 280
- Amílcar 213, 228, 231-237, 239, 243, 246, 248-249, 511
- Ampurias 236
- Anactorión 59
- Anaxágoras 27, 78
- Anderson, George, W., Jr. 488
- Angell, Norman 17, 18, 204
- Aníbal 236  
 campañas españolas 239-248  
 campaña italiana de 213-214, 245-248, 251
- habilidad militar y carácter de 239-240  
 juramento de 233, 248, 249, 511  
 ultimátum romano para la rendición de 246-248
- Anschluss* 354, 356, 357, 429
- Antioco III (Rey de Siria) 233, 249
- Antisemitismo 286, 306, 308, 309, 353
- Apaciguamiento  
 de los cartaginenses por los romanos 239-240  
 económico 348-349  
 de Alemania entre las guerras 263, 288-289, 293, 309, 310, 328, 341-342, 344-350, 354, 375, 379, 383-384; Pacto de Munich 359, 362, 364, 367, 371  
 rechazo de Pericles de 70  
 de la Unión Soviética 429-431  
 dos tipos de 289
- Arbitraje  
 en el tratado ateniense-espartano 42-43, 45, 47  
 intentado, en el estallido de la Guerra del Peloponeso 64, 69-71, 76, 82  
 en el Protocolo de Ginebra (1924) 280, 514  
 en el Pacto de Renania (1925) 280, 515  
 en tratados de Alemania y de estados occidentales 280-281
- Area mediterránea, mapas de 214, 226
- Argos 32, 40
- Aristófanes 27, 77
- Aristóteles 19, 32
- Armadas  
 ateniense 36, 53-54, 56, 57-59, 72-74, 83  
 austro-húngara 156  
 británica; antes de la Primera Guerra Mundial 55, 95, 140-142, 153-158, 176-177, 205-206, 208, 209, 210; después de la Primera Guerra Mundial 284, 311, 314-315, 317-318, 320, 322-324; antes de la Segunda Guerra Mundial 337  
 cartaginesa 227, 232-233  
 de Corciria 50, 51, 52, 53, 56-58, 80  
 corintia 47, 49-50, 52-53, 54-60, 80  
 danesa, capturada por los británicos 140-142  
 francesa; antes de la Primera Guerra

- Mundial 175-176, 207-208; después de la Primera Guerra Mundial 272
- alemana; antes de la Primera Guerra Mundial 55, 122-123, 136-145, 153-158, 168, 172-173, 181, 184, 204; en la Primera Guerra Mundial 181; después de la Primera Guerra Mundial 297, 372-373
- italiana 156, 322-323
- japonesa 154
- romana 232-233
- rusa 95, 154
- Estados Unidos 154
- Armamento nuclear
- en Cuba 431, 450, 453-455; autorizaciones por uso de 444-445
- al final de la Segunda Guerra Mundial 387-388, 419, 423, 431
- primer golpe de 399, 439, 456
- voluntad de Kennedy de usarlo 436-438, 440
- Destrucción Mutuamente Deseada (MAD) y 292, 455
- posible norcoreano 24-25
- internacionalización propuesta de 388-389
- soviético 388-389, 392, 395-396, 526
- advertencia soviética de los horrores de 398
- prueba de 418, 420, 434-435, 442-443, 450
- superioridad de EE.UU. en 1962 en 437-438
- llamado de la Alemania Occidental para 425
- Ver también* Vacío coheteril
- Armamento soviético de 1962 446
- Arquidamo 61, 65, 66, 68, 69, 70, 72, 74, 76, 77, 81
- Arquíloco 22
- Asdrúbal 236-240, 242, 246-247, 249-250
- Aspasia 77, 78
- Asquith, Herbert 156, 170, 171, 173, 175, 200-201
- Astor, Lady 328
- Atenas
- Liga de Delos de 63, 39, 46, 393
- historia y gobierno de 34-39; generales por elección 37
- mapa del imperio 35
- en la Guerra del Peloponeso 21-22, 27-28, 39-42; estallido 61-82, 194-195
- Esparta comparada con 61-63
- en la Paz de los Treinta Años 42-61
- murallas de 36-37, 38-39, 72, 83
- Ática
- invasión de, en la Guerra del Peloponeso 68, 76-77
- mapa de 41
- Atrocidades de la Guerra del Peloponeso 28-29
- Atlee, Clement 313, 373, 374
- Augusto (Emperador romano) 104
- Australia 94, 259
- Austria 257, 259, 267
- unión alemana con 298; prohibido por el Tratado de Versalles 296; actitud de Mussolini 352; bajo los nazis 330-331, 334, 346, 349-356
- unión aduanal alemana propuesta con 296-297
- Austria-Hungría
- Alianza entre Alemania y 109-111, 122-123, 128, 163, 185-186
- Guerras balcánicas y 180-182
- la Alemania de Bismarck y 104-105
- constitución de 98-100
- decadencia de 101-102, 181-182, 185, 189-190
- fin de 258, 265, 269
- un poder tan grande 87
- en el estallido de la Primera Guerra Mundial 186-187, 190-193, 197, 198-199, 202-203
- entente post-bismarckiana entre Rusia y 158, 161, 166
- derrota de Prusia de 87-88, 101, 105
- Ver también* Ejércitos; Armadas
- Autodeterminación nacional 257, 265, 266, 267, 356-357, 358, 382
- de los Sudetes 364-365, 367, 377
- Auto-interés, como motivo para la guerra 22, 493-494
- Primera Guerra Mundial 194, 201-202

- Guerra del Peloponeso 76-77  
 Aviones U-2 398
- Badian, E 499, 502-503
- Bahía Cochinos (1962) 404, 408-413, 416, 421, 422, 430, 438, 439, 442, 443, 457, 489
- Bahr, Egon 429
- Bakú 264
- Balcenas  
 cooperación austro-húngara en 158  
 actitud de Bismarck hacia 108  
 crisis bosnia (1908) en 158-174, 181  
 conflictos en 98, 101, 106-107, 111, 113-116  
 Congreso de Berlín división de 108  
 mapa de crisis en 157  
 intento soviético de obtener hegemonía sobre 387
- Baldwin, Stanley 280, 290-292, 301, 304, 305, 312, 313, 315-318, 327, 328, 332, 333, 335, 336, 340, 343, 344, 346, 383
- Balfour, Arthur 280, 292
- Ball, George 413, 422, 452, 461, 467, 475-476, 480
- Ballin Albert 168
- Bárcidos 236, 238, 248-249. *Ver también*  
 Amílcar; Anibal; Asdrúbal
- Barnett, Corelli 302, 321
- Barthou, Louis 310
- Batista, Fulgencio 399, 407, 416
- Beck, Ludwig 352, 359, 362
- Bélgica  
 logra la independencia 87  
 antes de la Primera Guerra Mundial;  
 defensa propuesta de Gran Bretaña de 148-150; neutralidad 71, 130, 202, 208, 260  
 en la Primera Guerra Mundial 202;  
 objetivos de guerra de Alemania 206  
 después de la Primera Guerra Mundial;  
 en los acuerdos de Locarno (1925) 279-281; en la ocupación del Ruhr 274  
 antes de la Segunda Guerra Mundial,  
 retirada de la neutralidad 331, 332, 338  
 después de la Segunda Guerra Mundial,  
 en la OTAN 391
- Belgrado 177, 187, 193, 195, 197-198
- Beneš, Edvard 102, 335, 350, 361, 362, 367, 390
- Benton, William 414
- Beocia 36, 45
- Berchtold, Conde Leopoldo 160, 178, 179, 180, 181, 182, 186, 187, 188, 190, 191, 193, 199
- Berlín  
 bloqueo 391, 430  
 Congreso de (1898) 108-109, 113, 117, 362  
 crisis en (1958-59) 397  
 miedo de un ataque militar soviético a 407-412, 457, 466  
 tratado de (1926) 286  
 grupos de batalla de EE. UU. enviados al extranjero a 430  
 en Viena conversaciones de la cumbre 414, 418-420  
 muro, y crisis 423-431, 434
- Bertie, Sir Francis 153
- Besarabia 107, 109, 258
- Beschloss, Michael 417, 419, 435
- Bethmann-Hollweg, Theobald von  
 y el estallido de la Primera Guerra Mundial 184, 186-189, 195, 197-199, 208
- Billings, Le Moyne 524
- Bipolaridad  
 de la Guerra Fría 390-393  
 y el estallido de la Guerra del Peloponeso 79
- Biryuzov, Sergei 442, 444
- Bismarck, Otto von 87-88, 103-106, 107-126  
 despedida de 103, 110, 112, 117-118, 122-123, 126-127  
 sobre la guerra preventiva 184
- Bizancio 47, 98
- Björkö, Tratado de 152
- Blainey, Geoffrey 489
- Bloch, Ivan 16-18
- Blomberg, Werner von 350, 352
- Bloqueo  
 de Cuba, en la Crisis de los misiles de 385  
 Cuba 385, 446, 450, 451, 453, 458-473  
 de Alemania por la flota británica 141
- Blum, Léon 334, 335
- Bohlen, Charles 432, 434

- Bolshakov (oficial soviético) 443, 451
- Bombardeo estratégico 343
- Bombardeos aéreos 18, 253, 292, 331, 339,  
342-343, 368-369, 376
- Bonnet, Georges 360, 361, 366
- Bósforo 98, 185; *ver* Estrechos
- Bosnia-Herzegovina  
anexión austríaca de 158-166, 180
- Boulanger, George-Ernest-Jean-Marie 114
- Bowles, Chester 451, 452
- Bradlee, Ben 433
- Brandt, Willy 428, 429, 430
- Brest-Litovsk, Tratado de 206, 264, 299
- Briand, Aristide 285, 286, 287, 296, 297, 304
- Bright, John 16, 17, 18
- Brüning, Heinrich 294-298, 305, 516
- Bruselas, Tratado de 391
- Bucarest, Paz de 179
- Bulgaria  
antes de la Primera Guerra Mundial 107-  
109, 114-116, 159-161, 177-179, 187  
después de la Primera Guerra Mundial  
258  
después de la Segunda Guerra Mundial  
392
- Bülow, Bernhard Wilhelm von 297, 298, 299
- Bülow, Príncipe Bernhard von 132, 137, 140,  
144, 145, 146, 147, 153, 162, 164, 167, 168
- Bundy, McGeorge 408-409, 430,  
en la Crisis de los misiles en Cuba 448,  
452, 454-457, 460, 461, 467, 469, 475-  
477, 481, 485, 487-488, 530
- Burke, Arleigh 411
- Burlatsky, Fyodor 414, 422, 431, 441, 442, 463
- Burnett-Stuart, John 337
- Burns, John 200
- Buró de Información Comunista  
(Cominform) 390
- Cadogan, Sir Alexander 347, 354, 361, 366,  
429, 458
- Caillaux, Joseph 169
- Cambon, Paul 201
- CAME (COMECON: Consejo de Ayuda Mutua  
Económica) 392
- Canadá 94, 391
- Canal de Suez 96, 108  
en la crisis etíope 316, 319, 324
- Cannas, batalla de 213, 239
- Caprivi, Leo von 123-125, 127, 131-132
- Carlomagno (emperador) 88
- Carreras armamentistas 20  
naval británico-alemana 139-142, 153-158,  
168, 175-177, 180-181, 204, 206-207, 272
- corintia-corcira 80
- Pacto de Munich como final al británico-  
alemán 369  
en el origen de la Primera Guerra  
Mundial 300  
Estados Unidos-Unión Soviética 155
- Cartagena (Nuevo Cartago) 228, 237
- Cartago  
constitución de 225, 227  
historia de 225-228, 262  
primeros tratados entre Roma y 228, 511  
*Ver también* Primera Guerra Púnica;  
Segunda Guerra Púnica; Tercera  
Guerra Púnica
- Carter, Marshall S. 258
- Castro, Fidel 399-402, 404, 407-409, 441, 416,  
438-439  
en Crisis de los Misiles en Cuba 441, 444,  
453, 457, 464, 468-470, 486  
obsesión de Kennedy con 439
- Castro, Raúl 400, 444
- Catorce Puntos 254, 255, 264
- Catulo, G. Lutacio 231
- Cecil, Lord Robert 142, 304
- Celtas (Galos) 220, 238, 241, 245, 248, 251
- Cerdeña 106, 227, 228, 232-234, 242, 248,  
249, 250
- Chamberlain, Austen 254, 279-282, 286, 344,  
345-346
- Chamberlain, Joseph 142, 143, 279, 346
- Chamberlain, Neville 263, 278, 305, 315,  
318, 339-342, 344-351, 517, 520  
el enfoque de Baldwin comparado con el  
de 346  
crítica general de la política de 383-384  
y la unión alemana con Austria 354-356  
Polonia abiertamente garantizada por 448  
guerra detestada por 346-347, 519-520

- Ver también* Pacto de Munich
- Chatfield, Ernle 317, 322
- Chautemps, Camille 349, 350
- Chayes, Abram 412, 452, 486
- Checoslovaquia 256-257, 265, 268  
 fábricas de armamentos en 377  
 renuencia militar británica de apoyar 342  
 después del comunismo 24, 357  
 diversidad étnica de 356, 358, 366  
 alianza francesa con 281, 283, 329, 334-335, 347-350, 357-358, 361  
 ocupación alemana de 342-343, 377-379;  
 pronosticada por Churchill 373-374  
 deseo alemán de la división de 298  
 planes de Hitler para la destrucción de 350-352, 365, 367-369  
 mapa de la división de 355  
 Pacto de Munich y 356-380; garantía de integridad 366-367, 371, 372-373, 377-378; si Checoslovaquia hubiera podido combatir 376  
 después de la Segunda Guerra Mundial 389-391  
 alianza soviética con 358  
 alemanes de los Sudetes en 350, 356-365, 366-367, 369, 375
- China  
 antigua 19, 20  
 comunista 393, 394, 401; intervención Guerra de Corea 415; Unión Soviética y 397, 439  
 invasión japonesa de 309, 394  
 potencias occidentales en 97, 98, 143, 144-145
- Chipre 108
- Churchill, Winston  
 sobre el apaciguamiento 289, 293  
 antes de la Primera Guerra Mundial 71, 156, 171, 173, 175, 176, 183, 200  
 después de la Primera Guerra Mundial 280, 282, 313, 315; sobre la República de Weimar 261  
 antes de la Segunda Guerra Mundial 335, 336, 344-345; *Anschluss* denunciado 354-356; política de Chamberlain criticada 368, 376; Pacto de Munich denunciado 373-374, 378; advertencias en contra de los nazis 310  
 sobre la Segunda Guerra Mundial como "innecesaria" 380  
 después de la Segunda Guerra Mundial ; discurso sobre la Cortina de Hierro 388  
 en la conferencia de Yalta 390
- CIA (Agencia Central de Inteligencia)  
 Bahía de Cochinos y 404, 406-409  
 Crisis de los misiles en Cuba y 445-446, 473  
 estimado de los misiles soviéticos en 1962 por 436-437
- Cicerón 221, 222
- Cimón 38, 40, 57
- Cíteres 75, 76
- Clausewitz, Carl von 72
- Clay, Lucio 429, 430, 435
- Clemenceau, Georges 257, 275
- Coaliciones, secretos de liderazgo de 322-323
- Cobden, Richard 16, 17, 18
- Cohetes V-1 y V-2 343
- Colonia 279, 285
- Colonia panhelénica (Turii) 45, 46, 48
- Colonias  
 antes de la Primera Guerra Mundial 92, 94-96, 104, 113, 132, 145, 167-168  
 después de la Primera Guerra Mundial 268-269, 290  
 llamamiento de Kennedy para finalizar con las 406-407  
 panhelénicas 45-48
- Comando Aéreo Estratégico (SAC) 472
- Comercio internacional, guerra considerada obsoleta por 15-17
- Comercio libre, guerra considerada como obsoleta por 15-17
- Comisión Lytton 303
- Concierto de Europa 87, 88, 110, 148, 282, 492
- Conferencia Colonial (1902) 143
- Conferencia de desarme de Ginebra (1932-33) 298, 308, 318, 327, 395
- Conferencia de La Haya (1929) 155, 287, 297
- Conferencia de Lausana (1932) 298

- Conferencia de Londres (1924) 278, 283  
 Conferencia de Yalta 390  
 Conferencia Naval de Londres (1930) 302  
 Conferencia Naval de Washington (1921-22)  
     301  
 Conferencia Olmütz (1850) 172, 173, 493  
 Congo 131, 132, 145, 167, 169-170, 172, 206  
 Congreso de Berlín 108, 109, 113, 114, 117,  
     372  
 Congreso de Viena 16, 18, 43, 85, 108, 492  
 Conrad von Hötzenndorf, Conde Franz 162  
 Consejo de Ayuda Mutua Económica  
     (CAME) 392  
 Consejo de Inteligencia de Estados Unidos  
     450  
 Consejo de los Quinientos (Atenas) 37  
 Consejo de Seguridad Nacional, Comité  
     Ejecutivo de; *ver* ExCom  
 Constantinopla 106, 107, 115, 159, 177, 178,  
     185, 193, 259  
 Cónsules, romanos 217, 230, 245-247  
 Contención  
     de Alemania; por Francia después de la  
         Primera Guerra Mundial 273; por la  
         Triple Entente 165, 184-185, 189  
     de la Unión Soviética 389, 290, 392  
 Convención de Madrid (1880) 146  
 Coolidge, Calvin 271  
 Cooper, Sir Alfred Duff 340, 347, 365, 370,  
     373  
 Corcira (Corfú) 28, 48-56, 57, 59, 61, 65, 66,  
     80, 81, 82, 83, 195, 395, 411  
 Cordier, Andrew 485  
 Corea del Norte  
     capacidad nuclear de 24-25  
     en la Guerra de Corea 394  
 Corfú. *Ver* Corcira  
 Corinto 32, 40, 42, 46-55, 57-59, 63, 70, 71,  
     79-83, 166  
 Corredor polaco 257-258, 281, 282, 286  
 Cortes internacionales 258, 297  
 "Cortina de Hierro"  
     uso del término por Churchill 388  
     uso del término por Stresemann 286  
 Coulondre, Robert 520  
 Couve de Murville, Maurice 430  
 Creditanstalt, banco 297  
 Cripps, Sir Stafford 320  
 Crisis de los misiles en Cuba (1962) 23, 385-  
     490, 526  
     bloqueo en 385, 446, 450, 451, 452, 457-  
         474  
     causas de 488-489  
     reforzamiento armamentista cubano  
         anterior 444-447  
     ExCom durante 452-464, 467-469, 474-481  
     Kennedy en 385, 441, 445-490  
     KGB en 470-472  
     Jruschov en 437-438, 439-445, 447-489  
     fotografías de los sitios de los misiles  
         realizadas por los U-2 452-454  
 Crisis de Suez (1956) 397, 410  
 Crisis oriental (1875-78) 106  
 Crowe, Eyre 155, 169, 197, 204, 205  
 Cuba  
     Bahía de Cochinos, invasión de 404-416,  
         419, 422, 430, 457, 524  
     gobierno de Castro en 399-402  
     historia de 400  
     mapa de 403  
     armamento soviético de 1962 444-446,  
         449-452  
 Culpabilidad de la guerra, en el Tratado de  
     Versalles 260, 262, 268, 271  
 Cumbre de Viena (1962) 412-422, 442, 525  
 Cunningham, Lord 322-324  
 Curzon, Lord 280  
 Daladier, Édouard 349, 360, 363, 366, 367,  
     369, 371  
 Dalmacia 101, 180  
 Dalton, Hugh 328  
 Danzig 298, 349  
 Dardanelos, Estrecho de los 372, 389; *ver*  
     Estrechos  
 Darwinismo social 135, 306  
 Dawson, Geoffrey 328  
 De Gaulle, Charles 430  
 DEFCON 465  
 Delbos, Yvon 349, 350, 352  
 Delbrück, Hans 135  
 Delcassé, Théophile 145, 146, 147, 148

- Delfos 46, 51
- Demetrio de Faros 245
- Democracia  
 ateniense 27, 28, 34-39  
 retroceso de la Primera Guerra Mundial  
 del camino hacia 86  
 el honor no se puede ignorar por 374-375  
*Realpolitik* no compatible con 321  
 la guerra como algo obsoleto por el  
 avance de 15-16, 18  
 preparación para la guerra y 497-498
- Demócrito 27
- Desarme  
 en la carrera naval británica, propuesta  
 155  
 sentimientos británicos en la década de  
 1930 por 310-311  
 después de la Primera Guerra Mundial 278,  
 298-299, 301-302, 371, 375, 381; de  
 Alemania 258, 268, 273, 283, 285, 287, 297  
 proposiciones de Hitler de 306-307  
 adopción del Partido Liberal de 301, 313  
 debate de la Unión Oxford y 311, 313  
 como remedio para la guerra 301  
 después de la Segunda Guerra Mundial  
 391-392
- Destrucción Mutuamente Asegurada (DMA,  
 MAD) 292, 455
- Deudas de guerra (desde la Primera Guerra  
 Mundial) 270, 277
- Diálogo de Melos 21, 120
- Dillon, Douglas 452-454, 461, 462, 467, 468,  
 478
- Dinamarca 206, 298, 391  
 toma británica de la flota de 142  
 derrota de Prusia de 87-88, 266
- Dio Cassius 511
- Diodoro 45, 78
- Disraeli, Benjamin 108, 109, 372
- Disuasión 206, 298, 391  
 del bombardeo aéreo 292  
 en la política ateniense 57-58, 64-65, 73-  
 74, 75-77, 80-83, 195  
 por Bismarck 114-115  
 de los cartaginenses, fracaso romano en  
 250-252  
 antes de la Primera Guerra Mundial;  
 fracaso británico en 211; por la armada  
 alemana 139-141, 456; política de Grey  
 153, 208  
 después de la Primera Guerra Mundial,  
 fracaso de 253, 283, 289, 314  
 mínima 57, 455, 472  
 de la Alemania nazi 309-311, 332-333,  
 334-335, 343-344, 379  
 nuclear 398-399, 430, 454-455, 457,  
 478
- Dobrudja 107, 179
- Dobrynin, Anatoly F. 440, 447, 449, 451,  
 452, 474, 482, 483, 485, 487, 530
- Doctrina Monroe 401, 406, 446
- Dogger Bank 152
- Douhet, Giulio 343
- Dreadnought* H.M.S. 154-155, 175
- Dulles, Allen 406, 407
- Dulles, John Foster 437
- Durant, Will y Ariel 18
- Durrës. *Ver* Epidamno
- East Fulham, elección (1934) 311, 312
- Economic Consequences of the Peace, The*  
 (Keynes) 262
- Eden, Anthony 316-318, 320, 324, 327, 328,  
 341, 346, 347, 352, 354, 368  
 renuncia a la Oficina de Asuntos  
 Exteriores (1938) 346, 352
- Eduardo VII (Rey de Inglaterra) 92, 142, 145
- Éforos 33, 34, 60, 61, 62, 66, 68, 81
- Egina 71, 501
- Egipto  
 antiguo 18, 20  
 moderno 112
- Eisenhower, Dwight D. 397, 398, 401, 414,  
 416  
 Bahía de Cochinos y 404-405, 410  
 crítica de Kennedy de 405-407
- Eje Roma-Berlín 331, 334
- Ejércitos  
 ateniense 38, 211  
 austro-húngaro 163-164, 193  
 belga, antes de la Segunda Guerra  
 Mundial 329



- británico; reclutamiento 209-211, 337, 379;  
antes de la Primera Guerra Mundial 95-  
96, 148-150, 172-174; en la Primera  
Guerra Mundial 202, 208-209; después  
de la Primera Guerra Mundial 282-283,  
289-290, 312-314, 325, 349; antes de la  
Segunda Guerra Mundial 335-343, 362,  
365
- cartaginés 225-227, 249
- checoslovaco 376-377
- francés; antes de la Primera Guerra  
Mundial 183; después de la Primera  
Guerra Mundial 272, 282, 314; antes de  
la Segunda Guerra Mundial 329, 330,  
332, 350, 363, 377
- alemán; antes de la Primera Guerra  
Mundial 114, 130, 175, 182, 184, 195, 198-  
199; después de la Primera Guerra  
Mundial 258, 273, 285, 288, 294-295,  
297, 314; antes de la Segunda Guerra  
Mundial 329, 334, 359-360, 361-363,  
376-377
- romano 219-220, 222
- ruso 166, 194, 199
- soviético 424
- espartano 31, 70-72
- turco 193
- Elefantes, guerra 213, 229, 239
- Elis 32, 58
- Embargos  
ateniense, en contra de Megara 59-61  
de Cuba por EE.UU. 400-401  
petróleo, propuesto en contra de Italia  
319-321, 322-324, 333-334  
*Ver también* Bloqueo
- Encuesta Gallup en Gran Bretaña 378
- Engaño estratégico 397, 401, 411
- Engels, Friedrich 396
- Enghien, Duc d' 233
- Entente Cordiale (1904) 145, 147, 148, 174-  
175, 176-177, 210-211
- Epidamno (Durazzo; Dürres) 29, 48-52, 54,  
62, 79, 87, 178
- Equilibrio de poder  
ateniense-espartano 43, 45  
Crisis de los misiles en Cuba y 455
- antes de la Primera Guerra Mundial 87,  
89, 94-96; sistema de Bismarck 109-121,  
128, 503; apoyo británico a Francia 149,  
151, 176, 184
- fórmula de tres-en-cinco 105, 112, 153
- después de la Primera Guerra Mundial  
265-266
- Alemania nazi y 342, 345, 347, 365
- después de la Segunda Guerra Mundial  
394, 419-421, 442
- la oposición de Wilson al concepto de 270
- Erizo y zorro 22-23
- Erzberger, Mathias 206
- Escutari 178-179
- Eslovaquia 361
- España  
Cartago en 227, 235-251  
en Marruecos 148
- Esparta  
aliados invitados a la asamblea de 62-65  
Atenas comparada con 62-63  
constitución de 33-34  
en la Guerra del Peloponeso 27-28, 29, 40-  
42; estallido 61-83, 501-502  
organización social de 31  
en la Paz de los Treinta Años 42-48, 50-61
- Esquilo 27
- Estados Unidos  
antes de la Primera Guerra Mundial;  
Gran Bretaña y 95, 143-144; posición  
económica 95  
en la Primera Guerra Mundial 253-254  
después de la Primera Guerra Mundial;  
Gran Depresión 293-294; aislamiento  
268, 270-271; Tratado de Versalles  
rechazado 261, 268-269, 270, 380;  
Conferencia Naval de Washington 301  
antes de la Segunda Guerra Mundial 288,  
341  
después de la Segunda Guerra Mundial;  
carrera armamentista 396-398; Guerra  
Fría 385-395; desarme 393; política  
exterior 387; respuesta masiva 397  
programa espacial de 413  
*Ver también* Armadas-EE.UU.
- Estenelaidas 65

- Estonia 258
- Estrategia  
 revolución de la década de 1950 en 396-397, 526  
 en la Guerra del Peloponeso 72-76, 83  
 griega tradicional 72, 73  
*Estrategia militar* (Sokolovsky, ed.) 523
- Estrechos, los (Dardanelos y Bósforo) 98, 108, 372, 389  
 después de la Segunda Guerra Mundial 389
- Etiopía, guerra italiana con (1935-36) 314, 316-324, 334, 352
- Etruscos 214, 215, 220, 228
- Eupen 281
- Eurípides 27
- Europa  
 decadencia del poder de 86, 269  
 dominio de un único-Estado de 87  
 mapa de (1914) 84  
 Plan Marshall para 390  
 propuesta de Briand de una federación de 296, 297
- ExCom 452-456, 458, 459-462, 464, 467, 474, 475, 478, 480-482, 485, 487
- Expedición siciliana (415-13 a. J.) 120
- Fabio Pictor 223
- Fabricantes de armamentos 204, 300
- Falkenhayn, Erich von 188, 190
- Fanfani, Amintore 427
- Fashoda 145
- Fay, Sydney 413
- Federico el Grande (Rey de Prusia) 147
- Federico III (Emperador alemán) 121
- Felipe de Hesse, Príncipe 353
- Fenicios 227
- Ferdinando I (Rey de Bulgaria) 114
- Ferrill, Arther 499
- Fetiales* 221
- Fez 146, 167
- Fides* 216, 221-223, 229-240, 242-245, 328
- Fidias 78
- Filino 511
- Finlandia 98, 206, 258, 264, 390
- Finletter, Thomas 475, 476
- Fischer, Fritz 203, 205
- Fisher, H. A. L. 262
- Fisher, Sir John 142, 154, 155
- Fisher, Sir Warren 319, 321
- Flandin, Gaston 327
- Foch, Ferdinand 174, 254
- Fomin, Aleksander 470, 471
- Francia  
 como el enemigo tradicional de Inglaterra 145  
 colonias de 91-92, 96, 104, 111-112, 143, 145-146, 404-405  
 constitución de 90-92  
 antes de la Primera Guerra Mundial;  
 alianza con Rusia 127-132, 151-152;  
 posición económica 90; Entente Cordiale con Gran Bretaña 145, 147, 173, 176-177, 211; aislamiento 113; en las crisis marroquíes 146-151, 167-174, 204; posible alianza con Rusia 104, 110-112, 124-125  
 en la Primera Guerra Mundial; objetivos de guerra alemanes 205-206; estallido 194, 196-197, 200  
 después de la Primera Guerra Mundial;  
 sistema de alianza 281, 283-284, 286, 296, 327, 331, 334-335; garantía británica de las fronteras 281-284, 313, 341; mentalidad defensiva 283, 288, 325-326, 329, 382-383; posición económica 275; desprotegidos por el Tratado de Versalles 269-274, 318; en los acuerdos de Locarno (1925) 278-282; mandatos de 259-260; Ruhr ocupado 274-278, 281, 283, 513  
 como gran potencia 87, 266  
 antes de la Segunda Guerra Mundial;  
 crisis etíope 314, 316-320; Línea Maginot 325, 331, 341, 382; Pacto de Munich 349-350, 360-361, 362-377; remilitarización de la Renania 324-333; pacto soviético y conversaciones 306-308, 326, 335; Guerra Civil Española 334  
 después de la Segunda Guerra Mundial 388, 395

- Ver también* Fuerzas Aéreas; Ejércitos; Armadas
- Francisco Fernando (Archiduque de Austria-Hungría) 87, 178, 186
- Sarajevo, asesinato de 29, 87, 165, 186, 188-190
- Franco, Francisco 334
- François-Poncet, André 309
- Frankfurt, tratado de (1871) 109
- Frente Stresa 325
- Fritsch, Barón Werner von 350, 352
- Fuerza aérea
- británica; después de la Primera Guerra Mundial 303, 304, 312-313; antes de la Segunda Guerra Mundial 337-339, 344-345, 375-376; en la Segunda Guerra Mundial 343;
- alemana 314, 329, 342-343
- cubana 411
- estadounidense 454-473
- italiana 222-223
- Fuerza Aérea Real (FAR). *Ver* Fuerza Aérea-británica
- Fulbright, J. William 426, 427, 443, 464
- Fulton (Missouri) 388
- Galos. *Ver* Celtas
- Gamelin, Maurice 325, 327, 329, 363, 376
- Generación perdida 291
- Gerusia 33, 39
- Gilpatric, Roswell 437, 438, 439, 480, 488
- Gladstone, William 127
- Gobierno de los Diez Años 284, 301, 302, 305
- Gorbachov, Mijail 454
- Gorchakov, Alexander 108
- Göring, Hermann 350, 352, 370
- Gramov, General 445
- Gran Bretaña
- constitución de 92-94
- antes de la Primera Guerra Mundial; sentimiento anti-alemán 133, 141; actitud de Bismarck 123; posición económica 93-96, 143; Entente Cordiale con Francia 146, 147, 148, 174, 176-177, 210; tratado japonés 144;
- acuerdo mediterráneo 114-116; en la crisis marroquíes 149, 151, 170-174; posible alianza de Alemania y 125, 127-128, 130-136, 144; en la Triple Entente 151-153, 174, 176-177
- en la Primera Guerra Mundial 291, 335-337, 380; si Alemania hubiera ganado 206-207; estallido 189-190, 193-194, 196-198, 202-204, 207-208
- después de la Primera Guerra Mundial 269, 272-274; dificultades económicas 288-289; desarme industrial 339; en los acuerdos de Locarno (1925) 268-286; mandatos 259, 261, 289-290; pacifismo 299-301; como el gendarme del mundo 290; Tratado de Versalles, subvertido por 271-274, 277-278, 279, 288-289, 299, 318
- como una gran potencia 87
- antes de la Segunda Guerra Mundial; sentimiento antifrancés 336-338; plan de alianza de Hitler 307; Pacto de Munich 358-384; Contribución a la Defensa Nacional 346; rearme 335-348, 362, 366, 376, 379, 383-384; Renania y remilitarización 326-328
- en la Segunda Guerra Mundial, Batalla de Gran Bretaña 344, 376
- después de la Segunda Guerra Mundial 391
- Ver también* Fuerzas Aéreas; Ejércitos; Armadas
- Gran Depresión, en Alemania 288, 357, 383
- Gran Guerra. *Ver* Primera Guerra Mundial
- Gran ilusión*, La (Angell) 204
- Graves, Robert 300
- Grecia
- antigua 19-21, 24, 495-496; mapa de 26; *Ver también* Atenas; Esparta
- moderna; en las Guerras Balcánicas 177, 178-180; garantía británica de 1939 378-379; independencia de 87; en la OTAN 391-392; Doctrina de Truman 389
- Greenwood, Arthur 328
- Grey, Sir Edward 93, 148
- "mano libre", insistencia por 150, 210

- sobre Alemania como enemigo 149, 156  
 en las crisis marroquíes 161-162, 169-176  
 en el estallido de la Primera Guerra Mundial 192, 195-198, 200-202, 207-209, 371
- Groener, Wilhelm 294
- Gromyko, Anatoly 434-435, 442, 451, 463, 471, 483
- Gromyko, Andrei 398, 442
- Guatemala 404, 407, 408
- Guerra  
 en el mundo antiguo 18-19  
 capitalismo como causa de 300-301  
 repudio de Chamberlain de 344-345, 519  
 aceptación del mundo clásico de 495-497  
 como continuación de la política 71-72  
 bienestar económico evitando 289-290  
 fin de, predicciones de 15-16  
 políticas internas como causa de 77-78, 505  
 razones irracionales para 291-292  
 miedos de Kennedy de cálculos erróneos 414-417, 430, 489-490  
 de liberación nacional 399  
 como plan para una superioridad racial preventiva 305-306, 417, 421-422; por Austria-Hungría en contra de Serbia, propuesta 163-164, 166, 182; Bismarck sobre 185; Primera Guerra Mundial como 185-187; amenaza de Alemania en 1875 de 105-106; por Alemania en Marruecos, propuesta 146; Guerra del Peloponeso como 65-66; miedo de Tirpitz de 141  
 doctrina soviética sobre tipos de 399  
 comenzada por error 300-301  
 pronósticos de 18, 495  
 estudio de las causas de 19-25, 491; tres elementos en orígenes de 22, 194, 494; en la Guerra del Peloponeso 67-68  
 innecesario, eliminación de 491  
*Ver también guerras específicas*
- Guerra Bóer (1899-1901) 143, 148, 209
- Guerra Chino-Japonesa (1894-95) 132
- Guerra Civil española (1936-39) 334, 352
- Guerra de Aníbal. *Ver* Segunda Guerra Púnica
- Guerra de Corea (1950-53) 429, 522
- Guerra de Crimea 18, 87, 97, 107, 108, 109, 110
- Guerra de las Galaxias 344
- Guerra de los Siete Años (1756-63) 147
- Guerra de los Treinta Años (1618-48) 43
- Guerra de Vietnam (1964-75) 338, 399, 411
- Guerra del Golfo (1991) 497
- Guerra del Peloponeso (431-04 a. J.) 23, 27-80  
 estrategia ateniense en 72-76  
 Guerra Fría comparada con 36-37, 391-392  
 "Primera" 42, 79, 82  
 orígenes y causas de 19, 39-42, 77-83, 495, 502-503  
 poder como asunto en 22-23, 67-68  
 Paz de los Treinta Años en 42-61  
*Ver también* Pericles
- Guerra en dos frentes 128, 130, 195, 253, 281, 325
- Guerra Franco-Prusiana (1871) 95, 104, 109, 130, 209, 234
- Guerra Fría 385-395  
 conflicto ateniense-espartano 38, 392-393  
 comparado con 38, 392  
 acusación por 386-387  
 victoria de EE UU de 497, 492, 496, 497
- Guerra Ruso-Japonesa (1904-5) 96, 145, 152, 154, 158, 159
- Guerra Ruso-Turca (1877-78) 16, 106
- Guerras balcánicas (1912, 1913) 177-182, 193
- Guerras napoleónicas (1796-1815) 43, 85, 142
- Guevara, Che 400
- Guillermo I (Emperador alemán) 105, 110, 117, 126
- Guillermo II (Emperador alemán) 103, 113, 118, 142, 165  
 al final de la Primera Guerra Mundial 254-256  
 política exterior de 123-128, 132, 134, 163, 176, 210, 414  
 ataques de la prensa alemana sobre 173  
 ideas y personalidad de 121-122  
 en la crisis de Marruecos 146

- política naval de 136-141, 155, 156, 175-176, 205-206, 490
- y estallido de la Primera Guerra Mundial 184, 186-189, 192-193, 198-199, 509
- ahorcamiento propuesto de 272
- Tratado de Björkö firmado por 152
- guerra propuesta por (1912) 184-185
- Weltpolitik* de 118, 134, 140-141, 153, 168, 180, 184
- Haig, Douglas 254, 337
- Haile Selassie (Emperador de Etiopía) 320
- Haldane, Lord 174-176, 183, 201, 207
- Halifax, Lord 328, 347-349, 352, 359, 361, 362, 365, 366, 368, 369, 370
- Harding, Warren G. 271
- Hare, Raymond 475, 476, 481
- Hatzfeld, Paul 131, 132
- Heeren, Alfred Ludwig 88
- Heligoland 127, 140
- Hemeroscopión 236, 237
- Henderson, Arthur 302, 303
- Henderson, Neville 347, 354
- Henlein, Konrad 357, 358, 360-363
- Heráclito 19
- Herodoto 19, 77
- Herriot, Edouard 278, 349
- Hiero II (Tirano de Siracusa) 229, 232
- Higgins, Marguerite 429
- Hilsman, Roger 471
- Himnos rigvédicos 19
- Hindenburg, Paul von 283, 294, 297, 305
- Historia, narrativa comparativa 24
- Hitler, Adolf 253, 288, 291, 295, 511
- declaración de Chamberlain 372
- punto de vista de Chamberlain de 346
- visitas de Chamberlain a 364-365, 366-367
- sobre la crisis etíope 323
- Mein Kampf* 306-307, 310, 311, 333, 351
- complot del ejército de 1938 para derrocar 361-362
- apoyo popular de 330-331
- teorías raciales de 305-307
- Renania remilitarizada por 324-333, 519
- “sorpresas de los sábados” de 326
- Second Book (Secret Book)* 305-307
- Ver también* Alemania-Nazi; Partido nazi
- Hoare, Samuel 317, 318, 319, 320, 366, 368
- Hoare-acuerdo Laval (1935) 318
- Hohenlohe-Schillingsfürst príncipe Chlodwig zu 132
- Holanda. *Ver* Países Bajos
- Hollman, Friedrich von 137
- Holstein, Friedrich von 116, 117, 123, 125, 127, 131, 132, 133, 142, 146-147, 153
- Homero 18, 77
- Hong Kong 96, 301, 304
- Honor
- no puede ser ignorado por las democracias 374-375
- ideología como nuevo sinónimo para 321
- como motivo para el imperio 50
- como motivo para la guerra 22, 54, 494-495; guerra corintia-corcira 80; Primera Guerra Mundial 201-202; en la Guerra del Peloponeso 67, 82; guerras romanas 224-225
- Pacto de Munich y 365-366, 367, 372-373, 377
- Hore-Belisha, Leslie 340
- Hossbach Friedrich 350, 520
- Howard Michael 341
- Hoyos, Conde Alexander 187, 188
- Hugenberg, Alfred 287
- Hungría
- después del comunismo 24
- comunista 389-392; revolución de 1956 397
- después de la Primera Guerra Mundial 260
- como parte de Austria-Hungría 101, 105, 115
- Islotas 31-34, 39-40, 69, 75, 260
- Imperialismo
- antiguo 20
- “Nuevo” 96
- “social” 139
- Imperio Habsburgo, nacionalidades dentro, mapa de 99
- Imperio Otomano

- conflicto austríaco con 101, 107  
 en las guerras balcánicas 177-180  
 en la crisis bosnia (1908) 162, 163, 165  
 fin de 258  
 guerra italiana con 177  
 como miembro posible del sistema de Bismarck 114  
 conflicto ruso con 16-17, 97, 106-107, 112-113  
 Jóvenes Turcos en 159, 161, 162
- Indemnizaciones**  
 después de la Primera Guerra Mundial  
 202-203, 259, 261-263, 268, 269, 272-277,  
 285-288, 296, 298, 514  
 después de la Segunda Guerra Mundial  
 386
- India**  
 antigua 19-20  
 Británica 94-96, 108, 133, 149, 151, 152  
 República de 416
- Indochina** 92
- Inskip Sir Thomas** 336, 340, 519
- Interés.** *Ver* Auto-interés
- Irán (Persia)** 416
- Irlanda** 92, 290
- Islam en Rusia** 98
- Islandia** 391
- Islas Dodecaneso** 177
- Islas Malvinas** 96
- Istria** 101
- Italia**  
 sur antiguo, mapa de 44  
 colonias de 112, 115-116, 177  
 constitución de 102  
 antes de la Primera Guerra Mundial;  
 Triple Alianza 112-113, 127, 148;  
 unificación de 87-102  
 en la Primera Guerra Mundial 103  
 Primera Guerra Mundial ganancias de  
 258  
 objetivos de guerra de Alemania en 206  
 como una gran potencia 102-103, 266  
 en los acuerdos de Locarno (1925) 279,  
 281  
 dictadura de Mussolini en 308; alianza  
 con Alemania 321, 331, 333, 335; Pacto  
 Anti-Comintern 334; invasión etíope  
 314, 316, 325, 334, 352; Pacto de  
 Munich 371-374  
 después de la Segunda Guerra Mundial;  
 comunismo en 388; en OTAN 391-392;  
 misiles de EE.UU. en 458, 463, 469, 475,  
 477, 483, 488  
*Ver* también Fuerzas Aéreas; Ejércitos;  
 Armadas
- Izvolzky, Alexander** 158-161, 164-166
- Jagow, Gottlieb von** 192, 197, 198
- Jameson, Leander Starr** 132, 133, 137, 142
- Japón** 494  
 antes de la Primera Guerra Mundial;  
 tratado con Gran Bretaña 143-145; *Ver*  
 también Guerra Ruso-Japonesa  
 después de la Primera Guerra Mundial;  
 supremacía naval local 301-302;  
 mandatos 257-258
- Pearl Harbor ataque de, la Crisis Cubana**  
 de los misiles 460, 462  
 antes de la Segunda Guerra Mundial;  
 Pacto Anti-Comintern 334; invasión de  
 Manchuria 303-304, 394, 513; guerra en  
 China 365  
 después de la Segunda Guerra Mundial  
 486  
*Ver* también Armadas
- Jenofonte** 31
- Joad, C. E. M.** 311
- Jodl, Alfred** 330
- Johnson, Lyndon** 430, 480
- Jones, Thomas** 328
- Jorge V (Rey de Inglaterra)** 92, 317
- Jruschov, Nikita**  
 como "aventurero" 431  
 Bahía de Cochinos y 410-413, 421-422, 442  
 en la crisis de Berlín (1958-59) 398-399  
 muro de Berlín y 423-431  
 en la Crisis Cubana de los misiles 385  
 apoyo de Cuba prometido por 401-404  
 su opinión de Kennedy 413, 422-423, 434,  
 441-444, 449, 486-489, 526  
 nueva estrategia militar de 396-397, 526  
 en el Veinte Congreso 395, 416  
 en la cumbre de Viena 412-422

- Kaiser. *Ver* Guillermo II
- Kant, Immanuel 16, 18
- Keating, Kenneth 446, 447, 452
- Kennedy, John F.  
Bahía de Cochinos y 404, 408-412, 416  
457, 524  
muro de Berlín y 423-431, 442, 443-444  
en la Crisis Cubana de los Misiles 385,  
441, 445-490; grabación de las  
reuniones del ExCom 452  
dirección inaugural de 407  
opinión de Jruschov de 413, 422-423, 434,  
441-443, 449, 486-489, 526  
mandato político limitado de 404-406  
en la cumbre de Viena 412-422, 443, 525
- Kennedy, Joseph P. 405, 409
- Kennedy, Paul M. 439, 503
- Kennedy, Robert 435  
en la Crisis de los misiles de Cuba 460-  
463, 466, 467, 469, 474-479, 481-485,  
487, 488
- Keynes, John Maynard 262, 263, 513
- Kiderlen-Wächter, Alfred von 167
- Kissinger, Henry 492
- Kitchener, Horatio 145
- Knorr, Ernst 134
- Kohler, Foy 429, 432, 465
- Konev, Ivan S. 427-428
- Kozlov, Frol 442
- Krivoshein, A. V. 194
- Kronstadt 128
- Kruger, Paul 132, 142
- Krupp, Alfred 188-189
- Lacedemonia 57
- Lansbury, George 311, 320
- Lansdowne, Lord 148
- Laos 413, 416-419, 421, 430
- Lascelles, Sir Frank 144
- Laval, Pierre 310, 314, 316, 318, 319, 320
- Law, Andrew Bonar 201, 290
- Le May, Curtis 488
- Le Queux, William 153
- Lebensraum* 306, 325, 348
- Leonhard, Wolfgang 428
- Lesbos 36, 47
- Letonia 258
- Leucimnos, batalla naval de 52, 57, 60
- Ley de Libertad (Alemania) 287
- Libia 115, 145, 177, 227, 228
- Lichnowsky, Príncipe Karl 183, 184, 196-198
- Liddell Hart, Basil 337
- Liga Balcánica 177-179
- Liga Colonial (Alemania) 133
- Liga de Delos 36, 39, 46, 392
- Liga de los Tres Emperadores 105, 106, 110,  
111, 114
- Liga del Peloponeso (alianza espartana) 32,  
33, 36, 42, 47, 50-51, 53-54, 63-65, 67, 73,  
reglas constitucionales de 500
- Liga Latina 219
- Liga Naval (Alemania) 138
- Liga Panalemana 134, 287
- Lilibeo 231
- Liman von Sanders, Otto 193
- Línea Maginot 325, 331, 341, 382
- Línea Oder-Neisse 432
- Lippmann, Walter 473, 474
- Lituania 258
- Livy 213
- Lloyd George, David 156, 171, 254, 257, 258,  
269, 272, 273, 300, 321, 507
- Loreburn, Lord 169
- Lothian, Lord 328
- Lovett, Robert 452
- Ludendorff, Erich von 254, 255, 264, 283
- Luftwaffe. *Ver* Fuerza aérea-alemana
- Lutacio 231, 234, 250
- Luxemburgo 201, 206, 391
- Lyncker, Moritz von 188
- MacDonald, Ramsay 278, 279, 290, 302, 313,  
314, 514-515
- Macedonia 59, 62, 159, 179, 224, 245
- Macmillan, Harold 433
- Madagascar 92
- Mahan, Alfred T. 136, 210, 211
- Malinovsky, Rodian 396, 398, 437, 442, 445,  
479, 526
- Malmédy 281, 298
- Mamertinos 228-231
- Manchuria 98, 303, 304, 322, 394

- Mano Negra 180, 186  
 Mansfield, Mike 424, 426, 427  
 Mantinea 32  
 Mao Tse-tung 393  
 Mar Negro 115, 440  
     acceso ruso a 96, 98, 108, 115, 159-160  
     ruta ateniense del grano hacia 47  
     no-acceso ruso a 109-111  
 Marchand, Jean-Baptiste 145  
 Marruecos 132  
     crisis de 1905 sobre 145-149, 151, 204  
     crisis de 1911 sobre 167-175, 204  
 Marschall von Bieberstein, Adolf Freiherr  
     132, 133  
 Marsella (Massilia) 236  
 Marshall, George C. 390  
 Martin, Kingsley 319  
 Masaryk, Thomas 390  
 McCloy, John 425, 452  
 McCone, John 445, 446, 451, 452, 461, 468,  
     469, 480  
 McKenna, Reginald 156  
 McNamara, Robert S. 404, 406-413, 416, 417,  
     436-437  
     en la crisis de los misiles de Cuba  
     445, 452-459, 461, 462, 464, 468, 470, 477-  
     481, 483-485, 528  
 Mediación propuesta antes del estallido de  
 la Primera Guerra Mundial 197, 198  
 Megara 32, 40, 42, 43, 45, 51, 58, 60, 61, 65,  
     70, 166  
     Decreto Megariense 69, 70, 71, 76, 77, 81,  
     82, 83, 501  
*Mein Kampf* (Hitler) 306, 307, 310, 311, 333,  
     351  
 Melchior, Carl 512  
 Mesena 75  
 Mesopotamia, antigua 18, 20  
 Messina (Messana) 228  
 Miedo  
     como motivo de Bismarck 117-118  
     del bolchevismo, y el surgimiento de  
     Hitler 308  
     de Alemania después de la Primera  
     Guerra Mundial 272, 279-280, 292, 328,  
     344, 368  
     como motivo para la guerra 22-23, 494;  
     de Gran Bretaña por la Armada  
     alemana 138, 156, 204; Primera Guerra  
     Mundial 196, 206-207; de Alemania por  
     el ejército ruso 167; en la Guerra del  
     Peloponeso 66-67, 77-78, 80-83  
     de los armamentos nucleares de  
     Alemania Occidental 398  
 Mikoyan, Anastas 400, 440, 441  
 Mikoyan, Sergo 431, 442, 444, 465  
 Mileto 46  
 Mill, John Stuart 16, 17, 18, 209  
 Mitilene 47  
*Mittleuropa* 291  
 Molotov, Vyacheslav 388  
 Moltke, Helmut von 116, 128, 130  
 Moltke, Helmut von (el más joven) 162, 163,  
     183, 184, 185, 190, 199  
 Monarquía  
     posición absolutista de Guillermo II 121  
     deseo de Brüning de restaurar 295  
     Primera Guerra Mundial, destrucción de  
     86-87, 255  
     guerra y 15, 20  
 Monarquía Dual 188  
 Montenegro 101, 106, 107, 109, 158, 159, 160,  
     161, 162, 164, 177-180, 193  
 Montesquieu, Barón de 16  
 Moratoria de Hoover 298  
 Morley, Lord 169, 175  
 Morris, Stuart 319  
 Müller, Georg von 134, 184  
 Müller, Hermann 294  
 Multipolaridad, y estallido de la guerra 79  
 Murray, Gilbert 304  
 Murray, Williamson 522  
 Mussolini, Benito 308, 311, 314-321, 323, 324,  
     331, 333, 334, 346, 352, 353, 354, 370, 371  
     punto de vista de Chamberlain 345  
 Nacionalismo 87, 98, 106, 265, 266, 267, 268,  
     290, 493  
 Naciones Unidas  
     en la Crisis de los misiles en Cuba 468,  
     485  
     establecimiento de 386, 387-389



- Napoleón I (Emperador de los franceses)  
86, 87, 360
- Narodna Odbrana* 163, 164, 186
- Naturaleza humana  
creencia en la maleabilidad de 17-18  
naturaleza no cambiante de 381  
guerra como efecto natural de 20
- Naupacta 40
- Neorrealistas 20, 21
- Neurath, Konstantin von 298, 350, 352
- Nicaragua 409, 488
- Nicolás I (Zar) 493
- Nicolás II (Zar) 97, 159  
en estallido de la Primera Guerra Mundial 189, 194-195  
Tratado de Björkö firmado por 152
- Nicolson, Harold 328
- Nicolson, Sir Arthur 167, 169, 170, 176, 201
- Nikita (Rey de Montenegro) 179
- Nitze, Paul H. 393, 453, 454, 459, 468, 475
- Nixon, Richard M. 405, 413, 446
- No agresión. *Ver* Agresión
- Noruega 206, 391
- Novibazar, distrito de 109, 159
- NSC-68 393, 394
- Nueva Zelanda 94, 259
- Nuevas Hébridas 146
- O'Donnell, Kenneth 413
- Objetivos de guerra, como variedades de poder 21-22
- OEA (Organización de Estados Americanos) 446, 471
- Olimpia 27, 46
- Organización del Tratado del Atlántico del Norte. *Ver* OTAN
- Orlando, Vittorio Emanuele 257
- OTAN (Organización del Tratado Norte Atlántico) 24, 407, 423, 500  
Crisis de los misiles en Cuba y 473, 475, 480-482, 486  
formación de 391-392  
misiles de alcance medio en 379-378
- Pacto Anti-Comintern (1936-1937) 334
- Pacto de Munich (1938) 342, 346, 356-380
- movilización de Checoslovaquia antes 362, 366
- movilización británica y francesa antes 369
- planes del ejército alemán para golpe antes 362
- como dando a Gran Bretaña tiempo para prepararse 375-377
- moción en el parlamento en contra 373-374
- posible ultimátum británico antes de 361-362
- Pacto de Renania (1925) 280-282
- Pacto de Varsovia (1955) 392, 426, 500
- Pacto Kellog-Briand (1928) 304
- Paine, Thomas 15, 16, 18
- Países Bajos  
Primera Guerra Mundial y, objetivos de guerra alemanes 206  
después de la Segunda Guerra Mundial 391
- Palacky, Frantisek 101, 102
- Paléologue, Maurice 196
- Palestina 259
- Palmerston, Lord 145, 360
- Paneslavismo 106, 107, 121, 160, 187
- Panther* (barco de guerra alemán) 169, 171
- Papen, Franz von 305
- París, Paz de 108, 109, 257
- Partido nazi  
prohibición de las SA de 297-298  
como gobierno alemán 305-310  
inflación alemana y crecimiento de 276  
Gran Depresión y 287-288  
crecimiento de poder de 294-296  
Stresemann, oposición por 283-287
- Pashitch, Nicola 180
- Paulo, Lucio Emilio 224
- Paz  
problemas de la preservación de 492-498  
rareza estadística de 18, 495
- Paz de los Treinta Años 42, 43, 46, 53, 54, 59, 63, 79, 80
- Peloponeso, mapa de 30
- Penkovsky, Oleg 436

- Pequeña Entente (sistema de alianza francesa) 282-283, 287, 296, 325-326, 329, 331, 334-335
- Pericles 38, 39, 42, 45, 46, 47, 56, 58, 60, 61, 64, 65, 68-78, 82, 83, 104, 109, 118-120, 139, 150, 211, 234, 247  
muerte de 75  
ataques guerrilleros a 77-78  
en la Guerra del Peloponeso; su estrategia 72-75, 210-211; levantamiento 68-72, 77-78, 82, 83, 139, 150
- Perseo (Rey de Macedonia) 224
- Pershing, John J. 254
- Persia (imperio persa)  
antigua 20, 27, 33, 34, 39, 47-48, 50, 65  
moderna. *Ver* Irán
- “Petición de los intelectuales” (1915) 206
- Pireo 37, 73
- Piro de Epiro 229
- Pissuthnes 47
- Plan Dawes (1924) 263, 274, 278, 283-287
- Plan Joven (1929) 263, 287, 295, 298
- Plan Marshall 390, 391
- Platea 76
- Platón 19
- Plebeyos 216, 218, 219
- Pleistoanax 42, 45, 61
- Plessen, Hans von 188
- Plijev, I. A. 445
- Plutarco 40, 42, 56, 58, 69, 70, 78
- Poder  
honor en relación a 22  
dos escuelas académicas de pensamiento sobre 20-21  
guerra y competencia por 20, 494; en la Guerra del Peloponeso 21-22 65-66
- Poincaré, Raymond 176, 183, 191, 196, 197, 276, 277, 278
- Polibio 221, 223, 225, 230, 231, 233-235, 237-241, 245, 246, 248, 249, 511, 512
- Política interna 38, 138, 175, 334, 345, 421
- Política. *Ver* Política interna
- Políticas internas  
la armada alemana como resultado de 138-140, 142, 502  
guerra como respuesta a 77-78, 505
- Polonia 104, 206, 264, 265, 268, 307  
garantía británica de 1939 411-412  
después del comunismo 24  
comunista 386-388, 389, 391, 401  
alianza francesa con 282, 283, 287, 329  
mapa de la división de 355  
crisis de Munich y 377  
invasión alemana de 1939 a 253, 379-380, 449  
probable ataque alemán a, incluso sin Hitler 288, 298, 299
- Pólvora, invención de 396
- Portugal 182, 210, 391
- Potídea 59, 60, 62, 63, 65, 71, 80, 81, 83, 251
- Powers, Thomas 472
- Prestigio político 180-181, 194, 197
- Pretores 217-218
- Priestley, Joseph 15
- Primera Guerra Mundial (1914-18) 23, 85-211  
libros ingleses sobre 300  
causas de 202-211  
efectos de 85-87  
rendición alemana en 253-255  
horrible naturaleza de 19-20, 86-87, 268, 273, 345, 380-381  
movilización antes del estallido de la 192, 194-195, 199  
como no inevitable 186  
orígenes de 87; neutralidad belga 71; crisis bosnia 167; competencia por poder 20; compromiso en la crisis de Agadir 172-173; aliento alemán a Austria 190; políticas internas 79, 138-139; competencia naval 55, 140-142; sistema de alianzas 128-131  
acuerdo de paz de 257-269; mapa de 256; paz no asegurada por 19; *Ver también* Tratado de Versalles  
historias revisionistas de 257, 263, 271, 336, 413-414  
estrategia de 130  
deudas de la guerra de 271, 276  
declaraciones de guerra en 193-194, 195, 198-199, 202

- Primera Guerra Púnica 221, 228, 231, 233, 234, 244, 246, 247, 248
- Procónsules, romanos 218
- Programa de Préstamo-Arrendamiento 150
- Programa de Septiembre (1914) 205, 206
- Programa del Tercer Partido (Unión Soviética) 399
- Progreso, idea de 17-18, 85
- Protocolo de Ginebra (1924) 278, 514
- Prusia  
 como una gran potencia 87, 493  
 en la unificación de Alemania 87-88, 101, 103
- Quíos 36
- Radar 375
- Raeder, Erich 315, 350
- Ralls, Walter A. 13
- Rapallo, Tratado de (1922) 285, 286
- Rashidov, Sergei 442, 444
- Realistas 20, 21, 283, 313, 492
- Regio 230
- Remarque, Erich Maria 300
- Renania 258, 274, 277, 279, 281, 286-288, 296, 299  
 militarización alemana de 324-333, 352, 382, 519
- Resistencia pacífica recomendada por Gran Bretaña 311
- Respuesta masiva 297
- Reston, James 421, 434
- Revolución Francesa 16, 86, 87, 118, 266
- Rey y yo, El* (musical) 446
- Rhodes, Cecil 142
- Rhodesia 132
- Ribbentrop, Joachim von 352
- Riezler, Kurt 189
- Roma, antigua 21, 24, 294, 493-494  
 aliados y amigos de 221-222, 240-241, 242-243  
 constitución de 214-215, 216-217  
 fundación de 214-215  
 recuerdos de Italia de 103  
 sociedad en 215-216  
 España y 235-239, 240-242
- guerras de 224-225, 238-239; *Ver* también Primera Guerra Púnica; Segunda Guerra Púnica; Tercera Guerra Púnica.
- Roosevelt, Franklin D. 150, 386, 388  
 Naciones Unidas y 386, 388
- Rostow, Walt 426, 447
- Rothschild, casa de los 127
- Rouvier, Maurice 147, 148, 149
- Ruhr, ocupación francesa 274, 276, 278, 281, 379, 513
- Rumania  
 antes de la Primera Guerra Mundial 101, 107, 111-112, 124, 179-180, 187, 191  
 después de la Primera Guerra Mundial 258, 268, 283, 329  
 antes de la Segunda Guerra Mundial 360, 378  
 después de la Segunda guerra Mundial 386-392
- Rumbold, Sir Horace 309
- Rumelia Oriental 114
- Runciman, Lord 361
- Rusia  
 constitución de 97  
 minorías étnicas en 98  
 antes de la Primera Guerra Mundial;  
 alianza con Francia 127-130, 151-152;  
 sentimiento antiálemán 164-166;  
 intereses balcánicos 105-109, 113-115; la Alemania de Bismarck y 104-105;  
 expansión en Asia Central 143, 151;  
 conflicto con Gran Bretaña 96, 143, 151-152; condiciones económicas 97-98;  
 posible alianza de Francia y 104-105, 110-111, 115, 124-125; entente post-Bismarck con Austria-Hungría 158, 161, 166; guerras de tarifas con Alemania 119; en la Triple Entente 152, 158, 165, 182  
 en la Primera Guerra Mundial; objetivos de guerra alemanes 206; estallido 189-190, 193-197  
 como una gran potencia 87, 494  
 después de la Unión Soviética 24-25  
 como una "Tercera Roma" 88, 106  
*Ver también* Ejércitos; Armadas

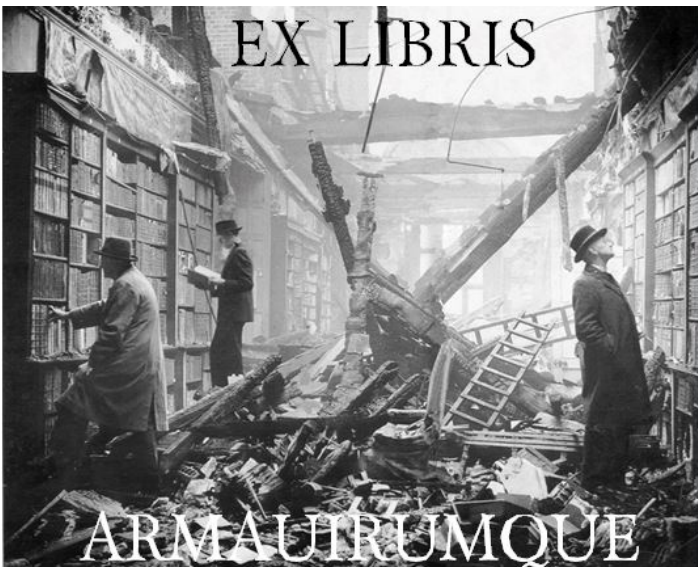
- Rusk, Dean 411, 417, 421, 424, 433-435, 440  
 en la Crisis de los misiles de Cuba 445,  
 452, 460, 466-472, 485, 488
- Russell, Bertrand, 389
- Russell, Richard 464
- Sacrificio humano, por Roma 213, 237-239
- Sagunto 237, 240-247, 248, 249, 250, 251, 252,  
 512
- Sakharov, Andrei 433
- Salinger, Pierre 434, 437, 474
- Salisbury, Lord 112, 127, 143, 144, 151
- Samnitas 220-222
- Samoa 132, 143
- Samos 46, 47, 54, 55, 63, 82
- San Estéfano, Tratado de (1878) 107, 108
- Sanciones, por la Sociedad de Naciones 259,  
 286-287, 304, 318-323, 333
- Sanderson, Thomas 144
- Santo Imperio Romano 88
- Sarajevo (Bosnia), Francisco Fernando  
 asesinado en 29, 87, 164-165, 186, 188-189
- Sarraut, Albert 331
- Sarre 258, 274, 298
- Sassoon, Sigfried 300
- Sazonov, Sergey 166, 178, 182, 192, 193, 195,  
 197
- Scali, John 470, 471
- Scheidmann, Philipp 260
- Schleicher, Kurt von 294, 297, 305
- Schlesinger, Arthur, Jr. 406, 411, 414, 420,  
 421, 454, 488
- Schlieffen, Conde Alfred von 146, 209
- Schlieffen, plan 128, 130, 147, 163, 166, 195,  
 199, 208, 209, 211  
 área de mapa 129
- Schoen, Hans von 192
- Schuschnigg, Kurt von 353, 354
- Schweinitz, Hans Lothar von 124
- Sedan, batalla de (1870) 104
- Segunda Guerra Mundial (1939-45) 18, 23,  
 253-384  
 preparativos nacionales británicos de 1938  
 para 369  
 opinión pública británica justo antes 378  
 causas de 20, 379-384
- Programa Préstamo-Arrendamiento en  
 150  
 no más tratados comprensivos después  
 386  
 pospuesto por el Pacto Munich 371-372  
 como una "guerra innecesaria" 380
- Segunda Guerra Púnica 23, 213-252  
 causas de 233-234, 239-240, 248-252, 420,  
 495  
 fin de 263  
 campaña italiana de Aníbal en 213-214,  
 248-250, 251
- Segunda Guerra Mundial comparada con  
 380
- Segundo Acuerdo Mediterráneo 116
- Seguridad colectiva  
 fracaso de 335, 381  
 después de la Primera Guerra Mundial  
 278, 304  
 Guerra Ítalo-Etíope y 316-323
- Selborne, Lord 144
- Selves, Justin de 169
- Senden (almirante) 134, 137
- Serbia 101, 106, 107, 109, 112, 158-166, 177-  
 180, 182, 186-198, 200, 498  
 declaración de guerra austro-húngara 193,  
 195, 196, 198  
 ultimátum austro-húngaro a 192, 193  
 complicidad de, en asesinato 186, 191
- Sermón de la Montaña 496
- Shaknazarov, Georgi 454
- Shaw, George Bernard 328
- Shevchenko, Arkady 412
- Sibaritas 45
- Sibota, batalla naval de 57, 58, 59, 60, 66,  
 80, 83
- Sicilia  
 Cartago y 228-234, 247  
 mapa de 44
- Simon, Sir John 303, 366
- Singapur 96, 302, 304, 313
- SIOP (Single Integrated Operational Plan)  
 455, 479
- Siracusa 228, 229, 232
- Siria 183, 233, 259
- Smith, Margaret Chase 435

- Snowden, Philip 287
- Sociedad de Naciones 18, 258, 263, 264,  
335, 380  
como "Sindicato de los Ladrones"  
320  
Consejo de 259, 270  
en la crisis etíope 317-319, 322  
como un escape de la realidad 268,  
380  
búsqueda francesa de la seguridad  
colectiva a través de 278  
Alemania dentro y fuera de 283, 286,  
309  
retirada japonesa de 304  
confianza en el Partido Laborista 300  
crisis de Manchuria en 303-304  
no ratificado por EE. UU. 263, 268, 270,  
271, 380  
remilitarización de la Renania y 324  
concepción de Wilson de 270
- Sófocles 27
- Somalia británica 316
- Sorensen, Theodore 409, 421, 432  
en la Crisis de los misiles en Cuba 448,  
452, 457, 460, 463, 482-484, 487, 489
- Sputnik 395, 397
- St. Germain, Tratado de (1919) 297
- Stahlhelm 286, 287
- Stalin, Josef 253, 310, 385-388, 390, 394,  
395, 410, 416
- Stanley, Oliver 280, 290, 291, 301, 304, 359,  
365
- Ste. Croix, G.E.M. 500, 501-502
- Stevenson, Adlai 409, 433, 440, 458, 464,  
468, 469, 471
- Stimson, Henry 304
- Stolypin, Pyotr 159, 160
- Stresemann, Gustav 279, 280, 281, 283, 285,  
286, 287, 289, 293, 296, 301, 305, 382
- Sudán 132, 143, 145
- Suecia 206
- Sufetes 227
- Sulzberger, C.L. 434, 435
- Sun Tzu 25
- Sweeney, Walter C. 460
- Szögyeny-Marich, Conde Ladislaus 188
- Talleyrand, Charles de 233
- Tänger 146
- Taras 46
- Tarento 229
- Taso 39
- Taylor, A. J. P. 117, 130, 300, 305, 306, 329,  
331, 366
- Taylor, Maxwell 422, 452, 453, 457, 459,  
460, 461, 462, 478, 479, 486
- Taylor, Telford 340
- Tebas 32, 45, 51
- Tecnología, guerra y avances de 16-18
- Teoría riesgosa, flota alemana y 140
- Tercera Guerra Púnica (149-46 a. J.) 31, 262
- Tercera República (Francia) 90, 91, 145
- Terranova 146
- Tesalia 500
- Thant, U. 468, 471, 485
- Thompson, Llewellyn 452, 479, 480, 487
- Thyssen, Fritz 287
- Tibet 96, 98, 152
- Tiro 225
- Tirol 101
- Tirpitz, Alfred von 137-142, 154, 168, 172, 175,  
176, 180, 183, 184, 205, 490
- Tisza, István 179, 186, 191
- Toynbee, Arnold 328
- Transilvania 101, 258
- Transvaal 132
- Tratado de Garantía Mutua (1925) 280
- Tratado de Reaseguro 115, 117, 123, 124, 125
- Tratado de Versalles (1919) 43, 257-270  
subversión británica y estadounidense de  
269-274, 277-278, 280, 288-289, 298,  
318  
política de Chamberlain para la revisión  
final de 347-350, 364  
desmantelamiento alemán de 282, 285-  
287, 288, 293, 294, 298-299, 305, 324,  
382  
tan duro como 257-263, 269, 272  
tratado anglo-alemán de 1935 como  
rompimiento de 315  
culpabilidad de la guerra en 259-261, 262,  
268, 271
- Tratado del Ebro 235-239, 244, 249, 250, 504

- Tratados de paz  
 diferencias en 42-43, 45  
 acuerdos difíciles; Brest-Litovsk 264;  
 después de la Primera Guerra Púnica  
 232-233, 250; después de la Guerra  
 Franco-Prusiana 264-265; Tratado de  
 Versalles 257-264, 270, 373  
 después de la Segunda Guerra Mundial  
 386
- Trenchard, Sir Hugh 343
- Trentino 103, 258
- Trieste 101, 103, 258
- Triple Alianza 112, 114, 115, 121, 125, 127, 131,  
 132, 165, 184, 187, 190
- Triple Entente ("la Entente") 151, 153, 164,  
 167, 173, 174, 175, 182, 273
- Triunfos romanos 223-225
- Trollope, "Maniobra" 475, 479, 482, 530
- Tropas "voluntarias" de Corinto 61-62
- Truman, Harry S. 393, 394, 424  
 doctrina Truman 389
- Tschirschky, Conde Heinrich von 187, 188,  
 190
- Tsushima, batalla naval (1905) 154
- Tuchman, Barbara 413
- Tucidides 19, 21, 22, 27, 29, 32, 38, 40, 42, 49,  
 50, 56, 64, 66, 67, 68, 77, 78, 86, 118, 119,  
 120, 135, 375, 381, 495  
 antecedentes de 499-500  
 sobre la inevitabilidad de la Guerra del  
 Peloponeso 77, 501  
 veracidad de los discursos reportados por  
 501
- Túnez 112, 225, 228, 232
- Turii 46-47, 48
- Turquía  
 en la OTAN 391-392  
 Doctrina de Truman 388-389  
 misiles de EE. UU. en 416, 442, 446, 458,  
 463-466, 469, 473-488, 526, 530  
*Ver también* Imperio Otomano
- Ucrania 37, 159, 205, 206
- Udall, Stewart 423
- Ulbricht, Walter 423, 426, 428
- Ultimátums  
 de Austria-Hungría a Serbia 191-194, 197-200  
 a Berlín por Jruschov 192  
 de Gran Bretaña y Francia a  
 Checoslovaquia 367  
 de Gran Bretaña sobre la neutralidad  
 belga 202  
 de Alemania en la crisis bosnia 164-165,  
 180, 192-193  
 de Alemania a Bélgica 200-201  
 no presentado por los británicos en la  
 crisis de los Sudetes 367  
 de Roma a Cartago 247-248
- Unión del Juramento por la Paz 329
- Unión Oxford, debate 311
- Unión Soviética  
 se retira de la Primera Guerra Mundial  
 253  
 carrera armamentista entre EE.UU. y 155,  
 397-399  
 desplome de 15  
 gobierno comunista de 385-386  
 creación de 85-86  
 planes nazis para la conquista de 307  
 antes de la Segunda Guerra Mundial;  
 Checoslovaquia y 358, 377; pacto  
 francés con 309-310, 326, 324; Guerra  
 Civil Española 334  
 en la Segunda Guerra Mundial 377  
 después de la Segunda Guerra Mundial;  
 en el bloqueo de Berlín 390; Guerra  
 Fría 385-394; nueva estrategia militar  
 396-397, 526; armamentos nucleares  
 338; búsqueda de la seguridad en  
 fronteras 387-388; programa del  
 espacio 395-396; Vigésimo Congreso  
 395, 416; Pacto de Varsovia 392  
 colaboración de Weimar con 274, 286-287  
*Ver también* Brest-Litovsk, Tratado de
- Utica 232
- Vacío misilístico 397, 398, 405, 436, 440
- Vansittart, Sir Robert 304, 319, 321, 347, 352,  
 354
- Veto  
 en la Sociedad de Naciones 270  
 en las Naciones Unidas 388-389

Victoria (Reina de Inglaterra) 16, 121, 136  
 Viena, Congreso de (1815) 16, 18, 43, 85,  
 108, 492  
 Vigésimo Congreso (Unión Soviética) 395,  
 416  
 Viviani, René 183, 191, 196, 200  
 Volkogonov, Dimitri 454  
 Votación de la Unión de la Sociedad de  
 Naciones 311-312  
 Votación por la Paz 311-312, 317  
 Waldersee, Alfred von 116, 125  
 Waldorf, Lord 328  
 Watt, Robert Watson 343  
 Weber, Max 134  
 Weir, William Douglas 338, 339  
*Weltpolitik* (política global) 118, 134, 140, 141,  
 153, 168, 180, 184

Wermuth, Adolph 168  
 Westfalia, Paz de (1648) 43  
 Wilson, Henry 173, 174, 210, 338  
 Wilson, Sir Horace 347, 369, 370  
 Wilson, Woodrow 53, 203, 254-259, 261,  
 263, 264, 269-270, 386  
 Yugoslavia  
 establecimiento de 258, 265, 268  
 alianza francesa con 283, 335  
 antecedente histórico de 102, 106, 158,  
 164-165  
 después de la Segunda Guerra Mundial  
 389  
 guerras en el estado anterior de 24  
 Zanzíbar 113, 127  
 Zimmerman, Alfred 130, 187, 188, 192



*Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*, de Donald Kagan,  
ha sido compuesto en tipos Baskerville Berthold, según  
diseño de Enric Satué, en los talleres de Cromotex.

La encuadernación se hizo en los talleres  
de Hermanos Ramos, y se terminó de imprimir  
en Gráficas Palermo, en Madrid,  
el 9 de abril de 2003.